This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

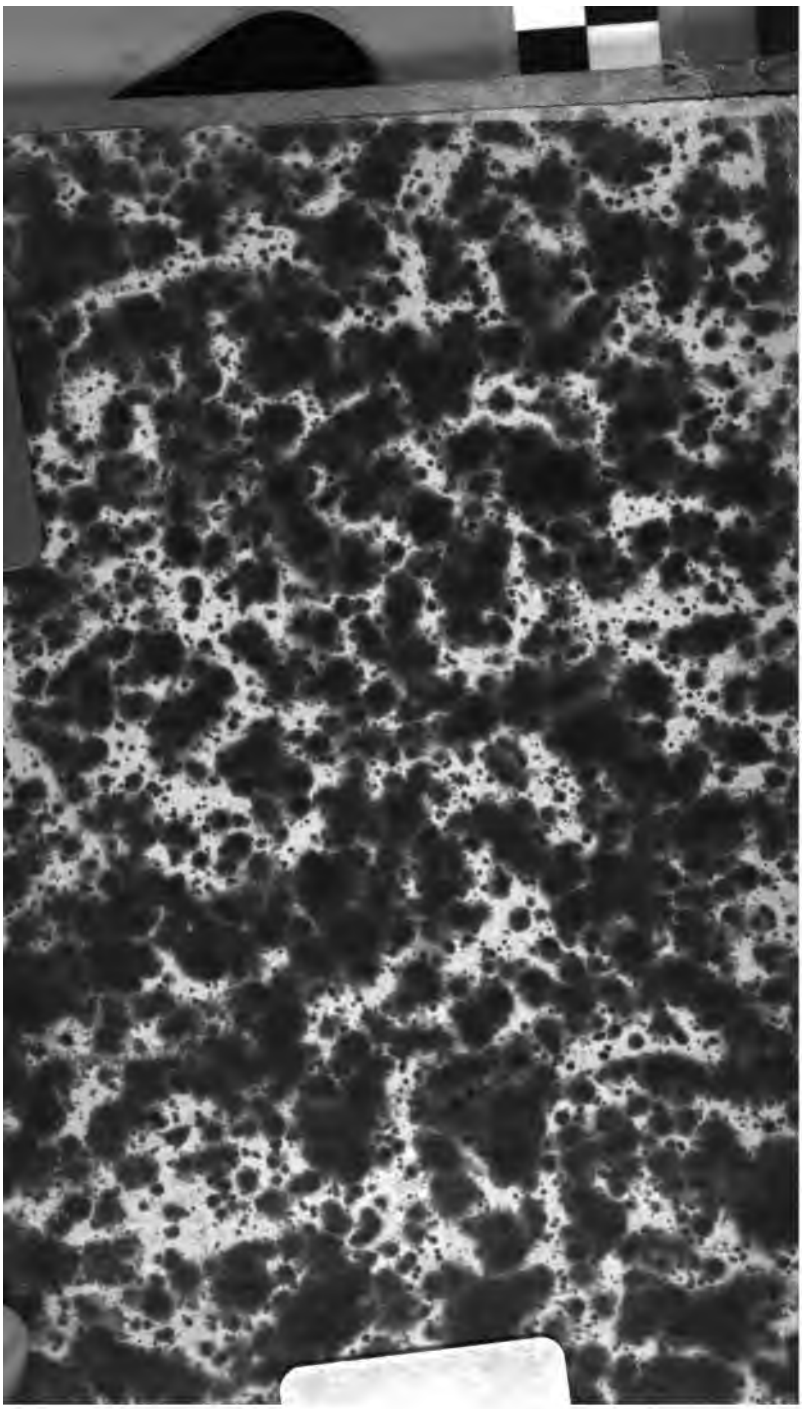
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

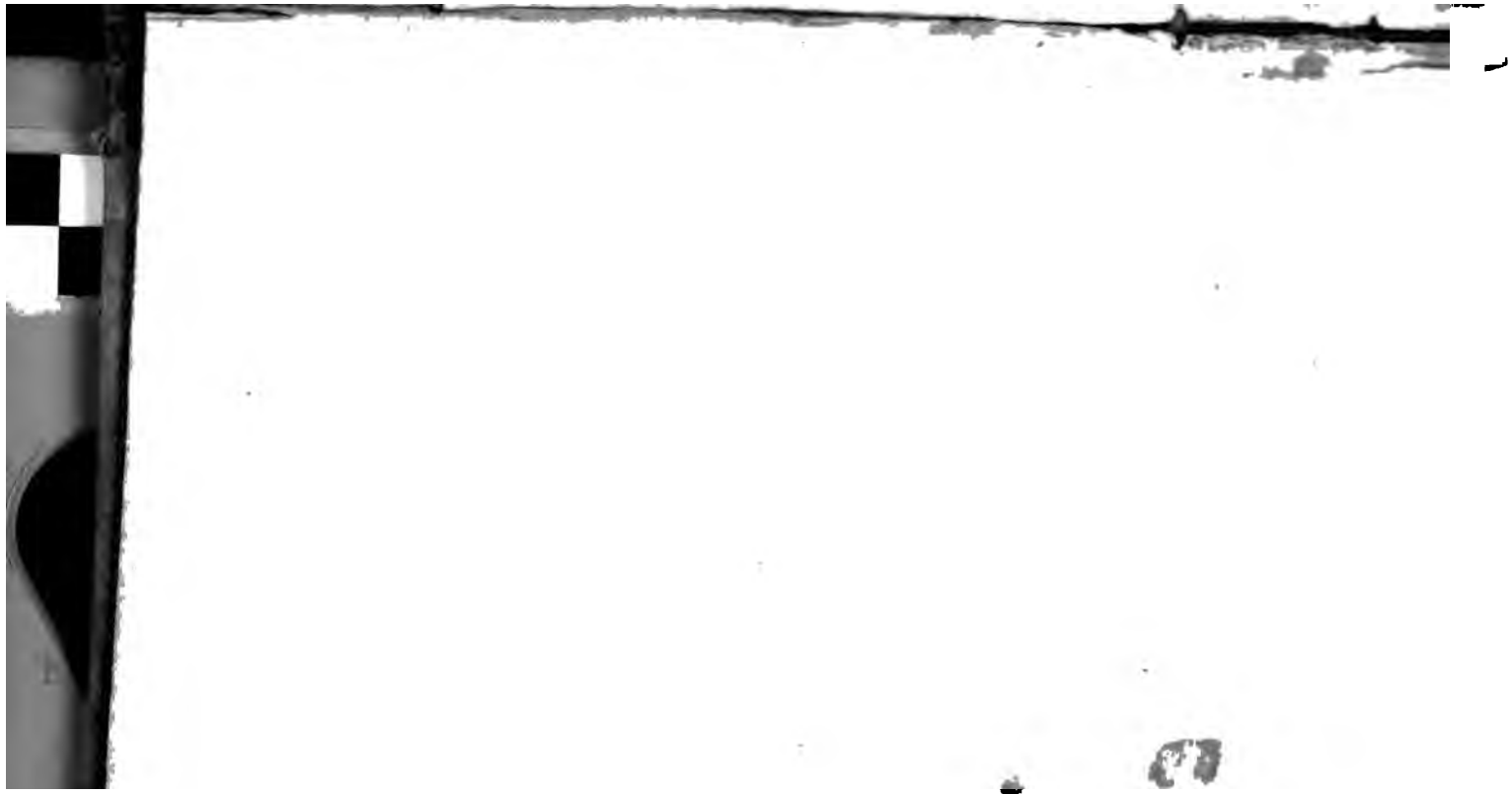
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



PROPERTY OF
University of
Mich.
Library
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

ISOLINA LA EX-FIGURANTE



Cuellar, José [illegible] de

ISOLINA LA EX-FIGURANTE.

(APUNTES DE UN APUNTADOR.)

POR

FACUNDO.

.....

—Sin embargo, como yo quiero ser cómico....

—Cierto ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo? ¿se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente no necesita usted Saber cosa mayor....

....

FIGARO.

MEXICO.—1871.

Ignacio Cumplido, editor é impresor, calle de los Rebeldes número 2.

868
C9626li
1871
v.3-4

Span.
Parra
2-23-54
86053

AL DISTINGUIDO ACTOR

EDUARDO GONZALEZ.

[Hoy sin habla.]

Mi querido Eduardo:

El pasado, que nuestra amistad recuerda en la historia del teatro, me ha sugerido la idea de escribir una historia de teatro. Ahora que está V. solo y triste, se la envio como un cariñoso recuerdo por si pudiere endulzar algunas de sus horas, desviando su imaginacion de este presente amargo.

Que se cierre pronto este paréntesis funesto, que recobre V. el habla, para que vuelva á sonreirle el porvenir.

FACUNDO.

CAPITULO I.

UNA COMPAÑIA DRAMÁTICA EN FAZ DE VIAJE.

ENTRE la villa de Reyes y el pintoresco pueblo de Santa María del Rio, y despues de ascender por algunos recodos montañosos, se camina por un terreno elevado, que es una mesa de mas de seis leguas.

Partiendo de la villa es preciso dejar siempre á la derecha una cerca de piedra de mas de tres leguas, que es casi el único accidente que interrumpe la monotonía de la planicie.

Diseminadas, como los numerosos individuos de una tribu nómada, han crecido allí esas palmas [illegible]esos

troncos y mezquinos penachos que semejan á lo lejos figuras humanas, y que conoce todo el que ha viajado por el Interior.

Algunos garambullos se mezclan de vez en cuando entre las palmas, levantando perezosamente sus pencas en forma de dedos colosales; y granulan el terreno por todas partes tardas y ásperas biznagas, ofreciendo una gran alfombra de espinas; el mezquite de menudas hojas se hinca entre todos los *cactus*, como el lujo de vegetacion de aquellos áridos terrenos.

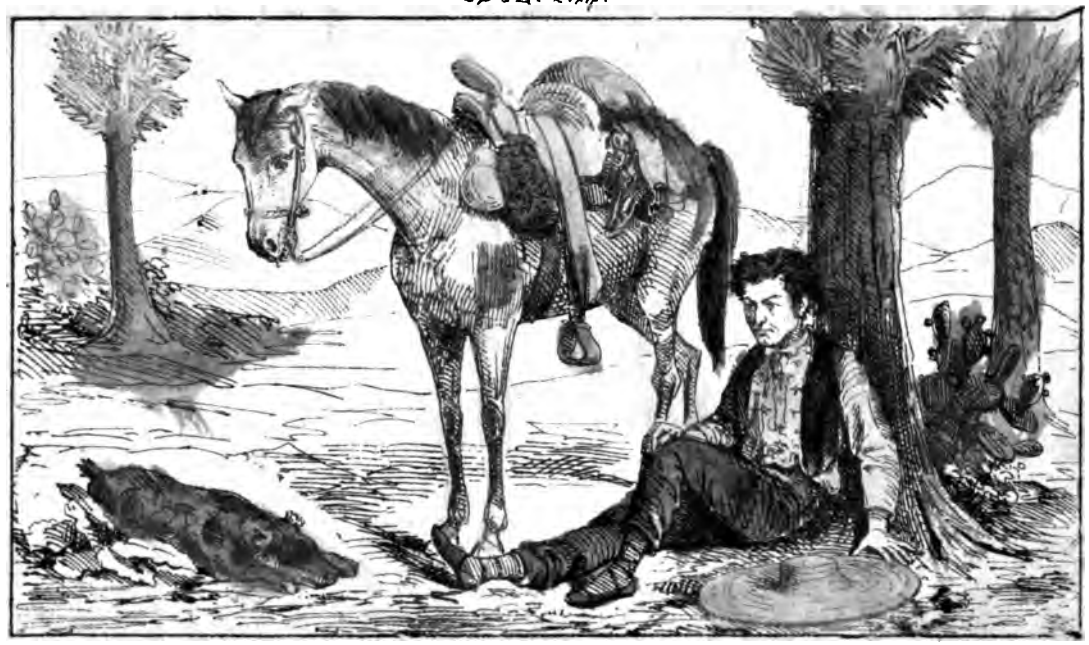
Ningun riachuelo, ni una fuente, ni una cavidad húmeda ó sombría apaga la ardiente sed de aquella comarca; en donde el sol reverberante obliga al extraviado buey á buscar la mezquina sombra del tronco de una palma.

Algunos pájaros mudos cruzan á largas distancias sorprendidos por el viajero en medio de su triste soledad, y van á ocultarse amedrentados; y algun conejo que dormitaba, salta á vuestro paso y corre inútilmente mas de lo que el miedo pudiera exigirle á un general.

Os parais á veces para convenceros de que realmente estais solo en el mundo, y encontrais no sé qué placer en que aquellas palmas no sean hombres aunque lo parezcan.

Esto, probablemente, pensaba un hombre que habiéndose apeado de su flaca cabalgadura habia buscado, como los bueyes, la sombra de una palma.

Era el tal un hombrecillo flaco de indefinible edad; de esos seres en quienes el tiempo ha confundido al jóven con el viejo sin pasar por el hombre.



PICO.

En cuanto á su traje, debemos hacer notar varias particularidades. Llevaba unas albarcas de becerro amarillas, que no hubieran llamado la atencion en Valencia ó en Aragon; pero en el Estado de San Luis Potosí aquel calzado era completamente exótico; máxime si á las albarcas se agregaban unas medias azules, que se asomaban á pesar de un insuficiente y arrugado pantalon de coleta amarilla; una chaqueta negra, que habia sido frac, mal encubria la pretina del pantalon amarillo; y dejaba ver toda la pechera de una camisa con golondrinas pintadas de trecho en trecho; un gran sombrero de petate nuevo y sin toquilla pero con barboquejo, completaba el traje del cansado caminante.

Su caballo colgaba la cabeza como en actitud de pastar; y se habia sacudido ya dos ó tres veces haciendo un gran ruido con todo lo que el pobre animal cargaba sobre la silla, porque á mas de una gran maleta hecha con la carpeta de una mesa redonda y de la que pendian aun un tompeate con dos botellas y un par de botines, llevaba por delante otros tres bultos, de los que uno era una cajita de madera, otro un morral con tunas y el tercero una calabaza con agua.

Pero mas que hambre y sed, aquel extraño personaje revelaba fastidio y se reclinó indolentemente en el tronco de la palma, cerrando los ojos. A poco rato se puso á hablar consigo mismo, y en seguida levantó la voz gradualmente exclamando:

Si oís contar de un náufrago la historia,
Ya que en el mundo hasta el amor se olvida,
Encontrará un sepulcro mi memoria?.....
—Aquí la guardaré toda mi vida.....

—María! María! dijo en seguida y se entregó de nuevo á sus meditaciones.

Oyóse el andar de un caballo, luego un silbido y á poco llegó otro personaje, hombre maduro, de facciones toscas, afeitada la barba y voz vibrante.

El de las albarcas no se inquietó por la llegada de su compañero, pues apenas abrió un ojo.

—Qué camino tan feo! dijo el recien venido, con una voz de padre maestro.

—Sí.

—Creo que no llegamos hoy á ese maldito pueblo.

—Y todo por la bailarina, dijo el de las albarcas; no he visto muger mas melindrosa para caminar.

—Quita allá y no hables de esa bruja.

—Y luego para lo que sirve, para nada.

—¿Y vienen lejos?

—Y mucho; los burros tienen un paso que desespera.

—¿No te dije que hariamos bien en preferir estas sardinas? Mira, mi caballo se parece al de D. Quijote.

—Y el mio al de Artagnan.

—Pero siquiera son caballos.

Mientras llegan los compañeros, tenemos tiempo para decir algo acerca del hom[illegible] las albarcas.

Este individuo se llamaba Pico; habia sido militar; pero las decepciones que habia recibido en el ministerio de la guerra, no menos que los percances de sus ensayos militares, lo habian afirmado en la resolucion de abandonar la gloriosa carrera de las armas.

Despues de leer su licencia absoluta, se habia quedado pensando en el partido que debia tomar, y contempló con cierto horror ese dédalo de dificultades con que lucha el pretendiente, el que necesita colocacion y no tiene parientes entre los que mandan.

Pico estuvo reducido por algun tiempo á la condicion de *bruja*.

Todos los habitantes de México conocen á los *brujas* poco mas ó menos, como conocen las costumbres del perro callejero.

Los *brujas* no son mas que perros sociales. El perro espera un hueso, el *bruja* espera una peseta. El perro husmea la carne, y el *bruja* las casas de juego.

El perro se echa en la viña por temor de los guardas; el *bruja* se echa en la casa de algun compadre, tambien por temor de los guardas. El perro siempre es perro, el *bruja* siempre es *bruja*; porque despues de aceptar como destino definitivo el último peldaño de la escala social, el *bruja* muere echado allí, envuelto en sus harapos, á menos que de *bruja* pase á presidente de la república; caso que no sorprenderia á México, en donde como en la viña del Señor hay de todo.

A Pico no le sonrió tan [illegible]amente la fortuna, pero

contra todo lo que él mismo se esperaba, salió un dia de entre los *brujas* rumbo al teatro.

Sin saber como, Pico desorientado llegó al teatro de Oriente: el boletero habia sido sargento de su compañía; circunstancia que hizo innecesario el boleto de entrada; de manera que Pico entró con su perro.

Pico tenia un amigo perro.

El perro se echó á sus piés y Pico comenzó á ver la comedia parado; pero cual no fué su sorpresa, al ver al teniente Romero haciendo el papel de D. Juan Tenorio; era él, el mismo, no cabia duda, su voz, sus movimientos; era Romero; no obstante, preguntó á su vecino:

—¿Quién es este actor?

—Quién ha de ser, Del Campo, ¿no le ha visto usted hacer el Campanero de San Pablo?

—No señor.

—¿Ni la Berlina del emigrado?

—No, tampoco.

—Hace furor.

—¡Ah!

—Del Campo, murmuraba Pico, y no obstante, es Romero; voy á desengañarme.

Pico entró al foro en el primer entre acto y preguntó por el jóven que hacia á D. Juan Tenorio.

—¡Pico! exclamó D. Juan.

—¡Romero! exclamó Pico. ¿Conque eres tú?

—Ya me ves.

—¿Te has cambiado el nombre?

—No, sino que soy Del Campo por mi madre, y Romero por mi padre.

—Y resultas Romero del Campo; y en el cuerpo no eras mas que Romero.

—Sí; pero la carrera dramática exije que uno tenga un nombre poco comun, para que no lo confundan á uno con los mites; de manera que yo me firmo ahora, Gervasio M. Romero del Campo. Mira los programas.

—¿Y qué tal?

—Bien, chico, muy bien; estudio, me mato, pero alcanzo gloria, soy la adoracion del público.

—¿Y de pesetas?

—Soy el director de esta compañía.

—¡Hola! ¡hola! muy bien, cuanto me alegro!

Pico se alegraba entristeciéndose.

—¿Y tú? le preguntó Romero.

—Yo, hijo, ya me ves; dado al diablo.

—Tu mala cabeza.

—No, mi mala suerte; no tengo recurso.

—¿Cómo no? el teatro.

—Gervasio! gritó una voz argentina en el cuarto inmediato.

—Voy, madre, dijo D. Juan Tenorio, agachándose para no maltratar la pluma de su sombrero. Siéntate, Pico.

Pico se sentó y oyó lo que pasaba en el cuarto inmediato.

—¿Qué me quieres, mi vida? preguntó Romero.

—Que me veas, contestó la dama.

—Estás admirablemente.

—No es eso, mírame bien; estoy verde.

—¿Por qué?

—Tengo derrame de bilis; y si no echas á la característica, no trabajo.

—¡Ave María! dijo Romero.

—¡Señor! ¡señor! gritó el segundo apunte, metiéndose al cuarto; el público se impacienta.

—¿Están todos?

—Ya están.

—¿Y la escena?

—Puede usted pasar á verla.

—Vamos. Prevenidos, dijo Romero, ¡fuera de la escena!

—Fuera de la escena! repitieron muchas voces; y comenzaron los curiosos á agazaparse detras de los bastidores y á disputarse lugar en el primer esconce del proscenio.

Desde aquella tarde, Pico perteneció á la compañía, en calidad de segundo apuntador, y al cabo de algunos años es cuando lo hemos visto en el camino, con albarcas amarillas y medias azules.

Volvamos, pues, al lugar donde lo dejamos sombreándose, y ya tendremos ocasion de conocer mas íntimamente la historia de sus progresos en el arte dramático.

La persona con quien hablaba Pico, era el barba de la compañía, el galan central, el empresario, formador, el director y pintor escenógrafo de la compañía; era el artista mexicano Gervasio M. Romero del Campo, ex-tenien-

te del cuerpo de Pico, y por lo visto hombre de no pocas campanillas.

Romero habia asaltado el proscenio, sin mas caudal que su audacia y sin mas antecedentes que su supina ignorancia en materias literarias; pero las dotes que le habian valido su elevacion, eran su verbosidad y su astucia.

Romero, sin embargo, no carecia de inteligencia, era suspicaz y sabia explotar á los que le rodeaban; sabia sacar partido de las situaciones y arreglar sus asuntos siempre de una manera ventajosa; habia recorrido media república y á la sazon venia contratado por los vecinos de Santa María del Rio, para dar seis funciones en los dias de las fiestas.

Habria pasado media hora cuando empezó á acercarse á Romero y á Pico el resto de la caravana.

Esta consistia en otras seis personas pertenecientes á la compañía, todas ellas cabalgando en burros, y otros ocho burros mas, cargados con los equipajes; de manera que eran ocho personas de la compañía, cuatro arrieros y diez y seis cabalgaduras. Venia sobre una burra la dama jóven abriendo la marcha; á su lado el galan que era un muchacho de veintidos años; despues la característica cuidada inmediatamente por el segundo galan; despues la pareja de baile y en seguida los equipajes.

Era aquel un conjunto de los mas grotescos: á las señoras casi no se les veia la cara, pues la traian muy cubierta con pañuelos blancos ó bufandas, sobre los que se habian puesto grandes sombreros de palma.

Al reunirse la comitiva con Romero y con Pico, detuvieron la marcha é hicieron un pequeño descanso.

La dama jóven se desembarazó de sus envolturas y pudo notarse que bajo aquel disfraz grotesco, se ocultaba una muger verdaderamente hermosa. Era una jóven sonrosada, de magníficos ojos negros, de lánguidas miradas, boca fresca y ligeramente entreablerta, sin duda para exhibir una dentadura blanquísima como una sarta de margaritas.

Romero la ayudó á apearse, y Pico devoró con una mirada de lobo hambriento, unos piés calzados con botines blancos bordados de oro; calzado poco á propósito en aquellas alturas, pero que no era de extrañarse entre personas de teatro destinadas á sufrir incesantes trasformaciones, no siempre adscuadas á la situacion.

La mirada de Pico fué una oda á los piés de la dama jóven; oda de que Romero no debia jamas apercibirse.

La bailarina saltó de su burro con suma destreza, y á poco rato la compañía íntegra descansaba á la mezquina sombra de las palmas, mientras los burreros se ocupaban de arreglar la voluminosa carga soportada por los sufridos y perseverantes asnos.

CAPITULO II.

ENTRADA DE LA COMPAÑIA DRAMÁTICA, AL PUEBLO DE SANTA MARIA DEL RIO.

POR fin, á la vista de los viajeros apareció á lo léjos una faja horizontal, como un chal verde salpicado de manchas blancas; un chal tendido al sol, á la falda de unas montañas amarillas y agrietadas: aquello era Santa María del Rio. Santa María la frugívora, la perezosa, que nació en 1540 para la corona de España. La dió á luz Fray Diego de la Magdalena, fraile español doctrinero y conquistador, por cuenta y para honra y gloria de S. M. el Rey: fueron padrinos de Santa María, los

caciques Juan de Santa María, Pedro de Granada y Alonso de Guzman.

Santa María dió á conocer á la compañía dramática primero el motivo de su apellido que el de su nombre de pila: quiere decir, ofreció á las diez y seis bestias supletorias de la ambulante comiquería, un baño de patas en su famoso rio.

Pico preguntó lo que pregunta todo el que llega á Santa María del Rio.

—¿Por dónde está el puente?

—Santa María, le contestó Romero, por no cambiar de nombre segun creo, ha preferido no tener puente.

—¿No hay puente?

—No, con el rio le basta; los puentes son caros, y Santa María es pobre.

—¿Y cuando el rio crece?

—El pueblo se declara en estado de sitio y los de la otra banda esperan á que el agua tenga la bondad de dejarles vado.

Pico miraba con una fijeza extraña la formalidad de Romero, quien en su carácter de artista nacional, y director, formador y empresario y pintor escenógrafo de una compañía dramática, habia optado por parecer siempre circunspecto.

A pesar de esto, Pico preguntó por el meson.

—Tampoco hay meson.

—¿No?

—Los vecinos de este pueblo son muy amables y hospedan al que pasa.

—Sabes que me va simpatizando Santa María del Rio?

—Mira, aquí vienen á recibirnos, dijo Romero.

En efecto, venian cuatro ginetes al encuentro de la compañía; despues de estos ginetes y á cierta distancia venian hasta veinte personas mas.

Se adelantó un ginete hácia Romero.

—¿Usted es el señor Romero del Campo?

—Servidor.

—¡Ah! cuanto me alegro; hemos estado esperando á ustedes desde ayer.

—Sí señor; debiamos haber llegado; pero se nos enfermó la bailarina.

—¡Ah! ¿con que viene bailarina?

—Sí señor.

—Viene bailarina!

—Viene bailarina! fueron diciendo alternativamente los otros ginetes, viéndose unos á otros.

—Pues ya saben ustedes, señores, dijo el primer ginete dirigiéndose al grupo de la compañía que habia ido juntándose; ya saben ustedes que vienen á un pueblo pobre, pero procuraremos que nada les falte y se hará todo lo que se pueda.

—Es un bonito pueblo, dijo Romero, por cuenta de la hospitalidad.

—Favor que ustedes le hacen, contestó el ginete con una sonrisa patriótica.

Este señor que recibia á la compañía, se llamaba Don Pepe: era propietario, labrador, licenciado bajo su palabra, miembro del ayuntamiento, de la junta patriótica, de la junta de instruccion pública, apoderado de Huachichiles, representante de menores, curador *ad liten* y *ad bonan* de unas niñas que no tenian papá, albacea de unas señoras que fueron ricas; agente electoral, empresario de las funciones de toros y de teatro, jugador de gallos y tan conocedor de la raza fina y del espolon, como de la carta que habia de venir infaliblemente despues de una sota y dos treses. A Don Pepe no lo robaban nunca, lo conocian en todas las haciendas, en todos los ranchos y en todos los pueblos en cincuenta leguas á la redonda. Don Pepe asumia las investiduras de administrador de correos, agente de periódicos y el de comisionado especial, en varios asuntos.

Tal era Don Pepe Garcia.

En cada pueblo hay un Don Pepe Garcia.

Santa María, como todos los demas, debia tener su cacique. [1]

Don Pepe García alojó á la compañía dramática en una gran casa desmantelada, y entabló largas pláticas con Romero, á quien desde luego puso en posesion de la casa de la alhóndiga, que era el corral mas á propósito para teatro.

1 No alude el autor á persona determinada, presenta un tipo que existe, y habla de un pueblo que ha visto.

ISOLINA.

Lit. Villaverde y C.ª

Don Pepe Garcia

Los ocho burros de la compañía venian cargando desde las pelucas hasta los telones, el repertorio, el guardaropa y las vistas; de manera que muy pronto se improvisó un teatro.

Mientras la compañía tomaba posesion de la casa, que por lo pronto prestaba todas las comodidades apetecibles, Pico, cuyo equipaje era el mas modesto, no tardó en encontrarse alojado á sus anchuras en una pieza amplia, aunque no muy bien ventilada.

Pico era naturalmente retraido y gustaba de la soledad; de manera que lejos de inquietarlo el bullicio de la plaza y la animacion de la fiesta, se puso á pasear á lo largo de su habitacion, recordando probablemente los botines blancos de la primera dama.

El perro de Pico se habia echado en un rincon; Pico procuró á poco darle mejor ventilacion á su pieza y abrió, aunque con trabajo, una ventana. Estaba á la vista de Pico un patio lóbrego é inmundo.

Al ruido que hizo Pico abriendo la ventana, apareció en aquel patio un enorme perro amarillo y con collar, que indicaba su calidad de guardian feroz.

El perro gruñó y tomó una actitud amenazante al ver asomar á Pico por la ventana, y el perro de Pico, que se llamaba Alí, se puso á ladrar furiosamente.

Aquella música canina cuadraba poco á la tranquilidad que buscaba Pico. Alí se habia colocado ya sobre el borde de la ventana, y esto, contra todo lo que Pico se espe-

raba, lejos de enardecer al formidable guardian del patio oscuro, lo apaciguó.

La ventana no tenia reja y Alí se puso de un salto en el patio. Pico temió una contienda en la que Alí no saldria el mejor parado; pero su sorpresa subió de punto al ver que su querido Alí habia encontrado un amigo en el prisionero.

Alí era un perro simpático, y no en vano Pico lo consideraba como un verdadero amigo, si bien para los amantes de los perros de raza Alí no tenia ningun atractivo.

Por lo pronto le habia proporcionado á su amo la ventaja de poder abrir la ventana sin que el guardian celoso lo aturdiera con sus formidables ladridos.

—¡Pobre animal! dijo Pico: condenado á reclusion perpetua, por medio del aislamiento lograrán formar de él un perro intratable. Con razon ha recibido con afecto á mi Alí tan festejoso y tan comunicativo. He aquí que para sancionar su amistad, les vendria muy bien á esos nuevos amigos un *lonche*. Sí, este es un pensamiento muy justo: le anticiparé á Alí una racion de carne, para que pueda obsequiar á su compañero.

Pico sacó de sus maletas dos trozos de carne y se los arrojó á los perros que retozaban amigablemente.

Alí no fué el primero en tomar el suyo, y se hubiera creido al verlo que sabia hacer los honores de anfitrion, pues no tomó su parte sino cuando el gran perro se habia echado ya á comer la suya.

Pico contemplaba muy satisfecho aquel banquete, cuan-

Las amistades.

do acertó á levantar la cabeza y se fijó en otra ventana que estaba frente á él, y que se habia entreabierto.

Le pareció ver que una cabeza se asomaba; pero la oscuridad del patio no permitia ver, si en la línea negra que proyectaban las dos puertas de la ventana habia algo mas; un momento despues la línea negra se hizo mas perceptible, y efectivamente, se destacó una cabeza; pero era una cabeza de muger.

Pico hizo un movimiento de sorpresa; y entonces la cabeza se asomó completamente; no cabia duda: era una muger que deseaba ser vista, y lo que es mas, que exijia la reserva; porque tenia el índice de la mano derecha sobre los lábios, pidiéndole á Pico silencio.

Pico se encaramó á la ventana y vió entonces que la mano que le pedia silencio, le pedia que se detuviera, mostrándole en seguida al perro guardian.

—Ah! pensó Pico, este perro tenia un encargo de confianza; realmente guarda algo ¡cosa mas rara! Esa señora está presa, guardada por el perro, y se dirije á mí..... aquí hay un gran misterio: creo que me pide que la ampare; pero si ese formidable mastin sabe su oficio me despedaza sin remedio. Si pudiera yo bajar.... véamos que cara me pone el centinela.

Y diciendo esto echó fuera del borde de la ventana una pierna.

—El guardian no se inquieta con mi pierna; bajémos la otra.

Y así lo hizo.

Alí se levantó y se pusó á hacerle fiestas á su amo. El perro grande lo observaba todo con calma.

La dama de la ventana de enfrente habia abierto las puertas completamente, y observaba tambien con el mayor interes los movimientos de su guardian, al que Pico se atrevió á llamar sonándole los dedos.

El perro se levantó, y vino lentamente hácia la ventana; olió las albarcas de Pico y levantó la cabeza.

—En su mirada, dijo Pico, no hay encono; si este perro fuera tan agradecido como el mio, estoy seguro que no olvidaria la buena racion de carne que acabo de regalarle, y este pequeño servicio me lo pagaria al menos con respetar mis pantorrillas, que me temblarian en este momento á no tenerlas colgando.

El perro movió la cola en señal de paz, y esto inspiró á Pico nueva confianza, y poco á poco fué estirándose hasta poner los piés en tierra.

Alí festejó la bajada de su amo haciendo nuevas demostraciones de regocijo á su nuevo amigo, emprendiendo desde aquel momento una verdadera lucha en la que Alí se dejaba atacar unas veces, y otras se escabullia jugando para ser perseguido.

La dama misteriosa esperaba, abriendo la ventana y haciendo señas á Pico para que se acercara.

Pico aprovechando un momento propicio en el juego de los perros, atravesó el patio. De un salto subió á la ventana, que era todavía mas baja que la suya, y se encontró en la habitacion de la dama misteriosa.

—Pido á usted perdon por lo que acabo de hacer; pero por extraña que parezca á usted mi conducta, le ruego no me juzge desfavorablemente, pues me encuentro en una situacion excepcional.

Pico manifestaba en sus ademanes la mayor perplejidad y aun hacia vagar sus miradas en varias direcciones como temeroso y desconfiado.

—En todo caso, continuó la dama misteriosa, deseo asegurarme si no me he equivocado al elejir á usted como protector?

—¡Protector! repitió Pico, yo.....!

—Sí, de una muger desgraciada.

—¿Y qué puedo hacer por usted, señorita? preguntó Pico fijándose mas en su interlocutora, y viéndose en seguida sus pantalones amarillos y sus albarcas, como para indicar con este movimiento que su equipaje revelaba al antiguo *bruja*: —¿qué puedo hacer yo, qué.....?

—Lo que siempre será dado hacer á un caballero por una muger que sufre, por una muger que le pide socorro acogiéndose á su caballerosidad.

Pico se sintió lisonjeado y tomó una actitud mas reposada.

—Siéntese usted, dijo la dama indicándole una silla.

—Esta señora la lleva larga, pensó Pico; en todo caso oigamos, que en esto nada se pierde.

—Insisto en preguntar á usted, continuó la desconocida, si me es dado contar con la discrecion de usted.

—Y con todo, interrumpió Pico, procurando acortar digresiones.

—Está usted de prisa?

—No, no lo decia por eso; puede usted comenzar su narracion, que todo seré oidos.

—Mil gracias.

Hubo una ligera pausa.

—Estoy presa, dijo de pronto la dama; llevo dos meses y medio de no ver á nadie, de vivir entre estas cuatro paredes condenada á un tormento cuyos detalles seria muy largo referir; bástele á usted saber que soy una de tantas víctimas de la revolucion.

—Malo! pensó Pico.

—Una noche..... estaba yo en el seno de mi familia y ni remotamente pensaba que aquellas dulces horas de tranquilidad y de bienestar habian de ser las precursoras de mis tormentos. No habian dado las once de la noche cuando sentí un ruido formidable en toda la casa; los perros se deshacian ladrando furiosos, y á poco rato resonaron algunos tiros. A pesar del espanto, que me habia embargado la voz y la accion por un momento, salí de mi habitacion para ponerme en comunicacion con mi familia y averiguar lo que pasaba; anduve por varias piezas y por todas partes salian gritos espantosos, blasfemias, ayes y quejidos, detonaciones y rumores extraños. No me podia dar cuenta de lo que estaba pasando: á poco me desmayé y me sentí asida por dos robustos brazos que me levantaban del suelo; entonces mezclé mis gritos á los mil ruidos que en aquellos

momentos atronaban la casa; pero á pesar de todo me conducian sin que yo lo pudiera evitar; notando que me llevaban al interior de la casa: logré asirme de los fierros de una ventana, y cerré tan fuertemente las manos que mi conductor no pudo separarme: mis gritos hubieran podido oirse á gran distancia, pero nada me valia; yo no veia á ninguno de los mios, antes bien llegó bien pronto otro hombre que ayudó á mi raptor á arrancarme de la reja maltratándome horriblemente. Entonces me sentí acometida por un acceso de furor, y sintiendo unas fuerzas de que yo misma me sorprendí despues, pude separarme de los que me conducian; pero este supremo esfuerzo de mi desesperacion agotó todas mis fuerzas y caí sin sentido.

Volví en mí al cabo de yo no sé que tiempo, y me sentí conducida á caballo, atada y no en los brazos de un hombre; pretendí gritar de nuevo, pero una tosca mano me cerró la boca, y despues me pusieron un pañuelo en forma de mordaza.

No puedo calcular el tiempo que caminamos así; pero al rayar la aurora caminábamos todavia. Cada vez que pretendia luchar con mi raptor, ya en medio de accesos de colera, ya deshecha en lágrimas, recojia por única respuesta un desprecio profundo, y volvian á trascurrir lentas horas de martirio.

No sé como pasé á poder de un hombre que se decia mi salvador. Estaba yo en una cueva y de allí, creyendo ser conducida á mi casa, me trajeron á este cuarto, donde he permanecido mas de dos meses.

Mi perseguidor y mi verdugo es un hombre odioso, despreciado por mí toda mi vida y para quien será insuficiente toda la indignacion, todo el odio que puede haber en mi corazon para execrarlo eternamente; él es poderoso y conozco que estoy rodeada de personas que le son adictas, porque este hombre ejerce grande influencia en estos lugares.

Me rescató de mis raptores; pero para encarcelarme en este cuarto, para exijir que lo ame.

He estado esperando dia por dia y hora por hora una circunstancia favorable para mi evasion, y hasta hoy se me presenta en usted, á cuya nobleza, á cuya honradez apelo para salir de esta espantosa situacion.

Pico habia oido, sin despreciar un acento, una á una de las palabras de la jóven misteriosa, y estaba á la vez temiendo la conclusion de aquel relato, que forzosamente iba á poner á Pico en una situacion mas y mas comprometida.

Pico se habia oido llamar, por primera vez en su vida, noble, honrado y caballero; y todo esto en medio de un arranque fervoroso, por parte de una señorita que, bien vista, empezaba á parecerle á Pico tan hermosa como desgraciada.

Pico haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se decidió á hablar y lo hizo de este modo:

—Señorita, yo soy muy pobre, ya me vé usted, me veo precisado á usar prendas de la guardarropía, porque me han robado tres veces y por mucho que un hombre tenga

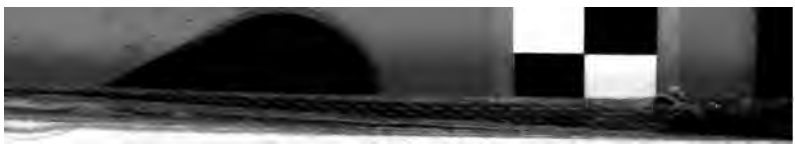
caminando, al tercer robo tiene que apelar á los recursos del arte; yo soy el apuntador y otras cosas mas, de una compañía dramática, de la compañía que dirije el gran actor mexicano Gervasio Miguel Romero del Campo; andamos espedicionando, para no privar al Interior de un cuadro como pocas veces se verá por estas tierras; y con respecto al porvenir, veo con franqueza, que todo puede ser color de rosa, pero en cuanto al presente, señorita, me veo precisado á confesar á usted que carezco absolutamente de recursos; no obstante, aquí está mi brazo, y así como he podido tomar del guarda-ropa por cuenta de mi sueldo estas albarcas y estas medias azules, porque el director es mi amigo y casi mi hermano, podré tomar tambien una tizona, quiero decir, una buena espada española de las del traje de chambergo y constituirme en su galan jóven, (porque yo soy jóven todavía), en su paladin, porque yo, señorita, he sido militar; de manera que usted dispone lo que se ha de hacer y desde luego me pongo á sus órdenes; porque mi padre, militar tambien y que fué muy alegre, me decia siempre que no desperdiciara la ocasion de amparar una doncella. No es usted casada por supuesto, señorita?

—No, señor, dijo la jóven.

—Y su nombre de usted?..... usted debe tener un nombre muy bonito; y oiga usted; que bien estaria usted de dama jóven! ¿con que su nombre de usted?

—Llámeme usted Isolina.

—¿No lo dije? es un nombre magnífico para las tablas,



usted haria carrera; y si la fortuna me ayuda para sacar- la á usted de su cautiverio, al arte dramático se congratulará mañana conmigo, de haber encontrado oculta, como los diamantes, una notabilidad artística.

—Gracias, dijo Isolina prodigándole á Pico una graciosa sonrisa.

—Ahí tiene usted una sonrisa verdaderamente dramática; una sonrisa de éxito, como llamamos nosotros los actores; yo he hecho mis papeles, qué quiere usted! una vez lanzado á la carrera, es necesario saber de todo.

—Pues yo me conformo con que por ahora haga usted el papel de mi salvador.

—Eso me gusta, y confesaré á usted que la aventura comienza á tener para mí un encanto, que al principio no le conocia. Yo no sé si será por el respeto que me infundia ese terrible perro amarillo, probablemente destinado á no dejar atravesar este patio á alma nacida.

—Ha acertado usted; Leon tiene ese oficio y lo ejerce con la lealtad propia de un perro y con la ferocidad propia de su dueño.

—Pero mi Alí,—le presento á usted á mi Alí,—es un perro feo, no lo puedo negar, pero es mi amigo y le debo muchos favores; entre otros el que haya entretenido al Leon, á quien probablemente le habrá hecho ya de mi persona los debidos elogios, y por eso me ve ya como si todos tres fuésemos amigos viejos.

En todo caso, agregó Pico, usted manda y yo obedezco.

—¿Me lo permite usted?

—Sí, señorita.

—¿Mando?

—Decididamente.

—Pues no abusaré de mis facultades, simplemente me limito á suplicar.

—¿Qué me suplica usted?

—La mayor reserva.

—¡Ah! sí, por supuesto.

—¿Y encontrará usted la manera fácil de sustraerme de mi verdugo?

—Inventaremos algo conveniente; creo que esto será fácil, especialmente por parte de usted, que segun lo que he podido notar, tiene usted mucho talento.

Isolina prodigó á Pico una segunda sonrisa dramática, de no menos éxito que la anterior.

Pico se separó de Isolina, ofreciéndole conferenciar con ella sobre los proyectos de evasion, siempre que al Leon no se le antojara, por una humorada de rey, muy propia de perros bravos, no dejarlo pasar tan fácilmente como lo acababa de hacer.

Convinieron en la hora y contraseñas de la segunda entrevista y Pico atravesó no sin algun temor el patio y se encaramó á su ventana, llamando á Alí, quien á su vez debió sentir ya la separacion de su nuevo amigo.

do acertó á levantar la cabeza y se fijó en otra ventana que estaba frente á él, y que se habia entreabierto.

Le pareció ver que una cabeza se asomaba; pero la oscuridad del patio no permitia ver, si en la línea negra que proyectaban las dos puertas de la ventana habia algo mas; un momento despues la línea negra se hizo mas perceptible, y efectivamente, se destacó una cabeza; pero era una cabeza de muger.

Pico hizo un movimiento de sorpresa; y entonces la cabeza se asomó completamente; no cabia duda: era una muger que deseaba ser vista, y lo que es mas, que exijia la reserva; porque tenia el índice de la mano derecha sobre los lábios, pidiéndole á Pico silencio.

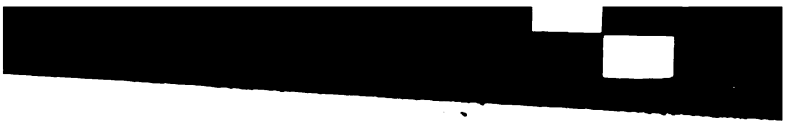
Pico se encaramó á la ventana y vió entonces que la mano que le pedia silencio, le pedia que se detuviera, mostrándole en seguida al perro guardian.

—Ah! pensó Pico, este perro tenia un encargo de confianza; realmente guarda algo ¡cosa mas rara! Esa señora está presa, guardada por el perro, y se dirije á mí..... aquí hay un gran misterio: creo que me pide que la ampare; pero si ese formidable mastin sabe su oficio me despedaza sin remedio. Si pudiera yo bajar.... véamos que cara me pone el centinela.

Y diciendo esto echó fuera del borde de la ventana una pierna.

—El guardian no se inquieta con mi pierna; bajémos la otra.

Y así lo hizo.



do acertó á levantar la cabeza y se fijó en otra ventana que estaba frente á él, y que se habia entreabierto.

Le pareció ver que una cabeza se asomaba; pero la oscuridad del patio no permitia ver, si en la línea negra que proyectaban las dos puertas de la ventana habia algo mas; un momento despues la línea negra se hizo mas perceptible, y efectivamente, se destacó una cabeza; pero era una cabeza de muger.

Pico hizo un movimiento de sorpresa; y entonces la cabeza se asomó completamente; no cabia duda: era una muger que deseaba ser vista, y lo que es mas, que exijia la reserva; porque tenia el índice de la mano derecha sobre los lábios, pidiéndole á Pico silencio.

Pico se encaramó á la ventana y vió entonces que la mano que le pedia silencio, le pedia que se detuviera, mostrándole en seguida al perro guardian.

—Ah! pensó Pico, este perro tenia un encargo de confianza; realmente guarda algo ¡cosa mas rara! Esa señora está presa, guardada por el perro, y se dirije á mí..... aquí hay un gran misterio: creo que me pide que la ampare; pero si ese formidable mastin sabe su oficio me despedaza sin remedio. Si pudiera yo bajar.... véamos que cara me pone el centinela.

Y diciendo esto echó fuera del borde de la ventana una pierna.

—El guardian no se inquieta con mi pierna; bajémos la otra.

Y así lo hizo.

do acertó á levantar la cabeza y se fijó en otra ventana que estaba frente á él, y que se habia entreabierto.

Le pareció ver que una cabeza se asomaba; pero la oscuridad del patio no permitia ver, si en la línea negra que proyectaban las dos puertas de la ventana habia algo mas; un momento despues la línea negra se hizo mas perceptible, y efectivamente, se destacó una cabeza; pero era una cabeza de muger.

Pico hizo un movimiento de sorpresa; y entonces la cabeza se asomó completamente; no cabia duda: era una muger que deseaba ser vista, y lo que es mas, que exijia la reserva; porque tenia el índice de la mano derecha sobre los lábios, pidiéndole á Pico silencio.

Pico se encaramó á la ventana y vió entonces que la mano que le pedia silencio, le pedia que se detuviera, mostrándole en seguida al perro guardian.

—Ah! pensó Pico, este perro tenia un encargo de confianza; realmente guarda algo ¡cosa mas rara! Esa señora está presa, guardada por el perro, y se dirije á mí..... aquí hay un gran misterio: creo que me pide que la ampare; pero si ese formidable mastin sabe su oficio me despedaza sin remedio. Si pudiera yo bajar.... véamos que cara me pone el centinela.

Y diciendo esto echó fuera del borde de la ventana una pierna.

—El guardian no se inquieta con mi pierna; bajémos la otra.

Y así lo hizo.

—Tambien están juntas.

—Con que la Gualupita va á estar junto á las H...?

—Vaya! con que hasta Margarita..... ¿Se acuerda usted de la *gata* de las Gaxiolas?

Gata es el nombre con que distinguen á las criadas jóvenes.

—Quién, aquella indita?

—La misma, la de los ojos grandes. Pues ya está con la madre, ya no está sirviendo, y si la viera usted no la conocería. Llevaba unas enaguas de lana, de corte, de esas que tienen flores, y cenefas grandes, y un rebozo de pura seda de á 25 pesos, y zapatos aplomados.

—Mariquita?

—Mariquita.

—Pero hombre.....

—Don Pepe.

—Don Pepe?

—No lo conoce usted; si es capaz de vestir una monja. Pues bien, la Mariquita, quien por supuesto ya es doña Mariquita, va esta noche á la comedia y ya la verá usted sentarse junto á Gualupita y las H..... y toda la plana mayor de D. Pepe.

—Y la madre?

—La pobre está muy contenta; ya sabe usted que estas gentes dicen que vale mas buen acomodo que mal casamiento, y como [redacted]ta muebles tiene ya.....

—Viven por la huerta?

—Sí, donde siempre.

—Con razon la otra noche como á las nueve, me pareció ver á D. Pepe á pié y solo por allí; iba con su plaid colorado y su sombrero bordado de plata.

—Seguro que venia de allá.

—Yo temo que el dia menos pesado se arme una.....

—No lo crea usted, si D. Pepe los tiene dominados, y como es tan vivo! porque eso sí, D. Pepe no tiene un pelo de tonto.

Todo esto no era mas que un soplo ligero del aura popular en que vivia D. Pepe García. Este es el cacicazgo y estas son, con variantes mas ó menos sustanciales, las costumbres de esos señores de pueblo que lo son todo; señores para quienes no hay leyes, ni costumbres, para quienes no hay sociedad, ni vínculos, para quienes se hicieron los pueblos, sus comodidades y sus habitantes.

Viven convirtiéndolo todo en provecho propio, aglomerando elementos de todo género para formarse el pedestal de su grandeza, y al traves de las aspiraciones y la reforma social, á pesar del espíritu de progreso y de la sabiduría de nuestras instituciones liberales, el cacique vive en los pueblos practicando un feudalismo jesuítico, y explotando la ignorancia de los que lo rodean; convirtiendo la miseria de los demas en agente de sus aspiraciones, el patrimonio ageno en tributario de sus pingües rentas; todo lo domina, todo la invade, todo lo explota; en cada aventura galante cria una raíz perniciosa de inmoralidad en la que procura envolver á los que pudieran perjudicarlo, empaventa con sus enemigos, y único y absoluto, no tole-

ra entidades que puedan ponerse frente á sus intereses y á sus miras. Si un hombre ilustrado é independiente se para frente al cacique y equiparando su poder moral, su instruccion y sus buenos deseos con las prendas de D. Pepe Garcia comienza á hacerse oir y á rodearse de prosélitos y de descontentos aislados; el cacique estudia un golpe, asesta una difamacion, sume al contrincante en un negocio oscuro, le tiende una red, lo envuelvé, lo fastidia, lo acosa, lo perjudica, y lo mata ó lo saca del pueblo.

El cacique es el castor de las poblaciones; fabrica sus casas y se procria: cuenta numerosas víctimas en el bello sexo, porque las mugeres no son para él, en todo caso, mas que las castores hembras, productoras de castorcitos y consumidoras de las frutas del castor padre.

Si un cacique llega á ver algun dia reunidos á sus hijos, se deja besar la mano por el diputado que vuelve al pueblo en el receso de las sesiones, por el peon de la hacienda, por la criada de N. por la muger del magistrado, por el coronel guerrillero, por el héroe de una jornada y por el desgraciado que está en capilla como ladron de camino real cogido infraganti.

El cacique se reproduce en la milpa y en el foro, en la política y en el crímen; pero no forma familia, ni raza, ni hogar. Suele el cacique llegar á ser gobernador de Estado, suele ser diputado y revolucionario; pero por excepcion: generalmente el cacique, por grandes que sean sus aspiraciones, transije abiertamente con el atraso de su pueblo, con las preocupaciones de todos, con la incuria y con

la pobreza de su lugar; porque todas estas nulidades son su patrimonio: el atraso es su apoyo, la ignorancia su toldo, su superioridad es su garantía y su sosten, y se conforma con ser el número uno entre muchos ceros.

Don Pepe Garcia tenia entre todos sus asuntos uno que era el que mas le preocupaba, el mas reciente, é indudablemente, uno de los que mas le habian conmovido en su vida.

Pondremos al lector al tanto de los pormenores de este asunto, que tambien por nuestra parte consideramos mas ligado á la historia de nuestra heroina.

Ya hemos manifestado en otras ocasiones que no somos afectos á lo horripilante, y que abandonamos con gusto la tarea de relatar esas escenas de sangre y devastacion y á las que tan repetidas ocasiones han dado lugar nuestras révueltas intestinas; de manera que al tropezar con hechos de esta especie tomaremos de ellos solo la parte que se ligue con el hilo principal de la historia que referimos.

En un dia nefasto, de esos dias de muerte y de venganza, de crímen y de sangre, acababa de desaparecer para siempre una honrada y rica familia que vivia en una hacienda.

Una terrible banda de criminales acababa de perpetrar una negra venganza en la persona, familia é intereses de un honrado ciudadano, que algunas veces se habia defendido heroicamente de los bandidos, que habia prometido persecucion de la gavilla, y que mas de una vez se

tido personalmente con los asaltantes de su hermosa finca de campo.

Ya hacia tiempo que habian sido fusilados algunos de los de la banda aquella; pero la sangre de los tigres humanos no se orea como la de los tigres del desierto; y el gefe de la banda habia jurado un dia frente á los cadáveres de *sus muchachos*, como él llamaba á sus soldados, que habia de acabar á sus manos la raza de quien así se habia defendido de ser robado.

Fué así efectivamente; y un dia el fuego y la desolacion oyeron sus últimas blasfemias.

Por único botin se llevaba el bandido una jóven desmayada, hija mayor del dueño de la hacienda, que quedó con vida merced á su desmayo.

Ya iba la guerrilla por el monte despues de haber consumado el mas espantoso de los asaltos, y dos soldados encargados de custodiar á la jóven se habian atrasado del centro de la fuerza.

La jóven iba colocada sobre una mula y los dos bandidos caminaban, el uno tirando del ronzal y el otro picando.

—Todo para el coronel, pensaba el bandido que jalaba la mula..... cargar este engorro para él. ¡A ver como no se desbarranca la mula y se acaba de llevar el diablo á la pécora!

—¿Qué va hablando, patron? le dijo al bandido el que picaba.

—Que qué voy hablando?

—Sí.

—Pues..... ¿y á usté qué?

—Adios!

—A la Vírgen.

—Oiga, amo, vámonos parando?

—Eh!..... eh!..... pues usté sí que *deatiro*.

—Ande, amo, vamos á *contestar* usté y yo.

—Y qué tengo yo que contestar con usté? ¡pues ora sí!

—Pues creo que va mal la..... la charrita.

—Y *uste de qué* tan cuidadoso?

—Pos..... yo decia.

—Ande, jale, que ya van lejos.

El que jalaba se paró, la mula hizo lo mismo y el que picaba dijo:

—Adios!..... pues uste sí que..... Y se paró tambien. Y ahora qué?

—Oiga, amo, vámonos quedando?

—Y para qué es eso?

—Pues..... jalemos *pa el* otro monte con la señora.

—Bonita lucha! En ese caso uno no mas.

—Y quién?

—Pues si quiere váyase.

—No, amo, si no soy tan penco.

—Ah! pues ni yo.

—Como dice que uno.....

—Vaya! y los dos qué hacemos?

—Pues yo no jalo, la verdad, vale; no que despues de *isponerse* uno, no quiere el coronel que *se saque* ni si-

quiera maiz, sino que *¡vamonos!* y «*llévate eso y cuidado,*» y la verdad amigo no es uno tan *deatiro* que cargue como la mula, y yo como no tengo familia.....

—Y luego, agregó el otro bandido, si nos hubiéramos traido á la otra? ¿y qué se hizo?

—¿Pos no le metió el coronel la espada? *adios; qué no la vido?*

—Y tambien son *sinrazones*, pues diga usté amigo, pa qué es eso, si ya le pagó el papá con el pellejo, pa qué *testerea* á la muchacha.

—Pues eso es lo que yo digo, sale sobrando, lo mismo que lo de las viejas, pues pa qué las mata?

—Yo si ando en la revolucion es por necesidad, ese condenado juez que me tiene puesta la puntería y ni por ofrecerle.....

—Cuál, el de San Pedro?

—Sí, amigo, creerá que no ha querido soltar á Justo? y dice que me ha de cojer, ¿pero usté qué dice?

—Que no *tan ainas*, pues qué es uno tan manco? Y usté por qué no le ha llegado al juez ese?

—En eso anda mi hermano, lo anda espiando por si va á la Concepcion.

La jóven que venia en la mula presentaba el aspecto de un fardo, estaba toda envuelta en una gran frazada y atada al aparejo de la mula menos cuidadosamente de lo que requeria una carga humana.

Esta jóven habia escapado milagrosamente de la matanza; cayó desmayada en uno de los corredores de la ca-

sa al oir el último grito de su padre. El que la conducia en la mula, buscando en aquel cadáver algunas alhajas, habia notado que la jóven no estaba herida, y no sabemos si por un resto de conmiseracion ó por un exceso de infamia, la envolvió en una frazada y la colocó en la mula. Al verla así el gefe, le habia dicho al conductor:

—Esta muger me pertenece. A ver uno.

Y se habia presentado el otro bandido que arreaba la mula.

—Cuídenme eso entre los dos y sigan con todos.

Aquella jóven habia comenzado á volver en su conocimiento en el camino, con la sensacion dolorosa de sus ligaduras, y las primeras palabras que llegaron confusamente á sus oidos, fueron las del diálogo de los dos bandidos.

Al recobrar completamente la sensibilidad, no pudo menos que arrojar un grito.

—Ya lo vé, patron? dijo uno de los ladrones; viene mal la señora; la compondremos.

Apeáronse los dos conductores y descubrieron á la jóven.

—¡Por Dios! dijo ésta, este lazo me corta las manos. ¿En dónde estoy? ¿En dónde está mi padre? ¿Quiénes son ustedes? ¡Socorro! ¡socorro!

—Oiga, niña, no grite, que puede venir gente.

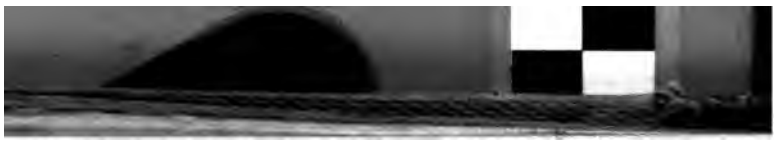
Entre los dos bandidos colocaron á la jóven convenientemente.

CAPITULO IV.

UN POCO HORRIPILANTE; PERO POR DESGRACIA VEROSIMIL.

CUANDO la jóven acabó de enterarse de lo terrible de su situacion, no fueron bastantes ni las amenazas, ni la fuerza de los bandidos para calmar su desesperacion; y muy pronto fué sujetada de nuevo á la mula, ya no con ligaduras que solo la seguridad exigiera, sino de una manera brutal y como por vía de tormento y de castigo.

Los gritos de la jóven fueron ahogados repentinamente con una mordaza.



En seguida los dos bandidos montaron á caballo, no para continuar su camino, sino para emprender una formal disputa sobre quien de los dos debia quedarse con aquella prenda.

La disputa iba tomando un carácter alarmante, pues ninguno queria ceder los derechos que creia haber adquirido, ni aceptaban tampoco el partido de seguir siendo simples guardianes: los dos se disputaban la presa como dos perros hambrientos, y los malos instintos y la idea del crímen del uno reflejándose en el corazon del otro bándido, habian engendrado ya uno de esos deseos brutales que solo la muerte podia sofocar.

Aquellos dos hombres colocados en el desfiladero de un monte, medio ocultos por la sombra de los árboles y heridos en parte por los rojos y oblicuos rayos del sol que se ponia, tenian el mismo aspecto que dos lobos que se disputaran en el desierto el cuerpo de una cierva herida.

Los dos bandidos habian empuñado ya sus espadas y se habian separado á alguna distancia de la mula.

La pobre jóven, á quien ya faltaban las fuerzas para resistir, no solo el tormento de sus ligaduras, sino la horrible idea de lo que iba á sucederle, estaba á punto de desmayarse de nuevo.

Como el terreno era lo menos á propósito para una lucha á caballo, pues estaban sobre una pendiente pedregosa, los dos contendientes movian sus caballos procurando mejorar su posicion, y unas veces devorándose con miradas de rabia, y otras lanzándose horribles imprecaciones,

se amenazaban incesantemente, excitando sus cabalgaduras, que en sus continuos movimientos sacaban chispas de los pedernales que pisaban, y piafaban impacientes como si ellas tambien estuvieran deseando el fin de aquella escena.

El sol iba ocultándose, y la noche vendria, como viene en algunas profundidades, casi sin crepúsculo.

Esta proximidad de las tinieblas imprimia á aquella escena mas terror que si hubiera empezado en plena noche; pues no sabemos que habia de siniestro en el acabamiento de la luz, en la difusion de las sombras y en el vuelo de algunas de esas aves salvajes que van á guarecerse con una triste precipitacion y como aprovechando los últimos instantes de luz.

Ninguno de los dos bandidos osaba ser el primero en el ataque; pues el terreno era mas propio para la defensa que para el asalto, y del primer golpe dependia, indudablemente, el éxito del combate.

El sol despedia ya solo algunos rojos resplandores sobre la copa de algunos árboles, y cada matorral, ennegreciéndose, juntaba su silueta con otra, como para ir fundiendo un fondo pavoroso; y los *tecolotes* de que estaba poblado aquel monte, abrian ya su sesion nocturna, saludándose con esas dos notas melancólicamente aflautadas y que suelen inspirar una tristeza tan profunda en las comarcas solitarias.

Por lo demas, la naturaleza se adormecia lentamente con esa calma magestuosa de las soledades, con esa gra-

vedad austera con que á veces se entrega al reposo de una noche que viene avanzando con la inexorable lentitud del cuadrante eterno.

Un momento mas, y aquellos dos lobos humanos no se verian uno á otro sino por el brillo fosforescente de su ojos y por las chispas de los cascos de sus caballos; un momento mas, y aquella jóven se hundiria tambien en las profundidades misteriosas de un síncope.

Pero á esta sazon y de una manera inusitada, un acontecimiento extraño vino á cambiar la faz de aquella escena.

Dos fuertes detonaciones prolongaron sus ecos en las concavidades de aquellas barrancas, como si un rayo acabara de caer entre los dos bandidos; y un relámpago amarillento alumbró instantáneamente aquel espacio; en seguida se oyeron gritos, y grán tropel de caballos que se precipitaban en medio de aquellas sinuosidades.

Los dos bandidos, olvidándose de su disputa en vista de un nuevo y comun peligro, prendieron las espuelas á sus caballos y se lanzaron por la vereda, sin cuidarse del ronzal de la mula, la que á la detonacion de los dos tiros y al movimiento intempestivo de los caballos, se espantó y se lanzó á su vez sobre los matorrales con impetuosa precipitacion; los primeros varejones que azotaron á la mula y las dificultades y tropiezos que la estorbaron el paso, exacerbaron al animal, en general sufrido, y recobrando sus instintos salvajes en medio de aquella naturaleza agreste y de aquella penumbra desesperante, se lanzó la mula saltando precipicios, ágil y ligera como una gamuza;

Los dos bandidos .

y como si no llevara sobre su lomo la preciosa carga, atravezaba breñales, recorria planicies, lanzaba con los cascos piedras del camino que rodaban por las barrancas con estrépito. Bien pronto los raros ruidos que la mula producia en su carrera le infundieron nuevo terror y nuevo brio, y cada vez mas ligera y como si ya no fueran obstáculos en su carrera ni las malezas, ni las raices, ni las piedras del monte, corria, corria al acaso desbocada como el caballo de Hipólito hasta encontrar un precipicio, un espacio sin piedras, sin arbustos y sin malezas, el aire, en fin, de una profundidad en cuyo seno no encontraria mas que la muerte.

En cuanto á los bandidos, prácticos conocedores del terreno, habian logrado tomar la vereda mas á próposito y sobre la cual podian caminar á todo el correr de sus caballos.....

Apenas habia llegado á las poblaciones circunvecinas á la hacienda asaltada la noticia del desastre, así las autoridades locales como algunos vecinos acomodados, habian puesto en movimiento toda la gente de que pudieron disponer y en todas direcciones salieron partidas armadas en persecucion de los bandidos.

Otros habian ocurrido á la misma hacienda, cuyas trojes ardian ya elevando hasta las nubes una gran columna de humo negro, en que flotaban millones de chispas.

Allí estaban aun calientes los cadáveres del dueño de la hacienda, de una de sus dos hijas y de otras personas de la familia y de la servidumbre.

Los pocos recursos con que podian contar los vecinos para apagar el incendio, hubieran sido de mas fatales consecuencias si la calma en que hemos pintado ya á la naturaleza en aquella tarde, no hubiese sido una circunstancia favorable que impidió los progresos del incendio, limitado definitivamente á las trojes.

Para uno de los espectadores de aquella escena, que es uno de nuestros personajes, aquella catástrofe traia recuerdos de muy distinto género, y de que el lector va á enterarse oyendo hablar al mismo interesado.

Serian las ocho de aquella misma noche que vamos describiendo y que tan fecunda fué para nuestra historia en escenas terribles, y en el mismo monte por donde hemos visto correr á los bandidos y á sus perseguidores, el respaldo de un gran creston presentaba una concavidad capaz de ser, en caso necesario, una cómoda habitacion ó una guarida contra la tempestad.

Aquella concavidad se llamaba entre los campesinos «la Cueva del Muerto» á consecuencia de haberse encontrado allí un esqueleto recientemente devorado por las aves de rapiña.

Dos ginetes estaban descansando en tierra y sus cabalgaduras atadas á una piedra. Solo la luz de las estrellas alumbraba aquella escena.

En voz muy baja, como si temiera ser escuchado por las peñas, uno de los dos personajes hablaba de este modo:

—En una tarde de Julio visité por primera vez la hacienda cuya casa acaba de quemarse: iba yo en compañía

de mi compadre Gomez, de mis sobrinos y de muchas personas de Santa María.

En la hacienda habia herradero; y ya sabe usted cuanto han alborotado siempre los herraderos, que tan espléndidamente sabia disponer el difunto D. Anselmo.

—¡Ah! ya me acuerdo, eran una verdadera fiesta que duraba hasta ocho dias.

—Pues bien, llegamos esa tarde: los muchachos echaron algunas manganas, otros ginetearon; y todos, cual mas cual menos, lucieron su habilidad en estos ejercicios.

En el centro del corral, ya recordará usted que se levantaba un verdadero palco para las familias, y muchas veces aquel tablado contenia ochenta ó mas personas. Allí estaban las hijas de D. Anselmo y allí conocí á Gualupita; estaba hermosísima, era la mas hermosa de las muchachas: confiésole á usted que me impresionó de una manera formal, al grado que no quise volverme esa noche á Santa María.

D. Anselmo era ostentoso y sabia gastar el dinero, y oiga usted, nos sirvió una mesa que no habia que pedir; la cena fué un verdadero banquete, algunos jóvenes dijeron versos y reinó la mayor alegría en la concurrencia.

Una música nos esperaba en la sala, y de cuadrilla en cuadrilla, el baile duró hasta las dos de la mañana: por supuesto que el mescal de pechuga y el vino de Champagne no escasearon en toda la noche, y lo que es por mí solo diré á usted que se me fueron los pies y que estuve loco por Gualupita.

Tres dias duró todavia el herradero y todos ellos fueron de gratísimas impresiones para mí, y..... bastaron esos tres dias para robustecer en mi alma la pasion mas ardiente por Gualupita.

Despues de una pausa en que aquel hombre pareció tomar aliento, continuó:

—De esto hace dos años ¡ay! y en estos dos años ¡cuantas amarguras he sufrido, cuanta desesperacion, y cuantas lágrimas de rabia han vertido mis ojos! Esa muger no ha hecho mas, con sus desdenes, que enardecer mi pasion, y mientras mas he sufrido por ella, mas y mas la he querido y mas me he empeñado en poseerla; y á ese paso sus desdenes se han redoblado y he llegado á creer que me odia; pero mas vale así, siquiera ya no me desprecia.

—Parece que se ha quejado, interrumpió el personaje que habia estado escuchando.

—Voy á ver, dijo el que habia hablado, y andando á tientas penetró en la cueva.

Diremos quienes eran, y por qué se encontraban allí aquellos hombres.

El que acababa de entrar á la cueva era D. Pepe Garcia, y el que esperaba era un vecino de los que se habian armado para perseguir á los bandidos y á quien D. Pepe Garcia tuvo necesidad de contarle la historia que acabamos de referir, á fin de hacerlo su cómplice en la aventura de aquella noche.

La persona que se habia quejado en el interior de la cueva era Gualupita, á quien hemos visto conducida en

lomos de una mula y custodiada por los bandidos que huyeron á los primeros tiros de sus perseguidores.

D. Pepe García y el vecino, extraviados por una vereda en el monte, siguieron el ruido que iba produciendo la mula que conducia á Gualupita, creyendo ir en persecucion de alguno de los bandidos, de manera que cada vez que sentian acercarse, disparaban sus pistolas, hasta que la mula cansada, herida, y encabritada en unos breñales, no pudo seguir corriendo.

—Por acá, D. Pepe! le gritó su compañero; acá, pero no es nadie, era una mula cargada lo que perseguiamos.

D. Pepe se acercó, y al examinar la carga no podia dar crédito á sus ojos; era una muger, mas bien una señorita.

—Sí, exclamaba, esta es una persona bien vestida; ¡ah! gritó, todos los cadáveres se han encontrado en la hacienda menos uno; ¿si será ella?

Y D. Pepe tocaba las heladas facciones de la jóven, procurando reconocerla; se acercó hasta bañarla con su aliento y arrojó en seguida un grito espantoso.

—¡Ella! ¡es ella! y ya está en mi poder, pero muerta!

Desde este momento D. Pepe comenzó á desatar las ligaduras que sujetaban á aquel cuerpo inerte, cuya actitud sobre el aparejo de la mula, causó en D. Pepe la mas horrible impresion.

Esto pasaba á algunos pasos de la Cueva del Muerto.

—Qué hacemos? preguntó el vecino.

Don Pepe no contestaba, entregado como lo estaba á un torrente de ideas que lo enagenaban completamente.

Su compañero le ayudaba en silencio á desatar á la jóven y á trasladarla á la cueva.

—Puede ser, dijo el vecino despues que hubieron depositado en tierra su preciosa carga; puede ser que esta jóven no esté muerta, no me ha parecido que está muy fria, y sobre todo hay cierta flexibilidad en sus miembros.

—Yo la he sentido helada, y aun vacilando lo mismo que usted he tomado su pulso..... y..... no late ya.....

—Pero el corazon? ¿no ha escuchado usted si late el corazon?

—Que si late? repitió D. Pepe sintiendo extraviarse sus ideas; ¿que si..... late?.....

Y se volvió á quedar callado, lanzando una especie de ronquido estertoroso con su respiracion.

—Don Pepe ¿se siente usted mal?

Don Pepe no contestó, estaba llorando.

El vecino, que todavía no estaba en antecedentes, empezó á comprender que allí debia existir una historia terrible, pues D. Pepe estaba profundamente conmovido, al grado de hacerse peligroso su estado.

Tanto hizo el vecino por consolar á D. Pepe y tanto insistió en que volvieran á reconocer el cadáver, que D. Pepe, mas bien por volver á verlo que porque abrigara ninguna esperanza, se inclinó sobre el pecho de la muerta, puso allí la mano y nada sintió; despues puso el oido y creyó oir un solo golpe, pero los latidos de su propio corazon le impedian cerciorarse de si aquel otro corazon por el que tanto habia sufrido, vivia aun.

—No siento nada, no puedo oir; dijo D. Pepe entregándose de nuevo á la desesperacion.

Entonces el vecino lo sustituyó, y despues de un largo rato, dijo en voz baja:

—Don Pepe?

—¿Qué hay? qué hay?

—Creo que hay algo.

—Vive? vive?

—En todo caso cálmese usted y obremos con prudencia.

—¡A ver! á ver! está usted cierto?

—Me parece .....

—Vuelva usted á escuchar, amigo mio, y vuélvanos usted la vida á los dos..... porque..... yo adoro á esta muger.

—Silencio! dijo el vecino.

Y se puso de nuevo á escuchar.

—Sí, sí hay algo, palpita aun el corazon, aunque con grandes pausas.

—¡Ah! vive! vive! exclamó D. Pepe tomando en sus pulmones la mayor cantidad de aire que podian contener; ¡vive! repetia ¡vive!..... y esta era la única palabra que se le oia pronunciar.

—Es preciso hacer algo, D. Pepe.

—Pero qué hacemos?

—Un médico tardaria un dia en llegar aquí, y es necesario no perder tiempo.

—Calor! exclamó D. Pepe, le daremos calor!

Y aquellos dos hombres improvisaron un lecho con hojas secas y con toda la ropa de que pudieron disponer, y despues encendieron algunas varas secas para proporcionarse alguna luz, y algun calor para la enferma.

El vecino creyó conveniente que D. Pepe no se diera á conocer; de manera que solo él veló junto á Gualupita, quien al cabo de algun tiempo dió mas señales de vida, aunque ni remotamente de conocimiento.

En uno de estos intervalos fué cuando D. Pepe contó á su compañero la historia de sus amores.

CAPITULO V.

SE LEVANTA EL TELON.

COMO lo habian previsto los comentadores de la conducta y poridades de D. Pepe Garcia, la noche de la primera funcion de teatro, los primeros asientos estaban ocupados por todas las personas mas allegadas á D. Pepe.

Hácia un costado del corral se habia levantado una gradería de vigas, que era una periquera en que aparecian encaramados mas de cien espectadores. Como el pueblo era á la sazon visitado por paseantes de todo género, con motivo de las fiestas, habia en el patio sus elegantes armados de anteojos de teatro; multitud de charritos de las

haciendas y pueblos vecinos, ostentando lujosos sombreros bordados y finos jorongos; señoras en cuyos trajes podia la moda quitar un guarismo de veinte años; y finalmente, multitud de gente pobre completaba el cuadro de la concurrencia.

Una mala música, compuesta de guitarras, violin, flauta, arpas y trombones, tocaba algunos valses y lograba destrozar algunas oberturas.

El alumbrado era pésimo, pues se componia de candilejas sustentadas con manteca, y sobre piés derechos algunos hachones con palo de ocote.

Detras del telon del foro, existe un mundo de misterios que desde el niño hasta el octogenario procuran investigar.

El misterio: he aquí las cosquillas del pensamiento. Al misterio le debe mas el progreso humano de lo que le debe á la voluntad.

El misterio merece los honores del mitho, es casi una deidad, y el papel que hace en el mundo es mas importante de lo que parece.

El misterio es la careta de este carnaval perenne, en que los máscaras nos desconocemos unos á otros en fuerza de querer conocernos á nosotros mismos.

La liviandad cuando se cubre con esa careta se llama coquetería.

El amor la usa constantemente, y cuando se la quita se muere.

Thalia es la muger que en el carnaval del mundo ha sabido jugar mejor la careta.

ISOLINA.

Don Gervasio M. Romero del Campo.

Thalia tiene una tropa alegre que la divierte extraordinariamente, y la recluta, riéndose, en este valle de lágrimas.

La inspiracion de consagrarse al teatro, es una inspiracion que difiere de las demas en que es retozona; y la humanidad en su marcha solemne hácia su fin grandioso lleva á la andante comiquería colgada al cuello como una sarta de cascabeles.

Individualizando es otra cosa.

Hay actores que en su marcha solemne por el camino de la gloria, llevan al público colgado al cuello como un collar azteca compuesto de piedrecitas de poco valor.

Hay artistas nacionales, como el señor D. Gervasio Miguel Romero del Campo, que aurifican sus cartones y *pergaminizan* sus papeles, y hacen dentro y fuera de bastidores el mas campanilludo de los personajes contemporáneos.

A propósito de bastidores; he aquí una frase subversiva: *entre bastidores.*

¿Quien no se sonrie al oir decir «*entre bastidores?*» ¡Que *potpourri* de cositas no envuelve ese concepto! Decídsela á un viejo y os regalará una lágrima fria y un suspiro en octava baja; decídsela á un pollo y bailará en un pié; decídsela á una beata y se santiguará; decídsela á una dama jóven y hará un esfuerzo para no ponerse colorada.

Detras del telon está esa frase, y detras del telon está el misterio.

Los niños se impacientan porque se levante ese telon, sin mas razon que porque está corrido.

Los jóvenes, que han penetrado un poco mas el misterio, sienten la misma impaciencia que los niños; pero gozan con ella.

Los viejos, están acostumbrados á descorrer ellos mismos el telon y otras cosas, y su imaginacion se extasía en los pasillos oscuros, en los cuartos con las cortinas medio corridas y en otras particularidades.

Para todo el mundo tiene un telon el atractivo de una pausa. Es un deseo con esta taxativa: *todavía no.*

El amor no podria existir sin telon ni á telon corrido.

Todo deseo, todo ahinco y toda perseverancia, tiende á esto: á levantar el telon.

Los actores á su vez no viven sino para levantar el telon.

Al señor D. Gervasio Miguel Romero del Campo le heños oido decir con motivo de los crecidos gastos de una funcion extraordinaria:

—Esta noche me cuesta ochocientos pesos levantar el telon.

La historia de todos los *fiascos* y de todos los triunfos, enpieza de este modo: se levantó el telon.

Del autor de este libro se puede decir que no pretende otra cosa, en materia de teatro, que levantar el telon.

Y ya esta digresion va siendo demasiado larga.

Pues, señor, se levantó el telon.

Como la compañía iba á estar allí muy pocos dias, el director dispuso hacer seis comedias fáciles, piezas del

dia y *no de trajes*, como decian los cómicos; de manera que no hubiera mas que sacar de la carga las pelucas y los *trajes de paisano:* así es que D. Gervasio dispuso que se dieran "La cosecha, "La cruz del matrimonio, "Lo positivo, "Los hijos de Adan" y algunas piezas en un acto.

En consideracion á lo mucho que tendremos que decir mas adelante de nuestra querida compañía dramática, omitimos la crónica teatral de la primera funcion, que se componia de *La Cosecha* y de la pieza titulada *Una noche toledana*.

En el primer entreacto entraron al foro con D. Pepe García, el señor prefecto, el juez, un escribiente que hacia vérsos, el administrador de rentas y un señor de San Luis.

Don Gervasio habia ya corrido la cortina de su improvisado cuarto de vestir, en el que habia cuidado de poner un espejo grande y dos velas de estearina, una cortina á guisa de carpeta y algunas sillas.

—Caballeros, pasen ustedes, dijo á los visitantes; está esto muy incómodo, pero tomen ustedes asiento.

—Gracias, dijo D. Pepe; presento á usted, señor director, al señor prefecto.

El prefecto dió la mano á D. Gervasio y estudió un saludo, al traves del cual el cómico no perdiera de vista á la primera autoridad.

—El señor juez letrado..... el señor administrador de rentas.

—Servidor de ustedes, dijo D. Gervasio; mucho me alegro.....

—Nosotros tenemos el honor, dijo el administrador, de ponernos á las órdenes de usted.

—Gervasio Miguel Romero del Campo, á la disposicion de ustedes.

—El jóven poeta Jesus R. Fuentes, dijo D. Pepe.

—¡Ah! ¡ah! muy bien, cuanto lo celebro! contestó D. Gervasio, ¿con que es usted poeta?

—Sí señor, dijo Fuentes poniéndose colorado; quiere decir, aficionado.

—No, nada de eso, dijo D. Pepe, ha escrito una comedia.

—¡Hola! amiguito, pues esas son palabras mayores; ¿y que tal, es de costumbres?

—Le diré á usted, es una cosa muy original.

—¡Ah!

—Todo ello es un sueño.

—¡Oh!

—Un sueño fantástico.

—Muy bien, muy bien, ¿con que un sueño fantástico?

—Sí, sí señor, yo creo que es de mucho efecto, figúrese usted que hay necesidad de luz de Bengala en el segundo acto.

—¡Ah! muy bueno.

—Yo creo que le habia de gustar á usted. Si usted tuviera la bondad de leerla.....

—Con mucho gusto.

—No que luego..... ya sabe usted lo que sucede.

—¡Ah! pues por mi parte nada tema usted, caballerito. Yo soy un artista nacional y amo las glorias de mi país, á los hijos del país sobre todo, señor. ¿Por qué nos ha de venir todo del extrangero?

—Tiene usted razon, dijo el prefecto, ese espíritu de extrangerismo es el que nos pierde.

—¡Oh! sí, señor prefecto.

—Y su señora de usted? preguntó D. Pepe.

—Creo que se está vistiendo.—Madre—continuó tocando con el dedo las tablas que dividian su cuarto del de la primera dama: los señores quieren saludarte.

—No la moleste usted, dijo el administrador de rentas; tal vez estará ocupada.

—¡Ah! pero como habia de dejar de saludar á ustedes! —María, sal, que viene á saludarte la primera autoridad y el señor juez de letras y otros caballeros.

María se presentó.

D. Gervasio hizo la presentacion: todos se pusieron en pié y todos ofrecieron asiento á la dama.

En seguida todos devoraron á la dama con sus miradas.

A una primera dama siempre se le devora con la mirada.

Los pillos por si acaso.

Los pollos por parecer hombres de mundo, y los viejos porque así lo sienten.

Todos encontraron muy de su gusto á la primera dama.

El prefecto pensó en promover otras seis funciones.

El poeta en hacerle á María unos versos feroces.

Y D. Pepe, en darle un dia de campo.

D. Pepe dió en el clavo y los demas en la herradura.

—Qué le parece á usted el pueblo?

—Es muy bonito y muy fértil, por lo que he visto, dijo María con una voz que pareció muy dulce á las visitas.

Aquello que acababa de hablar María les cayó en gracia, porque no estaba en su papel.

Uno de los atractivos que tiene una actriz para el que la trata familiarmente y por la primera vez es este: individualizarse.

Cuando la entidad dramática se convierte para nosotros en la amiga, nos creemos doblemente agraciados.

Los que rodeaban á María recogian sus palabras con cierto arrobamiento, le dirijian la palabra esperando ávidamente su respuesta y preparando una sonrisa.

Apelo á las mismas actrices y que me digan si no recojen á sonrisa por palabra.

Hay un atractivo peculiar de la actriz y solo de la actriz, vedado á las demas mugeres.

En la muger, ser actriz es tocar el refinamiento de la vanidad.

Una muger puede atesorar todos los atractivos imaginables; pero ninguno de ellos es parecido al de la aureola de la actriz.

Los hombres se le acercan siempre al traves de una atmósfera distinta de la que rodea á las demas mugeres.

Hasta los calaveras estudian su entrada, y los tímidos dejan traslucir todas sus impresiones.

—Pues lo hace usted muy bien, dijo D. Pepe.

—Favor que ustedes me hacen, contestó María bajando sus hermosos ojos.

Aquí entró el prefecto.

—No, señorita, efectivamente lo hace usted muy bien.

—Por lo menos, dijo el administrador de rentas, nunca habiamos visto en Santa María del Rio una actriz del mérito de usted, señorita.

—Indudablemente, agregó el señor de San Luis.

Hubo una pausa.

Aquí entró el poeta.

—Señorita, yo solo le diré á usted que..... que me permitirá usted decirle mis impresiones en verso; voy á dedicarle á usted una composicion.

—Tendré mucho gustó.

El poeta saboreó esta frase como una pastilla de orozus y pensó:—creo que ha comprendido mis miradas; como soy poeta, estoy mas cerca de ella; nosotros los poetas comprendemos á las actrices y ellas nos aman.

De ilusion en ilusion el poeta creia haber hecho una conquista.

—*Tendré mucho gusto*, repetia el poeta, y esto me lo dijo viéndome de un modo... como que tiene unos ojos...

Y luego dirijiéndose á María exclamó:

—¡Qué lástima que vengan ustedes por tan pocos dias!

—Que quiere usted, es preciso!

María clavó sus ojos en el poeta con cierta tristeza, que muy bien pudo haber sido sueño ó fastidio, pero el escribiente que de mirada en mirada subia al cielo, estaba muy lejos de pensar así, y aquella mirada iba cuando menos á desvelarlo toda la noche.

Ya era preciso *levantar el telon.*

Los nuevos amigos de la actriz se despidieron, ofreciendo su casa y sus servicios.

El escribiente se puso frio al pensar en que, como los demas, iba á darle la mano á aquella divinidad; y mientras los demas se despedian, el escribiente se limpiaba el sudor de la palma de su mano derecha contra los pantalones.

Le llegó su turno, y apretando la mano de María lo mas que pudo, le dijo al oido:

—¡Es usted divina!

El escribiente soltó esta frase zumbándole los oidos, temblándole la voz y asustándose de su propio atrevimiento.

Y desapareció.

A poco rato se colocó en su asiento: no entendió el segundo acto de la comedia, y cada vez que salia María á la escena, al escribiente le parecia que estaba diciendo: «*Tendré mucho gusto. Tendré mucho gusto*» ó bien «*que quiere usted, es preciso! que quiere usted, es preciso!*»

Estas eran las únicas palabras que vibraban como la repercusion de un repique en sus oidos.

Desde su asiento clavaba en María su mirada; hubie-

ra querido tener dos cerillos en los ojos, para llamar la atencion de María, y se sentia contrariado de que María no se fijase en él. Se acordó de haber oido decir algo del magnetismo, pensaba que hay una corriente magnética, un fluido que se comunica con los ojos, y que sintiendo el escribiente lo que sentia, su mirada debia estar impregnada de ese fluido y que María debia sentirlo como un dardo; pero nada, María representaba su papel como si tal escribiente hubiera en el mundo.

Apenas cayó el telon, el escribiente se levantó de su asiento y entró al foro.

El cuarto estaba cerrado y el escribiente devoraba la puerta con sus miradas; pero allí menos que desde su asiento obraria el soñado magnetismo. Los momentos le parecian siglos al pobre de Fuentes, hasta que por fin le fué preciso abandonar el foro y volverse á su asiento sin haber logrado hacerse ver de María.

—Pero mañana, decia, mañana me desquito; la voy á visitar, al fin ya nos ofreció su casa y luego en el dia de campo que va á dar D. Pepe á la compañía..... ya tendré tiempo. Entretanto esta noche escribo mis versos y mañana los copio en limpio y se los llevo.

Tambien el prefecto hizo aquella noche castillos en el aire: el administrador de rentas tuvo una conversacion muy edificante con el juez, sobre lo peligrosas que son las mugeres de teatro, y convinieron en que María era muger de muchos atractivos.

En cuanto á D. Pepe, no sabemos si haria castillos en

el aire, pero sí consta en la leyenda que mandó preparar una barbacoa de cabritos y sentenció á muerte á algunos guajolotes; procedimiento mas en armonía con las miserias humanas que todos los versos del escribiente y todos los castillos en el aire de la primera autoridad del pueblo.

Se nos olvidaba decir que aquella noche no se exhibió la bailarina, pues D. Gervasio el director, que era hombre que lo entendia, guardaba *este efecto* para las noches subsecuentes en que *la casa* (el teatro) *pidiera* algo mas *llamativo* para *tener mas gente.*

El escribiente lo hizo como lo dijo. Procuró á toda costa estar solo: síntoma alarmante. Cuando se empieza á querer á una muger, el interesado habla primero á la soledad.

El amor que acaba por esto: *estar juntos*, empieza con esta otra idea opuesta: *estar solo.*

El escribiente estuvo solo.

En primer lugar suspiró y en seguida tomó pluma y papel, se alborotó la cabellera y llamó á la inspiracion.

Estos son los primeros dolores de todos los partos.

Todos los poetas procuran parir solos; despues es cuando dan á luz.

El escribiente hacia esfuerzos inauditos y le sucedia lo que les ha sucedido á muchos grandes hombres.

No estaba para el paso.

Tachó diez veces la primera palabra, la escribia de nuevo y de nuevo le parecia estúpida unas veces, fria otras

y las mas aquella palabra se quedaba sola, sin poder ligarla con otras.

Por fin escribió:

«*Salve, artista á quien amo tanto.*

Esto era verdad, pero no era verso.

—Lo de *salve, artista,* está bueno, decia el escribiente; pero lo demas me disuena.

Dejemos al poeta luchando con las mil dificultades que lo atormentaban, y volvamos á visitar á nuestra desgraciada prisionera.

CAPÍTULO VI.

DOS ENTREVISTAS.

GUADALUPE fué conducida á Santa María del Rio por el vecino amigo de D. Pepe, quien habiendo tomado todas las precauciones que el caso requeria, logró instalar á su prisionera en la pieza en que la hemos visto, sin que hasta el momento en que habia hablado con Pico hubiera en el pueblo una sola persona á cuya noticia hubiera llegado aquel asunto.

Don Pepe se presentó bien pronto en el cuarto de Guadalupe; esta arrojó un grito al verlo, y desde ese momento comenzó la mas heroica de las luchas, la mas tenaz de las resistencias por parte de Guadalupe.

Don Pepe García estaba enteramente á merced de una de esas pasiones desenfrenadas y terribles que inducen al hombre á todo género de excesos.

Hacia dos años que la imágen de D. Pepe era para Guadalupe la mas perseverante amenaza á su tranquilidad; hacia dos años que D. Pepe habia emprendido una de esas persecucienes incesantes y tenaces que formaba ya parte indispensable de sus costumbres y de su manera de vivir. En este tiempo Guadalupe habia tenido dos pretendientes que D. Pepe habia logrado alejar de la hacienda, valiéndose de medios violentos y reprobados.

Don Pepe contó á Guadalupe con todos sus mas insignificantes pormenores la historia de la terrible noche en la que la casualidad habia puesto á Guadalupe en manos de su perseguidor.

—Quiere decir, exclamó Guadalupe, que usted no me ha salvado sino para perderme? ¡oh! ¿por qué no me dejó usted morir sobre aquella mula infernal, que al fin hubiera acabado por precipitarse conmigo en una barranca?

—Es el destino de usted, Guadalupe, y el mio el que nos ha unido para siempre.

—Para siempre? No, algun dia saldré del poder de usted. Esto no puede prolongarse.

—Tengo tomadas todas las precauciones.

—Alguna vez podré burlarlas.

—Es inútil, usted nada puede.

—Hasta aquí he podido ser fuerte, Dios no me abandona, Dios me salvará.

—Sea usted generosa y perdóneme, Guadalupe; he prescindido ya de toda violencia y quiero acercarme á usted por el camino de su corazon.

—Ese camino está abierto para todos los seres que me aman.

—Entonces está abierto para mí.

—No.

—¿Qué debo hacer para llegar á su cariño?

—Ya lo he dicho, ser bueno, procurar serme agradable.

—¿No lo soy acaso consagrando á mi amor toda mi vida, toda mi fé, todo mi entusiasmo?

—Constituyéndose en mi carcelero, en mi verdugo.

—¿Y habria de abandonar espontáneamente una situacion que, por violenta que sea, me proporciona el placer de venir á contemplar á usted y á repetirle que la amo? ¿Podria darle á usted la libertad que tanto desea, sin la garantía de que un sacrificio tal seria alguna vez recompensado?

—Pues ese es el camino, el único; porque en esta situacion, cada dia, cada instante que pasa es una piedra que se levanta para robustecer la muralla que nos separa. Estoy resuelta á todo, la violencia de usted me indigna, su tenacidad robustece mis resoluciones y sus violencias me acercan á la muerte.

—A la muerte?

—Sí, la muerte mil veces antes que ceder; usted lo ha visto; usted mismo puso en mis manos el arma con que me amenazaba y yo la guardo como mi salvacion.

—¡Que necio fuí en cederla!

—Dios la puso en mis manos.

Don Pepe se quedó pensativo. Recordaba en aquel momento la heroica, la sublime resolucion de Guadalupe, para darse la muerte: conocia que era capaz de hacerlo, y desde el dia en que se persuadió de ello habia prescindido efectivamente de toda violencia.

—Ameme usted, Guadalupe, ámeme usted y me verá convertido en el mas humilde, en el mas tierno de los hombres: mi vida no será mas que el culto de su amor que es mi cielo, no viviré sino para complacer á usted, para hacerla feliz.

—Jamas, dijo enérgicamente Guadalupe: mi corazon vive en un mar de odio que gota á gota acrece con cada una de las palabras de usted: hace dos años es usted mi sombra y hoy que ya no tengo padre, que me he quedado sola en el mundo, cuando necesito mas que nunca un ser que me consuele, un ser en quien depositar mis lágrimas y mis recuerdos, hoy se me aparece usted de nuevo encerrándome en el círculo de hierro de su tiranía y de su fuerza; ¿y lo he de amar así? ¿se atreve usted á esperar esta absurda aberracion de quien no tiene para usted mas que odio? ¿de quien no tiene palabras sino para execrarlo? Pero yo sabré romper ese círculo de hierro, cuento aun con Dios, que es el protector de la inocencia y me siento con bastante valor para sufrir aun. Salga usted pues, y déjeme usted sola con mi silencio y mi desgracia, no la exacerbe usted mas con su presencia. Salga usted.

Don Pepe se levantó de pronto é iba á tomar una de las manos de Guadalupe, quien á su vez de un salto estuvo en pié y á dos pasos de su perseguidor, con la cabeza erguida, la mirada centellante y blandiendo en la mano derecha un pequeño puñal.

—Fuera de aquí! gritó Guadalupe con la entonacion mas enérgica, con la expresion de la mas alta dignidad.

Don Pepe García la midió con la vista, pero no pudo resistir por largo tiempo la mirada de Guadalupe: habia tanta grandeza en aquella mirada, que el cacique se replegó en su miseria sintiendo todo el horror de su criminal conducta.

—Ya pronto, exclamó con voz sorda, se agotará mi paciencia; ya pronto pondré en práctica otros medios que la harán á usted mia irremisiblemente.

Por los labios de Guadalupe vagó solamente una sonrisa de profundo desprecio.

Don Pepe sintió anudársele la garganta y no tuvo ya mas palabras: se dirigió hácia la puerta y la cerró por fuera fuertemente; despues se oyó el ruido de otra puerta, y despues nada.

Guadalupe bajó el brazo con que blandiera el puñal y se dejó caer, laxa y sin fuerzas, sobre un asiento, y como queriendo respirar nuevo aire.

Pasó un larguísimo rato inmóbil, fija en tierra la vista y con una expresion de dolor inconcebible.

Despues rodaron de sus párpados algunas lágrimas.

Don Pepe García habia llegado á su habitacion pensa-

tivo y altamente preocupado, como siempre que tenia alguna entrevista con su prisionera.

Se sentó maquinalmente frente á su mesa, cediendo á la costumbre, y tambien clavó la mirada como un loco en el primer objeto que encontró delante.

Don Pepe tendria cuarenta años, su fisonomía estaba acentuada por líneas resueltas, tenia gruesas las cejas, que le sombreaban las pupilas dándole mayor concentracion á su mirada; predominaba en él el tipo indígena, pero las comodidades de que habian podido gozar, habian impreso en su fisonomía cierto aire resuelto, y aun nos atrevemos á decir que habia modificado sus facciones.

La nariz de D. Pepe presentaba una ligera curva en su parte superior, lo cual le daba cierto tinte de audacia; sus labios eran gruesos y tenia afeitada toda la barba, que de otro modo hubiera aparecido escasa, cana y áspera.

Despues de un largo rato de concentracion, D. Pepe levantó la cabeza y respiró profundamente.

—Va! exclamó; valor!

Y se dirigió á una cómoda que estaba inmediata, sacó un vaso y una botella y se sirvió una buena dósis de mescal de la hacienda de la Pila; lo apuró de un sorbo, se limpió los labios con los dedos y despues sacó de su petaca un puro cortado.

—Veremos quien puede mas. No quiero contar nunca que una muger..... que una muger me haya resistido.

Encendió el puro, se sirvió nuevamente mescal y se sentó á saborearlo.

—Chiquitilla! pobre chiquitilla! pero ya la tengo; y luego el diablo del médico que se ha ido! Pero ya estaba para darme la receta de las píldoras de opio..... ¿Y por qué no comprar yo mismo el opio? No me lo venderán en las boticas, pero en un almacen de drogas de México, por qué no me lo han de vender? Venden estricnina.....

Dió otro trago y se sirvió mescal por la tercera vez.

—Dormida..... ¡oh! el sueño es muy provechoso para los locos, y Guadalupe se está volviendo loca, lo cual es una estupidez, porque ella se la pierde.

Le he ofrecido que será mi esposa..... y se rie, cuando tengo doscientos mil pesos..... Eh?... quién toca?... No es nadie; doscientos mil pesos, repitió bajando la voz, que nadie lo creeria.....

Bebió mas mescal y dió fuertemente sobre la mesa con el asiento del vaso.

—Mientras yo tenga mucho dinero.....¡que escrúpulos ni que..... los escrúpulos se quedan para los pobres.

Largo tiempo pasó D. Pepe delante de su botella; y tal vez cuando sintió bien ahogada su conciencia en mescal de la Pila, fué cuando levantándose con mas fuerza de la que hubiera podido esperarse, se ciñó á la cintura una gran pistola de Colts de cuyo cinto pendia tambien un cuchillo con puño de plata, se envolvió en su jorongo de vivos colores y salió de su casa.

Bien pronto se perdió por unas callejuelas oscuras, en las que muchas veces fué acometido por los perros; pero D. Pepe no dejaba nunca de las manos un grueso bejuco.

que no tenia otro destino que defenderse de los perros en las excursiones nocturnas.

Al dia siguiente de esta escena y mientras D. Pepe se ocupaba de los preparativos del dia de campo en obsequio de la compañía dramática, Pico hacia su segunda visita á Guadalupe, segun él á Isolina, pues tal era el nombre con que la conocia.

Pico se habia encerrado en su habitacion y en seguida abrió la ventana. Alí saltó inmediatamente y el Leon apareció en el patio, ladró dos veces, pero al reconocer á su amigo meneó la cola y se acercó á la ventana.

Alí no se habia atrevido á bajar y por un corto rato estuvieron ambos animales como reconociéndose mútuamente. El Leon fué el primero que corroboró las amistades dando un brinco y una media vuelta en el patio, como para iniciar el juego de la víspera.

Alí se paró en el borde de la ventana é indicaba con algunos movimientos su intencion de saltar al patio; pero se contenia en seguida observando al Leon.

Una especie de gruñido cariñoso de éste, acabó de decidir á Alí á dar el salto, y los dos amigos probaron una vez mas que las bases en que se apoyaba su amistad eran sólidas.

La ventana de Isolina se habia ya abierto y Pico habia tenido el gusto de saludarla con una fina sonrisa.

Atravesó el patio y saltó á la ventana.

—Señorita, estoy de nuevo á las órdenes de usted.

—Gracias, mil gracias, mi generoso protector.

—Me ha dicho *mi generoso protector*, pensó Pico; esta chica vale la plata.

Pico ya no tenia albarcas, ni medias azules, ni camisa con golondrinas; se habia operado una conveniente trasformacion en su traje. Vestia un gaban pardo, el que le servia para hacer sus papeles de calavera: segun él mismo, estaba vestido de *galancete*.

—Este traje, habia pensado, cuadra á la situacion en que voy á encontrarme; yo soy un calavera solicitado por una dama, para prestarle un servicio importante. Debo ponerme en carácter; y como por otra parte, esta jóven ha de tener gratitud, bueno será añadir á la gratitud el atractivo de mi persona; porque en fin, el camino natural es que esta jóven se enamore de mí, y alejando la incuria, no llevando mi camisa de golondrinas, ni las ridículas albarcas del tiempo de los godos, estaré presentable; y verá mi bella desconocida que soy tan galan y apuesto como cualquiera.

—Isolina, exclamó Pico sentándose con cierto aire de familiaridad; hija mia, agregó, aquí estoy para servir á usted. Anoche la compañia ha obtenido un verdadero triunfo; la dama arrebató, tuvo cuatro llamadas. Del Campo hizo furor. ¡Oh! como que es un actor de primer órden, y á todos los actores parece que les pagaron; lo hicieron admirablemente.

—Y usted? le preguntó Isolina.

—Yo, hija, en la concha, allí es donde está el todo; el apunte es el alma; sin mí rodarian todos; que quiere usted,

hija, la práctica nada mas, la práctica; pero vamos á cuentas, ¿usted se siente con vocacion para las tablas?

—Yo..... balbutió Isolina sorprendida por la andanada de Pico; ¡oh..... si pudiera salir de aquí!

—Cómo si pudiera? pues si eso es hecho, hija, cuéntelo usted por seguro. Estoy resuelto á cederle á usted mi caballo, que se parece al de D. Quijote; y en cuanto á salir, me parece la cosa mas fácil del mundo. Atravesamos el patio, y una vez en mi habitacion, á la calle: me parece esto tan sencillo que no comprendo como no le habia ocurrido á usted hacerlo así desde hace tiempo.

—Se lo explicaré á usted: esta ventana estaba condenada, y el haberla abierto sin que se note es el resultado de un trabajo de dos meses; vea usted que las puertas.....

—Efectivamente, exclamó Pico examinándolas, el barrote de una está adherido á la otra y la cerradura intacta. No me habia equivocado al decir que usted tiene mucho talento; este es un procédimiento ingeniosísimo para abrir puertas, y no lo echaré en saco roto.

—No es mio el mérito de la invencion, pues la puerta misma se prestaba á esta operacion; pues aunque parece muy fuerte está apolillada interiormente y ya los barrotes de abajo estaban separados.

—Entonces es un génio protector, un talisman, como el de las comedias de mágia, el qué ha puesto aquí su influencia; de todos modos felicito á usted por sus buenas medidas para la evasion: todo saldrá á las mil maravillas,

hija mia; empieza usted á ser hija de la suerte, y esta suerte tengo el honor de ser yo quien la ha traido; ó mas bien dicho, mi simpático Alí, el mejor de mis amigos de quien debo hacer á usted la completa apología; porque mientras no esté usted al tanto de sus prendas morales no acabará usted de estimarlo convenientemente; pues á pesar de lo mucho que yo le quiero, convengo en que su aspecto es ordinario y sus modales no muy caballerescos.

En primer lugar, este apreciable cuadrúpedo me ha hecho pensar algunas veces en la trasmigracion y he estado á punto de convertirme en un perfecto pitagórico. Créame usted, hija mia, mi perro guarda en su cerebro el alma de algun ser, que bien pudo haber sido muy desgraciado, pero no por eso menos entendido y discreto.

Alí ha sido mi proveedor de cámara, como diria un rey ostentoso: yo he hecho ya reyes de esos y mi magestad real ha sido saludada por el respetable público..... Pues como iba diciendo, mi perro me ha dado muchas veces de comer, virtud tanto mas apreciable cuanto que el primer inconveniente para tener un perro es mantenerlo; pues he aquí que mi Alí me ha mantenido.

Isolina hizo un movimiento.

—No se sorprenda usted ni ponga en duda jamas las aseveraciones que salen de la boca de Pico. Me llamo Pico para servir á usted. No sé si ya lo habia dicho, pero es lo mismo; Pico es un apellido raro ¿no es verdad? no se ria usted.

—Yo.....

—Esto no me cogeria de nuevo porque ya me ha sucedido y he tenido que resignarme; desciendo en línea recta del Pico de Orizava, no porque yo haya subido nunca, sino porque mis abuelos eran de allí; pero volvamos á mi cuento: decia yo que Alí me ha mantenido y voy á demostrarlo.

Cuando pertenecí al ejército, porque yo he sido militar, hija mia, militar, ¿no se me conoce? véame usted bien, conservo el aire marcial y tengo la costumbre de pararme cuadrándome al frente; cuando era yo militar, mi perro, mi Alí, hacia conmigo la campaña, entrábamos juntos en accion; pues bien, poco antes de llegar á una poblacion, rancho ó paraje, mi perro se adelantaba á carrera abierta, por cansado que estuviera; esta carrera queria decir esto al pié de la letra: "Pico, te voy á traer el almuerzo." Efectivamente, á poco rato volvia Alí trayendo un pollo entre los dientes, me lo entregaba religiosamente, y no esperaba, el desinteresado animal, ni á que le diera las debidas gracias, sino que seguia caminando con la naturalidad propia de una persona que no cuenta los favores que hace; y esta es la única vez, sea dicho de paso, en que le he encontrado algunas ventajas al no saber hablar.

Por mi parte, como no sabia á quien pagarle el pollo, lo entregaba á mi asistente que se encargaba de quitarle el traje de carácter, quiero decir, de desplumarlo, y despues de asarlo en crudo, todo por via de medida precautoria y mientras parecia su dueño, cosa que, por otra parte, se me hizo siempre muy difícil de averiguar.

Cuando no era pollo era algun marranillo, el cual con unos pulmones mas buenos para actor trágico que para cochino adjudicado, me ponia en graves apuraciones.

Esta es, entre otras muchas, una de las estimables prendas de mi Alí. Se lo recomiendo á usted como individuo de nuestra próxima expedicion, en la que usted cabalgará en mi rocinante que yo llevaré del ronzal, y júrelo usted, hija mia, así emprenderemos el camino de la gloria artística; por ahora me voy porque estamos de manteles largos y ya me esperan. Adios, Isolina, ánimo; nos veremos seguido mientras llega el momento de partir.

Diciendo esto Pico tomó las manos de Isolina, las estrechó entre las suyas, y de un salto se puso en el patio, y despues subió á su ventana desde donde llamó á Alí, saludó de nuevo y cerró.

CAPITULO VII.

UN DIA DE CAMPO EN GUANAJUATITO.

Los burros de la compañía, los caballos de Pico y de Romero, algunos otros de mejor estampa y un quitrin de dos ruedas, eran los vehículos que debian conducir á la compañía dramática y á algunos otros convidados á Guanajuatito, lugar elejido por D. Pepe para la fiesta con que tan generosamente obsequiaba á Romero y á su señora la primera dama de la compañía.

Cuando Pico llegó al lugar de la reunion ya las señoras estaban colocadas sobre sus respectivos asnos, y todos los satélites de D. Pepe sirviendo de galanes comedidos y serviciales.

No faltaban charritos que, en tratándose de un paseo con señoras, llevaran sus mejores caballos y sus mas lujosas sillas; el prefecto manifestó por medio de su escribiente que no seria de la caravana, porque tenia un quehacer preferente del servicio; pero que se presentaria despues.

Esto lo encontró el prefecto en armonía con su carácter de primera autoridad; pues era de muy buen efecto dar una prueba manifiesta de que para él era primero el servicio público que las diversiones particulares.

El administrador de rentas no tuvo inconveniente en cerrar la oficina, y el escribiente, el poeta Fuentes, aunque desvelado á consecuencia de los versos, apareció rozagante, con su ropa nueva, y dispuesto á subyugar con sus atractivos á la jóven María, cuyas miradas le habian hecho ver estrellitas.

La mañana era hermosa; y bien pronto la comitiva se puso en movimiento, caminando primero por unas callejuelas formadas por tapias, sobre cuyos bordes se recostaban las perezosas higueras ó descollaban los corpulentos árboles de aguacate.

Guanajuatito es la prolongacion de la cañada en cuyo fondo está Santa María del Rio; despues de haber dejado atras las huertas se asciende por las mismas faldas de las montañas seculares, que conservan por todas partes su aspecto sombrío y árido, contrastando con los remansos, las praderas, los cármenes y las vegas de las faldas; este es el camino de Guanajuatito: se llega al pueblo sin sentir-

lo; y cuando ya se ha elevado el terreno de las cuestas se ve á lo lejos á Santa María dormida entre sus árboles.

La caravana, caracoleando por los vericuetos, los zarzales y las casitas que estrechan el camino, llegó á una puerta desde la cual se desciende por una rampa hasta un vergel, en cuyo fondo se elevan árboles colosales tejiendo una bóveda de follage por donde apenas penetra el sol; algunos viñedos y milpas se extienden al frente hasta tocar el rio, bordándolo con una doble hilera de sauces, y despues otra vez la montaña aterida y triste, pero magestuosa.

Una orquesta colocada en el centro del vergel recibió á la comitiva entonando una marcha nacional; y otras varias personas esperaban ya en aquel sitio á los recien llegados como para hacerles los honores del recibimiento.

Los alegres acentos de la música y la presencia de las jóvenes alegres y bulliciosas completaban aquel cuadro, en el que la naturaleza se habia encargado de preparar el salon del baile, decorado con esos *frescos* que en vano se afana el hombre por imitar.

El aspecto de aquel conjunto era tan risueño, que los árboles rizaban á veces algunas de sus menudas ramas como estremeciéndose de placer, mientras que los rudos habitantes de aquellas comarcas olvidadas del mundo, estaban inmóviles y se creian sin duda bajo la impresion de un sueño extraño.

Entretanto, las miradas de los convidados de ambos sexos llovian sobre la primera dama y sobre la bailarina.

En los pueblos cortos, la aparicion de una muger que usa toalla de Vénus y puff, es un acontecimiento inolvidable.

Dos jóvenes trigueñas, cuya epidermis habia recibido denodadamente tanto sol como los higos de Santa Maria, se lastimaron los codos á tanto hacerse señas.

—¡Ay! mira que blanca es la cómica!

—Es porque está encalada.

—Yo cuando!.

—Ni yo tampoco.

—¿Y con que se pintará?

—Con cal, con qué ha de ser.

—O con tízar.

—Sepa Dios como tendrá la cara de rajada.

—Tal vez será tan prieta como nosotras.

—¿No le parece á usted, decia una señora mayor á su vecina, que eso de pintarse está bueno para las tablas nada mas?

—Ya se vé, para venir al campo no se necesita pintura.

—Pero estas mugeres son todas ficcion.

—Pero vea usted como trae á los hombres, todos la rodean.

—La novedad, hija, la novedad; como por aquí no se ve seguido de eso.....

—Bien visto, son mugeres como todas.

—El caso es que son las mas solicitadas.

—*Por cierto de ellas!*

—Tengo una duda, señor, le decia la muger del administrador de rentas al padre cura que estaba bajo un árbol.

—Diga usted.

—¿Es cierto que las cómicas están excomulgadas?

—¿Quién le ha dicho á usted eso, señora?

—Como las muchachas *dencá* doña Rosa no quisieron venir por eso!

—¿Es posible?

—Y no es otro el motivo; pero empezó doña Rosa con que si las mugeres de teatro estaban excomulgadas y si eran esto y lo otro y lo de mas allá; de si era pecado darles la mano, y que te fué y que te vino; las muchachas por temor de gravar su conciencia (ya las conoce usted) no vinieron.

—Pues hicieron mal, dijo el señor cura, las cómicas es cierto no son personas muy bien recibidas en la buena sociedad, pero hoy dia en que las costumbres van cambiando tanto, esas señoras empiezan á tener entrada en todas partes; ademas, que teniendo buena conducta yo creo que no hay inconveniente en tratarlas.

—Pues yo decia, porque como..... vea usted á los hombres, si no hablan mas que con ella, y vea usted á mi marido; si le bailan los ojos, y anoche no me habló mas que de lo pe igrosas que le parecen esas mugeres; véalo usted, véalo usted, señor cura.

—Pero no se alarme usted por eso, hija mia, hasta cierto punto es natural; figúrese usted que son las conv[illegible]

dadas, las dueñas de la fiesta, como quien dice, y es preciso que las personas notables como su marido de usted, les hagan los honores.

—Sí, convengo en ello, pero no tanto; mi marido no me hace caso desde que llegaron las cómicas.

Efectivamente, el administrador á pesar de aquella conversacion edificante que tuvo con el juez letrado sobre lo peligrosas que son las mugeres de teatro, parecia solazarse en jugar con fuego.

Don Pepe García habia adquirido ya gran familiaridad con la primera dama, y ya se permitia sus chanzas atrevidillas; todo lo cual ponia en un brete al pobre del escribiente, que se habia empeñado en hacer su conquista á fuerza de miradas.

La música anunció unas cuadrillas á la sazon que el administrador hablaba con María; D. Pepe se apresuró á pedirlas, pero el administrador, conociendo el intento, se adelantó á pesar de no saber bailar.

El escribiente vió todo esto y pidió las cuadrillas á la bailarina y se paró frente á María.

—¿Está usted muy contenta en su carrera, señorita? le preguntó el administrador á María, cuando se hubieron parado.

—Le diré á usted, le contestó María.—Es cierto que es una carrera de gloria, pero tiene muchos inconvenientes.

—Ya lo creo, dijo el administrador.

—En primer lugar, las exigencias del público, tan vo

luble en todas partes y tan incomprensible. Figúrese usted que estando en Mazatlan canté *la paloma* en una noche de mi beneficio, y adios! desde ese momento ya el público no queria que yo hiciera otra cosa que cantar la *paloma*, viniera ó no al caso.

—¡Habrase visto ocurrencia!

—Pues señor, *paloma* fué, que se acabó la temporada.

—¡Cosa mas rara!

—En Colima ¿creerá usted que no gusté en la Dama de las Camelias?

—¿No?

—No señor, ¿usted me ha visto trabajar en ese drama?

—No, señorita, yo no he visto *dracmas*, no mas comedias.

—Pues hago furor: esto no quiere decir que lo haga yo bien, ni que me tenga por una gran cosa; pero me cae bien ese papel, lo siento, y en consecuencia lo muevo bien, las transiciones me salen muy naturales y el llanto persuade porque..... segun me han dicho..... una de las cosas que yo sé hacer en las tablas, es llorar.

—¡Oiga!

—Sí señor; pues á pesar de eso la Dama de las Camelias apestó.

—¿Apestó?

—Sí señor.

—Señorita, permítame usted que no la crea.

—Por qué?

—Porque..... ¿usted hacia esa Dama de las.....

—Sí señor.

—Y dice usted que..... apestó?

—Exactamente.

—¿La Dama?

—Sí señor.

—Pues no puede ser: insisto en que no puede ser.

—¡Como!

—Es decir, todo me parece que puede suceder, señorita, menos que usted..... con perdon de usted..... que usted..... apeste..... porque al acercarse uno á la persona de usted, señorita, huele como á flores, como á esencias; y eso estando cerca; conque ¿como puede haber olido el público de Colima desde los asientos para que usted les hubiera.....

—¡Ja! ¡ja! dijo María riéndose de buena gana; es que nosotros los actores tenemos esa frase, para indicar que una comedia no gusta y decimos así: *esta comedia apestó.*

—¡Ah! ¡ah! dijo á su vez el administrador, yo creia que se trataba de fetidez, de hedentina.

—No, no señor; Dios me libre!

—Al paso que, continuó María, el mismo público quedó encantado con una pieza del teatro frances que es un *esperpento.*

—Un qué?

—Un esperpento.

—Perdóneme usted, señorita, nosotros los que no vivimos en las ciudades, no entendemos muchos términos de esos..... ¿cómo decia usted? un qué?

—Un esperpento, ó lo que es lo mismo, un culebron.

—¿Esperpento es lo misme que culebron?

—Sí señor.

—Y culebron y esperpento quieren decir.....

—Una comedia mala.

—Ah!..... ya, eso sí, ya sé, ¡esperpento!

—Le digo á usted que el público es lo mas variable que se conoce y lo mas dificil de contentar.

—Eso consiste en que el público no se compone de administradores de rentas de Santa María del Rio; dijo el administrador, pareciéndole esta la mejor de las flores que habia dirigido hasta entonces á la cómica.

En cada media cadena de las cuadrillas, el escribiente apretaba la mano á María, y esta con la mayor ingenuidad le pagaba con una sonrisa.

A cada sonrisa se espeluznaba el escribiente, y cada espeluzno era, segun lo que sentia, un paso á la felicidad.

Cuando terminaron las cuadrillas, el escribiente procuró buscar asiento junto á María, y logró, no sin bendecir su fortuna, un asiento próximo.

—Señorita, soy el mas feliz de los hombres.

—¿Sí?

—Figúrese usted que no he dormido anoche.

—¿Y á eso llama usted felicidad?

—Sí, porque en vez de dormir estuve haciendo versos para usted.

—¡Ah! es cierto; ¿usted es el jóven que tuvo la bondad de ofrecerme unos versos?

—Yo soy, señorita, el mismo Jesus R. Fuentes; servidor de usted.

—Yo lo soy de usted; ¿y ya se acabó la composicion?

—Ya, y la puse en limpio; está un poco incorrecta, proque qué quiere usted, las prisas.....

—¿Pero en donde está? ¿la trae usted?

—Sí, dijo en voz muy baja el escribiente; sí, señorita, pero no creo prudente darle á usted el papel aquí..... delante de todos.

—Eso no tiene nada de particular.

—Yo no sé si su marido de usted será celoso.

—¡Quiá! que celoso! pues quedaba fresco!

—Y ademas, las gentes que son tan maliciosas..... y luego que D. Pepe no nos quita la vista..... Ya encontraré ocasion para darle á usted el papel con disimulo.

A María no le pareció conveniente insistir, y dejó que el escribiente siguiera acariciando sus dulces ilusiones.

Dirémos algo de María.

María nació bonita y en Morelia: murió su papá en campaña sin dejarle á su viuda mas que á María, que tendria entonces diez años.

María habia aprendido á leer, y tenia muy buena memoria: relataba tres cantos seguidos del Moro expósito, y los decia en su teatro formado con sillas y sábanas.

La viuda se consolaba con las gracias de su hija.

Madre é hija comian ese pequeño pan que suele ganar la muger en México cosiendo; pero la aguja era cada dia mas insuficiente.

María disfrutaba una pension militar, merced á la cual la miseria venia mas lentamente; pero á la primera suspension de pagos, la madre y la hija comenzaron á verle las orejas al lobo.

A la pension siguió la casa de empeño, adonde fué á parar el resto de las antiguas comodidades.

Despues del empeño el *¿qué haremos?* y despues de esta triste frase un oficial.

Este oficial tenia buenos bigotes y paga en corriente; circunstancias por las cuales la madre de María bendijo ingénuamente á la Providencia.

Los tres comian juntos, y como comian juntos, el oficial, que era de buen apetito, notó que María tenia unos dientes magníficos.

María notó á su vez que los bigotes del oficial eran muy sedosos.

Un dia le vino la tentacion de peinárselos. Lo primero que María le regaló al oficial, en armonía con sus opiniones, fué un peinecito.

Los bigotes del oficial se pusieron mas sedosos; los traía siempre muy bien peinados.

En esta sazon surgió una órden perentoria, una órden militar de esas de á media noche; la revolucion estaba encima y los bigotes del oficial corrieron el peligro de volverse á entregar á la incuria.

Al dia siguiente la madre de María estaba sola.

El oficial se habia llevado sus bigotes, su peinecito y á María.

Cuando María reflexionó en lo que habia hecho, lo primero que pensó fué esto, de pura vergüenza:

—Ya no tengo cara para presentarme delante de mi mamá: no la vuelvo á ver.

Y así sucedió, no la volvió á ver.

El carácter del militar parecia tan dócil como sus bigotes, pero esto fué al principio.

Despues, cuando se perdió el peinecito, el oficial era una especie de Júpiter de Offenbach.

María, como sucede á la débil mitad, no pudo resistir el yugo y la tiranía de su Júpiter; y por lo poco que habia aprendido de táctica ligera, tocó retirada.

Esta retirada fué, para incorporarse con un cómico que hacia galancetes.

La ley de los hechos consumados consagró desde entónces la union de María del Carmen Zubiría con el exteniente, hoy D. Gervasio Miguel Romero del Campo, artista nacional, formador, director, empresario y pintor escenógrafo de una compañía dramática de lo mejor que se ha visto.

En seis años el primer galan y la primera dama se habian hecho artistas, á la vez que viajeros infatigables, pues habian recorrido ya media república.

María habia tenido ya muchos beneficios; y no era la primera vez que se veía siendo objeto de obsequios cuantiosos.

La prodigalidad es una virtud rara.

Una artista bonita está siempre abriendo las manos.

Entusiastas hay que empeñan su reloj para hacerle un obsequio á una artista que se les va de las manos al dia siguiente como una golondrina.

Tanto el muchacho malcriado que hace una gracia como la actriz que hace algunas, han logrado establecer una contribucion pingüe, que representa una fuerte suma en la circulacion.

Todas las propinas se llaman gajes del oficio.

Las actrices recaudan estas propinas extendiendo su recibo en una sonrisa.

Pertenecen á los dichosos escogidos, que pueden saborear estos monosílabos: Me dan.

A María le daban.

A D. Pepe le estaba costando un ojo todo aquello.

A María del Cármen, solo sonrisas y uno que otro apreton de mano.

El administrador, el escribiente, el prefecto y D. Pepe se estaban lamiendo los labios, antes del almuerzo; pero diremos en abono de ellos, que esta operacion del sexo feo es un indefectible tributo que pagamos todos.

Aparézcase una chica de buenos perfiles, con dos ojazos de máquina eléctrica, una boca fresca y voluptuosa, que todo puede ser; y luego que la tal criatura tenga su chisgo y su no sé que; resánese la epidermis, de suyo deleznable, con blanco de plata; y burlándose el mas asqueroso tlapalero de mas casta rosa de Castilla ministre un átomo de carmin extra, y tendreis todo lo que se necesita para lamerse los labios.

Y luego que á pocos varones se les puede quitar lo vanidosillos y lo pagados de sí mismos..... haced el favor de decirnos si todo lo que pasaba en Guanajuatito no era de todo punto natural, y si cabria en lo posible evitar que media docena de cerebros masculinos se estuvieran ocupando, en aquellos momentos, en improvisar poemas de amor.

Por lo que respecta á María del Carmen, no se consideraba enteramente en su centro; veia á aquellas gentes con el desden propio de una gran señora, y solo aceptaba aquello que, lisonjeando su vanidad, no la desviara de su carácter de primera figura del cuadro.

La bailarina era otra cosa.

No es el *sprit*, precisamente, lo que en general caracteriza á los adeptos de Terpsícore. La estética limita su prestigio al círculo de la materia animada.

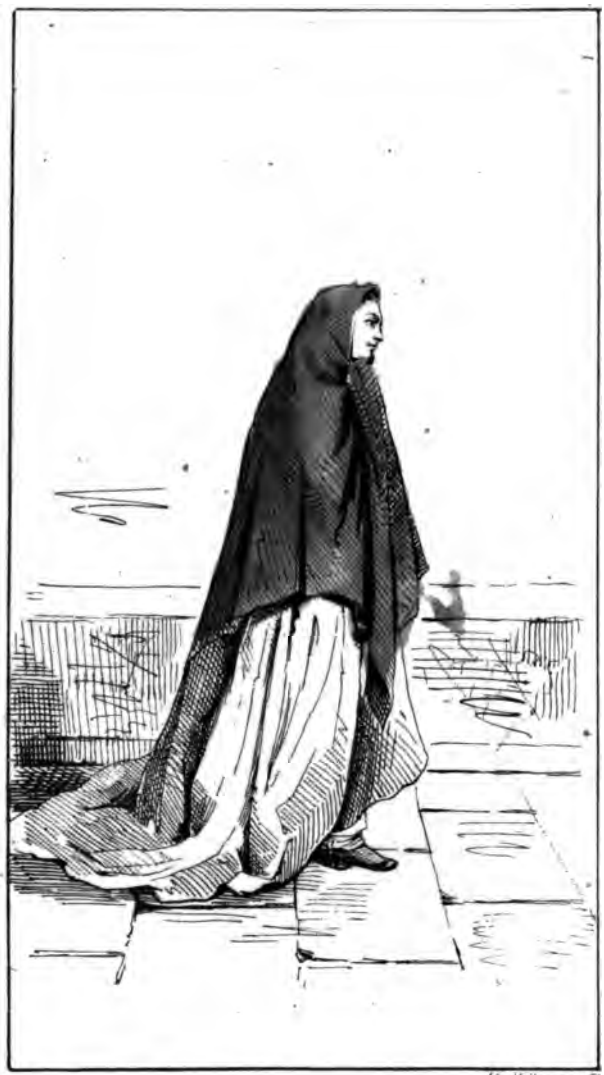
El bailarin es el ser racional que sigue inmediatamente al autómata.

Si es varon, se le puede conceder que sigue inmediatamente al hombre, en rigurosa escala.

Si es hembra, suele no ser cierto en ella ni la voluptuosidad ni las formas.

No hay apariencia mas engañosa que una pareja de baile.

Pasa junto á nosotros á las once del dia una figura, cuyo color y facciones dudosas la confunden con una viuda pensionista ó con una costurera; se desliza escuálida y medio encubierta pero desapercibida; si arranca una mi-



Lit. Villaseñor y Cª

Pepa á las once del dia.

rada es de sorpresa; es la de algun espectador que duda si aquella sombra es la ágil, la flexible, la voluptuosa N. de cuyas formas se desprendian, en la noche anterior, rayos eléctricos, que estaban haciendo temblar á la ancianidad invencible, y alborozarse á la juventud sedienta.

La bailarina de la compañía dramática de que era director y formador el señor D. Gervasio Miguel Romero del Campo, se llamaba Pepa; tenia veintiocho años, catorce de los cuales habia empleado en la gimnasia de las pantorrillas, y podia notar muy bien el observador un busto clorótico y enfermizo sobre unas piernas de acróbata de músculos de acero.

Al traves de su zapatilla color de carne, se adivinaba el nervudo pié de correo extraordinario; al traves de sus *carnes* de seda, los músculos de un cargador de la aduana y, ¡oh poder de la fascinacion y del teatro! Pepa era una notabilidad, Pepa arrebataba, Pepa habia recibido obsequios de señores capitalistas de cabeza mezclilla y dientes de *Crombé*.

Pepa habia inspirado pasiones; Pepa habia amargado algunas uniones conyugales; Pepa, en fin, era peligrosa.

Cuando tenia quince años la conoció Castañeda y la indujo á brincar; Pepa brincó bien, y de salto en salto llegó á las tablas.

Todo con el loable fin de mantener á su madre.

Debutó.

Hizo la primera noche el sacrificio de exhibir sus débiles formas, como figurante de baile.

Sobre las rosas de los quince, no desdijeron ni el albayalde ni el colorete, al contrario, realzaron á Pepa á sus propios ojos; circunstancia que es una elocuente aprovacion á favor de la *mano de gato*, ó sea esa enmendatura de moda á que hoy se ha entregado el bello sexo con tanta fé.

Y bien visto no hay cosa mas natural, y sobre todo, mas puesta en razon.

Somos partidarios de la toalla de Venus, porque la civilizacion está en su derecho para disimular, lo mejor que pueda, las imperfecciones inevitables de las razas modernas; y mientras las generaciones se legan el raquitismo y la fealdad con la invencible precipitacion de las cosas á medio hacer; mientras la higiene se hace ineficaz y la depravacion de las costumbres toma creces, el arte, que nació de lo bello, protesta contra la degeneracion y confécciona drogas ya que no puede improvisar salud ni sangre pura.

Holloway y Beltran se andan por las ramas vociferando sus purificadores de la sangre; el hecho es que no nos alcanza el tiempo, ¿qué hacer entonces?

Ya que la humanidad no nos puede ofrecer ya Cleopatras ni Susanas, ni siquiera una progenie presentable, la civilizacion, proveedora infatigable de bienes, nos la pinta; y aprovechando los *contornos* de la presente generacion *nos ilumina* nuestras novias, *les mete* color para que el artículo no acabe de desprestigiarse en el mercado humano.

ISOLINA.

Pepa á las once de la noche. Lit. Villasana y C.ª

Pepa, como íbamos diciendo, se sorprendió de sí misma; y era natural.

Pepa no se habia dado cuenta nunca de su propio *contorno*, hasta que el albayalde vino á realzar las líneas.

Pepa era una hermosura de *claro y oscuro* y cuando se vio *iluminada* se reconcilió consigo misma.

Pepa habia concentrado todas sus facultades, desde los catorce años, en el movimiento: habia puesto toda su inteligencia á sus piés, y llegó hasta no necesitar ni la palabra, y mucho menos aquello con qué se hacen los sermones.

El ejercicio del baile llegó en Pepa á realizar el diptongo que hemos procurado describir, quiere decir, el busto de una anémica sobre la parte inferior de un funámbulo: llegó el mismo ejercicio á dar una flexibilidad sobrenatural á los ligamentos de las vértebras dorsales y á los encajes de los *fémur*.

He aquí por qué clase de artificios anatómicos, Pepa habia llegado á ser una muger de atractivos irresistibles.

Todo esto hubo de ser edénico y maravillosamente poético para un señor magistrado de edad madura, quien sin alegato de buena prueba y sin tocar el fondo de la cuestion, se sentenció de plano al pago de costas, daños y perjuicios con sus bienes habidos y por haber.

Pepa recibió resignada y un tanto sorprendida, el tributo que el magistrado rindió á sus atractivos; y sin hacerse un gran esfuerzo de inteligencia, comprendió desde luego que habia entrado al mundo con buen pié.

Pero el magistrado hubo al fin de abandonar sus cuarteles de invierno, al resentir el irreparable menoscabo de sus rentas, á la sazon que Pepa, como los jugadores, tiraba su fortuna en un tumbo de dados.

Pepa habia llegado á rodearse de una cohorte de pollos, se desarrolló en ella el mismo vicio que en los jugadores: cambiaba baraja como ellos, ó jugaba, como ellos, con dos barajas.

Y así fueron pasando los años cómicos; lanzándose en los recesos *á la legua*, buscando, como algunos gusanos los renuevos, los nuevos públicos.

Todas las medianías teatrales necesitan vivir explotando la novedad, sobre el frágil pedestal de su insuficiencia, y nunca resisten á las pruebas largas.

Hacen lo que los prestidijitadores: la ilusion está en la rapidez. Por eso D. Gervasio Miguel Romero del Campo, no se envejecia en ninguna poblacion, y tenia burros propios para poder tener siempre el pié en el estribo.

El bailarin se llamaba Pancho Pintado, y aunque Pepa tuviera un apellido cualquiera, D. Gervasio Miguel Romero del Campo anunciaba siempre en sus programas á los bailarines de esta manera:

"La hábil *pareja Pintado* ejecutará el precioso baile *de gran visualidad* intitulado etc....."

Pancho Pintado era feo, pero pintado estaba peor; tenia los cabellos muy lacios, y hacian sobre su cráneo el mismo efecto que una borla de seda negra vuelta al reves, espe-

cialmente cuando Pancho no se ponia una diadema ó cinta, con la que acababa de ponerse escupible.

Cierta peste de viruelas habia dejado en la epidermis de Pancho algunas docenas de concavidades resumidoras de albayalde.

Pancho tenia los ojos muy pequeños, pero para bailar corregia la línea de sus párpados con una línea ejecutada con un pincel y tinta de China; y entonces la mirada de Pancho tenia la expresion de una de esas esculturas coloridas con pestañas robadas á una piel de toro.

Pancho á los veinte años no habia podido alcanzar de la mezquina naturaleza, mas que un bigote de pollero, segunda edicion de una de sus escasas cejas; pero al exhibirse al público, Pancho se pintaba un bigotito con corcho quemado y por añadidura se pintaba las mejillas hasta alcanzar la rubicundez de una manzana panochera.

Pancho era en todas las compañías un ser pasivo, humilde, sin pretensiones, callado, prudente, que hablaba poco con los hombres, y en cambio solia emprender largas pláticas con las coristas ó con las partes de por medio, sobre la manera de pegar unos volantes ó de colocar unos lazos; tenia un sueldo corto y siempre andaba junto á la bailarina.

Sabia coser y era el sastre de la compañía, porque no habia olvidado su primer oficio; le recorria la ropa á D. Gervasio y tenia mucha gracia para entallar un corpiño.

Su andar era característico: volvia mucho las puntas de los pies hácia fuera y nunca se paraba derecho ni dejaba

caer los dos brazos; no se ponia la mano en los bolsillos, sino en la cintura, tenia una voz aflautada y suave, hablaba despacio y padecia dolor de clavo.

No enamoraba á las actrices y nadie le conoció inquietudes ni malas inclinaciones.

Pancho era bueno.

Todos le trataban con confianza, porque la inspiraba.

En lo general estaba triste, y era por esto:

Habia llegado á adquirir suma ligereza y daba ya ciertos pasos difíciles y resgosos que pertenecian mas bien al funambulismo que al arte coreográfico; giraba en el aire en sentido diagonal y hacia otros varios prodigios por este estilo; y á pesar de eso, en lo general no era aplaudido; siempre el público estaba frio con el bailarin y mas de una vez los *ceceos* fueron solamente la cosecha de su talento coreográfico, especialmente cuando bailaba solo ¡y no bailaba mal!

Esto habia lacerado su alma; y por eso estaba triste y como resignado á seguir ganando su vida, haciéndose tolerar del público.

En cambio de lo mal que el público pagaba la habilidad de Pancho Pintado en el baile, cada vez que Pancho desempeñaba un papel (que hacia detestablemente) obtenia una silba: de manera, que sin saber hacer mas por su parte, no sabia qué seria mas ingrato para él, si la aguja, el baile ó la declamacion, pues estaba decretado que Pancho no habia de comer sino á fuerza de decepciones.

En cambio Pepa sabia aun alcanzar grande éxito sobre las tablas.

Tal era la *inimitable* pareja Pintado.

La animacion se habia difundido por fin entre los concurrentes al dia de campo: el poeta era el mas feliz de los hombres, le habia apretado la mano á María del Cármen; D. Pepe iba estando cada vez mas seguro de su dicha, y muchos de los concurrentes gozaban en la fiesta, convenciéndose á pesar de todo, de que los cómicos son hombres como todos.

—Mire usted, decia el juez, yo soy hombre de experiencia, que de lo contrario, á la hora de esta habria ya caido en el garlito.

—¿Por qué? le preguntó la muger del administrador de rentas.

—Porque estas cómicas son terribles.

—¡Quite usted allá, señor juez! si yo estoy que se me pueden tostar habas; yo no soy celosa, Dios me librara; pero veo unas cosas.....

—¿Pues que ha visto usted, señora?.....

—No..... lo que es de ver algo.....no, señor; pero en fin, una no es tan tonta que no comprenda lo que pasa, y como estas mugeres son tan descocadas..... la verdad, á mí no me gusta la gente de teatro; yo por mi gusto no hubiera venido, pero por D. Pepe.....

—¡Ah! ya se vé..... qué habia uno de hacer!

—Pues vea usted, señor juez, la bailarina me parece mas juiciosa.

—Sí, hasta ahora..... por lo menos yo la he visto bailar como á todas, quiero decir, sin ninguna actitud deshonesta.

—¡A fé que la tal María del Cármen! tiene un modo de bailar..... que la verdad no me gusta.

—Dicen que es de moda.

—¡Vaya una moda!

—No se canse usted, señora, los cómicos para las tablas, pero no para tratarlos de cerca.

—Y luego que no sé si habrá usted estado en antecedentes.

—¿De qué?

—¡Cómo de qué! todo esto no es sino porque D. Pepe se ha enamorado de la cómica.

—¡Ah que D. Pepe! si es capaz de.....

—Ya lo conoce usted, y yo no sé qué le ven las mugeres.

—Su dinero.

—¡*Por cierto* de su dinero!

Estos y otros muchos por este estilo, eran los comentarios que aquella amable concurrencia hacia de los cómicos que estaban á la órden del dia, ni mas ni menos que si fuera de noche.

CAPÍTULO VIII.

EN EL CUAL EMPIEZA EL LECTOR Á SEGUIR MUY DE CERCA LOS PASOS DE ISOLINA.

DOS horas antes de marchar la compañía y despues de haber dado las seis funciones en el pueblo, Pico ensilló á tientas su caballo y sacó á Isolina de su prision, y hasta la noche de ese dia fué cuando D. Gervasio Miguel Romero del Campo se enteró del aumento en el personal del elenco.

—Ven acá, director, le dijo Pico á Romero: te voy á presentar á la presunta primera dama de nuestra compañía.

—¿Me vas á enseñar alguna monstruosidad?

—No: te voy á enseñar un tesoro.

—¿Eh?

—Ni mas ni menos: ven.

—¡Hola! hola!

Y Pico llevó á Romero á uno de los cuartos del meson en que habian parado.

El cuarto estaba apenas iluminado por una delgada vela de sebo, é Isolina se habia puesto de pié al sentir el ruido de la puerta.

—Presento á usted á mi amigo el señor don Gervasio.....

—Gervasio Miguel Romero del Campo, dijo Romero lanzando una mirada escudriñadora á la bella desconocida.

Isolina contestó con voz débil, y Romero no sabia á que atenerse en materia de aquella aparicion misteriosa.

Hubo un momento de silencio y perplejidad.

—Deseo, dijo Pico, que conozcas bien á mi interesante y querida amiga; te la presento y ademas te la recomiendo, porque fio en tu buena amistad; supongo que podré recomendarte á mi bella protegida.

—Señorita, dijo Romero; desde luego me pongo á las órdenes de usted, y si en algo puedo serle útil, tendré un gran placer en servirla.

—Te diré, Romero, interrumpió Pico, la señorita se llama Isolina... ¡mira que nombre para las tablas! ¿no es verdad que es un nombre soberbio? Pues bien, Isolina se

siente con vocación para el teatro; felicítate, amigo director, felicítate de todo corazon por la adquisicion de esta perla del arte.

—¿Será cierto, señorita, que usted desea.....

Isolina contó someramente á Romero la historia de sus sufrimientos y su evasion, y luego continuó:

—Hoy me encuentro sola en el mundo, sin mas amparo ni proteccion que ustedes, cuya bondad empieza á indemnizarme de mis pasadas desventuras; y desde luego me creo en el deber de prestarme á ser útil, si es que puedo serlo segun cree el señor Pico, en una carrera que me es enteramente desconocida.

—Diré á usted, señorita: la carrera del teatro está sembrada de sinsabores, y nosotros los artistas nacionales, los que hemos saltado al proscenio movidos por un arranque de inspiracion y por los impulsos del genio, recojemos, es cierto, los lauros y las ovaciones, pero ¡Dios mio! con cuantas decepciones.....

Como el lector podrá notar, Romero se iba poniendo en carácter.

—Usted es hermosa, continuó, tiene usted un timbre de voz argentino y simpático, y la voz, la voz, señorita, es el talisman de una artista; vea usted á María Cañete ¡qué voz de muger, qué entonacion, qué brillo!..... y cuando se tiene una voz así, no falta mas que el genio, que Dios lo dá; pero sin embargo, bajo mi direccion hará usted prodigios; yo soy un artista nacional, proclamado honra de México por varios públicos inteligentes; he trabajado en Bue-

nos Aires y en San Francisco, he recibido obsequios de altos personajes y la prensa toda de mi país, de mi adorado país, me ha prodigado con una profusion asombrosa, sus merecidos elogios, y vivo entre las palmas, porque no hay vez que yo pise las tablas que no adquiera palmas.

Hace poco tiempo que me presento con mi María, que es la primera dama; á mi juicio sin competidora. Donde se para mi María, allí está la gracia y el salero y la gentileza, allí está el arte y la inspiracion; es española, nació en la tierra de la Santísima Vírgen y solo por un disgusto de familia se vino á América; pero hoy merced al estudio que ha emprendido á mi lado, es la perla del arte; así la han llamado los periódicos y por tal la tienen críticos severos y escritores de nota de mi país y del extrangero.

Como se ve, el artista nacional preferia que María hubiese nacido en España.

Isolina estaba aturdida; hacia dos meses que no habia oido hablar mas que á D. Pepe, y le estaba pareciendo que esa era la causa de que todo lo que le estaba pasando fuera de un carácter tan extraño. Aquella charla de Romero era para Isolina una cosa nueva, y tanto Pico como Romero le parecian hombres de un género enteramente desconocido para ella; pero estaba en sus manos y tenia necesidad de transigir con ellos, por extravagantes que le pareciesen.

Hasta aquel momento Isolina habia tenido una buena introduccion en la compañía; Pico era amable y servicial,

y D. Gervasio, á pesar de su prosopopeya, era un caballero galante.

Pero faltaban las hembras, y muy especialmente, la que habia nacido en la tierra de la Santísima Vírgen.

—Me permitirá usted, señorita, presentarla á mi María del Carmen, supuesto que en lo de adelante vamos á formar una sola familia.

Estas palabras engendraron en la mente de Isolina un presentimiento sombrío; y es que por instinto temia la amistad de la primera dama.

Romero ofreció el brazo á Isolina y la llevó al cuarto de María.

—Madre, exclamó Romero desde la puerta, te traigo una visita, una nueva amiga.

—Bien venida, dijo María sin levantarse de su asiento.

—Es una señorita cuya interesante historia conocerás tal vez mas tarde; pero desde luego no he vacilado en presentarte á mi discípula, y acaso acaso á mi hija adoptiva, ¿no es cierto, señorita?

—Señora, dijo Isolina dirijiéndose á María, la Providencia ha puesto á ustedes en mitad de mi camino, permitiendo hacerlos el instrumento de mi cambio de vida. He sido muy desgraciada y soy sola en el mundo; los pocos parientes que debo tener están muy lejos, y no sé á quien volver los ojos. Debido al señor Pico he podido salir de la comprometida y horrible situacion en que me encontraba; en este momento he sido presentada al señor Romero del Campo, quien con una atencion y caballerosi-

dad que mucho le agradezco, se ha dignado traerme aquí para tener el gusto de ponerme á las órdenes de usted.

María habia estado oyendo hablar á Isolina sin mover la vista; sin que por esto no hubiera tenido tiempo suficiente para escudriñar á su futura rival. Desde luego habia recibido esa terrible herida reservada al corazon de la muger. Habia comprendido, á pesar suyo, que Isolina era hermosa, mas hermosa que ella; y casi esta fué la única idea que la preocupó desde que Isolina comenzó á hablar.

Reinó, por un momento, un embarazoso silencio; porque María no encontraba la frase á propósito para romperlo.

—Muy bien, dijo por fin; yo no comprendo lo que aquí pasa y..... permítame usted que me sorprenda de una historia tan inusitada y tan extraña para mí.

—Sí, efectivamente, se apresuró á decir Romero; comprendo que deberiamos haberte anticipado algo, previniéndote..... pero, en fin, yo he obrado solo guiado por el buen deseo de amparar á una señora que se encuentra en circunstancias excepcionales.

Todo esto pasaba sin que ninguno de los personajes de aquella escena hubiesen cambiado su primera actitud.

María permanecia sentada.

Isolina de pié, y Romero y Pico un poco mas atras.

Pico no se habia atrevido á hablar; pero en aquel momento empezó á comprender que aquella buena obra le ba á acarrear algunos sinsabores, muy especialmente con

respecto á María, de quien, como sabemos, estaba secretamente enamorado.

Cada segundo que pasaba Isolina en pié, hacia subir de punto el bochorno de su humillacion; al grado que empezaba á necesitar un apoyo.

Romero acertó á acercar una silla.

Volvió á reinar el silencio.

Ya en el corazon de María del Cármen habia caido el suficiente veneno que le daba valor para afrontar la situacion, optando por mostrarse hostil.

Aquel silencio era cada vez mas desesperante para Romero, que era quien mas cerca veia el chubasco.

—Madre, dijo al fin procurando dar la mayor dulzura posible á su acento: veo que no has recibido con demasiado gusto á tu nueva visita; y á la verdad te disculpo, porque esto ha sido una sorpresa, verdaderamente una cosa inusitada y violenta; pero me prometo que cuando estés en antecedentes acabarás por amar á esta señorita, cuya situacion no puede menos que interesar vivamente.

—Sí, puede ser que con el tiempo; dijo María con cierto aire de ironía muy marcado.

—Figúrate, continuó Romero, que la señorita está dispuesta á abrazar la carrera dramática, y desde luego se pone bajo nuestra proteccion; será nuestra discípula.

—¡Hum! murmuró María del Cármen; esa es obra de romanos; yo empecé de edad de diez años esta malhadada carrera, y no ha mucho el mas bruto de los públicos que yo he visto, se atrevió á silbarme.

—¡Ah! pero yo sé quien fué.

—Y yo tambien, dijo Pico encontrando ocasion de mezclarse en la conversacion; eso no es silbar á un actor; hubo silbidos, es cierto; pero fué aquel sugeto que estaba picado con la compañía por ciertas cosas.

—El caso es que me silbaron.

—Yo no he querido decir, continuó Romero, que la señorita vaya de buenas á primeras á debutar en un drama de desempeño, ni á convertirse en actriz de la noche á la mañana; lo único que he dicho es que empezará desde luego su aprendizaje.

—Eso es, de figurante es otra cosa; para servir de bulto no se necesitan dotes.

—Señora, dijo Isolina con voz reposada y con dignidad, no tengo por mi parte ningunas pretensiones, ni siquiera imagino que llegaré con el tiempo á ser actriz; si se ha hablado de que deseo abrazar esta carrera, es solamente porque el señor Pico me lo ha preguntado, diciéndome que mis protectores providenciales son las personas que forman una compañía dramática, y yo guiada solamente por el deseo de serles útil y manifestar mi agradecimiento, es por lo que me he puesto á la disposicion de ustedes.

—Exactamente, agregó Pico, eso es lo que ha pasado; la señorita Isolina no intenta mas que complacer á las personas que hoy la protejen.

—¿Se llama usted Isolina? preguntó María.

—Sí, señora.

—Yo soy en todo caso, continuó Pico, quien ha causa-

do este alboroto dejándome llevar de mi entusiasmo por la carrera dramática.

=Eso es lo único que usted tiene, porque en cuanto á dotes, dijo riéndose María, no me quiero acordar de aquel rey que tuvo usted la audacia de hacer aquella noche.

—Yo no pedí el papel.

—No, ni lo hizo usted, y si el público no le tiró con los cojines, fué por un milagro.

—No pretendo, contestó picado Pico, pasar por un gran actor.

—Ya lo sé, seria el colmo de la audacia.

—Por eso digo que no lo pretendo.

—Y hace usted bien.

—Adios! dijo Pico para sí, ¿pues no la da conmigo? y yo que creia estar tan adelantado en el amor..... ¡vaya una muger incomprensible!

—Vamos, madre, dijo cariñosamente Romero; deja á Pico en paz y acaba de aceptar nuestro plan con respecto á esta señorita.

—Por mi parte ya he dicho que no se improvisan las actrices, y en cuanto á adoptar á esta señorita como hija, bien sabes cuan precaria es nuestra situacion y que los tiempos no están para tener familia.

—En cuanto á eso, dijo Pico resueltamente, Isolina no será gravosa para nadie y no recibirá nada sino de mí.

—¡Bravo, señor marques! no parece sino que está usted representando «Los pavos reales;» se habrá usted encontra-

do un tesoro como Monte-Cristo, ó irá usted á emprender las hazañas de Diego Corrientes; en todo caso lo felicito á usted, señor Pico, por ese rasgo de monarca.

Y María lanzó una carcajada que hizo estremecer á Isolina y ponerse pálido á Romero.

Isolina se puso en pié y Pico se adelantó para ofrecerle el brazo.

—No serás tú solo, le dijo Romero; lo que he ofrecido á esta señorita, estoy dispuesto á cumplirlo y á sostenerlo.

—Muy bien, exclamó María, esta noche es de grandes rasgos. Eso me parece que te lo he visto representar muy bien en *La mala semilla;* y por cierto que es el rasgo dramático que vale mas en toda la pieza; en hora buena: todo, en último resultado, se parece mucho á aquel drama, ¿te acuerdas, Gervasio? creo que se llama *La aventurera.*

—¡María! gritó Romero, no insultes la desgracia.

—Eso, eso es lo mismo que dice la comedia: *no insulteis la desgracia.*

—Vámonos, dijo en seguida Romero haciendo salir á Pico y á Isolina.

María los vió alejarse y atravesar el patio, y cuando hubieron llegado á la puerta del cuarto de Isolina, María gritó desde lejos:

—¡Adios, amor mio! muy buenas noches.

Y lanzó otra carcajada, que á la vez llegó á los oidos de toda la compañía.

El resto de la noche lo pasó Romero en el cuarto de Pico, pues la apacible María no se dignó darle hospedaje, en señal de sañuda guerra.

Isolina pasó la noche derramando abundantes lágrimas.

CAPITULO IX.

ENTRA LA COMPAÑIA DRAMÁTICA EN PLENA ANARQUIA.

A la mañana siguiente Pico fué el primero en emprender la marcha, con objeto de adelantarse con Isolina y sustraerla al furor de la primera dama.

Romero fué objeto del mas profundo desprecio por parte de María del Cármen, y en casi todo el camino no habló con nadie.

En cambio María del Cármen formó compacto grupo con la característica, con el segundo galan y con la pareja de baile.

—Lo que yo no puedo comprender, decia María, es de

donde han sacado Gervasio y Pico ese dramático personaje, ni por que género de peripecias se encuentra en su poder.

—De veras es extraño, contestó la característica; pero lo que sí sé decir es, que esto no es nuevo, ni es como lo cuentan.

—Aquí hay algo, dijo la bailarina.

—¡Venirme á mí con esas! si yo conozco á Gervasio como á mis manos, y lo que es esta no se la tolero: ¡pues no faltaba mas!

—Hará usted bien; las pobres mugeres tenemos que pasar mas tragos!.....¡ay! de que yo me acuerdo de lo que me hizo Lopez!.....

—¿Qué Lopez?

—Aquel barba de la compañía que trabajaba en Puebla.

—¡Ah! sí.

—Pues yo quise á ese hombre con pasion, anduvimos juntos cuatro años, me separé de mi familia, abandoné intereses y todo, para que el dia menos pensado Lopez apareciera con una sobrina; ¡pero que sobrina! era una discípula de baile de Ambrosio Martinez y que por mas señas la echaron de la compañía.

—¿Y qué sucedió?

—Qué habia de suceder, que quebramos, y hasta ahora..... ¡Ay! todavía suspiro por Lopez; y que buenas lágrimas me costó la sobrina!

—A fe que yo, dijo María; ¿yo llorar? no, ni un momento.

—Haces bien, hija, haces bien, los hombres solo para reirse.

—Y luego para lo que necesito á Gervasio!

—Al contrario, él es el que te necesita.

—Ya se vé, sin mí que va á hacer? *Soy su muleta.*

—Nada; el no puede hacer nada sin muletas.

—Por supuesto, y sobre todo, que galanes se encuentran, pero damas, y damas de mi fuerza, ni con un cirio pascual.

—Ya podias formar tu compañía, dijo la característica, y á la verdad, si hay quien me suba el sueldo, me paso.

—Pues bien, formo compañía, te doy cinco pesos mas.

—¿Cinco pesos? gran puñado!

—Pero ya ves como están las cosas.

—Lo mejor será que trabajemos por compañía, dijo el segundo galan.

—Eso es, dijo la bailarina, á reparto.

—¿Cuento con usted? dijo María al galan.

—Sí, solo por darle en la cabeza al director que me tiene agotada la paciencia.

—De Pepa y Pancho no hay que decir, dijo María dirigiendo una expresiva mirada á la pareja de baile.

—Nosotros con usted siempre.

—Bueno, pues nos pronunciamos, ya no mas déspotas, á formar compañía y ya buscaremos galan y apuntador.

Pico é Isolina habian caminado solos todo el dia.

Los humos de Pico se iban apagando ante la respetable virtud de Isolina. Pico no estaba corrompido, ni su carrera militar, ni su época de *bruja*, habian extinguido en él la nobleza de su corazon. Pico era simplemente farsante, ligero y si se quiere pueril, pero su fondo era bueno.

—Que diferencia, decia para sí: María del Cármen es una muger insolente, ordinaria, brusca, é Isolina es digna, es noble, es toda una señorita. Esto me entristece por una parte, pero me consuela por otra: me entristece, porque mientras mas alta vea yo á Isolina, menos esperanzas debo concebir de que llegará á amarme; y me consuela, porque siempre es bueno conocer á la gente y lo que es María la primera dama, se ha dado bastante á conocer anoche. De seguro María del Cármen es una muger que iba á causarme muchas pesadumbres.

Sumido en estas reflexiones, Pico caminaba á pié al lado de Isolina, quien á su vez pasaba tambien largos ratos entregada á sus reflexiones.

Hubo un momento en que fué preciso descansar á la orilla del camino.

Isolina se apeó ayudada por Pico, y ambos se sentaron á la sombra de unos mezquites.

—Estoy pensando, dijo Pico, en que tengo entre mis manos una felicidad que me asombra; me parece que soy un pordiosero que se ha encontrado un collar de brillantes.

—¿Un pordiosero? preguntó Isolina cariñosamente.

—Sí, ¿qué puedo yo ser al lado de usted, Isolina? Al principio... qué quiere usted, todos los hombres somos

fatuos, me pareció que iba yo á hacer una conquista, creí que mi papel de salvador me ponia á los ojos de usted en un predicamento tan favorable, que la gratitud de usted me perteneceria toda entera.

—¿Y ahora empieza usted por dudar de mi gratitud?

—No dudo de ella, porque la ofenderia creyéndola destituida de ese sentimiento tan en armonía con la nobleza de sus sentimientos; pero.... perdóneme usted, Isolina, lo que voy á decirle..... pero esa gratitud tiene un límite.

Dijo esto Pico con un acento tal de verdad y de sentimiento, que Isolina comprendió que Pico comenzaba á amarla seriamente, y á su vez bajó la cabeza con melancolía.

—No se entristezca usted, Isolina, continuó Pico; yo nada soy, nada valgo; no soy siquiera para usted lo que mi perro es para mí; pero en todos los corazones hay algo que vale mucho; vea usted á mi Alí, no es mas que un perro, pero tiene corazon y me ama, yo lo conozco, me ama como si fuera un amigo, un hermano, y yo se lo agradezco tanto que lo amo tambien. En mi corazon hay algo que debe valer mucho para usted, y es mi cariño, mi lealtad, y lo comprenderá usted cuando sepa que estoy resuelto á ser su esclavo, á defenderla y á hacerla respetar.

—Valen tanto para mí esas palabras, dijo Isolina despues de una pausa, que las guardo como un depósito sagrado y como un consuelo benéfico en mi corazon. No es usted despreciable para mí, sino que por el contrario,

me felicito de no haberme equivocado al juzgar á usted el mejor de los hombres.

—¡Isolina!

—El cúmulo de horribles ideas, de largos padecimientos, de esperanzas frustradas y de amargos desengaños, han hundido mi alma en el estoicismo y la duda; y hoy, por la primera vez despues de mucho tiempo, vuelvo á recoger palabras que me son gratas, emociones que endulzan mi vida como un nuevo rocío.

—Isolina, estoy destinado á ser al lado de usted ó el hombre mas feliz ó el mas desgraciado de todos..... Pero perdóneme usted, no quiero decirla nada que pueda sobresaltarla, no quiero agravar su situacion haciéndola cargar con la responsabilidad de la pasion que me inspira... No, no la amo á usted como amante; la amo á usted como hermano, y si ni ese título merezco seré solo su criado..... su criado que no la abandonará nunca.

—Toda mi estimacion es para usted, todo mi cariño.

—¡Ah, Isolina! eso es mas que la vida; es la felicidad!

Estaba sucediendo una cosa rara: Pico é Isolina amaban por la primera vez.

Pico no habia sentido nunca un amor tan puro; sus mismas emociones le sorprendian.

En cuanto á Isolina, muy jóven aun, habia visto perderse sus primeras ilusiones con la desaparicion de su primer amante, á quien D. Pepe García habia ahuyentado cautelosamente de su lado; despues habia tenido otro pretendiente que murió, y desde que pudo sentir las prime-

ras inquietudes de amor, no tuvo á su lado mas que á D. Pepe, empeñado en la mas tenaz y odiosa de las persecuciones.

Ya hemos dicho quien era D. Pepe; y se comprenderá que en él casi era peculiar el género de pasion que le conocemos. Los hombres rudos que viven en el campo ordinariamente, y en quienes el refinamiento de la sociedad escogida no ha logrado dominar sus instintos, fomentan, en medio de su soledad, odiosas tendencias, con las que llegan á hacer sus amores tan negros como el odio.

Bajo esta apariencia conoció Isolina el amor, y esta primera impresion fomentó á su vez en su ánimo una obstinada prevencion contra los hombres.

De manera que Isolina, por la primera vez, recogia las flores del amor en el hombre que creia que menos amor podia inspirarle. Isolina se sorprendia de encontrar en Pico las emanaciones delicadas de un sentimiento puro, de un amor que en nada se parecia al de D. Pepe; y no obstante, habia en el interior de Isolina una repulsion instintiva hácia Pico, repulsion que en vano procuraba explicarse.

Al terminar la jornada de ese dia, fué indispensable que unos á otros se vieran las caras.

El meson era muy estrecho, y no habia bastantes cuartos para hacer las separaciones que exijia el malestar de todos.

Pico, que habia llegado el primero, tomó cómodo alojamiento, procurando para Isolina el mejor cuarto.

Romero llegó despues y tomó el suyo; el resto de la compañía, con los burros, llegó ya casi entrada la noche.

Romero pretendió hacer las paces, y empezó por mostrarse servicial y solícito; pero María estaba cada vez mas mal dispuesta á aceptar la paz.

Durante todo el camino habia venido robusteciendo la idea de formar compañía; y este plan la afirmaba mas en su resolucion de separarse de Romero.

—Está decidido, decia María del Cármen, no trabajo mas; que yo no soy ningun mueble, ni conmigo ha de jugar usted como con sus..... con mis antecesoras, no señor.

—Pero, madre, reflexiona en que vas á dar un escándalo.

—Escándalo es el que usted ha dado á toda la compañía, presentándose mano á mano con yo no sé que Traviata misteriosa, sin que nadie sepa de donde ha ido usted á sacar esa..... esa preciosidad, esa joya del arte, como la llamara el necio del apuntador.

—Esa jóven es una señorita decente.

—¿Decente? ¡pues está bonita la decencia! ¿En qué árbol se dan esas señoritas decentes que brotan á la orilla de los caminos reales? Ahora pretenderá usted ¡cínico! persuadirme de que su..... su señora de usted, caballero, es una jóven decente; ¡já, já, já!..... A Dios gracias tengo un poco de mundo, señor D. Juan Tenorio; y está visto que no nació usted para autor dramático, porque no tiene usted inventiva, ni maldita la gracia para preparar las situaciones.

—Sea usted mi juez, señora, dijo Romero volviéndose á la característica.

—Yo no me meto en cuentos, porque al fin á mí ¿qué me va ni qué me viene? dijo la característica; yo soy muy callada y con nadie me meto; y por eso en todas las compañías en que he trabajado me han hecho la justicia de considerarme, y mucho, eso sí; desde el empresario hasta los encendedores, porque viene la damita, y —Dª Pachita por aquí, y Dª Pachita por el otro lado; y qué me aconseja usted qué haga con el bailarin; y si el consueta me dice, y de si no me dan velas, y de si el avisador no me dice nada—y yo, que ni para decir "esta boca es mia" abro los lábios; y de este modo me quito de enredos de bastidores, que no los puedo ver.

—Pero en este caso, señora, no quiero mas sino que usted interponga su influencia; porque, en fin, es usted una señora grande.

—Ya lo sé que soy vieja; pero no tanto como usted cree, señor D. Gervasio; lo que tengo es acabada, porque ya sabe usted como se maltrata el cútis con el maldito albayalde.

—Quise decir que es usted una persona de respeto.

—Eso sí, porque me doy mi lugar; y yo en el teatro á mi negocio y nada mas.

Pepa y Pancho Pintado estaban en la puerta del cuarto.

—Vengan ustedes acá, dijo Romero viendo llegar un refuerzo; ¿díganme ustedes si tiene razon mi María en...

—Yo no soy su María de usted ni de nadie; yo no per-

tenezco mas que al arte, y primero perteneceré al alcaide de la cárcel que á usted; que ya me tiene harta! gritó María, metiéndole las manos en la cara á Romero; y sobre todo, esto ya está decidido, yo ya no pertenezco á la compañía, señor empresario.

—¡Cómo!

—Como lo está usted oyendo: ya no trabajo.

—Me matas con esa resolucion.

—Ahí está su nueva artista de usted, su Isolina! ¡Ha visto usted nombre mas estravagante! ¡Isolina! ¿No le parece á usted, Paca, que ese nombre no cuela? ¡Isolina! ese es un nombre de novela; y todo hace comprender que la tal no es mas que una aventurera, que sabe Dios qué antecedentes tenga.

—¡Poco á poco, dijo entrando Pico, no permito que nadie ultraje á esa señora!

—¡Otro que mejor canta! dijo María; ¿y á usted quién le da papel aquí, y cuántos defensores tiene la desgracia? ¡Já, já, já!..... ¿Conque usted, el sufrido Pico, el consecuente Pico, el servicial Pico, el santo Pico se rebela tambien á influencia de esa mugercilla?

—¡María! gritó Pico.

—¡Hola, hola! señor apuntador, mas bajito porque le oye á usted el público; y eso es de muy mal efecto, y le prevengo á usted que ó habla usted quedito como siempre, ó se calla.

—En todos los tonos necesarios, le repetiré á usted, que no permito á nadie hablar de esa señora.

—¡Ay Jesus! qué miedo! qué horror! Este Pico está mejor para general en gefe que para apuntador. En resumidas cuentas, ya he dicho que no trabajo, y que voy á formar compañía; voy á San Luis y allí me uniré con las partes que se necesitan; ya lo oye usted, señor director, ya no pertenezco á la compañía.

—Ni yo, dijo la característica.

—Ni yo, dijo Pepa.

—Ni yo, agregó Pancho Pintado poniéndose una mano en la cintura y accionando con la otra; ni yo ni ésta (y señaló á Pepa) porque la verdad, hace tiempo que queriamos separarnos porque..... tenemos nuestras razones.

—¿Y qué razones son esas? preguntó Romero.

—¿Cómo qué? contestó Pancho Pintado dando un paso de baile; usted es muy regañon y yo no estoy acostumbrado á que me regañen, ni esta tampoco; usted bien ve, doña Pachita, que hacemos de todo; que se trata de un criadito que hable dos palabritas, y á Pancho Pintado; que se trata de un escribano, Pancho Pintado; que se trata de baile, Pancho Pintado; que un lacayo, Pancho Pintado; y luego que por esos volos ni medio, como si yo tuviera obligacion de ser actor; yo no soy mas que bailarin y me lo dijo mi maestro Maiquez; no te dejes, Pancho, no te dejes, me decia; no hagas papelitos, porque un dia te silban; y yo por consecuente, me presto á todo, á todo.

—¿Conque es decir que todos me abandonan? preguntó Romero parodiando la tribulacion de César.

Hubo un rato de silencio.

—Ahí tienen ustedes, dijo María; ahí tienen ustedes á esa princesa rusa, ocupando el mejor cuarto y tal vez ya estará cenando y nos dejará sin pollo!.... ¡y así pretenden estos señores, que nosotras las verdaderas artistas, postergadas por esa... por esa jóven, le tributemos aun nuestros mas rendidos cumplimientos... ¡Habráse dado mayor cinismo!—Lo dicho, no trabajamos. Este hombre (y señaló á Romero), Pico y la desconocida, irán á formar su compañía, para trabajar en el teatro de Tacon ó en Madrid, ¿no, señor director? Nosotras las artistas segundonas seguiremos corriendo la legua, pero rodeadas de personas que nos consideren y no de reinas destronadas que se coman la cena y se tomen la mejor habitacion.

—¡Que no hay pastura para los burros! dijo una voz aguardientosa en el patio.

María soltó una carcajada y agregó:

—¡Se la habrá acabado la reina! vaya usted, director, vaya usted á ver eso, que importa; á menos que prefiera usted hacerle una visita á su adorada misteriosa, en lugar de ir á ver que coman esos infelices animales, que bien lo merecen, pues hace ocho dias vienen cargando veinte teatros.

Romero salió del cuarto y Pico lo siguió.

—Cada uno en su lugar, gritó María riéndose; vayan ustedes á ver los burros ¡ja, ja, ja!

—Has estado terrible, le dijo doña Pachita.

—Hace usted bien de no dejarse, agregó Pepa.

—¡Vaya! dijo Pancho Pintado, si de que uno se deja,

ó como dice el dicho, al que se vuelve miel, las moscas se lo comen; y yo tambien tengo mi genio, y de que se me sube lo Pintado, Ave María Purísima!

El bailarin torció la cintura y abrió los brazos para decir todo esto, y sostuvo esta postura por mucho tiempo, como esperando la *entrada* de la orquesta.

CAPÍTULO X.

SIGUE LA COMPAÑÍA RECORRIENDO EL CAMINO DE LA GLORIA.

PICO y Romero se ocuparon preferentemente de la cena de los asnos, á pesar de que el asunto que se ventilaba en la compañía, era de la mas vital importancia.

Pero cuando al fin encontraron algo verde, se entregaron de lleno al estudio de la cuestion de elenco.

—Chico, decia Pico, María es tu muleta y sin ella no puedes hacer nada.

—¿No?

—¿Qué vas á hacer sin dama?

—Pero no es eso lo principal, damas hay por todas partes; lo que siento es á la muger.... ¡á esta muger que es mi vida, porque la amo con volcánica pasion...! ¡Ah! mi María, mi María del Cármen, mi diosa..... porque es mi diosa, amigo Pico.

—Pues eso es grave, dijo sériamente Pico.

—¡Y cómo si lo es!

—He aquí pues, el resultado de tus aventuras: esa señorita puede ser todo lo mas estimable que quieras, pero por ella nos hemos metido en este conflicto, por ella se desorganiza la compañía, por ella recibo la mas amarga de las decepciones, por ella me abandona mi María.

—¿Pero tú lo crees así? ¿Será capaz de llevar á cabo una resolucion semejante?

—Mucho me lo temo.

—Puede ser que consiguieras ablandarla.

—Tú no la conoces.

—Sin embargo, será bueno hacer una prueba, y en todo caso déjame solo; yo me separaré con Isolina, ello es cierto que no cuento ni con lo mas indispensable para subvenir á los gastos de la expedicion, pero Dios es grande y ya me abrirá un camino; pero tú, amigo mio, no debes sacrificarte: eres libre para hacer las paces con María; procura reconciliarla contigo y dile que yo quitaré de en medio el obstáculo que se opone á tu felicidad. Isolina no pertenecerá á la compañía.

—¡Gracias, generoso Pico! intentaré en efecto hacer las paces, pero ¡que va á ser de tí!.....

—¡Déjame!

Romero tomó entre sus manos la cabeza de Pico, lo contempló cariñosamente y exclamó:

—Hombre generoso, amigo leal, ¡bendito seas!.....

Romero desapareció y Pico se quedó estático. A poco rato se dirigió al cuarto de Isolina.

—Vengo á comunicar á usted malas noticias. La primera dama de la compañía, en union de la característica, del galan y de la pareja Pintado, han levantado el estandarte de la rebelion y tal vez en estos momentos no hay compañía. En último análisis, usted y yo somos solos en el mundo.

Isolina hizo un movimiento.

—Pero no hay que abatirse por esto: en todo caso, no pasa de un contratiempo que procuraré conjurar con todas mis fuerzas, y tendré suficiente abnegacion para lanzarme en brazos del destino, sin abandonarla á usted jamas.

—Usted siempre es bueno y generoso.

—Porque usted es digna de toda mi estimacion y de mi respeto.

—¡Gracias, señor Pico, gracias!

—Usted no conoce á la gente de teatro, ni quiera Dios que jamas llegue á conocerla, porque se escandalizaría. Confieso á usted que soy impresionable, tengo ese defecto, y hace tiempo..... perdóneme usted esta confidencia, habia dado en serme agradable la primera dama; pero esta

noche ha descubierto la oreja y he podido conocer palmariamente al lobo disfrazado con la piel de cordero; es una muger atroz, y basta con que se haya permitido tratar á usted de la manera que lo ha hecho, para que yo, impresionado y todo como estaba, sienta acerca de esa muger un encono difícil de explicar; y esto es porque estoy haciendo comparaciones. ¡Usted á su lado! ¡Ah! usted es la poesía y ella la prosa; usted es la virtud y ella el vicio.

Pico sostuvo aún una larga plática con Isolina, hasta ponerla al tanto de los acontecimientos, y se afirmó mas y mas en la resolucion de no abandonarla á trueque de perder su plaza de apuntador en la compañía.

Solo despues, en el resto de la noche, y entregado á sus hondas reflexiones, esperó la venida del dia y con este las últimas noticias con respecto á las determinaciones del director.

Este, en un sentido y dramático parlamento, comunicó á Pico que la compañía habia vuelto al órden, bajo la expresa condicion de no contar con Isolina.

Pico hizo solemnemente dimision de sus derechos de apuntador, decidido como lo estaba á no abandonar á Isolina, y segun él mismo decia, se habia quedado en el aire.

—Héme aquí, pensó, el mas infortunado de los galanes, teniendo la fortuna, es cierto, de amparar á una muger hermosa; pero á mí quien me ampara? ¿qué puedo darla recien redimido de mi condicion de bruja y amenazado de volver á caer en ese garlito? Pero Dios dirá.

Arregló Pico su cabalgadura recargando la maleta lo mas que pudo, con los demas objetos de su propiedad, y aun le sobró un bulto que colocar en sus propias espaldas; recibió en liquidacion las albarcas y las medias azules del guarda-ropa, dió un abrazo á Romero y salió del meson al lado del caballo en que iba Isolina.

Alí iba contento al lado de sus amos.

Apenas en el oriente aparecia esa luz blanquecina que es el primer destello del astro del dia. Iba á amanecer.

En las monótonas comarcas que rodean á San Luis Potosí, se espacía la vista en horizontes lejanos, sobre la no interrumpida superficie que forma la vegetacion uniforme de aquellos lugares.

Los mezquites y los nopales, las palmas y las biznagas sobre una alfombra de raquíticas gramíneas y sangre de drago, verdeguean en las extendidas planicies de un gran valle.

Azulea á lo lejos la sierra, y cuando el viajero va á llegar á San Luis sobre esa sierra se dibujan dos comillas, al pié de las cuales la imaginacion adivina la ciudad.

Las comillas son las altas y elegantes torres del santuario, *Domus Dei et porta cœli* antes de la reforma, y hoy... el ancha y solitaria nave con sus macizas y perfectas bóvedas, con sus altas pilastras y su cúpula, no es mas que almacenes de artillería.

Por cada santo un obus de montaña; por cada ángel, una pila de balas, y en vez de graves sacerdotes del culto católico, los artilleros entran y salen, mientras las palomas blancas y azules, habitan los altos del cimborio y

hacen repetir á aquellas bóvedas desoladas, el arrullo de sus amores que no interrumpen la idea de la pólvora, ni los pasos de los artilleros.

Isolina caminaba lentamente sobre el flaco caballo de Pico; este iba á su izquierda seguido de su perro.

Los caminantes iban callados; Pico pensaba, Isolina rezaba y el perro no husmeaba, ni se separaba un punto de la huella de su amo.

El dia parecia acercarse tambien en silencio. No se oia, como en los lugares fértiles, ni el rumor de una corriente, ni el gorgeo de las aves. A lo lejos atravesaban el azul espacio, á grande altura, tres cuervos emprendiendo una de esas expediciones aéreas en línea recta, expediciones que hacen las grandes aves al salir y al ponerse el sol.

Cuando el ángel de la esperanza no va alumbrando nuestros pasos, aun la luz del sol es triste.

Isolina y Pico iban adelante, quedándose atras con la memoria y esperando á su ángel: no eran los viajeros que desean llegar, sino dos seres que al ponerse en brazos de la suerte, se habian puesto en camino y caminaban.

Al fin el sol extendió por los campos esas gasas color de rosa de que hace preceder su luz, y despues doró las palmas y los mezquites.

Isolina parecia estar recibiendo el beso de la aurora, porque una de sus pálidas mejillas recibia oblicuamente un reflejo rosado.

Pico se habia extasiado con aquel *efecto de luz*, como

diria un pintor; y en la mejilla de Isolina estaba encontrando en aquellos momentos, como una suficiente compensacion á sus angustias: iba olvidando ya sus negocios particulares y su plaza de apuntador, pero todo en silencio.

En cuanto á D. Gervasio Miguel Romero del Campo, solo diremos que dobló la rodilla ante las exigencias de la primera dama, que, como él habia dicho muy bien, era su vida.

María del Cármen encontró muy razonable la solucion de las dificultades, que consistia en abandonar á Pico, y prévias algunas nuevas condiciones le volvió su gracia al galan central.

Apagáronse los humos de Pancho Pintado, se sometieron la característica y el segundo galan, y la compañía volvió á emprender la marcha en paz.

En paz llegaron á San Luis, se alojaron, y al dia siguiente el caballero D. Gervasio Miguel Romero del Campo, se vistió de negro pero se puso una corbata roja con rayas blancas, una leontina de á seis onzas de oro, un anillo con una grande esmeralda, y se dirijió á la casa del gobernador.

—Soy un artista nacional, entró diciendo; Gervasio Miguel Romero del Campo, á la disposicion de usted, señor gobernador; traigo mi compañía dramática con objeto de dar algunas representaciones; esta poblacion es de las mas importantes de la república, es una plaza mercantil, hay españoles muy bien puestos y capitales muy saneados, y

estas son las fuentes en las que el arte dramático encuentra el galardon de sus afanes y desvelos; todos los pueblos me han admirado y he recogido donde quiera lauros á mis talentos artísticos.

—Y usted desea..... dijo el gobernador.

—Deseo, señor gobernador, que usted, siendo como es la primera autoridad, la persona mas caracterizada en la poblacion, se sirva por medio de su respetable influencia, ponerme en contacto con los ciudadanos munícipes para el logro de mis miras, miras puramente artísticas y de esplendor y de decencia; y esto por supuesto sin humillacion por mi parte y con mi carácter ingenuo de artista nacional, sin doblegarme á pasioncillas y á intereses bastardos; no, señor; todo por la vía legal y con la decencia que acostumbro.

El gobernador mandó llamar al presidente del ayuntamiento que estaba en la sala inmediata.

—Gervasio Miguel Romero del Campo, artista nacional, dijo Romero presentándose, puesto en pie, con la mirada radiante y tendiendo la palma de la mano al ciudadano presidente.

—El señor desea.....

Iba á decir el gobernador lo que deseaba Romero, cuando este continuó:

—Dar una série de representaciones de gran visualidad y de verdadero mérito literario, y no *pipirijainas* ni esperpentos, como tal vez se atreven algunos bárbaros profanadores del arte, á poner en escena; no, señor, yo

pondré lo que se entiende por comedias, señor; pero por comedias dirigidas por mí, con mi experiencia y mis años de pisar las tablas dia á dia y con una constancia que me [illegible]a y recogiendo, eso sí, lauros por donde quiera; todo por supuesto con el orgullo digno y con la frente levantada, con la conciencia de mi valer y con la dignidad de artista; nada de humillaciones ni de paños calientes, no señor, al grano, al trabajo, al hecho, á levantar el telon, satisfecho de mis afanes y listo siempre para esperar de mi amado público, el lauro, el lauro apeteçido, como tributo al verdadero mérito artístico y á mis afanes, con que por tantos años he contribuido á las glorias de mi patria, teniendo la alta satisfaccion de presentarme con la frente erguida y con orgullo á recibir el homenaje.

Don Gervasio era capaz de seguir con este tema hasta la consumacion de los siglos; pero el presidente del ayuntamiento encontró sin duda que ya sabia lo bastante ó interrumpió al artista.

—El teatro, dijo, se arrienda por un precio módico á los empresarios, sin mas interes por parte de la corporacion municipal, que el de proporcionar á la ciudad este género de espectáculos, y no con la mira del aumento de fondos, pues el precio del arrendamiento es insignificante.

—Magnífico! las corporaciones-benéficas elegidas por el pueblo para representarlo en sus necesidades locales, se ciñen tambien sus lauros, cuando la filantropía y el patriotismo son los móviles de sus disposiciones gubernativas. Yo celebro encontrar con las altas capacidades com-

petentes para juzgarme y con las ilustraciones digaas que representan á la ciudad de San Luis Potosí, porque se colmarán mis deseos, mis deseos nobles de ambicion digna y de orgullo nacional.

Despues de tan elocuente peroracion, D. Gervasio no encontró tropiezo ni inconveniente alguno al logro de sus miras: arregló su contrato y quedó dueño del teatro.

En el mismo dia visitó á algunos de los principales capitalistas de la ciudad, á quienes espetó la rimbombante apología de su persona, como hombre digno y artista nacional.

Al volver á su habitacion, encontró en ella á algunos pretendientes que lo esperaban.

—Señor D. Gervasio Miguel Romero? le dijo un jóven.

—¿En qué puedo.....

—Yo soy Pantaleon.

—¡Ah!

—Sí, soy Pantaleon Huerta, ¿no ha oido usted hablar de mí?

—No, no señor, no he ....

—Pues he trabajado con Daza.

—¡Ah! es usted actor?

—Si señor, ¡vaya! soy discípulo de D. Juan de Mata.

—¡Ah! excelente maestro. ¿Y qué tal, que cuerda....

—Todas, en resúmen todas; pero los papeles de traidor me están perfectamente; hago de gracioso.

—Bueno.

—Y mis barbas, hago mis barbas, porque aun cuando

mi voz, como usted ve, no es á propósito, cuando la ahueco soy otro.

—¡Ah! muy bien.

—Figúrese usted que he hecho el Jenkis de Sullivan.

—¡Gran papel! y usted queriá.....

—Estoy de balcon, en receso, me separé de Daza por una inconsecuencia que me hicieron y porque..... á mí no me gusta hablar de nadie, pero ya conoce usted á la gente de teatro.

—¡Oh! amigo, yo llevo catorce años de pisar las tablas, y crea usted que hay veces, que me dan ganas de hacer zapatos, para no volver á luchar con nuestros compañeritos.

—Pues como decia, me separé porque aquello no se podia ya tolerar, y yo soy un hombre digno y..... ya sabe usted.

—¡Ah! la dignidad, cuantos sacrificios me ha costado la dignidad de artista! porque eso lo digo con orgullo y levanto la frente muy alto y doy valor al arte y honra á mi país natal, y no como otros actores que..... á la verdad son la cloaca del arte dramático.

—Pues usted verá mi trabajo si gusta, y nos arreglaremos.

—Muy bien, caballerito, tendré mucho gusto; solo que advertiré á usted que en mi carácter de director, de antiguo director de escena y actor de experiencia y práctica, soy ríjido y á mí no hay que andarme con ob[illegible]

vaciones, que yo sé bien mover las teclas, y todo sale artístico é irreprochable; ya verá usted la escena servida como..... como debe ser, señor, y nada de *pipirijaina:* visualidad, aplomo, perfeccion y á conquistar palmas; yo me mato, pero levanto la frente donde se paren los directores de escena.

—Ya tenia yo noticia, así debe ser un director, se conoce que usted sabe.....

—¡Y como si sé! catorce años, hijito, catorce años de pisar las tablas y siempre con dignidad y con aplomo.

—Pues si usted gusta.....

—Bien, nos arreglaremos, veremos el trabajo de usted, y con mucho gusto.....con mucho gusto, yo soy protector del arte y procuro elevar con orgullo en mi cara patria á mis camaradas.

En seguida contrató algunas partes de por medio y enriqueció su elenco con algunos *volos*, pero cuyos nombres le servian para la visualidad del prospecto.

Una de las necesidades mas apremiantes era la de procurarse apuntador; pero bien pronto creyó haber subsanado la falta de Pico, con un quidam que se ofreció á desempeñar este oficio, difícil por cierto, asegurando que llevaba algnos años de vivir en la concha.

Romero citó para el primer paso de papeles en su propia habitacion.

Concurrió toda la compañía, excepto María, que casi nunca se prestaba á ensayar; y las dificultades con que

desde luego tropezaron los actores pusieron de manifiesto cuan indispensable era Pico en la compañía.

Romero, despues de reñir cruelmente al nuevo apuntador, se decidió á buscar á Pico, quien por su parte lamentaba, de todo corazon, aquellas horas de su forzada cesantía de consueta.

No faltó quien supiera en donde estaba Pico, quien como sabemos se habia adelantado á la compañía.

—¿De qué se trata? exclamó María del Cármen que á la sazon entraba; ¿de que vuelva Pico? ¡Dios nos asista! si vuelve Pico yo no trabajo; ¡pues no faltaba mas sino que el que ha metido aquí la zizaña volviera á formar con nosotros! ¿Para qué quieres que venga ese hombre á venderme su proteccion, á ofenderme con su triunfo, á hacerse el indispensable? No, no señor; Pico no volverá ó que no se cuente conmigo.

—¡Pero madre de mis ojos! dijo Romero de la manera mas cariñosa, no ves que este apuntador no ata ni desata?

—Pues que aprenda á atar y á desatar; y sobre todo, que los actores no lo hagan todo *de oreja*, que estudien, que trabajen.

—Eso no es posible, reina mia.

—He dicho mi última palabra; ó Pico ó yo.

Y María del Cármen hizo una rabieta de Maruja y desapareció; pero no conforme con poner aquel obstáculo al arreglo de los asuntos teatrales, trasmitió su sentir á los suyos, formó nuevos corrillos, volvió á poner de acuerdo á la característica y al segundo galan; y [illegible] hi

cerle la guerra á Pico por todos los medios imaginables.

Entretanto Romero se persuadia mas y mas, de que era imposible hacer nada con aquel consueta; buscó otro por todas partes, y se acercaba el dia de la primera funcion sin que María del Cármen cediera un punto en sus exijencias.

Romero tuvo una solemne entrevista con Pico, quien á su vez estaba pronto á servir su antiguo empleo, no sin haber sacado ventajas de la situacion; pues no se contrató de nuevo sin haberse escriturado previamente con doble sueldo y recibiendo una anticipacion.

Pico é Isolina formaban una familia, y desde el momento en que solos viajaban y se alojaban, nadie podia figurarse que allí no se trataba mas que de protector y protegida.

Las delicadas atenciones que Pico habia tenido con Isolina, no habian podido ser tales que no se hubieran encontrado en situaciones difíciles.

La primera noche hubieron de alojarse en el mismo cuarto, y este incidente puso mas de manifiesto el mérito de Pico; pues Isolina tuvo ocasion de apreciar la caballerosidad de su protector.

CAPITULO XI.

EL PRIMER SUSTO DE PICO Y LA PRIMERA REPRESENTACION DRAMÁTICA.

DON Pepe García acompañó á Romero y á los demas individuos de la compañía el dia de su salida del pueblo; y ofreció cordialmente su amistad y servicios á los actores y que haria un viaje á San Luis para tener el gusto de volver á estrecharles la mano.

El escribiente tambien fué de la expedicion, y cada vez mas enamorado de María del Cármen, estaba á punto de decidirse á abandonarlo todo por seguir á aquella muger que tan profunda impresion lo habia causado.

Desde luego las buenas relaciones de D. Pepe con Romero comenzaron á hacerse palpables; pues en el viaje á San Luis ya María del Cármen tuvo ocasion de abandonar su burro para instalarse mas cómodamente en el quitrin de D. Pepe.

Mientras Romero luchaba con las graves dificultades de su compañía por la separacion de Pico y se acercaba el dia de la primera funcion, D. Pepe habia tenido ocasion de notar la evasion de Isolina.

Don Pepe se puso furioso al encontrar vacía la habitasion de su prisionera, precisamente cuando estaba mas seguro de su triunfo, y decidido á no prolengar por mas tiempo la serie de sus innumerables humillaciones.

Al principio no se dió cuenta de lo que habia pasado; pero al reconocer la falsa cerradura de la ventana se puso á seguir la pista, y comprendió que era imposible la evasion de Isolina sin la intervencion de Pico, alojado en el cuarto que conocemos, y que era el único punto por donde podia haberse escapado la prisionera.

A estos datos agregó el de que Pico se habia adelantado aquella mañana y que nadie lo habia visto partir.

Don Pepe mandó ensillar su mejor caballo, y acompañado de dos criados se dirijió á San Luis, á donde llegó en momentos en que María del Cármen habia consentido ya en el ingreso de Pico, por haberse convencido de que efectivamente era indispensable su cooperacion.

Lo primero que hizo D. Pepe fué buscar á Romero, á quien despus de saludar afectuosamente le preguntó con

notable interes por Pico; pero no fué necesario que Romero le diera noticia de su apuntador, pues se presentaba en esos momentos, precisamente para encargarse de la concha, segun se lo habia mandado suplicar Romero.

Pico se demudó al ver á D. Pepe, y comprendiendo cuan comprometida era su situacion procuró revestirse de energia y de calma.

—Tengo un asunto de importancia que tratar con usted, señor Pico, le dijo D. Pepe.

—Estoy á las órdenes de usted, contestó Pico.

Don Pepe García y Pico se apartaron algunos pasos.

—Tal vez no necesite decir á usted de que se trata, dijo D. Pepe temblándole la voz.

—Probablemente, contestó Pico con serenidad.

—No será necesario advertir á usted que estoy resuelto á todo.

—No señor, no es necesario; lo comprendo..

—Pues bien.....

—Señor D. Pepe, dijo Pico cada vez con mas aplomo, á mi vez tengo tambien el derecho de suponer que sabrá usted hacer justicia á la galantería y al honor de un caballero.

—Vamos á ver.....

—No seré yo quien me atreva á negar á usted los derechos que tenga para interrogarme; pues aunque así fuera acabo de saber hace un momento y por una verdadera casualidad, que usted es la misma persona interesada en saber los pormenores de una aventura, cuyo principio

juzgé sin trascendencia alguna. Figúrese usted, pues, señor D. Pepe, que la víspera de nuestro viaje para esta ciudad creí haber tenido un sueño, lo cual no me sorprendia, porque yo soy sonámbulo; y esta rareza me ha puesto mas de una vez en dificiles predicamentos.

Pues como iba diciendo: me creí bajo la impresion de un sueño extraño, porque á media noche oí una dulce voz que me llamaba. Quién vive? pregunté creyéndome sorprendido por el enemigo, porque yo he sido militar, señor D. Pepe, de manera que no debe usted extrañar que le hubiera dado el quién vive á una señora, porque era una señora quien me despertaba.

Aunque con dificultad pude enterarme de ello; pues en mi sonambulismo bien pudo haber sido aquella vision la sombra de una de mis novias; pero no habia nada de eso, era una señorita á quien no tenia el honor de conocer.

—Caballero, me dijo por fin al verme despierto, ¿tiene usted la bondad de abrirme la puerta?

—¡La puerta! debe estar abierta supuesto que ha podido usted entrar.

—Sin embargo, ruego á usted que me abra.

—¿Quién es usted?

—Nadie; soy una sombra.

—¡Cáscaras! exclamé; esta sombra de carne y huesos me va á hacer perder el juicio.

—¡Por Dios! repitió la sombra con un acento tal de afliccion, que empecé á comprender que allí habia algun negocio grave.

Luchaba yo con el sueño y me incorporaba; pero estaba visto que yo no dormiria en toda la noche si no me paraba á abrirle á aquella sombra.

Así lo hice por fin; abrí la puerta y la sombra salió diciendo: ¡gracias!

Al dia siguiente me pregunté si habia yo soñado, ó si estaba despierto, y confieso á usted que esta duda me ha atormentado hasta hace un instante, en que como ya he tenido el honor de decirlo á usted, acabo de enterarme de cierta historia.

Pico habia dado á su relato tal acento de verdad, que D. Pepe clavó la vista en tierra pensando en que su prisionera no debia haber salido de Santa María.

—Entonces..... dijo D. Pepe, usted no sabe si esa señora.....

—No sé nada, excepto la breve interrupcion de mi sueño; y vea usted lo que son las cosas, despues me he arrepentido de haber abierto la puerta; algo hubiera yo dado por conocer á aquella sombra, cuya voz me parecia tan simpática, al grado que la reconoceria si volviera á hablarme.

—¡Ah! exclamó D. Pepe, esa muger está en Santa María.

Esta fué una idea luminosa y conveniente para Pico, quien aunque guardó silencio á este respecto, pensó que seria muy conveniente hacer creer, aun al mismo Romero, que Pico estaba solo.

—Casualmente, pensó, Romero está tan preocupado

por mi separacion y por la falta que le estoy haciendo, que no me ha preguntado por Isolina.

En seguida Pico se dirigió á D. Pepe.

—¿Conque no fué mi sonambulismo, no fué un sueño el mio? ¿conque fué cierto? Usted lo corrobora; fué una muger la que me despertó y esa muger es.....

—¡Caballero! exclamó D. Pepe, ruego á usted que guarde silencio acerca de todo lo ocurrido.

—Lo ofrezco solemnemente.

—Me vuelvo en el acto á Santa María. Adios.

Don Pepe desapareció sin haberse despedido de Romero, quien durante esta entrevista misteriosa, habia estado pendiente del semblante de ambos, porque sabia cuan grave era el asunto de que se trataba.

Cuando D. Pepe se hubo alejado, Romero no pudo menos de felicitar á Pico por su serenidad, y aun se felicitó á sí mismo de verse libre de las preguntas de D. Pepe.

Convinieron Pico y Romero en que Isolina no apareceria mas, y que á María del Cármen se le haria creer lo que estaba creyendo D. Pepe; quiere decir, que Isolina se habia quedado en Santa María del Rio.

Don Pepe no hizo objecion alguna, ni tuvo la menor dificultad en creer la relacion de Pico, que efectivamente tenia todos los visos de la verosimilitud; y lejos de poner en duda alguna de las aseveracienes del apuntador, se concentró en sí mismo para buscarle apoyo y corroboracion.

—Rota la ventana de mi prisionera, pensaba D. Pepe

se encontró esta en el patio, vió abierta la ventana de Pico y entró con facilidad porque la ventana es muy baja; vió un hombre durmiendo, no conocia la habitacion y á oscuras no pudo ver la puerta: despertó á Pico para que le abriera, este lo hizo así medio dormido y mi presa salió: todo esto es muy fácil. Yo no oí ladrar al perro, pero ya se ve, si esa noche no dormí en casa.

¿A donde puede haber ido Guadalupe? Segun todas las probibilidades, nadie ha favorecido su evasion, excepto Pico, y eso de una manera que no le compromete; luego Guadalupe ha huido sola, y viéndose libre, ó se ha refugiado en alguna casa ó ha tomado el campo. Yo lo sabré todo.

Don Pepe llegó á Santa María á una hora inusitada, pero no por eso reservó sus pesquisas para mas tarde; llegó á la casa del prefecto y mandó despertarlo.

—¿Qué novedad ocurre? dijo el prefecto alarmado.

—Un negocio de la mayor importancia.

—Diga usted, señor D. Pepe.

—Tenemos en Santa María oculto en estos momentos, un pollo de cuenta, un revolucionario, un criminal á quien la justicia busca en estos momentos: el gobernador de San Luis acaba de recibir la noticia de que ese hombre se encuentra aquí, y he venido á todo correr, con objeto de ponerlo en conocimiento de la autoridad y que se proceda á su aprehension.

—Pero ¿quién es ese hombre?

—Traigo su filiacion, aquí está.

Y D. Pepe sacó un papel doblado.

El prefecto iba á tomarlo y D. Pepe dijo:

—Pero no hay que perder un instante, traigo órdenes apremiantes.

—¿Pero usted conoce al reo?

—Creo conocerlo, porque es de los plagiarios que ví en San Luis.

—¡Ah! ¿pues si usted me ayudara, Sr. D. Pepe?

—Yo estoy seguro de dar con él, tengo mis datos.

—Pues señor D. Pepe.....dijo el prefecto en tono de súplica.

—Bien, ponga usted la órden por escrito y la policía á mi disposicion, y puede usted acostarse, que si yo no lo encuentro no lo encontrará nadie.

El prefecto lo hizo así con gusto, y enseguida se recogió para reconciliar su interrumpido sueño.

Don Pepe, autorizado competentemente, cateó muchas casas del pueblo, recorrió las orillas de la poblacion, y á algunos vecinos que hacian el servicio de policía, los envió en distintas direcciones, con órden de atrapar al reo imaginario con quien D. Pepe ocultaba sus miras, ó por si acaso una muger que pareciera sospechosa.

Entretanto, en San Luis, habia llegado la noche de la primera representacion y habia circulado con profusion el prospecto de la temporada cómica.

Este prospecto era un modelo de literatura de contaduría, en cuyo género D. Gervasio Miguel Romero no tenia rival.

El prospecto empezaba así:

Teatro Alarcon.

SUBLIME TEMPORADA CÓMICO-ARTÍSTICO-DRAMÁTICA.

¡VENID! ¡VENID!

Compañía del primer actor, director, formador, empresario y director de escena, Gervasio Miguel Romero del Campo.

PROSPECTO.

«Al pisar las fértiles campiñas de San Luis Potosí, poética ciudad del entusiasmo artístico, late el corazon agradecido del que suscribe, á la sola idea del lauro que alcanzarán los esfuerzos notables que, catorce años de pisar las tablas, le hacen levantar la frente con orgullo artístico.

«Las ovaciones espléndidas que por donde quiera ha recogido la compañía que tengo el alto honor de dirigir dignamente y con decencia, van á tener su secuela escénica en esta ilustrada poblacion, en la que, las dignas familias de los súbditos de S. M. C., protegiendo el arte como es debido, se han apresurado á tomar las localidades del bonito teatro, donde se presentará por primera vez la perla del teatro nacional.

¡¡¡Señora doña María del Cármen Zubiría de Romero del Campo!!!

«Laureada en escenarios mil, por apreciables y cultos públicos inteligentes.

«Ofreciendo ademas, á costa de penosos sacrificios y por armonizar la visualidad del aparato escénico, complemento del arte, con la coreografía, la en el baile

☞Inimitable pareja Pintado.»☜

Aquí seguia el elenco de la compañía, que aparecia numerosísima, pues figuraban nombres de personas que probablemente existirian á distancia de muchas leguas.

Enmedio del trajin en que se encontraba D. Gervasio mandando adornar la fachada del teatro y contratando músicos para que tocaran en la calle antes de la funcion, recibia muchos recados y mandaba á todos, gritaba, entraba, salia y se multiplicaba prodigiosamente.

—Señor, no se encuentran flores!

—¡Búscalas, animal! en las huertas, á cualquier precio, pero muchas; ya sabes, haces veinticuatro bouquets, que yo te diré la hora de arrojarlos al foro.

—Aquí están las pruebas de los sonetos.

—¡No grites tanto! ¿no sabes que eso es de telon adentro? Ya tengo prevenido que las cosas del foro no se me publiquen. Señor, no acaban de comprender ustedes el arte; ¡qué país, señor, qué país este! «¡Que aquí están los

sonetos!» ¿no sabes, bruto, que esos sonetos son arrojadizos y deben ser una sorpresa para nosotros?

—No lo sabia, señor, dijo el cajista.

—Estos sonetos son de un amigo, él los costea en honra de mi señora y de mi mérito artístico; pero yo se los corrijo y van á creer las gentes que yo me despacho con el cucharon.....

—Aquí están las palomas! gritó una criada.

—¡Bajito, bajito, por el amor de Dios! Hoy todos se han empeñado en gritar; todo eso se hace bajito.

—Llévale esas palomas á mi señora para que las adorne con cintas de colores.

Romero se puso á corregir las pruebas, que decian así:

Al eminente artista nacional

D. GERVASIO MIGUEL ROMERO DEL CAMPO.

SONETO.

Salud, rey de la escena sin segundo,
¡Oh grande artista superior á Talma!
De gozo y de terror llenas el alma,
Va tu talento avasallando al mundo!.....
&c.....&c.....

Por respeto al lector no lo copiamos íntegro.

El soneto estaba firmado con iniciales que el público no podria atribuir á ninguno de sus poetas conocidos.

El soneto dedicado á la dama, empezaba de este modo:

"Perla del arte de sin par oriente, etc.

—¡Gervasio! gritó María desde su habitacion

—Madre! contestó Romero.

—¿Y los versos?

—Aquí están.

—¿Cuáles diste á la imprenta?

—Para tí, aquel soneto de "Perla del arte de sin par....

—¡Ah! sí, ya sé.

—Y para mí: "Salud, rey de la escena.....

—Bueno; ¿y aquí hay poetas?

—Creo que sí.

—¿Cómo va la entrada?

—Casa llena.

María apareció en la puerta al oir aquella frase mágica.

—¡Casa llena!

—Poco menos hasta ahora; pero se volverá la gente.

—¡Bien te has movido!

—Como siempre, hija, como siempre; por darte nombre, por elevarte hasta el zenit. ¿Qué trajes has sacado?

—Para el primer acto, la enagua parda.

—¡Dios nos asista!

—Es el que he sacado siempre; como en el primer acto todavía soy una campesina.....

—¿Y qué tenemos con eso? ¿no ves que la visualidad es lo primero? este es un público nuevo y debo hacer tu

presentacion con todo el aparato y la grandiosidad artística que .....

—Pero si soy una lugareña, y hasta el segundo acto no empiezo á ser la marquesa de.....

—Todo eso está muy bueno; pero ¿y la visualidad en la presentacion? ¡Figúrate como te va á caer la lluvia de oro y á alumbrar la luz de Bengala vestida con la enagua parda!

—Tú tienes la culpa por haber elegido esa pieza.

—Sí; pero contando con que aparecerias con el gran vestido color de rosa desde el primer acto.

—En fin, tú eres el director y saldré como quieras.

—Con el gran vestido.

—Así lo haré.

Gervasio y María se pusieron á acomodar la ropa en un gran cesto, que bien pronto estuvo repleto con los trajes, las pelucas, los útiles de tocador, las palomas, la edicion de los sonetos, el ejemplar de la comedia, los papeles y otra porcion de menudencias.

Romero corrió á la contaduría, y despues al foro, y en seguida á su casa; y á medida que se aproximaba la noche desplegaba mas y mas actividad.

La calle del teatro estaba iluminada con luminarias, y de las cornisas del pórtico pendian flámulas, banderas, y guirnaldas de flores, y tocaba alegres valses una estrepitosa música militar frente á la fachada del edificio.

A las siete de la noche ya Romero y María estaban en su cuarto del vestuario, y la funcion iba á comenzar á las

ocho y media; hora en que el respetable público acostumbra concurrir al espectáculo, á pesar de todos los anuncios y de todos los prospectos de Romero.

Ya en los palcos próximos al proscenio y en la galería estaban convenientemente colocados los encargados de la ovacion con que al público se le iba á hacer creer que se entusiasmaba; habia ademas repartidos algunos individuos que habian adquirido localidad sin mas estipendio que la obligacion de aplaudir furiosamente á Romero y á la primera dama cada vez que aparecieran.

La orquesta tocó la obertura de la Primavera, de Beristain, porque Romero habia encargado á los músicos que todas las piezas fueran obra de mexicanos, agregando que él velaba constantemente por las glorias de su patria.

Por fin se levantó el telon: la concurrencia no era tan numerosa como Romero se lo habia esperado; pero á la hora de su presentacion el teatro se vino abajo segun él lo habia previsto; se presentó María y hubo lluvia de oro, dianas, palomas, ramilletes y sonetos.

La ovacion fué espléndida.

Al caer el telon Romero mandó abrir la puerta del foro y abrió tambien la de su cuarto para recibir las felicitaciones de sus amigos.

Entrar al foro es una especie de privilegio que se disputan muchos individuos del público.

Hay quien haga alarde de tener amistades entre bastidores; y esta visita que en lo general es de las mas insustanciales, pasa por una calaverada.

Los pollos se deslizan burlando la vigilancia del portero, y penetran al foro para ver los bastidores por detras: otros entran diciendo con estudiada socarronería:

—Vámos á ver lo que se pesca.

Generalmente estos no son pescadores.

Otros se han hecho adrede amigos del director; y otros van tras los encantos de la dama; todos entran para hacer algo y salen, generalmente, sin hacer nada.

Si alguna peripecia ocurre entre bastidores, si se trasluce alguna poridad, salen del foro los visitantes como los vendedores de noticias extraordinarias, á contar aquello á los del salon.

Esto era lo que esperaba Romero.

—Muy bien, señor D. Gervasio María; me ha hecho usted llorar.

—¡Oh amigo! contestaba Romero, ese es el arte; pero se mata uno, se mata uno en este trabajo!!.....

Y esto lo decia Romero limpiándose el sudor, que no tenia, y finjiéndose mas fatigado de lo que estaba.

—Perfectamente! entraba diciendo otro amigo de D. Gervasio; hacia tiempo que no veiamos esta pieza tan bien representada.

—¡Gracias, gracias! que quiere usted ¿el estudio y catorce años de pisar las tablas, esto es trabajar, amigo; yo me presento con orgullo verdaderamente artístico, ante mi querido público. ¿Han notado ustedes el servicio de la escena? todo propio, todo adecuado, todo en su lugar.

—¡Ah! si desde luego se conoce la mano maestra del director.

La escena no tenia nada de particular.

—Ya verán ustedes ese segundo acto. ¡Dios mio! ese segundo acto, era para actores de fuerza.

—Dicen que Valero se fatiga mucho en este drama.

—Lo creo, este drama no es para Valero, se necesita..... en fin, ser artista.

—Se le felicita á usted, D. Gervasio; dijo desde la puerta un español.

—Gracias, amigote, pase usted á descansar.

—¿Y la señora?

—Se está arreglando.

—Sea en hora buena. Iba á decirla que ni en Madrid he visto esto.

—Buenas noches, dijo un jóven entrando, sombrero en mano.

—¡Hola! amiguito, como vamos.

—Soy Fuentes.

—¡Ah!

—El poeta de Santa María.

—¡Oh! amiguito, no le esperaba á usted por acá.

—Que quiere usted, me dí mi escapada.

—De quince leguas.

—Sí señor.

—Vaya, señor Fuentes; y que tal? ya ví sus versos de usted; yo no merezco tanto: amigo, es usted muy bondadoso.

—¡Mis versos! dijo Fuentes abriendo los ojos y figurándose que se trataba de los versos que le habia dado secretamente á María en el dia de campo.

—Sí, hombre, los sonetos que han arrojado esta noche, ¿no son de usted?

—¡Ah! sí señor, yo.....

—Ya lo decia yo; bien conocí el estilo y la elevacion, ó mas bien dicho, mi María que es tan inteligente es la que me hizo notar que los sonetos debian ser de usted.

—Señor Romero.....

—Nada, nada de modestias, amigo; lo bueno siempre es bueno; y á la verdad es hermosísimo esto de «*Perla del arte de sin par oriente*»... ¡Oh! eso es magnífico; y el otro de «*Salud, rey de la escena*»..... Muy bien, amigo mio, muy bien; le envidio á usted su talento; yo en mi vida he podido hacer un verso.

—Pero en cambio sabe usted decirlos.

—¡Ay amigo! el estudio, catorce años de pisar.....

En este momento salió María.

Todos se pusieron en pié.

D. Gervasio hizo la presentacion.

El poeta Fuentes le tendió la mano á su amiga.

—¡Oh! señor Fuentes, ¿usted por aquí?

—Aquí lo tienes dijo Romero; ya lo felicité por los sonetos

—Yo me supuse en el acto que eran de usted.

—Señorita.....

Ya se deja entender que Fuentes, no cabia en sí de satisfaccion.

Don Gervasio Miguel Romero del Campo siguió levantando la frente con orgullo, hasta el momento de revisar las cuentas en la contaduría del teatro.

CAPITULO XII.

EN EL QUE EL AUTOR SE PERMITE UNA DIGRESION SERIA Y DE ACTUALIDAD.

EL arte dramático es como el metal, destruye el molde en que se funde. Pesa no sabemos que fatalidad sobre los actores, que los hace exhibirse de dia bajo fases poco favorables en lo general para toda la larga familia que constituye la andante comiquería.

Es necesario conformarse con ver á los cómicos nada mas sobre las tablas, porque si levantais indiscretamente uno de los telones que los ocultan á la luz del sol, os sorprenderá la crónica escandalosa á pesar vuestro.

Cuando hemos levantado una punta de ese telon, guiados por nuestro prurito de estudiar las costumbres, nos ha faltado siempre tiempo para hacer bastantes apuntamientos, y estamos seguros de no haber penetrado todavia el misterio; pero con lo poco que hemos visto, hemos tenido lo bastante para escribir esta historia.

No se crea que animados por prevenciones personales ó siquiera por motivos de antipatía, bosquejamos á algunos de nuestros personajes: muy al contrario, los actores nos simpatizan y nunca dejamos de juzgarlos al traves del mérito, que en sí tienen, de ponerse al frente de nuestro malestar y de nuestras horas tristes.

Habla muy alto en favor de la buena índole de los actores, el hecho de buscar otro juez que su conciencia.

Tienen otra recomendacion: nos divierten.

Espontáneamente se encargan de hacerles llevadera la vida y menos fastidiosa á dos mil personas, aun cuando sea cada cierto número de horas.

Tienen este otro mérito.

Hacer voto de humildad al entrar al teatro; y aunque os aborrezcan, os estarán diciendo siempre que sois público benévolo, ilustrado, galante ó inteligente, aun cuando esté muy reciente el recuerdo de una silba ó de un cojinazo.

Por encopetado que sea un actor, y aun cuando lo sea de cámara de S. M. *ó di Cartello* y esté condecorado, llegará un dia en que os dirigirá frases tiernas, y hasta os confesará que ha derramado lágrimas, y os contará en es-

tilo sublime muchas lástimas de esta especie por solo el vil interes de que vayais á su beneficio y pagueis el doble de lo que vale vuestro asiento, ú os manifesteis munífico, si podeis, porque es el dia de recoger doble, entrando con esto los actores en el gremio de los guarda-faroles y de los repartidores de los periódicos, que os piden el aguinaldo ó cualquiera otra propina; porque para el actor el *beneficio* no es mas que la *gran propina* en el dia de abrir las manos ante la generosidad pública.

Por altivo, por orgulloso que sea un actor, por alto que esté, el público le hace las cuentas el dia de su beneficio; y si el público es escaso, por todos los ámbitos del salon no se oye decir mas que esta palabra, con verdadero enternecimiento:—¡Pobre!

No es sin duda *un beneficio* el acto que esté mas en armonía con la dignidad del hombre.

Desde el momento en que un sueldo ó una retribucion pecuniaria se pone á merced de la generosidad ó de la vanidad del que la paga, el que la recibe queda humillado y muy abajo del favorecedor.

Somos enemigos de toda esclavitud y de toda humillacion, una vez declarados partidarios de la libertad y de la dignidad humanas. Por esto deseamos que los actores tengan todos los beneficios imaginables, en pro de su prosperidad; pero de la contaduría para dentro y no á costa de ningun género de humillaciones.

El sentimiento que predomina en el público, en los be-

neficios, no es precisamente el entusiasmo por el beneficiado, sino la conmiseracion.

Estamos seguros de que por poco delicados que sean los sentimientos de un actor, no arranca con la avidez del avaro, las monedas que adornan un laurel verde, símbolo de gloria, sino que siente una tristeza secreta al recoger la dádiva, por mucho que lo saque de apuros.

El vil metal, rey del mundo y todo como es, está sentenciado por la dignidad del hombre á brindársele en montones de á veinte, alineados severamente sobre un mostrador ó metidos dentro de una grosera bolsa de pita.

Se le recibe dignamente cuando acabamos de poner nuestra firma en un papel sellado ó de cerrar un pacto legal; pero cuando os lo arrojan á los piés ú os lo dan en hojitas de laurel y ha precedido en los labios ó en la mente del dadivoso la palabra *¡pobre!* no haceis mas que recibir lo que le sobra al rico y lo que os dan por lástima.

Hay algo mas que notar acerca de esta apreciable familia de artistas, y es, que nadie habla tan mal de los actores como ellos mismos; y al contemplar la perpetua amargura en que viven, muchas veces nos hemos figurado que de la misma manera que el funámbulo logra relajar sus articulaciones y sus ligamentos en virtud de ciertos ejercicios difíciles, acaso el ejercicio de los afectos y de las pasiones relaja tambien las pasiones y los afectos en los actores.

La actriz que aparece sobre las tablas poseida de sublime indignacion contra el vicio y que os hace gozar con

el mas bello conjunto de perfecciones morales, con la personificacion de un ser modelo, de un tipo de virtud ó de heroismo, posee tal vez una alma cuya depravacion la pone muy léjos de sentir lo que dice.

La literatura dramática, asumiendo en frases precisas, en pensamientos claros, en acciones conmovedoras la expresion mas genuina de la moral humana, lejos de edificar con el ejemplo á sus propios operarios, los prostituye, los hace degenerar individualmente.

Pocas actrices se salvan en este fatal naufragio, en el que parece ser un tributo indefectible, la sensibilidad y las virtudes.

Nos parece notar no sabemos que siniestra analogía entre el actor de malas costumbres y el fraile corrompido.

Parece que los actores se familiarizan con los preceptos de la moral, de la misma manera que los viejos sacristanes con los vasos sagrados.

La actriz empieza por llorar de veras, cuando en la escena llora á su madre muerta; como el sacristan empieza por arrodillarse ante los altares aun cuando no lo vea nadie; y la actriz acaba por reirse en el trance mas serio, y el sacristan perdiendo primero los escrúpulos, despues la veneracion y al último el respeto á las cosas santas.

Compadecemos sinceramente al actor que en su larga carrera ha podido sacar ileso su corazon del fango de las tablas. ¡A costa de cuántas decepciones y de cuántas amarguras ha podido triunfar de sí mismo, ha podido re-

sistir al pestilente contagio de la depravacion de sus compañeros!

A estos hijos del arte, prosélitos firmes de la moral, salud mil veces; ante ellos y por ellos pedimos para nuestra pluma el corte que tiende á tocar las llagas sociales, y pedimos el acierto en nuestras apreciaciones para poder arrojar el ridículo sobre los malos.

En el marasmo en que vive la sociedad actual, vemos salir de las sombras de la penuria á las hijas de la desgracia dirigiendo una mirada á la prostitucion y otra al teatro; vemos algunas madres llevar á sus hijas á la contaduría del empresario para entablar la mas inicua de las transacciones, el mas repugnante de los contratos.

No quedaba en el tabuco de la miseria nada que vender, nada que enagenar; y un dia una madre encuentra que las rosas de los quince años, las líneas de la pubertad, las sonrisas de la beldad pura y pobre, tienen un valor estimativo en el mercado humano.

¡Pero qué madre no tiembla ante la deformidad de esta idea siniestra! Conjura aquel sueño á pesar de las sugestiones de la desnudez y el hambre, y la virtud se replega en los últimos atrincheramientos; pero un dia encuentran madre é hija un cartel de teatro y tras del cartel unas cuantas monedas: entonces la horrible idea de vender las rosas del pudor se disfraza bajo esta forma: «*la carrera artística.*»

La solucion está encontrada; la prostitucion ha hallado una máscara; la conciencia ha hallado una palabra; la

madre ha hallado un medio, y el empresario del teatro ha hallado un trozo mas de carne humana para los lobos, los leones y los pollos de las lunetas.

Un dia, aquella madre y aquella hija se quedan pensativas sin saber por qué; están cosiendo las deslumbrantes ropas del teatro, y las lentejuelas brillan con un brillo satánico.

Están pensando, en que aquella idea que las hizo estremecer algunos meses antes, aquella horrible idea de vender las rosas del pudor como la última joya, se ha realizado ya.

La hija tuvo que transijir con el empresario y se vistió de guerrero: se descubrió, llorando de vergüenza, sus virginales formas; era preciso hacerlo así, todas hacian lo mismo: la iniciada lloró sobre el primer giron de su pudor, tembló ante el público que la contemplaba con indiferencia, porque le parecia que el público no tenia ojos mas que para verla; se colocaba atras para cubrirse con sus compañeras, avezadas en la desvergonzada exhibicion nocturna; y al caer el telon ocultó la cara entre las manos porque la habian visto ya, porque algunos caballeros la habian devorado al pasar entre bastidores, con miradas horriblemente amorosas.

Aquella zarzuela "La isla de San Balandran" se repitió muchas noches; y la repeticion amenguó el sacrificio, secó las lágrimas y apagó el bochorno.

Despues hubo necesidad de hacer un papelito por el que daban cuatro pesos; el vestido era mas insuficiente;

y se entabló grave controversia sobre que no valia la pena de discutir algunas pulgadas de tela de mas ó de menos.

Despues recibió la figurante lecciones de baile; las cuadrillas son muy fáciles de aprender: la música se llama *Can-can*.

¡Extraño nombre!

Pagan mas á las que bailan esas cuadrillas.

El director de baile previene á las parejas la manera con que han de mover las manos y la falda.

—El baile este tiene rarezas incomprensibles, piensa la figurante; ¿qué mas dá mover los brazos en tal ó cual sentido?

Caprichos del director.

El público aplaude mucho el *Can-can;* tenia razon el director: así se deben mover las manos y la falda.

—Ya sé bailar *Can-can*, exclama al fin satisfecha la figurante. Desde que lo aprendí tengo amantes que me obsequian. ¡Qué tonta fuí al llorar la primera noche!

La horrible idea se ha realizado, las rosas del pudor ya desaparecieron con el hambre.

La idea aquella que hizo estremecer á la madre, se realizó; la prostitucion dejó caer la máscara teatral, y lo que habia pasado era precisamente lo que se habia pretendido evitar; pero habia sucedido tan poco á poco que se hizo todo sin apercibirse de ello.

Las rosas del pudor se habian deshojado completamente y los pétalos habian caido al fango uno á uno.

Por eso madre é hija se habian quedado pensativas y como fascinadas con el brillo siniestro de las lentejuelas.

¡Pobre condicion humana! . Cria el ingenio en Grecia el teatro, elevan las naciones templos á la moral y á las buenas costumbres, y las sacerdotisas de esos templos encargadas de mantener el fuego sacro, minan como sabandijas inmundas los cimientos del edificio donde se enseña á amar, á perdonar y á bendecir, y forman una cloaca al vicio y un foco á las infamias.

México está presenciando en estos dias la mas escandalosa de las decadencias. El teatro está muriendo en la disipacion y en la crápula.

Aquí terminamos nuestra digresion, para volver á Romero y á su señora.

CAPITULO XIII.

EL PUBLICO Y LOS BENEFICIADOS.

ROMERO del Campo se preparó un beneficio para él y otro para María del Cármen apenas habia dado algunas funciones.

Romero agotó los recursos de lo que él llamaba su dignidad de artista, para que el público ilustrado tuviera la bondad de hacer justicia á su mérito.

Mandó imprimir, sobre vitela, una docena de rimbombantes dedicatorias, con el carácter de *exclusiva* cada una de ellas: envió una *al comandante de las armas*, otra *al*

gobernador, otra *al español mas rico del comercio*, y así las demas á las personas mas notables y acomodadas.

En los carteles dedicó la funcion á los artesanos, á la guarnicion, al comercio, á los españoles, á los potosinos, al bello sexo y al ayuntamiento.

Envió las localidades bajo cubierta y rotuladas á cuantas personas fueran capaces de hacer el sacrificio de ir al teatro por no hacer una descortesía; y cuantas localidades le devolvian otras tantas rotulaba de nuevo; pues como hombre de experiencia habia comprado tres sobres para cada invitacion.

—Es necesario moverse, decia, ya fatigado de haberse movido tanto. En primer lugar, que hablen mucho los periódicos: rogar á los redactores que admitan mis párrafos en que pruebo con hechos que soy un artista nacional y que Talma será mas antiguo pero no mejor que yo. Que los periodistas desquiten su luneta lo menos con ocho párrafos laudatorios y preventivos.

En segundo lugar, enviar las localidades, y si las devuelven, otra cubierta y á otro, hasta llenar la casa; y las últimas mandarlas á las siete de la noche para que no haya lugar á devolverlas.

No olvidar la música de viento.

Dos docenas de pichones.

Diez pesos de flores.

Seis clases de poesías arrojadizas, de diferentes autores.

—Pico, mira á N. para que vea á H. para que le ruegue á R. que escriba una poesía para mi beneficio. Corre

la voz de que todo el teatro está tomado, y de que ya no se consiguen localidades por ningun precio. Pide al ayuntamiento permiso para colocar sillas en el *patio*.

—¡Pero si no se han vendido ni veinte boletos!

—¡Inocente! pidiendo esa licencia, el público se mueve; todos creen que ya no hay asiento y entonces es cuando á todos les ocurre tener asiento, porque mientras los hay no los piden.

—¡Ah! ya caigo.

—Eres bisoño; yo llevo catorce años de pisar las tablas y sé mover las teclas; y el público hace justicia á mi mérito, porque yo no pido mas que justicia, ó me quito el nombre! El público tiene el deber de recompensar dignamente los afanes del arte, y yo soy un artista nacional con orgullo, porque le doy honor á la carrera, y levanto la frente, porque sé cumplir con mis deberes de artista caballerosamente y sin bajezas, ni farsas, ni humillaciones. Rotula, Pico, esos palcos.

—Espero pluma en ristre.

—Señor Doctor Don Luis.....

—No es doctor.

—No le hace; y á este otro: *Señor Licenciado*.....

—Ya caigo, dijo Pico; y al Coronel *Sr. General D*....

—Eso es, hombre; no piensas en que por enseñar la cubierta no devuelven la localidad?

—Tienes mucha razon.

—Conozco á mi gente.

—Y yo no acabo de conocerte á tí, pensó Pico.

—Haz colocar mi retrato en el pórtico, tres dias antes de la funcion.

—Y despues de todo esto, ensayamos? preguntó Pico.

—No, ¡qué ensayar! lo primero es *mover el beneficio*, hacer ruido, *embullar* lo mas que se pueda, porque es necesario que se haga justicia.

—Pero el drama va á salir detestable.

—Yo lo salvo, ya sabes que con mi aplomo.....

—Sanchez no quiere hacer el papel.

—Suprimimos el papel.

—¡Pero hombre!

—¿Y qué importa un personaje mas ó menos? No tiene mas que medio pliego el papel.

—Pero ya está en el reparto.

—Pues que las palabras que debia decir Sanchez, las diga Salazar.

—Pero Salazar y Sanchez tienen un diálogo.

—Vuélvelo monólogo.

—Es que se pelean.

—No le hace, que riña Salazar consigo mismo.

—Y se baten.

—¿Se baten?

—Sí.

—Pues *atájale* al original, échale abajo todo eso, es *muy pesado*, no hace falta la escena, es una barbaridad del autor.

—Bueno, dijo Pico y agregó: Dice el maquinista que no hay plaza de San Marcos.

—¿Pues qué hay?

—Nada mas selva corta.

—Pues esa.

—Es que en el original dice *«en esta plaza.»*

—Corríjelo y pon *«en esta selva corta.»*

—Bueno; y no hay trajes mas que para cuatro comparsas y tú pides doce.

—Por supuesto. ¿Cómo en una funcion de visualidad, en funcion de beneficio mio habian de salir cuatro comparsas?

—¿Pues cómo se visten?

—¿Hay cuatro trajes?

—Nada mas.

—¿Son guerreros?

—Sí.

—¿De armadura?

—Sí.

—Pues los otros ocho de blusa; ahí debe haber ocho blusas coloradas.

—¿Pero en Venecia? hombre!

—¡Qué sabe el público! el caso es que haya mucha gente y mucha visualidad sobre las tablas, que se me llene el foro, para que cuando yo salga con la bandera.....

—Y á propósito, ¿cómo es esa bandera?

—La bandera nacional.

—¿Tricolor?

—Sí, hombre, no ves que es funcion de beneficio y al verme empuñando la bandera nacional, el público se

tusiasma, porque le toco la fibra del patriotismo, y aplaude y entonces vienen bien los versos y las coronas?

—No habia caido en cuenta; quiere decir que no se hace la bandera como lo dice el autor.

—No, hombre: ahí tenemos bandera, y en tratándose de bandera que entusiasme, pues la mexicana, chico, la bandera de mi querida patria.

—Sí, es cierto.

—Vas á ver qué beneficio, como yo acostumbro, espléndido, como para un hijo del país.

Pico obedeció fielmente á Romero.

—Es necesario, agregó este, que yo interrumpa la representacion en la escena aquella en que me presento con la bandera.

—¿Para qué?

—Para leer mi poesía, para dirigirme al ilustrado público potosino y excitarlo á que premie mis afanes de artista nacional.

—¡Lástima de escena!

—¿Qué estás diciendo? ¡bárbaro!

—Que le quitas todo el efecto á la pieza.

—Tú no sabes nada, hijo mio, no tienes intuicion dramática! no conoces los grandes efectos teatrales de visualidad y de sensacion: ese momento que tú crees precioso para la comedia, lo creo yo á propósito para dirijirme al público con mis versos; ya sabes que sé darles la entonacion dramática y el brio necesario, y sobre todo, que con esos versos he arrancado siempre nutridos aplausos.

—Hazlo todo como quieras. ¡Ah! y me pregunta el corneta-piston que clase de toque ha de dar por dentro cuando se anuncia el triunfo.

—¡Pues qué toque ha de ser, hombre! ¿Es de triunfo? pues diana.

—¡Pero en Venecia!

—Pero se trata del beneficio; y en mi beneficio todo lo nacional; ya sabes, yo amo á mi país sobre todo, y soy gloria del arte.

—¡Está bien, hombre! ¡está bien!

—Conque listos, á *mover el beneficio*, que no nos quepa la gente; mucha visualidad, mucha bullanga y mucha conciencia para el trabajo; á recoger laureles y pesetas.

Romero salió á la calle; á la puerta de su casa encontró una persona.

—Vaya usted con Dios, señor licenciado, ¿á donde bueno? le dijo Romero.

—Al tribunal, Sr. Romero.

—¡Bien! y á propósito ¿ya tiene usted localidad?

—¿Para qué?

—¡Como para qué! para la gran funcion de mi beneficio.

—¿Cuándo?

—¡Hombre, licenciado, pues es usted el único que lo ignora en todo San Luis! ¿Cómo cuando? pasado mañana; yo mismo he rotulado la invitacion de usted, porque ¿cómo habia usted de faltar á mi funcion de gracia? ¡pues no faltaba mas! No señor, los amigos por delante, señor licenciado; ¡ya verá usted que funcion! ¡no se ha visto jamas

en el teatro cosa igual, va á hacer época! Amigo, si yo sé mover las teclas y disponer una funcion monstruo de gran visualidad, de gran interes dramático, de gran mérito artístico y digna del ilustrado público.

—Pues tendré mucho gusto.

—Lo espero á usted sin falta.

—¡Bueno! allá nos veremos.

—Hasta pasado mañana, licenciado.

—¡Hola! Sr. Romero, ¿que dice esa funcion? le dijo un español á Romero.

—En manos de ustedes los españoles, los hijos del Cid, los padres de la literatura dramática nacional, ustedes dirán; yo he dedicado mi funcion á los españoles; vamos á ver como se portan; yo no comprometo á nadie ni veo mas interes que la gloria del arte y el crédito de cultura de que goza esta sociedad.

—¡Bueno, Romerote, bueno! por mi parte ya sabe usted que la tienda y el dueño están á sus órdenes. Véngase á tomar una copa de Jerez seco superior que acabamos de recibir de Tampico.

—¡Pero hombre!

—Nada, nada; á salud del beneficio.

Romero fué á tomar la copa de Jerez.

—Aquí está el beneficiado, dijo otro español.

—¿Qué hay, D. Pancho? ¿qué tal?

—Aquí dándole; ¿y ese beneficio qué tal va?.....

—Como en manos de los españoles; ya se deja entender que no habrá un asiento vacio pasado mañana; no por

mí sino por la gloria del arte, y porque mi señora nació en la tierra de ustedes.

—No parece española.

—Pues no me cabe duda.

—Pues allá vamos á silbarle á usted, Romerote; llevaré á mis muchachos armados de pitos ó de llaves; ya tengo la mia, vea usted.

—Todavía no me sucede un percance de ese género; ¡Dios me libre! sobre que por eso me mato en el trabajo; soy esclavo del estudio y..... ya ustedes lo ven ¡qué servicio de escena! ¡qué visualidad!

—¡Ah! sí.....sí..... dijeron los españoles de la tienda.

—A su *salú*, Romero.

Y el patron apuró su copa en union de Romero y de los otros amigos.

Romero siguió despues haciéndose presente en todas partes y *alborotando su beneficio* hasta el momento de levantar el telon; saliéndole todo á pedir de boca y tal como se lo habia figurado; aunque en el último resultado pecuniario sacó en limpio que mas habia sido el ruido que las nueces.

CAPITULO XIV.

ISOLINA HACE SU PRIMERA SALIDA DE FIGURANTE.

COMO una compañía dramática que tiene burros propios está siempre, como hemos dicho ya, con el pié en el estribo, no sorprenderá al lector benévolo que desde San Luis Potosí nos traslademos á Toluca; máxime si el salto tiene el piadoso fin de no fatigar la atencion, ni agotar la paciencia de quien nos lea, con la descripcion de un nuevo viaje.

Despues de mil trabajos y contratiempos, Pico é Isolina llegaron á Toluca para formar compañía bajo los auspicios de un señor empresario y actor que, como Romero

del Campo, habia recorrido casi todos los campos de la república.

Isolina encontró la ocasion propicia para ayudar al pobre de Pico en su precaria situacion, y se contrató en la compañía.

El empresario no conocia á Isolina; pero puso su nombre en los programas contando con una figurante mas.

Pico llegó al meson donde lo esperaba Isolina, llevándole un traje de aldeana.

Desdoblaron entre ambos aquellas ropas ajadas, sucias y mal pergeñadas; é Isolina vió con tristeza aquellos extraños atavíos por el extraño contraste que hacian con la disposicion de su espíritu.

Aquello era su primer sacrificio: engalanarse es grato siempre á la muger, y suele ser esto hasta un lenitivo á sus dolores; pero verse obligada á ataviarse con un adefecio ó con un vestido ridículo, es, y ha sido siempre, el mas penoso de los sacrificios para la muger.

Isolina comprendia que aquellas ropas abigarradas le estarian muy mal, que á su palidez y á las hondas huellas de sufrimiento que habian alterado su semblante cuadrarian mal aquellos atavíos, y resultaría del conjunto la mas grotesca y repugnante de las figuras.

Todo esto lo pensaba Isolina, en silencio, por no disgustar á Pico, y se propuso al fin arreglar aquellos vestidos lo mejor que le fuera posible.

Cuando Pico volvió á salir de la habitacion, Isolina se dedicó á arreglar su traje.

—¡Que extraña es esta época de mi vida en la que voy á entrar disfrazada con estos atavíos! no parece sino que el mundo es una gran comedia en la que es preciso aceptar un papel, aun cuando este no esté en armonía con nuestros sentimientos. ¡Que hemos de hacer! repetia Isolina suspirando sin abandonar su trabajo; al menos en el fondo de mi conciencia, no se levanta la carcoma de las malas acciones; yo no he querido ser mala, he preferido el tormento y lo he sufrido estoicamente; esto me da valor para seguir luchando; Dios me protegerá.

Se acercaba el dia de la funcion, Pico como no era mas que el apuntador, no tenia cuarto de vestirse en el foro, é Isolina debia vestirse en union de las demas figurantes en un cuarto destinado para todas.

—Estamos mal, dijo Pico entrando, todos los cuartos están ocupados y no he podido conseguir uno para usted, Isolina; pero no hay que aflijirse por eso, aquí se vestirá usted y cubierta convenientemente nos pasaremos al teatro.

—Está bien, dijo Isolina, tanto mas cuanto que no sé lo que se debe hacer en estos casos.

—No tenga usted cuidado, yo seré su mentor, pues aunque en materia de teatro no creo saber tanto como mi grande y buen amigo Romerote, no por eso nos quedaremos sin saber que hacer, y en tanto lo permita el pudor y se concilie con el respeto que á usted le profeso, concurriré á su *toilete*.

—¿Ya será hora?

—Sí, comenzaremos desde luego para tener tiempo de sobra.

Y diciendo esto Pico, sacó de un bulto que traia debajo del brazo, dos velas de estearina; las encendió, las colocó en dos botellas, y las puso á los lados de un pequeño espejo que iba á ser el tocador de Isolina; extendió una toalla sobre la mesa que estaba bajo el espejo, sacó su estuche de teatro que consistia en una caja con corchos quemados, pinceles, esponja, colorete, *crepé*, *goma*, alfileres, agujas y otras muchas menudencias.

—He ahí el tocador, querida Isolina, aquí estan los útiles del arte; dentro de esta caja está la belleza de los artistas, y mientras el mundo viva de ilusiones y el público quede satisfecho con las apariencias, no hay miedo de parecer feo, trigueño ó descolorido: figurones he visto convertirse en Adonis con solo la ayuda de este estuche misterioso; mire usted, Isolina, esto se llama toalla de Vénus, esta es una de las drogas mas asombrosas de la edad presente; con esta toalla, todas las mugeres son hermosas, y si ya lo son como usted, Isolina, ganan de todos modos.

—Pero yo ignoro la manera de usarla.

—Es muy sencillo.....ó mejor dicho, agregó Pico con cierta emocion, si usted quiere que yo.....

—Al menos la primera leccion.

—¡Ah!..... bueno, entonces la dejo á usted en libertad para hacer su *toilete* ordinario y despues.....

—Me acabo de lavar la cara.

—Entonces procedamos.

Y Pico temblando á su pesar, pasó suavemente por la cara de Isolina, la esponja impregnada de blanco.

Al traves del albayalde asomaba el rubor de Isolina, y mientras cerraba los ojos, Pico la contemplaba con avidez.

En poco tiempo Isolina estuvo trasformada y el mismo Pico se quedó abismado al contemplar tanta belleza.

Isolina tenia una estatura mediana, pero no pertenecia al gremio de las mugeres raquíticas y de angulosas formas; al contrario, Isolina es mórbida con esa redondez de formas que sabe resistir á los embates del tiempo, que subsiste aun á pesar del enflaquecimiento.

Isolina tenia una cabeliera magnífica y habia acertado despues de algunas indicaciones de Pico, á peinarla de una manera graciosa y elegante; y como al emblanquecer el cútis se habian revelado mas claramente las líneas de su rostro, la belleza de Isolina se habia puesto de manifiesto una vez mas á los ojos de Pico.

Las tintas rosadas que habian huido ya como para siempre, habian vuelto con el poder del afeite; la sombra de los párpados, esa sombra violada de que se rodean los ojos cuando se han derramado lágrimas por largo tiempo, habia desaparecido, é Isolina aparecia rejuvenecida, rozagante y seductora.

Las ropas con que se habia engalanado, se habian reformado tambien; el corpiño de terciopelo ajustaba el talle sin dejar pliegues ni fruncimientos; la enagua se plegaba naturalmente y caia con gracia, los encajes y los lazos estaban arreglados y limpios; y en todo, en fin, se

notaba ese esmero prolijo, esa perfeccion de que están tan lejos las pobres figurantes destinadas por su propia incuria y por su triste suerte, á ser el blanco de las sátiras del público.

La misma Isolina leyó en su espejo no sabemos que halagos á su vanidad que se despertaba; y alguno de esos genios traviesos que velan en el retrete de las mugeres y recogen sus mas íntimas confidencias; alguno de esos génios, decimos, acababa de dibujar una sonrisa en los labios de Isolina, sonrisa que en el teatro es esa gota de *copal* que las floristas colocan sobre uno de los pétalos de la rosa que les pareció mas bien acabada; pero en Isolina era la gota de rocio que la aurora deposita en la flor que acaba de abrirse; esa gota llamada aljófar, perla, brillante y no sabemos cuantas cosas mas por los poetas, capaces siempre de darles tales nombres á las cosas, al grado de que ni las mismas cosas llegarán un dia á conocerse por sus nombres.

Pico estaba arrobado, estático, con un mundo en la cabeza y otro en el corazon. Pico estaba recordando todo lo que habia hecho por aquella muger, y todo le parecia poco y, ¡cosa rara! el amor de Pico habia subido en grados como el termómetro expuesto al sol.

Tal es el prestigio de lo bello, que á falta de lo bello en la verdad, única parte donde se le encuentra, segun Boileau, el hombre tiene una facilidad asombrosa para conformarse con lo bello en la mentira.

Testigo de este aserto era Pico, cuyo amor habia creci-

do merced á un poco de albayalde y de colorete y á un mal traje de guardarropía.

Isolina se cubrió de nuevo con su traje ordinario y salió con Pico con direccion al teatro.

—Falta una figurante! estaba diciendo el segundo apunte.

—Es la muger de Pico, gritó una aldeana con voz chillona.

—¿No la conoce usted? preguntó otra figurante.

—No.

—Pues yo sí, ya la verá usted, no es fea, pero nunca ha salido al teatro.

—¿No es la muger del apuntador?

—Yo no sé si será su muger; me lo supongo porque no me gusta quitar créditos, pero ello es, que se da mucho tono.

—¿Es posible?

—Figúrese usted que no quiso venir á vestirse con nosotras.

—¿No quiso confundirse? ¡Adios! si será alguna marquesa!

—Como si nosotros no fuésemos tan honradas como cualquiera.

—Pues ya se vé.

—No que porque una es del teatro, ya todos creen... ¡Ave María Pusísima! como si no fuera una capaz de ser buena cuando quiere, aunque sea en un cuartel.

—Ya se vé.

—Percances del oficio; si le digo á usted, compañera, que solo porque pagan tan mal la costura me he metido á cómica.

—Y yo tambien, figúreme usted, abandonada por mi marido; porque yo soy casada.

—¿Sí?

—Y con dos niños de mis pecados que me dan una guerra.....

—¿Y donde se habrá vestido esa señora?

—En su casa.

—¡Jesus! que pudor tan raro!

—Que quiere usted! nos tendrá horror.

—Pensará que somos animales raros.

—Déjela usted que venga y verá usted.

—Allí viene.

—¿Con Pico?

—Sí.

Pico efectivamente llegaba con Isolina.

—Recomiendo á usted mucho esta señora, comadre; dijo Pico dirigiéndose á una vieja.

—Compadrito, ¿qué anda usted haciendo?

—Aquí tiene usted esta señora que recomiendo á usted mucho; tenga usted la bondad de no abandonarla y de decirla lo que debe hacer en la escena.

—Está bien, compadre, será usted servido.

Pico tenia ya que bajar á la *concha*, é Isolina se quedó en poder de la vieja que tambien estaba vestida de aldeana.

Un murmullo sordo, como el de un enjambre, se levantó entre las figurantes apenas se hubo separado Pico.

—Venga usted, mi alma, dijo á Isolina la vieja aldeana y la introdujo al cuarto del vestuario. ¿Ya viene usted vestida, no? hizo usted muy bien, porque esto está muy incómodo para ocho; pero paciencia, los mejores cuartos son para las actrices; como si nosotras por ser coristas y partes de por medio no fuéramos mugeres!

—Si le digo á usted, dijo otra aldeana, que el dia menos pensado nos obligan á vestirnos en el cuarto de los mites.

—¡Dios nos libre!

—Pues solo eso nos falta.

—Le ayudaré á usted, mi alma, dijo la comadre de Pico; ¿como es su nombre de usted, mi vida?

—Isolina.

—¡Ah! Isolina, qué bonito nombre!

—Se llama Isolina, dijo una aldeana á otra, y de una en una lo supieron todas.

—¡Isolina! ¿y ustedes lo creen?

—Yo la verdad no.

—Yo he conocido personas que para entrar á la carrera se quitan el nombre, como si el teatro fuera una cosa deshonrosa.

—Caba! y sin ir muy lejos, la primera dama de esta compañía no se llama como dice.

—¿No?

—Yo les contaré la historia.

Entretanto la comadre de Pico habia despojado á Isolina de sus ropas exteriores.

—Ese vestido no es del guardaropa, le dijo la comadre inmediatamente que vió á Isolina vestida de aldeana.

—Sí señora, es del guardaropa, sino que yo lo arreglé, casi lo hice de nuevo.

—Ya se vé, pues hizo usted muy mal.

—¿Por qué? preguntó Isolina sobresaltada.

—En primer lugar, porque no es bueno singularizarse, porque cuando la vean á usted las demas, van á poner el grito en el cielo al considerarse menos que usted; y en segundo lugar, que al director no sé si le gustará que le cambien sus vestidos.

—Pero en todo caso, dijo Isolina, yo no he hecho mas que arreglarlo.

—Sí, pero de un modo tal que parece otro; en fin, ya verá usted lo que son nuestras compañeras.

Llegó hasta Isolina un gran rumor que no pudo comprender, y se estremeció.

—Es que levantaron el telon, dijo la comadre.

Isolina se puso á temblar.

—No hay que tener miedo, mi alma, es necesario acostumbrarse; yo tambien temblaba antes; pero hoy ¡si viera usted con cuanta serenidad aguanto los ceceos!

—¿Los qué? preguntó Isolina.

—Los ceceos y las burlas, porque ha de saber usted que nosotras, (y usted tambien,) formamos un cuerpo, que en lo general es el punto débil de toda compañía: por bue-

nas que sean nuestras compañeras, son tan feas y tan ridículas, que ya es una cosa sabida que no pasamos, así podiamos no hacer mas que presentarnos, porque los cócoras parece que no tienen otra cosa de que burlarse mas que de nosotras.

Isolina habia salido del cuarto y esperaba detras de un bastidor la hora de su salida; pero sin separarse de la comadre de Pico.

Ya habian pasado algunas escenas, é Isolina se consolaba de que el tiempo fuera pasando sin llegar el momento de presentarse; pero de pronto sintió en el hombro una mano grosera, y oyó muy cerca de sí una voz aguardientosa y brusca que le dijo:—¡Fuera, fuera todas!

Las figurantes se precipitaron entre dos bastidores, é Isolina tuvo que salir.

Formáronse en ala; movimiento único que han aprendido todos los comparsas desde tiempo inmemorial, y que siguen ejecutando invariablemente á pesar de la propiedad escénica y del sentido comun.

Isolina estaba deslumbrada y no se atrevía á fijar la vista en el público; se habia quedado un poco atras, pero sus compañeras la hicieron salir, aunque no de una manera muy cortes.

—¡Adios! le dijo la mas próxima, salga usted al frente; ¿ó cree usted que le pagan para quedarse atras?

—Mira qué egoista es la nueva; cómo se esconde.

—¡Pobre!

—¿Pobre? pobres de nosotras que somos las que estamos al frente; mira como se rien los de aquella banca.

—Que empujen á la nueva, dijo una.

—Que la empujen, dijo la que seguia.

—Que salga usted, señora, le dijo otra á Isolina.

Isolina se colocó en el lugar en que le tocaba, y creyó percibir cierto rumor entre los concurrentes.

Efectivamente, aquel rumor se habia levantado; pero era de admiracion.

—¿Quién es aquella?

—Una figurante nueva.

—¡Hola, hola! dijo un viejo concurrente; aquel trozo de carne me parece de contrabando.

—¡Es hermosísima! exclamó otro.

—¿Ya vió usted á la figurante?

—¿Cuál?

—La tercera.

—¡Hombre! ¿pero quién es?

—No sé.

—¿Es alguna actriz que ha tenido la humorada de salir de comparsa?

—Vale mas que todas.

—Inclusas las damas principales.

Estas eran las palabras que se oian por todo el teatro.

Al caer el telon entraron al foro mas de veinte personas, con el exclusivo objeto de ver de cerca á Isolina.

Pico desde la concha habia previsto esto; pero por mas

que se apresuró á salir, cuando llegó al cuarto de las figurantes se lo encontró invadido por cuatro individuos.

Uno de ellos, el mas intrépido, habia tomado un asiento junto á Isolina.

Pico se acercó lo mas que pudo.

La persona que hablaba con Isolina, era un jóven que pasaba por el mas calavera de la ciudad.

—¿Es usted nueva en la compañía? le estaba diciendo.

—Sí, señor, le contestó Isolina.

—¿Cómo se llama usted?

—Isolina.

—¡Qué lindo nombre! ya se ve; una muger tan hermosa como usted, no podia menos que tener un nombre tan simpático. ¿Conque Isolina?

—Sí, señor.

—¿Y dónde vive usted?

—En mi casa, contestó Pico mirando fijamente al personaje, quien á su vez se cortó y se quedó viendo á Pico; pero reponiéndose bien pronto exclamó:

—¡Ah, muy bien! y volvió á emprender la conversacion con Isolina.

—¿Y le gusta á usted el teatro?

Isolina no contestó, porque estaba viendo venir una tempestad.

Otros tres caballeros se habian acercado para formar corro al rededor de Isolina.

—¡Mira qué brazos! dijo recio uno de aquellos calaveras, que no se atrevió á dirijirle la palabra á Isolina.

—¡Y qué piél dijo otro.

—¡Y qué pechol dijo el tercero, lanzando un grotesco suspiro.

—¡Caballeros! dijo Pico incomodado, ¿tienen ustedes la bondad de retirarse? este es el cuarto de las señoras y lo han invadido ustedes sin consideracion alguna.

—¿Quién es ese que nos regaña? dijo un valiente.

—Yo, contestó Pico levantando la cabeza, irguiéndose lo mas que pudo.

—Si no pueden entrar aquí los hombres ¿por qué entró usted? dijo uno á Pico.

—Porque soy de la compañía y tengo derecho.

—Nosotros tambien, porque somos amigos del empresario.

—¿Qué sucede? dijo el primer galan presentándose en medio de un compacto grupo que se habia formado ya en la puerta del cuarto.

—Es el señor Pico, gritó una figurante, que está echando á los señores.

—¡Cómo se entiende! ¿á mis amigos?

—Es un hombre grosero, dijo uno de los calaveras, no es capaz de verme la cara fuera de aquí.

—En todas partes, dijo Pico.

El calavera valiente se acercó á Pico, para decirle al oido una de esas frases que no son para escritas.

Pico contestó categóricamente.

—¡Vamos, vamos, señores! dijo el empresario, calma, no hay que alborotar.

—Es que yo no encuentro justificable ni digno de un hombre decente, venir á faltar al respeto á una señora, solo por el hecho de haberse presentado en escena. ¿Es acaso el teatro algun garito?

—Pico, suplico á usted que se modere, dijo el empresario.

—¿Qué sucede? preguntaban en los cuartos y por todas partes.

—Nada, qué ha de suceder, dijo una figurante, que la nueva ha venido á introducir el desórden.

—¿Quién es la escandalosa?

—La muger de Pico.

—¡Vaya una *pécora!*

—¿Quién, la bonita?

—Sí, la misma.

—¿Pues si eso es la primera noche, qué se nos espera en lo sucesivo?

—Por ella no me he acabado de peinar.

—Invadieron el cuarto los hombres.

—¿Por qué no cerraste?

—Porque se metieron.

—Pero yo creo que ese señor Pico no es su marido.

—Sépalo Dios.

—Ella viene con él.

La comadre de Pico hablaba á la sazon con un señor de capa española, que estaba medio oculto tras de un bastidor.

La campanilla de prevencion, vino á restablecr el ór-

den en el foro, que iba convirtiéndose por momentos en una torre de Babel, en la que todos hablaban, pero sobre el mismo tema.

—Comadre, dijo Pico acercándose á la vieja figurante, no se separe usted de Isolina, y en el otro entreacto váyase usted con ella al cuarto del segundo galan, con quien ya me puse de acuerdo para que no deje entrar á nadie.

—No tenga usted cuidado, compadre, que no se volverá á repetir la escena anterior.

—Solo en usted fio, comadre.

—Y tiene usted razon, que yo sé muy bien guardar una prenda, y jure usted que Isolina es para mí ya una cosa sagrada.

Pico corrió para hundirse en las tablas y llegar pronto á la concha, porque ya iban á levantar el telon.

Siguió el segundo acto, en el cual Isolina tuvo necesidad de salir dos veces.

Los calaveras, sabiendo que Pico era el apuntador, se quedaron en el foro durante el acto, y á pesar de la vigilancia de la comadre de Pico, encontraron ocasion para hablar á Isolina.

—Es usted la muger mas linda que ha pisado el teatro.

—¿Es usted casada? le dijo otro.

—¡Ay! qué bracitos tan redondos! le dijo otro al pasar.

Isolina se vió constantemente amagada por aquella nube de galanteadores de mal género; uno se le acercaba mucho bañándole con su aliento alcohólico; otro la pisaba

suavemente un pié; el otro la espetaba una de esas flores que para una señora son un insulto; quien la convida á cenar, quien le ofrece un ponche, quien le pregunta donde vive, y todos, en fin, como si se hubiera tratado de un rey de burlas y no de una señora, le dirigieron palabras que la hicieron ruborizar, acabando por hacerla derramar lágrimas de amargura y humillacion.

—¡Qué horrible es el teatro! decia interiormente Isolina; debe ser esto un foco de corrupcion, una sentina de vicios, cuando los hombres decentes se permiten pasar los límites de la decencia sin mas antecedentes de mi persona, que el de figurar entre los comparsas.

¿Qué serán entonces todas esas mugeres que me rodean? ¡Dios mio! dame fuerza para sufrir tanta humillacion y tanta afrenta.

No le bastó á Isolina ni su dignidad, ni sus desdenes, ni sus severas respuestas para librarse de los calaveras; estos reian á cada contestacion de Isolina y volvian á insistir en sus desvergonzadas pretensiones.

Terminó el segundo acto y al caer el telon la vieja cumplió su palabra, pero aquello fué una inútil precaucion, ptes los calaveras abandonaron el foro sabiendo que solo en los entreactos podian ser vigilados por Pico.

Solo el valiente permaneció allí, y cuando Pico pasó junto á él, le dijo algunas palabras en voz baja.

Pico entró al cuarto donde le esperaban Isolina y la comadre.

—Hemos hecho una barbaridad, exclamó Pico; bien hacia yo en resistirme tanto á que usted, Isolina, se presentara en las tablas.

—¡Yo no sabia lo que son las tablas! dijo Isolina con tono de profunda amarguna.

—Usted no es para esto, y no volverá á suceder; yo trabajaré, que es lo que debe ser; pero usted, jamas!

—Si puede usted, compadre, hará usted muy bien, porque esto del teatro es muy penoso; á mí tambien me ha costado muchas lágrimas.

—Oiga usted, comadre, al terminar la pieza vuelve usted á venir á este cuarto, y aquí me esperan; podré tardarme un poco al acabar la funcion; pero no le hace, aquí me esperan.

Pico salió del cuarto y un momento despues comenzó el tercer acto.

Apenas cayó el telon, Pico se sumió en la concha y salió al foro, buscó algo por todas partes, y cerca de la puerta de salida estaba el calavera valiente, quien al ver á Pico echó á andar y Pico le siguió.

En la puerta del teatro estaban los demas calaveras, quienes á su vez siguieron á Pico y á su contrario.

Cuando hubieron llegado á una calle solitaria, el calavera valiente se desató en denuestos é insultos contra Pico, quien midió con la vista el grupo y arremetió denodadamente contra su contrario.

Pico era nervioso y fuerte, y al segundo golpe su adversario habia caido en tierra desangrándose de las narices.

Pico recibió por detras un bastonazo y se lanzó entonces contra el grupo, emprendiendo denodada lucha contra el dueño del baston hasta que logró quitárselo; entre tanto habia recibido varios golpes en la cabeza, pero una vez dueño del palo, arremetió ciego de ira y con nuevo vigor contra los tres que lo agredian; acertó algunos golpes y recibió otros por la espalda; derribó á otro de sus adversarios, á quien asestó un furibundo golpe en la cabeza; y defendiéndose y atacando con piés y manos iba ya á quedar completamente victorioso, cuando oyó cerca de sí la detonacion de una pistola y se deslumbró con la luz de la pólvora; en seguida se sintió en el suelo recibiendo golpes en la cabeza y en el cuerpo.

Una patada que recibió en el estómago acabó de privarlo de conocimiento.

El ruido de los golpes y los gritos habia atraido ya al lugar del suceso á muchos de los concurrentes que salian del teatro; habian llegado dos guardas y la alarma se habia difundido por las calles vecinas.

Ocurrió la autoridad, y dispuso que Pico fuese conducido á la cárcel, mientras que el que habia provocado el lance fué detenido en la prefectura.

Pico volvió en sí al cabo de algun tiempo, y se sintió conducido en brazos de los guardas.

Lo primero en que pensó fué en Isolina, se puso á gritar suplicando que le permitieran pasar al teatro, pidió que llamaran al empresario, pretendió desasirse de los que lo

conducian; pero sus desesperados esfuerzos no sirvieron sino para agotar todas sus fuerzas volviéndose á quedar sin conocimiento.

CAPITULO XV.

ISOLINA, LA COMADRE DE PICO Y EL DE LA CAPA.

APENAS habian trascurrido algunos mimutos despues de haber caido el telon, Isolina empezó á alarmarse por la tardanza de Pico; pero á medida que el tiempo trascurria, Isolina se ponia mas y mas inquieta.

—No tenga usted cuidado, mi alma, le decia la vieja; usted no conoce el teatro, el señor Pico ha tenido necesidad de ir á la contaduría por su diario y por el *volo de usted*, pues si uno no anda listo en estos lances el dia siguiente le van saliendo con que no hay dinero; usted no conoce todavía el teatro y por eso se alarma por esas cosas.

Entretanto, el teatro iba quedando á oscuras; pues los mozos con una ligereza verdaderamente teatral apagaban todas las luces.

—El teatro va quedándose solo y es preciso salir porque van á cerrar; pero no tenga usted cuidado, mi vida, nos iremos á casa en caso de que no encontremos á mi compadre en la puerta, donde es seguro que estará esperándonos.

Y diciendo esto apagó la vela del cuarto y salió con Isolina, cerrando el candado de la puerta.

Pico no estaba en la contaduría; ya no habia nadie.

Solo un bulto negro se destacaba apenas entre las sombras.

Isolina caminaba asida del brazo de la vieja, y así atravesaron varias calles sombrías hasta llegar á una casa, cuya puerta se abrió á los primeros golpes.

La inquietud de Isolina iba en aumento á pesar de todos los consuelos de la vieja.

Dirémos de esta algunas palabras, por si el lector se interesase en conocer á esta buena comadre de Pico.

La vieja se llamaba doña Atanasia Ramirez; hacia veinte años que pertenecia al teatro.

De edad de nueve años hizo algunos papelitos, de esos que se confian á la hija de algun actor.

Doña Atanasia era hija del barba Ramirez. A los catorce años fué bailarina, á los diez y ocho hizo algunos papeles de poca importancia, despues hizo algunos primeros papeles de dama, sin éxito; y precozmente fué carac-

terística; pero un ataque de asma la privó de la voz, y llevaba algunos años de no ser mas que figurante.

Isolina estaba ya deshecha en lágrimas, y doña Atanasia empezó á alarmarse seriamente.

No habian pasado muchas horas de ansiedad cuando se oyeron golpes á la puerta.

—¡Ahí esta ya! exclamó la vieja; voy á abrirle.

Isolina quedó sola, y trascurrieron algunos minutos sin que se presentara Pico.

Al fin se oyeron pasos que se acercaban; Isolina respiró; pero fué para recibir una nueva impresion desagradable.

La persona que se acercaba no era Pico.

—Buenas noches, dijo el recien venido, que no era otro que el señor que, envuelto en una capa española, habiamos visto tras un bastidor hablando con doña Atanasia.

—Buenas noches, contestó apenas Isolina.

Era el señor de la capa un hombre como de cincuenta años, perfectamente aseado y vestido con un esmero no muy comun en personas de su edad.

Sin ceremonia se sentó al lado de Isolina. Esta hizo un movimiento de disgusto.

—No se sorprenda usted, señorita, dijo el de la capa de la manera mas agradable que pudo; yo visito á doña Atanasia generalmente despues del teatro, porque suele prepararme cenas apetitosas, á las que soy muy aficionado.

Isolina guardó silencio.

—He tenido el gusto, continuó D. Fernando, (que así se llamaba aquel señor); he tenido el gusto de ver á usted

en el teatro; y como debe usted suponer, yo he sido uno de los que han admirado la hermosura de usted, que se ha hecho tanto mas notable, cuanto que sus compañeras de usted son lo mas origuinal de las colecciones de feas que se conocen; y como por otra parte, en la clase de figurantes es tan raro encontrar personas de tanto mérito como usted, todo el públco, sin excepcion, se ha visto agradablemente sorprendido.

Isolina seguia guardando silencio.

—Y sin duda, dijo D. Fernando despues de una pausa y sin desanimarse, usted no ha pisado nunca las tablas, y debe haber sido para usted esto un penosó sacrificio.

—¡Muy grande, señor, inmenso!

—Yo lo creo, y me atrevo á esperar que renunciará usted á seguirse exhibiendo en lo sucesivo.

—Así lo creo.

—¿Y tiene usted familia?

Isolina no contestó.

—¿Es usted la muger del señor Pico?

—No, señor.

—¡No! dijo D. Fernando, no pudiendo contener una sonrisa de satisfaccion. Entonces.....

—Perdone usted que no le deje concluir, dijo Isolina con energía y resolucion. Agradezco á usted como debo el interes que se sirve manifestar con respecto á mis asuntos; pero estoy tan mal prevenida con las personas que me hablan esta noche sin fórmula ninguna de presentacion ni antecedentes, que creo de mi deber cerrar mis

oidos y aparecer descortes, por no aparecer liviana; y usted, caballero, cuyas canas deben ser venerables, y cuya esperiencia debe ser una luz, sírvase usted decirme: ¿qué es el teatro? ¿qué clase de lugar es ese, que basta pisarlo una vez para ver desaparecer á nuestro rededor todas las consideraciones sociales y hasta el respeto que en toda buena sociedad ha merecido siempre una señora? ¿Por quién se me ha tomado? ¿Acaso podrá pensarse que estoy resuelta á romper con todas las conveniencias sociales y con todas las trabas de la moral, solo por el hecho de haber pisado las tablas? ¿Qué son entonces las tablas, que hasta la ancianidad se desconoce á sí misma?

Dijo esto Isolina de una manera tan digna y tan resuelta, que D. Fernando habia acabado por oir las últimas palabras profundamente contrariado.

Pero D. Fernando no era hombre que cejara en ninguna empresa á la primera dificultad, y procurando reponerse contestó:

—Efectivamente, es un error juzgar el teatro como lugar de corrupcion, cuando su verdadero objeto es enseñar la moral con ejemplos prácticos; pero por desgracia nuestras sociedades modernas se han acostumbrado á ver el teatro, de un modo de telon para afuera, y de otra manera muy distinta entre bastidores; y precisamente porque esa apreciacion está tan generalizada, es por lo que me ha parecido doblemente interesante la situacion de usted, quien, por motivos que no puedo alcanzar, se atreve á pisar las tablas sin el mas remoto conocimiento de lo que este pa-

so implica, tanto mas cuanto que usted, señorita, por sus maneras y su aspecto revela pertenecer á otra clase de la sociedad, que no á la que, por desgracia, forma la mayoría de la gente de teatro.

—Celebro, caballero, que comience usted á hacerme justicia, porque entonces sabrá usted respetarme y hacerse respetar á su vez.

—Nada pretendo, señorita, y protesto á usted que mi extraña visita á esta casa á la una de la noche es puramente casual.

Isolina habia notado ya que doña Atanasia habia desaparecido cerrando tras de sí la puerta.

—Sin embargo, continuó D. Fernando, si en los límites de lo que un caballero puede ofrecer á una señora, encuentra usted que mi persona en algo puede serle á usted útil, estoy pronto á probarle que no me he equivocado al juzgar á usted, y que sabré respetarla y servirla sin interes alguno.

—Mil gracias, contestó solemnemente Isolina; pero en esta frase habia toda la dignidad de una señora.

Sucedió un silencio solemne, en el cual la figura de Isolina creció á los ojos de D. Fernando.

Durante este silencio, se oyó en el suelo de la pieza inmediata el ruido de una moneda de plata que se cae de las manos.

Aquel sonido argentino hizo estremecer interiormente á Isolina y á D. Fernando.

Isolina se puso de pié en seguida.

Don Fernando dirigió una mirada de rencor hácia la puerta, y en seguida dijo con una gravedad de que hasta entonces no habia usado:

—Estoy dispuesto á obedecer á usted, supuesto que hemos empezado á hacernos justicia; si quiere usted que me retire porque en ello la complazca, me despediré en el acto; pero si puedo prestarle algun servicio, como lo creo, espero sus órdenes.

Isolina reflexionó:

—La vieja sin conocerme me ha vendido: este señor ha venido aquí, engañándose tambien, y me parece que está avergonzado. Acaso él me libre de la vieja y por llevar adelante su pretendida caballerosidad me sirva desinteresadamente.

—Fiada en la palabra de usted, me atrevo á hacerle una súplica.

—He ofrecido obedecer á usted.

—Deseo saber donde está el señor Pico y si su tardanza es el resultado de algun complot de que se me quiere hacer la víctima.

—Voy á satisfacer á usted con toda lealtad. El señor Pico no vendrá en toda la noche.

—¿Quiere decir que es cierto que he caido en un complot? ¿En donde está el señor Pico?

—El señor Pico, señorita, ha reñido con unos caballeros al salir del teatro y la autoridad ha.....

—¡Preso! gritó Isolina, ¡preso! ¿y estará lastimado?

—Creo que sí.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! los intentos de los que me rodean son todavía mas criminales de lo que parece. Querian asesinarlo y lo separan de mí, porque saben que es mi único amparo, mi única defensa, mi único amigo..... ¡Caballero! dijo en seguida Isolina con tono solemne; si es usted capaz todavía de hacer respetar sus canas, si ellas no encubren á un ser degradado y despreciable, sino á un hombre de corazon y de conciencia, ampáreme usted, ayúdeme, vamos á ver al señor Pico, tal vez se muere sin mis auxilios, ahora que es cuando mas necesita de mí, ahora que debo pagarle algo de lo que le debo; vamos pronto, vamos á socorrer al señor Pico!

—He ofrecido obedecer á usted y la obedezco.

Todavía Isolina fijó una mirada significativa en D. Fernando, se acordó que llevaba consigo el puñal que ya otra vez la habia librado de la deshonra, y pensó:

—Como antes, seguiré teniendo fuerzas para resistir.

Isolina y D. Fernando salieron de la habitacion sin cuidarse de doña Atanasia.

Esta, al verlos salir, guardó silencio y cuando hubieron desaparecido, entró á la sala donde ardia aun la vela que habia alumbrado la escena anterior. Contempló de hito en hito los asientos que habian ocupado Isolina y D. Fernando y exclamó:

—¡Habrase visto cosa mas rara! dejarme mi cena en el cuerpo sin decir oste ni moste! En todo caso, cenaré bien, aunque sola; siento deseos de devorar el pollo que aun se frie como si tal cosa.....

Despues de todo, esta jóven es extraordinaria; ¿pues no ha armado bonito alboroto, apenas se ha presentado? Ella no es cómica, eso sí que no, yo conozco á mi gente á tiro de ballesta, como se decia antes. Pico no es su marido ¡qué iba á hacer! Pobre Pico! Pero aquí hay algo gordo.....

Y el pobre de D. Fernando, que creia haber hecho presa gorda, y andará por ahí corriendo de ceca en meca entre si encuentran á Pico ó no lo encuentran, y todo sin cenar y con la bilis derramada.

¿Qué sucederá? ellos de volver tienen; porque ¿qué habian de hacer en la calle toda la noche?

Si vinieran acabando yo de cenar, les dejaría la mesa puesta y me acostaria, porque á fé que necesito descansar, ya estoy vieja y las desveladitas me irritan mucho la sangre y me traen el dolor.

Una criada andrajosa y medio dormida apareció en la puerta.

—¡Ah! exclamó doña Atanasia saliendo de sus cavilaciones; ¿ya está ese pollo? sírvemelo cuanto antes, que tengo un agujero en el estómago.

Doña Atanasia tomó la vela y siguió á la criada á la pieza inmediata, que era á la vez dormitorio y comedor.

La criada se presentó á poco trayendo un pollo frito y humeante en un plato.

—He aquí mi pollo colorado, muerto por una humorada de D. Fernando... y como yo no me puedo negar á nada de lo que exija de mí D. Fernando, por los muchos

favores que le debo, lo he obedecido en todo, (porque en todo caso yo no he hecho mas que obedecerlo,) y eso por estarle obligada, que de otro modo, quién sabe.... porque en fin, todavía tiene uno conciencia y su temor al infierno; suya es toda la responsabilidad, así me lo dijo y yo estoy en mis trece.

Hecha esta salvedad, que doña Atanasia creyó muy provechosa para la tranquilidad de su conciencia, se puso á despedazar el pollo con los dedos y á chuparse los huesos.

Entretanto D. Fernando é Isolina habian andado varias calles, caminando siempre en silencio, hasta llegar á un cuerpo de guardia de donde pasaron á inquirir el paradero de Pico, preguntando por él á la policía y en la prefectura; pero á tales horas y despues de consignado el herido al hospital, no habia quien diera razon de él en los cuerpos de guardia.

Al fin pudieron averiguar que Pico se hallaba preso en el hospital y que no habia órden de que se dejara entrar á aquellas horas á persona alguna á las salas de los enfermos.

Don Fernando, poniendo en juego su influencia y dirigiéndose á la autoridad competente, hubiera podido conseguir la órden que se necesitaba; pero no queria aparecer como actor en aquellas escenas, sino solo como simple acompañante desconocido de aquella señora atribulada.

ISOLINA.

D. Fernando.

Don Fernando gozaba de muy buena reputacion y ademas era casado; de manera que sin dejar de aparecer galante con Isolina, obraba de manera de no comprometerse.

Al cabo de inútiles esfuerzos para lograr ver á Pico, D. Fernando persuadió á Isolina de que debian volver á la casa de doña Atanasia.

Así lo hicieron, proponiéndose Isolina por su parte pasar en vela las pocas horas que faltaban para acabar la noche, é ir, apenas amaneciera, al hospital, para ver á Pico.

Don Fernando habia empezado á ser sóbrio en sus preguntas, é Isolina mas y mas reservada en sus respuestas; de manera que al llegar á la casa, D. Fernando empezó á sentirse dispuesto á abandonar, por aquella noche al menos, su aventura galante, recogiéndose aun á tiempo para no inspirar sospechas.

CAPITULO XVI.

EN EL QUE SE VE QUE LA CARRERA DEL TEATRO NO ES UNA SENDA DE ROSAS.

ISOLINA pasó la noche sentada, esperando la primera luz; doña Atanasia opinó por el descanso por el temor á la asma, y D. Fernando entró á su casa con el sigilo con que lo hacia todas las noches; sigilo que el viejo hipócrita hacia pasar por delicada atencion á su familia.

Aquella velada estaba siendo para Isolina una recapitulacion de todos los extraños acontecimientos de aquella

noche, que entre las muchas y muy terribles que habia pasado ya, le parecia la mas memorable.

Cuando mas absorta se encontraba, y su imaginacion mas distante de todos los objetos que la rodeaban, oyó claramente el gorgeo de una golondrina; la primera ave que saludaba á la aurora aquella mañana.

Vagó por los lábios de Isolina una sonrisa, y dió gracias interiormente á aquella ave que le habia avisado que ya podia salir; le pareció que la parlera golondrina era una amiga suya, que tambien habia estado en vela tomando parte en su tribulacion.

—Todavía tiene el cielo para mí aves que canten: todavía tengo esperanzas. ¡Gracias, Dios mio!

Isolina salió de la habitacion sin esperar á doña Atanasia, y recordando el rumbo que habia seguido y las calles que habia andado en compañía de D. Fernando, se dirijió al hospital, preguntó por el oficial de guardia y le pidió permiso para subir á la sala en donde se encontraba Pico.

El oficial, aunque acabado de despertar, abrió los ojos lo bastante para conocer que su interlocutora tenia muy buena presencia, y por lo que pudiera resultarle de provechoso se ofreció á acompañarla él mismo.

Un enfermero le dijo á Isolina el número de la cama que ocupaba Pico.

Atravesó media sala, se paró frente al número y buscó en el informe monton de ropas que se levantaba de la

cama, la cabeza de Pico; se acercó y pudo contemplarlo. Estaba dormido.

Isolina se detuvo sin hacer ruido y contemplaba, á pesar de la poca luz de la sala, la mortal palidez de Pico.

Permaneció de pié un largo rato, y despues se hincó para percibir mas claramente la respiracion del enfermo.

Esta era lenta y regular; pero al cabo de un rato fué haciéndose gradualmente mas rápida hasta convertirse en una especie de ansiedad.

Isolina fijó la vista en el semblante de Pico, y notó que sus cejas se contraían, como cuando se experimenta un intenso dolor; despues sus lábios se movian como queriendo articular palabras que pugnaban por salir; y por último, se movió todo el cuerpo del enfermo y exclamó: ¡Isolina, Isolina! ¡Ay!.....

Sus facciones volvieron á entrar en reposo, y la respiracion volvió á regularizarse despues de un prolongado suspiro.

—Piensa en mí, pensó Isolina. ¡Pobre Pico, no sabe que aquí estoy!

Volvió á agitarse la respiracion de Pico, y al decir por segunda vez: "Isolina!" abrió los ojos y los clavó en esta y se quedó inmóbil por un momento.

El sueño y la realidad estaban confundiéndose.

—Aquí estoy, señor Pico, dijo Isolina muy bajito.

—¡Ah! exclamó Pico fuertemente. Usted, usted, Isolina..... ¡Qué buena es usted.....! ¡Cómo no he de quererla.....!

Dos gruesas lágrimas asomaron á los ojos de Pico, lágrimas que recogió Isolina con la mas cariñosa de las miradas, y luego poniendo su blanca mano sobre la frente de Pico, le dijo con tono cariñoso:

—¿No está usted de peligro?

—¿De peligro.....? no, ¡ca! qué peligro! Un cobarde asesino, un mequetrefe de esos que quieren faltarle á usted al respeto, me disparó su revólver por detras; pero es en el brazo, se apresuró á agregar, es en el brazo y saldrá la bala; parece, segun me dijo el médico, que no interesó el hueso; pronto estaré bien. ¿Y usted, Isolina, ha permanecido en la casa de doña Atanasia?

—Sí.

Isolina no quiso decirle á Pico que lo habia buscado en la noche, por no verse obligada á decir que la habia acompañado D. Fernando.

El oficial apareció en la puerta de la sala, é hizo seña á Isolina de que debia retirarse.

—Yo estaré pendiente, solicitaré permiso desde luego para estar aquí lo mas que sea posible, y lo curaré á usted personalmente.

—¡Gracias, Isolina, gracias! Pero que no la vea yo á usted aflijida; esto no es nada, tranquílicese usted y ya veremos lo que debemos hacer.

—Adios, señor Pico, hasta luego; voy á volver muy pronto.

Pico sacó su mano izquierda y estrechó la de Isolina,

quien se desprendió del enfermo pudiendo apenas contener su emocion.

Volvió á entrar á la casa de doña Atanasia.

—¡Buena la ha hecho usted, mi vida! y yo que me levanté madrugando para acompañarla; ¡vaya! pues eso no está bueno, y la consecuencia antes que todo.

—Pero, señora.....murmuró Isolina; yo no quise molestar á usted.

—Y yo, si me meto en sus asuntos de usted, es solo por la recomendacion de mi compadre Pico, que por lo demas no me echo nada en lo bolsa, y que soy una pobre; pero á pesar de los años que uno tiene cada dia ve uno cosas nuevas.

Isolina sufrió con tan heroica resignacion aquella andanada, que doña Atanasia misma volvió sobre sus pasos y agregó:

—En fin, ya esto pasó y usted no tiene por qué mortificarse; esta es casa de usted y yo su servidora; voy á mandar que le den á usted el desayuno.

Y la vieja dejó á Isolina en la sala.

A poco rato vino la criada andrajosa, trayendo una taza con chocolate.

—Vengo á hacerle á usted compañía, mi alma, porque yo ya me desayuné.

—Gracias, señora, yo no he venido mas que á causarle á usted molestias y disgustos.

—¡No, qué disparate! vamos á hablar de otra cosa. ¿Qué le parece á usted el caballero que la acompañó á us-

ted anoche? Es un hombre muy rico, tiene varias haciendas y es la persona mas franca que conozco; sabe tirar el dinero como pocos, y eso sí, se dá gusto..... hace bien, lo mismo haria yo; conque vamos á ver, ¿que le ha parecido á usted?

—Señora..... si he de decir á usted la verdad, he estado tan impresionada con mi salida al teatro y me ha parecido todo lo que he visto tan raro, que no he podido fijarme en las personas.....

—No, no, esa no cuela, mi alma; vea usted mis canas; y ustedes las jovencitas no son las que me han de dar á mí cartilla.

—Si usted se empeña, debo decirle en cuanto á ese caballero, que me parece que se ha equivocado al juzgarme, y este consistirá probablemente en que me ha visto salir á las tablas.

—¿Có..... como se entiende? ¿conque usted cree que se ha equivocado D. Fernando? Usted es la que se equivoca, D. Fernando es hombre de mucha experiencia, de mucho mundo y de mucha penetracion; y si nó, vamos á ver ¿en qué cree usted que se ha equivocado?

—Quiero decir, le ha parecido que yo seria capaz.....

—¿De corresponder á su cariño, iba usted á decir? pues bien, en eso no se ha equivocado.

—¡Cómo!

—La verdad.

—Pero señora.....

—Pero mi alma, usted se ha lanzado á la carrera del

teatro, no sé si con dotes, porque no se puede decir nada todavía; pero en fin... Usted va á vivir del teatro; segun sé, no tiene usted familia, y mi compadre Pico no es nada de usted; pues bien, con todos estos antecedentes no se necesita mucho ni poco mundo para comprender que algo va usted á hacer.

—¿Cómo qué? á trabajar honradamente.

—¡Hum!..... y á vivir de *volo*.

—¿Cómo de *volo?*

—Sí, ganando cuatro reales en cada noche de representacion.

—¿Eso es lo que gano?

—Nada mas; de manera que con doce funciones en el mes, no puede usted mantenerse ni con maiz tostado.

—Coseré.

—¡La aguja! ¿y las máquinas de *guelelegüilion.*? Es usted muy niña y está pensando todavia que las mugeres podemos vivir honradamente de nuestro trabajo; ya esos tiempos se acabaron, y hoy por hoy, si uno no se ingenia...

—Señora..... me moriré de hambre.

—Eso decimos todas al principio; pero cuando le empezamos á ver los cuernos al diablo de la miseria, entonces somos capaces de todo; y si no, aquí estoy yo, confesadora y comulgadora como pocas, y dizque orgullosita como ahora usted, y ni por esas. ¡Ay! he pasado unos ratos que le aseguro á usted que ya tengo adelantado mucho en alivio de mis pecados; pues créalo usted, mi alma,

este teatro ha sido mi purgatorio, y solo así he podido vivir de él.

—Usted me desconsuela, señora, en vez de animarme para que tenga fuerzas para luchar.

—Yo soy así; yo la verdad por delante, que vale mas pecar por avisado que por ignorante; y si hemos de hablar claro y vale darle á usted un buen consejo, no desdeñe usted á D. Fernando y no le pesará.

—¡Jamas! dijo Isolina violentamente, y en seguida guardó silencio.

Doña Atanasia se la quedó viendo, y luego riéndose de una manera sardónica dejó á Isolina entregada de nuevo á su meditacion.

Isolina acabó de cerciorarse de que estaba en poder de una muger que queria venderla á toda costa.

—¡Es posible, exclamó, que mi destino me coloque á todas horas frente á la deshonra! ¿Qué génio infernal me lleva por esta senda, en la que no encuentro sino las odiosas ofertas de seres corrompidos? ¡Ah, no! no, mil veces; la muerte primero que avergonzarme de mí misma!

Apenas habia acabado de formular esta resolucion, cuando se presentó D. Fernando.

Parecia otro hombre; Isolina creyó que tenia un aspecto distinto del que le notó en la noche.

Don Fernando iba irreprochablemente vestido, y sus ademanes eran de lo mas comedidos y esquisitos.

—Señorita, vuelvo tal vez á importunarla; pero es para traer á usted buenas noticias del herido.

—¿Ha conseguido usted algo en su favor?

—No lo pongo en duda, y todo saldrá como usted lo desea; pero antes he creido necesario tener con usted una conferencia.

—Si esa conferencia, contestó Isolina, ha de tener por objeto conseguir de mí algo que pugne con mis resoluciones, puede usted omitirla porque todo será inútil.

—Quiero solamente fijar el carácter que desde hoy voy á tener en los asuntos de usted. Yo no le ofrezco á usted mas que mi amistad y mi amparo como caballero; usted está sola en el mundo, porque la persona que le hace á usted compañía, á lo poco que puede hacer por usted en virtud de su situacion precaria, agrega una nota que..... francamente, obligará á muchos á faltarle á usted á las consideraciones que se merece.

—¿Se habla de mí? ¿Se habla de Pico? dijo Isolina sorprendida.

—No debe ocultársele á usted que sabiendo todos que Pico no es su marido de usted .....

—Debe ser entonces mi amante, ¿no es cierto?

—Exactamente, y la muger que tiene un amante, puede cambiarlo, supuesto que amar no es poseer definitivamente.

—Pico es muy pobre, es cierto, y no es ni mi marido ni mi amante, y sin embargo, nos ligan íntimamente el respeto y la gratitud.

—Yo no censuro la conducta de usted y solamente

atrevo á suponer que esa amistad, que yo tambien respeto, no excluye la mia que ofrezco á usted sinceramente.

—Bajo esa sola condicion la acepto, porque no dudo (sin ser por esto vanidosa) que así como ha empezado usted á conocerme, habrá aprendido á respetarme.

—El respeto lo impone la virtud, Isolina, y yo me precio de ser justo. Ahora, ordene usted lo que guste.

Isolina se quedó pensativa.

—¿Vacila usted aún?

—Temeria á mi vez ofender á usted si tal hiciera.

D. Fernando se habia colocado ya en la posicion única en que cabia con respecto á Isolina, á quien tranquilizó aquel nuevo triunfo de su dignidad, aun en medio de todas las demas contrariedades.

Convinieron amigablemente en que D. Fernando pondria en juego toda su influencia, á fin de conseguir que Pico viniera á curarse á aquella casa; y siendo esta la mas vehemente aspiracion de Isolina, D. Fernando no vaciló en asegurar el resultado, ofreciendo solemnemente dar en esto á Isolina, una prueba de su lealtad y desinteresado afecto.

Despues de una ligera conferencia, D. Fernando salió de la habitacion.

Isolina experimentó cierto bienestar al encontrarse sola y pensando que acaso no se pasaria el dia sin volver á ver á Pico.

—¡Pobre Pico! decia. ¡Cuanto ha sufrido ya por mí! ¡Ay! mi destino es inexorable; y hasta en aquello que me

es mas grato, como su afecto, encuentro un fondo de amargura que me atormenta. Pico me ama, pero me ama con un amor profundo que en vano deseo sentir por él; su amor y todos sus sacrificios por mí, lo hacen acreedor á toda mi gratitud, á mi mas sincera estimacion; pero..... pero Pico no es para mí el bello ideal del hombre, no puedo amarle como él me ama á mí, encuentro no sé que barrera insuperable entre nosotros y me siento condenada á verlo sufrir sin esperanza.

Isolina volvió á quedarse profundamente abismada.

CAPÍTULO XVII.

UN JÓVEN AUDAZ.

SERIAN las diez de la mañana, cuando el ruido estrepitoso de unas pisadas y algunas risas vinieron á sacar á Isolina de su enagenamiento.

Al levantar la cabeza encontró que entraban á la sala tres caballeros.

Eran los mismos que en la noche anterior la habian visitado en el foro.

—Buenos dias, interesante Isolina, dijo uno de ellos.

—Buenos dias, dijeron los otros.

—Venimos á ver si ya no está usted tan enojada con nosotros.

—Anoche estaba usted algo indispuesta.

—Es natural, dijo otro, no estando usted acostumbrada.....

El primero de los jóvenes que se habia dirigido á Isolina, acababa de arrimar su silla con ese modo particular del que va á emprender una conversacion íntima.

Isolina se levantó de su asiento.

—¡Caballero! exclamó con reposada dignidad, esta no es mi casa, ni he autorizado á nadie para que me visite; y no habiendo tenido el honor de que ustedes me hayan sido presentados, me creo excusada de recibir á ustedes y de hacerles los honores de la casa.

Y diciendo esto, Isolina hizo un movimiento con la cabeza y se dirigió á la puerta.

El jóven calavera iba á detenerla, pero una mirada de desprecio por parte de Isolina, lo contuvo á su vez.

—¿Saben ustedes, dijo el jóven, que esta chica es mas orgullosa de lo que parece?

—Y en el fondo tiene razon.

—Ya este va á moralizar.

—No, á ser tambien orgulloso.

—¡Hombre!

—Sí: este que la echa de calaveron, cree que todas las mugeres se mueren por él; y lo que es en esta vez, me alegro del desaire que nos han corrido, solo para que aprendas á respetar un poco á las mugeres.

—Esta bien, *papá*, dijo el calavera con las orejas coloradas.

—Mira qué bonito papel estamos haciendo; á no ser que tengas tan poca delicadeza que te propongas tirar la puerta para seguir á Isolina hasta donde esté, en cuyo caso te abandonaré en tu empresa, en la que me parece que has empezado por hacer fiasco.

—Eso crees tú porque eres un candoroso; pero yo conozco á la gente de teatro y estas que se manifiestan altivas, son las que caen mas pronto; ya lo verás, tendré muy breve el placer de que cenemos juntos.

—No será tan contentos como nuestro compañero que recibió la bolea mas bien dada que yo he visto.

—Ya se ve que no, porque ese señor de las boleas, ya está á buen recaudo y tiene con su herida que esperarse lo menos dos meses, para dar la segunda bolea, si es que queda útil.

—De todos modos, me parece que por aquí no haces nada, y que obrando prudentemente debemos retirarnos, para no exponernos á nuevos desaires y contratiempos.

—El que no tenga valor ni voluntad para seguirme, que dé un paso á retaguardia, dijo el jóven calavera con aire de maton; yo seguiré solo y les probaré que una comparsa como esta, no es la que á mí me ha de poner la ley.

—¿Qué sucede, qué sucede? dijo doña Atanasia entrando; ¿qué gritos son esos en mi casa? ¡Ave María Purísima! ¡si aquí está toda la *chorcha!* ¡todo el cocorisco del teatro! ¡Dios nos saque con bien!

—Venga usted acá, mamá Atanasia, llamó el jóven

calavera; usted que es una persona de tantas agallas y de *tanto pico* va á resolver esta cuestion.

—¿Qué cuestion? vamos á ver.

—Estos caballeros se han empeñado en disuadirme de que enamore á Isolina.

—Hacen bien.

—¡Bravo! ¡bravo! dijeron los otros dos jóvenes.

—Calma, señores, todavía no canten victoria.

—¿Y por qué hacen bien, mamá Atanasia?

—Porque esa jóven tiene dueño.

—¡Bueno! dijeron los dos jóvenes.

—Silencio, señores, se prohiben los comentarios en las galerías; ¿ó no conocen ustedes el reglamento del congreso? ¿Conque tiene dueño, mamá Atanasia?

—Sí que tiene y..... oiga usted..... pudiente, contestó la vieja haciendo una ruedita con el índice y el pulgar de la mano derecha.

—Es que yo no la pretendo como propietario, sino como suplente.

—¡Ah! pues entonces me parece mas difícil.

—¡Bravo, bravo! dijeron los jóvenes; estás derrotado.

—¿Y quién es ese..... *pudiente*, mamá Atanasia?

—¡Oh! ese es mi secreto; yo estoy metida en esto solo por consideraciones á una persona á quien no puedo negarle nada; y no debo vender sus secretos ni divulgar sus cosas.

—Pues vea usted, mamá Atanasia, me parece que yo tambien puedo hacerme acreedorá consideraciones *de pe-*

so, y entonces usted que es tan considerada y tan discreta, me ayudará á conseguir esta suplencia, cueste lo que costare.

—Vea usted..... la verdad..... no cuente usted conmigo.

—Bueno, así va bien, doña Atanasia, dijo uno de los jóvenes.

Las orejas del jóven calavera, estaban ya literalmente congestionadas.

—No sea usted cruel, doña Atanasia, agregó uno de los jóvenes; Isolina le va á corresponder á Alberto en el momento en que le vea las orejas.

—Tengo calor, repuso Alberto, que así se llamaba el jóven calavera.

—¡Ay! que calor! ¡Ay! que calor!..... cantaron sus amigos.

—Es el caso, mamá Atanasia, que usted y yo hemos de arreglar hoy este asunto.

—Por arreglado, dijo la vieja.

—¿Cómo?

—Que no habrá nada.

—Me quitaba yo el nombre.

—Me va usted á obligar á que hable claro.

—Eso es lo que quiero.

—Usted no debe enamorar á esa jóven.

—¿Por qué?

—Porque tiene un amante.

—¿Quien es?

—¿Lo digo?

—Sí.

—¿Me guarda usted secreto?

—Palabra.....

—Pues es.....

—Vamos, mamá Atanasia, ¿quién es por fin?

—Pues es..... D. Fernando.

—¿Mi tio?.....

—¡El juez! dijo un jóven.

—¡Don Fernando! repitió el otro y agregó: pues ahora sí, chico, me parece que no nos resta mas que tomar los sombreros y marcharnos con la música.

—¡Qué poco me conecen ustedes! dijo Alberto á pesar de estar conociendo interiormente que en realidad aquel asunto iba siendo mas y mas difícil. En fin, continuó, me parece muy bien que ustedes tomen sus sombreros y me dejen en paz; que en cuanto á mí, ahora es cuando esta historia empieza á interesarme formalmente.

—No seas necio, vámonos.

—No, y mil veces no; váyanse ustedes.

—Pues entonces, adios, adios, doña Atanasia.

Y los jóvenes salieron.

—¿Conque es posible que mi tio esté arreglado?

—Sí, hijo mio, sí, pero cuidado con descubrirme.

—¡Mi tio, eh! viejo hipócrita, santurron, ¡y parece que no sabe quebrar un plato! Pues ahora me empeño doblemente, ahora es cuando hablo de veras, ahora es cuando voy

á hacer todo cuanto pueda, hasta arruinarme si es preciso, por jugarle á mi tio una mala pasada y vengarme.

—¿Vengarse? ¿pero de qué?

—¿Cómo de qué? de que mi tio, ¿ya lo ve usted tan santurron y tan callado? pues la pobre de su muger está loca, loca por las pesadumbres que este viejo rabo verde le ha dado con sus amoríos y sus escándalos.

—¿Conque está loca su muger?

—Sí, mamá Atanasia, loca por la mala conducta del viejo.

—¡Y tan bonita!

—Y tan buena. Pero no es eso lo que á mí me atañe, sino que este pícaro á quien yo no sé que le ven las mugeres, me quitó una chica, sí señor, me la quitó de la noche á la mañana, sin poderlo evitar.

—¡Cómo! ¿es posible?

—¡Vaya! figúrese usted que estando yo en grande, una mañanita, sin antecedentes ni sospechas de ninguna clase, desapareció la chica como por encanto, y á los dos meses de buscarla, vamos resultando con que la niña estaba en la hacienda de mi tio. El muy bribon finjió un recado de mi parte y se llevó á mi amor á su hacienda sin decir á nadie nada; y lo peor es, que luego pretendió hacerme creer que me habia hecho un señalado favor, favor de padre porque conocia que me estaba yo perdiendo, y que todo lo habia hecho por mi bien.

—¿Conque es posible?

—Ya verá usted, mamá Atanasia, que el tio me la debe

y que estoy en mi derecho para hacerle una cosa por el estilo.

—¡Pero Alberto!

—Nada, nada de dificultades, mamá Atanasia; ya sabe ueted que cuando digo *por aquí*, no hay poder humano que me haga retroceder; sobre todo, no pretendo sino la segunda plaza, me conformo con la suplencia.

—¡Ay Alberto! me asusta usted y no debe ignorar cuantos servicios le debo á D. Fernando, que por él no me he muerto de hambre, que por él tengo colocacion, y yo no quiero portarme mal.

—Salva usted su responsabilidad ¡ba! bonita usted para no saber manejar negocios de esta clase.

—Es que.....

—Vamos, mamá Atanasia,por lo pronto guarde esa amarilla y hablemos mas despacio.

—Pues váyase usted, hijito, que nada tarda en venir D. Fernando, dijo la vieja echándose en el seno la onza de oro que le dió Alberto.

—Adios, mamá Atanasia. ¡Ah! agregó volviéndose, cuando vea yo esa macetita de *albahaca* en la ventana, puedo entrar; si usted quiere que no encuentre aquí á mi tio, quítela, y adios.

—¡Qué malo es usted, Alberto!

—¡Qué viva es usted, mamá Atanasia!

Doña Atanasia cuando se vió sola se llevó la mano al

estómago, donde á la sazon estaba sintiendo lo frio de la onza de oro, y exclamó:

—Es necesario transijir con este Alberto, porque es un loco de atar y es capaz de hacer cien barbaridades.

CAPÍTULO XVIII.

EN EL QUE SE VE CUAN APRECIABLE ES UN HOMBRE QUE «ES ASÍ.»

EN la tarde de ese mismo dia se presentó Pico en la casa de doña Atanasia.

Isolina, al ver á Pico, pensó en D. Fernando.

Un favor tiene siempre un prestigio irresistible en las almas bien organizadas; Isolina sintió por D. Fernando un arranque de legítima gratitud.

Pico, por su parte, no cesaba de pensar en que sin el auxilio de una mano poderosa, no habria salido del hospital de presos en todo el tiempo de su convalecencia.

Esto produjo naturalmente una aclaracion y de la aclaracion resultó que Pico é Isolina convinieran en que debian vivir eternamente reconocidos al Sr. D. Fernando.

Este por su parte, no creyó prudente, por lo pronto, hacer ostensibles sus favores, y gratificando generosamente á doña Atanasia le ministró los fondos necesarios para que hospedase en su casa dignamente á Isolina y á Pico, sin que estos se apercibieran de la mano que los protegia.

Doña Atanasia, que era muger de buenas entendederas, puso en planta, sin pérdida de tiempo, sus mas bien combinados planes.

—Conque sea en hora buena, compadre: y qué buen susto nos ha dado usted! pero á Dios gracias yo tengo buena sombra y los que á mí se acogen siempre encuentran buen arrimo.

—Le estamos á usted muy agradecidos, señora, y no sabemos como le pagaremos tantos favores.

—¡Quién habla de paga! ¡pues no faltaba mas! hoy por tí y mañana por mí, y en esta vida nos necesitamos todos; yo soy muy pobre, es cierto, pero hay frijolitos y buena voluntad; compadre, ya me conoce usted que yo tengo el corazon en las manos, y el dinero es lo de menos cuando se trata de la amistad.

—Pero sin embargo, dijo Pico, no debemos serle á usted gravosos, ni causarle incomodidades y molestias.

—Vamos, compadre, ¡qué anda usted ahí con delicadezas! ¡entre nosotros!... ya he dicho que soy una pobre, porque, figúrese usted que lo que nos dan en el teatro no al-

canza ni para pagar la casa, y si no fuera porque tengo mis *luchas*, yo no sé qué hubiera sido de mí.

—¿Todavia hace usted negocios, comadre?

—Sí, compadre, y eso me ha valido; eché escrúpulos á un lado y me puse á revolotear mi dinerito: pero eso sí, nada mas con un real en el peso, yo no soy como esas personas que sacrifican á los aflijidos y hasta dos reales se dejan pedir; yo no, pues cuando mas el real; de manera que si usted necesita algo fuera de la asistencia, puede usted pedir, porque la asistencia yo se las doy pobremente, pero nada cobro, que al fin es de amistad; conque si usted se anima, pondremos la obligacion en papel sellado y eso por pura fórmula; y ¿en quién mejor que en usted, compadre, puedo emplear mis medios? al fin que de eso vivo.

—Pues acepto, pero con una condicion.

—Veamos cual es esa condicion, compadre.

—¿Usted es sola?

—Nada mas con mi criada, ya lo ve usted; conque decia usted.....

—Que usted es sola y supuesto que vamos á vivir juntos, quiero ser yo el que haga todos los gastos de la casa; me abre usted una cuenta, á la que agrega usted los réditos.

—No tengo inconveniente, yo soy muy partida y por eso no pelearemos; desde hoy apunto y usted pide con confianza, y así, ni usted recibe favor, ni se mortifica, ni

yo me aprieto las manos dudando si les gustó ó no les gustó..... Me parece muy bien, compadre.

Doña Atanasia preparaba el equitativo aumento de sus fondos, recibiendo el importe de gastos de mano de D. Fernando y teniendo el derecho de cobrárselos con réditos á su querido compadre.

En cuanto á D. Fernando, debemos dar al lector algunos pormenores, pues no debe pasar desapercibido un tipo, del que por desgracia deberá conocer algunos ejemplares.

En el compartimiento del cráneo de D. Fernando un frenólogo habia encontrado ya, á primera vista, esta gran division: predominio de las pasiones sobre la razon.

El frenólogo habia acertado, porque D. Fernando era hombre de historia.

En primer lugar fué buen mozo.

Tenia las cejas pobladas y la mirada penetrante, prominente la parte anterior de la cabeza, la frente plana, aunque despejada, y en sus labios vagaba siempre una sonrisa de amabilidad interminable, fija, estereotipada; sonrisa como la que sostienen en lo general las personas de mucho trato social.

El juego de la fisonomía de D. Fernando tenia cierta flexibilidad cómica, que acababa de hacer de él una persona de cierto atractivo para el bello sexo: tenia, en suma, eso que por tener tal vez muchos nombres, no se le dá mas que éste:

El no sé qué.

—*No sé qué* tiene este D. Fernando, decia alguna vez una señora, que todas las mugeres lo quieren.

—Don Fernando, decia una mamá, no es precisamente un hombre irresistible, no es un Adónis, no es un Fausto, pero tiene *no sé qué.*

Alguna de sus víctimas decia:

—*No sé qué* ha tenido para mí D. Fernando, porque á pesar de todo no puedo aborrecerlo.

—¿Qué le has visto á ese hombre? preguntaba una señorita á su amiga, reprendiéndola severamente.

—*¡No sé qué!* contestaba la interpelada.

Ese *¡no sé qué!* es un amuleto, que si lo vendieran hoy los droguistas, como vendian antes las brujas y las gitanas primores de esta especie, no serian los pedidos los que escasearian en la plaza; pero D. Fernando era de los muy pocos que lo tenian, y nadie sabia donde lo habia comprado.

Don Fernando se casó muy jóven; pero cuando se casó ya su corazon no le pertenecia.

No sabemos, ni el mismo D. Fernando lo sabe todavía, por qué se casó; ello es que pidió á una jóven el dia que menos lo pensaban todos, y como D. Fernando era hombre de recursos, el matrimonio se hizo por vapor.

Hubo quien pensara que con aquel paso D. Fernando iba á sentar la cabeza; otros compadecieron de todo corazon á la novia, y algunos mas avisados presagiaron un largo drama en muchos cuadros.

Estos acertaron.

El cuadro primero fué este: La noche de la boda se perdió el novio; pero pareció al tercero dia. Nadie llegó á explicarse aquel misterio.

Ya se deja entender que la novia vió venir el drama desde que se corrió el telon, y que la luna de miel se convirtió en tiempo de aguas.

Un dia, dia de veranito doméstico, en el que habia indicios de que el horizonte seguiria despejándose, resultó que D. Fernando, que era muy caritativo con los pobres, recogió un huerfanito.

Seguia lloviendo; no hubo tal verano.

Y luego no sabemos que negocio tuvo D. Fernando, que iba y venia, y ó se escondia en su casa ó se escondia en otra parte; el negocio era con un individuo que por mas señas era juez de lo criminal, y por fin dijeron algunos que aquello le habia costado á D. Fernando mucho dinero; y luego, si tal persona habia salido de la poblacion violentamente, y si con dinero baila ó no baila el perro, y si el tal D. Fernando era perdida cosa, y no sabemos cuantos cuentos mas se circulaban entre la gente ociosa, que parece que no tiene mas ocupacion que estar fiscalizando las operaciones de los demas.

Don Fernando era muy buen sugeto; ¡lástima que fuera tan alegron!

El mismo lo confesaba; porque entre sus virtudes tenia esta, que generalmente tienen todos:

Era muy franco.

—Yo no bebo, decia, yo no juego, yo no robo: mi único defecto es que me gustan todas.

¡Dios lo libre á usted, lector, de esos D. Fernando que le cuentan á usted ingenuamente, con franqueza, que su único defecto consiste en ser enamorados!

Estos amorosos varones, que para confesarle á usted ese defecto empiezan por abrogarse bondadosamente muchas virtudes negativas, como no beber, no jugar, no robar, etc.; esos Aquiles solo vulnerables por el talon, empiezan por tener, en el solo defecto que le confiesan á usted, todos los defectos imaginables.

Don Fernando habia aceptado de plano esta calificacion que él mismo no tenia embarazo en aplicarse: *muy enamorado.*

A estos *muy enamorados* no se atreven á llamarlos las gentes por su nombre propio; nadie les dice *pillo* á secas; algunos les dicen con cierta sonrisita maliciosa: *¡maldito!* pero con la misma intencion con que una coqueta le dice á un atrevido *¡pícaro!* otros les llaman *afortunados;* y solo los adoloridos encuentran los epítetos propios, porque entre sus numerosas relaciones tiene muchos conocidos que lo saludan, y que sin embargo tienen su derecho expedito para llamar á D. Fernando *¡infame, prostituido, mal caballero!* y otras cosas no menos graves; pero D. Fernando ha pasado treinta y tantos años de su vida entregado al amor.

Muchos, y entre ellos el autor de este libro, nos hemos preguntado: ¿de qué magnitud serian los placeres

Fernando, cuando los habia comprado con tantos disgustos y á costa de tantas manchas indelebles?

Desde el momento en que D. Fernando habia dicho: *yo soy así*, habia cerrado con esas tres palabras, como con tres candados, la puerta á toda retentiva y á toda sugestion moral.

El hombre gasta el rico tesoro de la razon hasta en esta extravagancia: obrar sin razon.

Al hombre le estorba su conciencia algunas veces, y allí donde ya no encuentra justificacion, ni lógica, interpone el *porque sí*, ó el *yo soy así;* y sigue su camino echándose á la espalda el morral de su conciencia sin cuidarse de lo pesado del fardo.

Don Fernando *era así*.

Por lo demas, era un hombre como todos.

Y como tenia dinero, lo habia podido poner en la puerta de la cárcel y en la puerta de la infamia sin acercarse á esos lugares.

Hasta habia quien creyera que no era tan malo. Otros amigos suyos que comian á su mesa y que lo conocian exclamaban:

—Es mas lo que calumnian á D. Fernando, que lo que es en realidad. Es cierto que ha sido *alegron;* pero nada mas.

Con menos alegrías de las de D. Fernando, se llenan de pobres las cárceles todos los dias.

—Una de las cosas que *le afean* á D. Fernando es esta, decia uno de sus defensores. Figúrense ustedes que

estaba enamorado de una jóven, de cuya virtud no podriamos dar pruebas fehacientes; pero el hecho fué que la chica se tuvo firme y puso este dilema: «*ó casaca ó nones.*» ¿Qué les parece á ustedes que hizo D. Fernando?

—¿Qué hizo? vamos á ver.

—Disfrazó á su cochero de juez del registro civil, tomó una casa para simular una oficina, repartió papeles de escribiente y de testigos á algunos amigos, llevó á la muchacha á firmar el contrato, pagó en su presencia los derechos, sacó el certificado y tuvimos despues un bailecito de lo mejor que se ha visto; por supuesto que las donas fueron como de D. Fernando.

—¿Y despues? preguntó uno.

—Se aclaró todo á los seis meses; D. Fernando resultó casado y hubo un escándalo terrible; le costó mucho dinero pero todo se compuso.

—¡Qué *maldito!* exclamó uno.

Don Fernando *es así*, exclamó otro como encontrando una razon toral.

—*¡Cosas de D. Fernando!* dijo el tercero sin apercibirse de su salida de pié de banco.

A ninguno de aquellos amigos de D. Fernando, le ocurrió que burlar la fé sagrada donde guarda su honra una muger, es una infamia; nadie pensó que es indigno y vergonzoso dar una palabra falsa; nadie objetó que no vale un capricho inmundo lo que vale el porvenir de una muger honrada, que no tiene mas delito que purgar que ser hermosa, ni mas parte en su desgracia que no creer que

un personaje respetado en la sociedad pueda ser un bandido.

Los amigos de D. Fernando eran clementes de la mejor buena fé del mundo.

Pero por D. Fernando se habian derramado muchas lágrimas; por D. Fernando sufrian muchos inocentes.

En la época en que tuvieron lugar estos acontecimientos, ya la muger de D. Fernando estaba tranquila; hacia mucho tiempo que no lloraba: comia bien, dormia bien, no molestaba ya á su marido ni le reñia; al contrario, reia con mucha frecuencia.

Estaba loca.

No se habia podido morir, á pesar de haber contraido una enfermedad del corazon.

Don Fernando pagaba el médico con mucha puntualidad, y cuidaba de no hacerle ni ruido á la loca.

Era un buen sugeto D. Fernando.

A Isolina no le habia sido antipático, y tan luego como D. Fernando cambió de táctica para con ella, empezó á olvidar aquella primera falta.

—Es natural! pensaba Isolina, me creyó una muger de teatro y se permitió..... pero tan luego como me ha conocido, confesando su error, ha cambiado completamente.

Como D. Fernando tenia tanta práctica en amores, decia que solo habia dos clases de asuntos amorosos; á saber: *asuntos de espacio* y *asuntos de prisa*.

Rectificadas sus posiciones, habia conocido que lo de

Isolina era *negocio de espacio*, y que era preciso empezar por Pico.

Pico ya estaba en su poder, ó en poder de doña Atanasia que era lo mismo.

Doña Atanasia habia formado su banco de socorros con la suma de las propinas de D. Fernando, por quien, como ella decia, era capaz *de dar los ojos de la cara.*

CAPITULO XIX.

MILAGROS DEL AMOR.

POR lo visto, Isolina habia entrado al mundo con mal pié, y la razon era esta:

Tenia buena cara.

Si las mugeres al venir al mundo pasaran antes por un almacen en donde se vendiera *experiencia*, y despues por otro donde se vendieran *caras;* habian de titubear mucho para decidirse por una *cara bonita.*

La naturaleza matiza, no tan caprichosamente como suele creerse, estas flores del vergel de la vida que se llaman mugeres; pues tiene el tino de criar *feas* para guar-

dar las últimas gotas del néctar de la virtud, que se va escaseando tanto cada dia.

No hay leyenda humana que no empiece por esto: Una cara bonita.

Despues de ese precedente ya hay cauce para la cascada de los acontecimientos posteriores.

La mayor parte de las desgracias de la muger, vienen de allí; ó de otro modo:

Casi todas las mugeres muy desgraciadas han sido muy bonitas.

Una muger bonita tiene siempre este funesto prestigio.

Nos parece la única, no es cambiable ni sustituible para nosotros, y la perseguimos á muerte.

Don Pepe García el cacique habia pensado así al conocer á Guadalupe, hoy Isolina; Pico habia pensado así al enamorarse de Isolina.

La primera dama habia adivinado algo de lo que pensaban los hombres, y habia aborrecido á Isolina.

Los jóvenes audaces que la camelaron brutalmente la noche de su *debut*, pensaron así tambien.

El jóven que habia persistido, á pesar de su tio y de todo, era de la misma opinion.

Y por último, D. Fernando, á pesar de todos los gustos que se habia dado y de lo gris de sus cabellos, pensaba que no habia visto muger mas encantadora que Isolina.

Isolina, de la misma manera que el que defiende su bolsa con su puñal, se presentaba en el mundo defendiendo su hermosura con su virtud.

Y una trahilla humana la esperaba en plena canícula á la orilla del lodazal de los vicios, sin maldita la aprension de todo lo bueno y sin mas razon que esta:

Isolina era hermosísima.

Por nuestra parte, temerosos de que nuestra insuficiencia en el grave y difícil estudio moral de las costumbres, nos haga incurrir en la monotonía é induzca al benévolo lector á bostezar ante nuestros pobres libros, no insistimos en seguir paso á paso las huellas de nuestros personajes, sino que una vez conocidos moralmente, los exhibimos solo cuando los encontramos en determinados predicamentos que pongan de relieve sus rasgos característicos.

Así, pues, pasaremos en silencio los dias de la convalecencia de Pico, hasta el momento en que vamos á volver á encontrarlo en íntimas pláticas con Isolina.

—¿En qué piensa usted, Pico? le preguntaba una tarde Isolina al convaleciente apuntador.

—En que cada vez que quiero hablar, se me atora una palabra. Decididamente el idioma está plagado de muchas palabras que son un verdadero estorbo.

—¿Y qué palabra es esa?

—¿No se reirá usted de mí, Isolina, si la digo?

—No.

—Pues..... es la palabra *usted*. Yo no he visto dos amantes sobre la escena hablándose de *usted*, si se aman mucho; y yo á la verdad soy de la misma opinion de los autores dramáticos, porque si viera usted, Isolina, qué in-

compatible me parece esta palabra cuando la hablo á usted de mí, cuando pretendo decirla lo que siento!

—¿Es posible? preguntó Isolina cariñosamente.

—Tanto, contestó Pico, que si me permitiera usted suprimir esa palabra, estoy seguro de que yo explicaria mejor lo que quiero decir y creo que solo hasta entonces llegaria usted á comprender lo que la quiero. Vaya otra prueba de que esto es cierto: cuando hablo solo.....

—¿Habla usted solo, Pico? interrumpió Isolina.

—Sí, muchas veces, siempre que puedo.

—¿Y qué habla usted?

—¿Lo digo?

—Sí, Pico, si eso lo consuela á usted.

—Pues bien, cuando hablo solo digo así: yo te amo, Isolina, tú eres mi luz, eres mi vida, eres..... eso es lo que digo.

A Pico le estaba temblando la voz y casi no pudo acabar de hablar; pero haciendo un gran esfuerzo para continuar, solo pudo agregar estas palabras:

—Y eso lo digo, porque lo siento así.

—¿Será posible que no pueda usted amarme solo como á una amiga?

—¡Ay! exclamó Pico, nos hemos desviado de la cuestion, se trataba de que me permitiera usted suprimir el *usted:* esto seria un gran consuelo para mí, y por otra parte nuestra amistad tal vez se prestaria menos á comentarios desfavorables por parte del público, porque podrian creer que somos parientes, mientras que esa palabra en

nuestros labios desde luego suscita esta idea: «*no son marido y muger*,» y empezando por afirmar este, acaban por sospechar de nosotros.

—Tiene usted razon, Pico, nuestra posicion es difícil y no está en nuestra mano evitar que nos censuren; pero usted es mi familia, usted es el único lazo que me une con la sociedad, y le debo á usted tanto, que jamas podré abandonarle ni ser con usted ingrata.

—¡Ah Isolina! cada vez que me dirije usted esas palabras consoladoras, siento que renazco de mis cenizas como un pájaro fabuloso que se llama Fénix, y no solo renazco, sino que cobro nuevo vigor y nuevo espíritu.

—Es usted muy bueno, Pico, y me quiere usted mas de lo que merezco.

—¿Mas? ¡ah! no.... usted merece que se la adore, usted merece un amor, no el de Pico el ex-bruja, el ex-militar y el apuntador de la compañía; usted merece el amor de un grande hombre porque vale usted mucho. ¡Ah! pero no por eso habia de ser ese amor mas grande que el mio. ¿Quiere usted saber cómo es mi amor, Isolina? Quieres.....—¿Suprimo el usted?

—Sí.

—¿Quieres saberlo, Isolina adorada? pues oye. Tú eres una encarnacion hechicera de todo lo que de mas poético y espiritual hay en el mundo..... Yo te diré á mi modo lo que siento, lo que me haces sentir y lo que pienso de de tí constantemente.

Tú existes, Isolina, en muchas cosas de las que mi

dean; por ejemplo, en las flores, y estoy seguro que en el aroma de la madreselva y de los jazmines hay algo de tu alma. Ayer lo estaba sintiendo, ayer lo averigüé. ¿Ves estas flores?

Y Pico señaló unas flores que estaban en un vaso.

—Ayer, continuó, aspiraba con delicia su aroma y en ese aroma estabas tú, estaba tu nombre, estaba tu aliento..... por eso las besé una y mil veces. Sí, Isolina, tú existes para mí en muchas partes, y cuando veo el cielo, cuando alumbran las estrellas, siento como un resto de tus miradas, porque tú tienes en los ojos un no sé qué de estrella que no puedo explicar.

Ayer..... yo no sé por qué he sentido tanto ayer que estabas en todas partes..... Mira..... si yo supiera hacer versos, ya te habria escrito un tomo, especialmente para decirte lo que pensaba ayer.

—¿Qué pensabas? le preguntó Isolina, quien ya tenia su mano enlazada entre las de Pico.

—Se iba oscureciendo despues de haber lucido una de las tardes mas hermosas que he visto; ya te acuerdas, estaba yo en la ventana. A medida que iba acabando la luz, me parecia que tú ibas cerrando los ojos, y cuando fué de noche, aun tuve que contener mi aliento para no despertarte; me pareció que estabas dormida.

Si los reflejos del alma tienen el prestigio de modificar los semblantes, no vacilamos en asegurar que en aquellos momentos Pico estaba hermoso.

La misma Isolina encontró en su rostro no sabe-

mos qué de grande, no sabemos qué de profundamente tierno.

La mirada de Pico se fundió magnéticamente en la de Isolina y los dos la sostuvieron por largo tiempo.

—¿Dónde has aprendido á amar? preguntó Isolina despues de un largo silencio.

—Solo en tus ojos.

—¿Solo en mis ojos?

—Sí..... pues ni en mi cuna, porque mi madre me dejó muy niño. Despues creí amar á una muger, pero era yo militar y la amé á paso de carga, hasta que nos dispersamos. No recogí las municiones, todo se perdió, y despues, despues nada; nadie en mi camino, en el teatro no se puede amar; desde la concha se ve todo desarticulado, todo incoherente: el amor huye de los bastidores, como perro en barrio ageno; allí no hay nada.

—¡Ay! que horrible es el teatro! yo me lo figuraba de otro modo.

—El teatro no es horrible, ni el arte, lo que es horrible son los cómicos.

—Y con todo..... estamos condenados á vivir en esa atmósfera, á comer ese pan.

—Tú no, Isolina, tú no volverás á trabajar, no volverás á pisar las tablas.

—Al contrario, Pico, al contrario. Ya he tomado mi resolucion, y en todos estos dias en que tan largas horas he pasado á tu cabecera velando tu sueño, he tomado m

partido. Escucha, á mi vez voy á decirte lo que he pensado íntimamente.

—Habla, Isolina, tu voz me enagena y tus ideas me regeneran; habla, porque de tus lábios no pueden salir mas que consuelos; ya sabes que te pareces á las flores; ya te lo dije.

—¡Qué bueno eres! Pues bien, en primer lugar he concentrado mis recuerdos, he procurado acordarme de los muchos libros que leí en la casa de mis padres, me he puesto á pensar en el teatro y en tí, y me he dicho:

El destino me ha colocado en esta senda, en la cual está Pico; y yo no debo abandonarlo. La muger está condenada injustamente por la sociedad á ser una entidad consumidora, sin mas títulos que su hermosura y su amor; y al pensar esto he sentido rebelarse mi orgullo, y me he propuesto regenerar mi condicion de muger; yo no quiero ser un fardo inútil, ni un estuche de ilusiones; quiero entrar en el goce de mi individualidad independiente; quiero emanciparme de la odiosa tutela de los hombres, y figurar como una entidad libre; Pico, yo quiero ser artista.

—¡Isolina! exclamó Pico, ¿tú, Isolina?

—Sí.

—¿Tú en las tablas?

—Sí; quiero probar que se puede pisar ese recinto sin doblar la frente; quiero hacerme respetar en las tablas; quiero imponer la ley de mi dignidad y de mi honra á la caterva crapulosa que rodea á las cómicas; quiero probar que el arte es noble, que la carrera es gloriosa, que

la muger que quiere ser honesta y que sabe apreciarse, pasa sobre todas esas miserias, sobre todas esas pasiones inmundas de las tablas y del vestuario; yo probaré todo eso porque siento en mí que puedo probarlo; yo no sé si podré ser actriz; no sé á qué grado de perfeccion podré aspirar; pero sí estoy segura de que sabré conservar mi dignidad sin mancha.

Pico, para quien Isolina iba tomando cada dia proporciones mas gigantescas, escuchó absorto aquel arranque de Isolina, que le pareció sublime.

Isolina habia corroborado en medio de sus muchas secretas meditaciones, el amor, el grande amor de Pico; este por su parte estaba efectivamente regenerándose por el amor, y este amor irradiaba de Isolina como de un foco luminoso.

Entre todos los milagros, los del amor son los mas dignos del estudio del filósofo.

El amor es un regenerador espiritual, capaz de trastornar el mundo; el amor es la perfeccion y es la vida moral.

Solo el que no sabe aprovecharse de ese soplo vivífico es el que lo convierte en llave de placeres vulgares.

Pero si el amor se engendra en seres bien organizados, en quienes exista el gérmen de la ambicion de algo grande; entonces el amor es un agente poderoso que erije figuras colosales que se levantan del lodazal de las pasiones comunes.

Así, pues, Isolina amaba á Pico, habiendo sido la base de este amor la gratitud y la salvacion de la honra.

Pico no era para Isolina el bello ideal ni mucho menos; pero la unía á él un lazo sagrado: la gratitud; tenia pruebas de su adhesion, y existia la union moral apoyada en este cimiento sólido y seguro: el respeto mútuo.

Para el público, para la sociedad, para el vulgo, Isolina y Pico eran la figurante y el apuntador. La una postulante de su propia hermosura en el mercado de los calaveras y de los viejos enfermos del alma.

Y Pico, el apuntador, ó sea un hombrecito *ex-bruja*, ex-militar y dado al diablo de la miseria en cuerpo y alma.

Pero para nosotros, los que conocemos la historia íntima de estos dos personajes, tienen muy distinta mision estas dos almas iluminadas en medio de un peloton de comparsas con un foco de luz *de arriba*, que los destacará á nuestros ojos, como las dos primeras figuras de un cuadro.

Don Fernando, avergonzado de su primera tentativa, sostuvo por amor propio su papel de amigo sincero, y esto era ya un resultado práctico del prestigio de Isolina.

Al rededor de un astro brillante no puede haber nubes negras, sino nubecillas que reciban luz del astro mismo para formarle una orla luminosa.

Don Fernando fué conociendo poco á poco y á pesar suyo, que Isolina era una muger superior y á la que habia que respetar; esto no obstante, D. Fernando no se encontraba capaz de abandonar su empresa, por no sancionar su derrota.

CAPITULO XX.

EL POPULO BÁRBARO.

Las funciones de la compañía drámatica siguieron á pesar de la enfermedad de Pico.

El corrillo de las coristas devoró el suculento platillo de la crónica hasta chuparse los dedos.

Una pelona, la mas relamida y decidora de aquellas beldades de cuarenta abriles, encanijadas y maldicientes, tenia la palabra.

La pelona tenia la lengua mas viperina que se conoce, y era la que llevaba la batuta en todos los escandalosos chismes de bastidores.

—Ya sabrán de la figurante nuestra compañera, la *dichosa* Isolina.

—¿Qué ha sucedido? dijeron las demas brujas, casi en coro y como si aquella frase les hubiera sido dada por el *traspunte*.

—*¡Nada!* qué ha de suceder?

Advertiremos de paso que aquella pelona que hablaba de todo y lo sabia todo, empezaba sus crónicas siempre con esta muletilla:

Nada.

De manera que empezó así:

—Nada ó casi nada, que la tal Isolina ha venido á introducir el desórden mas espantoso en el teatro; en primer lugar con echársela de señora.

Aquí la pelona tosió de una manera particular y cómica.

A la tos de la pelona, siguió una sonrisa del grupo.

He aquí una reputacion derrumbada con una tos.

El saltimbanquis que sostiene en equilibrio en la punta de las narices una espada y un platillo que gira, no tiene mas cuidado ni está mas expuesto á perder el equilibrio, que una muger hermosa obligada á sostener el platillo de su reputacion, puesto en equilibrio hasta sobre sus pestañas.

Dejemos hablar á la pelona.

—Conque como iba diciendo, ya vieron ustedes á la santa, á la que vino á escandalizarse de nosotras.

—¿Conque se escandalizó de nosotras? preguntó una.

—¡Vaya! te veria á tí con Juan, dijo la pelona, y á mí con mi primo que es tan confianzudo y que tantos *falsos* me han levantado ya por él.

Pues bien, como iba diciendo, la escrupulosa ya está arreglada, por eso no vuelve al teatro.

—¿Y con quién, mi alma? preguntó una *prieta*.

—No, nada, con nadie, con el señor D. Fernando.

—¿Con D. Fernando el juez?

—¿Con el viejo?

—Con el viejo.

—¿Con el casado?

—Con el casado.

—¡Ay!..... pero ya se ve, si la pobrecita de su muger está loca.

—¡Conque tan pronto! exclamó una figurante enclavijando las manos.

—De estas que no comen miel, libre Dios nuestros panales, dijo la pelona canturreando.

—¿Y Pico? dijo otra soltando una carcajada.

—Vive á expensas de D. Fernando.

—No, no es cierto, dijo una tercera. Que lo diga doña Atanasia, ella le está pasando los alimentos por *cuanto vos*.

—Sí, pero en último resultado pagará D. Fernando.

—Eso quien lo duda!

—Conque en resumidas cuentas, Pico vendió bien su mercancía en la primera noche?

—Pero qué ¿no será su marido?

—No, ¡qué marido! si le habla de usted!

—¡Ah! entonces era nada mas empresario.

—¡Quién sabe!

—¿Y Alberto? dijo otra soltando este nuevo ingrediente en aquel guisado.

—¡Alberto! ese es un *pico largo*, contestó la pelona; ese está esperando que la fruta se sazone para cortarla.

—Don Fernando se encargará de eso.

—Ya se vé, porque lo que es Alberto no quita el dedo del renglon.

—No hablen de Alberto, que hay aquí quien se ponga colorada.

Efectivamente, una jovencita, la mejor de todas las figurantes, estaba en aquel momento hecha una escarlata.

—¿Qué tal, no lo dije?

—¡Ah! exclamó una de las figurantes encogiéndose de hombros, mientras mas se vive mas se vé; yo no creia que Rosa.....

Una risa general circuló en el grupo, y la figurante que se habia puesto colorada exclamó:

—Es que si yo me pongo colorada, no es por lo que ustedes creen, sino porque tengo mis razones.

—¡Ya se vé!

—Quiero decir, no es porque yo haya tenido amistad ni nada con Alberto, sino porque me indigna que hablen mal de una.

—¿Oiga? pues usted, mi vida, no es por cierto de las que tenga pepita en la lengua, que para comerse al pró-

jimo se pinta usted sola; dijo la pelona haciendo una rabieta y acentuando mucho sus palabtas.

—Bueno, pero si critico, no es de cosas de honra.

—Rosa es una santa, insistió la pelona.

—Seré lo que usted quiera, pero no levanto falsos.

—Sobre que digo que usted es una santa.....

—Vamos, vamos, que se acabe el pleito, que aquí viene doña Atanasia que nos podrá sacar de dudas.

—Buenos dias, doña Atanasia, ya el director preguntó por usted.

—Dame una silla, que me vengo ahogando.

—¿Cómo se siente Pico? preguntó la pelona.

—Con los favores de Dios, vamos pasándola.

—¿Y su amiga de usted Isolina?

—Está bien.

—¿Y D. Fernando?

—Vamos, niñas, que esas son cosas delicadas.

—¡Adios! ¿qué tiene de particular preguntar por la salud de las gentes?

—¡Hum! murmuró doña Atanasia, ya te veo venir, pelona; eres la piel de Judas.

—Cuéntenos usted, doña Atanasia, ¿es cierto que Isolina quiere ser artista?

—¿Quién ha dicho eso?

—Dicen que le van á dar papel.

—¿Quién? ¿En dónde? ¡Muchachas de mis pecados! Son ustedes lo mas mordaz que yo conozco.

—Todos lo dicen, porque segun aseguran, D. Fernan-

do es el que le ha dicho á Isolina que tiene dotes, y quien le ha inspirado la idea de ponerse á estudiar.

—Pues saben ustedes mas que yo.

—Es que usted no quiere decirlo, porque la salida de Isolina va á ser una sorpresa.

—No, muchachas, no sé nada positivamente; yo lo único que he visto es que la jóven lee del dia á la noche.

—¿Y qué lee?

—No lo sé; pero son libros que le ha llevado D. Fernando.

—¿No lo dijimos? ciertos son los toros; ¡es eso, es eso, doña Atanasia! está estudiando para actriz; ¿y qué dice usted, podrá?

—¡Quién sabe, puede ser! ustedes mismas juzgarán por los años que llevan de teatro.

—¡Ay! lo que es por mi parte, le diré á usted, dijo la pelona, no he hecho mas que algunos papelitos, y despues de haberlos estudiado mucho ni siquiera me han aplaudido; ello es cierto que no han sido papeles de desempeño ni de efecto, pero en fin, cuando uno lo hace á conciencia, el público debe aplaudir.

—Lo que es eso, contestó la vieja, bueno fuera que el público hiciera siempre justicia; ¡bonito el público para meterse en eso! no, hijas, si el público es lo mas incomprensible que yo conozco.

—¡Pero como Isolina es bonita! Es seguro que la aplaudirá, porque eso sí, las bonitas siempre caen en gracia,

aun cuando lo hagan detestablemente como muchas que conozco.

—¿Y usted ha visto representar á Pico, doña Atanasia? preguntó la pelona; yo creo que en ciertos papeles ha de estar bien.

—Sí que lo he visto; y oigan ustedes, con una buena direccion mi compadre adelantaria mucho, tiene algunas cosas buenas.

—¿Y cuál es su cuerda?

—Mi compadre hace al bajo cómico, y tiene sus papelitos que le salen perfectamente; como por ejemplo: el jardinero de los "Infieles;" en ese papelito está el pobre de mi compadre para comérselo.

—¡Ah! pues si ya sabe algo fácil será que Isolina haga su presentacion.

Isolina, por espacio de muchos dias, dió materia abundante y pábulo á la crónica de bastidores.

Aquella legion de hembras apergaminadas, que habian perdido, de buenos años atras, á girones, su lozanía en los accidentes del foro; aquellas mariposas nocturnas, en cuya epidérmis resinosa se cortaba el albayalde y se escurria el colorete, estaban nutridas con la hiel del bufon y con la ponzoña de la fea.

Esa importante trasformacion que se opera en la muger cuando toma estado; esa segunda educacion que depende casi siempre del marido, en las figurantes se habia operado tambien; pero entre consuetas y traspuntes, entre galancetes y barbas, entre comediantas y teloneros.

Las figurantes, sin las dotes para llegar á la perfeccion del arte, habian tenido tiempo para dedicarse á la perfeccion de la chismografía.

No hay nada mas incisivo que la envidia aclimatada en el corazon de una muger fea. Y las figurantes, que nunca habian podido figurar en las regiones de la hermosura ni del talento, habian estado condenadas, casi toda su vida, á estar contemplando superioridades.

De aquí nacia su animadversion sistemática y su predisposicion continua contra todo lo que se elevara sobre sus cabezas.

El ingreso de una dama á la compañía, tenia irremisiblemente por precio, el abandonar su reputacion al coro: el coro se encargaba, espontáneamente, de desmenuzar la historia íntima del nuevo personaje, de averiguar todas las poridades ocultas, de profundizar los mas intrincados misterios y de esclarecer las mas ligeras dudas.

La familia de Jano vive sin reserva entre los Argos del elenco; no hay intimidad del hogar que no se deje traslucir; la familia del actor no tiene eso que se llama *el sagrado de la familia*, porque las confidencias conyugales, las pláticas secretas, los menores detalles de su vida doméstica son espiadas por la figurante, son adivinadas por la celosa chata, por la astuta pelona, por la lenguaraz Pepa, por la ordinaria Lola, ó por las dos viejas magras que llevan la batuta del escándalo.

Todo se sabe: y las paredes, los esconces, las previstas, los bastidores, los forillos y todo el brin pintado, que para

el espectador es unas veces los muros de Zaragoza, las macizas bóvedas de una cripta ó la inmensidad del mar, para los actores son crespones trasparentes, al traves de los cuales no pueden ocultar lo que les pasa.

Isolina y Pico, D. Fernando y Alberto, habian pisado aquel *palacio de la verdad*, y tributarios de aquella ley formidable de la averiguacion, de la sumaria, del escalpelo, ya no podian tener secretos para nadie.

Pico presentia algo de esto y se entristecia. En cuanto á Isolina, creia que sus confidencias comunicadas en el silencio del hogar, eran ese depósito sagrado que se confia á la discrecion, y que no puede ser mancillado por la maledicencia ni por los indiferentes.

Don Fernando era capaz de medir el tamaño del escándalo; pero D. Fernando *era así;* hombre de firmes resoluciones en materia de amor, tenia la perseverancia del tonto, ó mas bien esa persistencia del cuadrúpedo en el amor, puesta en el macho por la sábia naturaleza como garantía segura para la perpetuidad de las razas.

Don Fernando era todo pasiones, y le bastaba la eleccion para criar el deseo, y el deseo era en D. Fernando su fuerza motriz.

El cuerpo de figurantes y algunas figurantes sin cuerpo, podian atestiguar que D. Fernando era hombre de empresa; la historia de los amores de D. Fernando mereceria libro aparte, si ese libro quedara legible; la fortuna le bia ayudado, y sus propiedades seguian de lejos la dencia de las víctimas de amor.

Cuando D. Fernando hablaba solo, que era con frecuencia, á no hacerlo tan por lo bajo, se le oiria pronunciar frases por este estilo:

Al acariciar á un niño:—*¡Debia decirme papá!*

Al saludar á una señora grande:—*¡Parece increible!*

Al presenciar un casamiento:—*¡Pobre novio!*

Al consolar á un marido:—*¡Si supieras!*

Al hacer un obsequio á una jóven:—*Dádivas quebrantan peñas.*

Al ir á misa:—*Allí están.*

Al salir de misa:—*No trae mi libro.*

Casi para cada acto de la vida, tenia D. Fernando *un aparte.*

Don Fernando aparecia todavía para algunos, como hombre caritativo y benéfico.

Habia mas de seis familias con estanquillo ó con sedería, establecidas por D. Fernando. En el estanquillo ó en la sedería habia una señora grande, alguna tia, una jóven un poco pálida y un niño ó dos, huerfanitos los pobres, recogidos por aquellas buenas señoras: la mamá y la tia.

Petra, la criada aquella de la casa de D. Fernando, ya arrastra cola, ya tiene puff y castaña, merced á las munificencias de su amo.

A D. Fernando, en fin, le bastaba emprender algo para *salirse con la suya;* y ¡oh desgracia! se habia fijado en Isolina.

Era su principal enemigo.

Alberto era otra cosa.

Alberto se calificaba á sí mismo, con el epíteto de *jóven audaz.*

Alberto era muy elegante, era un *buen mozo* y como era rico, tenia todo ese aire de suficiencia que á los veinticinco años constituye el *schic* de la juventud actual.

Alberto hablaba con desparpajo y espetaba una barbaridad con el aplomo de un orador en un grupo de gente circunspecta.

Alberto iba á todas partes, comia en todas las fondas, tenia cuarto en hotel y ademas una casita por un suburbio de la ciudad; casita amueblada y sola, cuidada por una especie de *parca* ó Madre Celestina, que habia sido *nana* de Alberto.

¿Para qué queria Alberto aquella casita?

Nadie lo sabia: eran cosas de Alberto.

La primera cualidad que Alberto tenia, segun él mismo, era esta: ser muy franco.

Era tan franco, que confesaba sin rubor todos sus vicios.

—Oye, le decia en el café á un amigo suyo: ya sabes que soy muy calavera, he gastado en dos meses mas de tres mil pesos, pero eso sí, chico, ¡qué buenos gustos me he dado! me *he pegado* mas de diez *monas* como una tranca; pero ya me estoy curando, mi médico me ha mandado unas píldoras, ¡mira!

Y sacó una gran caja de cápsulas.

—¡Cáspita! ¡caspitina! ¡que píldoras tan grandes! le dijo su alelado compañero.

—Pero son magníficas.

—¿Y ahora á quien te dirijes?

—A la figurante, chico, á la figurante de la otra noche; ¡qué dices qué muger tan linda!

—Yo no la ví, pero todos me han dicho.....

—Figúrate que mi tio ya la emprendió.

—¿Don Fernando?

—Don Fernando.

—¿Y qué.....

—Que no le hace caso.

—¿Y á tí?

—Mira, la cosa es difícil, pero ya tengo puestas mis redes. ¿Serás hombre de ayudarme?

—¿A qué?

—A que si no cae por bien.....

—¿Un rapto?

—Sí, hombre, me gustan los raptos; siempre que me he robado una muchacha, me he sentido bien; figúrate nuestros caballos ensillados abajo del puente: dos criados armados hasta los dientes, yo con mi *plaid* de las aventuras, mi *revólver* y mi puñal, una vieja alerta, una vennanilla medio abierta, la noche oscura, algunos relámpagos, yo en atalaya, tú en la esquina, dos amigos mas allá, da la hora ¡zas! golpe de audacia, obró el narcótico, avisa la vieja, entro como Herman, como Don Juan Tenorio y cargo con la prenda: ya sabes que tengo canilla.

—Por supuesto, interrumpió el amigo de Alberto que ya se habia entusiasmado con el *tableau;* por supuesto que antes se ha figurado un pleito para quitar al guarda de la esquina.

—Por supuesto, ó se le ha cohechado.

—Y luego atraviesas las calles con tu preciosa carga y ¡cataplum! ¡á caballo!

—¡Figúrate, chico! y tú vigilando y los amigos avisados todos y listos y luego.....

—¡Hombre! ¡magnífico! ¿sabes que está eso bueno?

—¡Mozo! gritó Arturo, una botella de Champagne. ¡Magnífico! ¡magnífico!

—Pero hombre, no seas bárbaro, si estás enfermo.....

—No le hace, pero me he entusiasmado con Isolina. Bebamos á su salud.

—Bebamos ¡qué diablo! y cuenta conmigo.

Ese dia logró Alberto, el jóven audaz, *pegarse la mona* undécima.

CAPITULO XXI.

LOS PSEUDO-ARTISTAS.

EL señor D. Fernando seguia siendo *cosa muy buena*, segun Pico.

Se habia establecido esa amistad tranquila al parecer y que solo se vé entre los seres racionales, porque las fieras no se engañan, ni son capaces de felonía ni de diplomacia.

Don Fernando acechaba su presa, con todo el aplomo de sus años y de sus profundos conocimientos en el arte de seducir.

Se hacia mas amable cada dia, mas franco, mas cordial, mas buen chico.

Casi lo iba queriendo Isolina, y Pico lo queria ya.

Efectivamente, le habia llevado á Isolina libros. Estos eran, un Arte poética, una Historia del teatro, un Arte de declamacion, Elementos de ideología, algunas tragedias y algunos tomos de la coleccion de Rivadeneira.

Pico é Isolina leian juntos aquellos libros, con esa fé, con esa dedicacion de que son capaces dos personas que se aman y que, identificándose, van hácia un mismo rumbo.

Generalmente era Isolina quien leia en voz alta.

Isolina, sin saberlo, tenia puesta ya la planta en la region del arte dramático. Isolina podia ser actriz, porque Isolina era artista.

Estaba sobre el pedestal de las grandes celebridades.

Este pedestal tiene dos grandes piedras fundamentales:

Saber leer.

Tener la intuicion de lo bello.

Isolina sabia leer.

Isolina comprendia la estética.

Isolina podia ser actriz, lo era ya sin saberlo.

Un dia, leyendo una tragedia, fué dando poco á poco á su voz la elevacion propia del proscenio; fué levantándose de su asiento, movida por los resortes secretos de la pasion; Isolina se habia identificado con el personaje cuyas palabras estaba diciendo, y el sentimiento coronando el pedestal de sus dotes, pudo elevar la figura de Isolina á la altura del arte.

Estaban presentes Pico, D. Fernando y doña Atanasia.

Isolina se habia puesto en pié y recitaba un monólogo que habia leido varias veces; de pronto dejó el libro, que Pico tomó maquinalmente para *apuntar*, é Isolina avanzó algunos pasos y radiante con la luz de una verdadera inspiracion, se puso en carácter y accionó con naturalidad y con desenvoltura; su acento era persuasivo, las inflexiones de su voz, adecuadas; sus aspiraciones oportunas; su gesto, como emanado del verdadero sentimiento, era adecuado, natural y en perfecta consonancia con el relato; sus actitudes eran artísticas: en una palabra, Isolina estaba irreprochable.

Pico y D. Fernando estaban pendientes de sus lábios; habian comenzado por oirla con agrado, pero poco á poco fueron arrobándose. Se sentian arrebatados á su pesar, en el torrente de la inspiracion de Isolina, y el pasmo y la admiracion los dominó completamente.

Cuando acabó Isolina, hubo un momento cortísimo de silencio, pero fué preciso para entrar de nuevo á la realidad, porque aquellos dos espectadores estaban con la imaginacion muy léjos de aquel lugar.

En seguida, Pico, D. Fernando y doña Atanasia aplaudieron frenéticamente; é Isolina se dejó caer en su asiento.

—¡Esto es un milagro! decia Pico.

—¡Maravilloso! exclamó D. Fernando, casi sintiendo encontrar tanto espíritu en aquella carne.

—¡Muy bien! dijo á su pesar doña Atanasia, creyendo firmemente que Isolina lo habia hecho muy mal.

—¡No he visto cosa igual! repetia D. Fernando.

—¡Es muy difícil eso del teatro! dijo doña Atanasia, deseando llevar las ideas al terreno de los defectos y de las correcciones; vea usted, mi alma, ya que estamos en familia y supuesto que eso que acaba usted de hacer no es mas que una prueba, debo aconsejarle á usted, porque de algo me han de servir mis muchos años de pisar las tablas.

Las miradas se fijaron en doña Atanasia.

—¿Usted no sabe, mi vida, que los versós se cantan? pues se cantan. No es lo mismo prosa que verso; cantadito, mi alma, mas cantadito.

—Pues á mí me parece, dijo Pico indignado, que ni usted, ni yo, ni nadie, puede decir mejor los versos que como acaba de decirlos Isolina.

—¿Yo? contestó la vieja; lo que es yo con razon; con esta asma y estos años; ya sé vé; pero eso no quiere decir que los versos hayan estado bien dichos.

—Conforme están escritos.

—¡En eso está el mal! Creen algunos que los versos se deben decir como están escritos. ¿Y la cadencia? ¿y el cantito?

—¡Qué cantitò, ni qué caracoles! dijo Pico. ¡Isolina ha estado sublime!

—Quien feo ama, hermoso le parece. Usted qué ha de decir; pero yo que soy imparcial, y sobre todo vieja en las tablas, le digo que eso está malo; y que como mas sabe el diablo por viejo que por diablo, por razon natural

he de saber yo mas que esta niña, que por primera vez se pone á recitar.

Las artes, á no ser unas señoras tan circunspectas y tan griegas y tan severas, tendrian mas de un motivo para hacer cada cólera del tamaño del mundo.

Hay una familia numerosísima de pseudo-artistas, que es de lo mas detestablemente divertido que se conoce.

Los aficionados.

He aquí los seres mas felices de la creacion. Para los aficionados, esa barrera, esos Pirineos, esos Andes, esa Sierra Madre que se llama dificultad, no existe.

Y como no hay aficionado que no se erija en su propio juez y en su propio apologista, resulta que no hay obras mas bien recibidas que las de los aficionados, por lo menos entre ellos mismos.

En el *mare magnum* de las inteligencias humanas, hay, en porcion considerable, inteligencias que se quedan á cien leguas de la verdad, y por consiguiente de lo bello.

Esas inteligencias tienen su mundo, y en su mundo sus artes.

En este mundo, el de los aficionados, se comienza todo por el fin, y no se llega nunca ni á conocer el principio de las cosas.

Da un quidam en que es actor, y con el mas incalificable desparpajo se le pone á usted delante insultando al sentido comun, y cuando acaba se restrega las manos todavía mas satisfecho que Valero, todavía mas contento de sí mismo que Talma; y Dios lo libre á usted, lector, de

no creerlo bajo su palabra; cuídese usted de ser frio y reservado con el aficionado furibundo, porque se concitará usted uno de los odios mas rastreros é implacables que se conocen.

Da un bárbaro en que es pintor, y sin maldita la aprension de las mas rudimentales reglas del dibujo, ni de geometría, ni de perspectiva, ni de óptica, ni de sentido comun, le pintarrajea á usted un santo, cuyo martirio, (si fué mártir,) es tortas y pan pintado comparado con el horror de verse reproducido por un aficionado.

Todos los aficionados le entregan á usted, lector, un boleto para la exposicion de sus obras; este boleto tiene estas palabras:

Lo hago de aficion.

Despues de lo cual la lógica de la educacion le obliga á usted á prodigarle al autor, infaliblemente, cuando menos este encomio:

—¡Ah! pues para *ser de aficion*, es mucho.

Piropo que el aficionado ha recibido cien mil veces, y que lo ha dejado mas ancho que un *guajolote*.

Si el aficionado sabe que es usted pintor, ó por lo menos persona de gusto, le agrega á su boleto de «*lo hago de aficion*» todo esto:

—Yo no sé dibujo, ni nada; nunca he tenido maestro, ni mucho menos, ni he visto cuadros, no señor, ni sé como se hacen..... y no obstante, vea usted, he pintado este santo..... y creo que para ser de pura aficion..... en fin..... tendrá defectos; pero como yo no sé dibujo.....

Entre los aficionados figuran los curiosos de manos; esta familia de almas de Dios, es numerosa, pero va en decadencia, se minora, lo cual es ya una esperanza.

A esta familia pertenecen los fabricantes de juguetes del portal de Mercaderes; juguetes con cuyos primeros ejemplares, idénticos á los últimos, jugaron nuestros tatarabuelos.

A la misma familia pertenecen los que hacen figuras de jabon en Puebla, y de barro en Guadalajara.

Todos estos dichosos mortales lo hacen todo de aficion y le confiesan á usted ingenuamente que tampoco saben dibujo, ni nada de eso; que no han estudiado ni cosa que lo valga; pero modestamente se consideran á sí mismos como unas verdaderas notabilidades; prerogativa que estamos muy lejos de envidiarles, por mas que los mantenga arrullados eternamente en el quinto cielo de las ilusiones tontas.

La música tiene sus aficionados, que se llaman á sí mismos *líricos* con el mayor aplomo.

Entre estas notabilidades, hay hembras que cantan arias de bajo, y bajos que cantan arias de tiple.

La poesía tiene tambien su cohorte de esos que le dicen á usted que no saben prosodia, y que no tienen estudios; confesion inútil por demasiado manifiesta.

Estos aficionados son los mantenedores del *acróstico* y de otros primores no menos ingeniosos.

Cuando un aficionado de este género da en ser actor

de teatro casero, la buena de Talía, á pesar de su circunspeccion, se pone de muelas torcidas.

Isolina estaba rodeada de entidades del género de los aficionados, con circunstancias agravantes, entre otras la de pertenecer a lteatro; de manera que frente á frente de la envidia y de la ignorancia, Isolina iba á emprender un nuevo género de lucha, no menos azarosa y amarga que la que sostenia contra los jóvenes audaces, y contra los viejos que «*son así.*»

Ya entre las viejas coristas, en la familia de las salamandras del foro, á Isolina no se le conocia con otro nombre que con el de la *ex-figurante*, pues despues de que hubo aparecido, la crónica no la abandonaba un momento.

Algunas dificultades suscitadas en el seno de la compañía dramática que trabajaba en Toluca, determinaron la suspension de las funciones.

Ya hemos dicho que un actor que no puede levantar el telon es el ser mas desgraciado que se conoce, y en esta situacion es cuando los actores hacen el papel mas difícil de todas las temporadas,

Hacer el rey ó el carretero, el héroe ó el verdugo, es cuestion que los actores resuelven magistralmente porque están en su negocio, y sobre todo, porque carretero, rey ó héroe raquítico, tienen levantado el telon y á la lumbre el puchero; pero cuando el telon cae á plomo por una de tantas vicisitudes de ese pequeño mundo de trapos pintados, entonces el actor empieza á representar consigo mismo la comedia íntima de las combinaciones.

En esta situacion es en la que los actores se presentan bajo los mas odiosos caracteres; todas las pasiones, todas las rencillas, todas las poridades, todo lo que hay de mas díscolo se mezcla en la disolucion previa á cualquiera formacion de compañía.

Al formar un elenco, no hay segundas damas ni para un remedio; todas son primeras, absolutas; todas son notabilidades de primera fuerza; no hay categoría posible; no hay gradacion que satisfaga ni que concilie los ánimos; no hay conformidad posible ante una coleccion de Ristoris contrahechas y S. G. D. G.

El formador despliega una elocuencia ciceroniana en la autopsia de los talentos de las notabilidades artísticas que tiene delante.

Las notabilidades tienen á su vez por delante, solo montones de oro y montones de laurel; un mundo de pretensiones y otro mundo de amor propio, y en minoría solo el mérito verdadero.

Tampoco hay segundos galanes, ni segundos barbas; el que tiene veinte años de pisar las tablas es, no el Matusalen, sino el Talma del arte: el que ha hecho el Campanero de San Pablo, ó Luis Onceno, ya no quiere papeles de criado ni de notario; el que ha dirijido alguna vez, no quiere que lo dirija nadie.

Otro exije que se le den determinados papeles, alegando que son de su cuerda; aquel rehusa préviamente los que no le han de dar jamas.

La dama mas descocada y escandalosa, pone por condicion no enseñar las piernas en ningun caso, *pro pudor*.

Otra protesta contra el calzadillo porque hace muy feo el pié, y porque ella, siempre que se ha tratado de la primera época del cristianismo, ha sacado botines de raso blanco con tacon de plata.

Las que han de salir de criadas no han de prescindir de su peinado de rizos, cojines, castañas, postizos y lazos que usan todos los dias.

Otra no ha de hacer papeles de hombre por nada de esta vida, so pretexto de que como es tan gorda.....

Aquella se empeña en que no ha de ensayar á las diez porque se levanta tarde, y exclama:

—De noche, todo lo que ustedes quieran, pero á las diez de la mañana.... ¡Dios nos asista! ¿á donde íbamos á parar los actores, si á las diez ya estuviéramos pegados al yunque como cualquier cerrajero? no, señor director, usted debe transijir con las exigencias del refinamiento de la *vida parisien*. ¡A las diez! no, amigo mio, á las diez mi tocador está en veremos.

—¡Pero señora!

—Nada, nada, si he de ensayar á las diez, no trabajo; prefiero irme á la Habana en donde me ruegan, vea usted las cartas. Allí se considera á las artistas, allí se trata á las señoras no como peon de albañil, sino como merecen por la delicadeza de su sexo.

—Pues sea, señora, ya veremos como se zanja esa dificultad; no ensayará usted á las diez.

—Es que si la señora no viene á las diez, yo tampoco, que yo soy sola y nada mas tengo una niña y eso no mia, sino huérfana; pero yo soy su madrina y tengo obligaciones, estoy dedicada á su educacion, y aunque una sea del teatro, la educacion de los niños es muy sagrada y es necesario no desentenderse uno de sus obligaciones, que en habiendo método todo se puede hacer.

—¿Qué dice usted, D. Julian? pregunta el director al barba, que ha permanecido callado, envuelto en una capa parda, retraido como un oso y recargado contra un esconce.

—Yo, señor director, prorumpe el barba con una voz de bajo profundo que hace temblar las bambalinas y sonar sola una cuerda del violoncelo que está en una silla: yo, señor director, soy perro viejo y lo que son los ensayos á las diez, no los paso, no porque me parezca mala la hora (porque yo madrugo) sino porque nadie viene.

—Para eso son las multas.

—Si hay multas no trabajo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni nadie.

—¡Rayos y truenos! exclama el formador; ¿pero señores, por el amor de Dios, qué sedicion es esta? ¿entonces cómo vamos á entendernos? yo acostumbro pegarme al trabajo con asiduidad y con constancia; de otra manera no se adelanta, lo demas es perder el tiempo y la reputacion; el arte dramático, como ustedes saben, es extraordinaria-

mente difícil y se necesita constancia, estudio y dedicacion; y si no ensayamos, y si por otra parte hemos de poner tres piezas por semana, no cabe en lo posible organizar ningun trabajo, ni ganar nada en perfeccion ni en propiedad escénica.

Yo acostumbro trabajar, señores; yo soy actor viejo y es notorio que como director..... ahí está este jóven, ya lo tienen ustedes hecho un galan, ya hizo el Yorick y cuando vino á mi lado no sabia ni hablar; ahí tienen ustedes á Náucea, ya se presenta y el público no se rie de él: hace los gallegos perfectamente.

—Todo eso está muy bueno, pero no habrá ensayos á las diez, por mayoría absoluta de votos, dijo una jóven.

—¡Gané! dijo la primera dama á su amante no actor, que le estaba apretando la mano y la rodilla izquierdas, con la mano y la rodilla derechas.

—¡Ganamos! dijeron varias voces.

—¡Ganaron! dijo el barba haciendo el efecto del cañonazo de leva.

CAPÍTULO XXII.

LA NUEVA ARTISTA.

ANTES de que la compañía dramática hubiera podido resolver el millon de dificultades que surgian de todos y cada uno de sus miembros; antes de que hubieran podido firmarse las contratas, se recibió la estupenda noticia de que arribarian á aquella ciudad, el Sr. D. Gervasio Miguel Romero del Campo y su señora doña María del Cármen Zubiría.

Como un chorro de agua fria vertido en un caldero de aceite hirviendo, la compañía entró en ebullicion; una pa-

tada en un hormiguero no produce mas alarma entre las hormigas, que aquel noticion en la compañía dramática.

Nada valian las palabras empeñadas ante tamaña emergencia.

Unos creian que D. Gervasio no tendria teatro; otros que ya contaba con él; quién pretendia trabajar con D. Gervasio, por ser artista nacional; quien le denigraba, quién decia que era insoportable, otros fátuo, otros gran artista, aquellos un caballero, otros un caribe; las damas decian que no se podia tolerar á Carmelita; aquellas, que si era ó no era la mujer legítima de D. Gervasio; unas que era escandalosa, las otras que recatada y honesta; unas que medianía, otras que notabilidad; quién la llama perla y quién la apellida harpía; quién la desea y quién la huye; y el director, entretanto, como un general en la derrota en el centro del *totum revolutum* y de la desmoralizacion de las masas, se tiraba de los pelos y pateaba viendo desvanecerse sus ilusiones de temporada cómica que no tenia mas objeto que el de ponerse las botas.

Por fin, huyó la dama, y el director se quedó sin brazo derecho. Se hacian remolonas las partes de por medio, y en la mayor de las tribulaciones, con el teatro contratado y contratada la música y hechos los gastos, la dama huyó y el director sacó órden de arraigo, y no alcanzaron á la dama, y la funcion se suspendió, y el público comenzó á silbar anticipadamente.

Pico, convaleciente aún, observaba desde su ventana el huracan de bastidores y oia rugir la tempestad cómico—

artista, cuando vió venir al director con el chaleco desabrochado y el sombrero en la coronilla de la cabeza.

—¡Pico! gritó desde la calle, ¡estimable Pico! y subió la escalera á zancadas largas.

Impuso á Pico de su tribulacion llorando sobre su campo, derrotado y mohino.

Isolina se dejaba ver apenas al traves de la cortina trasparente de una vidriera.

El director veia á la ex-figurante con el rabo del ojo, afanada en un quehacer de manos.

Pico se estaba preparando para dar un golpe maestro.

—¡Ah! exclamaba el director, daria un ojo por una dama!

—¿Pues la Julia? dijo Pico.

—¡Puff!

—¿Pues la Perez?

—¡Escoria!

—¿Y la chata?

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡La chata! ¿la chata? ¡quia!

—¿Y digo..... á sueldo?

—Por cualquier sueldo.

—¿Y condiciones?

—Paso por todas; me salva una dama.

—¿Por un abono?

—Por un abono.

—¿De seis?

—De seis.

—¿Seria cosa de dar media talega?

—¡Hombre!.....

—Yo lo digo, porque.....

—¿Tiene usted dama?

—No, sino que.... por media talega.....

—¿Que valga la pena?

—A prueba.

—¿Llenará?

—Arrebatará.

—¡Hombre! Pico. ¡Salvador!

—Pero con escritura y á prueba.

—Redactémosla.

—Redactémosla.

Pico dictó en seguida las condiciones del contrato.

—¿El nombre? preguntó el director.

—En blanco.

—¿En blanco?

—Sí, lo llenaremos despues de la prueba.

—Está bien, adelante.

—Escriba usted, dijo Pico.—La dama recibirá adelantados mil pesos.

—No, no es eso lo pactado, dijo el director levantando la pluma.

—Ya sé que son quinientos, pero sabe usted que los actores celebramos dos contratos, uno público y otro privado.

—¡Ah! exclamó el director; esa dama tiene la pretension de hacer creer que ha recibido mil pesos por seis funciones?

—Exactamente.

—Está convenido.

El contrato se cerró con las fórmulas y frases de estampilla, y lo firmaron el director por su parte y Pico como apoderado de la dama.

—¿Cuando es la prueba? preguntó el director.

—Ahora mismo, escuche usted.

Isolina, desde la pieza inmediata, se puso á recitar un *parlamento* de uno de los dramas mas conocidos entónces.

El director levantó la cabeza y fijó el oido; Pico no le perdia movimiento ni gesto al director.

Isolina agregaba á las dotes personales de que ya hemos hablado, la de tener un timbre de voz extraordinariamente simpático.

Bastaba á cualquiera persona medianamente inteligente oir la manera con que Isolina recitó aquellos versos, para persuadirse de que no se trataba de una aficionada, ni mucho menos de persona que por primera vez arrostrara las grandes dificultades de la alta lectura.

Cuando Isolina guardó silencio, el director exclamó:

—¡Es una artista! ¿Pero en donde he oido ya esa voz? ¿qué actriz es esta?

—La prueba puede continuar, dijo Pico.

—¡A ojos cerrados! exclamó el director; no hay necesidad de mas pruebas; se trata de una actriz; llenemos el nombre en el contrato.

—Escriba usted.

El director se sentó y tomó la pluma.

—¿Qué nombre? preguntó.

—Isolina Paz.

—¿Isolina la ex-figurante?

—Sí.

Apareció en este momento Isolina. El director se puso en pié, en la misma actitud y con el mismo gesto con que hubiera saludado á Salvadora Cairon, ó á Teodora Lamadrid.

El director era otro hombre delante de Isolina, y aun se atrevió, cortándose mas de lo que el caso requeria, á dirijir á Isolina el siguiente *speech:*

—Señora,—Perdóneme usted si antes no habia ofrecido á usted mis respetos; pero á la verdad estaba todavía encubierto para mí el misterio que la envolvia, y me congratulo de tender una mano amiga á la artista que ciñe..... que ciñe el laurel de la..... el laurel de sus triunfos. Mi compañía acaba de recibir un elemento de vida, que sobre honrarla tan brillante adquisicion, tendrá el gusto de presentar al público una nueva joya del arte.

Isolina oyó el speech con natural modestia, y saludó sin ostentacion al director, quien se retiró despues de haber arreglado los preliminares de la funcion que iba á anunciar.

Al saber doña Atanasia lo que pasaba, exclamó:

—¡Ave María Purísima! ¿Se van á decidir ustedes á semejante calaverada? ¡Mucho cuidado con un fiasco! vea usted, hija mia, que una cosa es recitar versos en la sala, y otra es presentarse ante un público que..... ya verá us-

ted, ya verá usted que clase de monstruo de mil cabezas es ese que se llama público; aquí estoy yo que soy una de sus víctimas, y luego para lo que el oficio deja, hoy se trabaja y mañana no; hoy se come y mañana se ayuna.

—Doña Atanasia, interrumpió Isolina, tendrá usted la bondad de presentar su cuenta?

—¡Mi cuenta! ¿Quién piensa en cuentas? yo llevo mi apunte en regla.

Pico estaba perplejo.

A la sazon llegó el empresario que volvia á cumplir su palabra, trayendo una órden de quinientos pesos para Isolina.

Doña Atanasia abrió los ojos hasta donde le fué posible, y empezó á convencerse de que Isolina debia ser una verdadera artista supuesto que entraba á la compañía con tan buen pié.

Un nuevo cumplimiento del director á Isolina, dicho con cierto acento de cortesano, acabó de determinar el pasmo de la vieja.

Cuando el director se retiró, despues de haber arreglado algunas pequeñeces con Isolina, doña Atanasia creyó conveniente tomar tambien la palabra para felicitar á la artista.

—Pues mucho me alegro, hija mia, de los adelantos de usted, porque en fin, el talento Dios lo da; y supuesto que el director, á quien conozco como á mis manos, paga tan bien, no cabe duda en que usted deberá ser una verdadera artista. Si eso á legua se conoce; bien decia yo lapri-

mera noche: "esta es una actriz," en el modo de pararse en las tablas se le conoce; nada mas que tanto usted como el pícaro de mi compadre Pico, han tenido nó se que idea en ocultarnos á todos que usted era una grande artista; pero la felicito á usted y de nuevo le ofrezco mis servicios; yo tengo esperiencia y puedo encargarme de todo lo que usted.....

—Gracias, señora, dijo Isolina.

El pobre de Pico fluctuaba entre la alegría y la tristesa; Isolina, cuya superioridad solo él habia comprendido, ante su vista acababa de elevarse mas y mas, ya no solo en la carrera drámatica, sino porque iba á proveer á las necesidades de todos, solo con un arranque de inspiracion y de talento.

Pico pensaba que Isolina estaba destinada á separarse de él por medio de su superioridad y su talento, y esta elevacion si bien enaltecia para él el objeto amado, no por eso se amenguaba en Pico el inmenso amor que profesaba á Isolina.

Cuando estuvieron solos, Isolina le preguntó á Pico:

—¿Por qué estás triste?

—¡Ay! Isolina, por mi pequeñez y mi miseria; tú acabas de elevarte á mis propios ojos, dejándome á mí en el suelo de mi insuficiencia y mi pequeñez. Tú vas á ser una actriz de gran mérito, vas á probar esas agitaciones, esas impresiones violentas del triunfo y de la ovacion; te vas á ver rodeada de toda esa corte enojosa, compuesta de entidades de todo género, desde el pollo insustancial,

hasta el literato; desde el inocente espectador, hasta el gran señor y el gran funcionario; tú vas á vivir en ese mundo del arte, que tiene tantos encantos y tantas ilusiones, mientras que yo que te amo tanto, seguiré siendo el oscuro apuntador, la ostra de esa concha de quien nadie hace caso, ni tú Isolina, porque ya no vas á tener tiempo de decirme que me amas, ya te faltarán los momentos precisos para hablarme de tu pasado y de tus pesares, y por último, vas á olvidarme.

—¿A olvidarte, Pico?..... No te inculpo por esa palabra, aunque es muy dura, porque estás conmovido. ¿Cómo he de olvidar lo que está en mi corazon? ¿cómo dejaria de existir en mí la gratitud, á menos que dejase de existir mi corazon? ¡Ah! no temas que te olvide, porque así como tus sacrificios no pueden dejar de haber existido, así no puede dejar de existir para tí mi reconocimiento y mi cariño.

Te diré mas, Pico, tu cariño va á ser mi apoyo; tu cariño me va á dar fuerzas. Yo sé que voy á entrar á un mundo, contra el cual estoy realmente prevenida; lo poco que he visto de ese mundo me ha horrorizado, y si no fuera porque á la vez hay en ese mundo que se llama teatro, un astro que deslumbra, hubiera vacilado mas en decidirme; pero ya trasluzco en el porvenir algo que por primera vez agita mi alma de una manera nueva y desusada; tal vez, sea mi primera ilusion; sí, te lo confieso, la gloria del arte me deslumbra, y al comprender en mi misma inspiracion, que acaso llegue á tocar esa gloria con las

manos, siento algo regenerador y grande dentro de mí; al menos una compensacion inesperada de mis sufrimientos.

—Lo comprendo, Isolina, y si en ese mundo en que vas á entrar, tu amigo Pico pudiera siempre colocarse á tu lado, te seguiria ávidamente: yo tambien estaria deslumbrándome con ese astro de gloria; pero no será así, el arte va á quitarme una parte de tu alma, va á interponerse en nuestra intimidad algo que me robará dulces momentos y confidencias y alegrías.

—Tú siempre vivirás en mi alma, porque estamos unidos por un sentimiento noble y grande, y por grande y noble que sea la gloria, por mucho que me enajene, siempre tú vivirás en mi recuerdo y en mi corazon.

Al amor de Pico le espantaba la superioridad de Isolina, porque en la sábia armonía de la naturaleza, existe la ley de la superioridad siempre á favor del varon.

CAPÍTULO XXIII.

LA PRIMERA REPRESENTACION.

CON pocos ensayos y en pocos dias, Isolina quedó en estado de presentarse al público, pues comprendia admirablemente las menores indicaciones del director de escena y llevaba la ventaja sobre los demas actores, de saber de memoria su papel.

Entre las figurantes, cayó como cohete la noticia de que Isolina iba á presentarse sustituyendo á la primera dama de la compañía.

—¡Pues está buena la dama, la ex-figurante!

—Esta noche hay una silba espantosa, con toda seguridad; decia la pelona.

—Figúrense ustedes como saldrá ese drama.

—Y todo por quitarnos de en medio, porque desde el momento en que la compañía pueda sostenerse dando dramas y comedias de puro representado, ¡adios zarzuelas! ¡adios cuerpo de coros!.

—¡Adios de nosotras! agregó otra.

—Pero no tengan ustedes cuidado, que el fiasco de esta noche va á ser redondo y mañana nos vuelven á ver la cara para ajustarnos de nuevo.

—Era bueno negarnos todas.

—Por lo menos, no nos contrataremos sino por doble sueldo.

—¡Cabal!

—Yo por mi parte, si no me pagan doble, no me contrato; que ya me canso de ser sufrida y de aguantarlo todo.

—Los empresarios son muy ventajosos.

—A mí me contrataron solo para el coro, pero no hay funcion en la que no me digan: Margarita, este papelito; Margarita, estas palabritas: Margarita, esta criada; y todo sin aumento de sueldo; pero ya lo sé, para otra vez yo diré: de puro coro, tanto; con papelitos tanto mas.

—Eso es, hablar antes claro, para que no haya abusos.

—¿Y qué tal se portará D. Fernando con su protegida?

—Dicen que viene la música militar.

—Dicen que van á iluminar el teatro.

—¡Vaya! Sí lo creo.

—¿Y Alberto qué dirá de esto?

—Está furioso contra su tio.

—¿No ha conseguido nada?

—¡Qué ha de conseguir!

—¿Ha hecho el oso?

—Sin pasar de ahí.

—¡Ya se vé! ¡como el tio es tan rico!

—Y sobre todo viejo.

—Eso es: los mayores en edad..... canturreó la pelona.

—Hace muy bien; porque empezando por D. Fernando.....

—Etcétera, etcétera..... agregó otra figurante, con un sonsonete que hizo reir á sus compañeras.

—Yo esta noche veo la funcion en palco.

—Yo tambien.

—Venimos temprano.

—Por supuesto.

Mientras las figurantes se deshacian en invectivas y hablillas, Isolina preparaba su primera presentacion, sin omitir ninguno de los detalles ni circunstancias propias del caso.

Pico, por su parte, seguia sosteniendo la lucha de su amor en medio de las mil contrariedades que tenia que soportar en su difícil posicion con Isolina.

El estreno de una primera dama era un acontecimiento que estaba haciendo ya todo el ruido que el empresario habia procurado hacer, tanto mas cuanto que como él

habia dicho, Isolina venia á salvarlo en su complicada situacion financiera.

Don Fernando por su parte puso en juego todos los resortes de que era capaz, y cooperó eficazmente á que aquella funcion teatral fuese una de las mas espléndidas que se habian visto hasta entonces.

Alberto obraba en el mismo sentido que su tio, aprovechando la ocasion que se le presentaba de hacer méritos acerca de Isolina.

Por fin, llegó la noche tan impacientemente esperada.

Don Fernando proporcionó coche para que Isolina fuera conducida al teatro, y prestó solícito los mas importantes servicios á Pico, á fin de que Isolina tuviera todo el lucimiento posible.

Isolina, haciéndose superior á todas las trabas y dificultades de una primera representacion, esperó con firmeza y aplomo la hora de su salida, procurando una completa incomunicacion con los visitantes del foro.

Isolina hacia por intuicion lo que debia ser una prescripcion irrevocable para los actores, y la razon es esta:

La ruda transicion de la vida real á la personificacion de una entidad que, tal vez está muy lejos de parecerse al actor que la ejecuta, es un esfuerzo de la inteligencia y del genio, para el que se necesita una preparacion.

El funámbulo no efectúa un lance difícil sin haberse preparado antes, midiendo con el ojo la distancia, calculando con aplomo la gravedad y la fuerza, el movimiento y el equilibrio; y mas fuerte con aquel momento de concentracion

y de cálculo, que con el solo caudal de la fuerza física, le vemos ejecutar pasos que nos pasman de asombro.

El actor, al pasar del círculo de su vida real, tal vez azarosa y amarga, combatida y miserable, á la encarnacion de un César ó de un semidios, ejecuta la transicion mas dura, da el paso mas difícil que puede pedirse á la valuntad humana; pero este paso solo se consigue con la concentracion, porque el actor necesita despojarse de todo lo que le pertenece, olvidarse de sí mismo, por mas que sus mismas ideas lo embarguen; y elevándose con la imaginacion hasta la altura del personaje, pensar en la escena anterior, en lo que motiva su salida, en la pasion que debe dominarlo, en la época en que pasó la accion, en el lugar en que se va á encontrar, y en todo, en fin, en lo que realmente pensaria el personaje que representa.

Pero cuando un estúpido trasgunte embrolla la salida, cuando la anticipa por demasiada eficacia ó la retarda por omision; cuando una de esas amables visitas de bastidores se entretiene, sin respeto al arte, en decirle una sandez al actor que se está preparando; cuando uno de esos amantes acaramelados prefiere hablarle á la señora de sus pensamientos de que tiene muy lindos ojos, en vez de dejarla ejecutar la difícil operacion del ánimo de que hemos hablado; entonces el actor ó la actriz hacen en el público observador el efecto de una salida de títere, á quien una mano oculta lleva con un alambre.

Nosotros hemos visto á Romero del Campo estar riñendo á un mite entre bastidores, á la sazon que el tras-

punte le dijo dándole las primeras palabras: "Yo soy el rey....."

Romero, asustado por la voz del traspunte, se lanzó á la escena todavía crispando las manos, encorvado y descompuesto por la cólera, y así dió algunos pasos diciendo:

"Yo soy el rey" con el mismo acento, en el mismo tono y en la misma actitud en que acababa de decirle al mite: "¡Muchacho de mis *pecados!*" pero reponiéndose de pronto, aunque ya tarde, se irguió de repente, sacó el pecho, levantó la cabeza, dominó el grupo, cambió la voz y empezó á ser rey cuando ya en el público habia circulado el disgusto y la desaprobacion en forma de rumor.

Isolina, por el contrario, concentró todas sus facultades, y poniéndose á la altura del personaje que iba á representar, cuando salió al foro ya llevaba impreso su carácter hasta en sus menores gestos y movimientos.

Su sola presencia bastó para impresionar vivamente al público, que la recibió con una salva de aplausos, que se hizo mas y mas nutrida.

Isolina saludó, teniendo el tino de no descender á extremosas demostraciones que hubieran hecho olvidar al personaje.

La prolongacion del aplauso fué para Isolina un escollo, una contrariedad; procuró no dejarse dominar por la impresion del recibimiento del público y deseaba que el ruido terminara.

Por fin, ya en silencio el salon, Isolina comenzó á hablar.

Su segundo triunfo lo obtuvo el timbre de su voz.

El diapason de la voz humana es tan extenso, que entre los miles de semitonos que lo constituyen damos pocas veces con uno de esos timbres armoniosos, que son simpáticos.

Pero para Isolina acababa de resolverse una de las mas grandes dificultades.

Al acento hubo despues que agregar la accion y á esta el sentimiento.

Habiendo logrado Isolina dominar del todo la emocion de su salida, se dejó llevar de su inspiracion: el teatro estaba en silencio, el público estaba en uno de esos momentos de verdadera fascinacion; Isolina estaba triunfando; habia conseguido dominar á su auditorio á ese grado en que el poder de la inspiracion y del entusiasmo identifica al espectador con el personaje y se olvida del actor.

Pasaron las primeras escenas y rápida la expansion. El público estaba interesado, absorto.

Era aquel un legítimo triunfo del arte, era aquella la aurora de un porvenir lleno de gloria.

Aquella situacion iba á tener irremisiblemente este término: una salva de aplausos. Hasta habia quien instintivamente hubiese puesto una mano sobre otra, esperando el momento de aplaudir.

Isolina representaba una madre que reclama á su hijo.

—Señor marqués, decia Isolina, por la vez postrera, ¿lo entendeis? por la vez postrera os pregunto: ¿En dónde está mi hijo?

El marqués, despues de un movimiento en que reveló su profunda pena, extendió el brazo derecho hácia la puerta izquierda del foro, y en tono solemne exclamó:

—¡Señora, aceptad mi sacrificio; todo es cierto! ¡Nada puedo negaros ya! ¿Quereis ver á vuestro hijo? ¡Helo ahí!

En este momento debia aparecer el galan, el hijo deseado que vendria á arrojarse á los brazos de su adorada madre, y ¡oh fatalidad! lo que acababa de aparecer á la puerta de la izquierda era Alí, el perro de Pico, el perro fiel, el servicial Alí, el cazador de pollos.....

Despeñándose desde la inmensa altura del entusiasmo hasta el fondo del mas espantoso ridículo, el público prorumpió en una estrepitosa carcajada.

Este ruido inesperado detuvo al galan un paso antes de la puerta, en tanto que Alí, sin ningun género de ceremonia, se paró á algunos pasos contemplando á Isolina de hito en hito.

En el público habia crecido la algazara á un grado increible, y el galan preplejo y sin darse cuenta de lo que estaba sucediendo, porque desde donde estaba no podia ver al perro, creyó prudente no salir, cooperando con esta abstencion á prolongar el detestable efecto de aquella escena.

El perro, deslumbrado con los quinqués del proscenio, no veia á Pico que desde la concha le gritaba; sino que reconociendo á Isolina, despues de su primer estupor, se dirijió á ella meneando la cola.

—¡Abraza á tu hijo! gritó un chusco desde la galería.

Y otra salva de risas contestó á la gracejada con un estrépito infernal.

—¡Fuera, fuera! gritaban unos.

Un espectador indignado arrojó su sombrero al perro; pero el sombrero tocó solamente la falda de Isolina.

El ruido creció de manera que parecia que el teatro se venia abajo.

Alguno creyó que se trataba de vengarse de la burla y arrojó un cojin al foro, y tras ese, por espíritu de imitacion, llovieron cojines sobre la escena.

Alí se puso furioso y comenzó á ladrar, y entonces el público arrojó cojines contra el perro y despues sillas, generalizándose en el salon el mas espantoso de los desórdenes.

Isolina se habia apoyado en el brazo del actor que hacia el marqués, quien sintiendo que á Isolina le faltaban las fuerzas y vacilaba, próxima á caer, la sostuvo y retrocedió con ella para ocultarla.

Poco despues cayó el telon y ya por todas partes se oia gritar: ¡Un médico! ¡un médico!

—Y multitud de personas abandonaron sus asientos y se dirigieron al foro.

Isolina era presa de un formal desmayo.

Dos médicos la estaban asistiendo y debieron notar algunos síntomas graves, porque aconsejaron la mayor diligencia y actividad para la ejecucion de sus órdenes.

Para calmar un tanto la rechifla y la algazara del público, el director mandó á la música que tocara una pie-

za; y se mezclaron al desórden y á la bulla los alegres sones de una danza.

Isolina no pudo volver en sí, sino despues de muchos trabajos, no quedando en disposicion de seguir la representacion.

El director anunció al público que con conocimiento de la autoridad se suspendia la funcion; y despues de una última silba, el público se fué retirando poco á poco.

—¡Buena la hemos hecho! decia doña Atanasia á sus compañeras; lo estaba viendo; si esto del teatro es muy difícil.

—¿Y de quien es el perro? preguntó una.

—¡De quién ha de ser! del bueno, del bendito de mi compadre Pico; y esto es lo que mas sorprende, porque el apuntador debe saber que es peligroso tener perros.

Pico á la sazon estaba rodeado de varias personas, que procuraban consolarle.

—¡Iba tan bien! decia uno, yo estaba encantado, se puede asegurar que la señora de usted es una grande artista, pero una desgracia.....

—¡Y qué desgracia! un maldito perro que se coloca en el lugar de un hijo.

—Yo creo en el alma de los perros, exclamó uno.

—No, señor, replicó Pico; si los perros tuvieran alma, el mio, (porque es el mio el autor de esta atrocidad) se hubiera abstenido de salir á la escena; porque mi Alí me quiere mucho y me ha dado muchas pruebas de adhesion.

Para el empresario, aquel habia sido el golpe de gracia: estaba arruinado.

Los jóvenes audaces, los que se rodean de la bailarina, los que la primera noche habian camelado á Isolina, y aun el mismo Alberto, con todo y su finjida obstinacion amorosa, se habian dispersado en presencia de la desgracia; formaban corrillos en los que procuraba cada calavera de aquellos, lucir su ingenio, soltando dichos y chocarrerías á propósito del perro, del lance y de Isolina.

Quién dice que Isolina es nombre de perra y Alí nombre de moro, y que por eso se trocaron los papeles; quién juega el retruécano de que aquello habia salido *de los perros;* y no faltó quien atribuyera á Alberto la salida de Alí.

El perro de Pico habia logrado ser en aquella noche una verdadera notabilidad; todos hablaban de él, todos le celebraban el papel que habia representado en el drama, y la oportunidad con que se presentó en el momento supremo.

Las figurantes apuraban toda su elocuente mordacidad, toda su ponzoña y todas sus pasiones, en comentar el hecho, en despedazar á la ex-figurante y en compadecerla con ese género de lástima sangrienta de que solo es capaz una muger ordinaria.

—¡Pobre! decia la pelona, ¡pobre señora! no es nada lo que le ha sucedido, absolutamente nada; si tal vez hubiera pasado esto despues de algunas representaciones, ve[illegible]

se podia pasar; pero en la noche del estreno, cuando el público la estaba juzgando, cuando iba á decidir de su suerte!... ¡Ay! pobre señora! no quisiera yo estar en su pellejo.

CAPITULO XXIV.

EN EL CUAL CONTINUAN LAS DULZURAS DE LA CARRERA DRAMATICA SIEMPRE DIFERENCIANDO.

Necesariamente aquella catástrofe vino á cambiar del todo el aspecto de los negocios.

Don Fernando fué el único amigo en la desgracia; Don Fernando no se separó de Isolina, llevó médicos, consoló á la enferma, y alentó á Pico que habia caido en una postracion melancólica y profunda.

Pico, el festivo Pico habia clavado el pico, como un jaro en la hora postrera.

Pero á pesar de eso veló á la enferma, y en el [illegible]

de la noche se entregó á un mundo tan triste de reflexiones, apuró de tal mánera la amargura de su situacion, que indudablemente estaba pasando por uno de esos momentos supremos en que la impresion de un terrible dolor prepara en el alma del paciente una lesion eterna.

Cuando Isolina habia logrado entregarse á algun reposo, Pico, sin hacer el menor ruido, salió de la habitacion, se ciñó á la cintura un gran *revólver* y salió de la casa; pero salió sin ver, sin orientarse, sin cuidarse de nada; salió como huyendo de sí mismo y tomó el campo.

Alí lo seguia con la fidelidad, con la constancia que le conocemos.

Pico sabia que era seguido por Alí, pero no le habia dirijido siquiera una mirada.

Cansado Pico, se paró despues de una larga caminata al traves de un camino desconocido. Durante este tiempo, Pico no habia visto mas que la tierra que pisaba, llevaba las manos en los bolsillos y andaba con un paso mas precipitado del que convenia para un simple paseo en compañía de Alí.

El perro, con ese raro instinto que lo hace participar hasta de la disposicion de ánimo de sus amos, caminaba tambien cabizbajo, sin ocurrírlese husmear alguna ardilla, ni reconocer, como todos los perros, la huella de sus semejantes.

Alí parecia tambien concentrado y como tomando á pechos la gravedad de aquella situacion.

Cuando se paró Pico, Alí hizo lo mismo; pero sin sen-

tar el cuarto trasero; solo levantó la cabeza para ver á Pico, como esperando órdenes: se le hubiera podido poner una librea, tenia la actitud del lacayo, tenia esa mirada que es como una charola vacía, mirada dispuesta á recibir desde la órden mas racional, hasta el palo mas injusto.

Pico buscó con la vista un asiento y se dirijió á una pequeña ondulacion del terreno al pié de un árbol.

Se sentó.

Alí volvió á colocarse frente á frente de Pico y á su vez se sentó tambien: las verdes pupilas de Alí estaban fijas en los ojos de Pico.

Amo y perro se contemplaron de hito en hito.

A poco, Pico exclamó con voz apagada y triste:

—Es preciso: yo siento la necesidad del sacrificio; el destino ha tomado para mí la forma de un perro, y no obstante, estoy sintiendo un horror instintivo al crímen.

Este animal tiene alma, no me cabe duda; nadie le da de almorzar á otro sin tener alma; él me ha ministrado pollos y marranitos para mi rancho de campaña; él me presentó á Isolina y me libró del dragon aquel del patio oscuro, y me ha prestado otros muchos servicios importantes; pero desde el momento en que su señoría se permite abrogarse el papel de hijo de una marquesa, y determina con esta barbaridad una catástrofe, el sentido comun aconseja..... cuando menos, que los animales no se dediquen á la carrera del teatro.

Yo conozco actores que lo hacen peor que Alí, pero esos actores están al abrigo de la ley.

No quiero medir..... ó mas bien dicho, voy á medir el tamaño del crímen de este animal, para descargo de mi conciencia.

En primer lugar (todos me lo han dicho) Isolina es una excelente actriz, tiene dotes sublimes y llegará á ser una verdadera notabilidad en el arte; pero cuando este astro apareció en su oriente arrojando los resplandores de su talento, este ser raquítico sin orejas y sin sentido comun se atravesó en su camino; en virtud de lo cual el público llenó el firmamento de nuestro triunfo de silbidos y de risas infernales.

No puedo, por lo tanto, perdonar á este animal, por mas que finja no comprender el tamaño de su crímen.

Y yo el mas infeliz de los enamorados, el mas amartelado de los amantes, ¿he de permitir que en el cielo de mis amores permanezca esta personificacion de la catástrofe, este individuo de la raza canina, esta interrupcion en cuatro piés, que me recordará siempre la atrocidad de anoche?

¿Con qué ojos verá Isolina en lo sucesivo al autor del fiasco? Será un motivo de odio que bien pudiera trasmitirse á mi persona.

Decididamente, Alí no puede vivir entre Isolina y yo; es necesario que desaparezca.

¡Pobre Alí! dijo en seguida levantando la voz y cambiando de tono. El jurado te ha condenado por unanimidad á ser pasado por las armas; noticion que no tengo

embarazo en comunicarte, supuesto que tienes sobre los demas mortales la envidiable ventaja de no entender el castellano ni otro idioma vivo; me lo prueba la estupidez de tus pupilas verdes y lo fresco que te has quedado al escuchar el torrente de maldiciones que ha llovido sobre tí desde anoche.

Te he amado, es cierto, por tu solicitud y tus buenas partidas; pero la de anoche es de tal manera trascendental, que no se pueden tomar como circunstancias atenuantes tus pasados servicios.

Adios, Alí, muere en aras de mi amor, y que tu sangre lave todas tus culpas, y el mundo, y yo, é Isolina podamos perdonarte el haberte presentado en escena.

Pico sacó de la funda el revólver, y Alí se puso á temblar retrocediendo.

—¡Hola, hola! exclamó Pico; segun parece no eres tan bestia que no conozcas esta clase de instrumentos. ¡Ojalá y ese mismo instinto te hubiera hecho conocer anoche lo inconveniente de tu conducta!

Pico preparó la pistola.

Alí dió un salto y se alejó de Pico algunos pasos.

—¡Alí! gritó Pico incomodándose.

Y despues de un momento dijo:

He aquí una circunstancia que tranquiliza del todo mi conciencia, pues en lugar de fusilarte en regla, te voy á aplicar la ley-fuga, inventada expresamente para estos casos, por un resto de pudor carnicero: y como esta ley no se ejecuta á cara descubierta, guardemos la pistola.

Pico ocultó el revólver y llamó á Alí con menos dureza.

El animal obedeció temblando.

—¡Echate! le gritó Pico.

Alí se echó pegando el hocico contra el suelo.

—De todos modos, esto es una atrocidad, es un asesinato; bien es que no lo cometo á sangre fria, ni sin causa justificada; pero es un asesinato.

Si los perros tuvieran palabra de honor, se la exijiria á este de que no se me volviera á presentar delante.

Pico se rió en seguida y exclamó:

—¡Soy un cobarde! ¡todo por un perro! hice muy bien en abandonar la gloriosa carrera de las armas. Recuerdo á mi coronel aquella vez que interrumpió su almuerzo para decir:—«Que los fusilen en el acto,» y siguió almorzando, como si se hubiera tratado de matar otros tres pollos..... ¡y eran tres hombres!

¡Ea! valor! dijo al fin Pico, y se oyó la detonacion de la pistola y en seguida los agudos aullidos de Alí.

Pico se estremeció de horror y apartó la vista de su querido perro, permaneciendo así por algun tiempo; pero no pudiendo resistir al deseo de ver si vivia, le fijó por fin la vista.

Alí se revolcaba en su sangre y se contraía con las convulsiones de la agonía.

—Está consumado el sacrificio, dijo Pico guardando la pistola, y se propuso regresar á la ciudad.

—Isolina, agregó, no volverá á ver á Alí.

.....

ISOLINA.

La vittima

La disolucion de la compañía en Toluca, no ofrece detalles dignos de narrarse.

La indisposicion de Isolina pasó al fin, y la alarmante noticia de la llegada de Romero del Campo salió falsa.

Don Fernando, que como hemos dicho era hombre tenaz, no desperdiciaba circunstancia ni medio para captarse la voluntad de Isolina: sus exquisitas atenciones y el sinnúmero de pequeños servicios que la superioridad de su posicion social le permitia prestar al desvalido Pico y á Isolina, fueron convirtiendo á Don Fernando en el amigo íntimo, en el inseparable compañero.

Doña Atanasia no siguió á la compañía dramática, sino que permaneció bajo el amparo de Don Fernando, quien acababa de arreglar la cuestion hacendaria de la manera mas conveniente; cuestion que, como se comprenderá, se complicó doblemente con motivo de la silba que disolvió la compañía y con la rescicion del contrato de Isolina.

CAPÍTULO XXV.

ALGUNAS COSITAS Á PROPÓSITO DE ESTO: LA FAMILIA.

DOÑA Atanasia, Pico é Isolina constituian ya una de las familias que vivian á expensas de Don Fernando; solo que esta clase de familias formadas por circunstancias que no son el orígen universal de la familia, presentan anomalías y contradicciones extrañas, como toda situacion anormal y violenta.

La paz doméstica y la felicidad del hogar, solo se encuentran en esas familias en las que á primera vista puede decirse: este es el padre, esta es la madre y estos son los hijos, que constituyen esta familia. Allí donde los lazos

del cariño son solamente esos vínculos sagrados del esposo y la esposa, de los padres y los hijos, allí y solo allí está la paz; pero si bajo el techo del hogar os encontrais la mezcla y la confusion de fisonomías que no llevan manifiesta en cada sonrisa, en cada mirada y en cada línea, uno de esos tres títulos sagrados, afirmad sin temor de equivocaros, que allí está la guerra sorda, la formidable guerra de las mugeres; allí están todas las pasiones viviendo á la sombra de todos los afectos puros; allí están hasta los crímenes, viviendo solapados con las caricias castas y con las delicias aparentes de la familia.

No hay ley mas sabiamente severa, que la de la institucion de la familia, pero de la familia primitiva, de la familia que se erije solo sobre esta piedra fundamental: el amor de los esposos y el amor de los hijos: sobre estos dos amores está la bendicion del cielo; en aquella casa está el amor de Dios.

Pero ingertad en esas tres flores del amor eterno á los parásitos del infortunio; arojad allí algunas de esas hojas desprendidas de su árbol; inoculad en el hogar esas adiciones cuyo terrible nombre pronuncia todo el mundo con horror; soltad en el hogar mas feliz del mundo esos elementos disolventes que se llaman *suegra, cuñado, huérfano, tio* y *pariente político*, y aquel ramillete de flores lo vereis á poco tiempo, como el ramillete que teneis en un vaso sobre vuestra mesa: las flores se conservan frescas el primer dia y nos encantan con su aroma, nos seducen con sus vivos colores; á los pocos dias ya no tienen aro-

ma, y mas tarde los vástagos y los pedículos sujetos dentro del mismo vaso y ahogados en la misma agua, comienzan á despedir un olor desagradable; allí hay descomposicion y desarrollo de gases; allí está el elemento de la disolucion y de la muerte; y ó mandais arrojar el ramillete por la ventana, ó soportais sus miasmas; y despues no quedará sobre vuestra mesa sino una mómia floral, asquerosa y despreciable.

La intuicion de estas verdades es la fuente, es el orígen, es la razon de esa sonrisa de desden y hasta de burla con que circulan, aun en la clase vulgar, los nombres de *suegra*, *cuñado*, *pariente*, *nuera* y *yerno*.

De otra manera ¿como se podria explicar que estos títulos de parentesco estén, sin prévio acuerdo, entregados incesantemente al desprecio público y hasta al ridículo? ¿De que otro modo podriamos explicarnos las impresiones diametralmente opuestas que casi en todos y con poquísimas excepciones nos causan estas dos palabras:

«Madre.—Suegra.»

Es el espíritu de esa ley irrevocable y eterna que instituye la familia y la sostiene y la edifica con los vínculos sagrados de este triple amor:

Dios: los esposos: los hijos.

De manera que cuando en una casa sorprendais las terribles escenas de la disolucion, cuando el formidable ruido de la discordia doméstica llegue á vuestros oidos con sus lágrimas y sus denuestos, sus desgreñamientos y sus berrinches y sus peripecias desgarradoramente cómi-

buscad en un rincon á la doncella rancia, huérfana, recogida, que ha protestado diez años callada, pero elocuente en su silencio, contra una suerte de que os hace responsables; buscad una tia narigona y enferma del hígado que tiene un génio insoportable, pero que no tiene á donde irse. Buscad al cuñado que llegó borracho, al parásito que regañó á un criado, á la suegra que mina el matrimonio, al pariente político que se cree el amo, al huésped que se permite aclimatarse porque se encuentra bien, al primo que no tiene destino, al hermano de Fulanita que se puso vuestros botines, á la prima que estrenó el vestido de la esposa, y á todos los *adláteres*, en fin, á todas esas hojas sueltas que, al grito de *¡comamos!* van á minar, á roer vuestra piedra fundamental y á marchitar hasta la putrefaccion vuestro ramo de flores.

México, que está muy lejos de acordarse de la vida patriarcal, y que en medio de sus costumbres muelles ha logrado no parecerse ni siquiera á los españoles, presenta á miles los ejemplos de la familia en putrefaccion, como el ramo de flores.

La vida patriarcal, de la que todavía hay ejemplos numerosos y palpitantes en España y en otras partes, presenta al pintor esos cuadros en los que, una familia se despide del mancebo, hijo mayor, de quien sus padres se desprenden bendiciéndolo, tal vez sin mas razon que la que la sábia naturaleza ha tenido para poner un muelle en el ovario de las flores, para que cuando la semilla esté

)ien nutrida y capaz de germinar sola, esta semilla se[a] ırrojada lejos de la planta que le dió el ser.

Esto, en concepto de muchos, es una atrocidad, y aque- los padres tienen entrañas de tigre.

Procurar que tanto el hombre como la muger, deje de ıer simple consumidor, desde el momento que puede ser ıroductor, es tambien una tiranía y una rancidad á la ıue no nos avenimos.

Acatar, en fin, esa suprema ley de la institucion de la amilia, y dejar que esta crezca, se desarrolle, y despues ıe subdivida para multiplicarse en varias familias; pero so- a, sin que la ayuden, sin parásitos, sin ingertos y sin ıdiciones, es tambien una severidad brutal, muy buena)ara los pastores, para las familias patriarcales de las pro- ıincias de España y para otras gentes; pero para noso- ıros, tan muelles, tan cariñosos, tan apañalados, esas enér- ıicas resoluciones fundadas en principios incontroverti-)les y eternos, son un dédalo de sinsabores y de impre- ıiones violentas de que huimos á toda costa, porque al fin la vida dura poco, y somos ademas muy caritativos y ;enemos muy buen corazon.

De manera que, tenemos un hijo, fruto precioso de nues- ;ro amor, lo queremos con todas nuestras fuerzas y no vi- ıimos mas que para darle gusto; llega á los veinte años y tiene hasta cuarenta pesos de sueldo en una oficina, y ıl pobrecito se enamora perdidamente de una polla, y em-)ieza á venir tarde y á darnos guerra, hasta que un dia, ıon la bendicion del señor cura y el negocio del registro

civil, le destinamos en la casa una pieza para él y su mugercita, que es una niña muy bonita que nos quiere mucho, y no cabemos en nosotros mismos de felicidad, porque acabamos de hacer esta estupenda barrabasada:

Dos familias en una.

¡Qué solucion tan expeditiva! ¡qué idea tan luminosa! Todo se concilió, todo se arregló, y hasta sobra con los cuarenta pesos del nuevo maridito; y papá y mamá y tias y parientes exclaman con indecible candor:

—¡Si ni parecen casados! . .

Estas dos frases que, al olor del mole de guajolote fueron el ideal sublime de la felicidad futura, no son mas que las dos hojas de una puerta que se abre mas tarde para dar entrada á todos los sinsabores de la guerra doméstica, á la disolucion de todos los vínculos en la pendiente de todas las aberraciones y de todas las faltas: y allí nacen la venganza, el odio, las rencillas, el adulterio, el mal ejemplo, la corrupcion, las liviandades y el escándalo.

Aquellas flores se pudren, y el ramillete mómia es el único adorno del hogar profanado y triste.

De la comparacion entre la familia primitiva y la familia actual, resulta el corolario de entidades curiosas y dignas de estudio.

Las condiciones climatéricas y la degeneracion de la raza van relegando por centenares al seno de las familias los ejemplares de esa falange de desheredados de la suerte; tias flacas, doncèllas de treinta abriles mortales; inca-

sables solteras que padecen de los nervios, del pulmon y de otros achaques; excedencias del ramillete de la juventud, que cosen y tosen, que oyen su misa con devocion y comen en casa de su tio, de su hermano ó de sus parientes; adherencias inextirpables del hogar, hojas sueltas, broches sin macho que solo se pueden vender por alambre, y cuya única mision sobre la tierra es aumentar el censo de la poblacion con sus personas pura y sencillamente consumidoras.

Este gremio de nones, se abroga, á mas no poder, un papel en la familia; pero ninguno le es propio ni le viene bien: cuidan á los niños sin ser nodrizas, cosen sin ser costureras, guisan sin ser cocineras y hacen dulces indispensablemente, que es su especialidad; rezan mucho, mucho mas de lo que rezan las demas mugeres, y cada una de sus espontáneas haciendas la abonan, escrupulosamente, al debe y haber de su subsistencia, y creen haberse *grangeado el pan nuestro de cada dia* como resultado inmediato, palpable y milagroso de la novena, del viacrucis y de otras devociones buenas que tienen; por lo demas, son perfectamente inútiles, incapaces de producir, pero aptas para consumirlo todo; se visten cada año como los árboles y parcialmente, heredan prendas, se avienen desechos y aun suelen engalanarse si la casa se deja.

Son ademas el argos, la policía, el dragon de la casa; no solo de dentro á fuera, sino en los mas recónditos senos de la vida doméstica; saben espiar, comentar y desmenuzar cada poridad y cada secreto íntimo; están al

tanto de todo lo que pasa desde el escritorio hasta la cocina; su vida es un espionage contínuo, un continuo análisis; tienen cierto aire de humildad y resignacion, y mas confianza con los criados, con quienes dialogan largamente; son las cómplices inmediatas de las infidelidades conyugales; consejeras pérfidas y amigas falsas.

Matriculadas formalmente en el gremio de las feas, están inoculadas con esa ponzoña de la envidia que mata lentamente.

Los parásitos del otro sexo, dan y con mucho resultados mas funestos y de mas lamentables trascendencias.

En este país de bendicion, tal vez el único en su especie, vive una considerable porcion de excedentes sobre todas las listas civiles, sobre todos los productores de todo género.

Cubiertas todas las vacantes, provistos todos los empleos, dedicados hasta á vender cigarros, encajes y listones, algunos miles de atléticos y barbudos cajoneros, sobran todavía algunos miles de excedentes que viven *de ver qué hacen.*

¡Y viven!

Sin los restos de un patrimonio, sin el capital moral de una profesion, sin el salario de un destino, sin el recurso de una industria, vagan diariamente y pululan por todas partes esos individuos escuálidos ya y desmejorados en virtud de una prolongada dieta forzosa, que se ha convertido en su estado normal.

A medida que el sol calienta esas *hojas sueltas*, salen

de sus respectivos nidos *á ver qué hacen;* y van invadiendo el café de San Agustin, el del Progreso, el Infiernito, el átrio de Catedral, las bancas de fierro del jardin de la plaza, el palacio de justicia y los portales.

Por todas partes se tropiezan y se saludan los que han salido *á ver qué hacen;* sin mas bello ideal, sin mas sueño dorado, sin mas mundo que una peseta.

Y en la tierra de promision, en la bonachona capital de la república, casi sin excepcion, despues de algunas horas, esos centenares de excedentes han realizado su sueño, han visto el cielo abierto, han conseguido la peseta.

¡Y viven!

¿De dónde han brotado tantas pesetas? ¿qué mina milagrosa provee á los que salen *á ver lo que hacen?*

Inventad todo cuanto podais, recurrid á todos los arbitrios, forjad desde el embuste hasta el crímen, desde la estafa hasta el juego, desde el empeño hasta la venta fraudulenta; poned á contribucion el azar, el hurto, la caridad, la mala fé, la intriga, el cobro, el petardo, las buenas acciones, los abonos, los pequeños negocios, las grandes transacciones, y todo, en fin, cuanto os sugiera vuestra imaginacion, y encontrareis la mina, esa mina milagrosa que no se agota, y que sostiene á centenares de familias por meses y por años, *viendo lo que hacen.*

Estas hojas sueltas, estos *ceros sociales*, como los llamó Hipólito Seran, son el fomento de los litigios, de los petardos, de las estafas, del juego, de los robos, [illegible] gio y de las revoluciones; para ellos son las ca[illegible]

peño, las de juego, los cafés sucios, las loterías y las banquetas de las calles.

Hay quienes hayan sentado plaza de *hoja suelta*, porque jamas han vivido de otro modo: otros atraviesan ese período que llaman *la de malas*, de una manera transitoria, y los que desaparecen del círculo, aparecen despues engrosando las filas de los pronunciados; porque desesperados *se han lanzado, por fin, á la revolucion;* otros resultan ejecutados como plagiarios; otros colocados y disfrutando *de la de buenas.*

Y estas hojas sueltas tienen muger é hijos á quienes ven cada veinticuatro horas, como ciertas aves de rapiña que anidan en rocas inaccesibles y distantes, y cada hogar, cada nido de esos pájaros que salen *á ver lo que hacen*, son otras tantas cloacas en donde vegetan una muger desgreñada, sucia y enagenada con la atonía de la miseria, y unos hijuelos, embriones de pillo y futuros gusanos consumidores del pan de los extraños.

Y no obstante, estudiad esas hojas sueltas; tienen todavía risa en los labios, aun apuran *fósforos*, (café con aguardiente,) aun están de gresca, y hasta pueden olvidarse de sí mismos, y hasta perdonarse.

He aquí una de las mas encomiadas virtudes del carácter nacional; aquí nada se toma por lo serio, ni la miseria.

Hay ciertos dioses peñates bajo cuyo amparo vivimos sin darnos mucho cuidado las vicisitudes del porvenir; entre nosotros todo es transitorio, no parece sino que ca-

da quien tiene presente la corta duracion de la vida y está felizmente conforme con todo.

Esos dioses penates se llaman *«bolichada»*—*«negocitos que no faltan»*—*«la de buenas»*—*«se hizo la mia»*—*«proyectito»*—*«entompeatada»*—*«gregorito»*—*«busca legal»*—*«echar tratada»*—*«cambalachear»*—*«ingeniarse»*—*«buscar la mosca»*—*«no ser manco»*—*&c.*—*&c.*

Entre estas entidades encontrareis quien os entretenga dias enteros con el relato de sus calaveradas, de sus alternativas, de sus peripecias; encontrareis quien os cuente, como un hecho heroico, como una accion que estais obligado á aplaudir, que el dia en que se casó no tenia con que amanecer al dia siguiente.

Otro os dirá que vivió dos años merced á un compadre suyo, con quien por fin tuvo un disgusto y que ya no se hablan.

Otro os dirá con increible descaro:

—Yo nada tengo, ni soy nada; pero á mi familia nada le falta.

—¿Está usted colocado? le preguntais á otro, y os dirá:

—¡No! ¡qué colocacion! si las cosas están peor cada dia!

—¿Pues qué hace usted?

—Buscar la vida.

—¿Qué anda usted haciendo?

—Nada, os dice un barbon, ando tras de la *amanece*

—¿Y usted?

—Voy á ver lo que hago, figúrese usted que en mi casa no hay ni lumbre.

Y en seguida se rie aquel buen hombre, como si os dijera que se ha sacado la lotería.

—Ahora sí, exclama un *bruja*, ya está aquí el desayuno de la familia, vamos á echar una carambola y aquí hay un real para dos copas de catalan.

—¿Y mañana?

—Dios dirá.

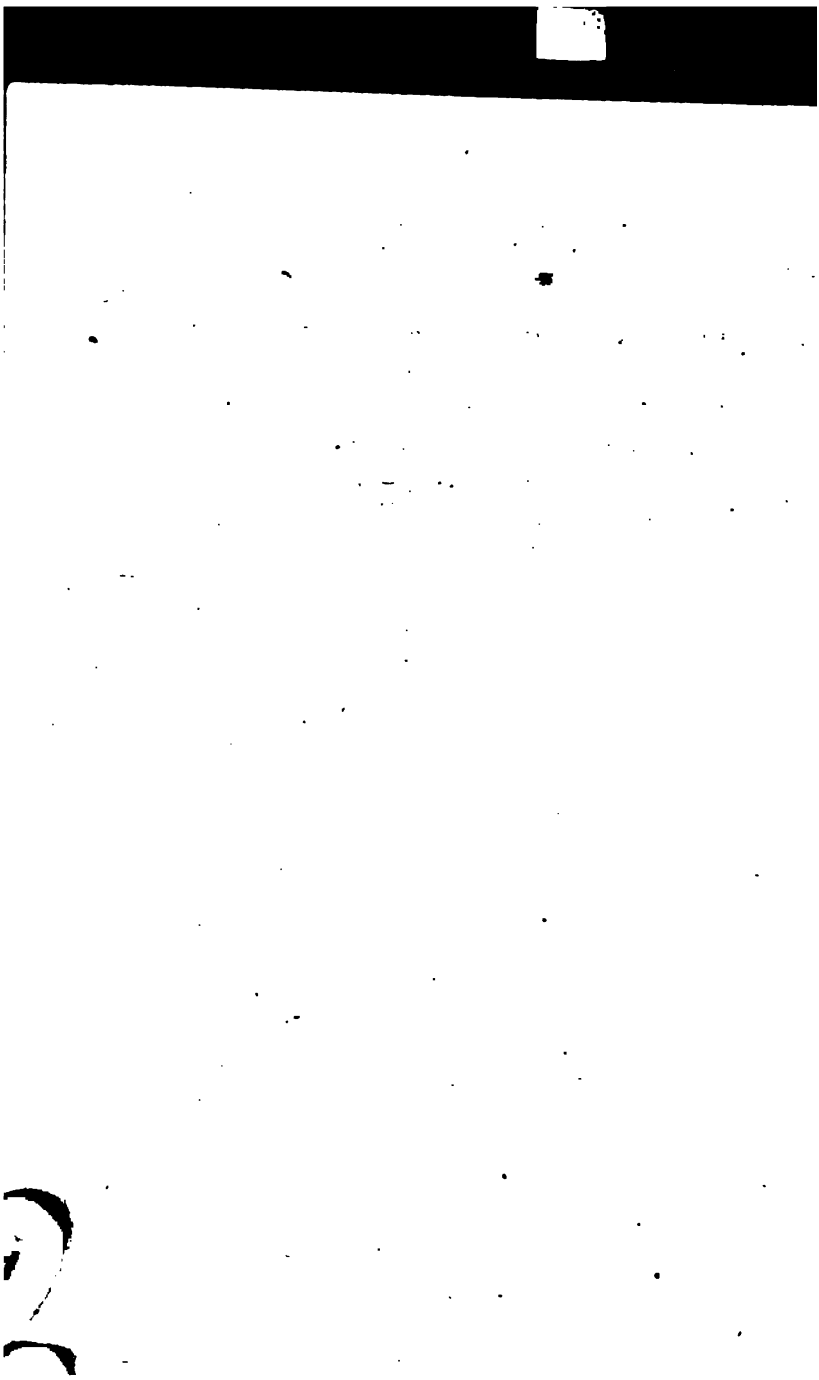
Por supuesto que este Dios que ha de decir algo, es de los penates de que hemos hablado, porque el tal tiene sus esperanzas en una estafa.

No hay uno solo [y si lo hay es una rara excepcion] que en ese *mare magnum* de brujas, arbitristas y desheredados, no tenga alguna vez una *bolichada* que ha esperado con una constancia de gato, durante seis meses.

En suma, esta numerosa familia vive haciendo el mayor mal posible á la sociedad, sin servirle jamas de nada.

Son los oposicionistas sistemáticos de todo gobierno y de toda autoridad; no son ni contribuyentes, ni productores, fomentan el descontento y el desprestigio, censuran todo lo que no está á su alcance, se vengan de su mala suerte hiriendo al que está bien, y se nutren con la reputacion agena; ni leen, ni se instruyen, no respetan ninguna superioridad, discuten magistralmente, y le echan la culpa al país de lo que les sucede personalmente; para ellos nunca está bien nada, siempre hay mucha miseria y todo está malo, todo está abatido, y es porque un resto de con-

ciencia los obliga á culpar al gobierno, al país, á los ricos y á todos menos á sí mismos; buscan la causa de sus males, que son solo el resultado de su inutilidad y de su pereza, en los acontecimientos públicos y en los que gobiernan; porque todavía no ha habido para ellos un gobierno tan paternal que los haga ricos para siempre.



CAPÍTULO XXVI.

CONTINUA LA IMPORTANTE MATERIA TOCADA EN EL CAPITULO ANTERIOR.—EL PAUPERISMO.

EL desnivel entre productores y consumidores, especialmente si se trata de la muger, cuya educacion se ha descuidado tanto hasta aquí, está produciendo ya los funestos frutos que era preciso recoger.

Todos los excedentes, todas esas hojas sueltas simplemente consumidoras, pesan sobre la familia, usurpando la parte del que la disfruta legítimamente y rebosando la medida de los parásitos, aumentan cada dia considerablemente las filas de la prostitucion.

Hace veinte años las hijas de la noche pertenecian, casi en su totalidad, á la clase ínfima de la sociedad, pues nadie entonces hubiera puesto en duda la buena reputacion de una jóven que vistiera seda y cuyo porte pudiera confundirla con las gentes de buenas costumbres; pero hoy, por una lamentable sucesion de consecuencias, las clases superiores pagan ya numeroso tributo á la corrupcion, y el cáncer social invade otros círculos, haciéndonos temblar por el porvenir.

Cada uno quiere encontrar el orígen de sus males en el estado general del país, sin pensar que el estado general es el resultado de los males de cada uno; estamos acostumbrados á calificar todo lo que nos rodea de transitorio, de provisional, y esperamos en una mañana mejor; no apoyados en el cálculo racional de nuestros propios esfuerzos, sino en una cosa providencial é inesperada.

He aquí la explicacion del gran movimiento de las loterías en México y de la persistencia del juego.

Hay una cantidad considerable de personas que no han podido fijar aún su manera de ser, y os encontrais á centenares personas que han sido alternativamente comerciantes, militares, fotógrafos, corredores, empleados y arbitristas.

Y todos estos buscadores que tienen la desgracia de necesitar vivir, se consuelan unos á otros con la identidad de su situacion y aceptan la vida bajo la forma que se les presenta, consumiéndose en el cálculo y en la combinacion del dia de hoy; pero excepto para tomar parte en

las revoluciones, no se les ve ningun rasgo de energía ni de fuerza de voluntad.

Estas hojas sueltas, son hombres de levita grasienta y sostenida hasta á costa del pudor; pero ni un solo dia les ha ocurrido concurrir con su fuerza física al taller de las artes ó al campo del agricultor, para conquistar con su trabajo personal, el honroso pan del artesano y del jornalero.

Tal degradacion seria imperdonable, mientras que pululando por los portales y asaltando pacíficamente á los transeuntes, alcanzan el pan mezquino de *la de malas* amenizado, sin embargo, con un paseo por el jardin y con algunas copas de amigos que no faltan.

Y estos hombres se casan y afrontan hasta con la gravísima responsabilidad de erijir una familia, con la plena certidumbre de un porvenir de miseria y de lodo.

Los hay que no pudiendo tener una casa, tienen dos, y gefes de dos familias y troncos de dos ramas, proveen abundantemente al gremio de hojas sueltas, con ediciones doblemente degeneradas y corrompidas.

Esta gran cloaca colocada en el centro de la capital de la república, es el teatro de donde salen los ajusticiados de levita, los plagiarios *decentes*, los suicidas de veinte años y las niñas alegres.

Y el mal no se corta, sino que por el contrario, se extiende y se perpetúa, preparando sin cesar nuevos frutos mas y mas funestos.

El pauperismo tomando creces en un país riquísimo no

elementos de todo género, es una cuestion digna del estudio del filósofo, del moralista y del gobernante.

El patrimonio, base social é indispensable para la eleccion de la familia, casi ya no es tomado en consideracion por los muchos que, á pesar de vivir en medio del positivismo actual, se dejan llevar del impulso de sus pasiones, para satisfacer sus mas groseras y apremiantes necesidades, á trueque de preparar un porvenir negro y lleno de horrores de todo género; y aquel á quien un gobierno ó una revolucion le quitó su empleo, se viste el sayal de peregrino de ciudad, y enseñando á todos la concha de su destitucion, que generalmente es una circular que trae en la bolsa, os dá con esto la razon toral de sus desgracias, la salvaguardia de sus faltas posteriores, el escudo de sus vicisitudes y la clave de sus esperanzas.

Liberales teóricos que no saben aristocratizar el trabajo, prefieren encubrir al gitano perezoso y dañino, con el traje del señorito.

Odian las distinciones y se inclinan ante el extrangero constructor, que con el producto de su trabajo, de su inteligencia y de su honradez, está atesorando lo que esos ex-empleados, ex-militares y ex-destinados son incapaces de alcanzar por inútiles y por corrompidos.

Liberales, amantes platónicos de la inmigracion, declaman contra el enriquecimiento de los extrangeros y declaman contra todo el que adquiere y medra, pero declaman paseándose en los portales.

Vagos y ociosos por índole, por temperamento y por

incuria, están esperando una mano misteriosa que los redima milagrosamente.

Estos peregrinos son los que censuran agriamente á los españoles que se enriquecen en el país; estos son los que hacen alarde de odiar á los gachupines; estos son los que no les bajan un punto de brutos á los comerciantes de abarrotes; y á estos, en fin, son á los que tenemos el honor de dedicar la siguiente historia, que abandonamos á su juicio y penetracion.

El dueño de un cortijo en una provincia de España, tiene tierra y rentas que bastan á mantener á seis. Este *rudo gachupin* no lo ha sido tanto que no sume lo que tiene y lo que gasta y reste lo que sobra ó lo que falta.

No ha sido tampoco tan rudo que haya despilfarrado parte del patrimonio en convivialidades ni gollerías, y el *rancio gachupin* tiene la curiosidad, á cada hijo que tiene, de recontar su haber, de introducir una economía ó dar un impulso á sus bueyes, para que se realice, y no por milagro, aquello de que cada hijo viene con su torta.

Esta economía produce á los doce años una cantidad efectiva; y un dia, dia del cumpleaños del jóven, su viejo padre, despues de haber llorado á solas, le dice:

—La tierra ya no alcanza para todos, ya está repartida, este es el patrimonio de tus hermanas doncellas.

Ya has visto como el trabajo, la economía y las buenas costumbres traen la riqueza, el bienestar y la paz del porvenir; tu corazon es mio porque yo te lo he formado, pero el mundo es tuyo, porque Dios lo formó para sus

hijos; en América hay mucho dinero, y los criollos de allá no quieren ganarlo como nosotros; vé á trabajar allá hasta que seas hombre, sin olvidar mis consejos. Toma mi bendicion.

El jóven recibe un boleto, un corto apunte con una direccion á Cádiz, otra á Veracruz y otra á México; una pequeña suma para gastos menores y una maleta.

En la última cena recibe las últimas caricias y las lágrimas de los que lo aman, y desaparece de la casa paterna, acaso para siempre.

El jóven no tiene mas nociones del saber, que los rudimentos de la primera educacion; tiene un capital físico que es una constitucion vigorosa y sana, resultado de las buenas costumbres, y un gran capital moral, inapreciable en el portal de Mercaderes: el culto al trabajo.

El mundo se reduce para el jóven español, durante diez años, á un mostrador y á una trastienda; pero merced á estas tres virtudes, trabajo, economía y órden, *el bruto gachupin* está á los diez años en aptitud de prestaros, *brujas encanijados*, perezosos y maldicientes, algunos importantes servicios.

He aquí el remedio contra el pauperismo: pero no hay que cansarse; las hojas sueltas no tienen remedio; nacieron todos para diputados, para generales, para administradores de aduanas, para señores, para personajes, y no para vender cominos ni aguardiente; de manera que mientras los comineros se hacen señores, vosotros, gusanos del

gran queso de la patria, esperais tranquilos la redencion ó la muerte.

En estos momentos empezamos á concebir esperanzas para el porvenir, contemplando un síntoma raro.

Entre las redenciones milagrosas, que van escaseando, tenemos el placer de contar *la revolucion;* esta soñada y colosal ventura se está acochinando; el país no se ha incendiado; la mancha de aceite no se ha expandido en el papel de estraza; será ya otra gota de esta clase que se evapora despues de las de San Luis y la Ciudadela.

¡Si habiamos de salir ahora con la noticia fresca de que ya se acabaron las revoluciones!

CAPITULO XXVII.

LAS PIEDRAS RODANDO SE ENCUENTRAN.

La familia que se abrigaba bajo el techo de doña Atanasia, tenia todas las condiciones necesarias para no vivir en paz; y el único vínculo de union, aparentemente tranquila, el dique que contenia el torrente de todos los disgustos, como sucede en muchas familias, era el bolsillo de D. Fernando.

Un cambio repentino en los asuntos de este buen señor, lo obligó á venir á México para seguir un ruidoso pleito sobre sus intereses; y excusado [illegible] que,

supuesto que D. Fernando no era hombre que quitara el dedo del renglon, determinó mover tambien *á la familia*.

Pico, Isolina y doña Atanasia, llegaron á México, donde el destino tenia ya preparada una de esas catástrofes finales que en la vida real marcan los periodos, ó son el término de una historia que pasa desapercibida, y que para el novelista son ese *tableau*, tan necesario desde los griegos, para que el lector ó espectador no se quede abriendo la boca.

Doña Atanasia era una *hoja suelta*, y Pico é Isolina, otras dos *hojas sueltas*.

México es el cauce final, en el que todas las hojas sueltas de bastidores y de otras partes, vienen á encontrarse.

Romero del Campo, (¡Romerote!) y su señora, acababan de llegar tambien.

Don Pepe García era diputado.

El poeta Fuentes habia venido con D. Pepe García.

Don Fernandó tomó un cuarto en el Hotel de Iturbide; Pico, Isolina y doña Atanasia, tomaron una vivienda en una casa de vecindad en la calle del Leon.

Don Pepe García y Fuentes, tomaron un cuarto con dos camas en el Hotel del Refugio, y Romero vivia en una vivienda de la calle del Factor.

Don Fernando vivia solo, comia solo y andaba solo; de dia vestido de negro, y de noche embozado en su capa española.

Romero compró un chaleco rojo en la calle del Refugio número 7, y una corbata color de yema de huevo con

listas negras; se calzó unos botines de charol primorosamente pespuntesdes de blanco, obsequio de un ex-telonero á D. Gervasio su patron, se puso un gaban color de yesca, y guantes verdes; se bañó y se hizo rizar el pelo el primer dia, y se soltó por esas calles de Dios, con todo el brio, con toda la visualidad de su orgullo artístico, levantando la frente.

María del Cármen habia aceptado la segunda faz de la artista: quiere decir, no se habia exhibido deslumbrante y abigarrada, sino que habia permanecido en su habitacion en medio de la incuria y el desaseo, como la única prenda sensible entre todas las prendas de su abundante vestuario que llenaba todas las piezas de la casa, cuyas paredes estaban literalmente cubiertas de espadas, trusas, ropillas, mantos, tricornios, pelucas, botas, armaduras, hábitos, mitras, pantalones, crinolinas y todo un mundo de relumbrones y trapisonda que constituye el nido de una dama kaleydescópica.

Los actores revolotean al rededor del teatro, como las palomas á las inmediaciones de la troje, como pululan las hormigas al rededor del dulce; de manera que cuando los actores no hablan, ven, pero en el teatro.

Todo empresario tiene la amabilidad de permitir la entrada el teatro á todos los actores en receso, ó de otro teatro; cordial galantería, que no tanto el empresario como los actores mismos, se esmeran en sostener, concurriendo con solicitud, y con el loable fin de comerse los unos los otros.

La localidad destinada para el empresario del teatro Nacional entonces, era los palcos segundos vacios de la izquierda.

A las siete y media, D. Gervasio Miguel Romero del Campo y su señora se presentaron en la contaduría del teatro.

—Caballeros, buenas noches.

—Buenas noches, D. Gervasio.

—Mi señora, dijo Romero.

Hubo un movimiento de sombreros en la contaduría, acompañado de un rumor.

—Puede usted pasar á los segundos, dijo el boletero.

—Gracias, dijo Romero; si debo pagar mis asientos.... agregó poniéndose la mano en la bolsa del chaleco.

—No, señor Romero, que disparate; puede usted pasar.

—Gracias, gracias, caballeros, y con su permiso.....

—Vaya usted, vaya usted.

—Muy buenas noches, señor Romero.

—Buenas noches.

Romero se colocó á poco en el palco segundo numero 6. En el palco número 5 estaban Pico, Isolina y doña Atanasia. En el numero 4 estaba la pareja Pintado, aquella figurante á quien le decian *la pelona*, y la característica de la compañía de Romero.

Detras de Pico y de Isolina estaba una figura completamente arrebujada en una capa española.

Debemos retroceder para seguir los pasos de D. Pepe García y de Fuentes, desde la mañana de ese dia.

ISOLINA.

Lit. Villasana y C.ª

Aqui están los SORBETES.

Ni Fuentes ni D. Pepe habian dormido bien; cada uno tenia un mundo en la cabeza, aún eran presa del desvanecimiento de la diligencia y de lo mucho que habian comido en la fonda francesa.

—Buenos dias, Fuentes, dijo D. Pepe á las seis de la mañana, ¿está usted despierto?

—¡Vaya, dijo Fuentes, hace rato!

—¿Qué le parece á usted México?

—¡Muy bonito! ¿y á usted?

—Hombre, si no fuera por el ruido!.....que de gente! que gritos! que de coches! y que de vendimias! No me han dejado dormir en toda la noche.

—Yo creo que hay muchas gentes que no duermen.

—Por lo menos han pasado coches hasta las dos de la mañana.

—¿Qué le pareció á usted la comida, D. Pepe?

—¡Hombre, esas sopas francesas son detestables y sobre todo, muy caras!

D. Pepe y Fuentes tuvieron abundante materia, haciéndose mútuas preguntas sobre sus impresiones, hasta las ocho, hora en que tocaron á la puerta.

—¿Quién? preguntó D. Pepe, que estaba vistiéndose.

—Pase, dijo Fuentes.

La puerta se abrió y entró un oficial de sombrerero, trayendo dos sombreros altos.

—Aquí están los sorbetes.—¿Sorbetes se l[illegible] Don?

D. Pepe García no le llamaba á Fuentes de otro modo, porque se le olvidaba su nombre, siempre le llamaba Don.

—Tambien les dicen cubetas, dijo Fuentes.

—¡Caramba! esclamó D. Pepe, es mucha torre está para un cristiano! ¡A ver!

Y en camisa, como estaba, se puso el sombrero, y se vió al espejo.

Fuentes saltó de la cama, y se probó el suyo.

—Pero, ¿qué, no estará muy alto, Don?

—No, D. Pepe, qué alto; si así los usan todos.

—Oiga, amigo, le dijo D. Pepe al sombrerero; que le corten al mio como cuatro dedos.

A Fuentes le costó trabajo persuadir á D. Pepe á que aceptara el sombrero tal como venia.

Don Pepe pagó, refunfuñando, los diez pesos, y como el criado de la sombrerería se quedara esperando, D. Pepe dijo:

—¡Ah! que amigo! y ahora tambien querrá su gala; pues hombre, en este México me voy á arruinar, ¡ah! como son todos! ninguno dá paso de balde, ¡vaya, ahí está eso y váyase! El criado se fué y D. Pepe continuó:

—Pues yo lo que siento es, no poder ir á la Cámara vestido *como quiera*, porque eso de ponerse el *guandambur* todos los dias y *sorbetorio;* ¿sorbetorio se llama, Don?

—No, Don Pepe: *sorbete.*

—Y luego, que con un aguacero, adios de cinco pesos ¡pues figúrese!..... sobre la seda..... ¿que va á aguantar?

—Para eso hay coches y paraguas.

—Yo traje mi manga de hule por si acaso.

—Pero no se la vaya V. á poner, D. Pepe.

—¡Adios! ¿y por qué?

—¿Con sombrero alto y manga?

—Pues lloviendo.....

—Se reirán de usted.

—¡Pues hombre!..... pues aquí de todo se rien, ¿sabe que son muy risueños en México?

—Es la civilizacion, dijo Fuentes.

—¡Ah que usted!—Y usted que sabe mas de eso, ¿aquí donde rasuran?

—En las peluquerías.

—Pues ahora iremos.

Una hora despues D. Pepe y Fuentes salian del hotel con la firme conviccion de que todos los que pasaban junto á ellos, se fijaban en sus sombreros altos.

—Oiga, Don, ¿no ve como nos miran?

—No haga usted caso.

—Si alguno se ria de mí le pego.

Entraron á la peluquería de Escabasse y se sentaron cada uno frente á un espejo. Un pilluelo aprendiz hizo una seña á sus compañeros mostrándoles el cepillo de la tortura final: los demas aprendices y *oficiales* se dispusieron á presenciar una escena mas animada que las de costumbre.

Los peluqueros, que en materia de pelos son voto de calidad, son los que conocen mejor que nadie le plo dee

la dehesa; y las respectivas melenas de Don Pepe y de Fuentes venian oliendo á pueblo sin poderlo remediar.

El peluquero emprendió la trasformacion con entusiasmo y sin consultar al paciente ni sobre la forma ni sobre la calidad del afeite: despues de la poda le regó la cabeza con agua aromatizada y metió los diez dedos en el bosque talado para domeñar los erizamientos, para aplacar las insurrecciones, y usó del cosmético, del aceite y de la pomada, del peine, y hasta de la media caña, para abatir á los últimos mechones rebeldes.

Aquella batida, aquella tanda de presiones no todas suaves, llegó á persuadir á Don Pepe, de que la civilizacion tiene dolorosas exigencias; pero cuando se vió despojado de la toalla y la bata, cuando el ejecutor le habia pasado el último cepillo, cuando por fin soltó á su víctima, fué cuando Don Pepe estuvo á punto de renunciar al aseo para siempre.

El aprendiz se habia lanzado contra él, cepillo en mano, pero no con un cepillo de cerda, sino con una verdadera escoba de bejucos; y con el objeto de no dejarle pelo ni pelusa, lo barrió de piés á cabeza con una solicitud infernal, con un entusiasmo digno de mejor causa.

Don Pepe esquivaba el rostro por temor á un arañazo de la formidable escoba, que sentia tan pronto por las manos, como por el vientre, por el cuello, por los piés y por todas partes, al grado de parecerle que eran diez ó veinte los muchachos que lo cepillaban; pero por un esfuerzo de amor propio, resistió el chubasco imperturbable, no sin

censusar amargamente en su interior ese bárbaro refinamiento del aseo mexicano.

—Este bruto hará todo esto por que le dé algo, pensaba Don Pepe, aquí es necesario dar á todo el mundo.

—Toma, le dijo al incansable chico dándole un real.

El aprendiz se tranquilizó completamente.

La misma escena se habia efectuado con Fuentes, pero como ninguno de los dos habian vuelto á hablar ni á verse, estaban ignorantes el uno de lo que pasaba al otro.

Ya creían haber dado fin al sacrificio, cuando el peluquero preguntó á Fuentes:

—¿Un poco de aroma?

Fuentes contestó afirmativamente, por el deseo que tenia de saber de todo y por temor de parecer inculto si se negaba, de manera que no comprendió la pregunta pero dijo secamente:

—Sí.

—¿Aroma? le preguntaron á D. Pepe.

Y D. Pepe repitió el sí de Fuentes.

Los dos ejecutores simultáneamente soplaron con el pulverizador á la cara de Fuentes y de D. Pepe.

Fuentes se sostuvo, pero D. Pepe dió un brinco que arrancó una carcajada á los oficiales y aprendices de la peluquería.

El soplador siguió inundando el ambiente de aromas.

D. Pepe se repuso, pero no pudo menos que sacar su mascada para enjugarse la cara.

Hasta entonces D. Pepe y Fuentes pudieron dirijirse

una mirada, mirada intraducible, elocuente, la mirada de dos víctimas.

D. Pepe pagó y tan luego como pudo hablar á Fuentes le dijo:

—¡Como nos han sobado!

Mientras D. Pepe fué á la Cámara, Fuentes se ocupó de hacer varias compras y de ponerse al tanto de los usos y costumbres de la capital.

CAPÍTULO XXVIII.

EN EL CUAL TERMINA LA PRESENTE HISTORIA.

DON Pepe García y Fuentes fueron al teatro: se instalaron bien temprano en sus asientos y no osaron antes de levantarse el telon, ponerse de pié para mirar á la concurrencia: no estaban provistos de anteojos, circunstancia que hizo notar Fuentes á Don Pepe, quien resolvió hacerse de ellos á toda costa al dia siguiente.

En el primer entreacto Fuentes, mas observador que D. Pepe, pudo notar que en los segundos estaba María del Cármen; y lleno de alborozo dijo á D. Pepe:

—Mire usted quien está allí, D. Pepe.

—¿Quién, Don?

—María del Cármen, nuestra amiga la actriz.

—¡Ah! exclamó D. Pepe, ¿pero es ella?

—La misma.

—¿Y qué hacemos? ¿Necesitaremos pagar para subir á los palcos?

—Creo que no, ¿vamos?

—¿Y si levantan mientras el telon?

—Tenemos tiempo.

—Pues vamos.

Fuentes tomó las señas del palco, y le pareció que estaba resolviendo un difícil problema de distancias, cuyo resultado habia de ser dar con el palco que precisamente debia tener número 6 ó número 20.

Fuentes guiaba á D. Pepe y cuando ambos llegaron á la puerta de los segundos, D. Pepe saludó afectuosamente al boletero y le pidió permiso para pasar al palco del señor Romero del Campo.

En el pequeño cuadrado que forman los cuartos de los palcos números 5 y 6, estaban Romero del Campo y su señora. Aquel lugar no es precisamente de los mas iluminados en el tránsito de los palcos, de manera que al presentarse D. Pepe y Fuentes no fueron al pronto reconocidos.

—¡Señor Romero del Campo! dijo D. Pepe.

—¡Caballero! contestó Romero.

—Soy García, el de Santa María del Rio.

—¡Ah! señor D. Pepe! tanto bueno por aquí!

—Y yo soy Fuentes.

—¡Ah! amiguito.

—¡Fuentes! exclamó Carmelita; ¡Don Pepe!

En el palco número 5 se oyó una exclamacion y cierto movimiento que no fué notado por D. Pepe.

Pico acertó á salir del palco número 5 en aquel momento, para conseguir un vaso de agua para Isolina que se habia indispuesto.

Isolina habia oido la voz de D. Pepe y le habia oido llamar por su nombre.

Pico tambien habia oido hablar á D. Pepe, pero estaba muy lejos de reconocer su voz.

Isolina estaba sentada inmediata á la puerta.

Don Pepe pudo contemplarla.

El tigre dominado dentro de una jaula por espacio de algunos meses y que un dia hostigado por un muchacho que le pica, se eriza y ruge, podia dar una idea de la trasformacion que se operó en D. Pepe, al reconocer en Isolina á aquella Guadalupe, cuya pasion le habia obligado á cometer tantas atrocidades.

Isolina no quitaba los ojos de D. Pepe, pero en su mirada atónita habia el aspecto de esa fascinacion del pajarillo en presencia del boa.

No sonaba una palabra, ni una sílaba; y sin embargo, la actitud de D. Pepe y de Isolina revelaron instantáneamente un drama oculto y terrible.

D. Gervasio, María y Fuentes estaban esta[illegible] Fernando, pues como habrá [illegible] el lect[illegible]

otro el bulto de la capa española, miraba alternativamente á D. Pepe y á Isolina.

Así permanecieron todos por unos momentos, que parecieron horas.

Por instantes se desfiguraba el semblante de D. Pepe, en el vértigo de la pasion, y por momentos huia la sangre del rostro de Isolina, que llegó á tener el aspecto de un cadáver galvanizado.

—¡Conque eres tú!..... exclamó por fin D. Pepe crispando las manos y como queriendo devorar aquella presa.

Un estremecimiento nervioso agitó el cuerpo de Isolina y levantó un poco las manos, de las que se apoderó D. Pepe con una fuerza brutal y la arrancó de su asiento; atravesó con ella el pasillo y entró en un pequeño espacio que media entre el mismo pasillo y los cuartos de los palcos nones.

Siguieron á Isolina primero D. Fernando y Fuentes y despues todos los actores que ocupaban los palcos 4 y 5.

—¡Caballero! dijo D. Fernando interponiéndose entre D. Pepe é Isolina; esta señorita viene conmigo y no puedo permitir que se la ultraje.

D. Pepe sin oir á D. Fernando repetia:

—¡Conque eres tú!.... ¡conque te escapaste!.... ¡Conque te has burlado de mí!.....

Y lanzando un rugido sordo, desagradable y jadeante por la cólera apretaba los dientes y clavaba en Isolina sus ojos inyectados y brillantes.

Llegaba Pico en este momento con un vaso de agua, y

al ver á D. Pepe la sorpresa le embargó completamente, pero reponiéndose bien pronto colocó su cuerpo entre D. Pepe é Isolina, de manera que el cacique se vió precisado á verle, saliendo hasta entonces de su enagenamiento.

—¡Ah! es usted!..... sí..... usted es el que..... Y este caballero, continuó dirigiéndose á Don Fernando.

Esta escena estaba pasando con su público respectivo, pues Doña Atanasia, *la pelona*, María y los demas actores formaban un grupo.

—No estamos solos, D. Pepe, le dijo Fuentes al oido: prudencia.

—¡Ah!.... ¡ah!.... murmuró D. Pepe reponiéndose, los señores....los señores.... me harán el favor de disculparme.

Y como se dirijiera á los curiosos, estos se movieron, relajando la tension del grupo.

—Ya levantaron el telon, dijo la pelona, y todos se dirijieron á sus asientos.

D. Pepe, D. Fernando, Pico, Fuentes é Isolina se quedaron en el pasillo.

Doña Atanasia con la sagacidad y el egoismo que le eran propios, entró tambien al palco y cerró la puerta.

—Aquí hay algo de una gravedad que me alarma y creo que deberiamos proceder á fijar nuestros respectivos papeles en esta escena, dijo D. Fernando.

—Sí, continuó D. Pepe, usted, no está en antecedentes.

—En todo caso, observó Pico, la demanda la tomo por mi cuenta, señor D. Pepe García; cualquiera que sea el canacter que tomen los asuntos, no me parece que estos

se deben tratar aquí, ni mucho menos en presencia de Isolina.

—¿De quien? preguntó D. Pepe.

—De.....

—De Guadalupe querrá usted decir.

—Sí.

—Es que yo no abandonaré ya un solo momento á esta señora, dijo D. Pepe.

—Eso dependerá de varias cosas, replicó Pico.

—De mi voluntad, dijo enérgicamente Don Pepe.

Pico era el que estaba logrando mas que los otros el ser dueño de sí mismo, de modo que bien pronto recobró su carácter habitual y poniendo una mano en el hombro de D. Pepe dijo:

—Esta es la capital de la República y no Santa María del Rio, señor D. Pepe; y como yo ya tengo mis apuntes, no será extraño que los papeles comiencen á cambiarse.

—Es que yo soy diputado, dijo D. Pepe poniéndose bien y sin notarlo él mismo, su sombrero alto, con la misma naturalidad con que el militar dice «soy soldado» llevando la mano á la espada.

—Pero yo soy Pico.

—¿Y qué?

—Que tengo mis apuntes.

—Nada me importa.

—Lo dan á conocer á usted.

—Me conoce todo el mundo.

—No: solo yo; de manera, señor D. Pepe, que me permito, á fuer de director de escena, ordenar este asunto.

El señor D. Fernando, á quien presento á usted, es amigo mio y de..... ¿Guadalupe? ¿Guadalupe dijo usted? pues sea: el señor D. Fernando se llevará á Guadalupe.

—¿A dónde? preguntó Don Pepe con sarcasmo.

—Calma, señor D. Pepe, á donde usted no pueda tocarle unpelo.

—¿No?

—¡No! ¡no! ¡no! Pues se lo prohibo á usted.

—¡Mequetrefe! rugió D. Pepe.....

—Bajito, señor diputado, yo tengo la palabra para una alusion personal; reclamo el trámite porque, segun el reglamento, todavia no pasamos al terreno de los insultos, ni el pasillo de los palcos, es la mejor arena, ni la lengua por mas que sea arma de diputado es la que yo he elegido para batirme con usted.

—¡Batirse conmigo!

—No hay que asustarse, nada mas nos batimos mientras tengo el gusto de atravesarle el corazon, y una vez pasado de parte á parte con una finta en regla, es usted libre para tomar la palabra y para hacer lo que se le antoje.

—¡Usted me provoca!

—No, señor, le doy á usted la noticia.

—Señora, dijo Fuentes, estamos llamando la [illegible] y empiezan á percibirse.....

—Vámonos, D. Fernando.

Don Fernando ofreció el brazo á Isolina.

Pico se acercó al palco, y dijo á doña Atanasia:

—Vámonos.—Caballerito, continuó dirijiéndose á Fuentes, ¿tiene usted la bondad de ofrecer el brazo á la señora doña Atanasia? Por mi parte, continúo la importante materia que está á discusion; sigo con el uso de la palabra, señor D. Pepe García.

Y las tres parejas salieron del teatro.

Una vez en la casa de Pico, se convino que Fuentes no debia perder la funcion teatral; opinion que Fuentes acojió gustoso con objeto de anudar su interrumpida conversacion con María del Cármen.

Don Pepe, D. Fernando y Pico, tuvieron una larga y acalorada conferencia, en la que cada uno se colocó, con respecto á los otros dos, en el lugar que le correspondia.

Don Fernando, sosteniendo, mas que nunca, su papel de amigo sincero; pero pensando en que seria una dicha para él, que desaparecieran Pico y D. Pepe.

Pico por su parte sostuvo á sangre fria sus andaluzadas, y con el mas perfecto aplomo trató de persuadir á D. Pepe á que debia batirse.

Don Pepe, en quien obraba ya no solo la obcecada pasion por Isolina, sino lo violento de la situacion en que se encontraba, tuvo arranques en los que dió á conocer claramente la terrible lucha de sus pasiones salvajes.

Buscaba en vano una solucion favorable; pero no tenia mas recurso que la violencia; todo estaba en su contra, Isolina ya no estaba sola en el mundo, y sobre todo, Pico,

aquel Pico estoicamente resuelto, friamente dispuesto á matarlo, le parecia un instrumento providencial que le imponia cierta especie de terror supersticioso.

Don Pepe, en Santa María del Rio, se hubiera reido de Pico, y el considerarse en México le hacia pensar en que estaba aislado, y el apuntador aquel tomaba proporciones gigantescas.

El resúmen de sus tenebrosas elucubraciones fué este: No transijir con la idea de dejar á Isolina en poder de otro hombre.

—Si Isolina se muriera, pensó, yo seria un leon para batirme; pera la idea de dejarla en brazos de otro, me acobarda.

En seguida habló con D. Fernando, quien á su vez deseaba que el duelo tuviera verificativo, porque él seria el del provecho.

Pico estaba resuelto á no abandonar un momento á D. Pepe, supuesto que ya habia logrado intimidarlo.

Doña Atanasia se presentó de improviso en la sala.

—No queria avisar por no interrumpir, dijo, pero se hace indispensable.—Isolina está muy mala.

Efectivamente, aquel último golpe habia venido á decidir un funesto trastorno en la constitucion ya débil de Isolina. Habia caido en una postracion horrible, y su semblante seguia mas y mas desfigurado.

Don Fernando se encargó de salir á buscar un médico mientras Pico y doña Atanasia prodigaban á la enferma los auxilios que les sugería su cuidado.

Don Pepe tuvo ocasion de contemplar á Isolina, y la dominaba, aún en medio de su alarmante estado, con la mirada ardiente de su infernal pasion; buscaba en las ondulaciones de la ropa las líneas de aquel cuerpo deseado, y una mezcla de rencor y de lascivia, de pasion y de ódio imprimian en la fisonomía del cacique una expresion tal, que doña Atanasia al contemplarlo, se espantó sin comprender la causa, y murmuró para sí:

—¡Qué hombre tan antipáticol

Vino el médico y prescribió que se atendiera á la enferma sin pérdida de tiempo; recetó y se puso en disposicion de ayudar personalmente á hacer la aplicacion de las medicinas.

Ante aquella inmediata desgracia, se estableció una espontánea suspension de hostilidades, y cuando se trató de ir á la botica, D. Pepe dijo:

—Eso me toca á mí; y tomando la receta salió de la casa, corrió, mas bien que anduvo, el tramo que media entre la calle del Leon y el hotel del Refugio; á la luz del primer farol leyó la receta y en seguida, mordiéndose una mano hasta hacerse sangre, se quedó como petrificado.

La calle estaba en perfecto silencio, y la figura de D. Pepe se destacaba al pié de un farol como si fuera una estátua; pero de repente se oyó una extraña risa, una risa que hubiera hecho pensar á algun transeunte en las penas eternas, y D. Pepe echó á andar precipitadamente, y llegó al hotel antes que á la botica.

Fuentes despertó pero no chistó, porque preferia seguir

soñando con María; notó lo que hacia D. Pepe y antes de saber si D. Pepe se habia acostado, se volvió á quedar dormido.

Don Pepe volvió á la casa llevando la medicina, que consistia en una pocion narcótica, que debia ministrarse por cucharadas.

Don Pepe tenia algo de médico, como casi todos los caciques.

A la primera cucharada la enferma pareció tranquilizarse; el médico se retiró ofreciendo volver al dia siguinte.

Mientras la enferma dormia, Pico y D. Pepe arreglaron su duelo definitivamente para el siguiente dia.

Doña Atanasia siguió ministrando hasta tres cucharadas.

Trascurrieron dos horas mas en el mas profundo silencio, silencio pavoroso durante el cual cada uno de los actores de aquella escena estaban entregados á horribles ideas.

Un grito de doña Atanasia rompió súbitamente el silencio.

—¡Isolina se muere!

Todos se precipitaron á la recámara.

Isolina estaba exhalando el último suspiro.

Hubo un momento de confusion.

Pico cayó á los piés de la cama, preso del dolor mas grande y mas profundo.

Don Fernando estaba estático.

Doña Atanasia llorando, en la cocina.

Y un rayo de luz de la mañana heria al través de un

cristal la descompuesta fisonomía de Don Pepe, cuyos ojos parecian aún devorar las líneas de la muerta.

La justicia eterna estaba alumbrando con un rayo al único sér que no lloraba.

Pico y D. Fernando no podian ver á D. Pepe porque sus lágrimas se lo impedian.

Don Pepe tocó en el hombro á Pico y le dijo:

—¿Vámos?

—¡Paz! dijo Don Fernando, con tono solemne; todo es inútil.

¡Lloremos!

.....

A la tarde siguiente Pico y Don Fernando dentro de un coche acompañaban al carro fúnebre, que conducia á Isolina á Santa Paula.

Isolina murió pura, víctima de su honor; y su memoria es ese aroma imperecedero único homenaje digno de la virtud y del amor.

Don Fernando perdió su pleito, y se volvió á Toluca para acabar sus dias al lado de una loca.

No volvió á salir de noche.

Pico con el alma hecha pedazos, procuró alejarse de México, y emprendio un viaje á Yucatan para unirse con sus parientes.

Un dia, despues de los primeros, en los que no pudo mas que llorar, pensó, cuando iba caminando, en que no habia matado al cacique.

—Que viva, exclamó, la muerte es la paz; la vida del

criminal es la conciencia que grita, es el remordimiento que no puede matarse á sí mismo.

Pico tenia razon.

El autor entrega á la execracion pública y perenne al cacique, con la íntima conviccion de que la verdad y la justicia, como los formidables gigantes de la eternidad, ahogan al fin el alma de los delincuentes en la amargura del remordimiento, en la desolacion del precito condenado por sus propias obras.

FIN.

INDICE.

CAPITULO I.—Una compañía dramática en faz de viaje..... 7
CAPITULO II.—Entrada de la compañía dramática al pueblo de Santa María del Rio..... 17
CAPITULO III.—En el cual se dan mas noticias de D. Pepe García y de otras varias atrocidades. 33
CAPITULO IV.—Un poco horripilante; pero por desgracia verosímil..... 47
CAPITULO V.—Se levanta el telon..... 59
CAPITULO VI.—Dos entrevistas..... 73
CAPITULO VII.—Un dia de campo en Guanajuatito. 87
CAPITULO VIII.—En el cual empieza el lector á seguir muy de cerca los pasos de Isolina..... 109

CAPITULO IX.—Entra la compañía dramática en plena anarquía..... 121
CAPITULO X.—Sigue la compañía recorriendo el camino de la gloria..... 135
CAPITULO XI.—El primer susto de Pico y la primera representacion dramática..... 149
CAPITULO XII.—En el que el autor se permite una digresion séria y de actualidad..... 167
CAPITULO XIII.—El público y los beneficiados... 177
CAPITULO XIV.—Isolina hace su primera salida de figurante..... 187
CAPITULO XV.—Isolina, la comadre de Pico y el de la capa..... 207
CAPITULO XVI.—En el que se vé que la carrera del teatro no es una senda de rosas..... 219
CAPITULO XVII.—Un jóven audaz..... 231
CAPITULO XVIII.—En el que se vé cuán apreciable es un hombre «que es así.»..... 241
CAPITULO XIX.—Milagros del amor..... 253
CAPITULO XX.—El pópulo bárbaro..... 363
CAPITULO XXI.—Los pseudo-artistas..... 277
CAPITULO XXII.—La nueva artista..... 289
CAPITULO XXIII.—La pirmera representacion..... 299
CAPITULO XXIV.—En el cual continúan las dulzuras de la carrera dramática, siempre diferenciando..... 311
CAPITULO XXV.—Algunas cositas á propósito de esto: La familia..... 319

CAPITULO XXVI.—Continúa la importante materia tocada en el capítulo anterior.—El pauperismo..... 333
CAPITULO XXVII.—Las piedras rodando se encuentran..... 341
CAPITULO XXVIII.—En el cual termina la presente historia..... 351

COLOCACION DE LAS ESTAMPAS.

Pico 8
Don Pepe García 20
Las amistades 22
Los dos bandidos 50
Don Gervasio M. Romero del Campo 60
Pepa á las once del dia 100
Pepa á las once de la noche 102
Don Fernando 216
La víctima 316
Aquí están los sorbetes 345

INTERESANTE

A los Sres. Suscritores y Corresponsales.

La sensacion que ha producido esta notable publicacion y la favorable acogida que el público le dispensa constantemente, nos ha obligado á pedir al autor otras cuatro novelas, que anunciamos hoy en avisos separados; y con objeto de que las personas que gusten suscribirse nuevamente no carezcan de alguno de los tomos que formarán la coleccion, les manifestamos que aun queda un corto número de ejemplares de las tres primeras novelas y que encuadernadas á la rústica se venden en el despacho de esta imprenta al precio de suscricion.

Estas novelas son:

ENSALADA DE POLLOS.

[Historia de estos tiempos que corren, tomada del *carnet* de Fácundo.]

Consta de ocho entregas y ocho estampas. Vale un peso en México, y doce reales fuera, franca de porte.

HISTORIA DE CHUCHO EL NINFO.

Con datos auténticos debidos á indiscreciones femeniles
(de las que el autor se huelga).

Consta de diez entregas y diez estampas. Vale diez reales en México, y quince fuera, franca de porte.

ISOLINA LA EX-FIGURANTE.

(Apuntes de un apuntador).

Consta de diez entregas y diez estampas. Vale diez reales en México, y quince fuera franca de porte.

NOVELAS EN PRENSA.

LAS JAMONAS.

(Secretos íntimos del tocador y del confidente).

LA PELEA PASADA.

(Exhumaciones sociales).

DON TIMOTEO EL IMPERIALISTA.

(Memorias de la época de bendicion).

LAS GENTES QUE "SON ASI."

(Perfiles de hoy).

Está abierta la suscricion y se reciben pedidos por toda la coleccion, ó indistintamente por una ó mas novelas, y por una ó mas entregas semanarias.

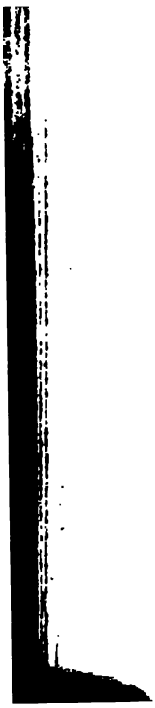
IGNACIO CUMPLIDO,
editor.

LAS JAMONAS.

LA LINTERNA MAGICA.

TOMO CUARTO.

LAS JAMONAS.



LA LINTERNA MÁGICA. v. 4

LAS JAMONAS.

SECRETOS INTIMOS DEL TOCADOR Y DEL CONFIDENTE.

NOVELA POR

FACUNDO.

Y dijo el Señor Dios á la muger: ¿Por qué hiciste esto? Ella respondió: La serpiente me engañó y comí.

GEN. CAP. III, v. XIII.

MEXICO.—1871.

Ignacio Cumplido, editor é impresor, calle de los Rebeldes número 2.

AL DOCTOR PEREDO.

Querido Manuel:

Le dedico á usted este libro, no por lo que vale, sino porque los libros viven mas que los hombres.

Aun con el temor de que mis obras no perpetúen mi nombre, quiero unirlo al de usted en un estrecho abrazo, para que juntos los encuentre aquel que mañana lea en este libro algo que le sea provechoso.

Así recogeremos usted y yo el fruto de sus buenos consejos.

FACUNDO.

CAPÍTULO I.

Ó SEA INTRODUCCION INDISPENSABLE Á LA MONOGRAFÍA DE LA JAMONA.

LA jamona es una individualidad cuyos perfiles se escapan fácilmente al mas sagaz observador.

La jamona no se llama así por razon de las materias grasas que se modifican y consumen en su economía animal; la jamona es un verdedero tipo que frente á frente de la filosofía moral desafía á mi pluma, me provoca con sus sonrisas de perlas falsas, con su castaña de rizos de otra y con toda su letra menuda.

Jamonas, jamonas: Facundo tiene el honor de saludaros

muy afectuosamente. Ya no hay remedio; lo dicho: ha beis acertado á pasar por el foco luminoso que proyecta la *linterna mágica*, y me perteneceis.

No os haré daño; no tocaré lo aterciopelado de vuestra piel, bien conservada y de una frescura significativa. Amables jamonas, no vacilo en deciros que me sois simpáticas como un libro de cantos rojos.

Me voy á permitir algunas inocentes libertades á propósito de vuestras estimables prendas, aunque no sea mas que por hacer lo que han hecho todos los filósofos antiguos y modernos.

En la juventud hincamos el blanco diente en cualquier *camuesa* rubicunda con el placer con que lo hicieron *Salicio y Nemoroso juntamente;* pero apenas se nos indigesta la manzana, nos da por sábios, y disertamos sobre la fruta con igual formalidad que si habláramos de astronomía; y entonces es cuando salen por ahí mas de cuatro verdades como un puño, relativas muy especialmente á la *camuesa*, á sus *pepitas*, á sus colores, á su aroma, á su tez, á su ácido *málico*, á su pedículo, á sus principios nutritivos, á su reproduccion y á todas sus particularidades.

No ha bajado un solo hombre de talento á la tumba sin que antes os haya besado primero como á flores y despues os haya mordido como camuesas; y á la verdad, por mi parte os confieso que no dejaré de hacer lo que esos señores, siquiera por parecérmeles en algo.

No os hablo de la aficion particular que tengo á besar

flor y á morder camuesa, porque ya me la habeis adivinado en lo blanco de los ojos; y con esta seguridad me prometo que no me tachareis de hombre de mal apetito, ni de refractario á vuestros encantos que soy el primero en enaltecer.

Decididamente, me sois profundamente simpáticas y no me rebajo.

En primer lugar, sois flores gordas: circunstancia que aboga á favor, no solo de la calidad, sino de la cantidad de miel que dais.

Yo os he visto reir delante de una florecita azul, pálida, muy pequeña, que se llama «no me olvides;» os he visto hacer un precioso gestito de desden al ver la alfombrilla, y la *fuhsia*, y el plúmbago, y el clavel, y otras flores pobres de esencia, y sobre todo de miel; y todo porque teneis provisto suficientemente vuestro nectario con la coseeha de vuestra primavera.

Acopiásteis miel vírgen para toda la temporada, para darla despues á probar á gotitas y sin desperdiciarla.

Sois lo mas astutamente previsor que yo conozco.

Teneis atingencias y previsiones llenas de *esprit*.

Entremos á cuentas.

En el libro que se está escribiendo desde la creacion del mundo, titulado «la mujer,» vosotras las jamonas estais dictando casi todos los capítulos.

La juventud está dividida en pequeños tratados sueltos; unos, dulcecitos y tiernos, firmados por una tórtola; otros, espeluznantes y descomunales, [illegible] por es-

critores desmelenados y furibundos, por Espronceda, por Víctor Hugo jóven, por Rivera y Rio antes de hacer política, y por Antonio Plaza.

Vosotras teneis el monopolio de la miel. La primera jamona que conozco es Cleopatra. Os presento por delante ese precioso tipo para que no desconfieis al leerme.

Cleopatra tuvo todo el *chic*, que solo en jamona se concibe, para purgarse con algunos gramos de fosfato en forma de perla, valuada en 25,000 duros.

Hé aquí á la mujer. Hé aquí á la jamona.

Semíramis fué otra jamona de gusto. Desafío á todas las pollas del mundo y de todas las épocas á que hagan lo que Semíramis.

Queda sentado que la jamona es capaz de digerir perlas y de hacer ciudades.

¡Y qué perlas!

¡Y qué ciudades!

Babilonia debia ser obra de jamona, por lo costosa y lo elegante que era.

Desde el momento en que la mujer pasa del estado de flor elegible al de flor que elige, entra en un mundo tal de secretas combinaciones y peripecias, que la rapidez de la escritura es una rémora para decir todo lo que á las mientes se viene de sabroso y digno de contarse.

Figuraos una jóven en quien la madre naturaleza no tuvo á bien hacer esas fatales inoculaciones que han dado en convertir á la presente generacion femenina en espárragos con faldas.

Excluid la clorósis y otros achaques de esa jóven, y no la permitais ni la descendencia: dejadla entrar con todo el caudal de su juventud en la edad de la mujer.

Dejadla aún madurarse hasta el momento en que tal ó cual lesion del tiempo le viene á hacer cierto género de advertencias; observadla bien, y encontraréis á la jamona en toda su preponderancia.

Fuera de esa primera juventud que devora la polla, y que se monopoliza en el matrimonio ó se encanija para ingresar al gremio de las simples tias, la mujer en la segunda edad, en el legítimo estío, en la sazon, en el punto, es admirablemente curiosa.

En ese punto es en donde el autor de este libro tiene puesto el ojo; ese punto es el que señala con el dedo por doble indicacion; de ese punto, como el de la roca que tocó Moises, brotará todo lo que en adelante escribirémos hasta el índice del volúmen.

Lelos, hace tiempo, ante la moderna filosofía de la mujer, nos hemos sentido inclinados á consignar nuestras observaciones en tal ó cual libro, que leerán las generaciones venideras con cara de sordo.

Esa filosofía, que podriamos llamar parisiense, es el código de la jamona; y la jamona no es precisamente parisiense, ni la parisiense nos importa un rábano; la jamona nacional es el objeto de nuestra atencion y de nuestros miramientos; la jamona de la capital, clasificada en ejemplares diversos del mismo tipo.

Será objeto de nuestra observacion la mujer, desde

que, llevando algun tiempo de serlo, está en la difícil posicion de esas flores que respetó la mano del ramilletero, y que esperan deshojarse al menor soplo de la brisa.

Una mujer, resolviendo el viejo problema de la iniciativa en amor, es una joya para el escritor de costumbres.

Necesariamente esta contravencion trae, en el símil de la naturaleza, estos fenómenos.

Una flor que murmura y un céfiro que se deja besar por la flor.

Un cáliz lleno de miel, distribuido como quincena por la propietaria del cáliz, por medio de nómina y recibos.

Una flor, que en lugar de dejarse deshojar por los céfiros, los tiene á sus órdenes como sus afectísimos servidores que besan sus piés.

Una flor que admite á discusion á cualquier mosco que necesite miel.

Táchese de poco fecunda la materia: desafío al naturalista á que me diga que no merece un tomo una flor de esta clase.

Esta individualidad pertenece á la gloriosa época presente, en la que, el hijo de Vénus tiene el ojo mas abierto que un lince, y sobre todo, un bozo que le ha salido por la fuerza de la experiencia.

Por mi parte, apechugo cariñosamente con la tarea de penetrar al tocador de la jamona, ó de colocarme al otro extremo de su confidente y emprender sabrosas pláticas, para pillarle mas de cuatro secretos buenos.

Me resigno hasta á participar de la quincena de miel,

siquiera como empleado auxiliar y supernumerario; resignacion que no por fácil deja de tener su mérito.

La Margarita del Fausto, Julieta la de Romeo, Laura, Beatriz y todas esas pollas clásicas, viven con su fama incólumes en el relicario de la tradicion; pero ¿y la Herodías, que, aunque para su época era jóven, sabia ya del *pe* al *pa* el código de la jamona; péro Lucrecia, que mataba moscos chupadores de miel, como esa flor que cierra sus pétalos condenando á prision perpétua á los ladrones; y la reina Margarita y Marion Delorme, cuyo *carnet*, sin patente de sanidad, tiene el honor de colocarse en las bibliotecas públicas y privadas?

Ahí está la mujer, ahí está la flor gorda, henchida de miel y de principios: ahí está la jamona fecunda en axiomas, máximas y problemas.

En ella está el amor de Roma, de Pompeya y de Paris, el amor-áspid, el amor-ecuacion y el amor-vapor.

Esos corazones son los que han inspirado á algunos la palabra *pliegues*, y los que, amurallados como Babilonia, desafian al fisiólogo, al poeta, al guerrero y al cartujo.

Contra esos corazones emprende hoy Facundo su lance de armas, pluma en ristre, y con la sonrisa en los labios.

Nos verémos.

CAPITULO II.

ENTRA EN ESCENA UNA MUGER ENTERAMENTE PARECIDA A UNA JAMONA.

AMALIA es una señora muy elegante: se presenta en todas partes ostentando un refinamiento tal y un gusto tan esquisito para vestirse, que el áspid de la envidia ha picado ya á algunas señoras muy mas encopetadas que Amalia.

Amalia es una criatura feliz: vive en una atmósfera de bienestar y de *confort* que parece confeccionada adrede para ella.

Tiene una clave, clave misteriosa y casi equivalente á

la piedra filosofal, clave que bien pudiera llamarse la Pata de cabra ó los Polvos de la Madre Celestina, porque es el resultado filosófico-químico de muchos ingredientes de la civilizacion actual.

Amalia ha adquirido legítimamente el derecho de propiedad de ese amuleto maravilloso que la hace rebosar felicidad por todos los poros de su cuerpo.

Facundo se ha salido de sus casillas retorciendo los tornillos de su aparato como un fotógrafo para aplicar á tiempo el foco de su linterna mágica, y cada vez que ha logrado atrapar un dato, un perfil, una faceta de ese brillante cintilador, ha debido (aunque no lo ha hecho) exclamar *¡Eureka!*

A la fecha el autor tiene lo bastante para hacer la presentacion.

Observemos.

Cuando un reloj que sirve de taburete á una Leda de bronce frances imitacion del antiguo, dá las once, Amalia ha liquidado sus cuentas secretas con el tocador, ha dirijido ya la última mirada á la luna ovalada y ha dejado escapar una última sonrisa.

Sonrisa supernumeraria, excelente, sin dedicatoria y sin resultado como el tiro de prueba, no para ensayar la puntería sino el arma.

Amalia pasa del tocador al saloncito, en donde lo primero que saluda es el ramillete que recibió ayer.

El saloncito tiene muebles tapizados de tripe rojo, cortinas de punto, alfombra blanca con ramos de flores, mesa

Amalia.

estorbo, dos sillones de bejuco del Norte, candelabros y espejos.

Amalia está lo que se llama bien vestida, y en cada uno de los detalles de su persona hay algo que observar, ya sea la manga abierta que comete á cada paso la indiscrecion de permitir al ambiente que bese un pedacito de brazo mórbido como el de una estatua griega; ya es un guardapelo esmaltado que juguetea á cada movimiento, como el cascabel de un gato, sobre un lijero hoyito que Amalia tiene en la garganta; el tal guardapelo casi sigue los movimientos de la cabeza y está haciendo el papel de esas manecillas que en una esquina ó en una puerta quieren decir "por aquí;" ya es un rizito de cabello que cae sobre un lado de la frente y que está pretendiendo decir "aquí me quedé olvidado;" ese rizo es un acento circunflejo de la fisonomía de Amalia: ya, en fin, es un brazalete misterioso de pelo con broches de oro con iniciales, porque todo en Amalia está encerrando un misterio y un encanto.

Amalia tiene pájaros, pescados y macetas y ademas un perrito blanco como una greña de algodon; es un perro *monísimo*.

Las manos de Amalia son muy bonitas, y no contenta con que la madre naturaleza le dejase aguzadas las puntas de los dedos, se deja crecer las uñas y se las recorta en forma de lanceta.

Esto la obliga á ser cauta, á tentar quedito, á no cojer tierra y otras muchas cosas.

Amalia tiene una amiga de confianza, tan de confianza que fué su compañera en el Colegio de las Vizcainas.

La está esperando.

Esta amiga de confianza se llama *la chata:* así la decian todos; y muchos por no saber cual es su nombre de pila, la dicen *chatita.*

—¡Josefa! grita Amalia impaciente, ¿no ha venido la Chata?

—Sí, señora, contesta entrando una criada, cuyo traje tira ya á *traje de persona decente* y cuyo peinado tira ya á castaña clara: vino, pero dijo que iba al cajon y volvia.

Un cuarto de hora despues llega la Chata.

—¿Lo viste? dice Amalia á su amiga.

La amiga en lugar de contestar, buscó algo en la habitacion.

—Estoy sola, agregó Amalia.

—Lo ví, dice la Chata, sentándose en el otro extremo del confidente.

—¿Y qué?.....

—Hay mucho que decir.

—¡Ave María! ¿Ya te catequizó? ¿ya estás de su parte? ¿ya no puedo contar contigo?

—¡Espera, espera por amor de Dios! ¡qué violenta estás!

—Ya lo sabes: sí, es cierto; estoy en ascuas.

—Pues oye. Estaba muy enojado.

—¡Enojado! ¡No hay cosa peor que manifestar á los hombres todo nuestro cariño! ¡Enojado! cuando acaba de saber que lo amo!

—Debes disculparlo; precisamente porque sabe que lo amas, se creia con derecho de esperar de tí.....

—Le parece al poeta que todo es tan fácil; ¡ya se vé! él tiene talento, escribe, improvisa y miente; todo con facilidad.

—¿Quieres oirme?

—Sí.

—¿Sin interrumpirme?

—Sin interrumpirte.

—Pues oye: te han traicionado.

—¿Quién? ¿Cómo?

—Tu prima Amparo.

—¡Es posible!

—Sí: le contó á Ricardo todo lo de la otra noche; y tú tienes la culpa por fiarte de pollas.

—¿Y qué le contó?

—Le dijo que vivias triste, que el temple de tu alma te ponia al borde de un precipicio.

—No sigas; es necesario vengarme de Amparo.

Es necesario que el lector sepa lo de la otra noche: Ricardo, el Ricardo á quien aludian la Chata y Amalia, es un poeta, frisa en los veinticinco, es amable, locuaz y un poco elegante.

Amalia leyó unos versos de Ricardo en un periódico, y pensó que Sanchez es muy muy bueno, pero muy frio.

Sanchez es el marido de Amalia, es muy bajo de cuerpo, como de cuarenta años y personaje nuevo.

Sanchez vino en el polvo de la revolucion hasta Méxi-

co, prestó algunos importantes servicios á la patria, como por ejemplo: haber andado con el gobierno, haber sido secretario de un gobernador, haber perdido su papá unas vacas, y aunque por fin aceptó un empleo en tiempo del imperio, fué de puro compromiso, pero no por conviccion; en cambio se habia adjudicado tres casas del clero que no pagó, y habia recibido, por via de liquidacion, diez mil pesos que le pagaron, y despues habia tomado posesion de un empleo de hacienda, cuyas quincenas eran una bendicion de Dios.

Con esto y con haber encontrado por esos mundos de Dios á Amalia, Sanchez habia acabado por ser un hombre feliz.

Mas todavía: habia logrado hacer feliz á Amalia; primero porque le habia abierto un horizonte; apertura apreciabilísima especialmente para la muger; en segundo lugar la hacia feliz porque la queria; y en tercer lugar porque, como Sanchez estaba colocado á horas fijas, Amalia tenia esas mismas horas á su disposicion para seguir siendo feliz, aunque no precisamente por el método de Sanchez.

Este deseo de ser feliz es universal, y no habrá quien se declare en contra de una tendencia tan explicable; solo que, á pesar de los seis mil años que llevamos de controversia, no hemos logrado ponernos todavía de acuerdo en *el modo*.

La diversidad de los sistemas empleados para conseguir esa gran quisicosa, ha dado resultados individuales dignos de estudio.

Amalia es un ejemplo vivo, y para apreciar la exactitud de este aserto, estudiémosla:

Amalia nació en Oaxaca, allí corrieron los primeros años de su infancia; y aunque quisiéramos dar algunos detalles acerca de sus progenitores, estos datos los hemos perdido en el oscuro laberinto de nuestra mala memoria; á pesar de que un oaxaqueño amigo nuestro nos contó del pe al pa la historia íntima de Amalia; sí recordamos que la tal historia no era de lo mas edificante, y el carácter del que segun todas las probabilidades era el padre de Amalia, nos impone el deber de callar porque no se nos tache de parciales, revelando poridades de una clase en un tiempo privilegiada.

Amalia, apenas nació, tuvo la desgracia de ser ocultada á los ojos del mundo; y nosotros que solemos pecar de maliciosos, creemos que de allí le vienen todas sus desgracias á Amalia.

No están las virtudes domésticas ni la bondad de sentimientos, precisamente de parte de los hijos naturales.

El calor de los pechos maternales y la pureza del hogar, atesoran los efluvios de una dicha tan inapreciable, que solo en la edad madura y al través de las vicisitudes se comprende.

Pero cuando la siniestra huella del crímen ha manchado el hogar; cuando una trasgresion del órden moral da vida á un sér sin el calor de los nupciales linos; cuando no es la familia originaria la que se reproduce sino los delincuentes ocultos; entonces el niño que viene al mun-

do, busca con su primer mirada una conciencia y engendra con su primer sonrisa un remordimiento, porque es un sér que viene pidiendo cuenta de las lágrimas de desolacion que verterá mas tarde.

Cierto racionalismo estúpido se empeña en considerar al niño como una larva indiferente, y al verlo aparecer lo segrega de la comunion de los humanos para considerarlo solo como una promesa.

Este racionalismo sustenta los orfanatorios é introduce en las familias ladroncitos de honra y de patrimonio.

Amalia nació en una noche tempestuosa, y como esas semillas destinadas á que las arrebate el viento, su primer papel en el mundo fué este:

Cuerpo de delito.

Estos cuerpos, bien sean un niño ó una ganzúa, se esconden.

Salir á luz escondiéndose es un sarcasmo reservado solo al hijo natural.

Con algunos litros de leche alquilada, Amalia tuvo lo bastante para resolver el problema de su vida.

El padre de Amalia, dijo un dia:

—¡En fin..... la niña vivirá!

En estas pocas palabras asomaba una monstruosidad, un amor paternal resignándose.

O de otro modo:

Un criminal, teniendo que ser padre.

Por esa época, Amalia comenzó á ver á un señor que le daba juguetes de vez en cuando.

LAS JAMONAS.

SANCHEZ.

Algunas veces se la sentaba en las rodillas y la acariciaba.

Un dia, el señor aquel besó á Amalia despidiéndose, porque Amalia iba á ser trasladada á México.

Y ya que sin sentirlo nos hemos alargado en el relato de lo que á Amalia le habia sucedido con anterioridad al momento en que la hemos visto hablar con la Chata, pasaremos á otro capítulo, en el que continuarán estos apuntes.

CAPÍTULO III.

EN EL QUE SE VE QUE LAS AMISTADES DE LA INFANCIA SON DURADERAS.

La juventud de Amalia brotó como una flor dentro de los muros del Colegio de las Vizcainas.

La Chata vió nacer esa flor y de aquí nació la intimidad de Amalia con la Chata.

El primer brote de esa flor es, por lo general, un pedazo de cielo, es una paloma que anida, un beso que se oye, ó un estremecimiento que no se comprende.

Suele tomar la forma de una meditacion que termina en un suspiro; suele ser una lágrima, pero nunca una son-

risa: hay algo melancólico y grave; hay como un aviso secreto y misterioso, pero solemne, en la aurora de ese dia primaveral que se llama la juventud.

Las organizaciones nerviosas de las hijas del trópico, presienten esa aurora entre los juguetes de su felicidad, entre las muñecas con que juegan.

Un dia, Amalia y la Chata jugaban con sus muñecas.

Amalia tenia en las manos una hermosa muñeca, á la que acababa de vestir.

—Mira á mi Rosa que linda está, le dijo á la Chata. ¿Sabes por qué? porque se va á casar; tiene un novio muy elegante que ha pedido su mano: ¡ay! y la quiere mucho.... mucho; y oye..... mi Rosa me va á dejar por seguir á su marido, y hace muy bien; pero lo siento mucho.

Una de las primeras intuiciones de la muger, es la tendencia á la maternidad: las niñas encuentran un placer inefable en jugar á madres.

Amalia tenia la grata ilusion de ser madre de su muñeca, á la que llamaba Rosa.

—Mira, continuó diciendo á la Chata: mi Rosa estrenará el dia que se case un vestido blanco de gró, adornado con blondas y le pondré una preciosa corona de azahares, porque estas son las flores de las novias, y esta corona su jetará un velo trasparente que le caerá sobre la espalda. ¡Ah! que linda estará mi Rosa. Y su novio, su novio es muy buen mozo é irá al casamiento vestido de negro, con una casaca muy bien hecha; un chaleco negro tambien y muy abierto, para dejar lucir una elegante camisa de batista

con vuelos encarrujados con una puntita de piña hecha con hilo del ciento; llevará una corbata blanca tambien de Cambray, perfectamente bordada; guantes blancos y botas de charol. El novio ha de tener una cabeza muy artística, cuyos cabellos ensortijados siempre le den á su frente y á su fisonomía un aspecto distinguido y elegante.

—¿Y no tendrá bigotes? preguntó la chata.

—¿Bigotes? sí, un bigotito, pero como de seda, muy suave y muy bien peinado... barbas no, no me gustan esas barbas de gastador, esas barbas gruesas y groseras; no, ni lo permita Dios! la barba del novio de Rosa ha de parecer de seda.

—¿Y qué? interrumpió la Chata, ¿no le haces á Rosa un vestido para la iglesia?

—Sí, por supuesto; un vestido negro de gró de á cuatro pesos vara, todo lleno de adornos, y una mantilla de blonda española de á doscientos pesos. Sí, ese será su traje para la ceremonia de la iglesia.

—¿Pues qué tú sabes todo eso?

—Sí.

—¿Quién te lo ha enseñado?

—Mi nanita.

—¿La señora .....

—Sí, me contó la otra noche su casamiento.

—¿Conque ha sido casada?

—¡Vaya!

—¿Y qué te dijo?

—Me informó de que hay tres ceremonias.

—Cuéntame eso, dijo la Chata tomando una actitud á propósito para no perder una sola palabra de Amalia.

—Pues en primer lugar son los amores.

—¿Y cuanto tiempo duran?

—Segun..... si la novia tiene papá y mamá que se oponen al matrimonio, entonces duran mucho tiempo.

—¿Y si no se oponen, duran menos los amores?

—Sí, porque entónces se casan pronto.

—Yo creo, objetó la Chata, que los amores han de ser mas bonitos que la ceremonia.

—¿Por qué lo crees?

—Por que ha de tener uno que hacer tantas cosas para ocultarse y ha de pasar por tantas ansiedades, que yo creo que ha de ser uno muy feliz.

—¡Quien sabe! yo no sé de amores porque nunca los he tenido.

—Pues yo sí.

—¿Tú?

—Quiere decir, no fueron amores sino que mi primo...

—Ya me vas á hablar de tu primo; parece que no sabes hablar de otra cosa.

—Es que como se trataba de amores.....

—Sí, pero eso ya me lo has dicho muchas veces.

—Pues bien, por eso creo que los amores han de ser lo mas bonito.

—Puede ser, ¿pero por fin, te cuento lo de las ceremonias?

—Sí.

—Pues quedamos en que primero son los amores y despues la toma del dicho.

—¿Y como es eso?

—Muy sencillo: viene el señor cura y le pregunta á uno si es cierto que..... Fulano, la quiere á uno, y se contesta si sí ó si no, y en fin, le hacen á uno una porcion de preguntas de que ya no me acuerdo, en seguida firma uno un papel y tambien los testigos.

—¡Ah! ¿conque hay testigos?

—Por supuesto.

—¿Y despues del dicho?

—Siguen las amonestaciones.

—¡Ah! y entonces todo el mundo sabe que se vá uno á casar.

—Para eso es, para que lo sepan.

—¡Ah! qué vergüenza!

—¿Vergüenza por qué?

—Eso es muy feo.

—Pues entonces se pagan sesenta pesos en el arzobispado, y no hay amonestaciones.

—¿Sí?

—Sí; eso es lo que se llama dispensa de vanas.

—¡Mira que instruida estás!

—Todo me lo ha dicho mi nanita.

—¿Sabes que los viejos saben muchas cosas?

—Y nosotros no, todo lo ignoramos.

—No, no todo, ya lo ves; yo sé tambien [illegible] mas que tú.

—Pues bien, sígueme contando; quedamos en que no hay amonestaciones.

—Siguen las donas.

—Sí, eso sí ya lo sé, son los regalos, son los vestidos, el blanco y el negro, y las alhajas; muchas alhajas ¿no es verdad?

—Sí, por supuesto, porque cuando uno se casa se pone brillantes.

—Y todo.

—Ya se vé. ¿Pero me dejas acabar?

—Sigue.

—Porque si me estás interrumpiendo.....

—Ya no chisto.

—Siguen las donas y despues la ceremonia, en que le preguntan á una si recibe por esposo y compañero á.....

—¿A quién? preguntó la chata riéndose.

—Al que sea; dicen su nombre. Despues de la ceremonia la velacion.

—Sí, eso ya lo he visto en la iglesia, lo de la cadena y el paño azul y todo eso; ¿pero despues?

—Despues se van los novios á su casa y viven juntos.

Hubo un largo rato de silencio: la materia estaba agotada, el casamiento descrito y Rosa la muñeca se habia quedado abandonada.

Amalia y la Chata navegaban en ese piélago misterioso de las dudas de amor y se forjaban quimeras halagadoras; y sin saber por qué aquella conversacion las habia entristecido.

Al cabo de algun tiempo Amalia le dijo á su amiga:

—No le digas á nadie nada de lo que hemos platicado.

—No.

—A nadie.

—¿Es pecado?

—Mira..... yo no sé; pero mi confesor me ha dicho que las niñas no deben hablar del matrimonio.

—¿Eso te dijo?

—Sí, porque yo le conté que iba á casar á Rosa mi muñeca grande, y que por hacerla trajes no habia podido repasar los verbos irrègulares.

—¡Ah! entonces te lo dijo por lo de los verbos; así con razon, si no estudias.....

—Pero siempre será bueno no decirlo.

La amistad de la Chata con Amalia comenzó á atesorar secretos y á ser por lo mismo mas íntima.

Desde aquel dia las dos amigas experimentaban un dulce bienestar en conversar á solas é imprimian á todas sus acciones cierto carácter misterioso, porque aquella conversacion sobre el matrimonio de la muñeca era ya para ellas un asunto de cierta gravedad que ellas mismas no comprendian pero que se empeñaban en sostener y en fomentar.

Halagaba su vanidad de niñas la idea de tener un secreto que guardar, un asunto de que tratar á solas y se segregaban de las demas para ir á reclinarse sobre el barandal de uno de los corredores mas lejanos, con objeto de estar á la vista de todas sus compañeras y á la vez sustraidas á su curiosidad.

Las niñas comenzaban á censurar aquella conducta y hasta habia lenguaraz que exclamara:

—Parecen marido y muger, nunca se separan.

Dispuesto el corazon á recibir las primeras impresiones del amor, basta á la mujer estar en contacto con otro ser para revestirlo de un encanto particular: la Chata y Amalia se querian entrañablemente, gozaban en estar juntas, deseaban estar solas, y como los celos son inseparables del amor, especialmente del amor indefinido, la mayor parte del tiempo lo empleaban en darse celos y satisfacciones mútuamente.

Esta intimidad iba tomando creces y del matrimonio de la muñeca entraron al terreno de las suposiciones, personificando mas resueltamente la cuestion.

—¡Casarse! decia Amalia; que felices han de ser las que se casan!

—¿Por qué?

—Porque aman, porque son amadas.

—¡Pero nosotras! exclamó la Chata con un acento de tristeza imposible de describir, nosotras condenadas á vivir entre estas cuatro paredes; sin conocer el mundo ni á los hombres. ¡Si vieras cuantas cosas he oido decir de los hombres!

—¿Sí?

—Ya lo ves, aquí todas las señoras grandes no los pueden ver, siempre están hablando mal de ellos.

—¡Pobrecitos! dijo la Chata, y lo dijo de todo corazon,

porque la Chata era muy buena chica; por lo menos en lo de abogar por nosotros.

—Yo creo que los calumnian, porque si los hombres fueran tan malos como dicen, no se casarian tantas mugeres todos los dias.

—Y aún suponiendo que sean malos, dijo á su vez la Chata, ¡qué hemos de hacer! es necesario conformarse y admitirlos tales como son, porque no hay otros.

—Yo quisiera tener un novio para desengañarme. ¿Y tú?

—Yo tambien.

—¿Y dejarias de quererme á mí?

—No; jamas, dijo la Chata, dando un beso en la frente á Amalia.

—¡Ay! ¿y si te casas?

—Vivirémos siempre juntas. ¿Y si te casas tú?

—Tambien vivirémos juntas.

Comenzaron los primeros dias de la juventud de Amalia y de la Chata, en medio de todos los sinsabores y sueños de la reclusion; hasta que un dia los parientes de Amalia, que regresaban á Oaxaca, determinaron llevar á la huérfana, pues segun todas las combinaciones de familia, Amalia podia ya salir á luz y darse á conocer á sus parientes.

Amalia y la Chata lloraron muchos dias antes de separarse: se hicieron mútuos regalos, se cortaron cada una un rizo de cabello, y se despidieron al fin, recibiendo cada

una por su parte el primer golpe doloroso; ofrecieron escribirse y se dirigieron la última mirada.

La Chata, lo mismo que Calipso, no podia consolarse de la partida de Ulises; pero Amalia que se veia libre, recibia á cada paso las mas halagüeñas impresiones, y bien pronto entró en un mundo nuevo para ella, y en el que todos los objetos que la rodeaban tenian un encanto particular.

No es nuestro ánimo seguir paso á paso la juventud de Amalia, pues conviene al interes de nuestro relato guardar cierto misterio acerca de lo que á esta jóven le pasó en Oaxaca, de donde como sabe ya el lector, vino á México en el polvo de la revolucion, y en los brazos de Sanchez; de manera que volvemos á anudar el hilo de esta historia en el momento en que la Chata y Amalia despues de haberse dejado de ver algunos años han vuelto á ser las amigas de colegio.

CAPITULO IV.

EMPIEZAN Á PREPARARSE LAS BORRASCAS DEL CORAZON, EN UNA DANZA.

La Chata acabó de decir á Amalia cuanto al caso venia referente á Ricardo, el jóven por quien tanto se interesaba.

—Ya convendrás en que es necesario, decia Amalia, que le dé á ese jóven una cumplida satisfaccion, pues en ningun caso desearia yo pasar por una persona de mala sociedad.

—Es cierto, pero.....

—¿Otra vez peros?

—¡Que quieres! siempre he creido que Ricardo es un hombre peligroso.

—¿Y no sabes tambien que yo soy una muger discreta, una persona prudente, una muger de mundo?

—Todo eso está muy bueno, y no te niego tus prendas; pero esto va á complicarse.

—Sea lo que fuere, es indispensable que ese jóven venga.

—Supuesto que así lo quieres, sea; pero me lavo las manos; tuya será la responsabilidad.

—La acepto.

—Pues no pierdas tiempo; Sanchez no viene hoy á comer.

—¿No?

—Está de Tívoli con los diputados, y ya sabes que en casos semejantes.....

—Sí, ya sé; viene á la una de la noche, si acaso.

—Por lo mismo apresúrate.

—¡Amalia...! dijo todavía la Chata en tono suplicante.

Amalia hizo uso de su mas expresivo gesto de enfado, y la Chata salió de la sala.

Cuando Amalia estuvo sola, se levantó de su asiento; se animó su semblante como al influjo de una felicidad desconocida; se paró frente á un espejo, y se contempló por largo tiempo.

Fué estudiando uno á uno, esos pequeños detalles, que son como los pétalos, los pistilos y los estambres de la flor de la hermosura; ni un solo fistol se habia descompuesto;

todo permanecia en su lugar y cumpliendo fielmente su mision; el cold-cream habia refrescado el cútis en todo el trascurso de la noche, y las pequeñas huellas del tiempo, esas incisiones en forma de líneas que empiezan á dibujar al viejo, esas pérfidas sinuosidades que el de la guadaña hace como con las uñas en el rostro de la mas dura de las matronas, estaban robando á la grasa, á las preparaciones del tocador, las moléculas milagrosas que saben prestar una vida ficticia, galvánica á las epidérmis marchitas.

Los profusos rizos que sombreaban la frente de Amalia, no habian perdido el brillo grasoso; tambien aquellos cabellos muertos, sin sávia y sin calor, estaban prestando su servicio póstumo, volviéndose á agrupar en graciosas ondulaciones; solo que en vez de sentir en sus tubos correr sus jugos propios, y que ahora conservaban secos en su modificacion, estaban tambien disfrazados de vivos, con una máscara de pomada de heliotropo, y cumpliendo con el deber de hacer soñar al hombre, de hacerlo sonreir, de atraerlo hácia la portadora de esos restos mortuorios.

El corsé, un magnífico corsé de madama Favre, habia trazado, como con la varilla mágica de la estética, las líneas clásicas del seno turgente; y debajo de esa encantadora ondulacion, apuntalada con barbas de cetáceo, se dibujaba la curva entrante á espensas de la presion de las costillas falsas, y de una trasformacion anatómica interior, verdadera tiranía de la muger contra su propio orga-

nismo, culto tormento del refinamiento y de la inflexible ley de la escultura clásica.

Y no se crea que Amalia, en cuya conciencia podrian caber muy bien las anteriores apreciaciones, era la víctima resignada de sus tormentos, no; Amalia estaba triunfante, resolviendo satisfactoriamente el problema de las apariencias; Amalia, confundiendo lo que le pertenecia con lo que debia pertenecerle, se engañaba á sí misma con una facilidad de que solo es capaz una muger; estaba de acuerdo con sus propias correcciones y sin esfuerzo aceptaba aquella segunda naturaleza, merced al precioso recurso del refinamiento.

Amalia, atrapando con artificiosas redes á la juventud que huia, á la juventud que la habia abandonado ya, se engalanaba con los laureles de su triunfo; un «*todavía*» pendiente de sus lábios pintados con carmin, la impulsaba á formar, aunque de las últimas, en las filas de la juventud loca que va corriendo tras de los placeres.

Dió un jiro en escorzo para ver en el espejo la parte que de su falda dejaba arrastrando; y recorriendo con la vista esa línea oblícua y ondulada que traza una muger desde la alfombra hasta la flor que se sembró en el *crepé* de su copete, Amalia se encontró irreprochable y se puso contenta de sí misma.

Despues, y como el general que se asegura una vez mas de las municiones de reserva, se levantó la falda para verse los piés.

Estos estaban calzados con unas preciosas botas de ca-

brillla abronzada, cerradas con pequeños botones de pasta y terminando en dos graciosas borlas que, suspendidas, jugueteaban á cada movimiento.

La estatura de Amalia era favorecida en cuatro centímetros, merced á los tacones sobre los cuales anda hoy la muger en este mundo puesta de puntillas para que la vean mejor.

Las flores de la categoría de Amalia, son verdaderas flores de salon, que viven en su invernáculo: nunca las busqueis en las haciendas ordinarias y groseras, nunca creais hallarlas de dia sino al través de un velito de punto ó bajo un sombrerito que les cubre la frente y les sombrea los ojos; nunca pretendais analizarlas á la luz del sol, porque son flores crepusculares y nocturnas.

Buscadlas de dia iluminadas por un rayo de luz, que se ha tomado la molestia de pasar un cristal, dos cortinas de musolina y un *trasparente;* buscadlas donde haya gas hidrógeno y allí contempladlas á vuestro sabor; allí es donde os invitamos á comulgar con ruedas de molino; allí es donde desafiamos vuestra penetracion y vuestra impresionabilidad; allí es donde el enemigo está en su terreno y donde os provoca y os ve de frente, como los pintos en el Sur, como los serranos.

Allí es donde conoció Ricardo á Amalia: en un baile; mas todavía, bailando; mas aún, bailando una danza.....

La danza ha llegado á la categoría de salvoconducto, ya se le considere como transaccion ó como simple entre nimiento.

Bailando con Amalia fué cuando Ricardo experimentó el primer síntoma.

Hay un aroma de moda que se llama: *Ilang-Ilang*.

Este aspiró Ricardo.

Hay mas.

A Ricardo le pareció muy ligera Amalia.

Se lo dijo.

Amalia seguia bailando sobre las puntas de los piés, los cuales parecian dos pichones blancos que pisoteaban las flores de la alfombra.

Tenemos idea de que esto de los pichones, á propósito de los piés, lo ha dicho José María Ramirez.

No le hace: prohijamos la imágen y la acariciamos.

Amalia bailaba perfectamente.

Ya hemos dicho en otra parte que en este mundo, armónico por excelencia, la música tiene un prestigio sobrenatural y presta importantísimos servicios al niño de la aljaba.

La vibracion de los sonidos establece, no hay duda, relaciones misteriosas y de un género íntimo con las vibraciones nerviosas: ¡he aquí una armenía!

El termómetro del corazon no es tan sensible al calor como á la música: ¡armonía!

El amor estático se desarrolla como los árboles, á grandes periodos: muévasele como el boticario que emulciona una droga; póngase en movimiento acompasado á un novio y resultará la ebullicion.

Hay mas: trasladad á la mugér del tocador al salon,

en donde hay un indiferente que.... que está allí; contad con que en la primera mirada va ese fluido magnético que se llama simpatía; entonces la muger y el hombre, despues de verse se miran, despues se observan y despues se estudian.

A este punto resuenan las notas subversivas de una danza: el hombre en virtud de una dulce transaccion social muy aceptable, se atreve á pretender de la muger todo esto de buenas á primeras:

—Señora, voy á permitirme rodear la flexible y encantadora cintura de usted con mi brazo derecho; á tomar en mi mano izquierda, la manecita de usted; á colocarme tan estrechamente que pueda beber su aliento embalsamado, y percibir que clase de pastillas usa usted para aromatizar el aire que sale de sus pulmones; no será extraño que mis patillas, que como usted ve, las llevo peinadas á la Maximiliano, toquen la delicada epidérmis de usted y le hagan cosquillas: en una palabra, el destino tiene la bondad de ponernos *vis á vis* en el primer momento de encontrarnos en este valle, que no tengo motivos para llamar de dolores, como algunos quejosos.

Todo esto traducido en idioma de salon, se dice así:

—¿Tiene usted la bondad de bailar conmigo esta danza?

Con esta traduccion la cosa cambia completamente; y la señora se abandona bondadosamente en brazos del caballero.

Todo esto, ni mas ni menos, le sucedió á Amalia [redacted] Ricardo.

Una vez colocado Ricardo en tan ventaj[redacted]

en la posicion que hemos procurado describir, le quedaba aun expedito el uso de la palabra; esa preciosa prerogativa del hombre, y no así como quiera, no la palabra parlamentaria, ni la palabra comun y corriente; sino las *palabritas*, que entre todas las que dice el hombre, son las que mejor le salen.

¡He aquí un momento indemnizador! ¡he aquí el oasis de las palabras—prosa, de las muchas palabras—paja, de las palabras—desierto! ¡he aquí la enhorabuena de haber venido al mundo!

¡Oh bienhadado predicamento! ¡oh dicha! ¡oh expansion! Todo se da de barato en el tal valle de lágrimas, con tal de llegar á esto:

¡A decir *palabritas!*

Ricardo estaba en esta envidiable posicion.

Cerca, muy cerca de la orejita de Amalia, estaba la boca de Ricardo.

Los nervios de la lengua de éste, estaban esperimentando una inquietud desesperante, ¿cómo no hablar y cómo hablar en tal situacion otra cosa que palabritas?

—¡Que bien baila usted! dijo Ricardo.

—No señor.....

—¡Divinamente! Es usted ligerísima.

De vez en cuando y de una manera fugaz, se mezclaban á los acentos de la danza algunas palabras que no contentas con recrear el oido de Amalia, se pasaban á lo largo exponiéndose á que las atrapara algun concurrente. Estas palabras en su carácter de *palabritas*, no dejaban

lugar á duda, una vez que casi todas las que pudimos oir eran adjetivos sustantivados, como por ejemplo:

¡Divina! ¡linda! ¡encantadora!

En el capítulo siguiente, veremos el estrago de estas *palabritas*.

CAPITULO V.

AMALIA, COMO LOS GENERALES, DÁ LA PRIMERA ACCION QUE SE LLAMA «RECONOCIMIENTO.»

AMALIA, calculando el grado de penumbra que era conveniente para mostrar sus atractivos, corrió los trasparentes de los balcones y se sentó á esperar.

Al cabo de una hora, se presentaron en la sala la Chata y Ricardo.

Amalia se levantó de su asie[illegible] ra recibir al recien llegado.

—Señora, dijo R[illegible] go á [illegible] me

nuevamente á las órdenes de usted, y seria muy feliz si en algo pudiera serle útil.

—Confieso, contestó Amalia, que mi conducta acerca de usted requiere una explicacion, y voy á darla, pues en ningun caso quisiera aparecer como una persona lijera é imprudente.

—¡Malo! pensó Ricardo.

—En el último baile, continuó Amalia, he tenido necesidad de ser desatenta.

—No comprendo.

—He cometido una falta.

—¿Una falta?

—Aunque involuntaria.

—Pero señora, yo no sé que falta.....

—Es usted muy bondadoso, supuesto que la olvida.

—Si la he olvidado, esa falta no puede ser grave.

—Sin embargo, voy á darle á usted una explicacion, porque yo soy muy franca.

—Señora, insisto en que cualquier falta que usted haya podido cometer, debe olvidarse con solo que usted tenga la intencion de satisfacerme.

—¿Rehusa usted mis explicaciones?

—Es que no estoy ofendido.

—Pero usted debe haberme calificado mal, y eso es grave, y como comprenderá usted, tengo el deber de desvanecer esa calificacion.

—¿Calificar á usted desfavorablemente? no en mis dias,

muy al contrario, yo he sido el culpable, yo que me he permitido.....

—¿Se refiere usted á la danza?

—Sí.

—Ya hablaremos de eso, pues lo primero es vindicarme si usted me lo permite.

—En ese caso.....

Ricardo hizo un movimiento que indicaba que se resignaba á oir, y Amalia cambiando de actitud continuó:

—Soy de Oaxaca; y aunque vine muy niña á educarme en el Colegio de las Vizcainas, he residido costantemente en mi país natal. Yo soy una muger.....

Ricardo se acercó un poco.

—Yo soy una muger, continuó Amalia, muy franca y usted me inspira una confianza suma.

—¡Amalia!.... exclamó Ricardo permitiéndose por la primera vez la familiaridad de llamar á Amalia por su nombre.

—Sanchez, como deberá usted saber, no es mi marido.

—¡Ah! exclamó Ricardo como si hubiera acertado un albur.

—¿No lo sabia usted?

Ricardo se tardó para contestar y pronunció «sí» con el mismo acento con que hubiera dicho "*no sabia una palabra.*"

—Por otra parte, continuó Amalia, usted que es hombre de penetracion y de mundo.....

Ricardo se permitió la coquetería de recojer esa flor con una sonrisa.

—Habrá comprendido, agregó Amalia, que entre Sanchez y yo.....

—¡Ah! por de contado, hay una distancia..... Si verdaderamente no se comprende como una muger de los atractivos, del mérito, de la hermosura de usted haya podido unirse á un hombre que..... el señor Sanchez es una persona muy apreciable, yo nada digo, pero su educacion, sus principios, su carácter.....

—Considéreme usted, Ricardo.

Amalia inclinó la cabeza dejando que Ricardo diera rienda suelta á su imaginacion y considerara á Amalia muy desgraciada.

—Pues bien, continuó, ya podrá usted figurarse el género de vida á que estoy sujeta, porque ademas Sanchez es celoso.

—¡Tá! ¡tá! ¡tá! ¿Celoso? ¿Con que es celoso el señor Sanchez?

—¡Qué dice usted qué atrocidad!

—Ya se vé, conocerse á sí mismo.....

—Eso.

—¿Conque se encela?

—Sí.

—¿Y de quién? ¿se puede saber?

—De usted.

—¿De mí? ¡Santo Dios! ¿De mí cuando.....

—Todo por la danza aquella.

—Oiga usted, Amalia, ¡que danza! Creerá usted que la he mandado buscar por todas partes?

—¿Y para qué?

—Para guardarla como un recuerdo del rato mas delicioso de mi vida.

—Vamos, vamos, Ricardo, dijo Amalia reconviniendo con una sonrisa cariñosa, no vaya usted á dar un fundamento sólido á los celos de Sanchez.

—Tendria razon.

—¡Ah! pues yo no quiero que Sanchez tenga razon.

—¿No?

—Sobre que ese es mi sistema.

—Ya se vé, es muy posible que nunca la tenga; y decididamente el talento está de parte de usted.

—No diga usted eso, y si me considera superior á Sanchez, eso no me envanece, porque es bien fácil ser superior á un tonto.

Por supuesto que cuando la conversacion llegó á este punto, ya la Chata habia encontrado un loable pretexto para retirarse prudentemente.

—Pues bien, continuó Amalia; la noche del baile, se enceló Sanchez de una manera estrepitosa con el frívolo pretexto de que usted me enamoraba.

—¡Yo!

—Sí, y todo porque platicamos; como si no pudiera uno hablar con nadie en sociedad, ¿pues á donde íbamos á parar?

—Sobre todo cuando la conversacion es el pasto del alma.

—Y que lo que nosotros hablamos.....

—Es cierto que yo me permití decir á usted.....

—Usted es un hombre galante que tiene talento para decir flores á las señoras, pero eso nada tiene de reprobable, al contrario.

—¿No es verdad? ¿qué hombre.....

—Ni ¿qué señora... Pues bien, dió y tomó Sanchez en que usted me hacia el amor, y sin permitirme despedirme de nadie, me dió mi abrigo y desaparecimos, y yo me quedé con la horrible pena de dejar á usted pendiente para la segunda danza, sin darle á usted una explicacion de mi conducta.

—¿Y ha tenido usted la bondad.....

—De rogarle á la Chata, que es tan buena amiga mia, que suplicara á usted.....

—He sido el objeto de una fineza por parte de usted, que no olvidaré en mi vida; y ya que por la amabilidad de usted puedo contarme en el número de sus amigos, ¿me será lícito preguntar á usted si la cosa paró en ese disgusto?

—No, Ricardo. Figúrese usted que yo me salí del baile..... ya puede usted figurarse como me saldria, pero eso sí, se lo puse á usted de oro y azul.

—¿Al señor Sanchez?

—Sí, le dije que ese sistema bárbaro de encelarse por quítame ahí esas pajas, iba á dar un resultado funes-

to; le dije que ya estaba cansada de tolerarle esos arranques propios de los hombres sin cultura y sin sociedad, y le hice ver, en fin, los peligros á que se expone un hombre imprudente y celoso hasta el ridículo.

—¡Ah! eso es horrible!

—¿Y cree usted que se convenció? ¿que ha cambiado? no señor, al contrario, muy al contrario, desde esa noche no nos damos ni los buenos dias.

—¡Amalia! dijo Ricardo con entusiasmo; si cuando la consideraba á usted feliz me pareció usted tan interesante, ahora que sé que es usted desgraciada no tengo palabras con que expresarle la profunda impresion que hace usted en mí.

—Ricardo..... gracias.

El amor habia logrado ya unir á todos los encantos de la pasada danza, todos los atractivos de las situaciones difíciles.

A los veinticinco años una situacion dramática en pleno dia, tiene un encanto al que nunca se resiste la juventud. Desde el momento en que Ricardo comprendió que era actor de un drama de amor, se reveló en su interior todo lo que el hombre tiene de cómico, de audaz y de atrevido; se consideró el paladin de Amalia, le pareció que su honor de caballero lo colocaba en la estrecha necesidad de amparar á la desgracia oprimida, de redimir á la esclava de su deber, de sacrificarse por aquella beldad romántica que tenia arranques de franqueza y golpes de efecto.

La vanidad cooperé no poco á que Ricardo se entregara maniatado á su instigadora, cuyas imprudencias eran ya para Ricardo otras tantas pruebas de un temple de alma sublime y de no sabemos cuantas otras virtudes relevantes.

CAPÍTULO VI.

LA CASA DE SANCHEZ.

EL lector no conoce de la casa de Sanchez, mas que el tocador de Amalia y la sala.

Le invitamos á pasar adelante.

En la asistencia, que es una pieza alfombrada y en la que á pesar de lo costoso de algunos muebles, reina cierto desórden y desaseo, estaba instalada hacia dos horas una verdadera tertulia.

En un sillon verde estaba Don Aristeo.

Don Aristeo era un hombrecito de edad dudosa aunque podria tener cincuenta años; era magro, de pelo ne[illegible]

entrecano, gruesas cejas y mirada huraña; tenia los ojos constantemente ribeteados por una línea roja y los lagrimales espaciosos y rubicundos; estaba envuelto en una capa parda y paseaba sus miradas alternativamente sobre cada uno de los personajes que iban tomando la palabra.

Don Aristeo era compadre de Sanchez.

—¡Pobre de mi hermano! decia doña Felipa, muger entrada en edad, trigueña y un tanto estenuada por una tos que padecia; pobrecito! ya no es posible ver lo que se sacrifica; el hombre trabaja, el hombre se afana, el hombre está pendiente de todo y de todos con una asiduidad y con una constancia ejemplares.

—Es una presea el señor de Sanchez, dijo una anciana con voz de sochantre; si no fuera porque es un poco hereje yo lo querria mas.

—¡Cómo hereje! dijo doña Felipa, usted llama hereje á todos los hombres ilustrados, á todos los que no participan de las preocupaciones de usted.

—¡Ave María Purísima! Felipita, si comenzamos á hablar de política, resulta lo del otro dia.

—Eso no es política.

—No será, pero como es usted *pura* defiende usted todas esas cosas.

—Yo no soy pura, soy liberal, porque soy ilustrada y á mucha honra lo tengo, replicó doña Felipa haciendo dos contorsiones.

—Que lo diga el señor Don Aristeo que es hombre docto, insistió la vieja chocolatera.

—Ya sabe usted, mi señora doña Anita, contestó Don Aristeo, que no me gusta meterme en cuestiones de ese carácter; yo soy el primero en lamentar los extravíos de la impiedad y de la reforma, y acá á mis solas y por evitarme de controversias tengo muy presente en mis oraciones á todas las almas descarriadas por cuya salvacion ruego á Dios Nuestro Señor todos los dias.

—Quiere decir que usted tambien cree que el pobrecito de mi hermano es hereje!

—Mi estimado compadre y amigo, su hermano de usted, es una persona para mí sagrada porque basta que le coma el pan para que yo tenga el deber de respetarlo; pero no obstante, ya algunas veces le he predicado, en descargo de mi conciencia: mi compadre es un bello sugeto y siento en el alma que esté contaminado con las ideas nuevas; estas ideas, mi señora doña Anita, que han perdido y están perdiendo tantas almas.

—Eso, eso, señor D. Aristeo, las ideas; Felipita tiene esas ideas y por eso se incomoda cuando le digo pura.

—Ya he dicho que no soy pura sino liberal, y que una cosa es que uno tenga ideas de ilustracion y otra que sea hereje como se permite llamarme la señora doña Anita, persona que no porque peina canas está autorizada para tratarme así.

—Lo siento mucho, Felipita, pero es cierto; y si no vamos á ver; ¿usted dónde oye misa? ¿á que no me lo dice usted, mi alma?

—Oiré misa dónde me dé la gana; yo no soy hipócri-

ta ni necesito hacer alarde de devota ni probarle á nadie lo que creo.

—¡Que tal! gruñó doña Anita; ¡que tal! ya salió cierto, no lo dije? está usted excomulgada, y como que sí.

—¿Yo excomulgada? mire usted, señora doña Anita, que tengo muy mal genio, y en tocándome las generales y sobre todo á cosas de conciencia, no veo pelo ni tamaño y.....

—Adios, dijo la vieja, me va á comer.

—¿Que sucede? gritó un pollo en mangas de camisa que se estaba poniendo la corbata, ¿quien grita aquí, quien alborota? quién habia de ser, tia Anita; siempre que viene hay una camorra y en presencia de Don Aristeo; contenga usted á esa gente, respetable señor.

—Yo no me mezclo en esos asuntos, son cuestiones muy delicadas sobre todo tratándose de señoras.

—Me alegro que te descolen, dijo la vieja chocolatera; los niños tampoco deben meterse en esas cosas.

—¿Quién le ha dicho á usted que no? los niños de hoy sabemos mas que todas ustedes las octogenarias, apergaminadas y ridículas; y siempre que usted, tia Anita, venga á alborotar mi casa, ha de oir mi lengua.

—¡Cállate! maldiciente, herejote!

—Y usted harpía, rata de sacristía, Madre Celestina; deme usted un polvito, Madre Celestina; usted debe reducirse á rezar su rosario y dejarnos á nosotros en libertad de hablar y de discurrir segun el espíritu de la época.

—El espíritu corrompido de la época.

LAS JAMONAS.

Lit. Villasana y C.ª

D. Aristeo.

Por una equivocacion se repartió la estampa anterior. Hoy la repetimos á los

—Que no es la de usted, sino la de los libres pensadores.

—Eso eres tú, tú eres libre pensador.

—Sí, á mucha honra lo tengo, porque soy un hombre libre.

—Un libertino querrás decir, Dios me libre de tí! tú sí que estás excomulgado, hereje; no tengo mas consuelo sino que allá abajo, en el purito infierno, es en donde vas á recojer el fruto de tus libertades y sus ilustraciones.

—El infierno salió borrego tia Anita, ya no existe mas que para las viejas como usted que son las únicas dignas de permanecer en la tierra caliente por toda la eternidad.

—Ya quisieras ser tan buena cristiana como yo.

—Vamos, vamos, que se acabe la disputa, señora, dijo D. Aristeo con aire de suficiencia y conociendo que la cuestion tomaba un carácter alarmante.

Reinó de pronto el mas profundo silencio.

Las escenas de esta clase, se repetian con frecuencia en la casa de Sanchez; y como quiera que lo que allí pasaba reconocia cierto orígen que importa á todos conocer, procurarémos dar mas detalles acerca de la formacion de aquella colonia doméstica, que buenamente se daba á conocer con el nombre de la familia de Sanchez.

Sea Sanchez el tronco, y examinémosle.

Sanchez, como hemos dicho ya, era un personaje nuevo, fruto maduro del *anden y ténganse* de nuestras cosas, resultado inmediato del torbellino revolucionario.

chez, oscuro, pobre é ignorante, hubiera muerto en su pueblo llorado por unas cuantas buenas gentes.

Pero dióle por cursar la ciencia política con el tendero de su pueblo, que recibia algunos periódicos de México; fué amigo del prefecto, y como tal tuvo que ver, primero con la Junta patriótica, despues con el Ayuntámiento, luego con la Junta de instrucion pública; y poco á poco Sanchez, el oscuro Sanchez, se fué haciendo persona; no aprendió la política ni en la historia, ni en otros libros, sino de oidas con los que hacen la política, que son los verdaderos maestros.

En poco tiempo ya Sanchez sabia que la política eleva á los hombres.

Que en política, el fin justifica los medios.

Que se debe trabajar para sí propio, haciendo creer que se trabaja por los demas.

Que en política, todos son escalones.

Que es necesario tener mucho cuidado con el patriotismo, porque este suele, si es bueno, ser un ingrediente que destruye las mas sólidas bases de cierta política.

Que tambien es necesario tener mucho cuidado con el corazon, porque los políticos no deben tenerlo.

Que por las circustancias climatéricas y de otro género del país, la fuerza de inercia es una de las fuerzas mas provechosas, como se sepa manejar, etc, etc.

Cuando Sanchez supo todo esto, fué ya político y aún se lanzó al editorial con brio y con fé, para ceñirse el doble laurel del periodista.

Sanchez era ya presentado á las notabilidades revolucionarias como político y como periodista, todo lo cual le permitió hincar un diente en la ley de 25 de Junio, volviéndose propietario.

Se adjudicó iglesias, cementerios, casas, solares, coros, sacristías, ranchos y capitales.

Sanchez, en esa época feliz de la desamortizacion, no necesitó mas que abrir la boca para decir en papel sellado: *esto es mio.*

No se necesitaba mas. Cierto es que la ley habia tenido la honradez de decir *vendo;* pero los compradores sabian mejor que la ley donde les apretaba el zapato, y compraban con todos los requisitos legales, suprimiendo la insignificante formalidad de entregar el dinero.

Sanchez aprendió á hacer fortuna como habia aprendido á hacer política: de una manera expeditiva y sin complicacion ni grandes cálculos.

Cuando Sanchez tuvo un papel en la mano, en el que la ley lo investia con el carácter de presunto dueño, Sanchez haciendo poco caso del *presunto,* vendió lo que no podia comprar, porque no tenia con qué.

Y resolviendo con facilidad el difícil problema de vender lo que no habia comprado, encontró la piedra filasofal.

Por supuesto, que una vez en posesion de esta piedra rara, Sanchez fué otra cosa.

El dinero hizo como siempre su trasformacion; le dió á Sanchez ese tinte que sin tener color puede llamarse dorado, y Sanchez comenzó á ser un sugeto muy apreciable.

Como todo le cogia en deseo, se emborrachó seguido con Champagne, se mandó hacer mucha ropa, compró muchas cadenas de reloj y muchos brillantes, comió mucho hasta engordar y se volvió pulcro de la noche á la mañana.

No pudo tolerar una camisa de dos dias, y se admiró en su interior de haber podido vivir treinta años sin calcetines.

Al poco tiempo, Sanchez se olvidó de su pasado. ¡Ingrato!

Una de las cosas que se le avivó á Sanchez con la opulencia fué el amor; de pacífico se tornó en ardiente, y tambien se admiró de como habia podido amar á lo pobre.

Sanchez tuvo muchos amigos y muchas amigas, pero entre todas Amalia se llevó la palma y fué por lo que Sanchez se llevó á Amalia.

Como Sanchez no era fuerte en materia de leyes ni de política, ni mucho menos en cánones, pues como hemos visto estudió en la tienda del pueblo todo lo que sabia, resultó casado por el mismo procedimiento expeditivo por el que habia resultado rico; no encontrando inconveniente en que así como habia suprimido el dinero para comprar, podia suprimir la bendicion para casarse, y así como habia vendido antes de comprar, bien podia llevarse á su muger antes de casarse con ella.

En todos casos Sanchez iba siempre á su fin por el camino mas corto, y este sistema le habia probado perfectamente.

Tal era Sanchez.

Siempre fué solo; pero desde que enriqueció, tuvo, no una familia sino una colonia doméstica, que dará todavía materia á nuestras habladurías.

Hablarémos de D. Aristeo.

Don Aristeo era el *ad reventaudum* de Sanchez. Nótese que todos los personajes, especialmente de los acabados de hacer, tienen un D. Aristeo.

Don Aristeo conoció pobre á Sanchez. D. Aristeo habia emprendido la carrera eclesiástica; pero las leyes de reforma aguaron sus proyectos santos, y se quedó sabiendo mas de sacerdote que de seglar.

Con motivo de las leyes de reforma, D. Aristeo se dedicó al estudió de las grandes cuestiones que se suscitaron entonces, y aún se permitió dar á la prensa, aunque no con su nombre, algunos largos opúsculos combatiendo el matrimonio civil, la libertad de cultos, la independencia de la Iglesia y el Estado, y otros varios asuntos de no menos importancia.

Estos estudios le dieron cierto valimiento con el clero herido, y fué D. Aristeo objeto de señaladas distinciones por parte de algunos doctos señores de la Iglesia católica.

Prestóse D. Aristeo á administrar ciertos bienes ocultos de acuerdo con Sanchez, bienes sustraidos á la rapacidad de la ley de marras, y que aún permanecen ayudando al culto; aunque bien seguros ya de los famélicos adjudicatarios.

Don Aristeo, como se vé, profesaba ideas diamentral-

mente opuestas á las de Sanchez; pero Sanchez era su compadre y le debia tantos favores, que los dos compadres llevaban algunos años de dar el espectáculo de una rata y un gato en la misma jaula.

CAPITULO VII.

CONTINUA EL ELENCO DE LA FAMILIA DE SANCHEZ.

LA hermana de Sanchez, doña Felipa, no habia visto á su hermano en quince años, porque Sanchez no creyó necesario tener hermana siendo pobre; de manera que cuando enriqueció buscó á la pobre de Felipa, la cual estaba al servicio de unas señoras muy devotas y muy buenas.

Doña Felipa era mas fea que su hermano, y á pesar de todo fué insuficiente esa segunda mano que habia trasformado á Sanchez.

Doña Felipa siguió siendo fea é inculta; pero al saber que venia á Mexico, y como por otra parte habia ya cobrado mucho cariño á Sanchez, se dejó civilizar por este.

De manera que, á lo mucho que doña Felipa sabia en materia de retroceso y preocupaciones, se agregaba el conocimiento de todo lo que Sanchez le habia enseñado, y resultaba una enciclopedia de barbaridades solo atesorables en una entidad anfibia como doña Felipa.

Doña Felipa en su calidad de fea de solemnidad, habia apechugado rabiando con su estado honesto. Quedarse; hé aquí un *gregorito* reservado por la suerte en la naturaleza, entre todas las hembras, solo á la muger.

La muger es la única que *se queda.*

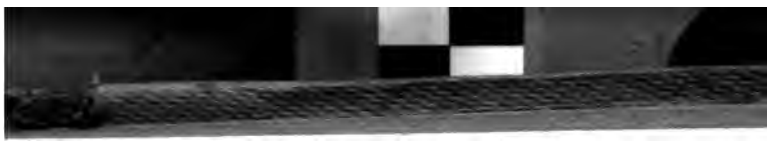
Estas que se quedan, en cambio nunca se quedan por cortas, y por medio de una lenta sucesion de desengaños, asumen su soberanía en la lengua; y hacen muy bien, al menos atendiendo al sistema de las compensaciones, porque el mundo que nada perdona el muy pícaro, les llama á voz en cuello doncellas recalcitrantes y les prodiga otra porcion de epítetos, no menos provocativos y venenosos.

Antes las feas se quedaban para vestir santos; pero ahora que no hay santos que vestir, se quedan para todo lo que se ofrece.

Doña Felipa se habia quedado para alborotar, para discutir, para regañar, para burlarse de todo, para matarse lentamente con su propia bilis.

Tal era doña Felipa.

El pollo que se ponia la corbata, le llamaba á Sanchez



su tio, y no sabia por qué, ni nosotros tampoco; pero como esto de los parentescos se pone cada dia mas intrincado, no nos atrevemos á sacar de rastro la consanguinidad del pollo con Sanchez; y á nuestra vez nos conformamos con que sea sobrino en uso ó no de todos sus derechos.

El pollo se llamaba Julio, y era el que mas pronto habia recibido el tinte dorado de que hemos hablado. Julio era ya un pollo elegante. Por supuesto, era empleado, porque esto de las oficinas es el maná mas propicio de la patria.

No sepa usted hacer nada, no tenga usted oficio ni beneficio, no tenga usted patrimonio ni porvenir, y estará usted sentenciado por el órden natural de las cosas á morirse de hambre; pero para estos casos tiene la madre patria el maná de los destinos públicos, y de sentenciado se convertirá usted en persona decente.

Julio tenia todo esto encima, quiere decir: su inutilidad, su ignorancia, su pobreza, su oscuridad y su insuficiencia; era, en fin, un legítimo desheredado de la suerte, del talento y de la instruccion; pero era sobrino de Sanchez.

El dia en que averiguó este parentesco, se volvió loco de contento, y cifró en Sanchez todas sus esperanzas.

Como Sanchez era ya personaje que tenia amistad con los ministros y con el presidente y con muchos hombres de pro, pudo sin dificultad colocar á su sobrino.

El sobrino colocado contempló con placer su propia trasformacion, y llegó para él el dia glorioso de exhibirse

por esas calles ataviado y pulcro y elegante como un príncipe heredero.

Aprendió á ser cócora de los títeres y á hacer el oso, á blasfemar y á ser lo mas estúpidamente sentencioso que se conoce.

Este era Julio, miembro constituyente de la familia de Sanchez.

La Chata formaba tambien parte del *elenco*, pero de *volo*, quiere decir, comia allí muchas veces, dormia otras ó se trasladaba á la casa por temporadas.

La Chata tenia su historia y seguia siendo mocha, pero vergonzante.

Estando en el Colegio de las Vizcainas, á donde la dejó Amalia, acertó á salir algunos años despues para vivir con sus parientes.

La conoció un señor vestido de negro, y quien sabe por qué se acordó tanto la Chata de la conversacion aquella que habia tenido con Amalia respecto del casamiento de la muñeca Rosa.

Tanto se acordó la Chata de esta conversacion, que el del vestido negro se lo conoció.

Naturalmente aquel señor no estaba desprovisto de curiosidad y empezó á hacerle preguntas á la Chata, hasta que le refrescó las especies.

La Chata entró en detalles, y como en el colegio, pasó de la muñeca á su persona; y una vez personalizada la cuestion se casó la Chata con el señor del vestido negro.

Ese dia se acordó mucho la Chata de Amalia y de la muñeca.

No habia acabado la luna de miel, cuando el del vestido negro hizo un viaje.

No volvió.

Por via de codicilo supo la Chata un dia que aquel señor de la luna de miel era casado.

Y la Chata se quedó en el aire.

Desde entonces no tuvo residencia fija: unas veces desaparecia por varios meses; otras no se veia otra cosa por todas partes mas que á la Chata; unas veces vivia con unas amigas y otras con otras; la conocian en todos los cajones de ropa, donde tambien la conocian con el nombre de la Chata.

Entraba al *Sol*.

—Ahí está la Chata, decia un dependiente.

—Buenos dias, Chata, ¡que milagro!

—Ha de estar usted, contestaba la Chata, que las muchachas N*** van á la tamalada.

—¿A la de las R?.....

—Sí, las convidaron los Bustos.

—¡Ah! y.....

—Van todas de blanco.

—Y usted, como, siempre, va á disponer los trajes; bien, muy bien, como tiene usted tan buen gusto!... Voy á enseñarle á usted unas musolinas de la India que acabamos de recibir.

—¿Muy caras?

—No, criatura, qué caras, si son regaladas; llegaron antes de ayer y se están acabando, son riquísimas.

—A ver.

Ya otro dependiente habia colocado sobre el mostrador los bultos.

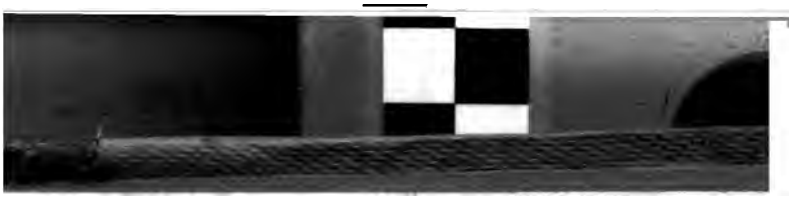
—Vea usted qué tela, Chata, de esto no ha venido nunca á México; hecho el vestido queda primoroso; generalmente los hacen encañonados.

La Chata se decide por la muselina, hace sus cuentas, no le alcanza el dinero, da lo que lleva, le apuntan el déficit á su cuenta corriente y le regalan un retazo de gró, dos cajas vacías, un rollo de cintas y un abrigo de brin del tercio de las muselinas.

La Chata le dá la mano á todos los dependientes, recoge tres ó cuatro flores y carga con la encomienda.

La Chata era muy útil, iba á los bailes y bailaba bien; tenia en las uñas las historias íntimas de todas sus amigas que eran muchas; la convidaban al teatro y al paseo y tenia semanas en las que sus costumbres eran enteramente aristocráticas, porque se la pasaba en casa de las B*** ó de las H***; era muy inteligente en comprar, tenia buen gusto, leia la Moda Elegante, y sabia hacer todas esas curiosidades de manos tan inútiles como costosas y que son el gran asunto de las señoras ricas que no se han emancipado completamente de la aguja.

Tenia á la sazon la Chata el compromiso de ayudar á unas amigas á acabar una cartera de cuentas, con otras



emprender un cojin bordado en canevá, con otra amiga bordar una gorra griega y con una novia unas pantuflas.

La Chata hacia muy buenos dulces y los hacia de encargo.

A la Chata se le podia encargar un platon de cocada, unos cubiletes de almendra, unas peras en pasta de almendra, unas quesadillas de Guatemala ó cualquiera cuelga.

Llegaba la Chata á una casa y un momento despues estaba rodeada de la familia.

—¿Que se les ofrece, muchachas?

—Qué se nos ha de ofrecer, Chata de mi vida, dice una señora, que el jueves es el dia de san Ruperto.

—¿Y que?

—¡Cómo qué! Chata de mis pecados, ¿ya no te acuerdas de mi padrino el señor canónigo de.....

—¡Ah! sí, ya caigo, ¿y que quieres que se haga en tan poco tiempo?

—Esa es mi apuracion, y luego que no es lo peor el tiempo, sino la bolsa.

—No me digas, si todo el mundo está.....

—Pero en fin, aunque sea haciendo un sacrificio.

—¡Pero muger!

—No hay remedio, toma mis alhajas y me haces favor de llevárselas á Pancho Cendejas, le dices que por un mes nada mas y á ver lo mas que le sacas.

—Bueno, ¿y que piensas?

—Comprarle una alba, ya sabes que las hay lindísimas, y le haremos ademas á mi padrino un platon de

huevos reales que le gustan mucho; yo queria regalarle su molienda de chocolate como todos los años, pero se me vino el tiempo encima y ya no se puede, ¿que dices?

—Pues voy corriendo.

—¡Ay! Chata de mi vida, sacarás una alma del purgario, mira que estoy atribulada.

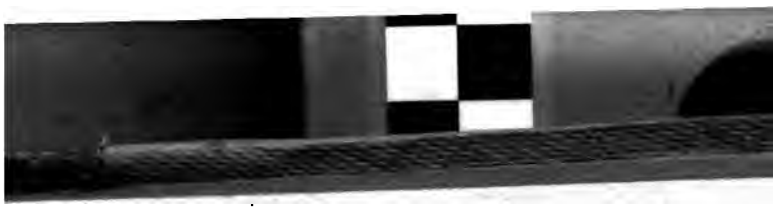
La Chata se va, compra, vuelve, dirije, corta, dispone, hace el dulce, se queda á dormir, la obsequian, la miman, sirve admirablemente y la quieren todos, porque es buena para todo.

Tiene ademas Sanchez en su casa, un pobre hombre que se llama Pizarro, que ocupa el lugar medio entre el criado y el amigo.

Pizarro ha sido soldado, pero sin haber pasado de carne de cañon, tiene once heridas y está ya casi inútil, vive con casi todos sus huesos rotos, y un resto de voluntad y de carne le ayudan á seguir cargando su esqueleto roto por este mundo.

Pizarro quiere mucho á Sanchez porque le salvó la vida; lo mandó curar el último dia en que á Pizarro lo medio mataron.

Pizarro sanó, y no se volvió á separar de Sanchez. Todos los compañeros de Pizarro eran gefes, todos eran felices, todos eran personajes. Pizarro era una resurreccion, un mueble roto; tenia tantas heridas en la cabeza que no tenia memoria y tartamudeaba; le faltaba una mandíbula y tres dedos; y el pobre Pizarro aún se afanaba rengueando y sonriendo por halagar á Sanchez.



Pizarro cuidaba las armas, porque Sanchez aunque civil, era hombre de armas; pero no de armas tomar, sino armero.

Como habia andado en la revolucion tenia pistola de Colt reformada y carabina americana de 14 tiros y puñal.

Nada de esto le habia servido nunca á Sanchez para nada, porque no habia matado ni moscas, ni habia sido necesario tampoco; y habia quien creyera que Sanchez no debia tener aquel arsenal.

Amalia se lo habia dicho muchas veces. Pero á pesar de todas las observaciones, Sanchez habia adoptado la costumbre americana de usar *revólver*.

Sin meternos en si la portacion de armas es de caballeros, ni si los de la edad media se hubieran considerado incompletos, como leones sin garras y sin dientes, en caso de no ir siempre armados; solo procuraremos saber por qué Sanchez no dejaba un momento la pistola.

Las armas las inventó el miedo, y una vez fabricadas las compraron el valor, el coraje, la venganza, el crímen, los celos, la ley y la Iglesia.

Todos estos son los *marchantes* de las armas.

A Sanchez le sucedió una cosa apenas hubo quien le diera los primeros gritos: tuvo miedo.

El primer sinsabor que Sanchez probó en política lo indujo á comprar pistola.

Sanchez con pistola, se creyó á sí mismo con mas lógica; y lo creia de buena fé.

Hay insuficiencias que el hombre se empeña en llenar á toda costa.

El hombre hace daño á otro, y despues de hacérselo lo primero en que piensa es en la pena del Talion.

La tal pena es inexorable y durilla, y se nos resiste á todos por la intuicion que hay en todo ser racional, de las santas palabras:

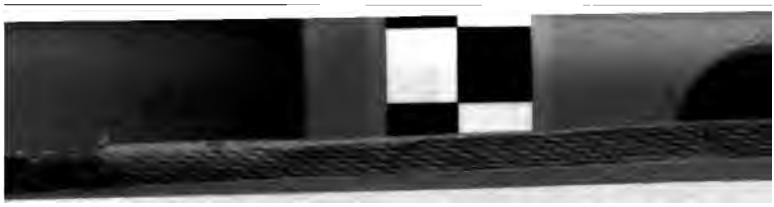
«No hagas á otro lo que no quieras para tí.»

Despues de hacer el mal, encontramos mas fácil ceñirnos una pistola al cinto, que enderezar nuestros pasos.

El revólver no es precisamente la insignia de las conciencias puras.

Estamos muy lejos de negar al *revólver* su lugar en el camino de la industria fabril, ni sus patentes de invencion y sus medallas honoríficas, ni lo rehusamos como producto notable de las artes mecánicas, ni como resultado de la civilizacion y del progreso, ni mucho menos dejaremos de confesar que somos muy felices desde que podemos matar á nuestros semejantes de seis en seis.

De esto á la quijada de burro con que Cain mató á su hermano, va mucha diferencia.



CAPITULO VIII.

EN EL QUE SE DA Á CONOCER À LA JAMONA DE «SANGRE PURA.»

LA revolucion en sus cien mil engendros monstruosos, hace morir sus últimas oleadas en la familia.

En la familia está escrita esa fatídica palabra como el título genérico de muchos volúmenes, que son otras tantas historias de lágrimas.

La revolucion nos ha proporcionado, entre muchos, uno de estos tomos que hemos hojeado para dar á conocer al lector nuevos personajes, que en relacion y contacto con los ya conocidos hasta aquí [illegible] en el nú-

mero de los que nos han de dar hasta el fin la materia de que trataremos en este volúmen.

Como la jamona es por ahora el objeto de nuestro estudio, comenzaremos por ella.

La jamona, segun hemos dicho ya, tiene perfiles que se escapan, y presenta cambiantes tornasoles como algunas reacciones químicas.

En ese piélago de dudas y contradicciones que constituye el corazon de la muger, hay, no obstante, fundamento para asegurar que determinadas causas producen casi con generalidad determinados efectos; y esta circunstancia nos anima á emprender la difícil tarea de señalar algunas, siquiera como aviso anticipado que pueda servir de farol para que no caigan en el precipicio algunas apreciables criaturas.

Vamos á hablar de la señora doña Encarnacion N*** persona conocida con otro nombre convencional que la costumbre se ha empeñado en que sea el mismo; quiere decir, á esta señora le llaman todos *Chona ó Chonita.*

Chona es rica, bastante rica; no ha sabido jamas lo que es miseria, ni se la ha podido figurar hasta el momento en que tuvo que ver con una sociedad filantrópica que se llama La Conferencia.

Tiene Chona en la actualidad sus cuarenta y tres calendarios, y tal circunstancia constituye el primero y el mas importante de sus secretos íntimos.

Chona es una muger bien cuidada: la visita Lucio como médico de cabecera hace veinte años; y es tan formal

la lucha que Chona ha emprendido desde entonces contra los estragos del tiempo, que se puede decir propiamente que no ha pasado dia por ella.

Chona disfruta, ademas de todas las cualidades de su posicion y su patrimonio, de las inmunidades propias á su condicion y nacimiento.

Chona en su calidad de muger de polendas ha sido una de las mas encarnizadas enemigas de la reforma, y sin transigir un solo momento con las ideas del progreso, se encastilla en sus preocupaciones y es implacable en sus odios, para los que encuentra siempre una sancion en su conciencia.

Nació oyendo hablar mal de todos nuestros gobiernos y de todas nuestras cosas: sus padres, descendientes por ambas líneas de los principales conquistadores, heredaron el odio de aquellos señores contra todas las cosas de México, que nunca vieron como su patria, sino como la colonia arrebatada á sus legítimos dueños por el desbordamiento de las ideas del 93; de manera que Chona, esclava de la tradicion y con apego á todo lo viejo, habia aprendido á conservar todos sus errores y á aborrecer á quienes no pensaran del mismo modo que ella.

Las ideas nuevas fueron siempre en la casa de Chona consideradas como una verdadera nota infamante.

El portero de la casa era un viejo español mutilado, del regimiento de la Reina, y se apellidaba Santos.

Las personas que visitaban la casa eran, casi sin excepcion, todos los ricos que aun conservaban los pergami[illegible]

de sus ascendientes, y ademas las notabilidades eclesiásticas: si contraian algunas nuevas amistades, eran la de algun ministro extrangero ó de algun español que por razon de sus asuntos mercantiles, estuviera ligado con el escritorio de la casa.

La familia tenia casa en Tlalpam, en San Angel y en Tacubaya.

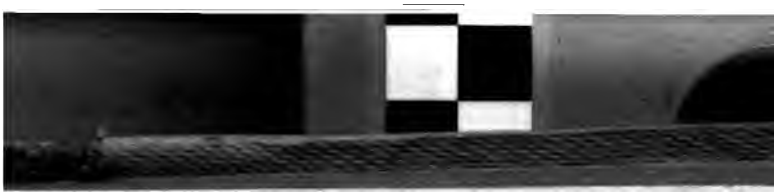
Chona no habia sido la hija única: tenia dos hermanos que muy niños habian sido enviados á educarse á Europa.

Chona, obligada á sentir y á vivir en cierto círculo, se habia habituado desde niña mas á aborrecer que á amar, porque incesantemente las conversaciones familiares rolaban, por lo general, sobre la antipatía profunda que inspiraban los hombres y las cosas de México.

A los catorce años supo Chona que la persona que le estaba destinada para marido, era uno de sus parientes educado en Europa, y que estaba próximo á llegar á México.

Chona no habia amado á nadie, si se exceptúa una corta temporada en la que uno de sus primos tomó la costumbre de visitarla con frecuencia; pero constantemente vigilada, no llegó nunca á oir de boca del primo una declaracion en forma.

Llegó por fin el pariente, su presunto esposo; y como venia rodeado de todo el brillo que un elegante de veintiocho años é hijo de una familia rica puede adquirir en Paris, á Chona no le fué antipático el novio, al grado de que, sin pensarlo siquiera, consintió en el enlace.



En aquel matrimonio se trabajó mas en el escritorio que en la iglesia, pues se trataba, sobre todo, de unir dos fortunas que juntas iban á formar en lo de adelante un capital de consideracion.

Chona vivió tranquila, pero sin goces: educada en el refinamiento y el lujo, habia acabado por habituarse á todas las comodidades que hacian su segunda naturaleza, sin apreciarlas en lo que valen y sin pensar que habia nada mas allá de aquella vida en que todo le salia tan bien y tan á medida de su deseo.

El marido de Chona habia dejado en Paris todo lo que á los veintiocho años le quedaba de sentimentalismo y de fé; y gastado hasta la indiferencia, habia aceptado su posicion de marido y padre de familia, como el segundo periodo indispensable de la vida, en el que entraba por hacer lo que hacen todos.

A la sazon en que conocemos á Chona ha entrado ya á la edad de la muger, tiene mas de treinta años, periodo de tiempo que á pesar de la notable hermosura de Chona, ha podido imprimir á su fisonomía no sabemos que gesto de desden aristocrático, que la hace de cierta manera interesante.

El marido de Chona tiene un amigo, un amigo íntimo y compañero suyo en su vida parisiense; juntos hicieron allí la campaña contra su propio corazon, contra su resistencia y contra su fé.

Este jóven se llamaba Salvador, era de Buenos Aires y pertenecia á una familia rica de comerciantes.

A Salvador lo habian mandado sus padres á Paris para que se educara, y Salvador sabia efectivamente á su llegada á México, todo lo que hacen los estudiantes: conocia prácticamente y con intimidad la vida del barrio latino, ciencia que le basta al hombre para no quedar en aptitud de necesitar aprender otra cosa.

El marido de Chona vivia en el escritorio, donde entre los grandes libros de caja se engolfaba horas enteras, porque ya en este corazon marchito no habia quedado mas que ese último jugo amargo que se llama avaricia.

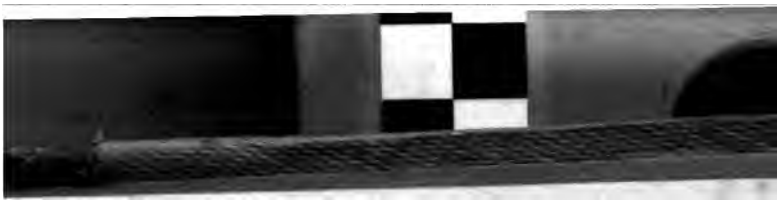
En cambio, Chona se fastidiaba soberanamente entre sus colgaduras, entre los tapices y los primores de sus habitaciones, y buscaba un entretenimiento en las labores de mano, en esas curiosidades en las que la muger que las concluye no tiene siquiera el mérito de la invencion; bordaba con cuentas de vidrio sobre terciopelo una cartera; pero todos los trabajos preliminares eran obra del bordador á quien le pagaba porque restirara el lienzo y pusiera la *cartulina*, de manera que Chona reducia su afan á ensartar cuentas para cubrir la labor.

Chona no habia tenido hijos; circunstancia que habia obligado á los médicos de la casa á tener largas conferencias con el marido, quien á su vez confesó con ese motivo el forzoso desencanto á que estaba reducido, merced á sus prodigalidades parisienses.

Salvador, en su calidad de hombre acomodado, se habia acostumbrado á vivir con esa triste facilidad del que no lucha para conseguirlo.

LAS JAMONAS.

Salvador.



La lucha del trabajo, esta lucha que para algunos es una sentencia y hasta una maldicion, encierra el tesoro de la esperanza, la perspectiva de un mas allá que nos alienta, explotando nuestras facultades y empeñándonos en sacar de nosotros mismos ese material de guerra, doloroso si se quiere, pero con el que compramos un pan blanco y una cama donde se duerme bien.

Salvador desde niño no habia aceptado un puesto en esa lucha perenne, no era obrero ni paladin de la esperanza, era simplemente consumidor, y el caudal de sus esfuerzos era nada mas el depósito de esa suma de facultades para el goce y para los placeres.

Salvador decia que habia nacido para gozar, y gozaba; pero si bien lo averiguamos, no soñaba con la felicidad como soñamos nosotros, nunca habia despertado con el deslumbramiento de una de esas dichas lejanas que se le acercan al pobre solo en mirajes y en fantasías.

Salvador no tenia necesidad de poner á contribucion sus deseos no realizados, sus esperanzas de mejoramiento, sus ensueños, sus imposibles, sus quimeras; todo esto era para él una música incomprensible porque todo lo tenia: era buen mozo, no carecia de talento y de gracia, y siendo muy rico, no necesitaba apurar su ingenio para procurarse comodidades.

Habia sentido la saciedad antes que el hambre, y su espíritu repleto no esperaba ya en la vida ninguna trasformacion, no se alentaba con ningun estímulo, estaba muerto en el término de su viaje moral; en una palabra, un

logo hubiera podido diagnosticar sin equivocarse esa terrible enfermedad moral que se llama *spleen;* no el abuso de esta palabra que no tiene embarazo hoy en aplicarse con risible prosopopeya hasta el miserable remendon, sino la legítima desolacion inglesa que llega á hacer suicidas á los millonarios.

Salvador, pues, pasaba al lado de Chona las largas horas que su amigo pasaba en el escritorio.

—¿Que tiene usted, Chona?

—Nada. ¿Y usted?

—¿Yo?..... nada.

—¿Nada de nada?

—Nada de todo.

—Lo compadezco á usted.

—¿Por qué?

—Está usted muerto.

—Me hago digno del mundo, digno de la época, digno de la sociedad en que vivimos.

—¡Blasfemo!

—Vea usted, Chona, le hablo á usted con el corazon.

—¿Qué corazon?

—Me hace usted unas preguntas.....

—Eso es porque le conozco.

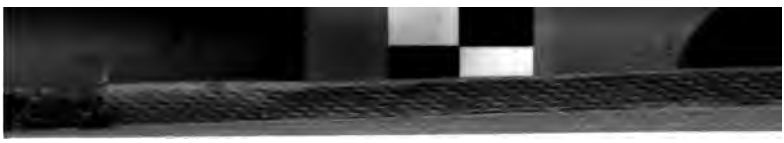
—Creo que no.

—Mucho, Salvador.

—Deme usted una prueba.

—Esta.

—¿Cuál?



—Dejarlo á usted pasar junto á mí cuatro horas diarias.

—Llámeme usted de una vez inofensivo.

—No queria decir la palabra, me parecia dura.

—Eso requiere una explicacion.

—Estoy dispuesta á darla.

—Pero deje usted esas cuentas de vidrio, á las que tengo una aversion horrible.

—¿Por qué? ¡pobres cuentas! las dejo.

—¿Por qué me considera usted inofensivo, vamos á ver?

—¿Cuántos años tiene usted?

—¡Ah! la cosa es séria: treinta y dos.

—¡Me da usted lástima! dijo Chona despues de un momento de contemplar á Salvador.

Salvador sintió, como el enfermo, que la sonda habia llegado hasta el fondo de la herida y guardó silencio; pero un silencio terrible, porque Salvador sintió que algo muy amargo se habia revuelto en el fondo de su alma.

Despues de un largo rato dijo Salvador con una voz vacilante, y conmovido, contra su costumbre:

—Tiene usted mucho talento.

Otra vez se quedaron callados y sin verse.

—¿Y no téngo remedio? preguntó Salvador.

—¡Ah!..... exclamó Chona moviendo la cabeza con ese gesto del médico que no tiene esperanza.

—Cúreme usted.

—¿Yo?

—O usted ó nadie.

—¿Quién soy yo?

—Ahora me toca á mí. Usted es una muger desgraciada.

—Entonces un enfermo no puede curar á otro.

—Sí, porque uno de los enfermos es médico, y el otro es simplemente enfermo. Usted, Chona, tiene todavía lo que yo ya perdí para siempre; usted no ha malgastado su caudal.

—Es lo mismo, porque mi caudal consiste en bienes de manos muertas.

—Yo seré la ley de 25 de Junio.

—Gracias.

—Yo sé una cosa: que usted nunca ha amado.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No sé como; pero conozco las flores que no se han abierto.

—¡Soy casada!

—No me haga usted reir.

—Le recuerdo lo que pretende usted olvidar.

—Al contrario; hablemos de usted como muger casada; ¿no tiene usted inconveniente en ello?

—No; ¿por qué?

—Usted se casó sin amor.

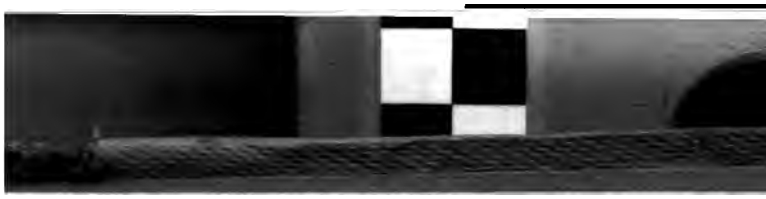
—Cierto.

—Y no habia amado antes.

—Cierto.

—Usted no ama todavía.

—Eso..... eso no es cierto.



—¡Chona, cuidado con mentiritas!

—Entendámonos; amo á mi marido.

—Lo creo, ¡pero si viera usted cuantos peros hay que poner despues de esa frase!

—¿Muchos?

—Sí, muchos.

—Me voy haciendo curiosa: empiece usted.

Salvador sacó su reloj.

—Son las once y media.

Chona se acercó á una mesita china que servia para soportar una magnífica licorera, que consistia en una caja de madera preciosa con incrustaciones; tocó un resorte y la caja se trasformó.

—Me entristece usted, Chona.

—¿Por qué?

—Si le digo á usted lo que pienso ¿no se burlará usted de mí?

—¡Burlarme! ¡Salvador!.....

—Pues bien, óigame usted: este detalle es una galantería por parte de usted, que aislada tiene un atractivo encantador.

—Pero.....

—Pero me ha hecho una impresion distinta de la que debia producirme. No cabe duda en que me adivinó usted el pensamiento; mejor dicho, eso es lo que yo iba á pensar y usted pensó por mí; pero en seguida me ha sucedido una cosa muy rara.

—¿Qué?

—Si se riera usted de mí por lo que voy á decirle, me lastimaria mucho.

—No me reiré, voy á estar formal.

—Pues bien, me ha dado vergüenza beber delante de usted.

Chona se quedó pensando.

—No me reiré, ¿pero me será permitido sorprenderme?

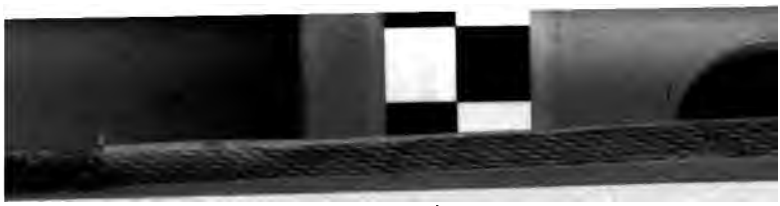
—Sí, sorpréndase usted como yo: sorprendámonos.

—Insisto en que me voy volviendo curiosa: explíquese usted.

—Las licoreras, las copas, las botellas, los *bufée* son las hojas secas de mi historia; del fondo de las copas de cristal han brotado mis tristezas y mis alegrías; todo ese aparato del placer opulento es un teatro de [illegible] que me hiela la sangre. Paris me sigue por todas partes como una novia que estuviera yo obligado á cargar por todas partes asida de mi cuello; Paris me mató, Chona, y no puedo aborrecer ni su esqueleto, ni su sombra; no quiero volver y lo extraño; no quiero acordarme de él, y todo me lo recuerda; estoy enamorado, contra mi voluntad, de mi verdugo.

Acabo de ver á Paris dentro de esa licorera, y al abrirse me ha parecido que usted tambien veia lo que yo en esas copas y en esos frascos ..... voy á cerrarla y..... no he de beber delante de usted, Chona.

Salvador cerró la licorera.



CAPÍTULO IX.

PATOLOGIA INTERNA.

VUELTO á su estado normal aquel aparato, dentro del cual habia leido Salvador tan negras leyendas, anudó el hilo de su discurso.

—Usted me ha dicho que ama á Cárlos.

Cárlos se llamaba el marido de Chona.

—Sí.

—Voy á probarle á usted que eso es imposible.

—Verémos.

—Cárlos no tiene ya corazon.

—Pero ís yo

—No creo en esos amores nones, Chona; sin reciprocidad no hay amor.

—Esa es una bonita teoría.

—Me gusta la provocacion y entro en materia: Chona, usted no ha amado nunca ni ama todavia, pero amará.

—¡Cuidado, señor profeta parisiense!

—Usted se casó.....por casarse; pero al cambiar de estado no aceptó usted mas que la apariencia sin modificacion moral: su corazon de usted no ha tenido ni primavera ni estio: ríndase usted á la evidencia.

—¿Y eso tambien lo aprendió usted en Paris?

—Sí, Chona, en ese libro maldito cuyo índice se parece tanto á la agonía del alma. Vamos, sea usted franca, ¿tengo razon?

—Sí, Salvador.

—Acaba usted de pronunciar mi nombre.....

—*Salvador*..... repitió Chona reflexionando, y levantó los ojos para ver á Salvador y en seguida agregó:

—Debia usted llamarse *náufrago*.

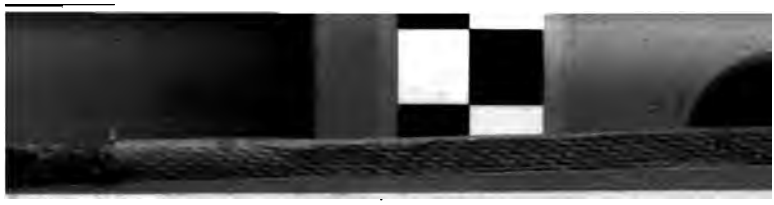
—Y usted *tabla*.

—¿Es muy imponente el mar?

—No, Chona: yo lo he atravesado, y como no soy poeta he llegado sin novedad.

—¡Ni el mar! murmuró Chona. Enmiéndese usted.

—¿Luego tengo remedio? Enmendarme: he aquí un bello ideal que no me habia ocurrido y que usted me inspira; ¡enmendarme! quiere decir, corregirme, regularizarme: tácheme usted, Chona, bórreme si es preciso, pero ayú-



deme usted á hacer esa enmendatura de mí mismo; yo me presto, prometo ser dócil; borrador como soy, me entrego á usted sin propiedad literaria, sin autor, con todos mis borrones, con todas mis entrerenglonaduras. Aquí estoy.

—Soy mal corrector de pruebas.

—¡Quién sabe! empiezo á presentir que realmente hay dos vidas, y usted, Chona, tiene la llave de la otra.

—Ya eso es mucho.

—No, no es mas que la llave.

—¿Por qué no lee usted?

—Siempre he creido que no hay mas libro que la muger.

—Por eso está usted enfermo del alma, la muger es un abismo.

—Que enseña.

—Pero no á los maestros.

—A todos. Yo he aprendido de usted hoy muchas cosas que ninguna muger me habia enseñado.

—Y sin embargo, no me tengo por una muger de mundo.

—Tiene usted un depósito que es un tesoro; figúrese usted una planta, que como usted, no ha tenido ni primavera ni estío; es una planta vírgen que encierra todos los gérmenes de la flor que no ha nacido: esa es usted, y los gérmenes de esa flor son mi medicina.

—¿Ha estudiado usted botánica?

—No, pero como soy jardinero de pacotilla es la primera vez que me encuentro una planta como usted.

—En fin, paso por ser una planta, pero no por eso usted pasará de ser un enfermo incurable.

—¿Ha estudiado usted medicina?

—No, pero he visto enfermos y conozco los que son incurables.

—¿Y yo.....

—Usted no tiene remedio.

Cárlos se presentó en este momento.

Por la primera vez, Salvador se sintió contrariado en presencia de Cárlos.

Cárlos atravesó la sala para entrar á la pieza inmediata, fijó la atencion en el estrado y dijo con profunda indiferencia:

—Hola.....

—Adios, Cárlos, dijo Salvador.

Y Cárlos desapareció. Traia unas libranzas en la mano.

Apareció á poco rato y dijo á Salvador:

—¿Ya sabes que nos esperan en Tacubaya?

—¿Mañana?

—No, esta tarde.

—¿Hoy es martes?

—Sí.

—Yo no voy.

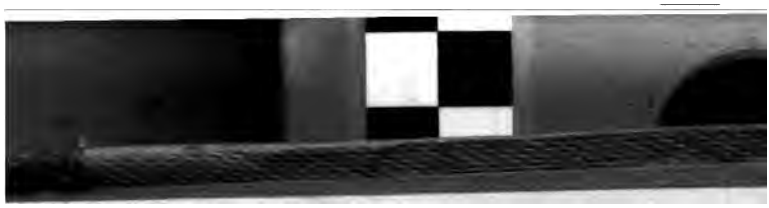
—¡Hombre!

—Vayan ustedes.

—¿Tienes que hacer?

—Mucho.

—Iremos todos, agregó Chona, te esperaremos.



—No; vayan ustedes: no voy.

Y Cárlos salió de la sala.

—Este Cárlos se hace mas ingles cada dia, dijo Salvador, y acaso será el primer momento en que se ven marido y muger en todo el dia.

—Justamente.

—Lo dicho, ¡pobre de usted!

—Tenga usted presente que yo no me he lamentado.

—No, porque hay enfermos que saben sufrir. Curémonos, Chona, es necesario no esperar la muerte en nuestra calidad de enfermos habituales; sanemos para morir despues.

Efectivamente, Salvador hablaba con sinceridad, deseaba curarse, y solo este síntoma era una regeneracion.

En Chona se estaba operando tambien una trasformacion.

Cuando en la historia de su vida moral no leia mas que esta palabra: «*indiferencia*» se entristecia de su pasado, pero porque presentia una regeneracion.

Chona debia presentir un abismo ante cualquiera idea de regeneracion moral, pero no pensaba en el crímen: llevar hasta allá sus ideas hubiera sido el colmo de la malicia.

A esa puerta nunca toca el amor sino despues de muchas curvas.

Cuando Chona estuvo la noche de ese dia sola en su dormitorio, contó con todos los ángeles de la fantasía, menos con el del sueño: fué el primero que huyó.

Ese ángel es el que precede en su huida al de la inocencia y al del pudor.

Chona tenia una magnífica fotografía de Salvador, hecha en Paris.

Le ocurrió ver esa fotografía.

—¡Quien lo habia de creer! cualquiera muger que vea este retrato, cree que este es un hombre lleno de fé, de amor, de entusiasmo, de poesía y..... y no hay nada, ya es un cadáver.

¡Hubiera yo visto á Salvador en Paris, lo hubiera yo podido seguir á todas partes para espiar sus acciones!

¡Cuantas cosas habrá pasado! ¡que feliz habrá sido! ¡cuantas mugeres lo habrán amado! y cuando el sueño se haya apoderado de él, cuan fatigado ha de haberse sentido y qué sopor se habrá apoderado de su cuerpo.....!

La saciedad.

He aquí lo que no comprendo: ¡saciarse! ¿de qué? porque saciarse, cansará el amor, el amor tendrá fin.

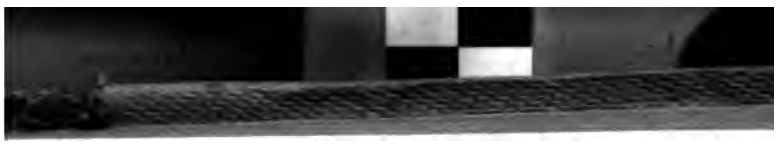
¿Si Salvador será nada mas un cómico?

De todos modos, le queda algo mas que á mi marido. ¡Cuanto me ha hecho llorar Cárlos!..... pero todavía no lo sabe, él cree que jamas he derramado una lágrima..... ya se ve, para mi marido no hay lágrimas ni placeres, una letra de cambio no tiene ni sonrisas ni lagrimales.

En fin, este Salvador me entretiene maravillosamente.

¡Que abismos, que oscuridades se encierran en cada corazon!

Yo no sé que atraccion irresistible me induce á averi-



guar la vida íntima de Salvador; nunca he podido comprender ese Paris que me pintan como una vorágine, donde se pierden capitales como se pierden creencias é ilusiones y todo.

Y Chona se quedó viendo de nuevo la fotografía de Salvador.

A trueque de exponernos á la crítica, no podemos prescindir de narrar aquí una situacion idéntica, supuesto que real y positivamente pasaba tal como la vamos á describir.

Salvador estaba á la sazon en su cuarto viendo la fotografía de Chona.

—No tiene esta muger nada de *chic parisien*, pero decididamente hay un tesoro en su corazon.

Cuando se acostumbra uno á ver flores artificiales y á aspirar aromas de Pivert ó de Ninon de Lenclos, se encuentra uno con un jazmin, con un verdadero jazmin y goza con su aroma.

A mí me ha sucedido estar embardunado con magnífica pomada imperial de heliotropo, teniendo á mis órdenes ademas un frasquito de extracto de á 25 francos, que valia por todo un jardin; y sin embargo, corté una sola flor de heliotropo para aspirar su esencia, la misma esencia de que estaba yo literalmente impregnado.

Me acuerdo que Cárlos me llamó estúpido, se rió de mí á reventar y no lo pude persuadir de que, impregnado como estaba de ese aroma, aun percibia el de la flor.

Chona es el heliotropo, Paris el pomo de 25 francos.

¡Que falta me hace un novelista! Si estuviera yo en Paris, le preguntaria á Mr. Alejandro Dumas (hijo), si es posible la regeneracion moral por el amor; él que ha escrito eso, debe comprenderlo y debe saber si la moral de su Traviata, es aplicable al sexo fuerte, despues de haber vivido diez años en Paris.

En fin, veremos. Yo noto en Chona..... y á todo esto, este nombre no es eufónico, pero Encarnacion es peor; no, no es peor; yo he oido decir: la encarnacion de un ángel, de un sueño, de un deseo.

¡Si me volveré poeta á la vejez, si iremos saliendo con que no lo he perdido todo y ando todavia en pañales en estas materias á pesar de Paris!

¡Ah! agregó Salvador suspirando profundamente: ¡es imposible!

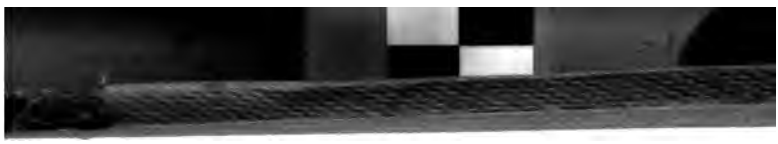
¡Despues de las locuras!..... ¡de aquellas encantadoras locuras de mi baronesa!..... ¡oh, que baronesa, todo fué para ella..... todo!..... En el cementerio del P. Lachaise están mis treinta años convertidos en mármol y en arbolitos. ¡Chona! agregó con enfado, ¡Chona!..... no basta..... no alcanza..... no puede.....no sabe.....¡pobre Chona!

Salvador habia pedido té á su criado, y en este momento se lo servia.

Salvador hizo una seña á su criado, y este sin vacilar un instante puso la licorera sobre la mesa.

—Sírveme *Kirsch*.

El criado obedeció.



Salvador estaba acostumbrado á no cuidarse de sus criados, y en materia de amores el criado solia estar al tanto de muchas poridades.

Sobre el buró habia un zapato de muger, un zapato parisiense de raso color de rosa pálido; aquel zapato perteneció á la baronesa, lo sabia el criado y sabia tambien que dentro de aquel zapato habia de poner la cerillera.

El criado podia tambien hojear en ausencia de Salvador el álbum secreto de su amo.

Era un álbum en folio, tenia sobre la pasta un bajo relieve representando el Amor con todos sus atributos.

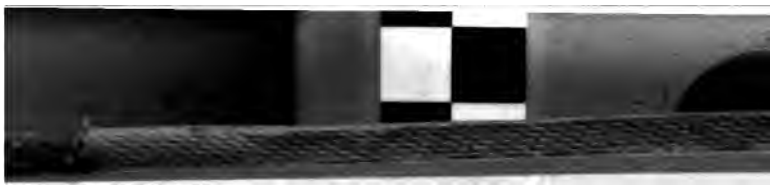
Aquel álbum era horriblemente curioso.

Todo lo sabia el criado de Salvador; pero este, por primera vez en su vida, se ocultó de su criado para contemplar la fotografia de Chona; hizo mas, la guardó mientras su criado le servia.

Estaban, pues, ya frente á frente dos corazones que latian bajo muy diversas impresiones.

El de Chona era un tesoro vírgen.

El de Salvador, una caja vacia.



CAPITULO X.

UNA VIEJA CHOCOLATERA.

SANCHEZ es una verdadera presea para el interes creciente de nuestro relato: le sabemos muchas cosas y hemos de decirlas, inocentemente.

Sanchez no tenia solo una casa, tenia dos; pero tal lujo de domicilios habia permanecido hasta entonces envuelto en el misterio.

Pero doña Felipa tenia una amiga y amiga de la tia Anita. Era la tal otra vieja chocolatera que se alternaba en chocolates y habladurías con doña Anita.

Esta vieja se llamaba doña Zeferina, tenia un hermano

clérigo que la mantenia, y doña Zeferina no vivia, hacia muchos años, sino para procurar la salvacion de su alma; obra por demas erizada de dificultades, pero que todas, en concepto de la misma doña Zeferina, estaban allanadas completamente.

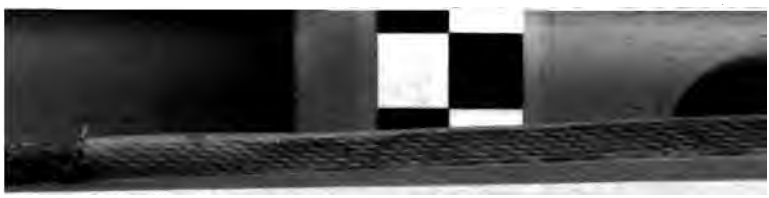
Veamos su sistema.

Doña Zeferina madrugaba y oia la primera misa que se decia en la iglesia de su barrio; volvia á su casa á desayunarse, y en seguida emprendia el camino hasta la iglesia donde estuviera el circular; allí oia la misa mayor y rezaba dos novenas que siempre traia entre manos: una andada y aplicada por sus propias necesidades, que eran algunas constantemente; y otra por oficiosidad por los cuidados y desgracias de alguna de sus amigas, á quienes, como debe suponerse, nunca les faltaban cuidados y desgracias.

Volvia á su casa á comer, dormia siesta y se levantaba para ir á tomar el chocolate á alguna visita: los lúnes con las monjas, mártes con una comadre, miércoles con las hermanas de su confesor, júeves con una amiga, viérnes en la casa de Sanchez; el sábado tenia mucho que hacer y el domingo se quedaba á comer en alguna parte, y el lúnes anudaba el turno nuevamente.

El chocolate no le impedia concurrir al *depósito*, al *sermon*, á los *desagravios* ó á la novena solemne en alguna iglesia.

Lo único que cambiaba la monotonía de su vida, era



el ir por una amiga ó amigas á su casa para ir en su compañía á la iglesia.

Doña Zeferina tenia la costumbre inveterada de comer en la casa de sus amigas cada dia de cumpleaños, y en algunas partes se quedaba á dormir, porque no habia quien la llevara á su casa de noche.

A doña Zeferina nunca le faltaba que hablar, tenia materia abundante para todo el año, contando en una casa lo que oia en otra, circulando las noticias de las funciones religiosas, y describiendo las fiestas de familia á que concurria.

Sabia de memoria el calendario; y mas exacta que las interesadas, avisaba con anticipacion en cada casa:

—No se te olvide, mi alma, que el 22 de este es San Anastasio y el 29 San Francisco; ahí tienen ustedes á doña Anastasita la Ortiz y á mi señor D. Francisco el licenciado, á quien tantos favores le debe tu familia; no se te vaya á pasar.

Un viérnes entró doña Zeferina á la casa de Sanchez.

—Buenas tardes, Felipita. Anita, ¿cómo te ha ido? ¿cómo están todos por acá? ¿cómo está el señor Sanchez y Amalia y la Chata? ¿cómo les ha ido de tiempo?

—Buenos todos, á Dios gracias.

—¿Y D. Aristeo?

—Bien.

—¿Con que todos buenos? ¡cuanto me alegro! de santos nos debemos dar con que no haya venido por aquí la plaga de los catarros de mis pecados; acabo de venir de la

casa de las hermanas de mi padre confesor, que es tan bueno y tan santo, y todas, mi alma, todas están del catarro, perdidas; si es en la casa del licenciado, lo mismo: tiene dos niños con tos ferina, de mucha gravedad, y hasta una de las madres, de las madrecitas las pobres, me la he ido á encontrar con un constipadazo que hasta parece pulmonía; vamos, si te digo, mi alma, que yo no sé adonde vamos á parar con tanto catarro; es el tiempo, es el tiempo; estos cambios tan repentinos, que sale una caliente, y zas, allá van los estornudos y catarro para una semana; ¡como ha de ser, que se haga en todo la voluntad de Dios! ¡Si te digo que yo ya no sé que plaga nos faltará, porque todo se nos junta! ¡todo! ¡todo! ¡porque si es de arranquera, no me digas, que están todos que se sorprende uno! ¡Y vaya, si dijéramos los pobres; pero no, mi alma, los ricos tambien! ¡asombra ver en ese montepio los primores que llevan! ¡y qué alhajas! ¡qué córtes! ¡qué tápalos chinos! ¡todo de gente que tiene! ¡conque figúrate como estarán las cosas, Felipita de mi alma y de mi vida! ¡pero como ha de ser! ¿Conque por acá todos buenos?

—Sí, vamos pasando.

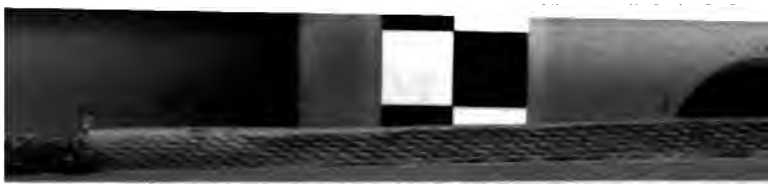
—¿Y en paz?

—Así, así.

—Ave María Purísima, ¿conque.....

—Ha habido de todo.

—¡No lo permita la cruz de mi rosario, Felipita de mi alma! ¡qué me cuentas! ¿conque ha habido de todo? yo, mi alma, como ya soy vieja no me sorprendo de nada;



pero ve uno unas cosas que con razon; ¡ya se ve! ¡es imposible, imposible que ciertas cosas salgan bien, porque ya sabes que del cielo á la tierra, no hay nada oculto, y el dia que uno menos lo piensa ¡adios! se descubre todo, porque ya sabes que nunca falta un yo lo ví; si te digo, mi alma, que estoy aburrida; ¡ya no quiero vivir, Señor, ya no quiero que me cuenten nada, pero qué quieres! le cuentan á uno y no hay remedio; ¿yo? ¿pues cuándo sabia nada de lo de acá? estaba muy quitada de la pena cuando me dice una señora que oye misa conmigo:

—¿Usted visita la casa de Sanchez?

—¡Como no, mi alma, le dije; si Felipita es íntima amiga mia!

—Y la pobre de Amalia, ¿no sabe nada todavía?

—¿De qué?

—¡Cómo de qué! de la muger esa que dicen que tiene el señor Sanchez, y que es la causa de tantos disgustos.

—¡Conque eso te dijeron! exclamó doña Felipa sorprendida.

—Eso.

—¡Mira que gente tan lenguaraz!

—Oye, mi alma, en cuanto á lenguaraz yo respondo que no, porque lo que es esa señora la he visto comulgar y me debe el mejor concepto; es una señora grande y no creo...

—¡Ah! pues eso es una calumnia, mi hermano es incapaz de tener otra mujer, que bastante tiene el pobrecito con Amalia, que lo tiene sacrificado por el lujo que gasta.

—Pues yo sentiria mucho que fuera cierto, pero has de saber que yo ya tenia mis antecedentes.

—¿Tú, tú tambien? ¿luego lo crees? Ya lo ve usted, tia Anita, ¡oh! si no se puede ya tratar con nadie, si las gentes tienen una lengua, que yo no sé adonde vendremos á parar.

—Pues yo nada pongo, mi alma, y si yo te digo esto es en descargo de mi conciencia; pero ni pongo ni quito, y sobre todo, que lo que fuere sonará, porque ve uno tantas cosas.....

—No, pues ahora es preciso averiguar la verdad, porque eso es muy grave, y necesitas decirme quien te lo dijo ó me peleo contigo.

—El pecado se dice, pero no el pecador.

—¡Es una cosa de honra!

—Por lo mismo.

—Dime quién te lo dijo.

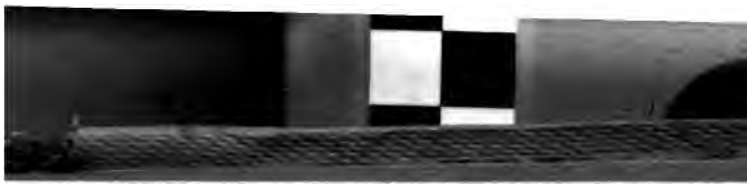
—No, mi alma, porque el chisme agrada, pero el chismoso enfada.

—Pues esto no se puede quedar así, ni yo he de permitir que el pobre de mi hermano ande por ahí en boca de todos como trapo viejo, porque si yo doy con la habladora la he de poner como ropa de pascuas.

—Mira, Felipita, que lo mejor será que yo averigüe, porque seria mucho descaro inventar todo lo que me han dicho.

—¿Pues qué te han dicho?

—¡No, cómo quieres que te lo diga cuando te exaltas



tanto! y lo que es yo no he de ser la causa de que te vayas á morir de un derrame de bílis; ¡Dios me libre! yo tambien me moriria de pesadumbre.

—Te ofrezco no exaltarme, pero dime lo que te han dicho, que al menos siempre es bueno saber á que atenerse.

—¿Pero me ofreces.....

—No tengas cuidado, dime lo que sepas.

—Pues ya te digo que nada invento; me dijeron que el señor Sanchez tiene otra casa: y esto no puede ser mentira, porque sé el número y la calle, y quien vive allí. Ahora, en cuanto á que el señor Sanchez paga la casa, no me cabe duda porque he visto los recibos, que me los enseñó el cobrador; y te diré mas: conozco á la señora.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de la extrangera?

—¿Qué extrangera?

—¡Vaya! mi alma, la de los rizos.

—¿Esa?

—Esa.

—¿Y qué?

—Esa es la que vive allí, por cuenta del señor Sanchez, y la tiene bien puesta; pues si vieras que vestidos de seda y que castañas y que tren; ¡vaya! sobre que pasa por su muger en la vecindad.

—Me dejas de una pieza! conque quiere decir que tú sabes.....

—Yo sé muchas cosas, no porque las pregunto, porque eso sí no tengo, curiosa; pero le cuentan á uno.

—Pues mira, mejor será saberlo todo de una vez, te encargo que te informes bien, porque si eso es cierto es necesario ver como se remedia.

A la sazon que esto pasaba en la asistencia, en el corredor resonaron unos gritos; era Sanchez.

—¿Y usted qué quiere? preguntó Sanchez á un hombre que lo habia estado esperando una hora en el corredor.

—Este recibo, dijo el hombre.

—¿Qué recibo?

—El del periódico.

—Ya he dicho que no me importunen; yo no he visto gente mas molesta que los impresores; vuelva usted mañana.

—Señor, llevo ocho dias de estar viniendo.

—¿Y eso que me importa?

—A mí sí, porque para cobrar seis reales, vengo hasta quince veces seguidas.

—¿Parece que usted es un poco altanero?

—No, señor, y la prueba es, que suplico á usted que me pague ahora, ó que me cite usted para dia fijo.

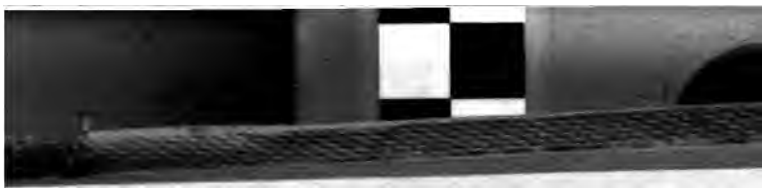
—¡Quite usted allá con su dia fijo! ¿cuanto es?

—Seis reales.

—¿Seis reales?

—Sí, señor.

—Vuelva usted mañana.



—¡Pero señor!

—Ya dije que mañana.—A ver, Pizarro, agregó gritando, no me deje usted subir á estos ociosos y el que venga á cobrar, que no hay dinero, que solo pago los dias primero de cada mes; ya es preciso cortar este desórden.

A mí me van á arruinar en este México; recibitos á todas horas ¡habrase visto! no parece sino que no tiene uno el dinero mas que para tirarlo en lo primero que se les antoja; ¡recibitos á mí!

—¿Qué le ha sucedido á usted, compadre? le preguntó Don Aristeo.

—Qué me ha de suceder, que ya me acaban; yo no he visto gente mas molesta que estos cobradores de periódicos; no hay dia en que no haga diez cóleras.

Don Aristeo se encogió de hombros.

—¿Qué le parece á usted que será bueno hacer, compadre?

—¿Me pide usted un consejo?

—Sí, ¿por qué me lo pregunta usted?

—Porque generalmente pedimos un consejo, cuando estamos menos dispuestos á aprovecharnos de él.

—¿Ya me va usted á salir con sus ranciedades, compadre?

—Ya sabe usted que yo soy rancio, pertenezco á la pelea pasada.

—¡He amanecido de buenas! exclamó Sanchez con enfado.

Don Aristeo guardó silencio.

—Vamos á ver, compadre, sea usted de la pelea pasada ó nó, necesito que me inspire usted una idea.

—Platicaremos, compadre; platicaremos, pues de la discusion nace la luz.

—A ver, ¿qué le parece á usted que debo hacer?

—¿Cuanto tiene usted, compadre?

—Pues..... qué sé yo..... haga usted cuenta: el sueldo, las casitas, en fin, ponga quinientos pesos cada mes.

—¡Hermosa renta! ¿y así se queja usted, compadre?

—Ya usted lo ve, no me alcanza para nada, debo un dineral y cada dia las cosas se complican de una manera, que yo no sé á donde iremos á parar.

—Y..... ¿cuanto gasta usted, compadre?

—Huum..... eso sí no se lo puedo decir, ya me conoce usted, yo sé tirar el dinero como pocos.

—Ya lo veo y en eso está el mal.

—Pues si en eso quiere usted encontrar el remedio, perdemos el tiempo.

—Minore usted sus gastos, compadre.

—¿Qué menos puede gastar un hombre al mes que media talega? hay lores que gastan medio millon.

—Sí, compadre, pero porque lo tienen.

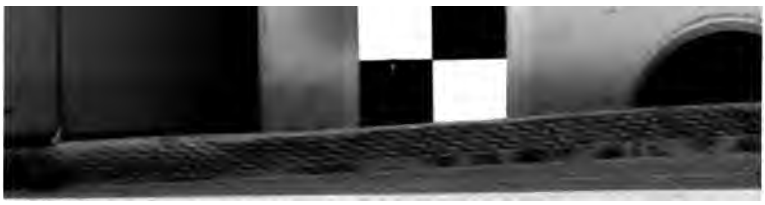
—Yo gasto lo que tengo.

—No, gasta usted mas; mucho mas.

—Pero es indispensable.

—En eso está el error; Amalia gasta mucho lujo.

—¡Amalia! cómo habia de gastar Amalia lo que gasta michica.



—¿Quién? preguntó D. Aristeo frunciendo el ceño.

—¡Cómo! ¿pues qué no sabia usted, compadre? ¡vamos! pues ahora sí veo que está usted en *bábia*, me parecia que le habia contado á usted.

—No.

—Pues es el caso que Manuel, ¿ya conoce usted á Manuel? mandó traer una *cocota*.

—¿Una qué?

—*Cocota*, compadre, ¿no sabe usted lo que es *cocota?*

—No.

—Una queridita.

—¿Conque la mandó traer?

—Sí; y despues de seis meses me dijo un dia echando albures: oye, Sanchez, siempre he pensado volverme á Francia; ¿cuanto me das para mi *cocota?*

—¡Jesus, María y José! ¡qué inmoralidad!

—No me venga usted ahora con sus sermones porque no le cuento, compadre.

—Está bien, siga usted.

—Pues, hombre, le dije á Manuel, ¿ella qué es lo que necesita?

—Con trescientos pesos cada mes se conforma; la tienes dos ó tres meses y despues se la pasas á algun amigo.

—Negocio arreglado, le dije, y me quedé con la *cocota*.

—¡Pero, compadre! exclamó D. Aristeo.

—Y como este Manuel es tan célebre y tiene tanto talento, me convidó á cenar una noche para hacer el testamento; y oiga usted, la escena estuvo de lo mas original.—Ket-

ty, le dijo á la *cocota*, aquí tienes á Sanchez, íntimo amigo mio, etc. etc.—y me hizo la entrega. Al dia siguiente me estrené pagando una cuenta á la modista, y segun las instrucciones de Manuel, deslicé en la mano de Ketty algunos billetes de banco, y lo peor del cuento, compadre, es que llevo ocho meses de esto y estoy en quiebra.

Don Aristeo se habia cogido la cabeza con ambas manos y permanecia aturdido.

—¿Y no seria lícito, dijo de repente D. Aristeo, ministrar á esa señora unas píldoras de estricnina como á los lobos?

—¡Qué barbaridad, compadre! ¿pero por qué?

—Porque es un animal muy caro; ¡trescientos pesos cada mes! por una..... qué?

—*Cocota*, compadre.

—¿Y qué tiene de raro esa *cocota?*

—¡Que es hermosísima!

—De cuerpo puede ser, compadre, pero de alma, decididamente es un demonio.

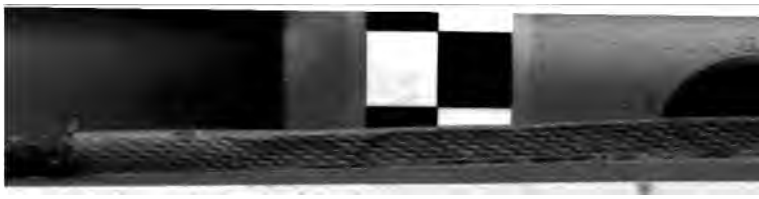
—¡Si viera usted que buenos sentimientos tiene!

—¿Y se deja traspasar como un mueble?

—¡Ah! qué quiere usted, compadre, esos son los usos europeos, y en su calidad de *cocota* tiene que.....

—¿Tiene qué? ¡Compadre, por el amor de Dios! si esto no se ha visto ni en Gomorra!

—No, efectivamente; allí estaban atrasados; de eso hace tantos años!..... hoy la muger se explota de distinta manera; qué quiere usted, la civilizacion!



—Sí, compadre, la muger ha llegado á ser un mueble de lujo; estoy cierto que usted no puede querer á esa *cocota: ¿cocota* se dice?

—Sí, compadre.

—¡Ha visto usted nombre! No está en las Pandectas, es nombre nuevo.

—Es nombre frances; en Paris se dan las *cocotas*, y ya lo ve usted, se dejan importar.

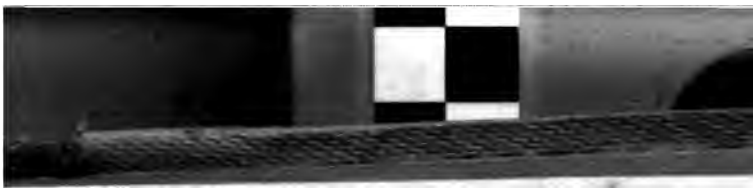
—Ya lo creo, un mueble de esos! y luego tan caro!

—¡Ah! pero es una criatura angelical; si viera usted que alma, compadre!

—¡Por vida de usted, compadre, que no me vuelva usted á hablar de sus prendas morales, porque me va usted á volver loco. ¿Como puede haber sentimientos nobles en un corazon tan corrompido?

—Sobre que le digo á usted que es un ángel.

—¡Vamos! yo no sé una palabra, el mundo ya cambió completamente, y yo estoy en pañales; tiene usted razon, compadre, será un angel; pero déjelo usted que se vuele.



CAPITULO XI.

SANCHEZ SOÑANDO CON LOS GRANDES NEGOCIOS.

La asistencia de Sanchez se venia abajo á la sazon: las dos viejas y doña Felipa habian entrado en pleno congreso y se debatia con acaloramiento la cuestion de si las noticias de doña Zeferina eran puras invenciones de las gentes ó si tenian algun fundamento.

No tardó D. Aristeo en formar parte de aquella diputacion permanente, y doña Felipa, que era la mas interesada en saber la verdad, dijo á D. Aristeo:

—¡Qué dice usted lo que se cuenta, señor D. Aristeo

de mi alma! vea usted que estoy en una verdadera tribulacion.

—¿Qué se cuenta, doña Felipa?

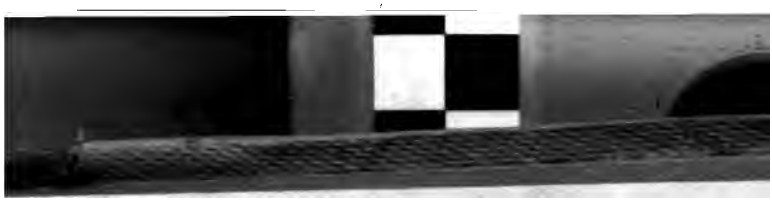
—Nada: las gentes; ya conoce usted á las gentes, han dado y tomado en que mi hermano, mi honrado hermano, tiene..... tiene su quebradero de cabeza; como si el pobrecito estuviera para esas cosas, tan ocupado siempre en su oficina y en todas las cosas de palacio y de la política; ¡vaya usted á ver, señor D. Aristeo de mi alma, si eso será posible! pero tanto lo dicen que ya sabe usted: cuando el rio suena..... yo no lo creo, por supuesto, y Dios me libre de hacer suposiciones; pero ya una persona me dice que se dice, ya otra que lo ha visto, ya, en fin, no falta quien diga que conoce á la chica, y yo entretanto no sé á que atenerme.

Lo único que sé decir es que al pobrecito de mi hermano no se le conoce inquietud, y luego, como trata tan bien á Amalia y le da tanto gusto, se le resiste á uno creer ciertas cosas.

Don Aristeo fijaba sus miradas alternativamente en doña Anita y en doña Zeferina, y á pesar de estarlo viendo nó acababa de convencerse de que todo aquello que estaba diciendo doña Felipa lo sabian las viejas.

—Pero..... ¿estas señoras saben?

—¡Ay, mi señor D. Aristeo! ¿y quién no lo sabe en México? si de lo que debia usted sorprenderse es de que no lo sepa Felipita tan bien como nosotras; si eso es público y notorio; conque es buena que se ha llegado á de-



cir que Amalia lo sabe y se hace sorda, porque así le conviene.

—¿Y usted la conoce, doña Zeferina?

—Nada mas dos veces la he visto: una yendo yo al Colegio de Niñas á ver á mi padre confesor, y otra en el átrio de catedral.

—¿Y qué tal?

—La verdad, como quiero tanto á la pobre de Amalia, me pareció así, así.....le diré á usted, mi señor D. Aristeo, ella no es fea, quiere decir, no se ve fea porque como ahora se pintan tanto las mugeres no se puede juzgar; sí tiene buenas facciones, buenos ojos, buena boca, y un pelo que, á ser suyo, le aseguro á usted que es hermosísimo; yo creo que es americana, por lo menos así lo he oido decir: la americana por aquí, la americana por allí.... eso sí, en cuanto á lujo, no se diga: ¡si parece una reina!

—¿Quien es esa? le pregunté á una señora muy buena, que va todos los mártes al Colegio de Niñas.

—¡Quién ha de ser! la americana, me contestó.

—¿Qué americana?

—La que tiene el señor Sanchez.

—¿Con que la tiene?

—¡Vaya, mi alma! qué atrasada está usted de noticias!

—¿Pero de cual Sanchez habla usted?

—¡Cómo de cual! del marido de Amalia, de su amigote de usted, porque yo sé que va usted á la casa.

Entonces le dije que yo no era precisamente amiga del

señor Sanchez, que la amistad era con Felipita, y quedamos en eso.

—Conque ya lo ve usted, señor D. Aristeo, dijo Felipita, con esos datos ya podrá usted figurarse que cuando menos, la hacen á uno dudar.

La Chata, que sabia mejor que todos estos asuntos, habia pasado varias veces por la pieza en que se discutian, y se habia enterado á su vez de que se estaba preparando una borrasca.

Entre tanto Amalia seguia recibiendo en el saloncito á Ricardo, quien habia llegado á convertirse en visita cuotidiana; y por supuesto, la intimidad entre estas dos personas, entre quienes habia ya tantos motivos de simpatía, subia de punto.

Sanchez, por su parte, estaba muy ageno de que sus asuntos estuvieran á discusion, y no pensaba mas que en la manera de aumentar sus rentas, á fin de poder subvenir á las necesidades que se habia impuesto.

Sanchez habia entrado por primera vez á desempeñar el papel de rico, y le habia sucedido lo que á todos los ricos nuevos: no le alcanzaba.

Una vez en posesion de ciertos recursos que, con mucho, superaban á los de su haber comun, Sanchez perdió los estribos en materia de egresos, al grado de que una escrupolosa liquidacion le hubiera puesto de manifiesto esta terrible verdad:—No tengo nada.

Pero Sanchez se habia filiado ya entre las gentes de cierta importancia; habia contraido cierto género de amis-

tades de ventajosa posicion social, y ya no le era posible retroceder.

Introducir economías, rehusar ciertos convites, no corresponder á ciertos obsequios, hubiera sido salir en vergonzosa derrota del círculo social á que habia logrado penetrar ayudado de la fortuna.

Era todavía tiempo de introducir el órden, y el órden bastaria para restablecer el equilibrio; pero el diablo de la vanidad se pronunciaba abiertamente contra cualquiera modificacion, y Sanchez veia venir, y no muy lentamente, su ruina, sin poderla evitar, sin tener valor suficiente para cortar el mal.

Era el mes de Diciembre, y la nota de los vencimientos de este mes fatal hablaba de una manera elocuente contra la tranquilidad de Sanchez.

El funesto renglon de la cocota habia acabado de desnivelar el presupuesto: aquellos trescientos pesos pagados con una escrupulosidad de Lord, habian minado hasta los cimientos la fortuna de Sanchez.

Habia recibido ya de un agiotista, seis quincenas adelantadas de sus sueldos, y una de sus casas estaba gravada en cantidad que debia pagar en Diciembre.

Habíale aconsejado á Sanchez un amigo suyo que cultivara la amistad de cierto personaje, con la mira de llegar á merecer su atencion y sus favores.

Este personaje era Cárlos el marido de Chona, con quien Sanchez mantenia hasta entonces una amistad ceremoniosa y aparente; pero cierta mañana, hablándose en

el almacen de Cárlos de cierto negocio con el gobierno, no faltó quien opinara que antes de promoverlo oficialmente, se contara con algun empleado que personalmente interesado en servir á la casa, fuera el medio para conseguir el resultado que se deseaba, y allí se habló de Sanchez, como la persona mas á propósito.

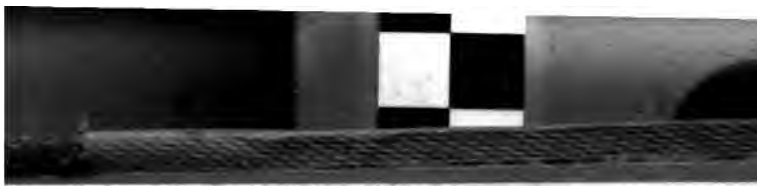
Acto continuo Cárlos envió á Sanchez una esquela invitándolo á tomar el té en la noche.

Ya se deja entender que Sanchez recibió aquella esquela con placer, con un placer que le recordó la escena de las cartas de la Gran Duquesa, y si no cantó, porque Sanchez no sabia cantar, sí repitió muchas veces para su coleto:

¡Oh carta adorada
Me hiciste feliz,
Yo te besaré
Mil veces y mil.

Se vistió á la oracion, y puntual como un ingles estuvo en casa de Cárlos á las ocho y media de la noche, no sin permitirse el lujo de alquilar una berlina con frisones que hicieran un poco de ruido á su llegada á la casa.

Sanchez, fué recibido con esquisita atencion, no solo por Cárlos sino por los empleados del almacen, que sabian que al obsequiar á Sanchez, se adherian á las miras del principal y cooperaban al buen éxito de los negocios de la casa.



Sanchez que era muy patriota, estaba creyendo que hacia un verdadero sacrificio en pisar aquella casa, por ser de mochos; pero ya se habia prevenido para poder dar sus escusas á los amigos que pudieran por acaso afearle este proceder.

El salon de la casa de Cárlos estaba profusamente iluminado y abierta la tapa de un magnífico piano de cola americano.

Cárlos habia mandado llevar algunos profesores de la orquesta de la ópera y habia invitado ademas á algunas notabilidades filarmónicas á fin de amenizar la reunion con piezas selectas de música.

Habia en el salon hasta doce señoras, y el resto de los asientos lo ocupaban mayor número de caballeros, en la generalidad personas de distincion.

Los señores profesores D. Tomás Leon y D. Pedro Mellet ocuparon el piano y tocaron admirablemente la gran obertura de Guillermo Tell, la que, á pesar de la gravedad y circunspeccion que reinaba entre los concurrentes y de esa reserva severa que se nota al principio de una reunion, arrancó una salva de aplausos que fué ya el principio de la animacion y de la cordialidad.

Efectivamente, esa gran pieza musical ejecutada por tan notables profesores y en aquel piano, nada dejaria que desear á los mas severos [redacted]

—¡Qué hermosa obertura! [redacted] á Sanchez que estaba á su lado.

—Sí, sí señora, es hermosísima, y sobre todo ¡tan bien ejecutada!

Esto lo dijo Sanchez porque creyó que debia decirlo, pero sin conciencia; porque en materia de música, Sanchez no habia tenido tiempo de educarse el gusto, ocupado como habia estado siempre en servir á la madre patria.

Cuando Sanchez se vió rodeado de atenciones de todo género, y haciendo en aquella selecta reunion un papel que ni él mismo se esperaba, tuvo uno de esos momentos de deslumbramiento y de ilusion que comunicó á su ánimo mas expansion y á sus ademanes mas desenvoltura; se atrevió á hablar de música dando á sus palabras cierto tono magistral.

Las frases de Sanchez eran recogidas con marcadas muestras de benevolencia, especialmente por parte de los dependientes de la casa.

—¿Quién es este hombre? preguntó Salvador á Chona con aire de príncipe.

—Es Sanchez, contestó Chona.

—¿Qué Sanchez? insistió Salvador.

—Yo no sé; es una persona nueva, es amigo de Cárlos.

—¿Hablan ustedes del señor Sanchez? dijo un jóven elegante; yo tambien acabo de pedir informes.

—¿Y quién es? preguntó Chona.

—Es un puro, es uno de estos liberales..... ya ustedes me entienden; no hay mas que verlo metido en el frac, para comprender de qué clase de pájaro se trata.

—¡Ah! ¿conque es liberal? preguntó Chona.

—Sí, es de estos hombres nuevos, ya saben ustedes; hombres elevados por la revolucion.

—¡Ay Dios mio, qué horror! exclamó Chona, ¡cuantas muertes deberá este..... santo varon!

—Vea usted, Chona, dijo el elegante, en cuanto á muertes no me parece que tenga mucho que decirse, pero en cuanto á otras cosas.....

—¿Y qué cosa es? preguntó Salvador.

—Empleado del gobierno; parece que tiene un buen empleo.

—De todos modos, dijo Chona, mi marido hace mal en presentarnos gentes de esa clase, ¿porque adonde vamos á parar? tras de este vendrán otros.

—¡Y Dios nos asista, Chona! porque su casa de usted se convertiria en una de tantas.

—Y hasta ahora, agregó Chona, ya lo ven ustedes, nos hemos visto libres de esa plaga; yo no puedo ver á los héroes de hoy; á mí me llaman retrógrada y mocha y que sé yo cuantas cosas mas, pero yo no transijo; esa igualdad tan mentada no la paso, porque los de abajo son los que la proclaman para ser iguales á los de arriba.

—Lo que no puedo comprender es como Cárlos, que ha sido el primero siempre en manifestarse intransigente, acoge esta noche á ese señor con una afabilidad, de que estoy verdaderamente pasmado.

—¡Vaya! agregó Chona, al grado de que [redacted] de llevar un buen chasco: al ver que mi marido [redacted] tan

bien, ¿creerán ustedes que me he permitido dirigirle la palabra?

—Era natural, dijo el elegante.

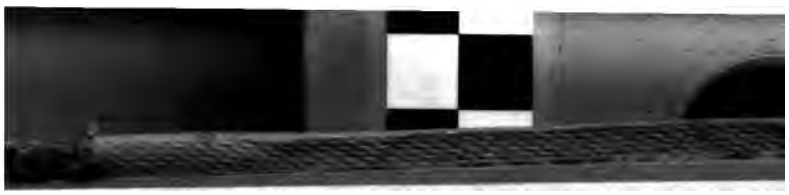
Cárlos habia tenido tiempo ya de notar que Chona, Salvador y aquel otro personaje hablaban con cierta reserva y acaloramiento, y pensó desde luego que Chona era muy capaz de contrariar sus planes, de manera que, tomando á Sanchez familiarmente por el brazo, lo llevó hácia donde estaba Chona.

—Estaba cometiendo una falta, aunque involuntaria, dijo Cárlos á su muger; se me habia olvidado presentarte á este caballero, al señor Sanchez, persona muy recomendable y amigo de toda mi consideracion.

En la manera de hacer la presentacion, conoció Chona que su marido tenia en ello algun interes particular, y Chona á su vez hizo un esfuerzo para dirigir un cumplimiento á Sanchez, quien con esta nueva distincion acabó de perder la cabeza.

Se empeñó en ser lo mas cortes y galante con Chona, quien en medio de Salvador y del elegante, recibió heroicamente la andanada de barbaridades que Sanchez decia, seguro, por otra parte, de estar desempeñando admirablemente su papel de cortesano.

—Tengo la mayor satisfaccion, señora, en haber tenido el gusto..... de..... el gusto de ofrecer á usted mis escasos servicios. Yo, señora..... no soy de México, y nosotros los de fuera somos así..... pues..... no esta-



mos al tanto de la etiqueta y de ciertas cosas; pero en cambio tenemos el corazon en las manos.

—Sí, señor, contestó Chona, la ingenuidad es una virtud rara y.....

—Porque vea usted, señorita, yo soy un hombre del pueblo, soy hijo del pueblo y todo se lo debo al pueblo; soy liberal, pero por lo mismo respeto la opinion de los demas para que así respeten la mia; ¿no le parece á usted, señorita?

—Efectivamente.

—Porque uno es que sea uno liberal, pero liberal de órden, y otro es que lo confundan á uno con la gentuza; no, señorita, yo soy liberal de órden, como creo que lo será el señor, y el señor, y todos, porque ¿quién no es liberal, quiere decir, quién no ama esa deidad?.....

Al llegar aquí le pareció á Sanchez que se iba elevando mucho, y como el papel que en aquel momento se habia propuesto representar era el de un hombre sencillo y franco y sobre todo atento y apreciable, cambió de rumbo su discurso y continuó:

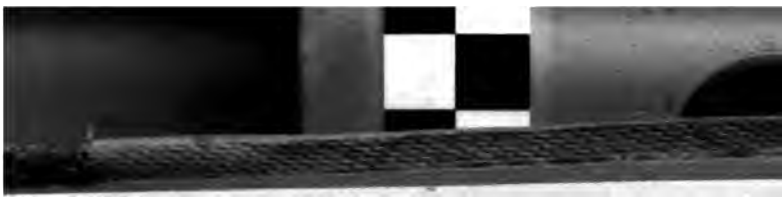
—Es cierto que entre los hombres de mi partido ha habido de todo; pero ¿qué quieren ustedes? las revoluciones no se hacen precisamente contando con las clases privilegiadas, y no se puede evitar que ingresen á las filas hombres que deshonran la causa y hacen que por ellos pierdan todos.

Afortunadamente para Chona, se sentab[illegible] señorita discípula del maestro [illegible]

taba la preciosa composicion imitativa del mismo maestro titulada: "Un sueño en el mar."

Sanchez se separó del grupo haciendo una cortesía y se fué á sentar por otra parte.

Chona, Salvador y el elegante se dirigieron una mirada de inteligencia.



CAPÍTULO XII.

CONTINUA SANCHEZ EN EL CAMINO DE SU ENGRANDECIMIENTO.

DESPUES de algunas piezas ejecutadas en el piano por los profesores, y de otras muy notables acompañadas por los instrumentos que constituian un cuarteto musical, la concurrencia fué invitada á pasar al comedor.

Sanchez, que á imitacion de los demas, habia ofrecido el brazo á una señora, atravesó las habitaciones, no sin poner el mas minucioso cuidado, aunque con disimulo, acerca de los pormenores que pudiera atrapar sobre los muebles y su colocacion, con objeto de tomar nota y

aprender ciertos detalles, supuesto que se le presentaba la ocasion de estudiar este punto en una casa de la que Sanchez tenia el mas elevado concepto, reputándola como un modelo de buen gusto y elegancia.

El comedor estaba profusamente iluminado por medio de un candil con quinqués, con dos hermosos candelabros de doce luces que estaban colocados sobre la mesa y entre dos magníficos jarrones de porcelana que sostenian grandes espejos esféricos; habia ademas encendidos cuatro candelabros ó albortantes de pared de siete luces cada uno.

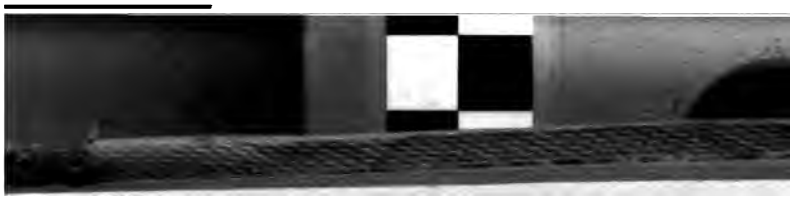
Todo el servicio era de reluciente cristofle: habia hermosos ramilletes colocados en graciosos jarrones, y sobre cada servilleta, una tarjeta con el nombre de la persona que debia ocupar el asiento respectivo.

Sanchez ocupó su asiento, y lo primero que llamó su atencion fué la manera con que estaban dobladas las servilletas: le pareció muy ingeniosa y se propuso hacer un ensayo con un pliego de papel tan luego como pudiera hacerlo, pues ya le habia pasado por las mientes corresponder á Cárlos su fina invitacion.

Sanchez, colocado entre dos señoras, comprendió que tenia necesidad de no perder movimiento á sus vecinos, para hacer exactamente lo que ellos hicieran en materia de obsequiar debidamente á sus adláteres.

Preocupado con esta idea, se convirtió en autómata imitador de su vecino de enfrente.

—¿Le sirvo á usted de esto? decia este.



—¿Le sirvo á usted de esto? repetia Sanchez.

—Ofrezco á usted, señorita, un poco de esta jaletina que me parece la mas esquisita.

—Ofrezco á usted, señorita etc., repetia Sanchez, quien al servir unos pastelitos, no acertó á tomarlos en equilibrio con el cuchillo y los tiró dos veces.

Aunque una de las cosas que habia aprendido Sanchez desde que enriqueció, era á beber, le pareció que en aquella vez debia estar sóbrio y bebió menos de lo que hubiera podido sin parecer mal.

Sanchez ansiaba porque llegara la hora de los brindis, porque en esta materia se creia fuerte, supuesto que en el Tívoli habia hecho tan repetidos ensayos, que por otra parte, le habian valido la reputacion de exaltado patriota.

La conversacion que habia empezado con Chona, le hacia pensar en que era preciso al brindar hacerlo de manera de no herir las creencias de aquella familia y á la vez esplicar que él, siendo liberal y todo, bien podia ocupar un lugar entre aquellas personas tan aristocráticas.

Efectivamente, Cárlos fué el primero que dijo algunas palabras, dando las gracias á sus apreciables convidados.

Este brindis fué contestado por dos de los concurrentes sucesivamente, y entonces fué cuando Sanchez se paró, indicando con su copa en la mano que iba á hablar.

Reinó el silencio.

—¡Señores! dijo: he tenido el honor de ser invitado á esta distinguida fiesta de familia, en la que me ha parecido que es de mi deber manifestar á las personas de dis

tincion que me escuchan, que mis deseos, que los deseos mas ardientes de mi corazon.....

Sanchez, que habia tropezado en este momento con la mirada de un señor, sintió que se le habia ido la idea, se le olvidó completamente lo que iba á decir, pero continuó:

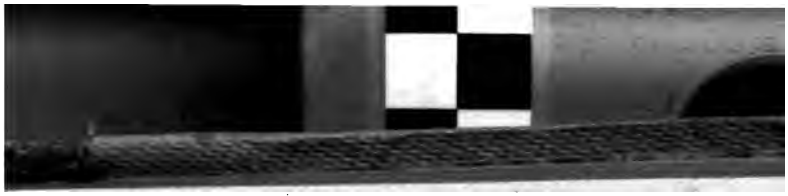
—Porque, señores, el engrandecimiento de la sociedad depende... esencialmente de.... de la union, de la union sincera sin distincion.... de colores políticos y sin pasion, sin prevencion, y del respeto debido á la opinion.....

Sanchez notó que el consonante en *on* le habia hecho un flaco servicio á su literatura, y doblemente mortificado, continuó:

—Porque yo respeto, señores, las creencias y no exijo que todos los hombres piensen de la misma manera; los destinos de la nacion están marcados en el cuadrante del destino.....

Esto del cuadrante del destino lo habia aprendido Sanchez de un diputado.

—Porque repito, señores, continuó, que no riñe la cortesía y la buena sociedad, con la idea política, ni con la cosa pública ¡y así! (exclamó mas recio creyendo haber hallado un eslabon para preparar el final) y así, repito, señores, que estando unidos los mexicanos, sin la pasion y sin las distinciones odiosas..... ¡¡para la prosperidad y el engrandecimiento de la patria!! dijo de repente con el acento propio de una de esas conclusiones lógicas y contundentes, y apuró la copa.



Pero su embarazo no tuvo límites en el momento en que notó, bebiendo todavía, que la mayor parte de los concurrentes no llevaban la copa á los labios, pues los que no tenian á la sazon fija la vista en Sanchez, no habian tenido motivo, al menos en el órden gramatical, para juzgar que el brindis habia acabado.

Sanchez tembló y no se atrevió á buscar miradas á su derredor, porque temió encontrarse con sonrisas significativas.

Salvador, que estaba sentado junto á Chona, le dijo:

—¿Qué dice usted que bárbaro?

El jóven elegante que conocemos, añadió al oido de Chona!

—¿No se lo dije á usted? si este quidam debe haber sido gañan, pero he aquí el fruto de las revoluciones ¡oh! esto es insoportable!

—Y luego que Cárlos me lo ha presentado, dijo Chona, de una manera que.... estoy segura..... á este hombre lo necesita mi marido.

—¡Chona! dijo Salvador, ahora la compadezco á usted doblemente; Cárlos va á acabar por traer la comuna á su casa de usted.

Salvador apuró una copa.

—Creí que esta noche tampoco beberia usted, Salvador.

—Esta noche sí, por hacer lo que todos hacen y sobre todo, porque.....

—Porque no hay *licorera*.

—¿En la *licorera* consistia?

—Sí.

—Entonces no debo invitar á usted.

—Acepto el equívoco, y yo soy ahora quien invita á la *licorera*.

—¡Ah!..... dijo Chona alargando mucho esta sílaba, tomemos.

—Por..... nuestra salud, dijo Salvador, recalcando las palabras y aludiendo á la enfermedad moral de que habian hablado.

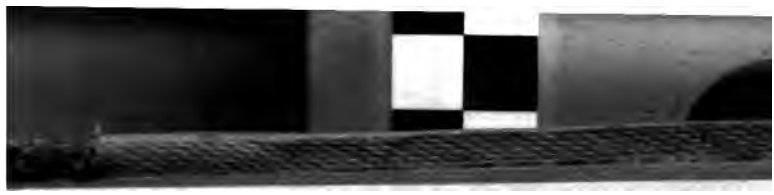
Despues de apurar su copa se dirigieron una mirada.

Ninguno de los convidados despues de Sanchez volvió á brindar, aunque en la mesa reinaba ya mayor animacion, al grado que ya se habia introducido ese ligero desórden propio de la cordialidad que debe reinar entre convidados.

Cárlos hablaba con algunos banqueros que estaban á su lado, y los dependientes de la casa se afanaban en obsequiar á las señoras.

Entre los dependientes se distinguia notablemente el tenedor de libros, que disfrutaba ademas de habitacion y plato en la casa, un gran sueldo, y era considerado por todos los dependientes y servidumbre como la segunda persona de Cárlos.

En cierto momento, Cárlos creyó oportuno que la concurrencia se trasladase de nuevo al salon; pero antes de levantarse de la mesa, uno de los dependientes se acercó á Sanchez y le dijo:



—Señor Sanchez, invito á usted á tomar una copa de Champagne.

—Con mucho gusto.

Otros dos jóvenes entre tanto ofrecieron el brazo á las dos señoras que estaban á los lados de Sanchez, quien tuvo ocasion de quedarse en el comedor con algunos jóvenes que se proponian estrechar sus relaciones con aquel personaje, que habia tenido la desgracia de parecer *necesario* á aquellas gentes.

Uno de los dependientes, el de menos sueldo, se habia acercado á Cárlos para decirle:

—Se lo vamos á poner á usted como una seda.

Cárlos se sonrió, contentándose con contestar:

—Se los recomiendo.

Sanchez, ya en el centro de un grupo, contestaba con amabilidad creciente los cumplimientos que le dirijian aquellos jóvenes, tomando todas aquellas demostraciones, como nacidas del interes que podia inspirar por sus prendas y por su posicion social.

Un criado habia llenado las copas y las presentó en una charola.

Sanchez recibió su copa, y una vez los demas con la suya, dijo el mas jóven:

—Señor Sanchez, tenemos el gusto de tomar á la salud de usted.

—Señores, contestó Sanchez en el acto; por la amistad y por que siempre vean ustedes en mí al amigo leal, al hombre de corazon y de principios que no sabe inclinar

su frente sino ante la virtud y la amistad. Señores, la verdadera amistad es una virtud.

—Permítame usted, le dijo un pollo á Sanchez, y llenó de nuevo la copa, toda era espuma.

—Pero quién sabe si el señor Sanchez tendrá mala cabeza, dijo otro.

—No, no señor, al contrario, estoy acostumbrado á beber fuerte: el otro dia en la comida que le dimos á D. Benito, tomaria yo..... sí, muy cerca de cuatro botellas de Champagne.

Un murmullo acogió aquella andaluzada.

—No es eso, dijo un jóven; lo que hay es que el señor Sanchez no bebe porque no le hemos tocado la fibra.

—¿Qué fibra? vamos á ver, dijo Sanchez.

—¿Me permite usted una confianza?

—¡Ah! sí señor, de muy buena gana.

—Pues que llenen las copas.

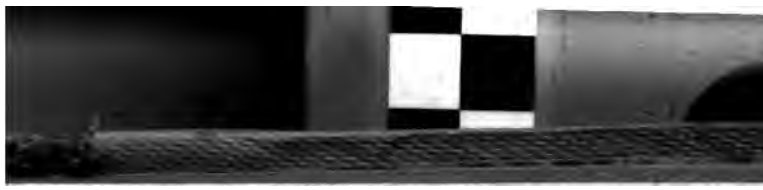
—Veremos si acierta usted, dijo Sanchez mientras llenaban las copas y figurándose que le iban á hablar de Ketty.

—Vamos, apuesto, insistió el jóven, que ya usted adivinó, ¡ay amigo! todo se sabe, todo se sabe.

—Nada de misterios, agregó un tercero, el señor Sanchez es un hombre franco, segun lo que he podido conocer.

—¡Ah! sí señor, interrumpió Sanchez, yo soy muy franco, sobre que es mi pecado.

—Bien, pues entonces ¿digo el nombre? dijo el pollo.



—Sí, que lo diga, dijeron los demas.

—Brindemos, continuó el pollo, por la encantadora Ketty.

Estas palabras las pronunció el pollo bajando la voz.

—¡Ah pícaro! se permitió contestar Sanchez, alegrándose interiormente de que aquel detalle de su vida hubiera salido á luz, porque en concepto del mismo Sanchez, tener una cocota era darse cierto aire de grandeza.

—¡Oh! es una muger muy interesante, dijo uno.

—Y sobre todo, agregó Sanchez ¡qué corazon! ¡qué alma! ¡que sentimientos!

—Pues por Ketty, repitió el pollo presentando de nuevo una copa á Sanchez.

—Una palabra; dijo Sanchez, me tomo la libertad de invitar á ustedes todos, señores, á un pequeño almuerzo; suplico á ustedes tengan la bondad de aceptarlo honrándome..... ¿aceptan ustedes?

Los seis jóvenes que rodeaban á Sanchez chocaron sus copas en señal de asentimiento y bebieron.

—Tenga usted la bondad, le dijo al mas jóven, de escribir los nombres de estos señores en una tarjeta.

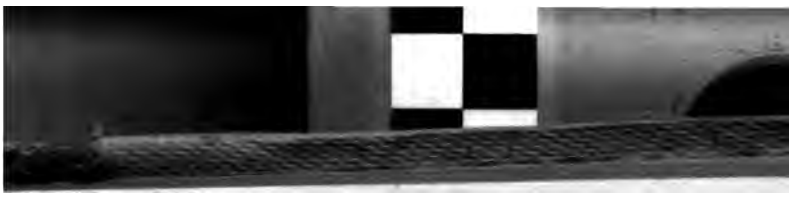
—Con gusto, dijo el jóven.

Y apuntó los seis nombres en la tarjeta que le presentó Sanchez.

En el salon seguia el concierto, pero como entre el salon y el comedor mediaban muchas piezas, y aquel grupo alegre podia hablar con alguna libertad, sin que sus voces fueran percibidas.

LAS JAMONAS.

Sanchez en la casa de Carlos



CAPITULO XIII.

CHONA BAJO LA INFLUENCIA DE LA MUSICA Y SANCHEZ BAJO LA INFLUENCIA DEL CHAMPAGNE.

SANCHEZ creyó haber dado un paso conveniente, asegurando sus relaciones en aquel círculo, que se proponia explotar mas tarde, á la sazon que los dependientes de Cárlos estaban ya seguros de poder disponer de Sanchez en el momento en que lo necesit[illegible] ra el negocio que se iba á promover por la casa [illegible] gobierno.

Sanchez, al sentir espansion por su conquista, [illegible]

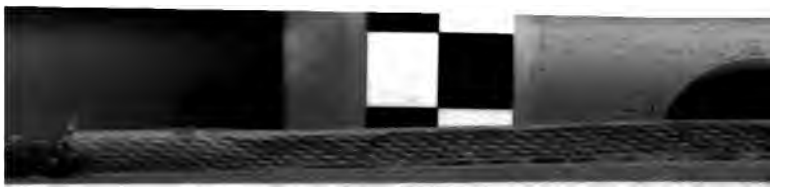
diendo su encogimiento y se dispuso á aceptar de lleno aquella situacion llena de esperanzas.

Cárlos, por su parte, mas conocedor y esperimentado, se conformó con entregar á Sanchez en manos de los dependientes, pudiendo merced á este recurso dedicarse á oir atentamente las hermosas piezas musicales que formaban parte del halagador programa del concierto.

¡La música! ese elocuente lenguaje de la pasion y del sentimiento, ese idioma que nos ha hecho concebir al ángel, que nos ha hecho soñar en que mas allá de esta vida ha de haber algo como la música; que nos parece la union de todos los sonidos que nos han conmovido, como el rumor de las fuentes y de los árboles, como los trinos de las aves; la música, en la que adivinamos suspiros y sollozos y palabras de amor y de esperanza..... ¿de esperanza?..... sí, hay melodías que excediendo á la significacion de cuanto el lenguaje puede expresar, tienen el poder de elevarnos sobre nosotros mismos como en el principio de un vuelo, cuyo fin se pierde con el pensamiento.

Sí; la esperanza con todo y ser una abstraccion, se deja percibir en la música, se hace sentir en una melodía; los poetas han dicho que es un ángel, pero á su vez, todos los ángeles son creaciones que nacen en nuestro corazon, porque amamos algo superior á nosotros mismos.

La influencia de la música es una riquísima pauta, es un cosmos de observaciones, y así como hay un mundo invisible, habitado por los seres infinitamente pequeños, hay en el corazon humano un piélago insondable, un mun-



do tambien de pequeñas emociones que permanecen ignoradas del observador, como los animales microscópicos.

Nosotros en virtud de ciertos elementos morales que hemos querido bautizar con el nombre vulgar de *Linterna mágica*, tenemos el poder de estudiar ese mundo aparte en nuestros propios personajes.

Invitamos pues, al lector á estudiar á Chona, bajo la influencia de la música, olvidándonos entretanto de que hemos dejado á Sanchez en el comedor poniéndose bajo la influencia del Champague.

No decimos cuales ni en que pasajes, algunas melodías tocaron algunas fibras del corazon de Chona; pero desde luego diremos que se estableció una relacion misteriosa entre Chona, las melodías, y Salvador.

Chona empezaba á saborear lo que ni su moralidad, ni su esperiencia le hubieran negado ser un crímen amargo; y si alguna vez pudiera comprenderse el símbolo del amor ciego, era entonces; porque Chona se dejaba arrastras sin esfuerzo, como la barba de pluma por el ámbar, por el encanto de la música, y se dejaba arrastrar indiferentemente al cielo ó al abismo.

El piano, aquel piano del Norte, maravilloso resultado del adelanto mecánico, pulsado por inspirados ejecutistas, acompañado con la viola, el violonecelo, el bajo, el violin y la flauta, instrumentos todos acordes, preciosos, [illegible] por Sayas, por Bustamate, por Beristain y por J[illegible] formaban un conjunto armonioso, y tal, que lle[illegible]

la onda sonora del salon, repercutian las vibraciones, encontrando como recipientes eléctricos los nervios de Chona.

Chona, la señora grave y aristocráticamente fria, la muger sin amor, la planta sin flor, estaba bajo la influencia de un genio misterioso que, como un gran maestro escultor, estaba corrigiendo los perfiles de la obra del discípulo.

No sabemos que correcciones, que inclinacion de líneas inexplicables, operábanse en la fisonomía de Chona, pero sus ojos tomaban una expresion nueva de arrobamiento, en sus pupilas habia un brillo inusitado y sus labios se entreabrian, como para decir juntas pero inarticuladas mil palabras de amor.

Salvador la miraba, mejor dicho, se extasiaba mirándola, y recogia aquel sobrante de luz, de sentimiento, de amor, que se desbordaba en Chona.

Esto no era extraño.

Ese amor que nace tarde, que brota entre dos seres que se han visto muchas veces sin mirarse, que se han hablado muchas veces sin comprenderse; ese amor es una verdadera mistificacion, y entonces es cuando se comprende ese otro símil que se apropia el materialismo, «el amor es una enfermedad.»

Aceptando el amor como enfermedad moral, no nos cabe duda de que Chona esperimentaba esa invasion, no solo en lo íntimo de su alma, sino en toda su economía, merced á la música.

La admirable combinacion de nuestros sentidos y nues-

tras facultades intelectuales, la sábia subordinacion posible de los instintos á la razon, de los deseos al deber, de las embriagueces al buen juicio, constituyen el ser perfecto, la individualidad libre, digna de su prerogativa de pensadora.

Pero ¿y los desvanecimientos, los vértigos, los arrobamientos y los delirios, falange fementida de causas eficientes que determinan los funestos desequilibrios, las caidas, las debilidades, y las catástrofes?

¡Seamos indulgentes todos los que luchamos en la barca de nuestras dificultades, pilotos de este mar de tan difícil travesía!

En Chona la música determinaba un desequilibrio, sentia y se permitia aceptar la sensacion sin discutirla, porque se estaba estableciendo una nueva armonía entre la música y su alma.

La melodía, la voz cantante, se apoderaba de sus sensaciones; y los bajos, el acompañamiento y los llenos de la música, estaban armonizándose con su razon, con su cálculo, y con su juicio; de manera que en aquel conjunto homogéneo, Chona, identificada con la música, no hacia mas que sentir, entregada toda á un arrobamiento en el que música y amor se fundian en un solo acento y en una sola sensacion.

Este estado excepcional tenia tal prestigio, que estaba embelleciendo físicamente á Chona.

Salvador por su parte, cansado de la grande ópera de Paris y acostumbrado á las grandes reuniones, á los gran-

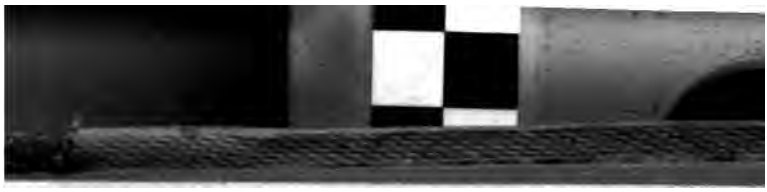
des conciertos; amigo de la Patti y de Mario tenia ya todo ese aire de desden del que viene del centro de la civilizacion á vivir en México; y si bien no habia llegado á ser insensible á la música, ya se habia acostumbrado á considerarla como un simple acompañamiento de ciertas situaciones; de manera que no era la música lo que en aquellos momentos le embargaba, sino la mirada de Chona, aquella mirada que sabia trasmitir efluvios de pasion, que sabia penetrar al interior del jóven descreido, que tenia el poder de fijarlo, como el magnetizador al sonámbulo.

Salvador estudiaba á Chona, y mientras mas se fijaba en ella, iba descubriendo nuevos tesoros que á él mismo le sorprendian agradablemente.

—Despues de todo, decia para sí, Chona tiene una fisonomía distinguida; yo no sé qué he dado en verle hace algunos dias; me parece como que se va trasformando. No le habia visto bien los ojos... tienen una mirada... y la nariz, y la boca... cuando la entreabre como ahora, respira no sé que perfume. Decididamente Chona es una hermosa muger..... ¡pobre!..... ya se ve, es mejor que no haya amado nunca, si llegara á amar..... he aquí una florescencia híbrida; me sucederia lo que á aquel jardinero de Paris que tenia una vieja planta del trópico, y el dia que la vió florecer, aquel hombre estaba loco de alegría.

El mal está en que Chona me conoce mucho; tiene razon, estoy muerto; y sin embargo..... entremos á cuentas.

Y recogióse Salvador en una actitud que era tan propia para concentrarse como un *diletante* á gozar de la



música, como para hacer abstraccion completa de la música y hacer jardines.

Se pasó la mano por las cejas como acariciándoselas, para poder cerrar los ojos, y pensó:

—Hace muchos dias que yo no pienso mas que en Chona, este es un hecho; en este momento acabo de verla mas bonita que antes, y sobre todo, me escuece á cada momento una idea con que no puedo transijir: Chona me cree inofensivo, le parezco una caja vacia, un estuche desprovisto, un residuo de amante; ¡qué papel tan triste! Aquí de mis conocimientos, aquí de mi letra menuda en materia de seduccion..... ¡gastado! gastado ó no, valgo lo que siempre he valido, es necesario que Chona me ame. Decididamente, voy á probarle que no he muerto.

Despues de este soliloquio Salvador levantó la frente; la sinfonía tocaba á su fin.

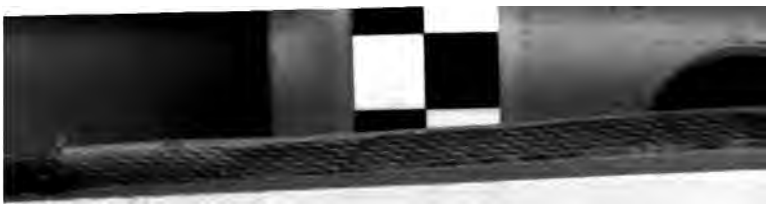
Salvador encontro aún la mirada de Chona, pero entonces él se fijó en la mirada, la aceptó no ya como indiferente, sino como el dueño de ella, al grado que Chona bajó los ojos.

—¡Todavía se me siente llegar! dijo para sí Salvador con no menos fatuidad que aplomo y con no menos aplomo que esperanza.

Hemos dejado á Sanchez entregado á los dependientes de la casa y formando un grupo en el comedor, al parecer muy poco afecto al divino arte de la música.

Sanchez, como se comprenderá, no se hizo rogar para apurar, una á una, cuantas copas de Champagne le ofre-

cieron; pues encontrándose en un círculo mas adaptable para él, perdió de una vez su encogimiento y bien pronto estuvo completamente bajo la influencia alcohólica; circunstancias que nos inducen á tratar tan importante materia en el capítulo siguiente.



CAPITULO XIV.

LA EMBRIAGUEZ.

EL hombre, que alternativamente se siente rey del mundo ó náufrago perdido, padece con notable frecuencia una enfermedad rara.

Siente su insuficiencia.

Los resultados de una educacion imperfecta, la ignorancia y el natural encogimiento de todo el que se encuentra coartado por los reproches de su conciencia, pone al hombre en el peligroso predicamento de recurrir á una modificacion física y moral que se llama embriaguez.

Desde que el hombre pudo descubrir que su sér moral

es susceptible de modificarse por influencias físicas, creyó haber encontrado en el alcohol un elemento maravilloso.

Allí donde el hombre encuentra que su razon no le basta, es el punto en que acepta el embrutecimiento, prefiriendo retroceder hasta la insensatez, á seguir luchando con su inteligencia fatigada.

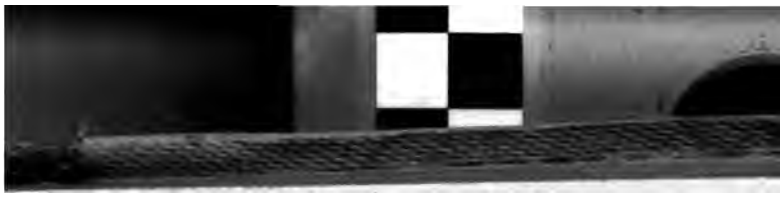
Entre todos los animales, el hombre es el único que se embriaga y el único que se suicida.

La embriaguez es el suicidio de las almas mezquinas.

Nacer, ofreciendo el maravilloso organismo del cuerpo humano como recinto de ese *yo* incorpóreo y eterno, llegar á sentir el poderoso impulso de la razon, llegar á medir el universo con el poder de la inteligencia, reinar, dominarlo todo y penetrar en el vastísimo campo de las maravillas de la creacion; tener todo este caudal, todo este tesoro de luz y de poder, para apurar en seguida á manera de tósigo un litro de alcohol y descender desde el pedestal del sér pensador y libre hasta ese recinto de sombras y de vértigos en donde alientan el loco y el calenturiento, el insensato y el bruto, es la mas estupenda de las barbaridades, el acto mas criminalmente atentatorio y el mas cobarde de los suicidios.

Todas las almas débiles, todos los cobardes y todos los criminales propenden á ese embrutecimiento, para probar si entre las luces perennes que se apagan en el alcohol, la conciencia siquiera se adormece.

El débil, al echar de menos la suma de poder, la suma de saber que necesitaria en la liza humana para represen-



tarse á sí mismo competentemente; desesperado de no hallar lo que le falta, lo busca en el fondo de un vaso, y al experimentar los primeros síntomas del envenenamiento alcohólico, cuando merced á la excitacion de ciertos ramos nerviosos y á la inflamacion de ciertos tegidos siente dislocarse una rueda de su preciosa máquina, los engendros de esa descomposicion se presentan bajo la forma de una expansion grotesca, y el ébrio con la mirada brilladora prorumpe estrujando la prosodia de las palabras y perdiendo su encogimiento habitual; no se acuerda de que todo lo ignora, y cree saberlo todo y enseña al pensador, ya sin los velos de la modestia, sin las pausas del miedo, sin las vacilaciones del tímido, sin las reservas del buen juicio, toda su alma, todo su sér moral en toda la desnudez de su impotencia, de su ignorancia y de su nulidad.

El hombre entonces creyendo ocultarse su insuficiencia y su cobardia, no hace mas que disfrazarse con la ropa de sus propios defectos, ocultándose de sí mismo para que lo conozcan todos.

Tal es la embriaguez, tal es el contraproducente principio de buscar, en una enfermedad física, el remedio de las insuficiencias ó la curacion de males morales de un orígen puramente moral.

Esta funesta enfermedad tan generalizada en el mundo, tan favorecida por el comercio, tan en boga en la época presente, tiene un sinnúmero de cambiantes, y su sintomatología es interminable.

La guerra, ese formidable enemigo de la humanidad,

esa hidra destinada á escupir en la frente de la fraternidad universal, es la primera que ha recurrido al útil recurso de envenenar á sus cadáveres mientras pueden moverse, como el gallero que explota el coraje de su noble animal jalándole las barbas.

La conciencia humana es como el sol: siempre tiene una hora en que acierta á penetrar á un punto para señalar el meridiano.

El criminal pretende tapar ese objetivo con alcohol; pero al despertar de su atonía siempre se encuentra á la verdad sentada frente á sus acciones, inflexible y severa; siempre escucha despues de su aturdimiento pasajero el formidable grito de su conciencia.

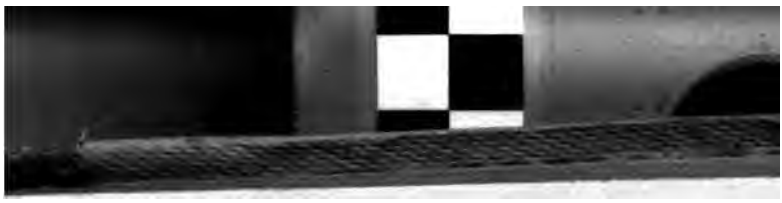
Estudiemos ahora los síntomas de la embriaguez en Sanchez, á quien nos preciamos de conocer perfectamente; hay mas, como saben ya nuestros lectores, tenemos el poder mágico de penetrar en su interior.

Sanchez, cuando era bueno y pobre, no bebia. La primera vez que Sanchez habló en público despues de haber preparado su discurso, le faltó una cosa: cognac.

Tomó cognac y no tuvo miedo, y merced á este descubrimiento, Sanchez siguió bebiendo.

Ingresó á ciertos círculos, formó parte de ciertas combinaciones, y Sanchez se encontró siempre mas expansivo y mas locuaz, si se aplicaba por vía de aguijon de su timidez cierta dósis de cognac.

Sanchez era de los borrachos que saben contenerse en



ciertos límites; merced á que el estrago del envenenamiento lo invadia lentamente.

No hubo circunstancia extraordinaria de su vida, no hubo lance, pendencia, conquista ó determinacion arriesgada que no hubiera sido precedida de su estímulo favorito.

La locucion de Sanchez se hacia difícil cada vez que se acordaba de su propia ignorancia en materia de idioma, y tales recuerdos fatales le hacian vacilar sobre algunos escollos, precisamente porque temiéndolos, no encontraba en su saber nocion alguna para salvarlos.

Cuando Sanchez pensaba mucho hablaba mal; pero cuando no se acordaba de que no sabia nada, entonces tenia cierta facilidad y cierto aplomo para no pararse en escrúpulos de lenguaje.

En este temple habia empezado á ponerse en el círculo de los dependientes, en el cual, dando rienda suelta á su flujo de hablar, no cesó de hacerlo un solo instante.

Solo que Sanchez no tenia mas que una materia completamente á sus órdenes, y esta materia era la historia de la última revolucion, y como á esta debia su sér político y social, se habia acostumbrado ya á narrar los acontecimientos con una naturalidad que alucinaba un tanto á sus oyentes, á quienes entretenia largamente con una leccion aprendida de memoria y relatada multitud de ocasiones.

De manera que Sanchez dijo casi todo lo que sabia, defendiéndose por medio de sus largos parlamentos de descubrir su ignorancia en otras materias.

Poco antes de concluir el concierto, Sanchez volvió al salon en compañía de los dependientes, recibió de nuevo los cumplimientos de Cárlos, y al fin, poniéndose á los pies de Chona, se retiró muy satisfecho, pensando en que aquella *casa fuerte* podia muy bien sacarlo de apuros el dia que menos lo esperase.

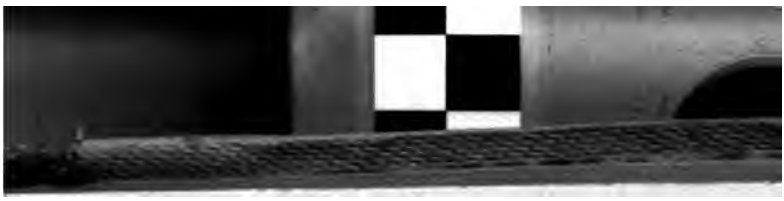
Al volver á su casa encontró todavía en ella á la visita cuotidiana de Amalia, á Ricardo, quien á su vez habia logrado llamar ya la atencion de Sanchez por la asiduidad de sus visitas.

En el momeneto en que Sanchez se habia separado del comedor de Cárlos acababa de tomar ese trago final, que sobre los anteriores viene siempre á colmar la medida y á determinar la embriaguez.

Al entrar á su saloncito notó Sanchez que la lámpara colocada en la mesa del centro habia hecho una genuflexion, ni mas ni menos que una persona, y todos los muebles tapizados de rojo habian jirado de derecha á izquierda, como formándose á su derredor.

Sanchez era el que habia dado un pequeño giro para dirigirse de la puerta lateral al estrado, pero perdió la conciencia de este movimiento y resultó para él, que los muebles y las paredes eran las que habian cambiado de posicion.

Se sentó en un sillon, poniendo mas cuidado del que se requiere para ejecutar esta operacion sencillísima, y pronunció un «buenas noches» mas acentuado y preciso de lo que se necesitaba.



Antes de perderse todo para el borracho, se establece en su interior una lucha heroica de la razon contra el ofuscamiento.

Le estaba pareciendo á Sanchez que cada sílaba era un escalon; pero se consideraba con la fuerza suficiente para subir uno y veinte y mas que se le presentaran: estaba en ese periodo de la embriaguez en el que la dificultad de entenderse á sí mismo, se le atribuye á los demas, y resulta un hombre haciendo un esfuerzo tan poderoso como inútil, para que le entiendan lo que nadie tiene dificultad de entender.

—¿Fuma usted, caballero? dijo Sanchez buscándose la cigarrera en la bolsa del chaleco y despues en la del sobretodo; se paró para poder registrar mejor y dijo:

—¡Adios! pues dejé mis cigarros..... sí señor..... dejé mis cigarros..... en la casa de Cárlos mi amigo, los dejé..... allí he dejado mis cigarros, en la casa.....

A Sanchez se le estaba olvidando que debajo del sobretodo estaba el frac y en el frac los cigarros.

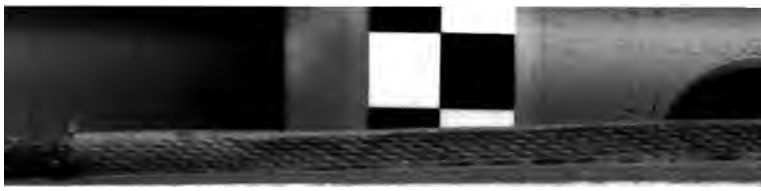
Ricardo le ofreció cigarro, y al dárselo, Sanchez abrió los dedos tanto cuanto los hubiera abierto para coger un vaso; se volvió á sentar y pretendió deshacer las cabezas del cigarro; pero esta operacion empezó á parecerle muy difícil.

—Estos cigarros están pegados..... ¡vaya!..... pues están pegados..... ¡cosa rara! ¡pegados! vea usted, señor, este cigarro está pegado: vamos á ver, dígame usted si este cigarro no está pegado; pero completamente pegado;

parece un trinquete; está pegado, lo que se llama pegado, como si fuera un jis.....

Ya Ricardo habia encendido un cerillo y Sanchez encendió el cigarro sin intentar componerlo, siguiendo la regla sabidísima de un borracho de profesion, que en materia de luces decia haberle demostrado su experiencia que, de tres luces que ve el borracho, la de en medio es la segura.

Ricardo, despues de un momento de embarazoso silencio, optó por retirarse. Se despidió con naturalidad y salio de la sala.



CAPITULO XV.

SANCHEZ HACE PARTICIPE Á AMALIA DE LAS DULZURAS DEL VINO DE CHAMPAGNE.

SANCHEZ dirigió una mirada, una larga mirada de borracho á Amalia, y en seguida dejó caer una mano como de plomo en la sedosa falda de aquella muger, que se estremeció al sentir el golpe inesperado.

—¡Qué bonita estás, Amalia! dijo Sanchez acercando su cara á la de Amalia para bañarla con la aldeida de la embriaguez.

—Mira, continuó Sanchez, es una lástima que te

ese mequetrefe..... No te ofendas, Amalia..... pero es una lástima..... él me dió este cigarro que no arde.....

Sanchez tiró el cigarro y continuó:

—Los cigarros de *ese* no arden, los mios sí; porque tengo muchos pesos que me ha dado la nacion por mis importantes servicios..... porque yo he andado en la revolucion para elevar.... para que suba este indio á quien amo..... porque ya lo sabes..... yo amo á D. Benito, Amalia, y ahí lo tienes de presidente de la república mexicana.

Reinó en seguida un silencio soporoso, durante el cual no se oia mas que la fatigosa respiracion de Sanchez.

—¿Qué hora es? preguntó Amalia.

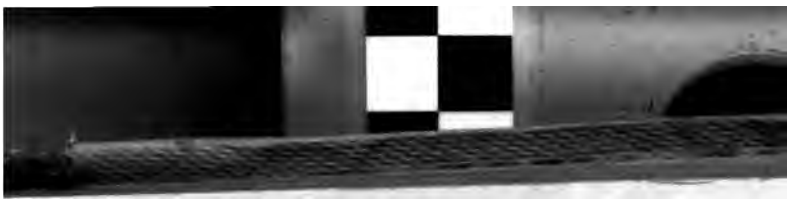
—Sácame el reloj y mira tú, Amalia..... no te ofendas..... porque la verdad tengo la vista un poco turbada, turbadita, Amalia; quiere decir, así..... como..... yo no he tomado mucho, y tengo muy buena cabeza; pero: ¿creerás, Amalia, que no sé qué tenia el Champagne?

En ese momento daba la una la campana del reloj de la sala.

—¡Vaya! exclamó Sanchez, atisbando de una manera grotesca el reloj de bronce; ese sí no tiene la vista turbada..... ni la campanilla tampoco.

Y Sanchez rió de su propia gracia, con una risa de idiota.

Ya estaba atravesando Sanchez por ese periodo de excitacion, en el que los objetos materiales toman cierto realce como si crecieran en tamaño; experimentaba esa lu-



cidez febril que lo reviste todo de una luz intensa, y que en el órden moral engendra este otro fenómeno:

Todas las ideas entran en la esfera de la hipérbole, y nada queda en su justo medio.

De aquí nace la tendencia del borracho á parecer valiente, porque cuando los gases alcohólicos están excitando ciertos órganos, el borracho cobarde siente un placer nuevo al descubrirse valiente; el tonto se sorprende de esa misma lucidez, que en su propio concepto lo hace aparecer afluente y decidor; el enamorado siente avivado el fuego de su pasion, y la belleza del objeto amado toma nuevo encanto.

Por este estilo son las elucubraciones que se producen á merced de ese fuego fátuo que nace de la excitacion alcohólica.

Sanchez sentia todo esto en presencia de Amalia, y estaba á punto de romper el velo de sus reservas, para afrontar con la indiscrecion de un borracho cuestiones delicadísimas.

Sanchez tenia, ya hacia tiempo, para su coleto, que Ricardo enamoraba á Amalia; pero habia sabido ahogar, hasta entonces, la punzante desazon de este celo, en una compensacion: en la cocota.

Infiel, antes que Amalia, habia preferido no ver ni o[illegible] para que á él no lo vieran ni lo oyeran; y tal sistema[illegible] gun él mismo decia, le conquistaba, cuando menos[illegible]

Pero en aquellos momentos estaba mir[illegible]

mas hermosa, mas interesante, y con los atractivos que su imaginacion exaltada le prestaba.

—Ya te he dicho, Amalia, que estás bien; quiere decir, que te estoy viendo mas bonita ahora..... y no es porque tenga nada..... no; ya sabes que tengo muy buena cabeza, y..... y lo que he tomado es un traguito nada mas..... no te negaré que me siento mas expansivo..... pero ya sabes que esto es por..... es por tí..... ¿Tengo razon?

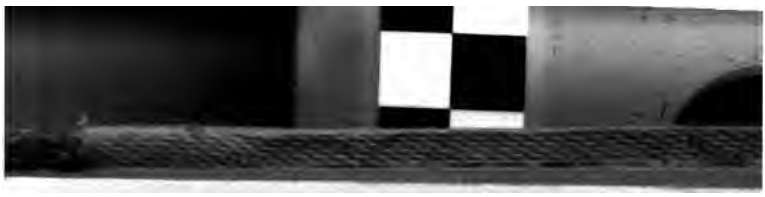
—Sí; murmuró Amalia solo con el deseo de no contrariar á Sanchez.

—¡Ay! qué *sí* tan frio!..... y eso sí no lo puedo tolerar, porque lo que es á ese mequetrefe que te visita, lo echo por el balcon el dia menos pensado; ¡júralo!..... lo tomo por la cintura y cataplum..... hasta la calle..... esto es una cosa muy sencilla.

Siguió Sanchez repitiendo estas palabras por medio de ese sistema peculiar del borracho que gira en un estrecho círculo, como si el limbo del embrutecimiento fuera invadiéndolo todo para dejar solo en su centro una pobre idea girando sobre sí misma, como la llama de una lámpara espirante.

Amalia, que aún conservaba las violentas impresiones de la larga conferencia que acababa de tener con Ricardo, contemplaba á Sanchez en los momentos mas á propósito para hacer la mas desfavorable de las comparaciones.

Toda contrariedad determina la obstinacion y la cólera



en un cerebro exaltado, y la impasibilidad de Amalia comenzaba á ser para Sanchez motivo suficiente para excitar su furor; de manera que algunos momentos le bastaron para entrar en este nuevo periodo.

Se levantó de su asiento con un vigor de que no se le hubiera creido capaz, y sin vacilar se paró frente á Amalia para insistir en sus reconvenciones de una manera brusca y descompuesta.

Amalia comprendió que iba á tener lugar una horrible escena, y procuró revestirse de toda la resignacion de que era capaz; pero Amalia no tenia ningun camino, no salia avante con ningun recurso, no encontraba nada que pudiera calmar la ira de Sanchez, á quien exaltaban tanto el silencio como la prudencia, tanto la lógica como las concesiones; y si Amalia proferia una palabra, si expresaba una idea, esta idea era tergiversada é interpretada por Sanchez, que se obstinaba en enredar un hilo que Amalia no podia romper.

En vez de acercarse, se alejaba mas y mas del período de la postracion, y sobreexcitado su sistema nervioso, Sanchez se habia colocado en la situacion moral del demente.

Estaba pálido, sus ojos brillaban de una manera extraña, y su mirada, lejos de estar vacilante y opaca como al principio, tenia una fijeza febril que no se podia contemplar con indiferencia.

Al llegar á este término, habia perdido la conciencia de su propia embriaguez; se habia desprendido del orígen y

no tenia ya la facultad de juzgarse á sí mismo; estaba entregado completamente al objeto que lo preocupaba, cobrando mas y mas vigor á medida que entraba mas al fondo de sus mismas ideas.

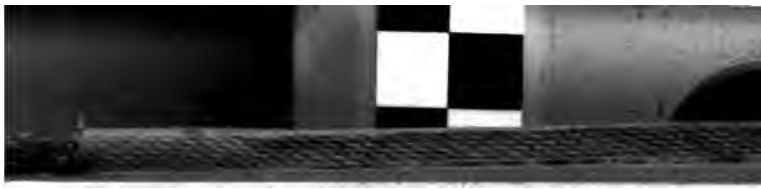
Un hombre en este terrible estado de enagenacion, impresiona vivamente al que lo contempla.

Las facultades que constituyen el sér moral, que son parte de ese espíritu que no ha de perecer, pierden, al influjo de una lesion material, la admirable armonía que las une, para convertirse en las cuerdas flojas de un arpa ó en las ruedas de una máquina descompuesta que no llena su objeto.

Amalia fluctuaba entre la contrariedad y la ira, entre la resignacion y el sufrimiento; y solo despues de una terrible lucha de algunas horas, cuyas escenas se resiste á escribir nuestra pluma, fué cuando pudo contemplar en medio de un triste consuelo, que Sanchez al proferir una de sus mas feroces imprecaciones, cayó á plomo sobre el sofá como si todas sus fuerzas lo hubieran abandonado de pronto, como si hubiera sido herido por una descarga eléctrica.

Amalia contempló todavía por algunos momentos aquella masa inerte, y convencida de que habian de pasarse algunas horas para que Sanchez despertara, salió lentamente de la pieza.

Necesitaba respirar otro aire, y comprendiendo que ya estaba sola y que podia entregarse sin testigos á sus amar-



gas reflexiones, atravesó algunas piezas hasta llegar á la asistencia.

Ardia aún una vela en un candelabro; D. Aristeo envuelto en su capa parda estaba sentado en su sillon favorito, y Felipa estaba frente á él en otro sillon.

D. Aristeo hizo un movimiento al presentarse Amalia; pero Felipa permaneció inmóbil: estaba dormida.

—Serán las cuatro, dijo D. Aristeo muy bajo y torciendo la cabeza como tenia de costumbre.

Amalia se apoyó en un mueble, porque experimentó un desvanecimiento.

—¿Está usted mala? preguntó D. Aristeo, incorporándose.

—No, dijo Amalia, necesito aire.

—¡Cuidado con eso! vea usted que las pulmonías.....

Amalia atravesó la pieza dirigiéndose á la puerta: esta habia permanecido entreabierta, con objeto de que las voces de Sanchez y de Amalia entraran por allí cómodamente.

D. Aristeo salió en seguimiento de Amalia hasta el corredor.

—¿Se durmió por fin? preguntó D. Aristeo.

—Sí.

—¡Ah qué mi compadre!..... Y vea usted, antes no era así, pero yo no sé qué tienen hoy las gentes; si casi no se conoce una persona que no le cuente á usted que *se la pone* seguido.

Amalia permaneció callada.

—Pero en fin, usted no debe hacerle caso cuando se pone en ese estado, porque ya sabe usted que así no sabe uno lo que hace.

Lo peor es, continuó al cabo de un rato, que á mi compadre le da por enfurecerse; si es una fiera, lo he estado oyendo, y pensaba, como es muy natural, que no debia recogerme supuesto que de aquella disputa sabe Dios lo que resultaria!

—Tiene que resultar algo muy grave, dijo Amalia pudiendo apenas contenerse.

—Yo ya se lo dije á mi compadre; y cuidado si le he predicado; vamos, que yo no sé como se ha podido alucinar al grado de..... Usted por su parte debe tener en cuenta que es imposible, absolutamente imposible, que pueda inspirar amor una muger semejante.

—¿Que está usted diciendo?

—Eso, que es imposible.

—¡D. Aristeo! exclamó Amalia en tono de reconvencion.

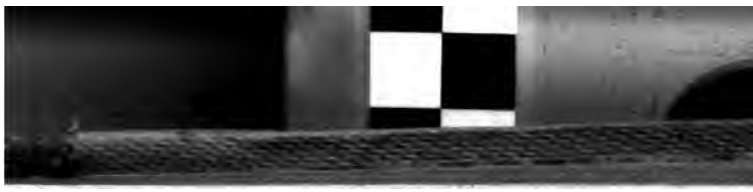
—Digo..... continuó D. Aristeo turbado, que.....figúrese usted que la muger que es capaz de dejarse traspasar como un mueble.....

—¿Estoy sentenciada esta noche á sufrir injurias de todo el mundo? dijo Amalia en el colmo de la indignacion.

—¡Injurias! repitió D. Aristeo; injuriar á usted..... no comprendo!

—¿Entonces de qué muger está usted hablando?

—¡Ah! tá, tá, tá, usted tomó..... vaya..... ¿conque



usted?..... ¿pues de quién habia yo de hablar sino de la cocota, á quien no he podido olvidar un solo momento?

—¿La cocota? preguntó á su vez Amalia con extrañeza.

—Sí, Amalia; sobre que estoy escandalizado, materialmente escandalizado, porque yo no sabia ninguna de estas modas de Paris.

—No entiendo lo que me está usted diciendo, D. Aristeo, y temo seguir interpretando sus palabras de una manera muy poco favorable.

—¡Vaya! conque yo, que ya soy viejo y que he tenido mi mundo, no lo podia entender tampoco!

—¿Entender qué?

—Eso del traspaso, y sobre todo, de que esas mugeres se dejen llevar y traer..... ¡vaya! sobre que estoy, segun le he dicho á usted, verdaderamente escandalizado.

—Señor D. Aristeo, ruego á usted se sirva hablar claro, porque tengo el sentimiento de no entenderlo á usted.

—Sírvase usted calmarse y procuraré ser lo mas claro que me sea posible.

Pues señor, continuó D. Aristeo, el caso pasó así: Manuel, usted conoce á Manuel, se fastidió un dia de la cocota y se la dejó á mi compadre. .....

Un mundo de ideas se vino á las mientes de Amalia, porque en aquel momento ataba muchos hilos, corroboraba muchas sospechas y encontraba de lleno si no una

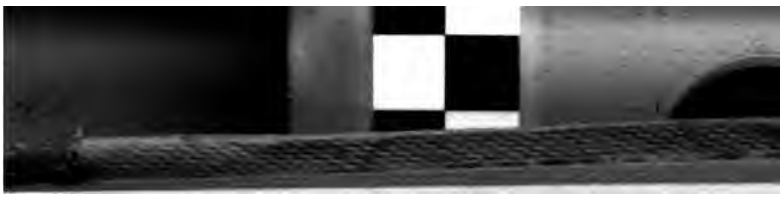
disculpa, al menos una compensacion á la infidelidad que estaba próxima á cometer.

Ricardo le habia exigido á Amalia aquella misma noche, una resolucion que pusiera término á sus ansias amorosas, y Amalia, que habia empezado á familiarizarse con sus propias ligerezas, habia retrocedido ante la idea de faltar á sus deberes.

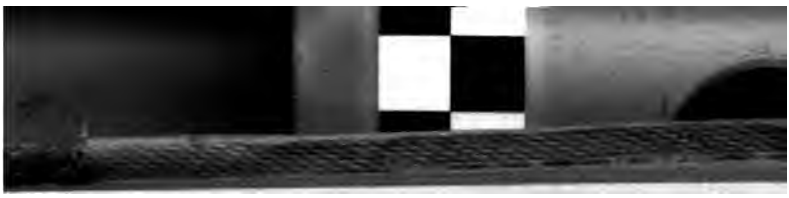
Debemos confesar en honor de Ricardo, que sabiendo, como sabia todo México, la historia de la cocota de Sanchez, no blandió esta arma innoble para obligar á Amalia á decidirse; pero lo que no habia hecho el amante, acababa de hacerlo el querido compadre de Sanchez, quien efectivamente estaba de tal modo preocupado con la historia de la cocota, que no pensaba en otra cosa, ni queria hablar sino de la honda impresion que le habia causado la conducta de aquella americana; conducta que, lejos de hacerla odiosa y despreciable, le atraia postores que, como Sanchez, pagaran trescientos pesos al mes por apreciar sus prendas morales.

Amalia, con esa sagacidad y tino de que solo es capaz una muger, creyó conveniente guardar cierta reserva acerca de lo que le contaba D. Aristeo, quien, como se habrá comprendido, atribuia el reciente disgusto al único motivo que segun él habia de determinar en la casa todo género de calamidades: la cocota.

No fué muy dificil á Amalia conseguir que D. Aristeo la pusiera al tanto de cuanto sobre el particular podia decirse, al grado que solo el canto de algunos gallos y cier-



to fulgor blanquecino que se empezaba á percibir en el cielo, pudieron cortar aquel relato que, segun todas las apariencias, iba á acabar por volver loco al pobre compadre D. Aristeo.



CAPITULO XVI.

DON ARISTEO Y LA COCOTA.

SANCHEZ durmió hasta la una del dia.

Amalia salió de su casa á las nueve y media, dejando avisado que no se la esperase á comer.

Don Aristeo y Felipa siguieron hablando de la cocota en la asistencia, cada uno en su sillon.

—¡Vaya! ¡vaya con la impresion que me ha hecho á mí ese negociado, doña Felipa!

—¿Qué negociado?

—El de la cocota.

—No piensa usted en otra cosa.

—Y lo peor es, que mientras mas pienso, menos lo entiendo y me estoy viendo tentado de una cosa.

—¿De qué cosa? ¡Ave María Purísima! Don Aristeo, ¿de qué cosa se está usted viendo tentado?

—No, no se alarme usted, doña Felipa, no quiero mas que esto.

—¿Qué?

—Conocerla.

—¿Y para qué?

—¿Cómo para qué? para juzgar con mis propios ojos *eso* que debe tener esa muger, ese privilegio exclusivo, esa cuadratura del círculo de á trescientos pesos mensuales en billetes de banco.

—¿Pero para qué se va usted á meter en esas cosas, señor Don Aristeo? ¿No considera usted que una muger de esas ha de estar naturalmente excomulgada? porque de seguro no es cristiana.

—¡Qué cristiana va á ser, doña Felipa! empiece usted porque es muy güera.

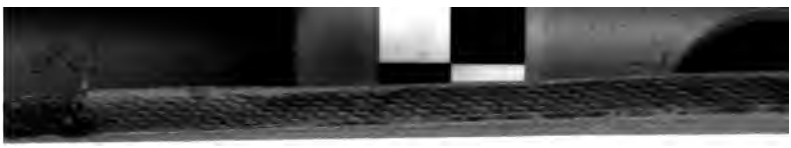
—Sí, eso ya lo sé; tiene el cabello casi blanco.

—Eso es lo que yo digo, esa muger no ha de ser como todas, es seguro que tiene algo.

—En cuanto á lo demas, continuó Felipa, doña Zeferina que la conoce ya, dice que es bonita, pero que no le parece tanto como dicen.

—No lo crea usted, doña Felipa, esas son cosas de doña Zeferina, porque como ya no ve bien.....

—¡Ah! pues usted tampoco tiene muy buena vista que



digamos, especialmente para conocer á las gentes; es usted muy mal fisonomista.

—No lo crea usted, doña Felipa; si yo encontrara un medio para acercarme á la cocota, le aseguro á usted que no le perderia detalle ni circunstancia hasta convencerme de lo que quiero.

—¿Y que sacaria usted de todo eso?

—No, lo que es de sacar...pero vea usted, doña Felipa, siempre es bueno saber y no que le cuenten á uno.

—¡Vaya! dijo doña Felipa como inspirada por una idea súbita; ya que tiene usted tanto empeño en acercarse á esa:.... muger de mis pecados, y que no le teme usted á la excomunion, seria bueno ver si de paso hacemos una cosa bien hecha.

—¿Cuál, doña Felipa?

—Quitarle á mi hermano ese quebradero de cabeza.

—Y ese gastadero de pesetas.

—Y esa inmoralidad.

—Y el escándalo.

—Y la ruina; porque mi hermano se arruina.

—Irremisiblemente, doña Felipa, júrelo usted.

—¿Pues qué le ocurre á usted?

—¿Qué seria bueno hacer? ¿con qué pretexto pudiera yo presentarme en su casa?

—¡Ah! ya caigo.

—¿Con cual, doña Felipa? ¿con cuál? veamos.

—Mi hermano no sale hoy.

—Es cierto, hoy es dia de jaqueca, y si acaso á la noche será cuando se vaya encaminando....

—Pues bien, vaya usted á verla con pretexto de avisarle que mi hermano está enfermo, y una vez allí y para que no descubra á usted con mi hermano, le dice usted que la visita es á excusas de él y.....

—Etcétera, yo me introduciré, yo haré de modo..... no tenga usted cuidado, doña Felipa. Está decidido, voy, voy sin pérdida de tiempo.

—Vaya usted.

—¿Y si conseguimos que mi compadre se desimpresione?.....

—Figúrese usted que triunfo para nosotros!

—Va á creer doña Zeferina que es obra de la novena que está andando por esta desgracia. Es seguro, figúrese usted que doña Zeferina la pobre... es tan fanática.

—Conque voy, voy en el acto, solo que..... lo que siento es tener que ponerme camisa limpia..... porque en fin..... ella será todo lo que se quiera, pero supuesto que es una persona limpia..... porque yo supongo que ha de ser muy limpia, ¿no es verdad, doña Felipa?

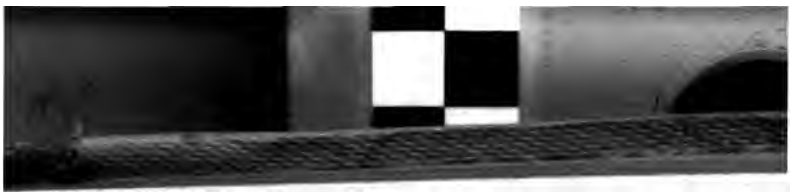
—¡Ah! por de contado, con trescientos pesos cada mes cómo no ha de ser uno limpia! que me den á mí la mitad y verá usted cómo ando toda la semana, albeando.

—Ya se vé. Conque... voy á vestirme, doña Felipa.

—Bueno, bueno, vaya usted pronto.

A poco rato volvió á presentarse Don Aristeo.

—¿Qué hay? preguntó doña Felipa.



—Nada, que..... ¿me hace usted favor de pegarme este boton?

—Con mucho gusto.

—¿Y usted tiene curiosidad por conocerla, doña Felipa?

—¡Vaya! si estoy como usted, y no sé qué hacer para conseguirlo; y luego, que como esa extrangera, supuesto que es tan güera y todo, no ha de ser cristiana, no hay modo de verla en la iglesia.

—¡Vaya! qué iglesia! para el infiernote que se ha de mamar la mi señora.

—Eso es seguro..... aunque vea usted, Don Aristeo, en eso hay de todo, bien puede ser que se arrepienta á tiempo.

—Eso sí, si es á tiempo.....

—Ya está pegado el boton.

—Dios se lo dé á usted de gloria. Iré de negro, ¿no le parece á usted, doña Felipa?

—Sí, es lo natural.

—¿Y será cosa de guantes?

—Vea usted.... siempre no será malo, porque ella ha de tener guantes.

—¿En su casa?

—Como dicen que gasta mucho lujo!

—En fin, llevaré mis guantes amarillitos.

Despues de una hora, apareció Don Aristeo otra vez en la asistencia: se habia afeitado, estaba ve[illegible] negro y se habia puesto unos botines de charol q[illegible] guarda-

dos hacia seis meses, porque le habian lastimado horriblemente los callos.

Felipa examinó á Don Aristeo de piés á cabeza.

—Pero va usted á rabiar con esos botines, D. Aristeo.

—¿Por qué?

—¿Son aquellos.....

—Sí, son los mismos, pero han dado de sí, ya no me molestan.

Don Aristeo estaba mintiendo descaradamente, á juzgar por la manera con que tenia puesto el pié izquierdo sobre la alfombra; casi no pisaba.

—¡Ay! exclamó doña Felipa, ¿que es lo que huele?

—Es el alcanfor; yo pongo alcanfor entre mi ropa para que no se pique.

—¡Ah! pues eso es fatal, es capaz de no recibir á usted esa..... esa señora, si va usted oliendo á alcanfor.

—¿Qué hacemos?.

—Voy á ponerle á usted agua de Colonia.

Felipa trajo un frasco y roció á Don Aristeo á toda su satisfaccion.

—En fin, ahora con el aire libre acabará de quitarse el mal olor.

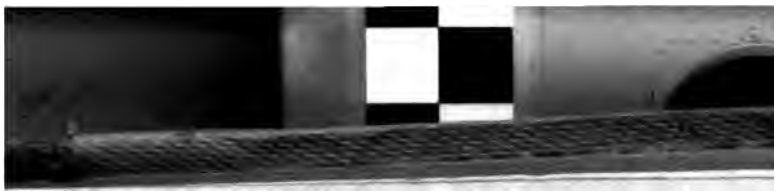
—Dios se lo pague á usted, doña Felipa. Conque si mi compadre pregunta por mí, le dice usted.....

—Sí, que tuvo usted que hacer; bueno, hasta luego, D. Aristeo.

—Hasta luego, doña Felipa.

LAS JAMONAS

—Pero va Vd. á rabiar con esos botines, D. Aristeo.



Ya habia andado D. Aristeo algunos pasos cuando le dijo Felipa:

—Don Aristeo, oiga usted.

—¿Qué?

—¡Cuidado! añadió Felipa riéndose; cuidado como se va usted á enamorar de la cocota!

—¡Va! ¡va! qué doña Felipa tan candorosa!

—Es que.....

—Es que voy prevenido.

—¿A ver?

—Mire usted.

Y Don Aristeo sacó de la bolsa un rosario, del que pendian varias medallas y cruces y especialmente pequeñas bolsitas bordadas con chaquira y que contenian reliquias de un prestigio y un poder ilimitados.

—¡Ah! pues con eso..... dijo Felipa, no sin burlarse interiormente de Don Aristeo.

Felipa se quedó pensando en la entrevista que iba á tener lugar, mientras que D. Aristeo, apenas salió de la casa, empezó á cojear.

A poco andar, exclamó:

—¡Malditos botines! ¡válgame Dios! á lo que expone á uno un animal de estos traidos de Paris. Si mi compadre llega á saber que he visitado á su cocota, ¡adios! se armará una zambra..... Pero no, bien puede ser que no se arme nada; mi compadre se tiene por hombre muy civilizado.

A D. Aristeo no solo le iban haciendo sufrir los boti-

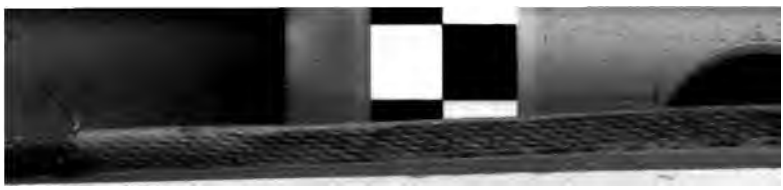
nes, sino que le raspaba el cuello de la camisa, é iba notando que su levita negra le apretaba de la sisa: hacia mucho tiempo que no se la ponia: no obstante, todas aquellas mortificaciones, eran otros tantos avisos que le despertaban la presuncion, y al pasar frente á una vidriera ó frente á una peluquería, no dejaba de mirar de reojo su imágen retratada de cuerpo entero.

—Estoy bien acabado, se decia; pero en fin, vestido, todavia no estoy tan mal: creo en todo caso que mi figura no me expondrá á que esa señora me haga una grosería.

En Don Aristeo se habia operado una verdadera revolucion: jamas habia sentido mas punzante el aguijon de la curiosidad; nada le habia hecho mas impresion en su vida, como la noticia de que hubiera mugeres que se dejasen alquilar, segun expresion del mismo Don Aristeo; no le cabia en el juicio, ya no tanto que las hubiera, sino que de buenas á primeras encontraran hombres que, como su compadre, no vacilaran en pagarlas tan caras.

—Si no será muger!.....pensaba Don Aristeo; pero eso no puede ser, porque lo que es á mi compadre, en esa materia no le dan gato por liebre.

Andaba Don Aristeo absorto en sus cavilaciones y deseando y temiendo al mismo tiempo que se acercara el momento de ver á la cocota, hasta que llegó á la calle en que vivia; pero como Don Aristeo era corto de vista, recorrió dos veces la calle por una y otra acera sin encontrar el número 10.



—Vamos, exclamó, decididamente en esta calle no hay número 10. Este es un chasco; Doña Zeferina ha equivocado el número á propósito, ó tal vez la calle ¿qué haré?

Don Aristeo estaba tan preocupado, que habia dicho casi en voz alta estas palabras, y como aunque el hablar solo no tenga nada de particular, esto siempre es una cosa que llama la atencion.

Uno de esos muchachos vagamundos que salen deseando fijarse en algo nuevo, lo habia estado observando; y á la sazon que Don Aristeo hablaba solo, el vagamundo se habia parado frente á él fijándole una mirada escudriñadora.

Don Aristeo sacó sus anteojos con objeto de hacer un nuevo exámen, fijándose mas detenidamente en el número de cada puerta.

Tan luego como se puso á andar, el vagamundo le siguió colocándose á su lado, porque para aquel muchacho empezaba á ser aquello un lance divertido, y aun deseaba entablar conversacion con aquel señor que le parecia, segun todas las trazas, un loco manso.

Con objeto de llegar á ser interpelado, el vagamundo se rozaba con Don Aristeo y no le perdia movimiento: llegó Don Aristeo á la última casa, y al ir á atravesar la calle para recorrer la acera opuesta, tropezó con el muchacho, que dió un traspies y exclamó:

—¡Ay! señor, por poco me tira usted; ¿qué no vé?

—¡Adios! exclamó para sí Don Aristeo, este chico me va á armar camorra.

—Perdona, hijito, no te ví.

—Usted no ve nada, ni los números.

—¿Ni los qué?

—¿No anda usted buscando números?

—Sí, el número 10.

—¿Qué 10? si aquí no hay 10.

—Eso es lo que me desespera.

—¿Busca usted al médico?

—No.

—¿A la partera?

—No.

—Yo conozco á todos los de la calle; ¿al licenciado?

—No.

—¿A D. Juanito Gomez?

—No, á ninguno de esos; ¿dices que tú conoces á todos los de la calle?

—Sí, señor amo.

La palabra *amo* era ya la solicitud manifiesta de una propina.

—¿Quién vive en el 8?

—Es la casa de la Purísima, viven la partera, la.....

—¿En el número 7?

—El licenciado.

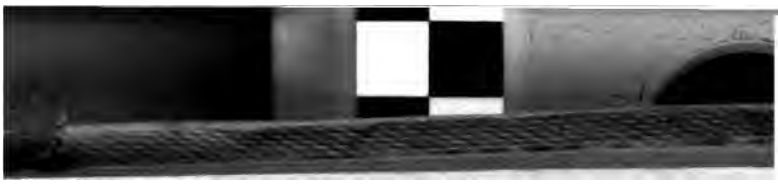
—¿En el 6?

—Don Juanito; en el 5, los españoles del empeño.

—¿En el 4?

—Un padre; ¿busca usted al padrecito?

—No.



—Pues en el 2 vive el médico, y el 1 está vacío.

—¿Y por qué te saltas el 3?

—¡Ah!..... dijo el muchacho riéndose.

—Vamos á ver ¿por qué te saltas el 3?

—Porque usted no ha de ir allá.

—¿De qué lo infieres?

—Como allí vive.....

—¿Quién?

—Una persona que..... yo no creo que usted la busque.

—¿Por qué?

—Porque es *arañita.*

—¡Cállate, muchacho! y no seas quita-créditos; ¿qué sabes tú de eso?

—Quiero decir, ella es muy guapa, y es güera; pero no por eso deja de ser *arañita.*

—No andes diciendo eso, ¡qué sabes tú!

—¡Ah qué señor! ¿á que va usted allá?

—Vamos, vamos, muchacho; ve, ve á comprar tus tronadores ó tus dulces; toma, toma este realito y múdate; vé con Dios, hijito, ve con Dios.

El muchacho se separó de D. Aristeo, en direccion opuesta, pero para observar mas á sus anchas.

Iba D. Aristeo á entrar en la casa número 3, cuando de manos á boca dió con doña Zeferina.

—¡Señor D. Aristeo de mi alma! ¿que milagro es verlo á usted por mi barrio?

—Que quiere usted, doña Zeferina, aquí dando de vueltas. ¿De qué se rie usted?

—De nada; vea usted lo que son las cosas, nos hemos venido á parar en la lumbre.

—¿Cómo en la lumbre? ¿por qué?

—Estamos en el 3.

—¿Y qué?

—Que aquí vive.

—¿Quién?

—La americana.

—¿No decia usted que en el 10?

— Yo nunca he dicho semejante cosa, porque ni lo hay en esta calle.

—¿Conque aquí.....

—Sí, aquí..... tanto que yo creí que iba usted á entrar.

—¿Yo, doña Zeferina?

—Por lo menos usted ha estado buscando una casa en esta calle y ya hace un cuarto de hora que lo veo á usted recorrer los zaguanes, hasta que el pelon habló con usted, y entonces sin vacilar se ha dirigido usted hácia aquí; ya ve usted que tenia yo razon en creer que iba usted á entrar.

Don Aristeo estaba perplejo.

—Y ademas, agregó doña Zeferina, como viene usted de tiros largos.....

—Sí, pero eso es porque.....

—Vamos, vamos, vendrá usted tal vez á ver si esa muger de mis pecados se quita de en medio.

—Pues es cierto, doña Zeferina, á eso venia yo, á ver si por fin conseguimos evitar los males que son la consecuencia inmediata de..... de esta corrupcion de costumbres, doña Zeferina.

—¿Y eso de acuerdo con Felipita?

—Sí, señora.

—¿Y cómo está de salud?

—Bien, á Dios gracias.

—¡Vaya! bendito sea Dios, D. Aristeo; ¿conque va usted, eh?

—Voy á hacer ese sacrificio.

—¡Pobre de usted! pero cómo ha ser, señor, como ha de ser; eso sí, que no le arriendo á usted las ganacias con los vecinos, porque todos van á saber que usted ha venido, y será el habladero para poner tablados.

—¡Sea todo por el amor de Dios! pero usted bien sabe cuan sana es mi intencion y qué sinceros nuestros deseos.

—Ya se ve, señor Don Aristeo..... conque ..... que salga usted bien de su empresa; alla iré á saber como le fué á usted de visita; Dios lo lleve por buen camino.

—Adios, doña Zeferina.

—Adios, Don Aristeo.

CAPITULO XVII.

EL DIABLO VERDE.

Fué preciso á Don Aristeo tomar aliento en el patio y concentrarse para alejar de su mente aquellas contrariedades. Despues de un momento subió lentamente la escalera y tiró del cordon de la campanilla.

Salió una criada.

—¿Está en casa..... la señora?

—¿Trae usted tarjeta? le preguntó la criada.

—Se entra aquí con boleto, pensó Don Aristeo. ¡Tarjeta! repitió; no, no traigo tarjeta.

—¿Su nombre de usted?

—Me llamo Aristeo.

—Voy á avisar.

Y la criada desapareció.

Al cabo de un rato, volvió diciendo:

—Que no lo conoce á usted la señora, que le mande usted decir lo que quiere.

—Es muy largo, dijo maquinalmente Don Aristeo; dígale usted que vengo de parte de mi compadre Sanchez.

Volvió á desaparecer la criada, y un segundo despues se abrió frente á Don Aristeo una vidriera de par en par y se presentó Ketty.

Esta aparicion hizo en el rostro de Don Aristeo el efecto del *cardillo*, y estuvo á punto de retroceder rodando la escalera.

Don Aristeo se descubrió, lleno de un respeto que él mismo estaba muy lejos de esperar: se le olvidó completamente su prevencion contra la inmoralidad de la *cocota*, y hasta este nombre le pareció una especie de calumnia.

—Pase usted, caballero, dijo Kettey en buen español aunque con un acento ligeramente ingles.

Don Aristeo anduvo, sin sentir el piso bajo sus pies.

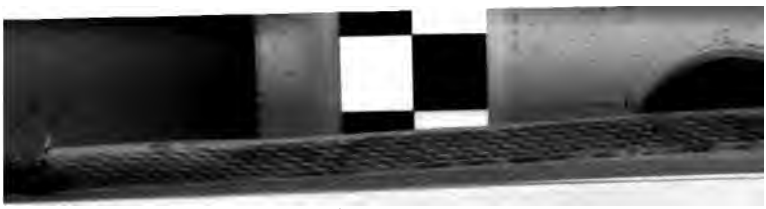
Ketty se adelantó para guiar á D. Aristeo y bien pronto estuvieron ambos en la sala.

Ketty se sentó en un gran sillon de metal, é indicó á D. Aristeo que tomara asiento en el sofá.

D. Aristeo tenia en las manos su sombrero, su baston, sus guantes y su pañuelo; pero no se acordaba de ningu-

LAS JAMONAS.

El diablo verde.



no de estos objetos, ni de sus manos tampoco, porque no podia quitarle la vista á Ketty.

Era efectivamente hermosísima la cocota: su cabellera casi blanca, estaba tan artísticamente rizada, habia tal gracia en aquel agrupamiento semidesordenado de rizos y de cintas que levantaban, sobre el interesantísimo óvalo de la propietaria, un verdadero edificio tan magestuoso como una corona imperial.

Era una muger de alabastro, porque sobre la tez blanquísima de las hijas del Norte, todavia habia alguna crema maravillosa que realizaba el bello ideal de la belleza.

Ligeras tintas sonrosadas, como esas que el sol sabe poner en algunas nubecillas, hacian presentir la presencia de no sabemos que rosas encantadas, así como en los labios de Ketty se presentia el beso que parecia haber anidado allí, sobre aquel granate, junto á aquellas perlas, en aquel boton de rosa, en aquella válvula de donde probablemente todas las palabras que salieran habian de ser amor, todos los acentos música, el aliento fuego y la humedad, miel.

Ketty estaba vestida de raso verde hermoso, de ese verde que lo es hasta de noche, de ese verde que le hace á uno volver la cara apenas lo percibe con el rabo del ojo; en fin, verde-primavera de México, verde-floresta de México, verde-esperanza, si es que esta señora se ha vestido alguna vez como Ketty.

Don Aristeo tenia trabada la lengua; y luego, que desde que habia entrado allí habia percibido un aroma tan es-

quisito, un olor á flores ó á ángeles, pero tan pronunciado, tan ferozmente voluptuoso, que Don Aristeo dilataba las ventanas de su nariz para oler mas, como dilataba sus pupilas para ver mas y mas á aquella aparicion verde.

Lo único que no podia hacer Don Aristeo era hablar.

—¿Usted es padre de Sanchez? preguntó Ketty con una voz que le pareció á Don Aristeo *cajita de música*.

Don Aristeo primero tragó, despues tosió, y no seguro de que á pesar de esas dos cosas le saldria la voz, hizo un grande esfuerzo y dijo:

—No, señorita, soy su compadre.

Era tan rara la voz de Don Aristeo, que á él mismo le pareció que otro era el que habia contestado por él.

Ketty empezó á mecerse en el sillon, y como D. Aristeo á su pesar tenia la vista clavada en los ojos de Ketty, á los pocos momentos comenzó á sentir el viejo un extraño desvanecimiento.

Aquella figura oscilaba delante de él como el mar de la dicha; aquel movimiento le imprimia todavía algo mas de fantástico y de aéreo.

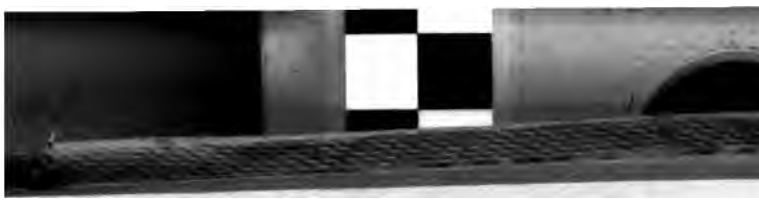
Ketty tenia una mano cerca de la mejilla; ¡pero que mano! era una mano modelo, blanca tambien como una azucena, ligeramente sonrosadas las yemas de los dedos; ¡era una mano tentadora!

D. Aristeo pensó:

—¿Si me dará la mano?

Se vió tentado de retirarse, solo para hacer la prueba.

—¿Qué dice Sanchez? preguntó Ketty.



—Está enfermo, se apresuró á contestar D. Aristeo.

—¡Pobrecito de Sanchez! ¿qué tiene?

—Dolor de costado..... quiero decir, creo que es jaqueca; pero está enfermo y no ha salido, no; ni podrá salir á la calle.

—¿Pero está muy malo entonces?

—No; no mucho, señorita, mañana estará bueno ya.

Ketty recorria con una mirada impasible á D. Aristeo, y acaso como muger de mundo ya habia comprendido el efecto que causaba.

—¿Es usted americana, de Norte América?

—No, señor, nací en Francia; pero desde niña vivo viajando.

—¡Viajando!

—Sí, señor, el mundo es para verlo.

—Es cierto, dijo D. Aristeo; y agregó para sí: yo nunca he salido de Oaxaca.

—Yo tambien quisiera viajar, continuó D. Aristeo; no conozco el mar, ni Paris. ¿Es bonito Paris?

—Hoy está feo.

—¿Y le gusta á usted México?

—Puede llegar á ser muy bonito México; el clima es muy agradable; hay gentlemen muy buenos; pero está México pobre, se llevan el dinero á otras partes, aquí solo se hace pero no se gasta aquí.

—Efectivamente, señorita.

—¿Usted tiene minas?

—Sí, dijo resueltamente D. Aristeo; quiero decir, tengo barras y acciones.

Ketty cesó de mecerse en el sillon.

—¿En Pachuca?

—En Pachuca, sí señorita, y en Guanajuato.

—¿Y así no viaja usted, señor? Con minas se puede viajar; los mexicanos tienen muchas minas pero no viajan; el mundo es muy bonito, señor; hay ciudades muy hermosas: New York, Paris, Londres, Berlin ¡oh! es muy hermoso todo, y se viaja con muchas comodidades. Hoy nadie está en su casa siempre, sino en los viajes; ¡oh! es tan fastidioso estar en un mismo lugar!

—Sí, señorita, yo voy á viajar; ¿y adónde me aconseja usted que vaya primero?

—Primero á los Estados-Unidos por la vía de New Orleans para conocer todas las poblaciones importantes; despues vivir un poco en San Francisco, un poco en New York, un poco en el Niágara; despues á Saint Nazaire y á Paris, y luego á Lóndres; en fin, se debe ver todo.

—Y dígame usted, señorita, ¿usted tiene familia?

—¡Ah! sí, sí.

—¿Y está?.....

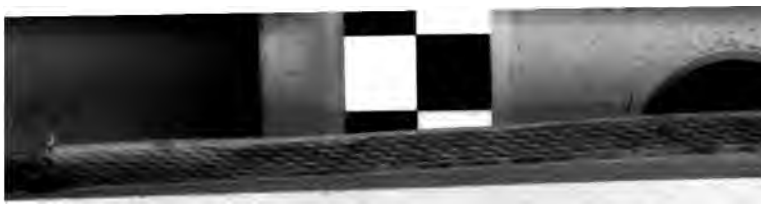
—En New York; pero yo estoy independiente.

—¿Hará mucho tiempo que no la ve usted?

—¡Ah! sí, sí ..... diez años.

—¡Diez! exclamó D. Aristeo.

—Mis hermanos tambien viajan; uno está en el Japon; otro está en la expedicion inglesa al polo; una hermana es-



tá en Lisboa y otra en Rio Janeiro, y yo en México á su disposicion, dijo Ketty echando á D. Aristeo su primera sonrisa como una paloma correo.

A D. Aristeo le temblaron los brazos como si aquella sonrisa hubiera salido de una batería de Buntzen.

Ketty agregó una segunda sonrisa como resultado del efecto de la primera.

D. Aristeo seguia viendo, con una atencion casi inconveniente, la cara y la mano de Ketty.

Esta por su parte estaba ya segura de que algo muy hondo se habia insurreccionado en aquel señor.

En este momento entró la criada: la criada se parecia mucho á doña Felipa; tenia un vestido igual é iguales maneras.

Como D. Aristeo estaba tan impresionado, creyó por un momento que entraba doña Felipa, y sus ideas empezaron á turbarse.

La criada traia una gran charola que casi no cabia por la puerta, y sin consultar á su ama colocó aquella charola sobre una mesita que estaba junto á Ketty.

Habia en la charola una servilleta muy limpia y algunos platos con jamon de Westfalia, queso inglés, una jaletina, frutas secas y pan.

Despues puso la criada dos botellas de cristal, una con cognac y otra con vino de Madera.

—Usted va á..... dijo D. Aristeo parándose.

—Usted tendrá la bondad de tomar el *lunch*.

—Señorita..... yo no acostumbro; y pensó D. Aristeo:

Me va á convidar á almorzar; ¿qué dirá mi compadre? ¿Quién sabe si no será de buen gusto rehusar esto, ó tal vez se mortificará esta señora de que la vea yo abrir la boca.

—¿Usted no toma el *lunch*?

—¡Señorita!..... acompañaré á usted.

La criada acercó la mesa de modo que D. Aristeo pudiera alcanzar los platos, y tomando un cubierto lo dió á D. Aristeo.

—¿Le sirvo á usted, señorita?

—Gracias, dijo Ketty cortando un pedacito de queso.

Don Aristeo cortó otro pedacito de queso.

La criada sirvió cognac para Ketty y vino para D. Aristeo.

—Salud! murmuró Ketty apurando su copa.

—Salud! repitió D. Aristeo bebiendo la suya.

La criada se retiró.

Ketty tomaba de vez en cuando pedacitos de queso, y D. Aristeo la imitaba.

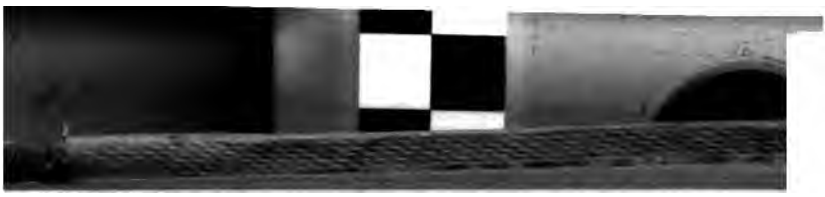
Se le estaban yendo los ojos tras del jamon, pero temia parecer gloton si comia carne á tales horas, y se limitaba á su pesar á imitar á Ketty.

Bastó á D. Aristeo aquella copa de vino de Madera para sentirse mas expansivo.

—He tenido una agradable sorpresa al conocer á usted, señorita, dijo.

—¿Por qué?

—Ya sabia que era usted muy hermosa, ¡pero no tanto!



—¡Ah! señor, gracias.

—Positivamente, señorita, es usted la muger mas hermosa que he conocido; con razon mi compadre..... mi compadre la quiere á usted mucho.

—¡Pobrecito de Sanchez! volvió á decir Ketty.

—¿Y..... no se vuelve usted á Europa?

—Sí, señor.

—¿Pronto?

—Tal vez.

—Quédese usted.

—¡Ah! no, señor; ya he vivido mucho en México.

—¿Y Sanchez?

—El me ha dicho de venir tambien conmigo.

—Mejor será que usted se quede, señorita.

—Usted puede viajar tambien.

—Sí..... efectivamente, dijo D. Aristeo acordándose de que no tenia un centavo.

Las resoluciones de D. Aristeo habian encontrado una contrariedad que no se esperaba; no tenia valor para afrontar la cuestion de trabajar contra Sanchez; y hasta llegó á encontrar, hasta cierto punto, justificado el gasto de los trescientos pesos. Aquella sala era elegantísima, mejor que la de Sanchez, y aquella muger realmente tenia algo que D. Aristeo no habia visto nunca.

De esta consideracion pasó á la de su miseria, que por la primera vez le estaba pareciendo una verdadera calamidad.

—Por otra parte, pensó D. Aristeo, si yo le he de ha-

cer la guerra á mi compadre, no puede hacerse esto por otro medio mas que por el del amor; pero esto es imposible.

—¡Ay! señorita, si yo fuera jóven.....

—¿Qué haria usted?

—Procurar que me amaran.

—Debe usted tener quien lo ame.

—¡Nadie, señorita, nadie! ¿Quien me ha de querer á mí? el amor es para los jóvenes.

—Pero usted tiene minas, y un señor con minas bien puede hacerse amar.

Esto, lejos de alentar á D. Arísteo, lo entristeció mas.

—Pero ¿seria posible que una señorita tan hermosa como usted pudiera amar á un hombre..... así, que no fuera jóven?

—Ya lo ve usted; yo amo á Sanchez.

—Sí..... es verdad; y entre mi compadre y yo..... en fin, no hay mucha diferencia.

—La gratitud, agregó Ketty, es la puerta del amor.

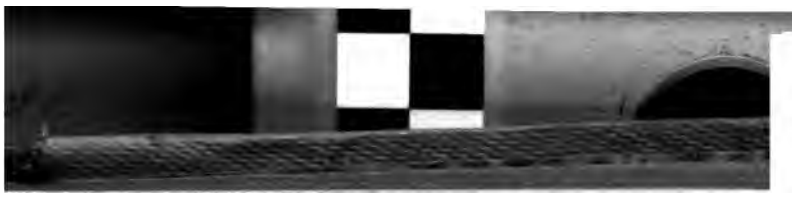
Ketty empezaba á comprender que D. Aristeo podia ser un cómodo compañero de viaje, quien teniendo minas podia prestar todo género de garantías.

—¿Habla usted inglés?

—No, señorita.

—¿Frances?

—Vea usted, señorita, lo pronuncio muy mal, porque como nada mas lo traduzco lo hablo como está escrito, y cuando digo *bon jour*, se rien de mí.



La sola idea de acompañar á Ketty en su viaje, estaba sacando á D. Aristeo de sus casillas; y el pensar que tal vez con igual cantidad á la que su compadre gastaba podia ser tan dichoso como él, era para D. Aristeo una felicidad tan sorprendente, que por primera vez comprendió todo lo que vale el dinero.

Aunque hubiera querido pasar todo el dia, si era posible, al lado de Ketty, le pareció que debia retirarse para no ser molesto.

—Voy á pedir á usted un favor, señorita.

—¿Qué favor?

—Que no sepa mi compadre que he venido á ver á usted; yo vine oficiosamente á avisar á usted que está enfermo; pero no hay necesidad de que lo sepa.

—Bueno, dijo Ketty, Sanchez nunca viene en la mañana, solo viene de noche y algunas tardes; usted puede venir si gusta.

—Tendré esa satisfaccion.

Ketty fué quien alargó la mano á D. Aristeo para despedirlo; D. Aristeo se apoderó de aquella mano que habia estado contemplando por tanto tiempo, y su entusiasmo no conoció límites; se creyó feliz; aquella mano era extraordinariamente suave y aquella presion extraordinariamente dulce.

Se despidió D. Aristeo de Ketty, no sin haber agotado los cumplimientos y galanterías, y repitió que pronto tendria el honor de volver.

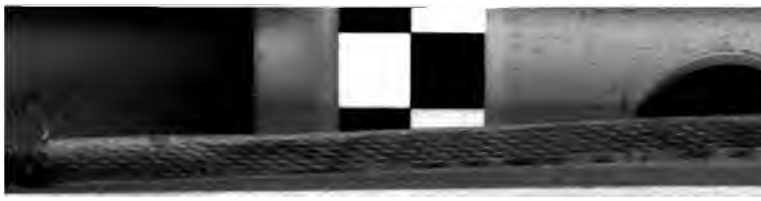
Cuando estuvo en la calle le pareció que acababa de

despertar, aunque seguia sintiendo en la mano la impresion de la mano de Ketty.

—¡Decididamente es una muger encantadora! ¡Vea usted lo que son las cosas, señor! ¡Sí, bien dicen: de nada se puede juzgar por informes verbales, porque uno es que le cuenten á uno, y otro es palpar las cosas! ¡La verdad, ya se comprende cómo mi compadre lleva ocho meses de estar pagando trescientos duros! ¡Hace bien! ¡muy bien hecho! ¡yo haria lo mismo! ¡Pues no me ha impresionado esta muger! ¡y yo que la creia un demonio! ¡yo que me escandalicé cuando me contó mi compadre!.... ¡Vamos, vamos, esto parece increible! ¿Y ahora qué le digo á doña Felipa, que me estará esperando con tamaña boca?.... ¡Vamos! ya veo que es necesario obrar con reserva, porque si doña Felipa huele que yo..... que..... en fin, que he cambiado de modo de pensar, se armaria una, que..... ¡Dios me libre!..... Nada; le diré á doña Felipa que esto es obra larga; que he ganado terreno; que las cosas no están mal; y que tenga esperanza de que llegaremos á quitarle á mi compadre el tal quebradero de cabeza; quebradero que, por otra parte, es de todo mi gusto.

Don Aristeo se acordó en aquel momento de las reliquias que llevaba para no caer en la tentacion.

Era tarde.



CAPITULO XVIII.

EL TESCRO VIRGEN Y LA CAJA VACIA.

CUANDO se acabó el concierto, Chona se retiró á su cuarto. Tuvo muy pocas órdenes que dar á su criada de confianza porque deseaba estar sola; más todavía, deseaba estar á oscuras y no oir ruido.

El silencio que sucede á la música, si este silencio es absoluto, es un gran silencio.

Las imágenes que evocó la música se reproducen: no parece sino que las últimas notas entregaron á la fantasía la urna cerrada de los recuerdos.

Chona vagaba en esos espacios de creaciones vaporo-

sas, en ese mundo de los sueños; mundo al que apenas los poetas han logrado robarle algunas imágenes que han dejado copiarse.

Habia mas de éxtasis que de sueño en aquel estado particular en que Chona se encontraba despues del concierto.

Quién sabe cuantas horas duraria aquel bienestar, pues es imposible adivinar el momento en que la última rueda de aquella máquina cesó de moverse; porque Chona esa noche no se durmió, sino se perdió en el sueño.

La luz de la mañana ahuyentó las sombras, y con las sombras huyeron las visiones de la noche.

Algo parecido á una contrariedad experimentó Chona al ver la luz.

De entre las blancas ropas salió el brazo de Chona cubierto con una manga con puño de encajes; la mano de Chona, pálida y tibia, buscó algo en la pared, hasta que tocó con la yema del dedo índice el boton de marfil de una campanilla eléctrica.

Algunos segundos despues sintió que abrian la vidriera.

Era su camarera.

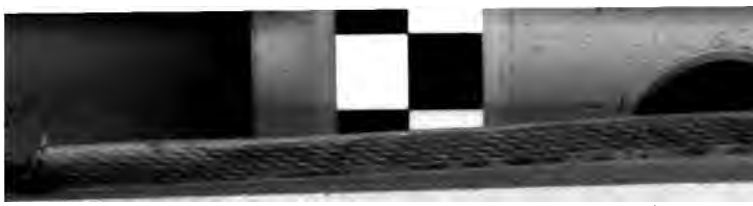
Chona, sin abrir los ojos, balbutió apenas esta palabra:

—Cierra.

La camarera, sin hacer ruido, acabó de cerrar la puerta del balcon y dejó caer la cortina.

La pieza quedó sumerjida en las tinieblas.

La mano de Chona habia vuelto á entrar, como un ar-



miño que á la puerta de su madriguera hubiera notado que hacia mal tiempo.

Realmente la mano derecha de Chona experimentaba ya el bienestar que se disfruta al recobrar la temperatura despues de un enfriamiento.

Chona queria robarle á aquella mañana fria una hora, para agregarla á la noche anterior.

Chona estaba acostumbrada á salirse en todo con la suya.

Se volvió á dormir.

Dos horas despues, el ángel del sueño se cansó de darla gusto: Chona abrió los ojos y abrió su pensamiento.

Entró Salvador.

—¿El? pensó Chona, y se sorprendió de la eficacia de su visita imaginaria: ¿él? ¿él lo primero en que yo pienso?..... y despues de una larga pausa agregó: ¡Qué bien se viste Salvador! ¡Ninguno lleva el frac como él! ¡qué elegante es!.....

Hoy vamos á platicar mucho..... ¿vendrá? Naturalmente; hoy con mas motivo, ha de tener deseos de que hablemos de ese señor Sanchez para reirnos de él; ¡pobre señor! me pareció un poco alegre el retirarse.

Volvió á tocar Chona el boton de marfil y volvió á aparecer la camarera.

—¿Abro? dijo esta.

—Sí.

Apenas penetró la luz, Chona dirigió su primer mirada á su reloj de mesa: eran las diez. Se apresuró á in-

corporarse, haciéndose una reconvencion para reprocharse su pereza; pensó en que no debia haber dormido tanto.

—¿Pasó usted mala noche? preguntó la camarera con ese acento peculiar del que sirve, ese acento que suple á las salvedades de «*usted dispense;*» «*si no le soy á usted molesto,*» etc.

—Sí.....contestó Chona mintiendo.

¿Por qué mentia? Chona era libre para dormir ó velar sin coaccion de ninguna especie, y no sabemos por qué creyó necesario justificarse por haber dormido dos horas mas.

Chona, con ayuda de la camarera, salió de la cama envuelta en un largo peinador blanco; habia metido los pies en unas chinelas de terciopelo acojinadas y con una orla de piel de nutria.

La camarera templó y perfumó el agua, ofreció á su ama elixir dentrífico en un precioso vasito de cristal de roca grabado á buril y con las armas del último imperio; aquel vasito perteneció á la emperatriz Carlota.

Chona estuvo sola despues mas de media hora, hasta que la camarera entró con la ropa.

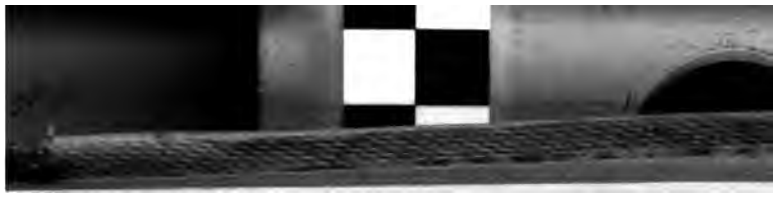
—¿Qué vestido me traes? ¡Ah! ese es un vestido muy triste; no lo puedo ver!

—Traeré otros, dijo la criada, y á poco rato volvió con seis vestidos.

—Ese morado tampoco.

—¿Quiere usted el que trajo ayer la modista?

—Sí.



Era un vestido de gró color de almendra, lleno de flecos y escarolas de un trabajo esquisito.

—¡Ah! dijo Chona examinándolo, tenia razon madama Clara; está enteramente igual al que vino de Paris.

—Pudiera estar mejor, se atrevió á decir la criada.

Este vestido color de almendra, tenia esos márgenes misteriosos, que son el resultado de un refinamiento no bastante comprendido por todos.

Las mangas no dejaban salir los brazos sino haciéndolos perder sus perfiles en una especie de nube de encajes; así como no dejaba adivinar el pecho sino al traves de una vaporosa confusion de adornos esquisitos.

Este vestido, segun la expresion de la misma madama Clara, *vestia solo*.

Efectivamente, cualquiera cosa que se hubiera metido dentro de aquel traje, hubiera podido pasar por una muger.

Chona agregó al vestido un simple aderezo de oro.

—¿Han traido flores?

—Temprano trajo el jardinero de San Angel, cuatro *buqués*.

—¿A ver?

La camarista trajo uno que ya estaba colocado en un jarron de forma etrusca.

Chona eligió el mas grande, el mas aterciopelado de los *pensamientos*, y lo colocó entre los rizos de su peinado.

En el cuarto de Chona habia una atmósfera pesada, pero impregnada de esencias; la camarista no[illegible] á

Chona ninguna pieza de ropa interior, sin haberla perfumado antes con el *pulverizador*.

Salió de allí Chona como una de esas rosas acabadas de abrir, y á las que se cuida de quitarles las espinas y algunas hojas verdes.

Chona estaba irreprochable; y cuando hemos dicho que su edad era uno de sus mas íntimos secretos hemos acertado; pues nadie, á juzgar por las apariencias, lo hubiera adivinado; era una de esas organizaciones vigorosas encomendadas á una propietaria que profesaba la higiene por intuicion, y que la practicaba escrupulosamente de la manera mas solícita y cariñosa que pueda imaginarse.

A las doce llegó Salvador.

Se dieron la mano y se miraron, y hasta despues de una larga pausa, fué cuando Salvador dijo:

—¡Qué bien le sienta á usted la música!

—¿Por qué?

—Porque la música tiene algo, solo para usted.

—Para todos.

—Es inútil la modestia, y sobre todo el disimulo; ha amanecido usted hoy dándole las gracias á Euterpe.

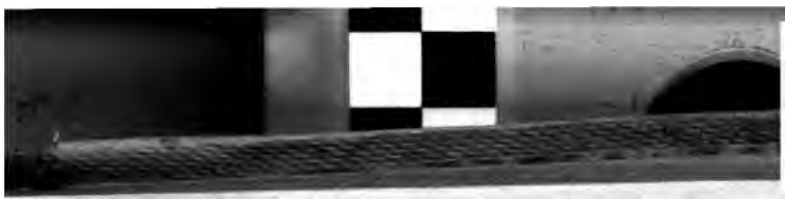
—¡Viene usted terrible!

—Me voy á hacer espiritista.

—¡Ave María Purísima!

—He resuelto volverme loco y ese me parece el camino mas corto.

—Hablémos con formalidad: ¿qué le pareció á usted el concierto?



—¿La verdad?

—Sí, desnuda.

—Le estoy encontrando algo nuevo á todo.

—¿Tambien á la música?

—¡Precisamente! y usted tiene la culpa.

—¿Yo? preguntó Chona con una mirada que borraba las interrogaciones del *yo*.

—Usted lo sabe mejor que yo.

—¿Me tiene usted por vanidosa, por fátua?

—No, Chona, la tengo á usted por una muger de mucho talento.

—¿Ese es su primer síntoma de espiritista?

—Hemos quedado en que hemos de hablar formalmente.

—Convenido.

—Pues entonces comienzo. ¿No ha sentido usted alguna vez el deseo de comunicar á.... alguno, á un buen amigo, sus impresiones íntimas? ¿No es verdad que hay veces que se siente uno capaz de describir, de narrar, hasta de pintar ciertas situaciones?

—Sí, es cierto.

—Pues bien, entonces es cuando está uno solo, sin nadie que lo escuche, sin nadie á quien regalarle un ramillete de pensamientos que vuelve uno á guardarse con tristeza: ¿es cierto?

—Sí, Salvador.

—¿Cambiamos ramilletes?

—Sale usted perdiendo; el mio es un ramo marchito.

—¿Marchito? el pensamiento que tiene usted en el peinado, no es mas puro que los que están adentro.

—Sí, es cierto, Salvador, no es mas puro; pero mis pensamientos son tan tristes!.....

—¿Y qué, los mios serán alegres?

—Puede.

Tanto á Salvador como á Chona les pareció que habian llegado al término de un camino y retrocedieron.

—¿Por qué se calló usted, Chona?

—Me volví.

—Ya estábamos cerca.

—¿Verdad?

—Pues yo quiero llegar hasta el fin.

—¿Para qué?

—Para dejar para siempre el mundo en que he vivido hasta ahora; porque allá á donde íbamos llegando hay otra vida, otro modo de sér; y ó conquisto esa vida, ó tiro esta que tengo y que para nada me sirve.

—¡Salvador! ¿qué es eso? ¿Se vuelve usted impío?

—Impío no; cuando mas llegaria á ser incrédulo.

—¿Son los espíritus los que hacen eso?

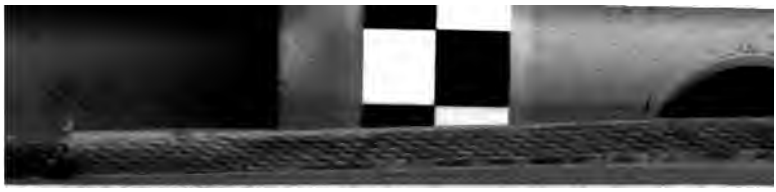
—En medio de un mundo de materia no hay mas que un espíritu: el de usted.

—Ahora me toca á mí ser incrédula.

—No tiene usted razon. Usted es capaz de adivinarme y sabe usted tan bien como yo que no miento.

—Por lo mismo lo he creido á usted siempre.

—Menos ahora.



—Menos ahora, porque es usted otro.

—Sí, me ha vuelto usted otro.

—¿Tan pronto?

—Media hora basta para hacer dia la noche.

—¡Pero usted, Salvador!

—Yo.

—¿Y Paris? ¿no me ha dicho usted que allí lo dejó todo? que Paris es una novia que está usted obligado á cargar asida de su cuello por todas partes y para siempre?

—¿Y si no fuera por eso, cree usted que yo podia haber hallado á usted en el mundo? ¿podria saber lo que usted vale, si antes no hubiera comprendido lo que valen las demas mugeres? Para que usted quepa en mi corazon, es preciso que allí no exista nada. Supongamos que mi corazon es un campo talado, que es un desierto; solo así puede usted caber en él.

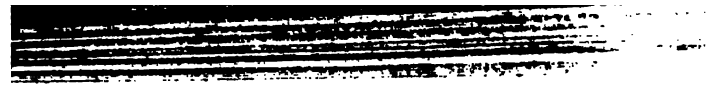
—Ha cumplido usted su palabra, llegó usted hasta el fin. Ahora reflexionemos.

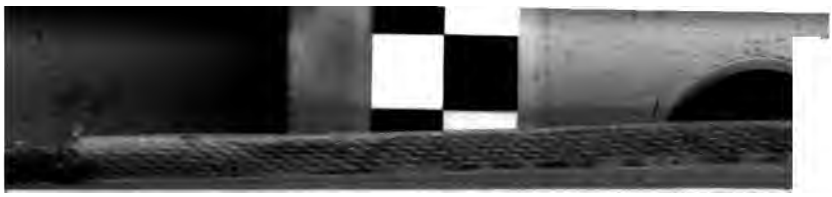
—Ya sé lo que me va usted á decir.

—Entonces.....

—¡No sea usted cruel!

Salvador dijo esto de un modo que reveló la mas profunda emocion, y reinó en seguida un largo silencio.





CAPITULO XIX.

EL TESORO VIRGEN CABE DENTRO DE LA CAJA VACIA.

POR qué hemos de retroceder, Chona, en nuestra pendiente? si somos los Sísifos del destino, luchemos.

—¿Contra quién?

—Contra el mundo.

—¿Contra el deber?

—Contra todo.

—Y cuando hayamos triunfado, cuando hayamos logrado romper todos los lazos; ¿qué encontrarémos?

—¡La felicidad!

—¿Qué felicidad? ¿usted cree en eso?

—Por la primera vez.

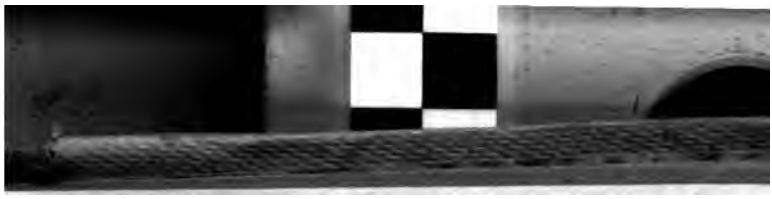
—¡Ay! ¿de qué ingredientes tan raros se compondrá esa felicidad en que cree usted tan tarde?

—Se compone de esencias vírgenes, de efluvios desconocidos, de intuiciones jamas sentidas por nadie; se compone de usted..... ¡Ah! si la juventud tuviera una crisálida en que esperar el estío, ¡qué suma de amor! ¡qué tesoros de poesía! ¡qué vigor! ¡qué fuego podria ofrecer la muger redentora entonces, verdadera copa de miel, verdadera reina!.....

La juventud de hoy, Chona, es un ramillete de flores en miniatura; las jóvenes son flores que apenas brotan se marchitan; apenas se abren se asemillan; su vida es de un dia; viven aprisa; se precipitan para llegar á un fin, y mueren antes de haber vivido con el alma, con el amor; esos ejemplares totalmente botánicos, pueblan este mundo, y nosotros los jardineros, los hombres, alfombramos nuestro camino con pétalos, con insuficiencias, con embriones y nos fastidiamos.

Pero usted!..... ¡Ay Chona! allá en el fondo de su alma está un sagrario de amor; está un tesoro de felicidad; está algo que por inmaterial, que por infinito no está tocado, porque todos los hombres á su vez han sido para usted pétalos; han sido tambien flores, mas que prematuras raquíticas, si es que no han estado envenenadas desde su primera generacion.

¿Usted cree que acabó en mí todo? lo mismo creia yo,



pero para tocar ese símbolo de eternidad que usted encierra en su amor, no se necesita el caudal que se ha despilfarrado en flores; se necesita de otra virginidad compatible, de un caudal de reserva que ninguna muger ha osado tocar, porque ninguna se parece á usted en el mundo.

¿Qué mas? siento en mí la redencion; mi alma brota de mis ruinas y renazco á una vida nueva, espléndida, eterna; vida cuyas puertas sabe usted abrir con una sonrisa; vida que está mas allá de todas la miserias, de todas las trabas, de todas las rémoras humanas. ¿No es verdad que soy otro?

Ayer, quiere decir, cuando nos conocimos, halló usted en mí la ruina de fútiles prodigalidades, la caja vacia de los juguetes del alma; hoy al trasformarme encuentro yo mismo, que lejos de haber perdido lo que lloraba, no he hecho mas que tirar la basura para guardar las flores: la vida moral del hombre bien puede ser solo un crepúsculo; pero si el hombre encuentra un sol puede vivir en pleno dia. ¡Usted es mi sol!

Chona oyó á Salvador, pero lo oyó no como el juez, ni siquiera como el interlocutor; Chona se perdió asida á las alas de la fantasía de Salvador; habia perdido la facultad de analizar, y mientras Salvador hablaba, Chona lo seguia en su viaje fantástico, como habia seguido en la noche anterior el impulso de sus sueños, sin esfuerzo, sin resistencia.

En una situacion semejante, la cesacion de la palabra es un abismo, y no parece sino que la verdad [illegible]

y severa, no se presenta sino en ocasion solemne para hacer comprender todo su prestigio.

Bastó una pausa, bastó el silencio, para que el espíritu de Chona, que se habia elevado como un aeróstato al impulso del fuego de Salvador, descendiese lentamente hasta tocar el frio asiento de la verdad.

—¿Por qué calla usted, Chona? le preguntó Salvador presintiendo la transicion.

—Porque tiemblo.

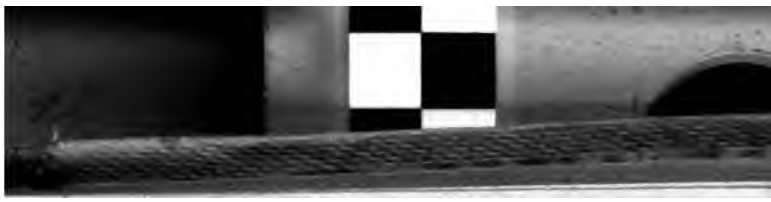
—¡Temblar! quién osaria detener mi pesamiento! ¿quién me impediria tocar una felicidad que me pertenece?

—El deber, Salvador.

—¡El deber! ¿y quién traza ese deber? ¿qué ley es esa de tan raquíticas proporciones?

—¡Salvador, usted delira!

—No, Chona, raciocino; y si no estuviera colocado en el terreno de una insuficiencia, de una anomalía, me creeria sin derecho para robar una paz que no podria devolver. Dígame usted que ama á Cárlos; dígame usted que Cárlos la ama á usted; pruébeme usted que es feliz; enséñeme usted la flor de su alma abierta, lozana, pura, y dígame usted: este es el fruto de mi amor; esta es mi dicha; dígame usted todo eso y me reprocharé á mí mismo mi conducta, y avergonzado huiré de usted; pero si usted no ha amado nunca, si no ha sido amada, si no es usted feliz; nadie que yo sepa tiene derecho de exijir de usted un sacrificio estéril; no hay deber que sin ser contrario á la naturaleza, pueda pedir á una muger que no



tenga corazon; ni habrá ley que me obligue á no sentir por usted lo que siento.

—¡Salvador!.....

—Tiembla usted delante de la luz, delante del amor, y no ha temblado usted algunos años matando en embrion sus ilusiones. No ha temblado usted en medio de las tinieblas de una union fria y forzosa como una cadena de hierro.

—Sí; pero esa cadena es indestructible.

—Todas las cadenas se rompen.

—Con el precio de la infamia.

—No: de la libertad.

—¡Libertad! no pronuncie usted esa palabra que nunca he visto aplicada sino al libertinaje, que no he oido evocar mas que á los esclavos de sus propias miserias!

—¿Acepta usted su condicion de esclava?

—De mi deber, sí.

—¿Cuál es ese deber?

—No amar á nadie.

—¡Error! ¡error! ¡no amar á nadie! ¿Por ventura me aborrece usted, Chona?

—No, todo lo contrario.

—Usted me ama. No la creo á usted capaz de mentir, ni de engañarme.

—¡Es cierto!

—¿Y quién ha sido capaz de impedirlo? ¿qué deber es ese de que usted me habla, que pueda ser superior á esa espontaneidad? ¿Ese formidable deber, ese centinela avan-

zado, osó siquiera presentarse anoche á turbar el éxtasis á que la entregó á usted la música? ¿Se atrevió ese cancerbero á acercarse al lecho de usted para turbar su sueño? ¿Ese deber no se ha callado cobardemente, mientras usted pensaba en mí, mientras veia usted mi retrato?

—¿Usted sabe?.....

—¿Qué, que ha contemplado usted mi retrato? sí; lo sé, porque yo á la sazon veía el de usted y el retrato de usted me hablaba; sobre que me he vuelto espiritista!

Esta vez no se rió Chona, estaba vencida!

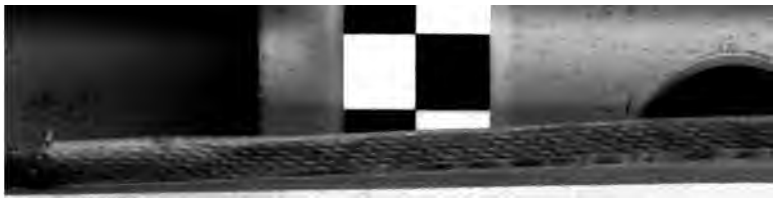
De los ojos de Chona se desprendia una lágrima.

—¡Chona! exclamó Salvador lleno de entusiasmo; ¡Chona! repitió como en actitud de caer á sus piés; esa lágrima es el bautismo del amor: esa lágrima consagra nuestra union eterna; esa lágrima es de amor.

Salvador iba á tomar entre las suyas una mano de Chona; pero esta apenas comprendió el movimiento, se levantó de su asiento como movida por un resorte y se apartó de Salvador.

Habia en el semblante de Chona un gesto tan aristocráticamente amargo, que Salvador sintió rebelarse todo su orgullo, se sintió herido profundamente y á su vez se levantó, pero no con altivez: estaba pálido como en el momento que precede á la muerte: se hubiera podido juzgar por su semblante, que realmente acababa de recibir una herida en el corazon.

Ante aquella palidez Chona no pudo sostener su mirada, y tuvo un momento de horrible angustia.



Se apoyó en el respaldo del sillon.

Salvador estaba inmóbil.

Sonó la campana del reloj, y esa vibracion repentina fué como un toque eléctrico; Chona y Salvador la sintieron en todo su cuerpo.

Chona extendió el brazo para indicar á Salvador la hora que apuntaba al reloj.

A aquella hora subia Cárlos.

Simultáneamente y en silencio, Chona se dirigió á las piezas interiores y Salvador salió de la sala.

Cuando Chona estuvo sola, cerró las puertas y avisó que no la molestaran: pasó dos horas en silencio y á oscuras; solo que aquellas dos horas difirieron completamente de las otras dos que habia dedicado en la mañana á sus ensueños.

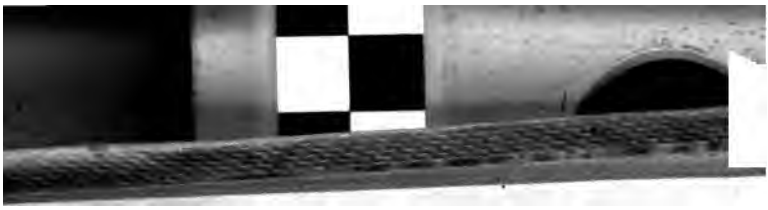
La figura de Salvador, tan interesante y tan buen mozo, se le presentaba á la imaginacion con aquella palidez mortal, con aquel aspecto de atonía y de dolor en que lo habia contemplado el último momento; aquella palidez tenia para Chona, no sabemos qué alta significacion que la preocupaba de una manera horrible.

—Lo he lastimado profundamente, decia Chona; he sido muy cruel! inútilmente cruel! ¡qué transicion tan dolorosa! ¡él estaba lleno de pasion, lleno de entusiasmo, sí, porque Salvador me ama, me ama aunque no me lo dijera, y me ama de una manera superior á cuanto podia yo figurarme..... y yo..... yo me he levantado de mi asiento como ofendida por un lacayo; ¿por qué hice eso? ¿por qué se

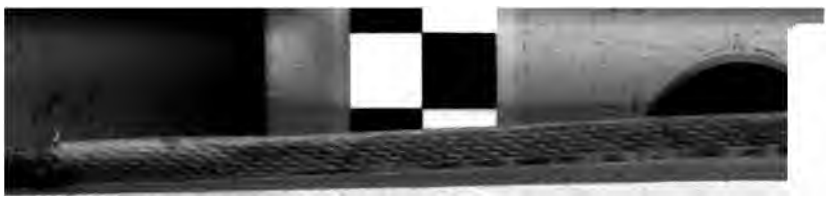
sublevó en mí tanto orgullo y tanta altivez? El no hubiera sido capaz de nada, iba á acariciarme tal vez sin pensar que me ofendia ¡pobre Salvador! El tan orgulloso, tan mimado, tan querido, pareció que se habia quedado sin sangre, y todavía así, no se atrevió á decirme que lo habia yo herido..... ¡pobre Salvador!.....

Pero bien, ¿qué debo hacer? él tambien sabe que lo amo, me lo dice, lo conoce, lo ha conocido ya y juntos estamos al borde de un precipicio.

Ese precipicio es el crímen..... ¡Adúltera! ¡qué fea palabra! ¡qué horrible idea!..... ¡el crímen!..... ¿yo criminal? ¿yo confundirme con esas gentes á quienes siempre he denigrado? ¿yo ser una de tantas mugercillas ligeras, vanas, corrompidas y locas?... ¡ah! no: jamas, jamas; yo sabré ocultar mis sentimientos, yo recurriré á..... á la medicina; ha de haber algo contra esta especie de envenenamiento..... debe haber oraciones contra este pecado..... debe haber métodos contra estos accesos..... ¿y quién me podrá dar ese remedio? basta mi voluntad..... ¿y si sucumbo, y si mi resistencia determina una catástrofe, porque Salvador es capaz de todo? Veo que su vida está pendiente de mis labios; hoy creí que iba á caerse muerto..... si mañana me encontrara severa, fria, altiva..... Las gentes dicen que tengo altiveces insoportables, me han dicho que parezco reina; esto puede ser cierto, debo estar odiosamente grave cuando me revisto de todo mi orgullo, cuando dirijo una de mis miradas de desprecio..... ¡Ah! pobre Salvador!.... pero si por docilitarme me dejo llevar



Salvador estaba ir



y cuando menos lo piense estoy ya en la pendiente resbaladiza que conduce al crímen?... Si llega un momento en que no puedo retroceder?..... ¡Ah! no, eso jamas—yo puedo ser en todos casos dueña de mí misma, y si encuentro un hombre sábio, un hombre que me sepa aconsejar, un sacerdote virtuoso..... con esa ayuda seré doblemente fuerte, de esa manera podré luchar y acaso sin dar lugar á nuevas faltas y sin exasperar á Salvador, saldré triunfante en esta lucha terrible que se ha empeñado ya. Sí, sí, ánimo, ánimo! porque la mas pura, la mas grande de las satisfacciones de mi vida, será la de haber triunfado de una seduccion que se presenta á mis ojos con tantos atractivos, con tantos encantos.

Esa tarde necesitó Chona respirar otro aire que no fuera el de su estrecha habitacion.

Era una tarde de diciembre, el cielo estaba entoldado con una capa cenicienta y uniforme, y la naturaleza yacia en esa calma triste del invierno en la que las hojas de los árboles, como si estuvieran muertas, dejan que el polvo las cubra y permiten indiferentes que los insectos extiendan sobre ellas sus telas, que á su vez recogen y aprisionan grupos de hojas secas que se alejaban, y que, como los fragmentos carnosos de una mómia, le quedan por atavíos al esqueleto; habia algunos árboles horribles ostentando sus desnudos varejones, y en algunos recodos esas informes masas negras compuestas de hojas secas envueltas en telas de araña; cloacas que quedaron como último albergue

á muchos insectos sorprendidos por el frio y por la desolacion.

Chona se envolvió en un abrigo de cachemira, puso las manos en un manguito de pieles y se hizo conducir en uno de sus coches, al paseo de Bucareli, arrellanada en el fondo del coche y proponiéndose no saludar á nadie.

El carruaje en que iba Chona, era un cupé ingles negro con alto pescante y tirado por dos hermosos frisones negros tambien.

Los criados, con ese tino particular del que está acostumbrado á servir, habian adivinado que Chona estaba de mal talante.

—No te pares, le dijo el lacayo al cochero.

—¿Por qué?

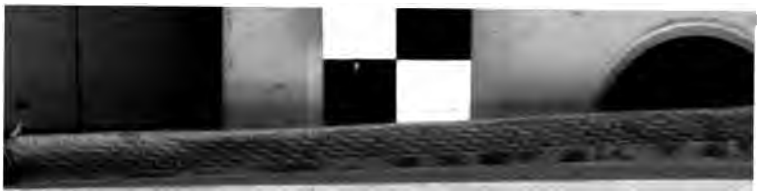
—¿No ves que la señora está de flato? Si nos paramos se incomoda; sigue, sigue.

—Hemos trotado una hora y mira al *chico*.

—¡Como está tan ovachon!

—Pues eso has de ver.

Sin haberse parado un momento, Chona llegó á su casa despues de la oracion.



CAPITULO XX.

DON ARISTEO TENTADO DEL DEMONIO.

CUANDO llegó D. Aristeo á la casa de Sanchez, doña Felipa lo esperaba impaciente.

—¿Qué tal? preguntó á D. Aristeo.

—¡Quite usted allá, doña Felipa! ¡qué muger!

—¿Qué tiene?

—En primer lugar es hermosísima.

—¿Oiga?

—No he visto una muger mas linda.

—¿Es posible?

—Sí, doña Felipa; es una divinidad, quiero decir, no

una divinidad, es una exageracion; pero sí es el diablo mas hermoso que he visto.

—No entiendo.

—Figúrese usted una muger con un pelo como de ángel; ¡Ave María Purísima! ya vuelvo á hacer estas comparaciones inconvenientes.

—Vea usted, Don Aristeo; yo comprendo perfectamente un diablo bello. Luzbel era el ángel mas lindo y ahí lo tiene usted ahora con cuernos.

—Me parece muy buena la comparacion, doña Felipa; pues figúrese usted á Luzbel hembra, allá cuando todavía era ángel bueno.

—Si.

—Pues ahí tiene usted á Ketty.

—¿Así se llama?

—Sí; vaya usted á ver, hasta el nombre es raro; yo no conozco á ninguna Ketty.

—¿Y bien vestida?

—No me diga usted, estaba..... lo que se llama..... figúresela usted..... así, de una manera..... en fin..... verde!

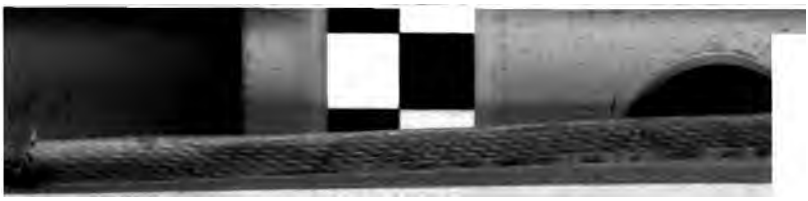
—¿Verde?

—Verde, doña Felipa, como una esmeralda, y con unas manos..... ¡qué manos!..... ¿Ha ido usted á la Academia?

—¿De San Cárlos?

—Sí.

—¿Ha visto usted la Vénus de mármol?



—La ví con el rabo del ojo.

—Pero en fin, le veria usted siquiera las manos.

—Sí..... y algo mas, el pecho.

—Pues haga usted cuenta que Ketty tiene las manos y el pecho de la Vénus de la Academia.

—¿Es posible?

—Y si le digo á usted que mejores, no le miento.

—¿Y qué idioma habla?

—Como usted y como yo, castellano.

—¿Conque entiende?

—Perfectamente.

—¿No es necesario gritarle ni hacerle señas?

—No, qué gritarle, si es vivísima.

—¿Y de dónde es?

—Nació en Francia, pero ha vivido viajando.

—¡Qué mal gusto!

—¡Quite usted allá, doña Felipa! que mal gusto! si viera usted como ha gozado esa muger!

—¿Oiga?

—Sí, viajando se goza mucho.

—¿Y los ladrones?

—Por allá no hay ladrones.

—Eso dicen.

—Es un hecho, y ademas se viaja en vapor.

—Bueno, bueno; pero vamos al grano: ¿qué hizo usted?

—Pues yo..... almorzar.

—¿Cómo, es posible?

—Quiero decir, ella me dijo:—¿Toma usted el *lunch?* y

yo le dije:—*tomaré el lunch*, por parecerme que..... en fin, puede ser que estas extrangeras que son tan raras, tomen á desaire ó á mala crianza que uno no acepte el *lunch*.

—Hizo usted bien entonces; ¿y comeria usted cosas raras?

—No, un queso amarillo.

—¿Y qué mas?

—Habia un jamon exquisito; de buena gana le hubiera traido á usted una lonja.

—¡Dios me libre! Pero á todo esto, ¿qué hizo usted de provecho?

—Pues hice... en fin, preparar el terreno, eso es obra larga, doña Felipa.

—¿Y usted cree que conseguiremos?.....

—Sí, lentamente, lentamente yo iré minando y con paciencia.....

—Pues Dios lo haga!

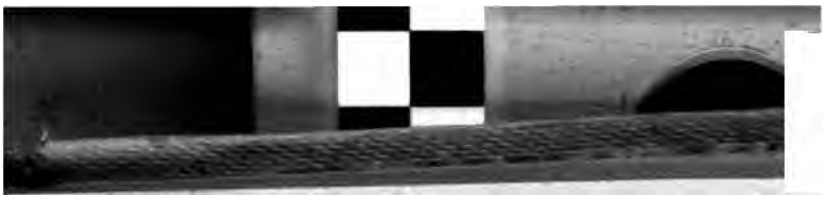
—Esperamos en su misericordia infinita, que hemos de salir con bien de esta empresa, que es como si dijéramos la extirpacion de un espíritu maligno.

—Pero.....permítame usted que sea curiosa, D. Aristeo: ¿realmente es una muger que valga la pena, ó que de alguna manera sea disculpable el hombre que.....

—Vea usted, doña Felipa, ya usted me conoce, ya sabe usted que yo soy un hombre de aplomo.

—¿Y qué.....

—La verdad..... disculpo á mi compadre, dijo bajan-



do la voz; se entiende que en términos hábiles, no por supuesto como materia de conciencia, pero en fin, así tiene al menos la disculpa de la hermosura.

—¿Conque es mejor que Amalia?

—Con tercia y quinta.

Esta conversacion se prolongó por mucho tiempo entre D. Aristeo y doña Felipa, y subieron de punto la animacion y los comentarios desde el momento en que doña Zeferina, deseosa de saber lo que habia pasado, cambió el turno de sus visitas á fin de averiguar el resultado de la entrevista de D. Aristeo con la cocota.

Doña Zeferina ofreció, por su parte, andar una nueva novena á cierto santo de su devocion que ya en ciertas ocasiones la habia sacado avante en asuntos mas intrincados y difíciles.

Don Aristeo manifestaba estar en todo de acuerdo con las viejas; pero en realidad, lo único que deseaba era seguir poniéndose en comunicacion con la cocota, cuya imágen tenia grabada en la mente de una manera persistente é inusitada.

Cuando Don Aristeo estuvo solo, experimentó cierto placer en entregarse de lleno á sus reflexiones, al grado que aquella noche, sin saber cómo, se durmió bien tarde, sin haberse acordado de rezar sus devociones; omision que notó al despertar y cuya deuda (en obsequio de sus buenas costumbres debemos decirlo) pagó con religiosa escrupulosidad.

—Despues de todo, pensaba D. Aristeo, esas mugeres,

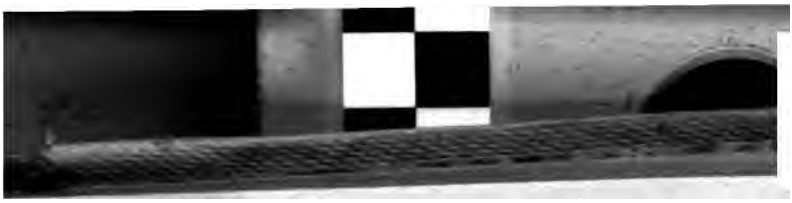
prescindiendo del infierno que se mamarán despues, son felices; siempre amadas, siempre llenas de comodidades y cambiando de propietarios segun las latitudes.

Una muger de estas, no puede menos que no tener corazon, ó tenerlo organizado de una manera que se acomode fácilmente al cambio frecuente de amantes, que aunque no sean buenos mozos ni hombres de atractivos irresistibles, como mi compadre, tengan sin embargo lo bastante para proporcionarles esa suma de comodidades de reina.

¡Ay! en mi tiempo no habia cocotas; pero todo ha adelantado; bendito sea Dios! esta civilizacion europea ha de acabar completamente con nuestras buenas costumbres.

¡Vaya con mi compadre, y qué buenos ratos ha de haber pasado! eso sí, por su dinero; pero bien visto, esta es una cosa de la civilizacion, está muy bien pensada, digo, no tratándose de católicos, porque yo creo que en lo general los amantes de esas señoras no han de ser católicos. Mi compadre es cierto que lo era, pero está completamente cambiado; es cosa que ya no se le puede hablar de santos ni de nada de eso, sin que se ponga á decir cada disparate del tamaño del mundo.

Si yo tuviera la conciencia un poco ancha, si por un poco de tiempo pudiera sofocar los avisos de mi razon y de mi moralidad, estoy por decir que pretenderia que mi compadre se desprendiera de la cocota, y á mi vez ensayaria yo un par de meses..... no, es mucho, siquiera una quincena; haria de cuenta que soy rico y viviría un



poco en esa atmósfera de placer..... ¡Qué barbaridades estoy pensando, señor! ¿qué es lo que me ha sucedido? ¡Dios mio! ¡lo que puede una mala compañía! me ha bastado ver á esa muger de mis pecados, para preocuparme hasta el grado de..... vamos, vamos, es necesario tener un poco de juicio, porque ni mi edad, ni mis circunstancias, son á propósito para meterme en esos devaneos.

Si yo tuviera siquiera dinero, ya seria otra cosa, porque bien claro me dijo esa muger que *si yo tenia minas* bien podia viajar con ella. ¡Oh! y lo qué es esto, sí lo sostengo, porque no faltaba mas, sino que despues de todo tuviera yo que sufrir un desprecio de esa muger cuando se enterase de que soy pobre; porque supuesto que para estas diablos lo único que vale es el dinero y no saben apreciar ninguna otra virtud, es necesario que siga creyendo que tengo minas.

Y por otra parte, bien podria sostener el papel de rico, al menos por cierto tiempo; todavía me queda algo en Oaxaca, y vendiendo mi casa, me alcanzaria para algo; eso sí, solo para hacer el papel de minero por algun tiempo y para que esa muger no me coja en mentira.

Y ahora que me acuerdo, mi compadre está apurado, su situacion financiera es de las mas desesperadas; sus despilfarros lo están conduciendo á grandes pasos á la mas completa ruina, y ni él ni yo habiamos pensado en que tal vez mi casa de Oaxaca que para nada me sirve, podia ser un buen medio, tanto para que él salga por lo pronto de su situacion comprometida, cuanto para que yo

entre en posesion de algo de lo que me pertenece. Decididamente le hablaré á mi compadre y la ocasion me parece oportuna.

Acto continuo D. Aristeo entró al cuarto de Sanchez.

—Buenos dias, compadre.

—Don Aristeo, felices; ¿qué milagro?

—Hombre, he tenido una idea.

—Veamos, compadre.

—¿Se acuerda usted de mi casa de Oaxaca?

—¡Vaya si me acuerdo! sobre que me escribieron hace un mes para ver si se promovia de nuevo el asunto.

—Pues en eso he pensado anoche, compadre, y si usted quiere podriamos proponer la transaccion y que se venda la casa.

—Eso debia usted haberlo hecho hace dos años.

—Pero qué quiere usted, compadre, todos tenemos nuestros caprichos.

—Vamos á ver, le compro á usted el negocio.

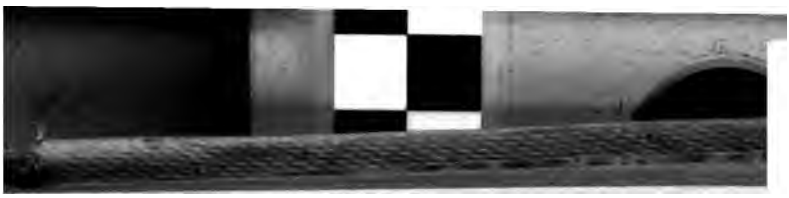
—¿Al contado?

—Pero compadre, usted sabe bien cómo estoy.

—Pero es que para seguir perdiendo, me parece una racional compensacion recibir en efectivo.

—Eso es muy difícil, pero por fin veremos; con tal que pudiéramos combinar las cosas de manera que yo á mi vez saliera tambien de algunos compromisos, cuente usted con que le conseguiria á usted dinero á toda costa.

—Pero si usted puede, solo queriendo, disponer de trescientos pesos mensuales.



—¡Ah!..... sí..... dijo Sanchez.

—Pues bien, me conformo con esos trescientos pesos mensuales y el resto al término del asunto.

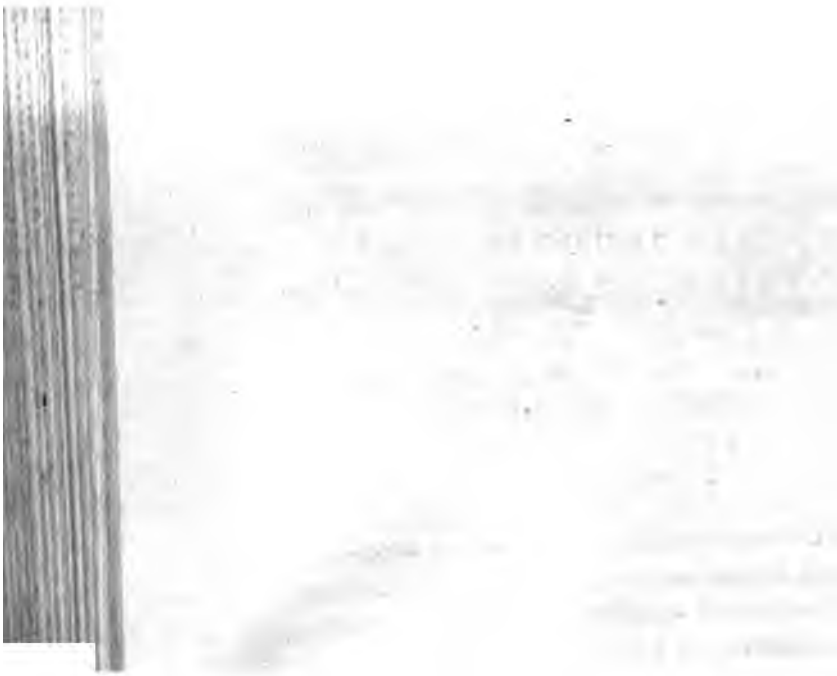
—Quiere decir, á la venta de la casa.

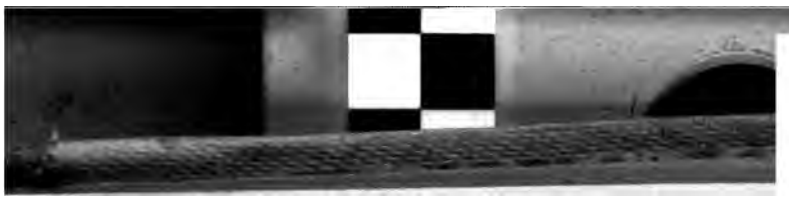
—Bien, sea entónces. Ya usted ve que lo único que usted sacrifica á su tranquilidad, es esa señora..... su cocota de usted, compadre, que es la causa de su ruina y que seguirá siéndolo, si Dios no lo remedia y si usted no dá un paso enérgico para quitarse de una vez de complicaciones.....

—Como siempre, las reflexiones de usted, compadre, son muy justas; y en consultando este negocio á ciertas personas, creo que podremos arreglar algo; en fin, tenga usted esperanzas.

—Piénselo usted bien.

—Así lo haré.





CAPITULO XXI.

EN EL CUAL EL LECTOR VUELVE À SEGUIR LOS PASOS DE RICARDO, DE AMALIA Y DE LA CHATA.

PERDONENOS el lector, si por algun tiempo nos hemos olvidado de Amalia, de Ricardo y de la Chata; mas por via de reparacion hemos de consagrarles todo el presente capítulo.

Ricardo habia logrado hacer la mas fácil de todas sus conquistas, pues á la verdad no habia puesto de su parte otra cosa que haberse dejado llevar de los acontecimientos.

Lo primero que Ricardo notó en Amalia, fué esto:

Era muy franca, tenia no sabemos qué especie de ingenuidad que contrastaba de una manera original con la circunspeccion que era de esperarse en muger de cierta edad.

Tras de estas ingenuidades sorprendentes esconde la muger una tela tan complicada de peripecias, que el hombre, astuto y todo como Dios lo ha hecho, traga el cebo como cualquier salmon.

A Ricardo le cayó muy en gracia la sencillez de Amalia, y creyéndose hombre de mundo, pensó haber dado con una perlita oculta en materia de corazon.

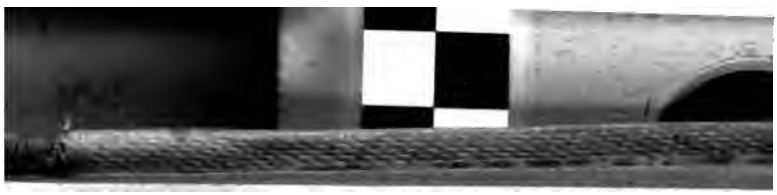
—Amalia es muy sencilla, exclamaba; ya se vé, se ha educado en el colegio de las Vizcainas y casi de allí salió para unirse con Sanchez.

Ricardo no sabia todo lo que podia caber en aquel *casi* ni en aquella sencillez.

Otras veces decia Ricardo:—Amalia es un brillante montado en estaño: el estaño es Sanchez. Y muy contento con este simil, que le parecia en extremo adecuado, se daba el parabien de haberle tocado en suerte ser el platero, que aprovechando aquella piedra preciosa, que se llamaba Amalia, le confeccionara una montadura digna de ella; en cuyo caso Ricardo modestamente resultaba de oro.

A Amalia le bastó la danza aquella para comprender que habia encontrado su media naranja.

Sabemos ya el resultado de la primera visita de Ricardo, y no habiamos vuelto á ocuparnos de él, sino en el



momento en que Sanchez lo sorprende al lado de Amalia la noche del té de Cárlos.

Veamos, por lo tanto, lo que pasó en la segunda visita de Ricardo.

Era de noche.

Amalia estaba en su terreno: la lámpara de mesa tenia encima, á guisa de velador, un verdadero kiosko de flores artificiales: la luz, por lo tanto, era dulce, á propósito para endulzarlo todo, especialmente una flor crepuscular como Amalia.

Amalia estaba vestida color de rosa; parecia una *rosa-reina:* su vestido tenia muchos olancitos como para figurar ese agrupamiento de pétalos encarrujados y oprimidos que acusan exhuberancia y feracidad, y al mismo tiempo sirven para dejar escapar el aroma del cáliz.

A falta de este, la muger recurre á Escabasse, ó á Caltaño, que en materia de perfumes acaba de recibir primores. Amalia tenia aromas del Japon, esencias, pastillas, cremas, jabones y cuantas drogas de esta especie se han inventado contra las exhudaciones y demas miserias humanas.

Amalia estaba ademas parada sobre las puntitas de los pies; lo cual, estéticamente, suprimia, en la idea al menos, no sabemos cuantas libras de peso á su humanidad.

Estaba parada sobre unos tacones terminados en punta, y que hacian el efecto de arquear el pié de Amalia al grado de dejar pasar la luz y el aire por el mas provocativo de los puentes.

Amalia vivia sobre dos paréntesis.

Así estaba esperando la segunda visita de Ricardo.

Ricardo, por su parte, estaba entrando por las horcas caudinas de la presuncion.

El rey de la creacion, es decir, el hombre, es muy curioso bajo este punto de vista.

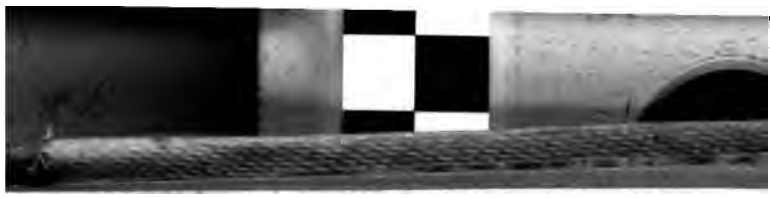
Tan luego como Ricardo se sintió enamorado, pensó mas en sí mismo; nada mas natural en el personalísimo asunto de amar y ser amado.

Ricardo frente á su espejo se pasó revista, como para medir de un golpe toda la suma de poder magnético conque pudiera contar.

Encontró suficientemente ensortijado su cabello, sedoso y peinado el bigote y bien crespas su par de patillas que en lugar de juntarse en la barba se separaban allí con el objeto de dejar visible el cuello y la corbata, que es la suprema coquetería del hombre, y despues de abrirse, traian no sabemos qué reminiscencia imperialmente aristocrática.

Ricardo estaba contento de sí mismo; Salin habia sabido pintarle un chaleco y un gaban de mucho gusto, y Minard le habia hecho unos botines que realizaban el tipo del pié mexicano; pié por el que Amalia se salia de sus casillas.

Ricardo se puso unos guantes bismark que comprimian los músculos de la mano, al grado de hacérla inverosímil: las manos de Ricardo perdian con aquellos guantes la tercera parte de su volúmen y las dos terceras de su utilidad, pero resultaban unas manos muy bonitas.



Ricardo se perfumó la boca, la ropa y el pañuelo; se puso un sobretodo color de haba, debajo del cual colocó en el cuello un pañuelo de cachemira blanco, y se dirijió á la casa de Amalia.

Amalia le sintió los pasos.

—¡Ahí esta ya! dijo para sí y se adelantó para recibirlo en la puerta.

—¡Amalia!

—¡Ricardo!

No se dieron la mano, sino las manos.

Se miraron, se sonrieron y entraron.

Ricardo se desabrigó y se sentó junto á Amalia.

—¿Ha pensado usted en mí? Amalia.

—Mucho ¿y usted?

—No tengo otra imágen en la memoria: ¿puede uno ver á usted una sola vez y olvidarla en seguida?

—Es usted muy galante.

—Ya hemos quedado, Amalia, en que somos francos, yo no sé mentir ¿me cree usted?

—Sí lo creo.

—Me ha interesado tanto la historia de usted y su situacion actual, que estoy verdaderamente preocupado.

—Por mi parte..... ¿le digo á usted lo que pienso?

—Todo, Amalia, sin callarme nada.

—Pues bien..... pienso en que hace mucho tiempo que somos amigos; le sucede á uno con personas tan simpáticas como usted, que apenas las acaba de conocer, las

cree amigos viejos; por eso me inspira usted tanta confianza.

—Gracias, Amalia, es usted un primor.

—Y me parece, continuó Amalia, que ya no estoy sola en el mundo, que ya tengo un ser que se interese por mí; que ya tengo á donde volver los ojos, que tengo un hermano.

—¿Me ama usted como hermano, Amalia?

—Sí, Ricardo; como un hermano, como un hermano muy querido.

—¿Nada mas como á hermano?

—¿Qué mas quiere usted?

—Es cierto, ¿á qué mas podria yo aspirar? pero.....

—¿Pero?

—Soy muy ambicioso y deseo que me quiera usted mas que á todo el mundo.

—No amando á nadie, bien puede ser un hermano el ser á quien mas se ame en el mundo.

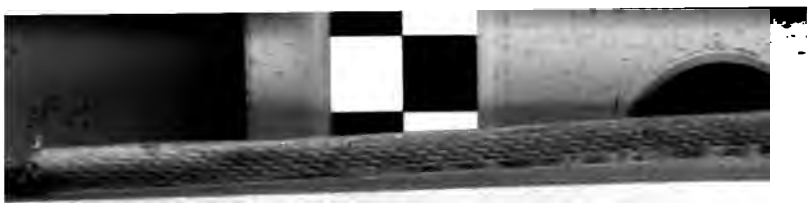
—Es cierto, pero.....tiene usted un hermano muy celoso.

—¿Celoso?

—Sí, muy celoso; celoso como Otelo, porque me atormenta pensar.....

—Esté usted tranquilo, Ricardo, bastante debe usted comprender, porque tiene usted mucho talento, que entre Sanchez y yo.....

—Hay un abismo, agregó Ricardo, pero un abismo oscuro, y sobre todo que me hace sufrir.



—¡Que quiere usted! esa es nuestra suerte y crea usted que si no tuviéramos la compensacion.....

—¿De nuestro cariño?

—Sí.

—Me moriria de pena.

—Entonces acabemos de una vez, rompamos ese falso lazo, emancípese usted.

—¡Ricardo!..... ¿y mis deberes?

—¿Y qué? siendo la base de estos deberes solo la voluntad, cuando esta cesa.....

—No obstante, Sanchez dice que somos tan casados como todos, porque no hay mas matrimonio que el de la voluntad.

—Creo que se equivoca el señor Sanchez, al menos si en sociedad la ley es todavía ley.

—Dice que nada importa la bendicion de un cura ni la farsa del registro civil.

—No pienso como el señor Sanchez; la prueba es, que si nada importa todo eso ¿á quien ocurriria para arrancarla á usted de mis brazos? El señor Sanchez cree que tiene todos sus derechos garantizados, pues lo desafio á que la separe á usted de mi lado, y supuesto que la muger es del mas fuerte, ni mas ni menos que la leona ó la loba, vámonos, Amalia, vámonos, y en teniendo un revólver debajo de la almohada, habremos encontrado nuestro registro civil de cinco balas, nuestra bendicion nupcial á la Remington, y entre sus derechos y los mios, no habrá ninguna diferencia.

—¿Y la sociedad?

—La sociedad sancionará por segunda vez, el hecho es el mismo, la sociedad la misma, la forma idéntica; tiene razon el señor Sanchez, para nada sirve la bendicion de un cura y el registro civil es una farsa; vámonos, Amalia.

—Está usted terrible.

—No: lógico.

—Loco.

—Enamorado.

—¿De veras?

—Como un bárbaro.

—¡Cuidado!

—¿Con quién? solo una cosa pudiera yo temer.

—¿Qué?

—Que usted no me ame.

—¿Duda usted?

—A veces sí: en este momemto dudo.

—¡Ingrato!

—Al contrario, si no fuera yo tan agradecido, la amaria á usted menos.

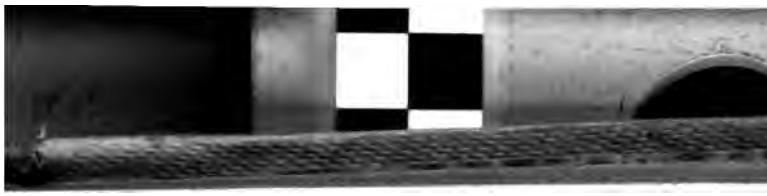
—Entonces no debe usted dudar.

—Dudo porque la amo á usted mas cada dia, y como mi amor crece, vé pequeño el de usted.

—Eso es porque me faltan las alas.

—Esas solo pueden nacer del corazon.

—¡No! no! no! exclamó de repente Amalia haciendo un guiño pueril y dando palmaditas á Ricardo en la rodilla.



Ricardo se apoderó de la mano y Amalia exclamó:

—Juicio, señor mio, juicio; no se le permiten á usted esas libertades.

Amalia sabia abusar de estas transiciones: del fondo de la mas grave de las cuestiones, descendia á la puerilidad y á la broma.

—¿Le gusta á usted mi vestido? preguntó de repente á Ricardo con el candor de una niña.

—Sí, contestó maquinalmente Ricardo.

—Ni lo ha visto usted bien, ni cuidado ha puesto; ya se vé, todo lo que tengo es tan feo!

—¡Es hermosísimo! dijo Ricardo volviendo de su distraccion, parece usted una rosa de Castilla.

—Tengo seis vestidos color de rosa.

—Usted tiene cien primaveras cada dia.

—¿Qué color le gusta á usted mas? ¿el color de rosa ó el azul?

—El color de rosa

—A mí tambien.

Ricardo estaba visiblemente contrariado; pero si no entraba de lleno al terreno de las frivolidades, Amalia tomaba por lo serio sus abstracciones y reñia. Era necesario darla gusto.

—Es muy lindo su vestido de usted, muy lindos sus pies, muy lindos sus ojos é incomparable todo lo que le pertenece, y por último, yo no puedo permanecer al lado de usted impasible, ni me puedo conformar con el papel de hermano. Mientras mas hermosa me parece usted,

me siento con menos fuerzas para luchar con una contrariedad que me está torturando horriblemente el alma; porque la amo á usted con todo mi corazon.

—¿Sabe usted que es muy sério lo que me está usted diciendo?

—Ya lo creo que es sério, y tanto, que estoy resuelto á todo.

—¿Cómo es eso?

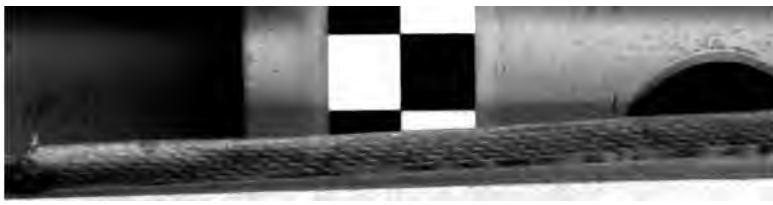
—Sí, á todo.

—¿Es posible?

—Haga usted la prueba.

—Vamos, señor loquito, señor enamorado, señor fogoso; tenga usted entendido que yo lo quiero mucho, que somos el par de amigos mas tiernos que hay bajo las estrellas.

—Entonces



merezco por ser ingenua, por decir lo que siento, por no ser hipócrita. ¿Iba usted á decir que no lo quiero, no es verdad? ¿Por qué no inventa usted de una vez que lo aborrezco? Eso es quedarse por corto y cuando se trata de abusar de la debilidad de una muger, ustedes los hombres se pintan solos para dejar á uno lo mas mal parada que pueda imaginarse.

—¡Amalia! ¿qué está usted diciendo?

—Verdades, solo verdades; ya no puede uno decirle á nadie que le tiene cariño, sin que sean interpretadas sus palabras, sin que la tengan á uno por una coqueta.

—¡Amalia! ¡Amalia! tenga usted la bondad de no continuar.

—Eso es ¿tampoco tengo el derecho de defenderme?

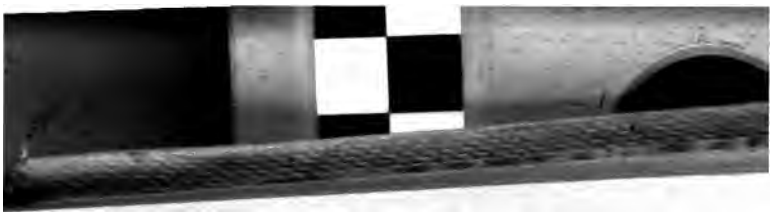
—¿De defenderse de qué?

—¿Cómo de qué? de sus ataques de usted, de sus injusticias, ¿de qué ha de ser?

—Amalia ¿me permite usted que me explique?

—Sí señor, le permito á usted todo lo que quiera, ya no hablo; le ofrezco á usted no despegar mis labios en toda la noche.

Reinó por un momento el silencio, Amalia tomó la actitud de una persona que se resigna penosamente á escuchar, y Ricardo en cuya imaginacion rodaba todavía el torbellino de las ideas de Amalia, procuraba reponerse para abordar la cuestion con mesura y aplomo; circunstancia que nos obliga á continuar esta materia en otro capítulo.



CAPITULO XXII.

EN EL QME SE VE QUE LA JAMONA SABE MAS DE LO QUE LE HAN ENSEÑADO.

¡AMALIA! exclamó solemnemente Ricardo: es indispensable que acabemos de tomar el carácter que nos sea propio, al menos para que cada cual sepa lo que le toca hacer en este caso. Cuando bailé con usted la primera danza, me volví loco.

Amalia dirigió la vista al techo.

—Le dije á usted, continuó Ricardo, que la amaba, porque..... no pude menos, porque es cierto, usted me oyó..... mas todavía.

—¿Mas? preguntó Amalia á pesar de haberse propuesto no hablar.

—Mas, Amalia: me apretó usted.....

—¿Yo?

—La mano.

—Y usted interpretó mi apreton, ¿de que manera, no me hace usted favor de decirme?

—Me pareció que con eso me manifestaba usted.....

—¿Qué?

—Que no le era yo indiferente.

—¡Ah! yo creí que iba usted á decir otra cosa.

—No, Amalia, nada mas eso. Despues me mandó usted llamar con la Chata.

—Es cierto.

—Para decirme.....

—Sí, para darle á usted una satisfaccion; para no pasar para usted por una muger desatenta; eso á mi modo de ver, no tenia nada de particular.

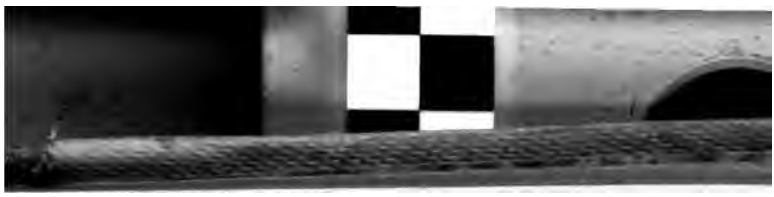
—Despues, continuó Ricardo, le volví á decir á usted que la amo.

—Y me lo ha seguido usted diciendo muchas veces.

—Porque es cierto. Usted me ha hecho muchas confidencias, entre otras que no ama usted á Sanchez y que no es su marido de usted.

—Todo lo cual, interrumpió Amalia, lo ha traducido usted de este modo: "Amalia está enamorada de mí." ¿No es verdad?

Ricardo guardó silencio, y solo preguntó con la mirada.



Amalia volvió á fijar la vista en el techo.

Exasperado Ricardo exclamó:

—Pues bien, sí es cierto; lo he creido, lo creo y le creeré siempre. ¡Usted me ama!

—¿Como amante?

—Como amante.

Amalia volvió á fijar la vista en el techo, y luego dijo:

—Vea usted, Ricardo, que figura tan rara hace la sombra del candil en el techo; parece un monstruo.

Ricardo, en vez de ver el techo, se quedó contemplando á Amalia por largo tiempo.

Hubo un silencio larguísimo, durante el cual Amalia no cambiaba de actitud, ni Ricardo tampoco.

El silencio se hacia cada vez mas embarazoso, hasta que por fin Ricardo se levantó de su asiento.

Amalia permaneció inmóbil.

Ricardo tomó su sobretodo y se lo puso con mucha lentitud, en seguida tomó su sombrero y se paró frente á Amalia.

Esta permanecia con la vista fija en la sombra del candil.

—Temo sacarla á usted de sus profundas meditaciones acerca de la forma de la sombra, y me retiro.

—Adios, Ricardo; pero vea usted, vea usted; ¡si parece un animal negro con muchos pies!

—Efectivamente, dijo Ricardo alargando la mano á Amalia, me despido de usted para no volverla á importu-

nar con mis gratuitas suposiciones, y le pido á usted mil perdones por haberme equivocado.

—No hay de que.

—Adios.

—Adios.

—¿Le es á usted indiferente que me vaya?

—No.

—¿Entonces?.....

—¡No se vaya usted!

—¿Quiere usted burlarse mas de mí?

—No.

—¿Me quedo para que hablémos formalmente?

—Como usted guste.

—¿Me ama usted?

—Sí.

—¿De veras?

—Ya se lo he dicho á usted muchas veces.

—¿Pero me ama usted?.....

—Como hermano, nada mas como hermano.

—Entonces debo retirar mi amor de quien no lo acepta tal como es; debo no volver á verla á usted jamas; puesto que su cariño está muy lejos de ser como el mio.

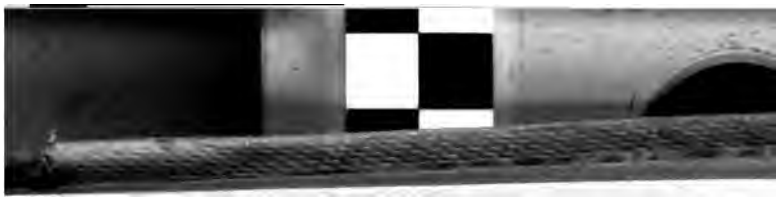
—¿Cómo es el de usted?

—¡Loco! ¡ardiente! ¡apasionado! ¡profundo!

—¿Y el mio no? preguntó Amalia con profundo sarcasmo.

—Usted lo ha dicho; me ama usted como á un hermano.

—Es cierto.



—Pues no quiero ese cariño; ó me ama usted como yo la amo, ó desaparezco para siempre. ¿Necesita usted que haga méritos? ¿que haga sacrificios? Ordene usted, mande, y no habrá nada en el mundo que no sea capaz de hacer por usted, porque la esperanza de que llegue usted á amarme tanto como yo la amo á usted, es mi vida, es mi valor, es mi poder; pero si por el contrario, mi amor creciendo cada dia se ha de estrellar contra la frialdad de usted, y no he de poder aspirar á mas recompensa que á ese cariño tibio y fraternal.....

—Entonces, interrumpió Amalia, no vuelve usted á verme; entonces se va usted y..... ¿no es esto? Quiere decir que, ó lo amo á usted por fuerza ó hacemos de cuenta que no nos hemos conocido. ¿Sabe usted, señor enamorado, que esas son dotes muy poco apreciables para quien se precia de seductor y de irresistible?

—¿Es decir que me quiere usted manso, humilde, sufrido?

—No, yo lo quiero á usted como es, y todavía no me he puesto á pensar lo que un hombre necesita hacer para que yo me enamore de él; yo no he estudiado literatura dramática, y no podria decir cuales son los resortes que un amante debe tocar para lograr conmover el corazon de una muger que, como yo..... ya lo ve usted, no es una niña; ¿ó pretende usted que le haga mi programa ni mas ni menos que si se tratara de una comedia?

—¡Amalia, me hace usted sufrir horriblemente!

—¡Lo siento!

—No la comprendo á usted.

—Tambien lo siento. Y vea usted, al principio creia yo que me habia usted comprendido perfectamente.

—Así lo creia; pero ahora.....

—Ahora lo da á usted porque tengo obligacion de apasionarme de usted, so pena de perder hasta el amigo, hasta el hermano. ¿Está usted convencido de que yo no tengo la culpa de que usted sufra, de que usted se violente, de que usted quiera cojer las estrellas con la mano y no pueda?

—¿Tan difícil así es hacerme amar de usted?

—No; yo creo que es mas fácil.

—Voy á ser humilde.

—¡Mejor!

—Ya no me voy.

—¡Mejor!

Ricardo se quitó el sobretodo y se sentó al lado de Amalia.

—¡Qué vestido tan hermoso tiene usted, Amalia!

—¿Le gusta á usted?

—¡Mucho! ¿Quién se lo hizo?

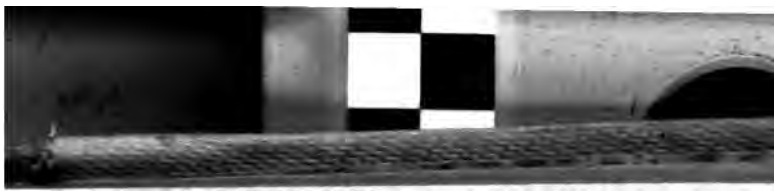
—Coralia. Mírelo usted bien.

Y Amalia se paró y anduvo algunos pasos por la sala.

—Quítele usted el velador á la lámpara, para que lo vea usted mejor.

Ricardo obedeció, y dijo:

—¡Sí; sobre que es hemosísimo! ¡yo no he visto todavia un vestido mas bien hecho! ¡Ya se ve, es el cuerpo!



¡es usted tan bien formada! las líneas de su talle son las líneas clásicas del bello ideal; ¡es usted un modelo de escultura!

—¿Verdad?

—¡Ay! y acaba de asomarse un piél ¡qué piél ¡Positivamente, no sé cómo pueden aguantar á usted esos pies de niña!

—¿Ya me vió usted los pies?

—Mas bien los adiviné, como adivina uno la dicha, la fortuna.

—¡Ay qué horror! dijo Amalia, pues lo siento; porque si viera usted qué botines me ha hecho Garau!..... es cosa que me nadan los pies.

—¡Vea usted que lástima! y si así se ven tan pequeños ¿qué será?.....

—Soy extraordinariamente cócora para calzarme; tengo calzado en una abundancia que espanta; Sanchez acaba de pagar ciento diez pesos á Garau.

Ricardo se mordió los lábios, pero exclamó:

—¡Con razon! yo pagaria doscientos.

—Tiene usted mi mismo gusto.

—Decididamente, Amalia, desde que la conocí á usted, me he persuadido de que no hay en el mundo muger mas de mi gusto que usted. Atesora usted todos los atractivos que pudiera imaginarme para formar mi bello ideal: es usted perfecta, encantadora.

Creyó por un monento Ricardo que empezaba á ganar

el terreno perdido, y que al fin habia logrado llevar la conversacion al terreno en que él la necesitaba.

—Hay en la Primavera unos abrigos primorosos, ¿no los ha visto usted?

—¿Unos abrigos?

—Sí, son muy elegantes; yo he pedido dos.

—Serán..... dijo Ricardo vacilando un poco en contestar; serán..... como todo lo de usted; de un gusto particular: apuesto á que ha elegido usted los mejores.

—Mañana los verá usted; los traen á las once; ¿viene usted á las once para verlos?

—Con mucho gusto, Amalia, aquí estaré.

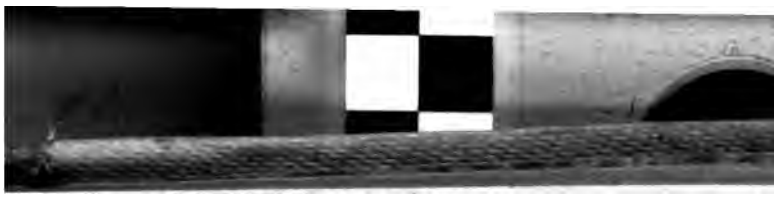
—¡Ah! cuanto se lo agradezco á usted!

Amalia dijo esto con una intencion difícil de comprenderse.

Amalia temia el final de aquella entrevista, y aún estaba cierta de que acabaria por que Ricardo se impacientara; y por lo que pudiera suceder queria ponerle anticipadamente la ocasion de anudar al dia siguiente con un pretexto frívolo cualquiera hilo que se rompiera.

Ricardo fluctuaba en un mar de dudas, y encontraba inexplicable la conducta de Amalia. Aquella volubilidad en la que tan inusitadamente pasaba Amalia del fondo de la cuestion mas árdua á la mas fútil de las niñerías; aquella mezcla de candor y de malicia, de resistencia y de coquetería, de severidad y de amor, era para Ricardo un problema intrincado que no podia resolver.

Si abordaba resueltamente la cuestion del tocador, de



los encajes y de los vestidos, Amalia sostenia la conversacion con una impasibilidad y con un aplomo tales, que parecia olvidarse completamente de que estaba hablando con un amante.

Si Ricardo entraba al fondo de las cuestiones de su amor, si expresaba su pasion, si se manifestaba resuelto á todo, se estrellaba con una resistencia sistemática, era objeto de una repulsion fria y desconsoladora; y no obstante, una sola mirada de Amalia, dirigida con una habilidad poco comun, bastaba para que Ricardo exclamara interiormente:

—¡Sí, me ama, me ama esta muger; esa mirada está rebosando de pasion; esa mirada la vende á pesar suyo; si no me amara no me veria así!.

Ricardo tenia en que apoyarse; efectivamente, las miradas de Amalia eran dardos de fuego; Amalia sabia mirar de una manera peculiar suya: una mirada de Amalia era un torrente de luz, de pasion, de sentimiento, que enloquecia á Ricardo.

Esta era una clave misteriosa que poseia Amalia, y que poseen muchas mugeres, especialmente las que, como los generales viejos, conocen á fondo todas las debilidades del enemigo.

Los ojos son una arma terrible, y en el arsenal del amor esas viejas armas tienen un puesto de honor indisputable.

Dos párpados, que como un cartabon movible, sombrean y cortan la pupila húmeda y brillante como buscando un foco, encierran tal tesoro de combinaciones, tal

mundo de causas, que parece increible; de una sola fas de esas combinaciones han resultado los Abelardo, los Romeo, los Fausto, los Rafael: las líneas de dos párpados han sido el primer renglon de todos los poemas de amor.

Solo que, á pesar de todo, existen sustanciales diferencias en ese principio.

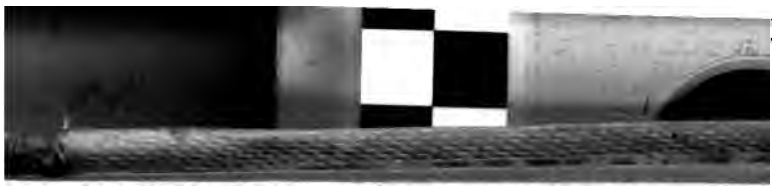
Dios puso en los ojos algo superior á la palabra y á la accion, algo que es solo del alma, porque existe una esencia tan inmaterial en nosotros, que era preciso que rebosara, que se manifestara de algun modo; y tomó la forma de luz, la forma de mirada.

La niña ingénua envia el primer efluvio de su alma en las irradiaciones de esas dos estrellitas que tienen por cielo dos pupilas negras: esas irradiaciones buscan siempre la luz de otras pupilas, porque tales son los conductores magnéticos de la atraccion sexual.

La jóven mira porque siente, y no conoce el poder de su mirada.

¡Dichosa la muger que no lo conoce nunca! La muger sigue amando y sigue mirando muy quitada de la pena, como el ave que trina sin pensar que la está oyendo un *diletante*.

Pero desde el momento en que la malicia femenil empieza por sentar la reglita de que *los ojos son las ventanas del alma* y de que las miradas son dardos, y otra porcion de cosas que les aprenden á los poetas, la muger empieza á elegir papeles en el repertorio de la comedia humana; empieza á *proveerse de miradas*, como el cazador



se provee de postas y de fulminantes en la armería; y la muger entonces entra de lleno al terreno de la jamona, que sabe ya tomar el efecto por causa eficiente y empieza el credo desde "..... *Poncio Pilatos fué crucificado,*" etc.

Entonces la jamona es el ruiseñor que trinando en la floresta estuviera pensando en la juiciosa crítica de Alfredo Bablot, ó en los profundos conocimientos musicales de Melesio Morales; entonces la muger es el zenzontle que antes de dar al viento su cantares se acordara de la llave de *do* en primera y se callára antes de atacar el *si* bemol por temor de *hacer un gallo.*

Ni mas ni menos es la jamona. Ya rica con su tesoro de esperiencia, con su almacen universal de cuentos color de amor, con su repertorio de madrigales, máximas, axiomas y recetas, se confecciona interiormente un laboratorio químico, en el que, merced á todos esos reactivos, forja dardos-miradas por el procedimiento de la galvanoplástica, y acuña sonrisas en cantidad suficiente para repartir las excedentes á las bailarinas y á los diplomáticos.

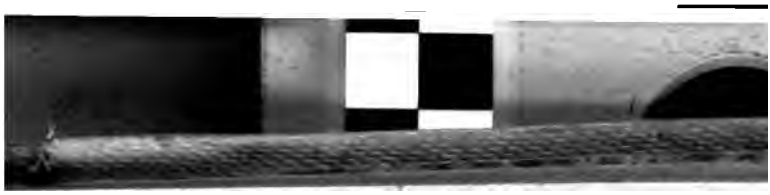
Amalia sabia hacer todo eso y muchas cosas mas; Amalia en materia de amor habia pasado de la calidad de discípula á la de sinodal.

Para Amalia el amor era un asunto: tenia, como los fabricantes, la materia prima, quiere decir, los hilos: la cuestion para Amalia estaba en saber confeccionar la tela.

¡Dichosos vosotros, varones imberbes, si encontrais corazones que os entreguen el *huso*, la madeja íntegra antes de saberla tejer, porque cuando la muger sabe tanto

como Amalia, estais expuestos á enredaros en la tela, ni mas ni menos como la mas incauta de las moscas!

Como lo habia previsto Amalia, Ricardo acabó por retirarse de pleito.



CAPITULO XXIII.

DE COMO EL ESPIRITISMO PUEDE SER UN MAGNIFICO RECURSO AMOROSO.

EL mismo dia en que Sanchez cumplia su palabra á los dependientes del almacen de Cárlos, Amalia estaba fuera de su casa en conciliábulos con la Chata, y Chona acababa de ver sobre la mesa una carta que le habian llevado.

No sabia quien la habia puesto allí, pero no se ocupó de averiguarlo ni tuvo dificultad alguna en figurarse que era de Salvador.

Efectivamente, en el sobre estaba el timbre rojo que ella conocia perfectamente.

Chona leyó lo que sigue:

"Chona:

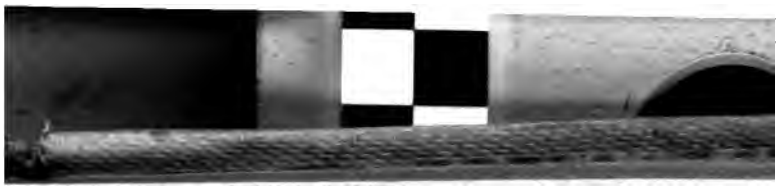
"Algo como una sombra de muerte nos separó anoche. Yo nunca habia descendido desde tan alto; y si no tuviera la esperanza de que usted haya comprendido el mal que me hizo, créalo usted, Chona, hoy me entregaria á la desesperacion.

"Hay en el fondo de la repulsa de usted, una cosa que se parece un poco á la justicia, pero no á la verdad. Cuando he podido reflexionar acerca del desden de usted, que es el único en el mundo que me ha hecho impresion, me he decidido á aceptarlo con todas sus consecuencias.

"Usted ha pensado, lo mismo que yo, en que tanto rigor fué inútil; no obstante que la honra y el deber han tenido, merced á esto, un momento de sentirse verdaderamente complacidos: razon por lo que creo que empezamos á liquidar cuentas con esas entidades morales que á mi vez respeto profundamente.

"Voy á hacer mas: sepulto solemnemente al pie del ara de esas entidades morales, hasta mi última esperanza de acariciar á usted alguna vez; renuncio formalmente á mi persona y me presento á usted de nuevo en mi calidad de incorpóreo; ¿está usted contenta?

"Lo infinito no necesita pretextos para existir y estoy



seguro de que la he de amar á usted muerto, lo mismo que vivo; prescindo totalmente de la forma y el alma de usted es mi alma, ya se esconda en el cuerpo de usted ó se desprenda de él."

—¡Salvador está loco! exclamó, Chona y suspendiendo la lectura se quedó profundamente pensativa.

"No me preocupa ninguna traba humana, siguió leyendo Chona, nuestro amor no es mas que un principio aparente: nos hemos amado antes, y la revelacion manifiesta de habernos encontrado en el mundo, no es mas que un eslabon de nuestra vida perenne.

"Aquí en la tierra está usted custodiada por dos espíritus que la preocupan y á quienes cree usted que les pertenece moralmente: uno es Cárlos, y otro es el sacerdote con quien ha pensado usted consultar mi amor."

—Salvador adivina, pensó Chona.

"Me complazco en proporcionarle á usted la satisfaccion de que les dé gusto: ame usted á su marido y obedezca á su confesor; lejos de oponerme á esto, sanciono sus resoluciones; cumpla usted su mision con esos señores.

"Esta carta debe preceder á mi visita porque es mi fianza. La adoro á usted, Chona; dentro de poco lo va á oir usted de mis labios."

Así terminaba la carta.

Chona al acabarla de leer, sintió que su imaginacion se perdia en un mundo desconocido, mundo del que le hablaba Salvador con una seguridad que la espantaba; y to-

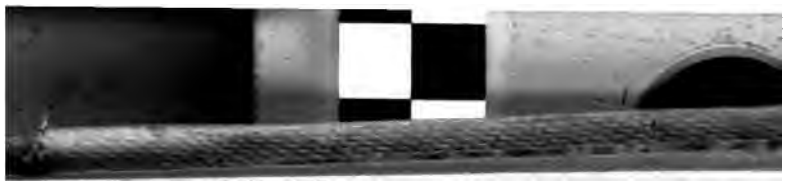
mando las ideas de Chona cierta forma de supersticion, sentia á la vez la curiosidad mas viva por descifrar aquellos misterios.

—¿Será capaz Salvador, pensaba Chona, de haberse dejado impresionar por el espiritismo y estará perdiendo la cabeza, ó lo que me dice es el resultado de una mistificacion real y positiva? Para creerlo loco, debo tener en cuenta su sensatez, su juicio, su esperiencia, y por otra parte, lo que me dice tiene no sé que carácter de una verdad que si me espanta, no por eso dejo de sentirla dentro de mí misma.

Conozco á mi pesar que hay en Salvador algo superior que me domina; me siento á merced de su influencia y vacilo, temo..... tiemblo..... y me horroriza pensar que mi recurso, mi gran esperanza, mi fuerte egida..... el sacerdote..... pudiera ser débil. Salvador lo contempla pequeño, no le impone, como si contara con algo superior á todas las trabas de este mundo.

Volvió Chona á leer la carta y en seguida exclamó:

—¡Bueno! esta carta revela mas cabeza que corazon; yo le temo á su amor, pero no á su filosofía; que siga siendo filósofo y yo seguiré siendo fuerte; finjiré que lo creo, obraré con astucia y tendré siempre espedita la retirada: él me hace concesiones, yo tambien voy á hacérselas y si siendo así que la resistencia exacerba el cariño, en no habiéndola, acabamos por ser indiferentes; eso sí, acepto de lleno la garantía que me ofrece su fianza: en estos



límites todo será espiritual y nada tendré que reprocharme.

Estoy deseando ardientemente la llegada de Salvador: hoy nuestra sesion va á estar muy divertida y sobre todo voy á reirme mucho con su mentido espiritismo; ¡tiene unas cosas Salvador!

Poco tiempo tuvo que esperar Chona, pues antes de la hora de costumbre, se presentó Salvador.

—Chona ..... dijo al entrar, dándole á esta palabra el acento de saludo y de pregunta á la vez.

—¡Salvador! dijo Chona tendiéndole la mano.

—¿La mano sí? preguntó Salvador sin tomarla.

—¿Qué?

—¿Me propone usted una transaccion?

—Quiere decir que usted se habia propuesto.....

—Ser espíritu.

—Pues hagamos de cuenta que los espíritus se dan la mano.

—Bueno, la acepto con todo mi corazon, exclamó Salvador, estrechando la mano de Chona, mas como hombre que como espíritu.

Se sentaron en su rincon.

El amor tiene un modo localizado de ser.

Las golondrinas tienen una cornisa favorita: en todo el tiempo de sus amores y de la incubacion, se paran en el mismo sitio.

Los enamorados tienen siempre su cornisa, solo que el

hombre sabe forrarla de terciopelo y de brocatel y ponerle resortes y otras cosas muelles.

Salvador y Chona ocupaban invariablemente, Salvador el sofá y Chona el sillon del lado derecho.

Allí estaban bien: los resortes del sofá sentian á Salvador y estaban mas dóciles que sus compañeros de la izquierda.

El taburete de la derecha conocia los piés de Chona: habia dos taburetes iguales, pero Chona no dejaba que le cambiasen el suyo, que conocia, no sabemos por qué.

La luz de los balcones heria el rostro de Salvador, mientras que Chona quedaba contra la luz, dando la cara á un magnífico grabado que representaba á Daniel respetado por los leones.

—Vamos á ver, dijo Salvador, ¿qué le ha parecido á usted mi carta?

—Muy rara.

—¿Por qué?

—Por el espiritismo.

—El espiritismo es muy raro en sí, como lo son todas las verdades que han dormido muchos siglos en el abismo de la ignorancia humana.

—La fé de usted me cae en gracia.

—Y la incredulidad de usted me deleita.

—¿No le impacienta á usted?

—No, al contrario, y estamos por lo tanto en muy buen terreno.

—¿Quiere decir que me permite usted todas mis armas para combatirlo?

—Todas.

—¿Hasta la risa?

—Hasta la risa; usted se rie de una manera que me encanta.

—¿Ya empezamos?

—Positivamente, usted sabe reirse, y para tener un ejemplar de la risa de usted, no hay mas fotógrafo que el amor.

Chona no se rió.

—Tiene otra particularidad la risa de usted y es, que siempre viene despues de un momento en que se pone usted muy séria.

Chona se rió.

—¿Ya lo ve usted? dijo Salvador riéndose tambien.

—¡Todo lo ve usted! exclamó Chona.

—¿Por qué será?

Chona no pudo contestar mas que con una mirada.

—Volvamos á mi carta.

—Volvamos á la carta.

—Se reduce á esto: á que me diga usted que me ama.

—¿Traduccion libre? preguntó Chona.

—Literal, contestó al punto Salvador; ¿hacemos la traduccion?

—Sí, porque va á ser curiosa; al menos si ha de quedar probado que es literal.

—Una vez aceptada mi fianza, contestó Salvador, quedan á salvo todos los escrúpulos de conciencia.

—¿Todos?

—Sí, porque la dejo á usted vivir en su mundo, obedeciendo todos sus caprichos.

—¿Cuáles son esos caprichos?

—La fidelidad, el deber, la paz doméstica.

—Esas son leyes muy severas, no caprichos.

—Sean leyes severas; la dejo á usted bajo su influencia y bajo su proteccion; es usted libre aquí abajo.

—¡Qué raro es todo eso!

—¿Cree usted que el alma es inmortal?

—Seguramente.

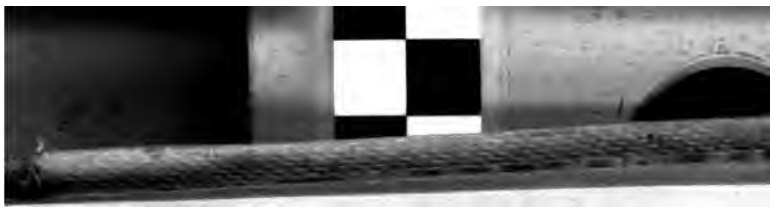
—Lo que no sabe usted es esto: que su alma de usted y la mia, han existido antes de venir al mundo.

—¡Eso sí no lo comprendo!

—Yo sí; hay mas, lo sé.

—¡Eso es mucho!

—Pues hay mas todavía: lo siento en mí de una manera palpable, mi espíritu está pasando por una trasformacion; la he encontrado á usted en el mundo para que me revelara mi existencia anterior y para que me haga pensar en la futura; hasta hoy he estado siendo una negacion, quiero decir, no me habia dado cuenta de mí mismo, y he empleado mi vida en vivir: antes de conocer á usted me hacia temblar la muerte, y pensaba que el fin de mi vida, mi mismo *yo* pasaria á la otra perdiéndose... en un infinito desconocido y terrible; pero hoy, Chona,



hoy está empezando mi regeneracion espiritual, porque al ponerse mi alma en relacion con la de usted, he sentido á mi libertadora, ofreciéndome el crisol de un amor imposible en el mundo, pero necesario para nuestra eternidad.

—¡Me va usted á volver loca!

—No lo temo; lo que podria temer es que se volviera usted ciega; pero poco á poco irá usted acostumbrándose á la luz, hasta ver el sol de la verdad frente á frente.

—Sí, ante todo, cuide usted de mis ojos, porque me son muy útiles.

—Le aseguro á usted que cada dia verá mejor; y luego agregó Salvador uniendo el hilo de su discurso: mi alma hubiera permanecido vacia si no hubiera conocido á usted, y esto, que es sin duda una frase de estampilla, y que acaso no habrá enamorado en el mundo que no la haya dicho, encierra, no obstante, una inexorable verdad y es esta: amo por la primera vez en mi vida.

Chona se rió.

—Usted, continuó Salvador, no es la continuacion de mi vida anterior, sino el principio de la eterna; todas las mugeres que me han amado, han tomado de mí la parte de mi sér transitorio en mi estado de negacion, que concluyó antes de conocer á usted.

—Debo recordar á usted que nos conocemos hace mucho tiempo, y antes.....

—Antes no nos amábamos, es cierto; estaba yo acabando mi periodo; era yo otro, por eso estaba triste y has-

tiado, no me quedaba nada por saber, en la copa de mis placeres no quedaba ya ni una gota; ¿se acuerda usted de la licorera?

—Sí.

—Allí estaba mi copa seca, por eso no quise llenarla de nuevo; habia acabado todo, todo; y quedó solo mi espíritu enlazado al espíritu de usted para siempre.

—Sobre que le digo á usted que me voy á volver loca!

—No haga usted ningun esfuerzo por comprenderme; dice usted que le divierten mis extravagancias; búrlese usted, supuesto que le he dejado ese derecho.

Hubo una larga pausa.

—No puede usted reirse y lo desea; me felicito por este síntoma, que me revela la fuerza de mis razones.

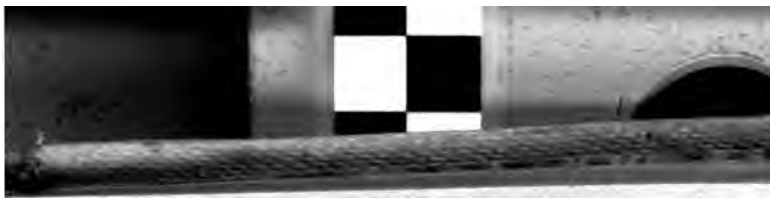
—No me rio, porque la locura de usted es del género sublime y empieza por pasmarme. ¿Cómo supo usted que he pensado consultar esto á mi confesor?

—Porque le ha espantado á usted la palabra espiritismo y empieza usted á escandalizarse.

—No me he decidido á tomarlo á pechos, y lo sigo á usted solo con la imaginacion; por lo demas, me considero bastante dueña de mí misma.

—Tiene usted razon, tanto mas cuanto que yo la ayudaré á usted en todo; he ofrecido respetar cuanto á usted pertenezca.

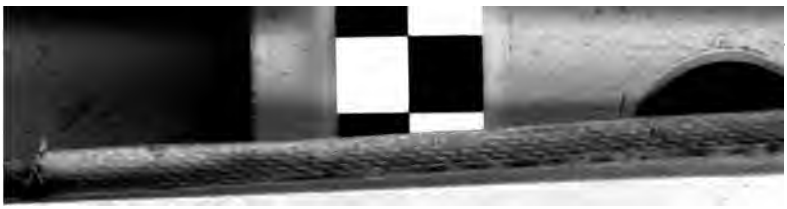
—Estoy segura de que ningun amante ofrecerá otro tanto.



—Es cierto, y esa es una señal de que empieza usted á comprenderme, y de esta manera acabará usted por amarme como yo la amo.

—Supuesto que usted cree, Salvador, que la cuestion consiste solo en el camino que se elija, debo decirle á usted que para mí no es el medio sino el resultado lo que me espanta; yo no debo amar á usted, porque cometeria un crímen; no debo entregarle mi corazon, porque no me pertenece, y cualquiera que sean los argumentos de que usted se valga, y por sutiles y poderosas que sean las razones que pretenda usted darme, de todos modos hemos de venir á dar al punto de donde debo huir á toda costa; yo debo sacrificar mi amor y mi vida, si es necesario, al cumplimiento de mi deber.

Esta conversacion, como las anteriores, fué interrumpida por haber sonado la hora en el reloj, hora que anunciaba la llegada de Cárlos.



CAPITULO XXIV.

EN EL TIVOLI DEL ELISEO.

A PESAR de todas las reticencias de Amalia y de su falsa reserva con respecto á Ricardo, la mañana en que salió de su casa despues de la embriaguez de Sanchez, fuese en derechura á ver á la Chata.

—Chata de mis ojos, le dijo al entrar, tú eres mi paño de lágrimas.

—¡Ave María Purísima! Amalia, qué mala idea me da tu visita! ¿Qué te ha sucedido?

—Tronamos.

—¿Cómo?

—Ni mas ni menos.

—¿Pues qué.....

—Figúrate que llegó Sanchez..... ya sabes.

—¿Borracho?

—Como una uva.

—No me digas mas; por mis negros pecados me ha tocado verlo así algunas ocasiones, y te compadezco!

—Pues bien, vamos á lo que importa, dijo Amalia bajando la voz. ¿Has hablado con Ricardo?

—Sí.

—Y qué?

—Te quiere.

—Pero entendámonos, Chata, á mí no me basta saber que me quiere..... así como tú me lo dices.

—¿Pues cómo?

—Mira; yo necesito saber.....pero fíjate bien en esto, *necesito* saber hasta que punto me ama Ricardo, hasta que punto es hombre de resoluciones y en fin..... si en último caso puedo contar con él.

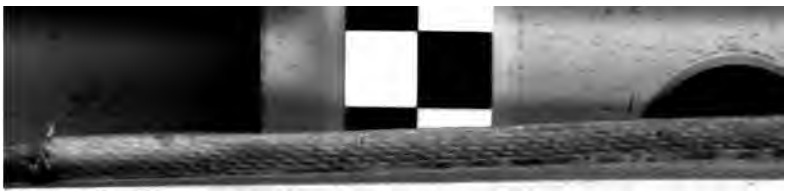
—¿Para qué?

—¡Anda! Chata! para que ha de ser? no ves que ya no es posible vivir con Sanchez?

—Pero salvo ese maldito vicio, por lo demas no debes quejarte.

—Estás hoy muy candorosa, Chata de mi alma: escúchame: motivos no me faltan, especialmente con respecto á él: figúrate que sé.....

—¿Qué, muger?



—Lo de la americana.

—¿Y ya se lo dijiste?

—Tengo mi plan.

—Piénsalo bien.

—En fin, te diré la parte mas grave del asunto.

—¿A ver?

—Sanchez está arruinado.

—Ya lo sé.

—Un dia de estos nos quedamos en un petate; y ya verás que no teniendo yo la culpa de ese despilfarro, no debo soportar las consecuencias; pero á la vez no quiero dar un golpe en falso y por eso te pregunto si Ricardo será hombre de resoluciones y si puedo descansar en él.

—Mira, Amalia, eso es muy grave, y no me atreveré á aconsejarte resueltamente: lo que es Ricardo, es hombre de posibles, ya lo ves cómo gasta y con qué lujo se viste: yo no sé cuales serán sus recursos, pero él pasa por hombre rico: en cuanto á que te ame, el me ha dicho muchas veces tantas cosas de tí, que he llegado á creer que está verdaderamente enamorado. Vamos á ver, me ocurre un plan que nos servirá para explorar el terreno.

—Veamos tu plan: necesitas lucirte en esta ocasion, porque la cosa es grave.

—Pues mira, provocaremos una conferencia.

—¿Los tres?

—Los tres.

—¿Y dónde?

—Déjame á mí.

La Chata llamó á una criada y le dijo:

—Vas á la calle de San Juan de Letran y le dices á Jacinto Rodriguez, de mi parte, que me mande el coche cerrado del otro dia, el de los frisones tordillos.

La criada salió.

—¿Qué vas á hacer? preguntó Amalia.

—Ya sabes que soy muger de expedientes.

—¿Pero adónde vamos?

—Del lugar no has de quejarte.

—¡Ah! ya sé, al Tívoli.

—Sí.

—¡Qué mala eres!

—¿Porqué?

—Como Ricardo es poeta, vas á poner la escena en un jardin.

—Si fuera en una noche de luna respondia del éxito.

—¿No te digo que eres mala?

—¿Por qué? yo no hago mas que preparar las situaciones.

—Debías haber sido novelista.

—Ya se ve que sí, escribiría tu historia y la mia; pero no tengas cuidado, que aun cuando yo no escriba tengo quien lo haga.

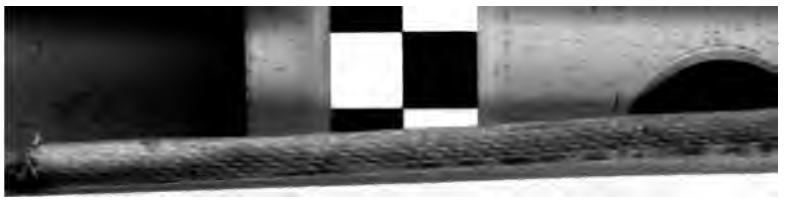
—¿Quién?

—Un buen amigo mio.

—¿Cómo se llama?

—Facundo.

—¡Dios nos asista, Chata de mi alma! mira que tú y yo



estamos que ni pintadas para salir á danzar en la *Linterna mágica.*

—Pues el dia que quieras te presento á Facundo, le cuentas tu historia y le das facultades; verás como en seguida nos dedica un libro.

—Bueno, ya veremos eso; vamos á lo que importa y ya que tú vas á dirigir la escena, dime ¿qué es lo que yo debo hacer?

—¿Tú? llorar.

—Pero si no tengo ganas!

—¿Quieres una cebolla?

—¿Es preciso llorar?

—Sí, indispensablemente.

—Pues dame la cebolla.

La Chata desapareció por un momento y en seguida volvió trayendo en un plato una cebolla y un cuchillo.

—No tienes remedio, Chata de mis pecados, eres la mas mala que yo he visto.

—Vamos, date prisa.

—¿Y si me huele?

—¡No! te lavas las manos con mi jabon.

—¡Ay! qué sacrificio! se me van á poner los ojos de bruja.

—Al contrario, si vieras que te sienta llorar.

—¿Es posible?

—Cuando lloras, me gustan mas tus ojos.

—¡Ah! entonces salgo ganando de todos modos.

Y partiendo Amalia la cebolla, se la aplicó á los ojos lo bastante para producirse una ligera inflamacion.

Algun tiempo despues llegó la criada.

—Me tardé, dijo al entrar, porque no estaba allí el señor Rodriguez, pero ahí está el coche.

Amalia y la Chata se dirigieron al Tívoli del Eliseo.

Hay ciertos parajes públicos, lo mas secreto que se conoce en materia de citas.

El Tívoli del Eliseo estaba solo. Al traves de aquellas callecitas que caracolean en torno de los cenadores circulares, se deslizaron Amalia y la Chata y apenas un criado las vió por los interstícios de las enredaderas. La Chata dejó instalada á Amalia en un cenador, salió del Tívoli y volvió á montar en el coche.

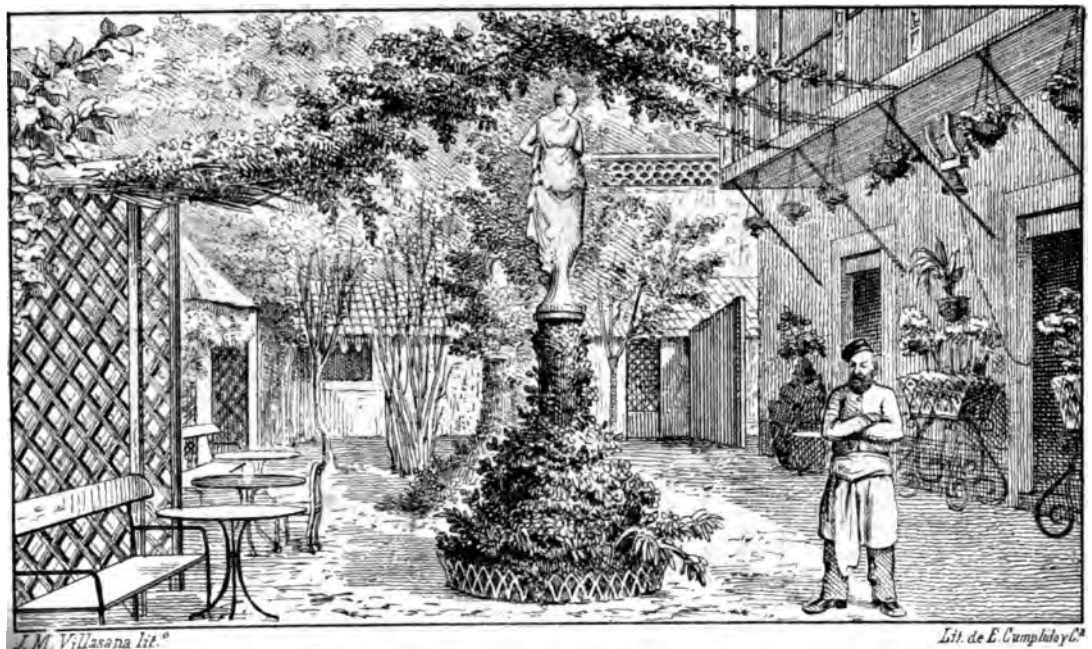
Media hora despues volvía acompañada de Ricardo, solo que en esta vez, no se paró el coche á la puerta del Puente de Alvarado, sino en la calzada del Paseo de Bucareli.

La Chata guió á Ricardo á un cenador.

—¿Con que es cierto? exclamaba Ricardo, ¡qué hombre! ¡Dios mio! ¡qué hombre! ¡Pobre Amalia!

—Y mas que usted no sabe, y que no hay para qué se lo cuente; sobre que la pobrecita ha vivido mártir, pues como usted conoció muy bien desde un principio, de semejante union no podia resultar nada bueno; pero qué quiere usted, las mugeres somos tontas para elegir y siempre vamos á dar con lo peor.

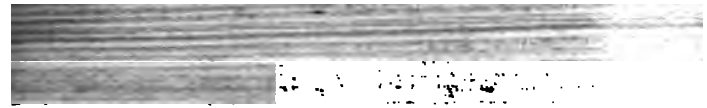
—¿Y dice usted que Amalia se ha salido de su casa?

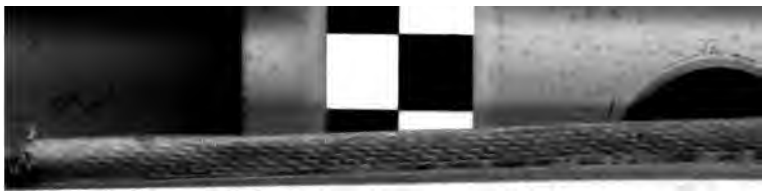


J. M. Villasana lit.º

Lit. de E. Cumplido y Cª

Tivoli del Eliseo.





—Sí señor, qué habia de hacer la pobre?

—¿Pero á dónde habrá ido?

—Por lo pronto yo sé donde está, pero lo que me aflije es el porvenir de esta desgraciada.

—En cuanto á eso, dijo Ricardo con aire de gran señor, aquí estoy yo: conozco mis deberes y supuesto que he tenido una parte tan directa en este rompimiento, á mí me toca darle á Amalia una compensacion; yo no soy rico, pero no importa; ¿quién piensa en el dinero cuando hay deberes de honor que cumplir? Sin dilacion, Chata, sin dilacion; vamos á ver á Amalia, quiero tranquilizarla, quiero probarle que..... vamos, vamos!

—Piénselo usted bien, Ricardo.

—¿Cómo pensarlo! ¿acaso necesito consultar con nadie mis asuntos?

—No: pero tal vez un acaloramiento será causa de que despues.....

—¡Qué disparate! jamas me arrepentiré.

—Figúrese usted que la pobrecita que tanto ha llorado, en medio de sus lágrimas en lo que mas pensaba era en usted.

—¿En mí?

—Sí: pero para que no supiera usted nada.....

—¡Ah! qué alma tan noble tiene Amalia! exclamó Ricardo enterneciéndose.

—Usted era su ir y venir, y me decia: Chata, por Dios que no sepa nada Ricardo! mira que él es muy caballero

y muy noble y si sabe el predicamento en que me encuentro, es capaz de sacrificarse por mí.

—Y cómo que sí.

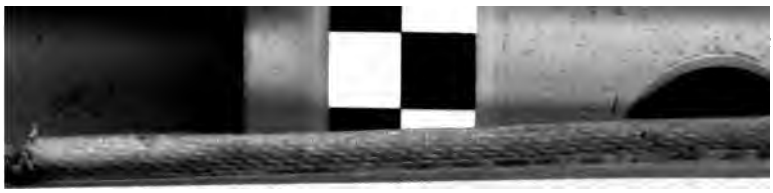
—Y yo no quiero eso, decia Amalia (continuó la Chata), no quiero que jamas haga Ricardo por mí lo que tal vez no ha pensado; no, Chata de mi vida, que nada sepa Ricardo; veré donde me voy, me volveré á encerrar en el colegio, si es necesario, pero que él no se sacrifique por mí, ni se encuentre tal vez en un compromiso.

—¿Todo eso dijo?

—Todo eso; si no tiene usted una idea de como lo quiere.

—Vamos á ver á Amalia, dígame usted, en donde está, dijo Ricardo en tono suplicante.

—Figúrese usted, dijo la Chata, que por lo pronto....



tenido tiempo sobrado de prepararse y habia estado observándolo todo desde su escondite.

—¡Amalia! dijo Ricardo abriendo los brazos.

—¡Ricardo! dijo Amalia arrojándose á ellos y reclinando la frente en el pecho de Ricardo.

—Hubo el silencio propio del *tableu*; silencio durante el cual la Chata finjió enjugarse una lágrima, de manera que lo pudiera notar Ricardo.

—¡Vamos! dijo éste ¿qué lágrimas son esas? no señor, nada de llorar, hoy es dia de felicidad, de alegría, de..... ¡mozo! nada, nada, aquí estoy yo y que ruede el mundo; ¡mozo!..... Soy el mas feliz de los hombres; Chata, deme usted un abrazo, es usted mi madrina, á usted se lo debo todo, ¿no es verdad Amalia?

—¡Ay! es tan buena amiga la Chata!

—¡Mozo! volvió á gritar Ricardo.

El criado se presentó.

—¡Comida para tres! ¿tomaremos Sauterne? ¿ó prefieren ustedes el tinto?

—¿Pero para qué se va usted á meter en..... dijo la Chata.

—¿Qué apetito vamos á tener con esta afliccion?

—Los duelos con pan son menos; conque ¿Sauterne?

La Chata y Amalia no contestaban.

—Trae Sauterne y Borgoña; dicen ustedes que no tienen apetito; ¡mira! agregó llamando al criado, tres copas cognac y curaçao ¡vuela!

—Pero..... murmuró Amalia, esto es una calaverada!

—Que quieren ustedes, hijas mias, esta es la vida; yo por eso me la paso bien; en todas partes soy muy filósofo y recibo las cosas como vienen; no hay por qué afligirse, y lo que es yo me he propuesto ahorrarme todos los disgustos posibles; hagan ustedes lo mismo y no se arrepentirán de haber seguido mis consejos: ¡qué mas dá! vamos, el mundo es grande y yo les garantizo á ustedes que nos vamos á pasar una vida de ángeles ¡ya verán! ¡ya verán!

Vamos, aquí están las copas, ustedes curaçao, y yo cognac; pero mira, agregó dirigiéndose al criado, trae las botellas.

El criado dejó las copas y voló á traer una botella de cognac y otra de curaçao y las destapó en el acto.

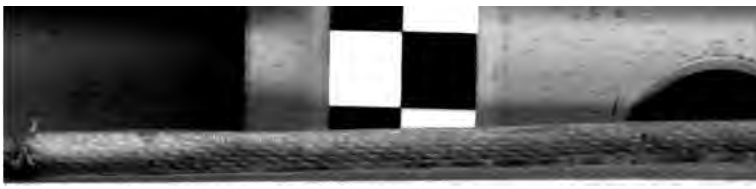
—A la salud de ustedes, por nuestra futura felicidad! Vamos, Amalia, no hay que asustarse por tan poco ó creeré que ha perdido usted algo saliendo del poder de un hombre que... no quiero hablar señor, no quiero hablar; por que me he propuesto que hoy sea dia solo de placer; con que..... á la salud de ustedes!

La Chata y Amalia besaron sus copas.

—¡Pero qué es esto! ¡traicion! ¡esto es una traicion! ¡qué se diria de semejante desacato! no señor ¡hasta verte, Jesus mio! ¿saben ustedes el orígen de esta frase? ya se los explicaré cuando tenga seis copas en la cabeza. Conque.... hasta arriba.

—Pues por mi ahijado, dijo la Chata y bebió su copa.

—Por usted, dijo Amalia y bebió la suya.



—¿Por usted? preguntó Ricardo, pues ahora vamos á beber esta otra..... «*por tí.*»

Y llenó las copas.

—Pero..... se atrevió á murmurar Amalia refiriéndose á la segunda copa.

—¡Amalia! exclamó la Chata en tono de reconvencion, y le dió la copa.

—¿Por quién? preguntó Ricardo.

—¡Por..... por tí! dijo Amalia sabiéndose poner colorada.

—¡Muy bien! dijo la Chata en son de aplauso.

Ricardo bebió, se limpió los labios, tomó la mano de Amalia y la dió un beso.

La Chata fué entonces la que se supo poner colorada.

Amalia bajó los ojos.

Ricardo la miró y pensó.

No sabemos qué pensaria Ricardo.

El criado habia ya puesto la mesa.

—Mira, chico, le dijo Ricardo al criado, te recomiendo que nos traigas *huevos á la polaca.*

—Está muy bien, señor.

—Y..... será bueno un poco de *pollo á la Marengo.*

—Sí señor.

—¡Oh! si hubiera *mondongo á la lionesa* seria yo el mas feliz de los hombres; verán ustedes que platillo: ¿hay *mondongo á la lionesa?*

—Voy á preguntar.

—Vé, hombre, vé á preguntar si hay *mondogo á la lionesa*.

El criado voló.

—Pues señor, creo que no vamos á almorzar muy mal.

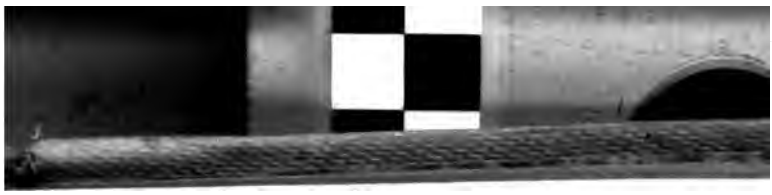
—Al contrario, dijo la Chata, ¡cómo habiamos de almorzar mal en el Tívoli!

—Esta es mi vida: aquí donde ustedes me ven, no hay semana que no tenga aquí dos ó tres convivialidades.

—¡Dichoso usted! dijo la Chata.

—Pero no hay cuidado, contestó Ricardo, ya de hoy en adelante mis convivialidades serán á tres; voy á abandonar á todos mis comensales y que busquen anfitrion, porque lo que es yo me incrusto entre este par de encantadoras beldades y ni se vuelve á hablar de mí en México.

—¡Qué buen humor tiene siempre Ricardo! ¿no te lo decia yo, Amalia?



—Yo.

—Usted es una Chata sin pasar de ahí, pero tan encantadora, que es usted el tipo de la buena amiga, de la hermana, de la madrina, de la.....de todo lo que hay de mas hechicero sobre la tierra.

—¡Pues está usted galante!

—No, expansivo; hablo con el corazon y al aire libre.

El criado trajó los huevos á la polaca y comenzó el almuerzo.

Amalia se proponia comer poco, y la Chata mucho, porque la Chata era de buen diente.

—Acaba los huevos, vida mia.

—¡Es mucho!

—¿No te gustan?

—Están deliciosos, dijo la Chata saboreándose.

Amalia siguió tomando los huevos.

—¡Ah! bien; ahora..... *petit poison á la crême;* ¡oh! ¡esto es selecto!

Ricardo tomó un pedacito de pescado de su plato y lo ofreció á Amalia, poniéndoselo muy cerca de la boca; Amalia iba á tomar el tenedor, pero Ricardo le dió á entender con una mirada que deseaba otra cosa.

—¡Anda, niña! dijo la Chata en cierto tono de reconvencion cariñosa, como si hubiera querido decirle: ¡Qué chambona eres!

Amalia abrió la boca.

—¡Gracias! le dijo Ricardo, me haces feliz. ¿No te encelarás si le ofrezco una sopita de cariño á la Chata?

—¡Encelarme! yo no soy celosa.

Ricardo dió á la Chata, en la boca, otro pedacito de pescado.

Aquel platillo estuvo mejor que el primero.

—¡Oh! ¡esto es soberbio! dijo Ricardo viendo el tercer platillo. Vea usted, madrina.

—¿Qué es eso?

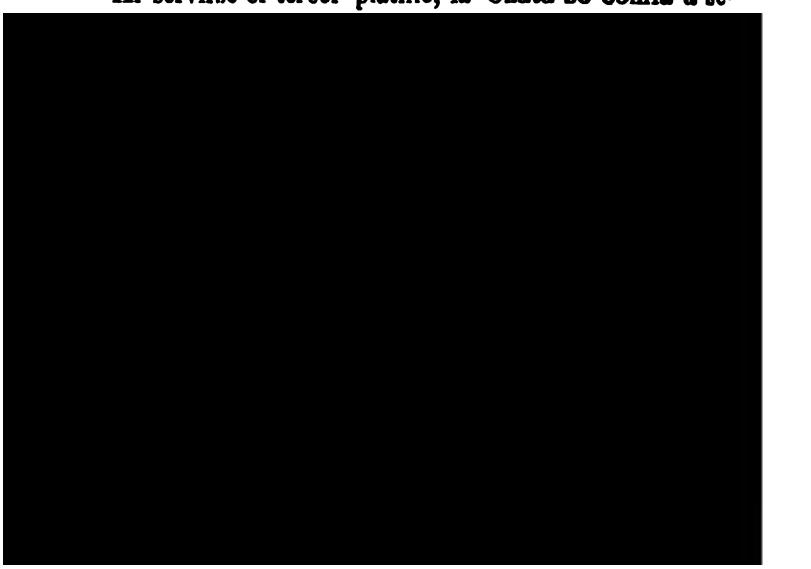
—Esto es *jamon York lazañas al Málaga*; pero antes tomarémos.

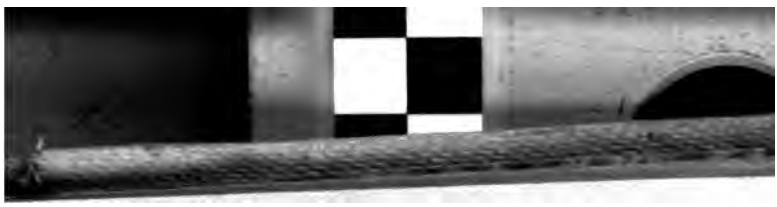
Y sirvió Sauterne en las copas.

Chocáronse las tres, y se agotaron con delicia.

Amalia empezaba á olvidar sus proyectos de comer poco.

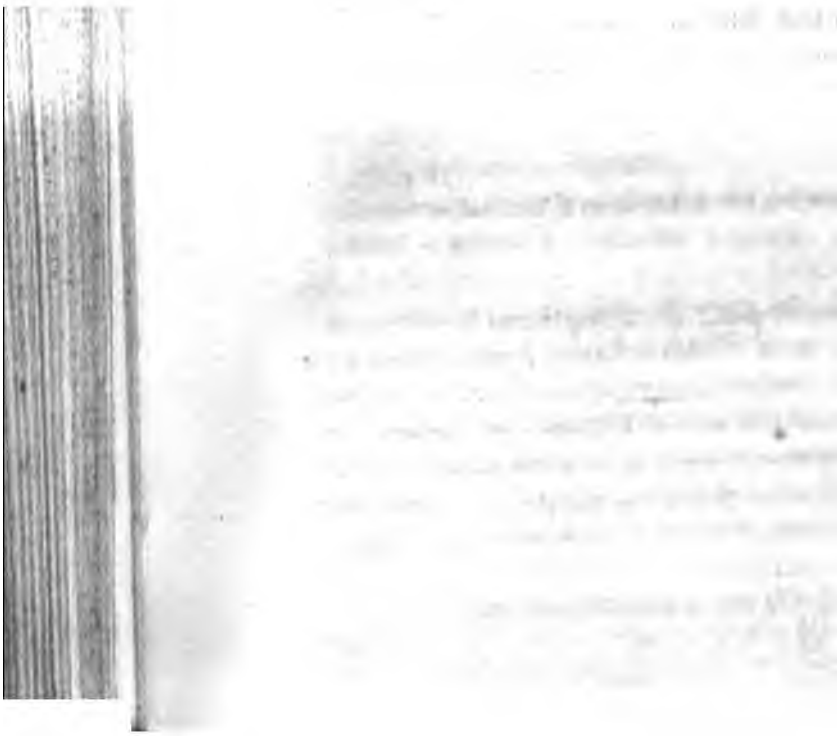
Al servirse el tercer platillo, la Chata se comia á se-

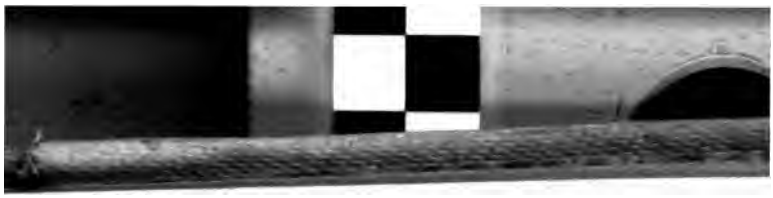




—¡Con razon, si es delicioso! dijo la Chata, lamiéndose los labios, despues de haber apurado su copa.

Debemos confesar, en obsequio de la verdad, que Ricardo fué el mas amable de los anfitriones; y que supo hacer los honores de la mesa de tal manera, que logró hacer aquel el mas delicioso almuerzo á tres, de que pueden hacer mencion los cenadores del Tívoli del Elíseo.





CAPITULO XXV.

Á LOS POSTRES.

Lo parece sino que el género humano ha nacido para regodearse, y que Lúculo es el único que ha dado en el item.

La felicidad rebosaba por todos los poros de los tres personajes del cenador.

Ricardo estaba rubicundo, respirando vida; estaba inspirado, respirando *esprit;* estaba tierno respirando amor.

Amalia respiraba tambien, y en aquella respiracion tenia, no poca parte, la cebolla aquella.

¿Y la Chata? ¿cómo no habia de respirar la Chata? aquella era su obra; era ademas la madrina, por lo tanto respiraba satisfaccion y otra porcion de cosas.

Todos respiraban.

Siempre se respira á la hora del Champagne. Ricardo, con permiso de las señoras, habia alargado los correones del chaleco y del pantalon.

La Chata y Amalia sufrian, á pesar de su depósito de viandas, la presion tiránica del corsé.

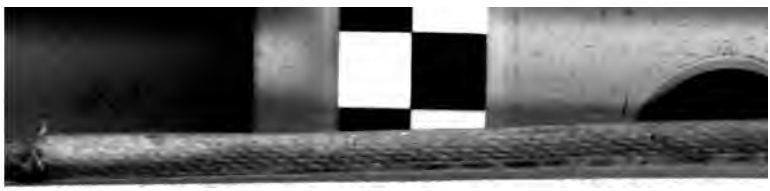
Esta presion estaba produciendo en el pecho de Amalia cierto movimiento compasado, como el del lago que se siente acariciado por una brisa que va refrescando poco á poco.

Tenia Amalia descubierto un pedacito de garganta, que como una península se adelantaba en la region pectoral que estaba teniendo entonces esas ondulaciones de que hemos hablado.

A guisa de faro, tenia Amalia en la costa de la península, quiere decir, en el punto donde se cerraba el vestido, un prendedor de oro, que estaba llevando á la vista de Ricardo el compas del corazon de Amalia.

La Chata, aunque no era hombre ni nada, estaba observando aquella ondulacion del prendedor con cierto arrobamiento.

La Chata era muy observativa.



Las sillas de Ricardo y de Amalia formaban ya casi un solo asiento.

Y á pesar de la perspicacia de la Chata, se le pasaban por alto algunas frases que Amalia y Ricardo se decian muy bajito.

Por supuesto, que aquel torrente de felicidad inopinado, habia aumentado las atmósferas del amor aquel, á un grado temible para un maquinista.

Ricardo y el Champagne lograron poner los asuntos bajo su verdadero punto de vista filosófico y edificante.

—El mundo, decia Ricardo, es patrimonio de los atrevidos; hemos llegado á una época de realismo tal, que, á no dudarlo, he encontrado la razon de por qué no nací antes: esta es mi época.

Vivo para mí, cumpliendo mi mision de darme gusto; no hay mas ley que la de la atraccion universal; el sacudimiento de las sociedades va poniendo las cosas en su verdadero lugar; va armonizándolo todo, y en esta sucesion de movimientos, nos tocó por fin á tí y á mí, Amalia mia, juntarnos para morir así: la teoría de las medias naranjas, por mas que sea vieja, es buena como el vino: queda de todo esto una cosa por resolver: Sanchez.

Sanchez cuidó de escriturar sus casas; pero no le pareció que debia hacer lo mismo con su muger, y supuesto que en el matrimonio no *valen papeles*, como dice la chinaca, beato el que posee, no necesitamos Amalia y yo, mas intervencion que la que necesitan las golondrinas.

—¿Y yo? reclamó la Chata.

—¡Es cierto! ¡evidente! no necesitamos mas que á mi madrina, cuya mision sobre la tierra es la de un ángel de paz.—Chata, usted debe aprender á volar un dia de estos.

La Chata y Amalia celebraron la gracia.

—Ya me parece que te veo volando con puff.

—¡No me digas! y con castaña de rizos, por supuesto.

—Naturalmente, dijo Ricardo, los ángeles tienen cabelleras de una propiedad y elegancia irreprochables. Pues como decia, queda Sanchez: le espero.

—¿Y si lo desafia á usted? preguntó la Chata.

—Resuelve él mismo la cuestion de la manera mas satisfactoria que pueda imaginarse.

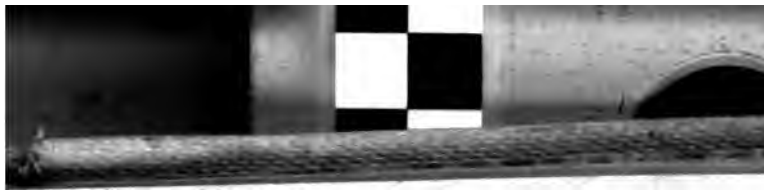
—¿Por qué?

—Supongamos que viene Sanchez, que pregunta por mí, que nos saludamos como dos buenos amigos, que le ofrezco asiento, que se sienta, que no sabe por donde empezar, y que se decide á concluir y que me pregunta:—¿En donde está mi muger?

¡Hé aquí el epígrama por excelencia! Colocad esa pregunta en el mas grave, en el mas encopetado de los personajes antiguos y contemporáneos, y os hará soltar la carcajada; pues bien, supongamos que Sanchez me espeta su sambenito á guisa de inocente pregunta.

—¿Y qué le contesta usted, vamos ha ver? dijo la Chata, poniéndose de codos sobre la mesa.

—Le contesto:—¿Usted me pregunta por su muger? —No sabia que se le habia perdido á usted.—¿Y cómo ha sido ello?



—¡Qué barbaridad!

—¡Nada de eso! ¡qué lógica! Cuénteme usted eso, señor Sanchez; entonces mi hombre ¿me cuenta ó no me cuenta? ¿se enfurece ó se calma? ¿qué quiere usted que suceda, Chata?

—Supóngaselo usted furioso.

—Entonces le manifiesto que tengo el tímpano auditivo muy delicado, por cuya circunstancia le suplico nombre las personas que deban entenderse con mis padrinos.

—¿Y se bate usted con Sanchez?

—No; porque Sanchez no se batirá conmigo.

—¿Por qué?

—Porque el señor Sanchez reflexionará en que de todos modos pierde. Por mi parte apuesto un almuerzo con vino del Rhin para veinte personas, á que le convierto en una escuadra inmóbil su brazo derecho por todo el tiempo que piense vivir en este mundo; yo sé romper cierto hueso infaliblemente; de veinte tiros, diez y nueve.

—¡Pobre Sanchez! exclamó la Chata figurándoselo manco y viudo.

—En todo caso la cuestion no es la de encontrar á su muger, sino una bala.

—¡Ay, qué horror! ¡ni lo permita Dios!

—No lo permitirá, no se aflijan ustedes; Sanchez se consolará por medio de otros procedimientos; es hombre tambien afecto á las compensaciones; de manera que, si ustedes no lo tienen ó mal démosle perpetua sepultura á Sanchez dentro de esta copa de Champagne.

Y, sirviendo tres copas, propuso un brindis. Amalia y la Chata esperaron copa en mano.

—Aquí yace un aficionado al matrimonio, á quien se le olvidó el cura y la ley. ¡Qué Dios tenga piedad del alma del finado!

—¡Amén! dijo la Chata y apuró su copa.

—Amalia se ha creido dispensada de tomar la suya, dijo Ricardo picado.

—Es que.....

—Todavía es tiempo, y en todo caso ni aún el tiempo hemos perdido; pues almorzar era preciso.

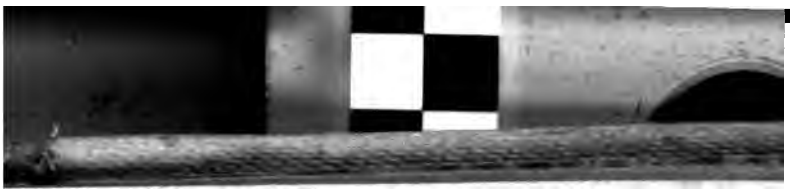
—¡Amalia! dijo la Chata en tono de súplica.

Amalia bebió haciéndose cierto esfuerzo.

Despues del almuerzo y la alegría, nuestros tres personajes tuvieron que ocuparse seriamente en realizar aquella sustitucion; paso que á la verdad no era de los mas sencillos; pero afortunadamente estaba allí la Chata, y para la Chata no habia nunca dificultades.

Propuso que de allí se trasladasen los tres á Tacubaya, donde de tres casas que habia desocupadas, se podia tomar una sin dificultad en la misma tarde.

La Chata apoyó su proposicion con una elocuencia digna de un diputado oposicionista: dijo que el campo era lo mas á propósito para una situacion semejante y que allí estaría bien guardada Amalia, y que de todo lo demas la Chata misma se encargaba: fué, en fin, tan bien combinado el plan de la Chata, que Ricardo y Amalia no se atre



vieron á hacer ninguna objecion, y no tuvieron mas que esperar los trenes á la salida del Tívoli.

Solo que entonces Amalia y Ricardo fueron los que montaron en un wagon, y la Chata regresó en el coche á la ciudad.

Ya hemos dicho que la Chata era muy previsora, de manera que antes de separarse de Amalia le pidió sus llaves.

La Chata hizo creer en la casa de Amalia que esta no iria por aquella noche, por estar en ocupaciones con ella con motivo de su cumpleaños, que iba á celebrarse en esos dias; y nadie extrañó que la Chata abriera los roperos de Amalia y remitiera á su casa algunos bultos.

En el último viaje de los trenes, la Chata estaba en Tacubaya al lado de Ricardo y de Amalia, quienes habian pasado la tarde en un jardin.

La Chata lo habia previsto todo, y aún habia tenido tiempo de enviar algunos muebles de su casa y lo mas indispensable por lo pronto.

Pizarro, el criado de confianza de Sanchez, sabia que éste no habia de dormir en la casa aquella noche, y así sucedió en efecto; á eso de las doce, en la asistencia no se encontrában mas personas que D. Aristeo y doña Felipa.

—No se canse usted, D. Aristeo, algo gordo está pasando aquí; hoy ha sido un dia fecundo en acontecimientos; esta ida de Amalia no me gusta; me pareció ademas notar no sé que aire de disimulo en la Chata, y cierta precipitacion que me dió muy mala espina.

—¡Es posible!

—Ni mas ni menos.

—Entonces usted sabe algo.

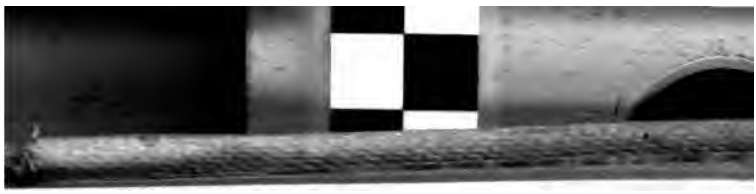
—¡Ya lo creo, y mucho! Y sobre todo a
ted le interesa extraordinariamente.

—¡A ver, á ver, D. Aristeo! cuénteme uste
sepa, pues yo como siempre soy muger de
plorable que guardan los negocios de mi co

—Pues bien, doña Felipa, ya usted sabe

—Todos se lo hemos dicho; por consejos
do; pero ya sabe usted que el bueno de mi h
una cabeza que parece de piedra. ¿Y qué,
inmediato?

—¡Vaya! la cosa tiene que tronar en es
una manera que yo no sé lo que va á sucede
do, todo se le complica al pobre de mi com
he visto situacion mas comprometida que la
parte se le cumplen unas libranzas, y tendrá
provablemente las dos fincas; por otra part
rece que sabe ya lo de... lo de esa muger de



—¿Ha cedido usted por fin?

—¿Qué quiere usted, doña Felipa? este es un deber de amistad; ya sabe usted que por mí no hubiera cedido nunca; pero mi compadre está en una situacion en la que seria un cargo de conciencia no auxiliarlo, y me parece que con eso y los trescientos pesos de la.....

—¡Eso, señor D. Aristeo, eso!..... los trescientos pesos de mis ojos, que cada vez que los oigo mentar me parece que los gasto yo; y vea usted de ahí ha provenido toda la ruina de mi hermano! ¡Ah! si usted lograra quitarle de la cabeza ese capricho.....

—Ya se lo he manifestado, le he probado hasta la evidencia que mientras no presinda de ese gasto tan fuerte, no tiene mas que esperar que la miseria, y eso despues de un golpe de los mas formidables.

—El cielo se lo ha de dar á usted de gloria, D. Aristeo, haga usted esa buena obra y verá usted.....

—Sí, sí; ya estoy viendo como..... eso sí, yo creo salirme con la mia ¡Pues no faltaba mas! ya verá usted, ya verá usted! ¡Si toda la lástima es que no sea yo jóven!

—¿Por qué?

—¡Cómo por qué! porque lo primero que hacia yo era enamorarle á la cocota.

—¿Pues no dicen que esa muger no entiende de amor?

—Ya se vé que no entiende, pero en fin, agregando al personal algun dinero.

—Eso es lo peor, Don Aristeo, que usted no sea rico; por que á serlo, se podia hacer el sacrificio de ofrecerle

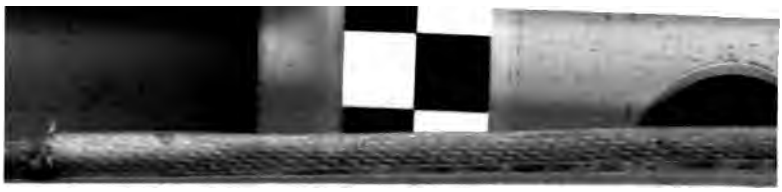
el doble á esa muger venal, que al fin, como es americana, se dejaria seducir muy fácilmente con el brillo del oro.

—Pero..... no hay que pensar en eso, doña Felipa, pues ya ve usted que ni mi edad, ni mis recursos, ni nada, podrian hacer el contrapeso que se busca.

—Tiene usted razon.

—Pero no obstante, yo no quito el dedo del renglon y verá usted como siempre algo se consigue.

Don Aristeo y doña Felipa estuvieron hasta muy tarde en la asistencia, dándoles á los asuntos de Sanchez mas vueltas que á un asador!



CAPITULO XXVI.

LA TRIBULACION DE SANCHEZ.

SANCHEZ entró á su casa á las ocho de la mañana del dia siguiente, y venia abrumado de malestar y de tedio.

La luz de aquel dia, habia brillado siniestra ante sus ojos, y la realidad de su situacion pesaba sobre su alma como una carga insoportable.

La [illegible] de su reciente vigilia habia agotado en su alma [illegible] aspiraciones y de deseos que pres[illegible] esperanza; el mundo se des[illegible] todo encanto y la perenne ame-

naza de su ruina le trazaba triste, desierta, la senda de su porvenir.

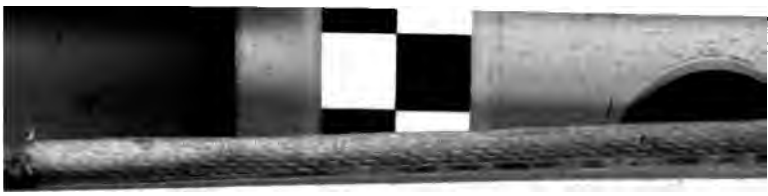
Sanchez habia adquirido en aquellos momentos cierto poder de fantasía, cierta lucidez de ideas que no eran comunes en él: no parecia sino que relajadas sus fuerzas físicas, abandonaba su cuerpo á su precisa reaccion y todas sus facultades morales estaban como bajo el influjo de una exacerbacion febril.

Sanchez despues de una larga y silenciosa concentracion, exclamó sin sentirlo.

—¿Qué horrible es ver claro!

Efectivamente, Sanchez estaba viendo claramente su inevitable ruina, y al volver los ojos al hogar doméstico, al buscar ese consuelo de la confidencia familiar y de las mútuas intimidades, encontraba su casa vacía; y allí, donde creia encontrar una compensacion, estaba el embrollo y la guerra doméstica: reo del delito de infidelidad, sufria la pena del talion, considerándo á Amalia próxima á abandonarlo y á las gentes que lo rodeaban recelosas y hurañas, esperando el fin de aquel estado de cosas, efímero y delesnable; leia en cada semblante la desconfianza, en doña Felipa una reserva extraña; en su compadre un ojo penetrante que le adivinaba á su pesar todo lo que Sanchez pensaba; en sus criados veia acreedores pasivos, pero en cuyo semblante leia Sanchez aquella mañana precisamente un secreto reproche y un disgusto mal disimulado.

En un momento iba á ver desaparecer el conjunto de



apariencias de rico que le rodeaban, para convertirse tal vez en reo entregado al desprecio de las gentes y al poder de los tribunales.

Hacia dias que Sanchez habia tocado á varias puertas, que habia recurrido á ciertos amigos de cuya amistad y poder no debia dudar, y uno á uno, con diversos pretestos y de distintos modos se habian escusado, haciéndole perder una por una todas sus esperanzas.

El abogado encargado de algunos de los asuntos de Sanchez, no tenia ya por su parte ninguna fé en prolongar la situacion; la fuerza de inercia estaba agotada, la transitología judicial recorrida, los plazos al vencerse y todo en fin, auguraba que Sanchez bajaria en breve de su falso pedestal para ser entregado al desprecio público.

Un mundo de reflexiones acudia á la imaginacion de Sanchez, y agobiado con sus propios pensamientos, habia permanecido mas de una hora y media sentado en un sillon y sin cuidarse de nada de lo que inmediatamente le rodeaba.

D. Aristeo, interesado como estaba en ponerse al tanto de los asuntos de la casa, hacia tambien largo rato que habia aparecido á la puerta de la pieza en que estaba Sanchez, pero al verlo tan abstraido, Don Aristeo prefirió guardar silencio.

Un profundo suspiro se escapó del pecho de Sanchez y como si temiera que aquella verdadera expresion de su estado moral fuese sorprendida por algun importuno, vol-

vió la cara en torno suyo, para cerciorarse de que estaba solo, cuando vió á Don Aristeo casi frente á él.

Sanchez se extremeció, como el culpable cojido infraganti y procurando reponerse exclamó:

—¡Ah! ¿es usted, compadre?

—Sí; venía á saber si ha habido novedad.

—No: ninguna, dijó Sanchez haciendo un esfuerzo para aparentar serenidad y en seguida agregó:

—¿Ha venido alguien á buscarme?

—Los de siempre, contestó tranquilamente Don Aristeo.

—Bórreme usted de todos los periódicos, ya no quiera periódicos, no he leibo uno solo, están muy insulsos, todos dicen una misma cosa.

—Bueno, contestó Don Aristeo.

—¿Y Amalia?

—¿Amalia? bien, no ha habido.....

—Quisiera hablar con ella.

—¿Ahora?

—Ahora.

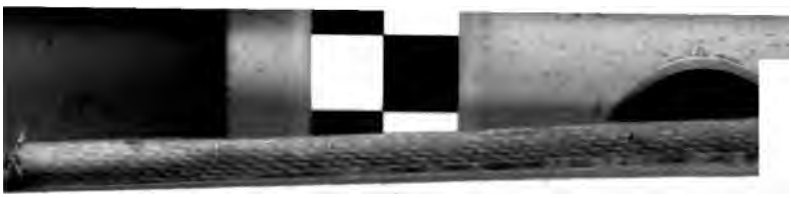
—Vea usted, compadre, hoy parece que está usted mal dispuesto, despues del reciente disgusto y de.....

—Es, que estoy decidido á tomar una determinacion.

—Ya veo que eso es indispensable; pero si á usted le parece empezaremos por lo que mas importa.

—¿Y á qué asunto le da usted la preferencia, compadre?

—¡Cómo á cual! al de la finca de Oaxaca; vea usted que mientras mas tiempo se pase.....



—Bien; pero ya sabe usted que la dificultad es el dinero; ya sabe usted que yo no puedo disponer por lo pronto de un centavo.

—Suprimiendo algo.....

—¿Algo? ¿qué quiere usted que suprima?

—Podia usted hacer un ahorro de trescientos pesos.

—¡Ah! dijo Sanchez, ¡ya, ya sé adonde vamos á parar!

—Ya verá usted, añadió D. Aristeo, que eso lo consilia todo; me da usted trescientos pesos en señal de trato, y tiramos en seguida la escritura en la que cedo á usted todos mis derechos y acciones.

Don Aristeo y Sanchez se engolfaron en el intrincado negocio de la casa de Oaxaca, cuyos pormenores ofrecen poco interes para el lector; y despues de haber hablado mucho, Sanchez se decidió á presindir de la cocota, sacrificándola en aras de sus necesidades.

Don Aristeo no pudo contener una exclamacion de júbilo, al pensar que con aquellos trescientos pesos iba á sustituir á Sanchez en su papel de gran señor al lado de la muger mas encantadora que habia visto en su vida.

Iba D. Aristeo á suspender aquí su entrevista, una vez que habia conseguido su objeto, pero Sanchez le obligó á continuar, haciendo recaer la conversacion sobre Amalia.

—Compadre, yo no queria decir nada y aún creo que no será nada tampoco; pero Amalia.....

—Amalia, ¿qué?

—Amalia no está en casa.

—La verdad, no.

—¿Adónde fué?

—Dicen que á la casa de la Chata.

—¿No durmió aquí anoche?

—No, no, compadre; anoche no durmió.....

Sanchez montó en ira; se puso hecho un energúmeno, pateó y se propuso armar un escándalo; mandó llamar á doña Felipa á fin de que buscara á Amalia en la casa de la Chata.

—Yo creo que todo eso es inútil, dijo doña Felipa; á mí nadie me quita de la cabeza que Amalia se ha ido con intencion de no volver mas; la Chata ha estado aquí y se llevó algunos bultos de ropa y no sé cuantas cosas mas.

—¿Y tú lo has permitido?

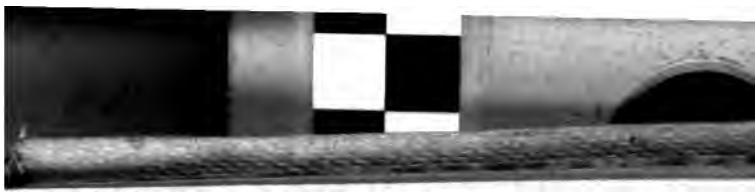
—Qué habia yo de hacer; ya sabes que no me gusta meterme con Amalia, y debido á esa prudencia hemos podido estar en paz; pero digo lo que me parece, porque ya sabes que todo lo observo.

—Esto no se puede quedar así, compadre, voy á dar pasos; voy á ver al gobernador, á la policía, y á todo el mundo.

—Poco á poco, compadre; es necesario tener mucha prudencia en estos asuntos.

—¡Prudencia cuando le juegan á uno las barbas! ¡Prudencia cuando esta muger por quien tanto me he sacrificado se va de mi lado sin decir una palabra!

—Razon de mas para suponer, dijo D. Aristeo, que acaso no se haya marchado para no volver, porque lo que es ayer ha mandado avisar que no se le esperase; y la pru-



dencia aconseja esperar. ¿No le parece á usted bien, compadre?

—Sea por ahora; pero si se pasa el dia.....

—Ya veremos, compadre, ya veremos.

Al oir las once Sanchez pensó en la oficina, y como era dia de quincena, se apresuró para salir de su casa; aunque en materia de quincenas cada una que pasaba era un suplicio para Sanchez viéndola pasar á ageno poder.

No bien hubo salido Sanchez, D. Aristeo se puso al tocador y volvió á engalanarse como el dia en que fué á visitar á la cocota.

—¡Cómo, señor D. Aristeo! ¿estámos de tiros largos?

—Tengo que hacer en los juzgados, contestó D. Aristeo, quien tenia ya estudiada su respuesta. Por fin se ha conseguido algo; parece que mi compadre se decide á hacer la economía de los trescientos pesos.

—¡Bueno, bueno! exclamó doña Felipa; y quiera Dios que las cosas se compongan, señor D. Aristeo.

No necesitamos decir hácia donde encaminaba sus pasos D. Aristeo.

Al llegar al número 8 de la calle en que vivia Ketty, encontró D. Aristeo al vagamundo, como si lo estuviera esperando.

—¡Buenos dias, señor!

—Buenos dias, contestó maquinalmente D. Aristeo.

—¿No se le ha olvidado á usted el número?

—¿Qué número?

—El 3.

—¡Ah! ¿eres tú, pillastre? Toma y ve por donde no hagas daño.

—¡Ah! ¡qué señor! dijo el muchacho tomando la propina que le dió D. Aristeo, y echando á correr á lo largo de la calle.

Don Aristeo subió y se hizo anunciar.

—¡Mi buen amigo! dijo Ketty al recibirlo.

Don Aristeo, á pesar de haberse preparado lo bastante para arrostrar con la emocion de aquel momento, estaba temblando.

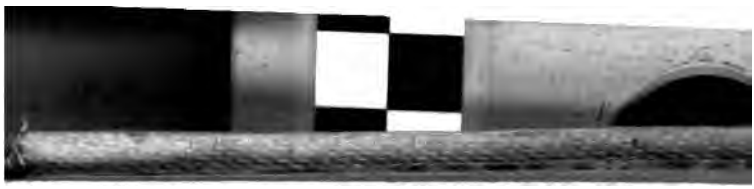
Cuando se sentó aún le sumbaban los oidos, y la idea de que al entrar allí iba á alcanzar la mas tentadora de las dichas que habia soñado, lo embargaba completamete, al grado que por un largo rato no pudo desplegar los labios.

Para Ketty, aquella emocion de D. Aristeo equivalia á una salva de aplausos, y se lisonjeaba su vanidad de muger, á pesar de la triste figura y los años de D. Aristeo, pensando en que su hermosura era la causa de la revolucion que se operaba en su visitante.

—No debe usted extrañar, dijo al fin D. Aristeo, que me encuentre tan vivamente impresionado en presencia de usted; digo impresionado para expresar..... Usted comprende bien el castellano, ¿no es verdad?

—Sí señor, un poco.

Don Aristeo, que habia hablado en su vida muy pocas veces con extrangeros, pensaba lo que todas las personas



que solo conocen su idioma; le parecia que Ketty no lo entendia perfectamente; se figuraba que tal vez sus mas bellas construcciones gramaticales y sus mejores frases, ¡ban á ser palabras al viento, por no estar al alcance de Ketty.

Don Aristeo deseó de todo corazon saber ingles ó frances, ó el idioma que conociera Ketty mas á fondo, pues deseaba aprovechar todas su ideas para inspirarle interes y cariño á Ketty por medio de su elocuencia.

—Desde el momento en que usted tuvo la amabilidad de recibirme, manifestándome generosamente que un hombre como yo podia hacerse amar, me abrió usted la puerta de la esperanza, mas.....

—¿Cuál puerta, señor?

—Quiero decir, me inspiró usted una esperanza, tal vez la mas risueña de mi vida.

—¡Ah! sí señor, usted debe tener esperanzas en sus minas de usted; las minas dan mucho dinero. ¿Y van bien las minas, señor?

—Perfectamente, exclamó Don Aristeo, hoy debo recibir dinero de las minas, mucho dinero, mucho *mones*, se atrevió á decir el viejo para darle á su idea mas realce y pensó: así está bueno, esto es un golpe certero; sus ojos se han animado y hasta ha sonreido cuando dije *mones*.

—¡Oh! bien, muy bien, dijo Ketty!

—Y dígame usted, señorita, ¿supuesto que tengo minas, me será permitido preguntar á usted.....

—¡Oh! sí, puede usted preguntarme.

—Decia yo..... preguntar á usted si podria yo..... en fin, conseguir que usted me ame.

—Usted lo sabe, señor..... yo no puedo decir.....

—Porque, oiga usted..... creo que Sanchez.....

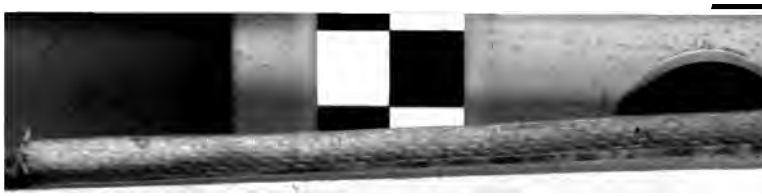
—¡Oh! Sanchez! Sanchez! dijo Ketty con cierto enfado, Sanchez tiene malos negocios y no hace pagos este mes; Sanchez no sabe cumplir.

—¿Quiere decir que no volverá á visitar á usted?

—Sí señor, Sanchez puede venir, pero el señor Sanches no es amigo mio, yo lo recibiré como un otro cualquiera.

Aquello era cuanto Don Aristeo necesitaba para ser feliz y solo pensaba que el tiempo era precioso y que no debia sino emplearlo convenientemente.

Apresuró su despedida proponiéndose volver cuanto antes para fijar definitivamente su posicion con respecto á Ketty.



CAPITULO XXVII.

SIGUE LA TRIBULACION DE SANCHEZ Y EMPIEZA LA DE DOÑA ZEFERINA.

MUY poco tiempo tardó Sanchez en convencerse de que Amalia lo habia abandonado y por primera vez en su vida sintió todo el horror de los celos y toda la rabia de la impotencia.

Ya habia combinado no sabemos cuantos infernales planes de venganza, cuando recibió una carta de Amalia, concebida en estos términos:

"Sanchez.

"Todo ha concluido entre nosotros: será inútil cuanto se haga porque vuelva al lado de usted: porque mi

resolucion es irrevocable; resuelta á todo, espero impasible cuanto pueda sobrevenirme. Doy á usted las gracias por no haber querido nunca legalizar nuestra union, pues esto seria hoy un lazo que tendria que respetar á pesar mio. Sea usted feliz y adios para siempre."

"Amalia."

Estaba reservado á Sanchez este momento para conocer todo lo que amaba á Amalia, y sentia la mas amarga desazon al considerarse abandonado sin remedio.

Conoció que de todos los golpes que le esperaban, este sin duda era el que lo afectaba mas profundamente, y se entregó al mas íntimo y amargo dolor.

Don Aristeo lo encontró llorando.

—¡Compadre! exclamó al verlo entrar, soy muy desgraciado.

Don Aristeo se encogió de hombros, pero se sentó á su lado.

—Vamos á ver, compadre, ¿porqué se aflije usted de ese modo?

—Porque no puedo conformarme con lo que me pasa, y quiero tentar todos los medios antes de tomar una resolucion desesperada.

—¿Pues qué es lo que quiere usted hacer?

—En primer lugar, averiguar dónde está Amalia y luego, que usted, compadre, la vea, ofreciéndole que le daré garantías de paz y seguridades para el porvenir; pue-

de usted hacerle patente que con respecto á Ketty, no hay nada ya, y aun pudiera usted hacerle creer que he dado este paso por conciliar la tranquilidad doméstica.

—Está bien, compadre, haré todo lo que usted me ordene y veremos si consigo algo favorable.

—Y sobre todo, antes que se sepa; figúrese usted, compadre, qué papel haré diciendo que Amalia me ha abandonado; y luego, en momentos en que mis negocios andan mal: ofrézcale usted, compadre, cuanto quiera, y pase usted á mi nombre por todo, consiga usted que tengamos una conferencia.

—Pero..... piénselo usted bien, compadre: el paso que ha dado Amalia, es de tal naturaleza, que en mi concepto no debia usted promover un avenimiento.

—Si solo atendiera á mi dignidad ultrajada, seria así; pero hay algo superior á todo, y es, que la amo: compadre, la amo sin que yo mismo haya podido darme cuenta de lo inmenso de este amor, sino hasta el momento de perderlo.

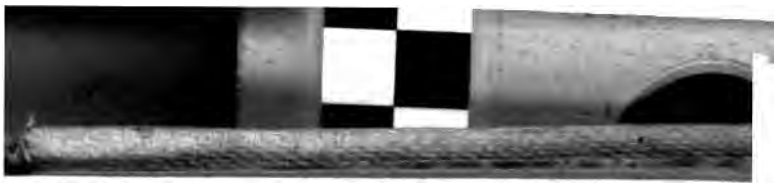
—En todo caso, dijo Don Aristeo, mi opinion es, que no debe hacerse nada precipitadamente, ni tomar resolucion alguna en estos momentos de efervescencia y de ceguedad: yo le ofrezco á usted solemnemente averiguar como están las cosas y le daré á usted cuantas noticias sean conducentes, para que en vista de ellas tome usted su resolucion, y que en todo caso, ésta sea bien meditada y prudente.

Mucho trabajo costó á Don Aristeo hacer desistir á

Sanchez de sus proyectos, y solo despues de una larga y acalorada discusion, logró que aceptara sus consejos de manejarse con prudencia, para lo cual se pusieron de acuerdo los dos compadres en que, á reserva de averiguar el paradero de Amalia, y las circunstancias de su fuga, se corriera la voz de que, de acuerdo con la familia, estaba mudando temperamento en Tacubaya ó en cualquiera de los pueblos de los alrededores de la capital.

Esta reserva que á Sanchez y á Don Aristeo les pareció de fácil salida, fué de todo punto imposible tratándose de doña Felipa, de doña Anita y sobre todo, de doña Zeferina, quien no tardó en presentarse á la hora del chocolate, muy atribulada por supuesto, y llena de aficcion por aquel ruidoso acontecimiento.

—Ahogándome, Felipita, ahogándome; pero ya sabes



doña Juanita, como usted lo oye, mi alma; y se habrá usted quedado de una pieza como yo me quedé. Y positivamente me quede como si me hubieran echado encima un jarro de agua fria; pero considerando como estaria usted, me vine en el momento, haciendo hasta la grosería de dejarles el chocolate en el cuerpo, porque ya lo habian mandado hacer.

Doña Zeferina no se hubiera perdonado nunca tomar resuello antes de concluir su parlamento con el pedimento del chocolate; pero redondeado ya su discurso con aquel incidente esencial, esperó tranquila á que doña Felipa tomara la palabra.

—Pues ya debe usted figurarse como estaré, doña Zeferina, porque de esta hecha, adios casa, adios comodidades, adios todo; ¡solo Dios sabe lo que nos espera!

—¿Y qué se fué sola doña Amalia?

—Eso es lo que no hemos podido averiguar todavía.

—La cosa no tiene mucho que pensarse, crealo usted, doña Felipita; nosotras nunca nos vamos solas. ¿Venia D. Ricardo todas las noches? pues con D. Ricardo se fué; no hay que dudarlo.

—Sí; pero eso no pasa de una suposicion.

—Ya se ve que es una suposicion; ¡ni como me habia yo de atrever á asegurarlo ni á darlo por hecho! pero en fin, de algo le han de servir á uno los años que ha vivido y las cosas que ha visto.

—¡Por de contado!

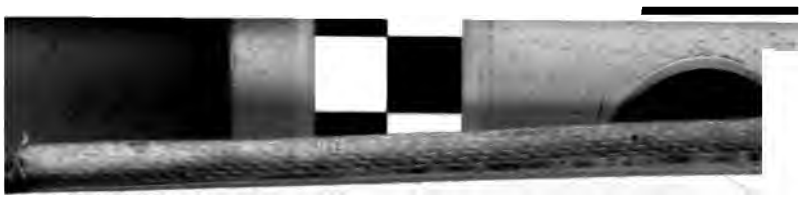
—Y el pobrecito de su hermano de usted ¿qué tal estará, muy apesadumbrado? ¿ó no?

—Está que no tiene consuelo.

—¡Vea usted! pues yo no lo hubiera creido; ya sabe usted, por aquello de la extrangera.

—Pero eso, ya acabó.

—¡Ya acabó! ¡Bendito sea Dios! tengo eso mas que agradecerle á mi Santo Señor del Buen Despacho, porque, crealo usted, doña Felipita, yo no me olvido de nadie en mis oraciones; y aunque mala y pecadora, todavía no estoy tan mal parada con algunos santos de mi devocion, que me hacen cada dia nuevos milagros; todo por la infinita misericordia divina. ¡Vaya, mi alma! con qué no hay mal que por bien no venga, y bien vengas mal si bienes solo, porque de que á una se le juntan, es cosa de morir-



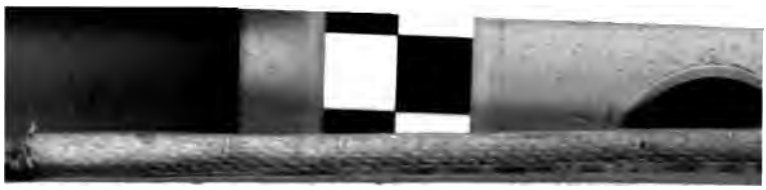
cios de mi hermano, á tal grado que hasta de noche sale, y ya recordará usted, esto no lo hacia nunca.

—¡Pobre de D. Aristeo! ¡es tan bueno! Y vea usted, yo nunca creí que consiguiera quitarle al señor Sanchez el quebradero de cabeza; es buena, qué me eché á reir cuando me dijo que iba á ver á esa señora.

—Pues hasta ese sacrificio ha hecho el pobre de don Aristeo.

—¡Y vaya si es sacrificio tratar de buenas á primeras con una muger de esas sin religion y sin moralidad! ¡Y luego, lo que pensarán las gentes de verlo entrar en casa de semejante alhaja! Son muy capaces de creer, que el pobre de don Aristeo, va allí con otros fines, porque de todo sacan partido y todo lo comentan. ¡Si le digo á usted que ya no se puede vivir sin tener por delante mas de cuatro ojos que la fiscalicen á una sus acciones!

Doña Zeferina tuvo materia abundante para platicar el chocolate de aquella tarde, atesorando á la vez preciosos datos con que sostener, por algunas semanas, sus sobremesas y sus habladurías.



CAPITULO XXVIII.

LOS ESTRAGOS DEL TIEMPO.

En el punto á que han llegado las cosas en el capítulo anterior, nos ha parecido conveniente poner al lector en situacion de juzgar por medio de una mirada retrospectiva.

Despues de cierto tiempo es cuando volvemos á seguir los pasos de nuestros personajes.

Comencemos por Sanchez, por ser uno de los tipos de nuestra predileccion.

Sanchez no pudo conjurar la tempestad.

Los plazos se vencieron, y á pesar de todas las influen-

cias, sus fincas fueron embargadas, si bien despues de las moratorias consiguientes á la chicana y á la preciosa tabla de la tramitología judicial.

Entre tanto, Sanchez, segun expresion de él mismo, se habia vuelto cabeza.

Por lo demas, nada habia avanzado sustancialmente.

Llegó á saber que Cárlos lo necesitaba, y Sanchez, en su tribulacion, vió en lontananza como un íris de paz, al ángel del soborno, dado caso que haya íris y ángel de esa calaña.

Pero Sanchez lo vió sin duda, porque estaba en estado de ver visiones.

A pesar de esto, el ángel se hizo esperar mas de lo necesario.

El otro ángel, la cocota, estaba suprimido del presupuesto, lo cual era un ahorro, aunque no un consuelo.

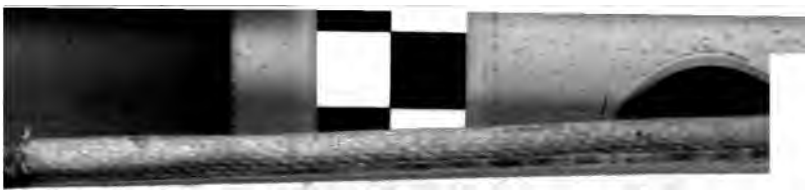
Amalia, que bien pudo haber sido otro ángel para Sanchez, habia volado tambien.

En cambio, Sanchez estaba en poder de sus acreedores, en la resbaladiza pendiente de su ruina: la única teta á que habia quedado colgado Sanchez era á la de la Tesorería general de la Nacion, teta providencial y reformadora, que ha obligado á prorrumpir en famélicos desatinos á mas de cuatro patriotas como Sanchez.

Pero todavía esta teta tenia un mamon inagotable: el agiotista.

Calcúlese cual seria la situacion de Sanchez.

Pero el destino no es tan inflexible, que en medio de



los mas difíciles predicamentos, no nos permita el placer de encontrarnos por esos mundos de Dios, con un amigo, con ese gran consuelo del hombre, con ese mito de todas las edades y de todas las naciones, con el hombre en fin; con el hermano revestido con el sublime carácter de coadjutor, de obrero, de ayudante, en una palabra, de amigo.

Sanchez se lo encontró á pedir de boca, y mas á tiempo que si lo hubiera buscado con la linterna de Diógenes.

No dirémos quien era el tal, por temor de no poder ocultar bastante los perfiles de una fotografía, que podria convertirse en una acusacion personal.

Este amigo era todo un hombre, y no así como quiera, sino práctico, conocedor, vividor, patriota de los de la junta y de los que van por delante de los que fabrican victores y brindis; de esos expansivos que le deben á la patria cien veces mas de lo que la patria les debe á ellos; en una palabra, este amigo á quien nos referimos, era el hombre que necesitaba Sanchez.

Sanchez habia descendido al café, y decimos *descendido*, porque Sanchez frecuentaba el de Zúñiga, el de Manrique, el del Cazador y el del Refugio, quiere decir, Sanchez tomaba, por un real, café y aguardiente, mistura conocida por toda la crápula social masculina, con el nombre de fósforo.

Esta pocion es en México la verdadera leche de la desgracia, y los *fósforos* figuran en la estadística de la moralidad pública, como el guano de todos esos cerebros á

medio vivir y de todos esos estómagos á medio comer que forman el elenco de las tabernas de los de levita.

Sanchez habia ocurrido ya á esa trampa social, que se le bautiza con el nombre de compensacion, cuando no es mas que un *mientras* entre la desgracia y el cementerio.

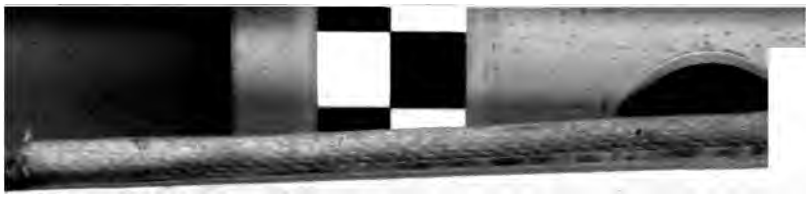
Pues bien: Sanchez un dia, aún con la tinta de la oficina en los dedos, entró al café de Manrique.

El spleen es lo mas estúpido que conocemos cuando se quiere curar á sí mismo: los ingleses toman té, y despues un baño en el Támesis ó una bala en la sien: en México, se recurre al fósforo, supletorio de la sopa de fideos y de otras cosas alimenticias.

Sanchez, en lugar de ir á la fonda, se fué al café.

Allí, envuelto en la nube de su propio cigarro y delante de su *fósforo*, filosofaba sobre la inestabilidad de las cosas humanas; allí en las espirales del humo, veia pasar á Amalia y á Ketty; allí recordaba el té de Cárlos y sus esperanzas de seguir siendo gran señor, allí pensaba en que los suyos, sus correligionarios, los de su círculo, incluso D. Benito, no le hacian caso; allí notaba la ausencia de un boton, la torcedura de sus tacones y otra porcion de miserias, y allí en fin, fué donde se encontró á su amigo.

Una tarde, entró Sanchez buscando su rincon favorito, su confesionario, su reclinatorio, y encontró que no habia en el café mas asiento vacio que el suyo; pero enfrente habia un parroquiano.



El parroquiano notó que Sanchez vacilaba, é hizo un ademan invitando á Sanchez.

Sanchez se tocó el sombrero y se sentó.

Los tomadores de *fósforo* ya no lo piden: los criados se lo dan.

Bastó al criado ver á Sanchez, para decirle al encargado de la cantina.

—¡Un fósforo!

Esta voz estentórea y aguardientosa, resonó de una manera particular en aquel recinto del humo, del café y del alcohol.

El ordinario despacho de esos cafes tabernarios, escluye todo refinamiento: no hay que buscar una tasita de porcelana de Sevres, de bordes doblemente dorados con el nectar de los pensadores; no hay que buscar la cucharita de plata ó de christoffle ni la azucarera, ni las pinzas; no, allí al parroquiano se le sirve café bien tinto (siquiera sea por desconocidos y no legales procedimientos) en un vaso de vidrio confeccionado en la calle de los Siete Príncipes ó en Texcoco; el vaso descansa en un plato blanco, cuyo esmalte deteriorado permite al tomador de café, reconocer la materia prima del trasto; vienen cuatro terrones de azúcar en la charola, cuyos colores huyeron para siempre: allí está la indispensable cucharita de laton, que salió de un golpe de las manos del latonero, y por economía de copa y para simplificar el procedimiento, viene el aguardiente catalan en el propio vaso, don-

de el criado vierte el café: todo este conjunto de groserías se llama *fósforo*.

Ocupando los dos lados de una mesita de madera pintada, estaban Sanchez y su presunto amigo. Cada uno frente á su *fósforo*.

—Es bueno aquí el café; dijo el desconocido.

—Sí, señor; contestó Sanchez, con efecto.

—¿Usted viene todos los dias?

—Sí, dijo Sanchez remedando un *sí* de clarinete de pura tristeza.

—Yo tambien.

—Bueno.

—¿Qué dicen por ahí?

—Nada.

—Todo como siempre.

—Sí.

Hubo una pausa.

Sanchez sacó cigarros.

—¿Fuma usted? le dijo á su vecino.

—Soy de á caballo.

Sanchez encendió un nuevo cigarro en el que acababa.

—¿Usted es empleado? dijo el vecino.

—Sí.

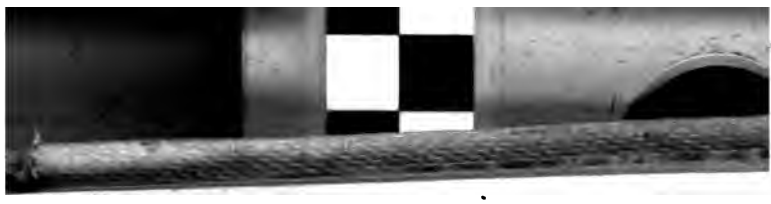
—¿De hacienda?

—Sí.

—¿Y pagan?

—Sí.

Este tercer *sí* fué bemol.



—¡Vaya! ¿qué milagro? pues á mí no me pagan, yo soy pensionista; estoy retirado del servicio y soy de los mutilados, tengo mis cicatrices honrosas y mi hoja de servicios que no hay mas que pedir; y ya me ve usted aquí dado al diablo, este es el pago que nos dan, todo por que dizque servimos al imperio, y ese no es mas que un pretesto para no pagarnos, para cogerse nuestros alcances: ¡qué imperio ni que calabazas!

—¿No sirvió usted?

—No, que habia yo de servir al imperio: yo serví á la nacion y como soldado, fuí donde me mandaba mi jefe.

—¿Quién era su jefe de usted?

—Pues el general don Leonardo Márquez.

—Entonces.....

—Que no serví al imperio, yo serví mi empleo y al que me pagaba: todo como soldado.

—Eso es.

—Despues me pasé, cuando iban á ganar los liberales, pues ni eso me agradecen todavia, cada vez que pueden me dicen que sí fuí traidor y que sí por aquí y por allí y nada, yo lo que creo es, que me tiene tirria el ministro; y si no, ahí no tiene usted tantos *sinvergüenceros* colocados, y tamaños traidorotes que son, porque esos si estaban por su gusto. ¿Y usted señor, andaria tambien en la bola?

—Sí.

—¿En la revolucion?

—Sí.

—¿Perseguido?

—Algo.

—¿Usted es de los de Paso del Norte?

—No.

—¡Ah!

Hubo otra pausa larga.

El desconocido estudiaba á Sanchez y le estaba conociendo que tenia algo.

—Usted está muy triste.

—Sí.

—Penas que no faltan.

—Sí.

—¡Ay amigo! si es una cosa de corazon lo compadezco, porque esto de las mugeres..... mal haya la..... si viera usted lo que me han hecho pasar. ¿Ve usted esta cicatriz? pues no es de bala.

—¿No?

—No, señor, de una pícara mas mala que una legion de diablos.

—Con que.....

—Por nada me deja sin ojo: si no ha sido por el señor Vértiz. ¡Qué buen médico es el señor Vértiz! pues como le iba á usted diciendo, me pegó.

—Mal negocio.

—Malo ¿y á usted no le han.....

—No, á mí no.

—Repetiremos el cafesito ¿le parece á usted?

—Hombre.....

—Sí: ¡mira muchacho! dijo al criado, otros dos.

El criado quitó los trastes y gritó:

—¡Otros dos fósforos!

Sanchez empezó á reprocharse su laconismo.

—¿Pues qué? usted no está bien á pesar de haber andado en la bola?

—No me alcanza el sueldo, tengo muchos gastos.

—No sabrá usted la biblia.

—¿Qué biblia?

—Pues trepar, amigo, trepar; aquí, ya sabe usted, el que mejor se agarra.....

—Sí, pero eso no es fácil.

—¡Adios!

—Hay algunos que tienen fortuna.....

—¡No señor! ¡qué fortuna! pico, son picos largos.

—No sé como harán.

—¡Vaya! si yo fuera como usted ¡cuando habia de estar así!.....

—¿Pues qué haria usted?

—Trabajar.

—¿Cómo?

—Para ser diputado.

—¿Y qué son 250 pesos cada mes?

—¿Y las buscas?

—En eso no hay buscas.

—¡Vaya! estando uno arriba.....

—¿Pero cómo?.....

—Y luego se hace uno regidor.

—¿Y eso qué?

—¡Ah! que señor, pues usted si que tiene la leche en los labios. Si á mí me hicieran regidor, me ponia las botas.

—Usted crée.....

—¡Vaya! si mire: así de negocitos; y legales, eso sí y que no se los pueden probar á uno.

—Pero.....

—Todo está en ingeniarse.

—Pero yo no entiendo.....

—Tengo yo un compadre que es proveedor.

—¿Y qué?

—El me ha dicho como se hace eso, pues no ve usted como se matan por ser regidores, y si fuera de valde ¿usted cree que se andarian tropezando por salir?

—Todo eso es muy bueno, pero como yo soy liberal de buena fé.....

—No se trata de eso, liberales todos lo somos, solo que unos maman y otros no.

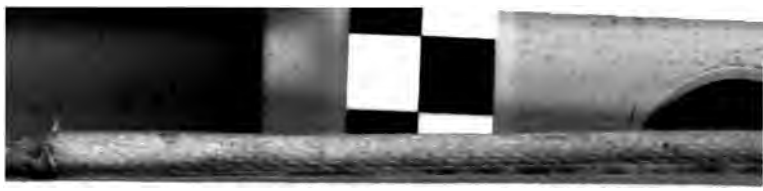
—Para eso seria necesario ponerse al corriente.

—Eso es muy sencillo, yo lo puedo poner á usted al tanto: sobre que de eso vivo.

—¿De eso vive usted?

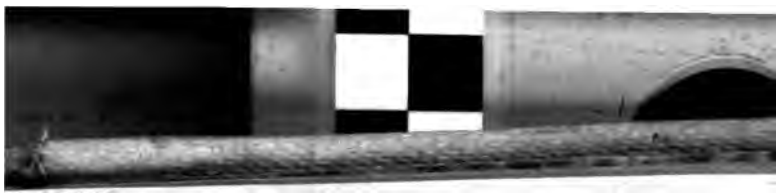
—Sí señor; soy elector y con eso y con ser de algunas comisiones patrióticas, me voy vandeando.

El militar comenzó aquella tarde su cátedra oral, que era en toda forma un tratado sobre la manera de hacerse hombre grande.



Sanchez como todos los desesperados, empezaba á concebir esperanzas á medida que el oficial desplegaba mas elocuencia y multiplicaba los ejemplos.

El entusiasmo del oficial, subió de punto en el momento en que Sanchez pagaba el café de los dos, y desde aquella tarde, Sanchez contó en el número de sus amigos importantes á Delgadillo que así se llamaba el oficial.



CAPÍTULO XXIX.

CONTINUA EL PÍCARO TIEMPO HACIENDO ATROCIDADES.

Pasó, mas pronto de lo que suele pasar la delicia de las situaciones anómalas, la miel de los amores de Amalia.

Ricardo dió pruebas de que era hombre práctico, porque el pobre de Sanchez no se decidió en último resultado ni á batirse con él, ni á reclamar á Amalia: se conformó con enviudar.

Ricardo fué espléndido los primeros dias, pero á cierto tiempo se habia trasformado en [illegible].

La posicion de Ricardo era un [illegible] enigma; y re[illegible]

presentando admirablemente su papel de rico en todas partes, no habia dejado traslucir del misterio de sus ingresos mas que esto: jugaba.

Con esta palabra se conformaban los mas curiosos y los mas exijentes, y encontraban en ella la solucion de todas las prodigalidades de Ricardo.

Llegó un momento en que Amalia se dió cuenta de su falsa posicion: Ricardo empobrecia; habia mas, empobrecia á Amalia.

En las grandes capitales existe una pasion ignorada en el campo, en las aldeas ó en los pueblos cortos: la muger encuentra en su equipo una parte sustancial de su sér, un complemento indispensable de su individualidad.

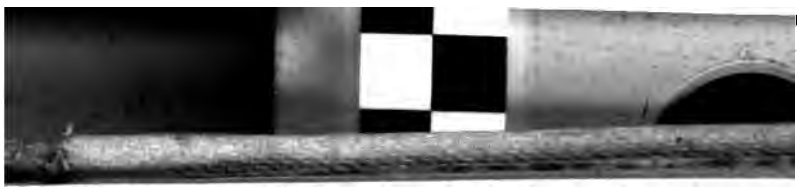
Amalia, viviendo en el almacen de sus cien vestidos, de sus afeites, de sus sedas y de sus joyas, era la oruga de un caracol dorado.

Dos cosas constituian la personalidad de Amalia: Ella y lo suyo.

De modo que cuando Amalia empezó á ver menguarse su guardaropa, sintió la tristeza de un pájaro, al que se le caen las plumas, ó de un pescado al que se le caen las escamas.

No es posible medir el tamaño de esta terrible contrariedad en la muger de la ciudad populosa. Amalia sentia deshojarse, y el *confort* comenzaba á huir de su derredor de una manera que le desgarraba el alma.

Amalia hubiera sido capaz de asirse de un hierro candente; y nada, ninguna consideracion, ningun recato, nin-



guna reserva hubiera sido bastante á contenerla en su ansia de mantener su posicion: se sentia capaz de transijir con el crímen.

El apoyo de Ricardo se desvanecia por momentos. Ricardo estaba hastiado, y lo dejaba traslucir en sus menores movimientos.

Amalia volvió la cara en torno suyo, y la amenazaba la desolacion de su alma, porque no tenia amigos ni parientes.

El único salvoconducto de Amalia en la vida, habia sido su hermosura, y ya se encontraba con la patente sucia; el tiempo se dejaba caer pesado é inexorable sobre Amalia, marchitándola y anunciándole un fin tristísimo.

¡Ah! ¡cuanto hubiera dado por ser una madre de familia, la última, la mas humilde de las mugeres legítimas! ¡Cuando lloró su primera liviandad, estaba cosechando el fruto amargo de su libertad de ideas, de su trasgresion de los sanos principios, de su ligereza imperdonable!

Amalia, en aquella pendiente, buscaba con una ánsia febril un nuevo amor, porque el amor habia sido su vida, su negocio, su patrimonio, su sér social.

Nadie la amaba ya, y en medio de este aislamiento, Amalia miraba á los hombres, como viera un arpon (si el arpon tuviera ojos) á un pescado de gran calibre.

Amalia, antes sabia reirse y mirar, porque habia cierta naturalidad en estas dos *llamadas de tropa*, porque estaba querida por alguno y deseada por otros; pero desde el momento en que Amalia tuvo, como l[illegible]os, que

Era la sonrisa peculiar de la jamona, en el dintel de la vejez para ofrecerse en ó para despedirse de los hombres.

¡Horrible acabamiento, despedida crue que no lleva al último tercio de la vida, u y el tesoro de sus virtudes!

Ser vieja y despreciable, inmediatament presente de fausto y de ilusiones, no ten una familia, ni un amigo.

¡Qué cuenta tan friamente desgarrador lúgubre el de una vida sin virtud!

Los dias caian sobre Amalia, como la los sembrados: veia al espejo la progre invasion de las arrugas, y los ángulos de l tituyendo á las graciosas curvas de la he

Ricardo recogió las últimas flores de ac se volvia erial, y lo que llamó felicidad se do en un engorro.

La Chata estaba mas fresca, parecia mas

Amalia comenzó á vivir de lo que le quedaba, quiere decir, la oruga se comia su caracol.

Hizo aún algunas tentativas: tuvo cierta predileccion por los imberbes: era infinitamente amable, tanto cuanto eran infinitamente frios los pollos y cautos los señores grandes.

Amalia estaba á punto de arrojar sus galas por delante al ataud de sus ilusiones; pero todavía al borde, dirigia la vista en torno suyo, por si en el desierto de su vida hubiera quedado un solo hombre capaz de ser ciego.

Nada: desolacion por todas partes. Amalia estaba por demas en el mundo, y contemplaba con un horror imposible de describir, el conjunto de los dias que le quedarian de vida, porque aquellos dias iban á ser la vida de una vieja vacia.

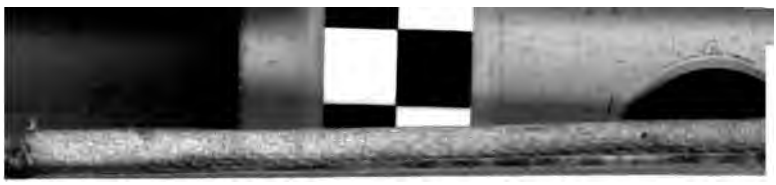
Darse á Dios, es una famosa ocupacion que tranquiliza soberanamente á las viejas; y ese tercio de solemne reparacion es la consecuencia de un buen principio.

En Amalia se habia perdido ese fundamento; Amalia estaba reformada por el descreimiento; al abandonar sus prácticas religiosas no habia reformado su fé, ni sustituido lo que no debia ser con lo que debia pensar. Amalia, á imitacion de muchas gentes de moda, habia hecho punto omiso de la cuestion religiosa, y en cuanto á la base, no se habia tomado la molestia de pensar que hay algo que se llama moral, y que éste es un alimento que necesita el espíritu humano, como necesita el cuerpo el [illegible] atmosférico.

los de su persona, que no le habia alcanz
ra dedicarse á cosas que no se conocen
adivinan en el talle, ni hacen bonito el

La vida de Amalia, segun ella misma
una continua lucha: realmente no desc
de sus trajes, el cambio impertinente de
jencias sociales, sus costumbres, su clas
hermosura, sus atractivos, su bien parec
galantes. ¿No contenia en sí todo esto la
nosa de las ocupaciones? ¿tendria tiempo
tas atenciones para leer libritos de mora
venas como las viejas?

Ella no tenia la culpa, hacia lo que
la moda, se componia, cumplia su misio
era el ornato de un salon, la figura pro
le, la alegría de Sanchez, la envidia de
elegantes, el terror de las beldades ordina
los pollos, el deseo tentador de algunos
¿No es esto hacer papel? ¿no es esta la
útil de sus fases? ¿no es esto lo que bus



moda; se vistió bien, se perfumó, se peinó admirablemente, supo hasta el último detalle de la moda, supo hasta tomar los gemelos en el teatro, en la postura mas incómoda que se conoce, supo agacharse para darle aire al puff, todo eso supo; supo ser encantadora: lo oyó decir mil veces. ¿Y quién le disputó su papel de reina de la moda, de muger de un gusto y de una elegancia sin límites?

Pero ¡ay! cuando la realidad tocó á su puerta, cuando los pétalos de su hermosura se fueron desprendiendo de su cáliz, cuando su cútis resistia al afeite, cuando el tiempo le escarabajeaba el rostro, plegando aquel cútis de rosa. ¿Qué se hizo del tesoro que Amalia habia elaborado durante tantos años? ¿para qué le servian las galas si todos, todos huian de ella, como de un apestado?

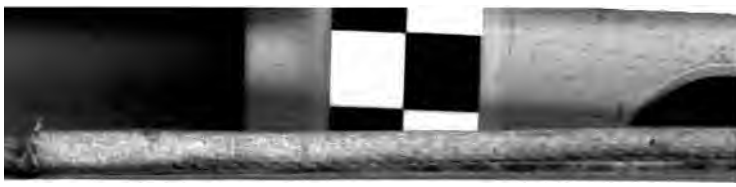
Y luego, que la vejez parecia complacerse en destruir en Amalia precisamente las líneas que ella habia contemplado con predileccion ante el espejo: la gracia de su boca, tenia ahora no sabemos qué de grotezco, porque unos malditos ganchos de oro de que Chacon se habia valido para sujetarle cuatro dientes, influian de una manera incomprensible en los movimientos de sus labios.

Despues de su última enfermedad de anginas, Amalia habia quedado ronca para siempre, y ella misma notaba que en el teclado de su voz, por mas esfuerzos que hacia, no podia levantar los *apagadores*.

¡Pérfido pedal del *piano* que no resiste al peso de cuarenta y cinco calendarios! Por mas que se diga, la tal hu-

camisa de algodon que iba á ponerse y an
botines ordinarios que iban á aprisionar sus
cada despedida era un dolor, y cada dolor

La vida estaba siendo cada vez mas insc
Amalia.



CAPITULO XXX.

AMOR PLATÓNICO.

EN la casa de Chona todo era igual hacia mucho tiempo. Salvador hacia invariablemente dos visitas al dia, una de las diez y media á las doce, y otra de las ocho á la una de la noche.

Esta constancia no necesitaba ponerse á discusion ni entre la servidumbre, ni entre los dependientes de la casa, sino que era traducida desde luego de esta manera.

—Salvador es el amante de la señora.

Se murmuraba ya entre las amistades de la casa, sobre aquella constancia ejemplar de Salvador, aunque no fal-

taba persona que saliera garante de la inculpabilidad de Chona, por haberla visto con sus propios ojos confesarse en la Profesa.

De todos modos y en la duda de lo que pudiera haber de cierto, dos familias se habian retirado resueltamente; otras habian escaseado sus visitas, y Chona comprendia ya la causa de aquel retraimiento.

Pero seguian yendo los parientes y muy especialmente las personas que tenian negocios en la casa.

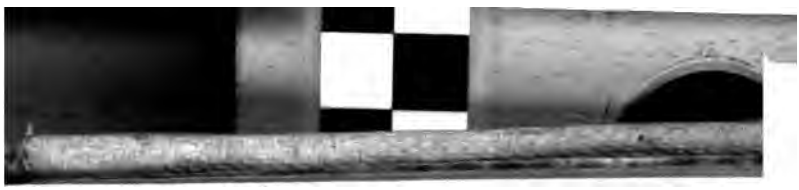
—¿Porqué estás triste? le preguntaba Salvador á Chona una noche.

—Ya lo sabes, porque las gentes que nos rodean, no son capaces de medir el sacrificio que hacemos por nuestro deber, sino que nos juzgan como á todos.

—Qué quieres, ¡esto no se puede evitar! la sociedad está acostumbrada á juzgar solo por las apariencias ¿pero no te basta tu conciencia?

—Es cierto, en cuanto á mí estoy tranquila, ¿pero de qué me sirve esta conviccion, cuando paso á los ojos de las gentes que me rodean, como una muger culpable?

—Desecha esas ideas, ¿no tienes en mi amor una dulce compensacion de cuanto pudieran hacerte sufrir las gentes? ¡Sabes como te amo! ¡Ah! si llegaran á comprender lo inmenso de mi amor!.....». Oye, cuando te veo, con templo en tus ojos el cielo de una felicidad incomparable; cuando me hablas, escucho en tu acento una armonía que me enagena; cuando me sonries, está el iris de todas las esperanzas en tus labios. ¡Ah! ¿de qué cielo has des-



cendido hasta mi corazon, redentora mia? dime ¿en qué flor hay algo de tu esencia para besarla? ¿en qué estrella hay algo de tu mirada, para bendecirla? Yo siento que el amor viene de Dios, porque tú eres ángel, y siento que mi alma al unirse con la tuya se eleva hasta el cielo.

¿Y rehusarias habitar en el santuario que se levanta en mi alma? ¿romperias sus puertas para mezclarte entre los que no te comprenden? ¿Enséñame otra felicidad mas grande que la de amarte? díme si hay otro mundo más allá de tus ojos, otra vida mas allá de tu amor.

Te tengo en mi alma, aquí te siento, aquí palpitas con mi sangre, aquí vives con mi aliento, Dios te ha puesto en mí, como ha puesto la esencia en la flor, como ha puesto su luz en mi espíritu, para que no perezca; tu nombre está en mis labios convertido en una oracion y cuando lo pronuncio me lleno de tí. ¡Amáme como yo te amo. y verás desaparecer el mundo y sus miserias ante nuestros ojos!

—¡Salvador! articuló apenas, Chona, conmovida.

—¡Chona, vida mia!

Salvador sin darse cuenta de lo que hacia, tomó entre las suyas las manos de Chona y las cubrió de besos.

Chona tenia embargada lo voz y no fué dueña de sí misma.

—¡Ay! dijo al fin, ¿por qué me amas así?

—Te amo, contestó Salvador, porque siento que en mi alma hay algo de la tuya, siento como si allá en la inmen-

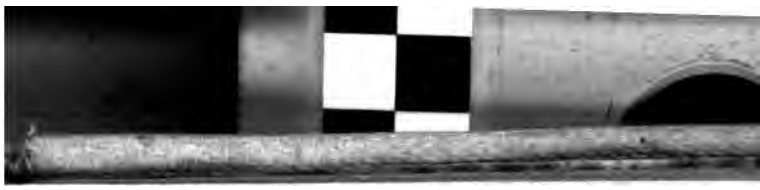
sidad desconocida, donde nacen las almas, las nuestras brotaron al mundo de un solo soplo y hasta hoy volvieron á juntarse.

—¡Es cierto! exclamó Chona identificándose con Salvador, es cierto yo he sentido otro tanto, he adivinado ese misterio y por eso me espanta este amor que nunca he sentido; conozco que mi camino es el del abismo, pero corro al impulso de una fuerza superior á mis fuerzas; me muevo con una voluntad que no me pertenece, y gozo con un corazon, que me parece no ser el mio.

—¡Con razon! interrumpió Salvador con entusiasmo, si es el mio. ¡Ah! deveras me amas!..... ¡es cierto! y esta dicha es tan inmensa!... este placer es tan supremo!... que ante mis ojos no hay ya mas que horizontes de felicidad que se sobreponen hasta tocar el cielo.

—¡Repíteme tus promezas, Salvador! ¡ampárame contra tu propio poder, sé generoso, sé grande y báñate en mi espíritu; léjos de toda mancha, así al menos ofreceremos un holocausto al mundo y nos sentiremos fuertes para arrostrar la mirada de los que pretenden avergonzarnos con su desprecio; armémonos con el escudo de esta superioridad, ya que alcanzamos el amor en la esfera de las almas grandes, ya que hemos sabido elevarnos sobre todas las miserias y sobre todas las violaciones vulgares.

—Sí, Chona, así nos amaremos. ¿No es verdad que en esa region espiritual, único templo de nuestro amor, llevando por lema la pureza, por blason el orgullo, por juez



la conciencia, podemos vivir eternamente esperando la accidental trasformacion para seguir viviendo *allá* donde nos amaremos como los ángeles?

—Sí, Salvador mio, así nos amaremos.

—Siempre ¿no es verdad?

—Sí, siempre! siempre!

Al cabo de un rato, durante el cual Chona y Salvador parecieron tomar aliento, Chona preguntó.

—¿Qué me ves?

—Te veo.. ... voy á decírtelo. La suprema ley de las armonias, me enseñan que hay efluvios hermanos que se elevan juntos á la region de los espíritus; ¿cómo podria dudar que cuando me dices «*te amo*» en la vibracion de tu voz no resuenan tambien las vibraciones hermanas como las notas del ave, como las cuerdas del piano? Si en la música no hubiera una de esas notas que salen de tu garganta cuando me hablas ¿cómo podria haber música en el mundo?

Si en tus ojos no hubiera un destello de lo infinito, ¿cómo podria yo comprender el amor y la eternidad?

¿No es verdad que sientes la aspiracion constante á la perfectibilidad? ¿no es cierto que palpas lo transitorio de nuestra actualidad y nace mecido en las elucubraciones de tu amor, un ángel que se llama *esperanza:* un ángel que te señala mi horizonte?

—Sí, Salvador, ese ángel me acaricia; á tú nombre ese ángel me sonrié cuando te llamo, ese ángel me consuela;

cuando no te veo, te sustituye para tranquilizarme; y cuando estás á mi lado nos acompaña á los dos!

—Y jamas ha de abandonarnos, Chona mia, jamas! jamas!.....

—¡Qué cortas son las horas!

—Muy cortas ¿no es verdad? ¿y lo hallas triste?

—Quisiera yo que se alargaran.

—Que sean leves, Chona, porque así acortarán el plazo: las horas del que espera, son siempre largas y las nuestras pasan.....

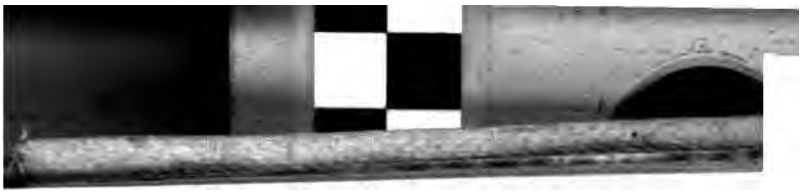
—Sí, tienes razon que sean ligeras.

.....

Necesitamos un volúmen aparte para seguir paso á paso los jiros de este amor que como un Kaleydoscopio, presentaba á cada movimiento, un nuevo y encantador aspecto; pero los límites que nos hemos prescrito, nos obligan á detenernos solo en algunas situaciones.

Cárlos por mas que estuviera entregado completamente á su *Debe* y *Haber*, habia tenido tiempo de pensar en que Salvador y Chona se amaban, y mas de una vez esta idea habia venido á colocársele á Cárlos entre dos guarismos á pesar de su indiferentismo.

Cárlos, como lo hemos dicho antes, no tenia ya corazon; habia visto siempre en Chona á la señora de su casa en los salones, y en el almacen á la fuente de donde nacia el inventario de la mitad de una fortuna: sin un hijo á quien acariciar, Cárlos miraba su matrimonio como una sociedad; es cierto que de sus labios no habia salido nun-



ca una órden ni una contrariedad; la libertad de que habia disfrutado Chona habia sido ilimitada, y ni el placer con sus sonrisas, ni el dolor con sus amarguras, habian turbado ni por un momento, aquella paz claustral; pero hacia algun tiempo que Cárlos, á su pesar, pensaba mas frecuentemente en su muger, y empezaba á temer que las miradas de los extraños llevaran cierta expresion secreta que lo alarmaba.

—¿Si estaré haciendo un marido de Balzac? pensaba Cárlos; me estoy viendo demasiado bueno, excelente; ¡vamos, soy un tipo de bondad! y en el mundo, esto que bien pudiera ser una virtud, es uno de tantos sambenitos.

Ello es que un marido tiene que serlo de algun modo; es preciso aceptar un papel: registremos el repertorio, que al fin me creo bastante buen actor para representar el que elija.

El hombre acaba por ser actor genérico. Primer papel: el que hago, el de buen marido, y ya quedamos en que este papel me parece recargado; soy demasiado bueno y precisamente por eso quiero aceptar otro.

Segundo papel: marido celoso; este es de difícil desempeño; los celos son un libro desencuadernado y todavía no está bien definido el asunto: para este papel se necesita una brutalidad como la de Otelo, que es el modelo por excelencia, y el papel de bruto lo rechaza mi amor propio.

—¿Dónde están los demas papeles? se preguntó Cár-

los, creyendo él mismo que se habia divagado en aquella cuestion que se proponia resolver con mucha calma.

—¿No hay mas papeles en este repertorio? ¡Pobre repertorio marital! ¡qué mal dotado estás! Me ocurre una cosa que se parece á una muletilla: el término medio.

Este, dado caso que sea papel, tiene el inconveniente de estar colocado entre el drama y el sainete; es papel de zarzuela y á la larga degenera en uno de los dos primeros.

Supongamos que espío, que me rebajo hasta el grado de andar de puntillas, de decir mentiras, de ser cómico, en fin, y que del ridículo de la posicion del que acecha escondido, paso á persuadirme de esto: Chona y Salvador..... etc., etc.

Aquí acaba mi papel y tengo que elegir otra vez uno de los dos pirmeros.

Sigo siendo tan excelente como hasta aquí, y me bajo al escritorio... muy convencido de que soy un miserable.

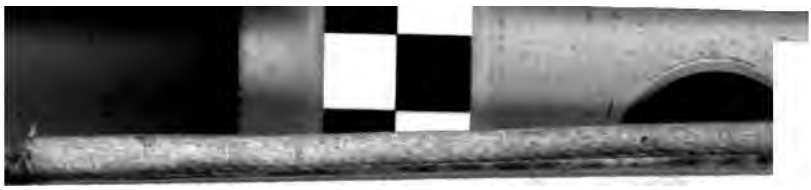
No, esto es un absurdo; tomaré el otro papel.

Salgo de mi excondite, me presento con aire de.... con aire de marido ultrajado: paródio á Agamenon en la Bella Elena, preguntando por mi honra.

A mi muger le dará un ataque de nervios, mientras Salvador, que es hombre de fibra, me espeta que..... me dice la verdad sin andarse con ambajes.

En tal predicamento vuelvo á elegir, en el tercer acto, uno de los dos consabidos papeles, que á esa altura tendrán que reducirse á esto:

Mato á Salvador, ó me callo.



Melodrama ó Balzac. Supongamos que mato á Salvador, cuyo cadáver es la planta tipográfica de la edicion de mi deshonra, porque el muerto tiene á su disposicion las cien mil trompetas de Guttenberg, para repartir el argumento de mi drama á los doscientos mil habitantes de la capital, y aún le sobran para enviarme desde la tumba, un nuevo ejemplar en cada correo extraordinario.

Hay una ley estúpida que se le cuelga al marido en el cuello, obligándolo á que el dia en que quiera recobrar su honra perdida, publique préviamente su deshonra y la pruebe.

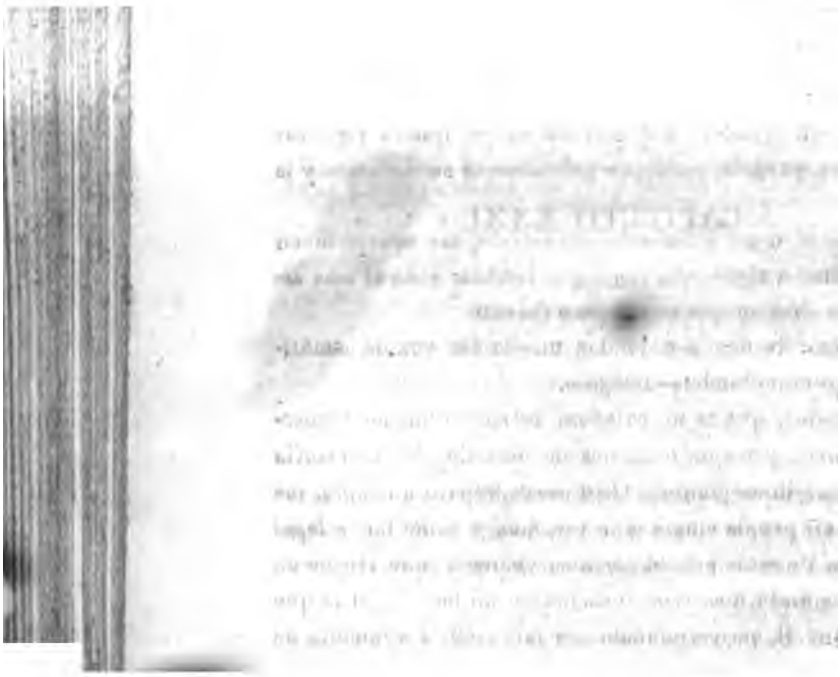
Lógica: mato á Salvador en secreto, me convierto en un asesino vulgar, que tiene que temblar ante el mas asqueroso *diurno* que se me pare delante.

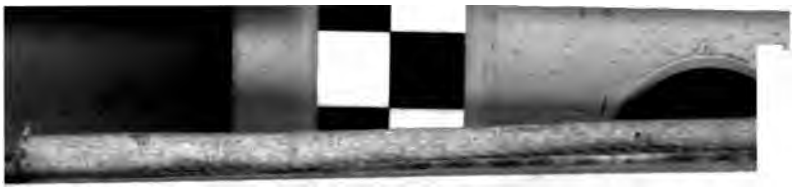
Lógica: le digo á Salvador un dia con voz de asmático:—Te comprendo.—Lárgate.

Salvador, que es un calavera, se rié de mí; me recuerda á Paris, y me da lecciones de filosofía, de la filosofía que aprendimos juntos. Otra cosa; preparo un rapto, me robo á mi propia muger y la escondo, y como no es legal ninguno de estos procedimientos, vuelvo á convertirme en un reo, sobre quien tiene jurisdiccion mi lacayo, si lo que no es difícil, piensa mañana ser ministril, ó ayudante de acera.

Lógica: le doy fuego á la casa y morimos tirios y troyanos.....

—¡Lógica! gritó por fin Cárlos en el colmo de la desesperacion; ¡lógica! me voy á acostar porque te[illegible]





CAPITULO XXXI.

EN EL CUAL VERÀ EL LECTOR CUAN CIERTO ES QUE QUIEN MAL EMPIEZA MAL ACABA.

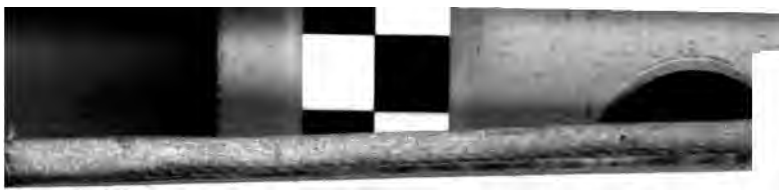
EL tiempo avanzaba trasformándolo todo, como esas ráfagas de viento que van haciendo de las nubes una sucesion de cuadros panorámicos que sorprenden la fantasía.

Sanchez habia estrechado sus relaciones con Delgadillo, el oficial de los fósforos y de las elecciones. Por algun tiempo, creyendo Sanchez que el negocio de la casa de Cárlos iba á proporcionarle una salida ventajosa, previendo que por parte de la misma casa no habia mas intereses que el de contar con un empleado que obrara en el

asunto con imparcialidad y diligencia, se desconsoló soberanamente; noticia que en una tarde de *fósforos* comunicó Sanchez á su útil amigo Delgadillo.

Nadie mas fecundo en recursos que esos ociosos, que no emplean ninguno en reparar sus propias averías; ninguno mas rico en espedientes que aquel que los ha agotado todos; esos que viven de ilusiones, (y por mas que sea absurdo, las ilusiones entran en el número de las cosas nutritivas,) esos tienen cien mil espedientes para cada dificultad.

Para Delgadillo todo era fácil, siempre que no fuera él el actor; es cierto que él vivia de las elecciones y de la junta patiótica; pero eso era porque su posicion no le habia dejado obrar en otro círculo; pero en tratándose de aconsejar, no hubiera vacilado en probarle al Ministro de Hacienda, que no habia cosa mas fácil que ser millonario,



cer velas de cera que no eran de cera, y chocolate que no era de cacao, y dulce de leche sin leche, y otra procion de preciosidades por este estilo.

De manera que cuando Delgadillo se enteró del negocio de la casa de Cárlos en palacio, se dió una palmada en la frente y le exigió á Sanchez las albricias por el fortunon que acababa de descubrir en el fondo del negocio que el mismo Sanchez creia, hasta entonces, de todo punto improductivo.

—Insisto en que es usted un niño, señor Sanchez; vea usted como se hacen esos negocios.

Y Delgadillo hizo una larga explicacion á Sanchez de la manera con que aquel negocio, conducido hábilmente, podia sacar á Sanchez de apuraciones.

Sanchez no se dejó alucinar fácilmente; pero desde aquel momento no volvió á pensar en otra cosa, dándole mil vueltas á aquel asunto, y buscándole incensantemente todas las contraceladas que pudieran hacerlo fracasar.

Pero Delgadillo amplió sus explicaciones y Sanchez iba animándose mas y mas á entrar en el asunto, ya fuerte con el caudal de conocimientos que le habia trasmitido Delgadillo.

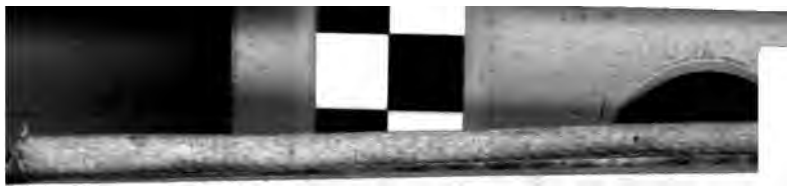
Ya la casa de Sanchez no existia, y doña Felipa habia pasado á la categoría de hoja suelta y vivia con una de sus amigas.

Don Aristeo tambien habia buscado un rincon, desde el que, á pesar de todo, seguia, al menos á su modo de ver, haciendo el papel de rico con Ketty.

Don Aristeo no recibió por fin de Sanchez los trescientos pesos de su contrato, sino en partidas parciales, en valores, en cambios de deudas y de la manera mas difícil y complicada del mundo; pero tan luego como pudo disponer de las primeras sumas, las empleó en vestirse y en hacer algunos regalitos á Ketty.

Por supuesto que las habladurías de doña Zeferina, doña Anita y doña Felipa, no tenian término y aquellas tres trompetas no cesaban de sonar, revelando todas las poridades y peripecias de los acontecimientos que se habian sucedido con cierta rapidez desusada y extraordinaria.

Ya no les cabia duda en que Don Aristeo se habia encaprichado por la cocota, y las viejas llegaban á olvidarse hasta del chocolate, cuando se trataba de comerse vivo



trangis, yo no sé qué les ven los hombres; lo que es yo no puedo ver á las güeras, ni me parecen mugeres: á mí deme usted una muger rosadita de cara, de ojos y pelo negros, bajita de cuerpo y redondita de formas; pero una de esas patonas que usan botas de cochero y andan como palos vestidos, ¡ni lo permita Dios! doña Zeferina, sobre que le digo á usted que ni me parecen mugeres.

—Pues Don Aristeo no opina como usted, mi alma; porque ya lo ve usted metido en casa de esa muger á todas horas, y como dá la casualidad que vivo por allí, todo lo sé sin necesidad de preguntarlo. ¿Creerán ustedes que el pelon está todos los dias en acecho de D. Aristeo?

—¿Es posible?

—Sí, señor, sabe el malvado las horas á que entra y las horas á que sale; sabe que ropa lleva y si ademas le lleva ó no le lleva regalitos á la patona.

—¡Vaya! si parece ahora un jóven, tiene saco rabon y cadena de reloj y sombrero de moda y hasta guantes.

—¿Qué dice usted que viejo loco? pues no seria mejor que se dedicara á machucar la cuenta como nosotras y no andarse ahora en galanteos y cosas propias de los jovencitos!

—¡Ya se vé!

—¿Y de Amalia, qué se dice? preguntó doña Anita.

—Dicen que la pobre dá lástima ver como está, que parece una vieja.

—¡Pobre! ha de haber sufrido mucho.

—En el pecado llevó la penitencia.

—Dizque vive por las calles de San Juan.

—¿Sola?

—No sé, pero sí sé que solo la Chata la visita, y que está en una miseria, que es cosa que se queda sin comer muchas veces y que ni á la calle sale.

—Y todo por su mala cabeza, pues dígame usted, doña Felipita, ¿qué necesidad tenia esa loca de mis pecados de irse á enamorar de semejante calavera?

—La verdad, á mí nunca me gustó el tal Ricardo.

—A mí desde el primer dia me pareció un hereje de siete suelas.

—Sí, eso no hay que dudarlo, es de esos jovencitos impíos que los hay á montones, porque ya es cosa de que á cada paso se tropieza usted con esa clase de gente; el otro dia lo dijo el padre Don Pachito en el púlpito, si hubieran estado ustedes en el sermon, ¡ah, qué bien lo hizo! fué cosa que á todas se nos saltaron las de San Pedro.

—¿Y su hermano de usted? le preguntó doña Anita á doña Felipa.

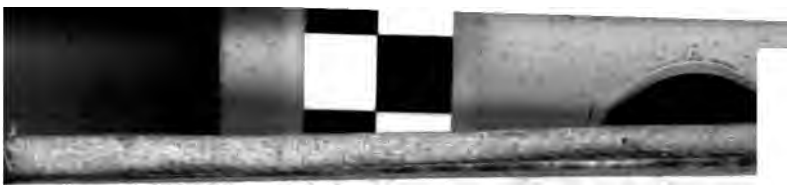
—¡Qué sé yo! hace mucho tiempo que no lo veo.

—Dicen que anda muy distraido; y vea usted lo que son las cosas, dicen que habla muy mal de Don Benito.

—¡Es posible! pues antes era muy amigo suyo.

—Pues ahora lo contrario, se está volviendo de la oposicion.

—Vea usted, mi alma, yo creo que hace mal el señor Sanchez; yo no soy juarista, pero no por eso dejo de



confesar, que su hermano de usted le debe muchos favores al señor Juarez.

—Y consideraciones, agregó doña Felipa.

—El caso es que el hombre está perdido, y dicen que cada dia se da mas al maldito vicio de la embriaguez.

—¡Vea usted que lástima!

Don Aristeo, por su parte, no se conocia á sí mismo, habia acabado por enamorarse perdidamente de Ketty.

Se habia empeñado una lucha terrible entre la nulidad de D. Aristeo como amante, y la terrible pasion que le inspiraba aquella muger que atesoraba encantos vírgenes para D. Aristeo.

Este amor que se levanta de entre las ruinas de una humanidad consumida, mas por los años que por los combates del alma, es un fuego devorador que engendra las mas extrañas elucubraciones.

Don Aristeo, solo, huraño para con todo el mundo, sin amigos y sin familia, consagraba todo su sér á la adoracion, todo su tiempo al culto del amor, pasaba horas enteras entregado á la contemplacion de cualquier objeto que habia podido adquirir perteneciente á Ketty.

A la sazon que le volvemos á ver, estaba delante de un guante de la cocota, este guante habia recibido ya miles de besos apasionados, y el aroma de que estaba impregnado lo aspiraba D. Aristeo con la avidez con que un asfixiado buscaria el oxígeno para volver á la vida.

Ketty, por su parte, insegura sobre los datos que acerca de las minas le pedia á D. Aristeo, no se habia atrevi-

do á abandonarse en brazos de su nuevo amante, sin la competente seguridad de que aquel sacrificio seria amplia y préviamente remunerado; de manera que sin desechar completamente á D. Aristeo y sin quitarle las esperanzas, lo tenia pendiente de su labios, y como en equilibrio al borde de un abismo.

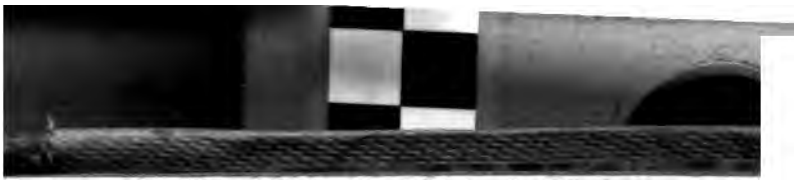
Las visitas frecuentes de D. Aristeo no le impedian á Ketty recibir algunos amigos, especialmente americanos.

Cuando D. Aristeo veia entrar á alguno de estos amigos de Kety, pasaba por todos los tormentos que pueda imaginarse; Ketty y el americano hablaban ingles delante de D. Aristeo, quien hubiera dado su alma al diablo por entender una palabra de aquella maldita gerigonza, que le ponia en la posicion de traducirla de la manera mas desfavorable á su individuo.

Los celos se apoderaron del viejo con todo el rigor de que esta funesta pasion es capaz, y los tormentos de D. Aristeo no conocian límites.

A solas se atrevió á decirle á Ketty lo que sufria; hasta llegó á ser elocuente en la pintura de sus padecimientos morales; y con tan vivos colores retrató su pasion, que la coeota no tuvo valor para reirse como lo habia hecho varias veces; pero el único sentimiento que D. Aristeo fué capaz de hacer brotar en el corazon de aquella muger metalizada y positivista, fué la mas fria conmiseracion.

Don Aristeo tuvo, por primera vez en su vida, un acceso de desesperacion tal, que trastornó poderosamente su



economía, y cayó á los piés de Ketty presa de un verdadero ataque cerebral.

Fué necesario recurrir á un tratamiento enérgico, segun el parecer del médico que Ketty mandó llamar en el acto; pero no bien hubo salvado del primer acceso, ocurrió el segundo, sin que el médico pudiera acertar de pronto con la causa que lo habia motivado.

Durante los primeros dias de la enfermedad de D. Aristeo, Ketty facilitó todos los recursos que demandaba la asistencia; pero cuando por el médico supo Ketty que aquella enfermedad seria larga, determinó librarse de una molestia que de nada le serviria.

—Usted, señor D. Aristeo, está mal asistido en mi casa, donde no hay comodidad para los enfermos; y la enfermedad de usted requiere, segun el médico, una mejor asistencia.

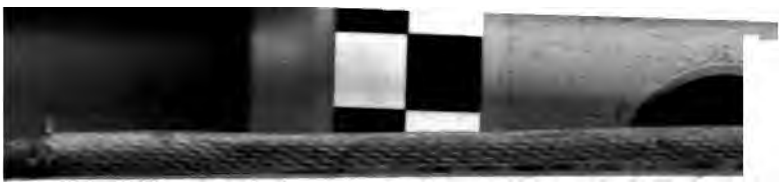
—Me despide usted, Ketty, y ya que no he tenido el placer de vivir al lado de usted solo por no haber nacido suficientemente rico, no podré al menos ofrecerle á usted mi último suspiro?

—Usted hará mal, señor, en quererse morir aquí. Usted puede guardar todavía un poco mas de tiempo el suspiro, porque yo voy á viajar otra vez.

—¡Cruel! exclamó D. Aristeo; y se metió la sábana en la boca, para no proferir en desahogos que no queria decir.

—¡Por piedad, Ketty! dígame usted que me ama y yo moriré tranquilo.

Y Don Aristeo se soltó llorando amargan
era la hora del lunch, Ketty le volvió la es
Al dia siguiente, aprovechando el sopor y
del enfermo, fué colocado en una camilla y
hospital de San Andres.



CAPITULO XXXII.

SOLEDAD DEL ALMA.

HAY en cierto lugar de México una calle que en su acera que ve al Norte tiene algunas casitas como la que vamos á describir.

El propietario, deseando construir habitaciones con las comodidades necesarias para una familia reducida, levantó, en lo que algunos años ha era un solar, una casa cuya planta baja la forman una pieza que da entrada á otra, que pudiera ser sala, á un pequeño patio donde hay una [redacted] y un lavadero, y á la vez da paso á una escalera de

dera que conduce á la planta alta, compuesta de tres piezas y un pequeño corredor.

Allí vivia Amalia.

Su menaje era triste y pobre: un catre de fierro, algunos baules, algunas sillas y una mesa.

Realmente el tiempo se habia desplomado sobre Amalia; estaba inconocible: no obstante, un observador hubiera podido notar los restos de un esplendor que habia muerto ya.

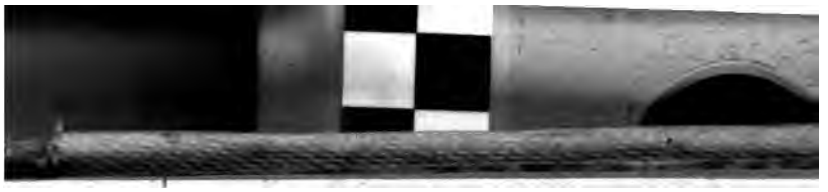
Amalia no habia abandonado el corsé, y el corte de sus vestidos traia reminiscencias de época mejor; algunos objetos de lujo contrastaban con el menaje y la soledad de aquella casa, á donde solo habian entrado Amalia y la Chata.

Amalia llevaba muchos dias de no llorar, y en su conversacion habia podido notar la Chata cierto desórden de ideas que esta atribuia á falta de alimento y nutricion. Efectivamente, Amalia iba olvidando el comer.

Estaba servida por una sola criada: los dias y las noches se sucedian para Amalia de una manera triste, lenta y monótona.

En los momentos en que volvemos á verla, acababa de pasar uno de sus dias mas amargos; estada sentada en un taburete cerca de una ventana: las sombras se habian enseñoreado en su habitacion desmantelada, y reinaba allí un silencio profundo; solo los últimos reflejos del crepúsculo le prestaban una tinta opaca y mortecina.

Amalia llevaba dos horas de no cambiar de actitud; no



se habia movido durante ese riempo, y aquella inmobilidad, el color gris de su vestido y la luz triste que la iluminaba, hacian recordar esas grandes aves nocturnas que en el recodo de algun añoso tronco, esperan graves é impasibles que el sol acabe de ocultarse para tender las alas y lanzarse entre las sombras á sus rapiñas, á sus depredaciones y á sus amores.

Amalia nada esperaba, Amalia no tenia ningun amigo: la habian abandonado todos; y algunos cumplimientos fríos, algunos gestos de desden mal disimulados, habian sido las últimas demostraciones de su mundo anterior. Amalia habia recogido uno á uno esos restos de consideracion y habia llorado sobre ellos, como habia reido antes sobre las flores que la arrojaban al pasar.

¡Cuan desgarradora era la amargura de Amalia! La soledad de su alma se parecia á las ruinas de esos templos profanados que se desmoronan y cuya nave recuerda todavía los raudales de oracion que desde allí se elevaron al cielo.

Amalia no tenia la resignacion del sufrimiento, ni su dolor era engendrado por el deseo de ocupar de nuevo el pedestal de que habia descendido; las lágrimas de Amalia eran las lágrimas de la desolacion de su alma.

Amalia, como sabemos ya, no habia tenido nunca en el mundo otro culto que el de su propia persona, y pasando por alto desde las arduas cuestiones de moral y deber, casi no le habia alcanzado el tiempo mas que para vestirse, para cuidarse, para mimarse á sí misma; habia encontra-

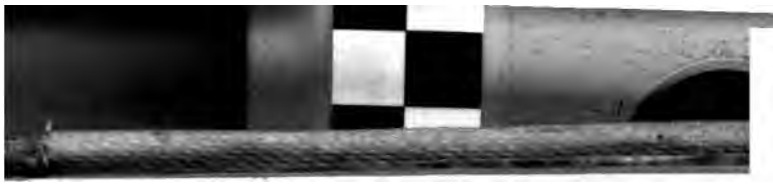
do la suprema felicidad en un olan encañonado, en un corsé que le pudiera disminuir el volúmen del torso, ó en un velo que pudiera hacer creer, entre él y el albayalde, que el espectador tenia delante una beldad incomparable.

Amalia no habia puesto jamas en duda la acepcion lata de la galantería: cuando le decian «*hermosa*» lo creia justo, y todo elogio acerca de su persona era para ella la expresion de la verdad y la justicia.

Se habia acostumbrado á ver venir los hombres hácia ella, siempre trayendo en las manos el prospecto de su entusiasmo, la seguridad de su conquista ó cuando menos una flor; de manera que cuando Amalia notó en los hombres que la rodeaban los primeros síntomas de tibieza y luego de desvío, encontró este proceder tan desusado é injustificable, que le preguntó mil veces al espejo si los hombres habian cambiado todos simultáneamente, ó la misma Amalia habia sufrido una trasformacion incomprensible.

Bastaron algunos dias de sufrimiento, para que Amalia fuera impotente contra los estragos del tiempo, y la vejez, detenida ante la barricada de un tocador bien provisto, se desplomó de pronto sobre Amalia, apoderándose, con la avidez de un buitre, de sus pómulos, de su dentadura, de su laringe, de sus hoyuelos, de sus cabellos y de todos sus encantos.

Jamas el tiempo ha confeccionado una vieja mas rápidamente; jamas el atractivo femenil ha huido en mas vergonzosa derrota; y como en este cambio de decoracion



nada quedaba en aquel templo que Amalia se habia erigido á sí misma, ídolo y adoradores habian desaparecido repentinamente.

Sacó á Amalia de su enagenamiento, un acontecimiento inesperado; tocaban á su puerta.

Amalia abrió la ventana y á pesar de las sombras conoció á la Chata.

Un momento despues, Amalia conducia de la mano á su antigua amiga, al traves de la oscuridad de la habitacion, y la hizo sentar.

—¿Qué haces? le preguntó la Chata.

—Ya lo ves, morirme.

—Pero esto no puede ser, Amalia; es necesario pensar en que cambies de vida: te has encaprichado en matarte lentamente, y no hay razon que te aparte de tus necias resoluciones.

—No tengas cuidado, Chata, todo va á concluirse: afortunadamente veniste: queria decirte adios.

—¡Amalia! ¿qué estás diciendo?

—¿Por qué te sorprendes? ya sabes cuanto he odiado á las viejas; yo nunca he querido llegar hasta allá y tenia razon. ¿Quieres que espere todavía mas desengaños? Ya lo ves, todo el mundo ha desaparecido: estoy sola, sola..... y fea.

—Pero si prescindes del deseo de figurar como muger en el mundo galante, tienes aun por ventura muchos dias delante que consagrar á tu alma.

—¿Vieja rezadora? ¿Yo convertida en una bruja de sa-

cristía? No lo creas, Chata, parece que no me has tratado tantos años.

—¿Y tu salvacion?

—Mi salvacion es la muerte.

—¿Y tu alma?

Amalia se encogió de hombros y despues de una pausa dijo:

—¿Crees que haya en el mundo placeres para mí?

—Bastante has gozado ya en el mundo; ahora podrias gozar.....

—¿Cómo?

—Practicando la virtud.

—¿Soy acaso virtuosa?

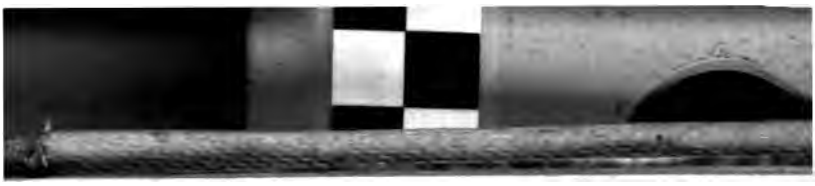
—Practicando la caridad.

—Caridad que necesito para mí, ¿ó pretendes que dé limosna en lugar de pedirla?

—Por Dios, Amalia, que estás inconocible.

—Al contrario, ahora es cuando empiezas á conocerme. Yo no tengo la culpa de haber nacido en una época en que para valer algo la muger necesita ser reina aunque haya nacido pobre; estoy persuadida de que mi mision ha concluido; pretender vivir seria lo mismo que aceptar en la vida un papel al que nunca he podido avenirme; yo no nací para ser pobre ni fea; prefiero la muerte al desprecio de las gentes.

Habia en el acento de Amalia cierta expresion de seguridad y de firmeza, que revelaba que sus resoluciones eran irrevocables y el resultado de una larga meditacion.



La Chata lo comprendió así, y se espantó juzgando que su amiga habia llegado al colmo de la desesperacion.

—Amalia, sean cuales fueren tus resoluciones, óyeme: venia no solo á consolarte, sino á darte noticias..... noticias de Ricardo; iba á decirte ademas que tu vida va á cambiar completamente, y que debes desechar esas ideas lúgubres..... y sobre todo, ofréceme que no vas á hacer una barbaridad.

Amalia no pudo contener un ligero quejido.

—¿Qué tienes? preguntó la Chata, perdiendo cada vez mas el aplomo y la serenidad que solia tener en las situaciones difíciles; ¿qué tienes? ¿acaso has tomado algo?.... ¿Estarás envenenada? ¡Amalia! ¡Amalia!

Y la Chata se deshizo en lágrimas arrojándose en brazos de su amiga.

—Tranquilízate, Chata, le dijo Amalia al cabo de un rato y con el mismo tono de voz con que habia hablado anteriormente; ya sabes que nada te oculto, y lo que es en esta ocasion no me permitiria engañarte. Cuando esté próximo mi fin te llamaré para que cierres mis ojos; pero todavía no es tiempo: pueden alcanzarme las fuerzas para vivir un poco mas..... pero nada mas un poco; por hoy debes creerme, estoy bien, porque me ha parecido ridículo morir en sábado: este es un dia funesto para mí.

Costó, sin embargo, mucho trabajo á Amalia tranquilizar á la Chata, quien despues de haberle exijido mil protestas y juramentos, le preguntó:

—¿Y tu criada?

—No está en casa; pero ya vendrá.

—¿Estás sola?

—Como siempre; yo estoy sola siempre.

La Chata, á pesar de todo, no queria dejar sola á Amalia, pero á la vez pensaba que era urgente arrancar á su amiga de allí y hacerle cambiar radicalmente de modo de vivir; sabia efectivamente que Ricardo habia vuelto á México, y se propuso servirse de él para arrancar á Amalia de los brazos de la muerte; de manera que, ofreciendo volver en aquella misma noche, se despidió de Amalia.

CAPITULO XXXIII.

CONCLUSION.

SANCHEZ instigado por su famoso amigo Delgadillo, puso en práctica sus consejos y pretendió convertir en criminal grangería el negocio de que lo habia encargado Cárlos.

Sanchez con la esperanza de realizar felizmente aquella tentativa, que, segun Delgadillo, los iba á enriquecer, pidió nuevos plazos y alentó á sus acreedores; se proporcionó algunas cantidades, de las cuales participó Delgadillo, y ambos amigos se entregaron de nuevo al mundo

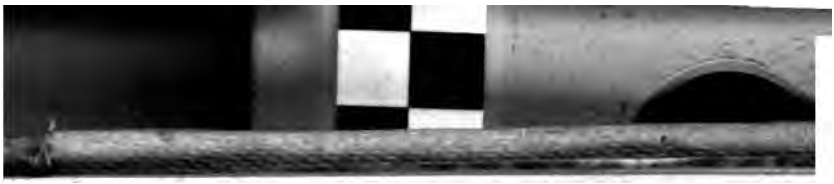
de los castillos en el aire, y á las mas risueñas esperanzas para el porvenir.

Pero un dia, Sanchez fué recibido por el gefe de su oficina, en un gabinete reservado; y en una larga peroracion hubo de probarle su torpe y pérfido manejo.

Sanchez cogido en la trampa, empleó todos los recursos que le sujeria lo difícil de su situacion; hizo una triste pintura á su gefe del predicamento en que se encontraba, apeló á su conmiseracion, á su buena alma y á todo lo que en aquellos momentos terribles para Sanchez, le pudiera ofrecer un hilo á que asirse; pero aquello no tenia remedio y la completa ruina de Sanchez estaba formalmente declarada.

En ese mismo dia salió Sanchez de palacio, para no volver mas.

—Amigo Delgadillo, esto no tiene remedio, le dijo Sanchez á su amigo el dia de su destitucion; me sigue soplando la de malas y ya lo vé usted, todos mis amigos me abandonan, y..... sacrifíquese usted para esto, haga usted méritos, preste usted importantes servicios á la causa, para que le den á usted este pago, para que lo quiten á usted de su empleo, so pretexto de que se maneja usted mal y todo es por colocar un ahijado. Decididamente no se puede servir al gobierno; pero ya lo verá usted, amigo Delgadillo, ya verá usted caer al indio; el país ya no puede aguantar esta tiranía; todo el país esta cansado de ser patrimonio de unos cuantos, y nosotros los hombres honrados, los liberales de buena fé, los que hemos luchado por



la reforma y por la libertad, nos vemos postergados y en la calle, y despreciados por los que están arriba; pero ya se acabará todo esto, amigo Delgadillo, y yo seré uno de los que dé hasta la última gota de su sangre, por derrocar este estado de cosas que ya no se puede tolerar; ¡esto es un escándalo! ¡ya verá usted! ya verá usted!

—¿Qué es lo que ha pensado usted hacer, señor Sanchez?

—¡Cómo qué! ¿Usted no sabe como está la cosa?

—No.

—Pues esto no dura dos meses.

—¿Es posible?

—Estamos trabajando.

—¿En qué sentido?

—En tirar á D. Benito.

—¿Y caerá?

—¡Júrelo usted!

—¿Y usted va?.....

—¡Voy á lanzarme á la revolucion!

—¡Pero señor Sanchez!

—¡A la bola!

—Pero mire usted.....

—¡A la bola!

—Puede que no salga todo tan bien.

—¡A la bola! ¿Vamonos? ¿qué dice usted?

—Vea usted, señor Sanchez, yo me quedo bien aquí; estas no son mis ideas, pero mal que bien se vive; y lo

que es la bola ya no es tan fácil como antes. Vea usted que este señor presidente tiene mucha suerte.

—¡A la bola, y ya lo verá usted dentro de pocol y supuesto que usted no se decide, adios, amigo Delgadillo.

—Adios, señor Sanchez.

En el mismo dia Sanchez salió de México, lanzándose á la revolucion, en lugar de lanzarse á la cárcel y á la miseria.

Sanchez pernoctaba en Cuautitlan, á la sazon que en México la Chata corria en busca de Ricardo.

Ya hemos dicho que para la Chata no habia dificultades, y no tardó en encontrar á Ricardo.

—¡Chata! exclamó este al verla.

—Un negocio gravísimo.

—¿Qué pasa?

—Vamos á salvar á Amalia.

—¿De qué?

—De la muerte.

—¡Cómo es eso!

—Vamos, traigo un coche; por el camino le contaré á usted.

Apenas tuvo tiempo la Chata de enterar á Ricardo de la situacion de Amalia, porque el coche volaba. Llegaron á la casa y tocaron fuertemente á la puerta.

Nadie respondió.

Tocaron de nueve con una precipitacion desesperada.

Solo el eco de sus propios golpes contestaba á su inquietud.

Unieron sus esfuerzos para echar la puerta abajo, y entretanto su imaginacion les hacia concebir horribles ideas que no querian comunicarse.

De repente, Ricardo se apartó de la puerta hácia el centro de la calle, é inspirado por una buena idea subió por la ventana de hierro, cuya parte superior estaba distante del balcon un corto trecho.

La Chata no habló; pero respiró un momento, y se puso á escuchar.

Un instante despues de haber entrado Ricardo por el balcon, la Chata oyó un grito: despues nada; le faltaron las fuerzas y se dejó caer en el dintel de la puerta.

Pasaron largos instantes de un silencio espantoso.

—¡Ricardo! gritó la Chata haciendo un esfuerzo.

En seguida oyó los pasos de Ricardo que bajaba á abrirle.

No bien pudieron comunicarse, se abrazaron y lloraron los dos; despues subieron lentamente la escalera.

Amalia se habia puesto el mejor de sus vestidos para acostarse.

¡Estaba muerta!

Cerca de la cama habia un vaso con un sedimento blanco.

....

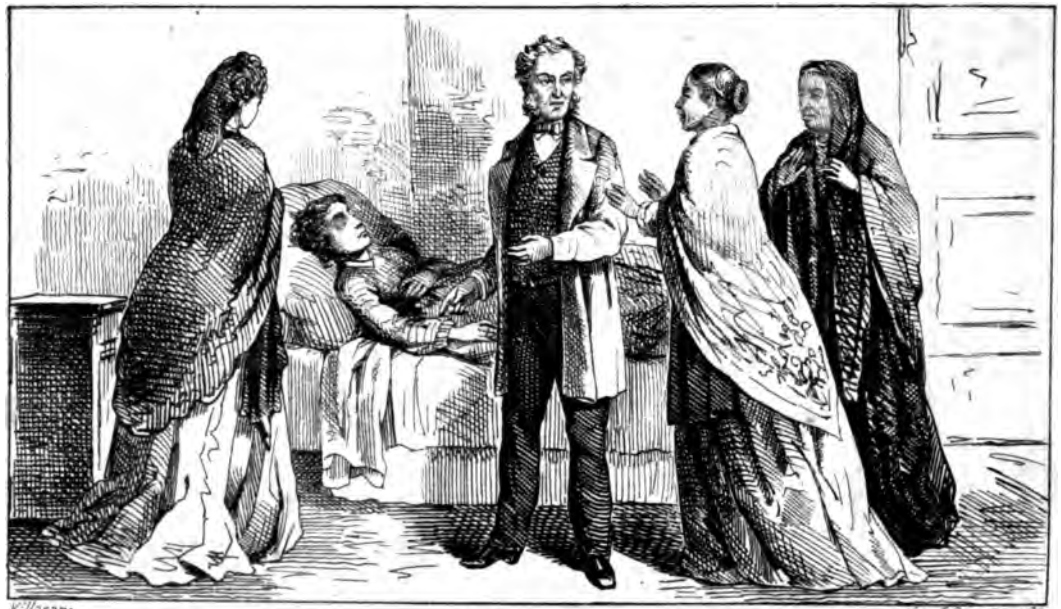
Al dia siguiente daban fé del hecho doña Zeferina, doña Anita y doña Felipa.

Si el benévolo lector tiene algun interes en saber el pa-

radero de los personajes cuya historia queda pendiente, encontrará satisfecha su curiosidad en la siguiente novela, que se titula: "Las gentes que son así" y constituye el quinto tomo de LA LINTERNA MÀGICA.

FIN DE LAS JAMONAS.

LAS JAMONAS



¡Estaba muerta!.....

INDICE.

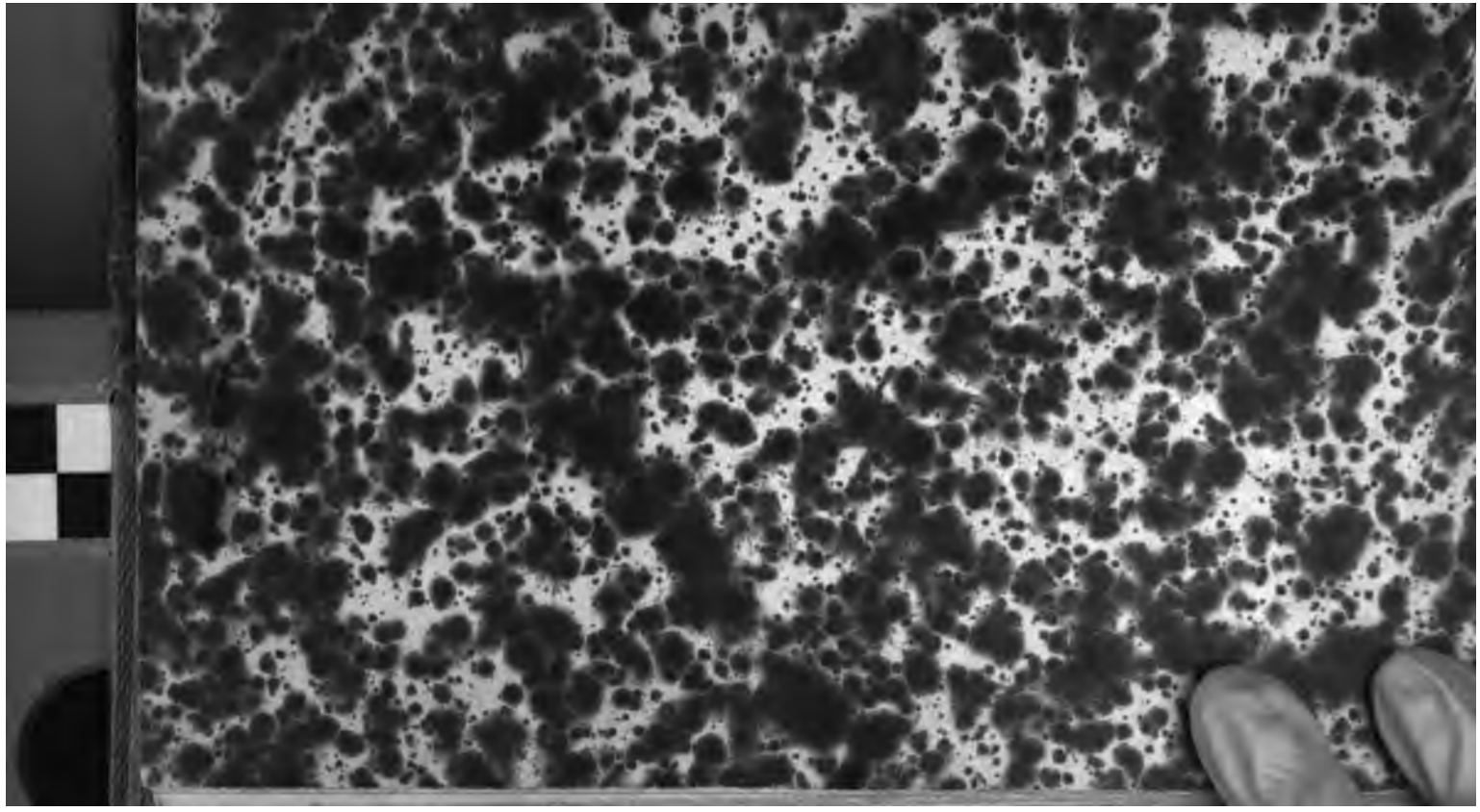
CAPITULO I.—O sea introduccion indispensable á la monografía de la jamona..... 7
CAPITULO II.—Entra en escena una muger enteramente parecida á una jamona..... 15
CAPITULO III.—En el que se vé que las amistades de la infancia son duraderas..... 25
CAPITULO IV.—Empiezan á prepararse las borrascas del corazon, en una danza..... 35
CAPITULO V.—Amalia, como los generales, dá la primera accion que se llama «reconocimiento.»..... 45
CAPITULO VI.—La casa de Sanchez..... 53
CAPITULO VII.—Continúa el elenco de la familia de Sanchez..... 63
CAPITULO VIII.—En el que se dá á conocer á la jamona de «sangre pura»..... 73
CAPITULO IX.—Patología interna..... 85

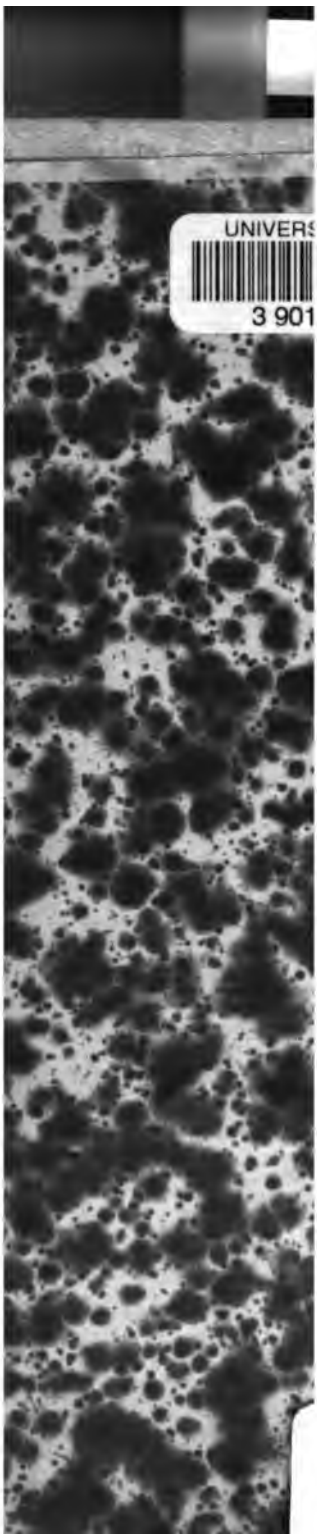
CAPITULO X.—Una vieja chocolatera..... 95
CAPITULO XI.—Sanchez soñando con los grandes negocios 109
CAPITULO XII.—Continúa Sanchez en el camino de su engrandecimiento..... 121
CAPITULO XIII.—Chona bajo la influencia de la música, y Sanchez bajo la influencia del champagne..... 131
CAPITULO XIV.—La embriaguez..... 139
CAPITULO XV.—Sanchez hace partícipe á Amalia de las dulzuras del vino de champagne.... 147
CAPITULO XVI.—Don Aristeo y la cocota..... 159
CAPITULO XVII.—El diablo verde..... 173
CAPITULO XVIII.—El tesoro vírgen y la caja vacia..... 185
CAPITULO XIX.—El tesoro vírgen cabe dentro de

CATITULO XXVII.—Sigue la tribulacion de Sanchez y empieza la de doña Zeferina..... 287
CAPITULO XXVIII.—Los estragos del tiempo..... 295
CÀPITULO XXIX.—Continúa el pícaro tiempo haciendo atrocidades..... 307
CAPITULO XXX.—Amor platónico..... 315
CAPITULO XXXI.—En el cual verá el lector, que quien mal empieza mal acaba..... 325
CAPITULO XXXII.—Soledad del alma..... 335
CAPITULO XXXIII.—Conclusion..... 343

Colocacion de las estampas.

Amalia..... 16
Sanchez..... 22
Don Aristeo..... 56
Salvador..... 78
Sanchez en la casa de Cárlos..... 130
Pero va usted á rabiar con esos botines, D. Aristeo. 164
El diablo verde..... 174
Salvador estaba inmóbil..... 202
Tívoli del Eliseo..... 256
¡Estaba muerta!..... 350




UNIVERS
3 901